RASHID KHALIDI

PALESTINA

CIEN AÑOS DE COLONIALISMO Y RESISTENCIA

Capitán Swing

RASHID KHALIDI

PALESTINA

CIEN AÑOS DE COLONIALISMO Y RESISTENCIA

Capitán Swing

PALESTINA

CIEN AÑOS DE COLONIALISMO Y RESISTENCIA

RASHID KHALIDI

Traducción de

Francisco J. Ramos Mena

Capitán Swing

Prólogo a la edición española

Es un placer poder presentar esta obra a los lectores españoles en lo que parece ser un momento especialmente tenso en la evolución de la cuestión palestina. En los últimos dos años el mundo ha presenciado un repunte de sucesivos brotes de violencia en Palestina e Israel. El estallido de 2021 se desencadenó a raíz de una serie de provocaciones israelíes producidas en Jerusalén en mayo de ese mismo año, entre ellas la sistemática violación de las normas establecidas desde hace largo tiempo que prohíben los rezos judíos en lugares sagrados islámicos y los intentos de los colonos israelíes de apoderarse de una serie de viviendas palestinas en el barrio de Sheij Yarrah de la ciudad. A lo largo de 2021, a medida que la situación se deterioraba, casi trescientos palestinos de Gaza, Cisjordania, Jerusalén Oeste y el territorio israelí murieron a manos de las fuerzas israelíes, la mayoría civiles y más de sesenta y cinco de ellos niños, mientras que en Israel murieron doce personas. Este recrudecimiento de la violencia incluyó el que era el cuarto ataque masivo aéreo y terrestre israelí contra la bloqueada y asediada Franja de Gaza desde 2008, prolongando el desigual enfrentamiento entre los militantes palestinos y el poderoso ejército israelí. Al mismo tiempo, ese año tampoco se redujo en nada la violencia cotidiana, de baja intensidad pero constante, ligada a la ocupación ilegal israelí de Cisjordania y Jerusalén Este (y a su asfixiante control sobre la Franja de

Gaza), que ha afligido a los palestinos que viven allí de manera ininterrumpida durante los cincuenta y cinco años transcurridos desde 1967, y que constituye la ocupación militar continuada más larga de la historia moderna.

En 2022, tras una serie de ataques a civiles llevados a cabo en territorio israelí por palestinos de la Cisjordania ocupada, el ejército y los servicios de seguridad de Israel lanzaron una salvaje campaña que comportó asesinatos de militantes, la muerte gratuita de transeúntes inocentes, detenciones masivas, demoliciones de viviendas, y cierres y toques de queda impuestos en pueblos, ciudades, campos de refugiados y barrios urbanos enteros. Los principales objetivos eran los centros de resistencia a la ocupación de las zonas septentrionales de Cisjordania, especialmente Yenín y su campo de refugiados cercano, y la ciudad de Naplusa, además de los pueblos de los alrededores. El área de Yenín y Naplusa fue testigo con frecuencia de incursiones diurnas o nocturnas. En ocasiones, las fuerzas de seguridad de la cada vez más desprestigiada Autoridad Palestina colaboraron con las fuerzas israelíes en la detención de militantes, aunque esta connivencia con el odiado opresor colonial se vio limitada por la casi unánime indignación popular palestina.

La campaña militar israelí iniciada en la primavera de 2022 vino acompañada de un aumento de la violencia generalizada de los colonos israelíes armados en Cisjordania, que, entre otros desmanes, han talado olivos, atacado viviendas, coches y negocios palestinos, y maltratado brutalmente a agricultores y adolescentes palestinos. En 2022 también se han producido nuevas usurpaciones violentas por parte de colonos apoyados por las fuerzas de seguridad israelíes en viviendas y propiedades palestinas en los barrios jerosolimitanos de Sheij Yarrah y Shuafat, y nuevas profanaciones por parte de colonos religiosos extremistas de lugares sagrados musulmanes y cristianos en Jerusalén, mientras que el asfixiante asedio y bloqueo de Gaza se ha mantenido inalterable. Israel sigue

infligiendo castigos colectivos a gran escala en forma de toques de queda impuestos a barrios urbanos o pueblos enteros, a veces durante días, o de voladuras de viviendas plurifamiliares como represalia por el presunto acto de un solo individuo. Mientras tanto, Shireen Abu Akleh, conocida corresponsal de televisión de Al Jazeera, murió a manos de un francotirador israelí mientras cubría las incursiones del ejército de Israel en Yenín en mayo de 2022. Su muerte, calificada de asesinato por múltiples investigaciones de organismos pro derechos humanos internacionales, israelíes y palestinos, provocó una oleada de indignación tanto entre los palestinos como en el mundo árabe y a escala internacional, pero no ha suscitado ninguna respuesta de la administración Biden a pesar de que era ciudadana estadounidense.

Desde principios de 2022 han perecido más de un centenar de palestinos de Cisjordania (cuarenta en las zonas septentrionales del territorio), la mayoría civiles desarmados y decenas de ellos menores, y más de un millar han resultado heridos —lo que representa el mayor número de víctimas en quince años—, mientras que han muerto un total de trece israelíes. En el mismo periodo, Israel ha demolido casi seiscientas estructuras, desplazando por la fuerza a muchos centenares de palestinos, mientras que varios centenares más se han visto sometidos a una detención administrativa sin cargos, sentencia ni juicio. En respuesta a las asfixiantes condiciones de la ocupación y a la violencia de los colonos, la resistencia palestina, tanto de carácter violento como no violento, se ha intensificado en Cisjordania y en Jerusalén. En lo que constituye un hecho relativamente novedoso, en septiembre y octubre de 2022 se han producido numerosos ataques de militantes palestinos armados contra el ejército de ocupación israelí, en los que han muerto cuatro soldados y varios más han resultado heridos.

Independientemente de cómo se desarrollen los acontecimientos en un futuro próximo, es posible que los episodios de los dos últimos años tengan un resultado distinto de los que los han precedido. Los palestinos,

dondequiera que se encuentren —en la Jerusalén Este árabe y la Cisjordania ocupadas; en la asediada Franja de Gaza; en territorio israelí, o en la diáspora palestina—, han respondido a los acontecimientos de los últimos dos años con un nivel de unidad sin precedentes a nivel popular. A escala mundial, esos acontecimientos y esta muestra de unidad popular palestina, pese a la desunión e incoherencia que prevalecen en el ámbito oficial entre las facciones políticas y en la Autoridad Palestina, han propiciado un reconocimiento global de las realidades presentes sobre el terreno. Son realidades de discriminación sistémica, de opresión y desposesión —en una palabra: propias del llamado colonialismo de ocupación—, que no pueden seguir siendo ignoradas. Los jóvenes y las personas con conciencia de todo el mundo han manifestado su solidaridad en respuesta a las imágenes surgidas en diferentes partes de Palestina y difundidas a través de las redes sociales y los medios alternativos, y de las que en ocasiones incluso se han hecho eco los grandes medios de comunicación corporativos, como ocurrió con el asesinato de Shireen Abu Akleh. Como consecuencia, en muchas partes del mundo el discurso público ha empezado a cambiar, y ello pese a los incesantes esfuerzos por adornar la imagen de Israel y por calumniar y silenciar a quienes piden apoyo a los derechos de los palestinos.

Espero que este libro contribuya ni que sea un poco a influir positivamente en el discurso público sobre Palestina predominante en España. En él expongo los antecedentes históricos de los acontecimientos violentos de los dos últimos años y de anteriores estallidos de violencia producidos en Palestina y contra los palestinos en otros lugares, explicando algunas de las dinámicas subyacentes que han estado en juego durante muchas décadas. En el texto que sigue a continuación sostengo que este no es un «conflicto» entre dos partes equiparables. No empezó con la ocupación del territorio palestino y de otros territorios árabes en la guerra de junio de 1967; ni siquiera con la guerra de 1948 que llevó a la expulsión de 750.000 palestinos de sus hogares al establecerse el Estado de Israel

sobre las ruinas de su sociedad, en lo que los palestinos denominan la Nakba, o «Catástrofe». Antes bien pongo de relieve que estos episodios forman parte de una guerra sistemática —aunque intermitente— contra Palestina que se prolonga desde hace más de un siglo. Esta guerra, cuyo objetivo es desposeer al pueblo palestino y transformar su patria en un hogar nacional exclusivo para los judíos, tampoco forma parte de una lucha sempiterna, como afirman algunos. De hecho, tiene sus orígenes en el auge del movimiento sionista a finales del siglo XIX. Surgido en respuesta a la virulencia del antiguo antisemitismo europeo, el sionismo era un proyecto de ocupación colonial tanto como nacionalista.

En pocas palabras: en aras de su objetivo de crear un Estado judío, el sionismo pretendía convertir la tierra de Palestina en la tierra de Israel, en palabras de uno de los fundadores del moderno sionismo político, Zeev Jabotinsky. Tras buscar en vano otros patrocinadores, con la Declaración Balfour de 1917 el movimiento sionista consiguió el apoyo del Imperio británico para su proyecto de ocupación colonial; y fue este, durante su Mandato sobre Palestina, el que inició la guerra contra el pueblo palestino que se ha prolongado hasta hoy. Desde entonces, el movimiento sionista y su vástago, el Estado de Israel, siempre han contado con el apoyo ilimitado de las principales potencias mundiales, sobre todo de Estados Unidos. Por ello, en este libro sostengo que Estados Unidos, el Reino Unido y otros Estados europeos que han apoyado sistemáticamente a Israel no son, ni han sido nunca, espectadores ni intermediarios honestos. Antes al contrario: con sus generosos suministros de armas, su apoyo diplomático, su ayuda financiera y benéfica, sus enormes inversiones en Israel y sus estrechas relaciones comerciales con dicho país, son parte —y plenamente cómplices — de la constante opresión de los palestinos.

En este libro he intentado situar los acontecimientos de Palestina en su contexto global e histórico, clarificar el hecho de que dichos acontecimientos forman parte de la larga y desigual batalla del pueblo

palestino para resistir a su desposesión, e ilustrar unas realidades normalmente oscurecidas por la cobertura de los medios de comunicación convencionales y por una nube de desinformación, propaganda y mitos. Aunque me he basado en una extensa investigación documental realizada en diversos archivos a lo largo de muchos años, también he recurrido a otro tipo de materiales como memorias y documentos privados legados por miembros de mi familia y de otras que desempeñaron diversos papeles en los acontecimientos que describo o fueron testigos de ellos. *La guerra de los cien años contra Palestina* incluye, además, muchos elementos extraídos de mis propias experiencias personales a lo largo de varias décadas, en el marco de un esfuerzo por explicar estas realidades a personas no expertas desde una perspectiva palestina de una manera clara y accesible. Confío en que los lectores españoles sabrán apreciar ese esfuerzo.

RASHID KHALIDI
Nueva York, octubre de 2022

Nota sobre la transcripción de los nombres árabes y hebreos

En la edición original inglesa del presente volumen, el autor incluye una nota señalando que los nombres árabes que aparecen en el texto se han transcrito según el sistema simplificado del *IJMES* (*International Journal of Middle East Studies*), excepto cuando las propias personas mencionadas preferían emplear otra transcripción. En general, la transcripción del árabe suele adaptarse a la fonética inglesa en los países anglófonos (incluidos los países árabes que en el pasado fueron colonias o protectorados británicos) o a la francesa en los países francófonos (incluidas las antiguas colonias o protectorados franceses). Del mismo modo, adoptar un criterio estrictamente lingüístico aconsejaría emplear en la presente traducción un sistema de transcripción adaptado a la fonética española. Así, un nombre como, por ejemplo, Khadija debería transcribirse como Jadiya. Sin embargo, como hemos mencionado —y tal como indica el autor—, se da la circunstancia de que en el caso de los nombres propios suelen ser las propias personas quienes optan por una determinada forma al elegir la transcripción internacional de su nombre, y además emplear el mencionado criterio nos llevaría a la paradoja de tener que transcribir el propio nombre del autor como Rashid Jalidi, en lugar de Khalidi, contradiciendo así la forma expresamente elegida por él. Desde esta perspectiva no nos parece oportuno adaptar sistemáticamente todos los nombres a la fonética

española, y preferimos, en cambio, mantener el criterio de transcripción utilizado por el autor en el original, aunque con dos importantes excepciones.

En primer lugar, en el caso de los nombres históricos, de personas, lugares, etc., que tienen una transcripción consolidada en español, es esta la que utilizamos; y lo mismo, obviamente, en el caso de los sustantivos como *yihad*, *fedayín*, *sharía*, etc.

En segundo término, hay que señalar que en español no es habitual trascribir la letra árabe álif (ا) —que en inglés suele transcribirse con el signo apóstrofo o comilla de cierre (ʾ)—, mientras que la letra ayn (ع) —que en inglés se transcribe con el signo «apóstrofo inverso» o comilla de apertura (ʿ)— en español generalmente no se transcribe, o bien, en algunos casos, se transcribe con una doble vocal. También aquí nos apartamos del original y empleamos ese mismo criterio. Seguimos en ello la recomendación de Fundéu-RAE,[1] y entendemos, además, que de ese modo se facilita la lectura.

Todo lo dicho para el árabe vale también para el hebreo, donde las letras álef (א) y ayin (ע) se encuentran en una situación similar a la álif y la ayn árabes.[2]

F. J. R. M.

---

[1] Fundéu-RAE, *Sistemas de transcripción. Guía de aplicación*, versión 1.3, 26 de junio de 2018, https://bit.ly/3rAwsxf, «Cuadro 1. Romanización del árabe», p. 6.

[2] *Ibid.*, «Cuadro 3. Romanización del hebreo», p. 9.

PALESTINA

CIEN AÑOS DE COLONIALISMO Y RESISTENCIA

Dedico este libro a mis nietos,
Tariq, Idris y Nur, todos ellos nacidos
en el siglo XXI, que espero que vean el final
de esta guerra centenaria.

«Somos una nación
amenazada por la desaparición».

Isa y Yusuf al-Isa,
Filastin, 7 de mayo de 1914

Introducción

Durante unos años, a principios de la década de 1990, viví en Jerusalén varios meses al año, dedicándome a investigar en las bibliotecas privadas de algunas de las familias más antiguas de la ciudad, incluida la mía. Junto con mi esposa y mis hijos, me alojé en un piso perteneciente a un habiz —o dotación religiosa— de la familia Khalidi, situado en el corazón de la abarrotada y ruidosa Ciudad Vieja. Desde la azotea del edificio se veían dos de las más grandes obras maestras de la arquitectura islámica temprana: la brillante y dorada Cúpula de la Roca se hallaba a poco más de noventa metros de distancia, en el Haram al-Sharif (el Noble Santuario, o Explanada de las Mezquitas); más allá se encontraba la cúpula gris plateado —más pequeña— de la mezquita de Al-Aqsa, con el monte de los Olivos al fondo. [3] Mirando en otras direcciones, se podían ver las iglesias y sinagogas de la Ciudad Vieja.

Un poco más abajo, siguiendo la calle Bab al-Silsila, se hallaba el edificio principal de la Biblioteca Khalidi, fundada en 1899 por mi abuelo, Hajj Raghib al-Khalidi, con un legado de su madre, Khadija al-Khalidi.[4] La biblioteca alberga más de mil doscientos manuscritos, en su mayoría en árabe (aunque hay algunos en persa y turco otomano), el más antiguo de los cuales se remonta a comienzos del siglo XI.[5] La colección, que incluye unos dos mil libros árabes del siglo XIX y diversos documentos familiares,

es una de las más extensas de las que en Palestina todavía siguen en manos de sus dueños originarios.[6]

En la época de mi estancia, la estructura principal de la biblioteca, que data aproximadamente del siglo XIII, estaba siendo restaurada, por lo que su contenido se almacenaba temporalmente en grandes cajas de cartón en un edificio de estilo mameluco unido a nuestro piso por una estrecha escalera. Pasé más de un año entre aquellas cajas, revisando libros, documentos y cartas polvorientos y carcomidos pertenecientes a varias generaciones de Khalidi, entre ellos mi tío tatarabuelo Yusuf Diya al-Din Pasha al-Khalidi.[7] A través de sus papeles, descubrí a un hombre de mundo con una extensa educación adquirida en Jerusalén, Malta, Estambul y Viena, un hombre que estaba profundamente interesado en el estudio de la religión comparada, especialmente del judaísmo, y poseía varios libros en diversas lenguas europeas sobre este y otros temas.

Yusuf Diya al-Din Pasha al-Khalidi. BIBLIOTECA KHALIDI

Yusuf Diya era heredero de una larga estirpe de eruditos islámicos y funcionarios judiciales jerosolimitanos; su padre, Al-Sayyid Muhammad Ali al-Khalidi, había ejercido unos cincuenta años como cadí adjunto y jefe de la Secretaría del Tribunal de la Sharía de Jerusalén. Pero ya de joven Yusuf Diya prefirió seguir un camino distinto. Tras asimilar los fundamentos de la educación islámica tradicional, a los dieciocho años dejó Palestina —se dice que sin la aprobación de su padre— para pasar dos en una escuela de la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana en Malta. De allí fue a estudiar a la Escuela de Medicina Imperial de Estambul, después de lo cual se matriculó en el Robert College de la misma ciudad, fundado recientemente por misioneros protestantes estadounidenses. A lo largo de cinco años, en la década de 1860, Yusuf Diya asistió regularmente a algunas de las primeras instituciones de la región que empezaron a proporcionar una educación moderna al estilo occidental, donde aprendió inglés, francés y alemán, entre muchas otras cosas. Era una trayectoria inusual para un joven de una familia de eruditos religiosos musulmanes de mediados del siglo XIX.

Tras recibir tan extensa formación, Yusuf Diya desempeñó diversas labores como funcionario del Gobierno otomano —traductor en el Ministerio de Exteriores; cónsul en el puerto ruso de Poti, a orillas del mar Negro; gobernador de varios distritos en el Kurdistán, Líbano, Palestina y Siria, y alcalde de Jerusalén durante casi una década—, además de pasar varios periodos como docente en la Real Universidad Imperial de Viena. También fue elegido diputado por Jerusalén en el efímero Parlamento otomano creado en 1876 al amparo de la nueva Constitución del imperio, donde se ganó la enemistad del sultán Abdul Hamid por apoyar las prerrogativas parlamentarias sobre el poder ejecutivo.[8]

Siguiendo la tradición familiar, y en consonancia con su educación islámica y occidental, Al-Khalidi se convirtió asimismo en un consumado erudito. La Biblioteca Khalidi contiene muchos libros suyos en francés, alemán e inglés, además de correspondencia con destacados estudiosos de

Europa y Oriente Próximo. Asimismo, los viejos periódicos austriacos, franceses y británicos conservados en la biblioteca revelan que Yusuf Diya leía regularmente la prensa extranjera. Hay pruebas de que recibía ese material a través de la oficina de correos austriaca en Estambul, que no estaba sujeta a las draconianas leyes de censura otomanas.[9]

Gracias a sus vastas lecturas, así como al tiempo que pasó en Viena y otros países europeos, y a sus encuentros con misioneros cristianos, Yusuf Diya era plenamente consciente de la ubicuidad del antisemitismo occidental. También había adquirido un impresionante conocimiento de los orígenes intelectuales del sionismo, en concreto de lo que este tenía de respuesta al virulento antisemitismo de la Europa cristiana. Sin duda conocía bien *Der Judenstaat*, publicado en 1896 por el periodista vienés Theodor Herzl, y estaba al tanto de los dos primeros congresos sionistas celebrados en la población suiza de Basilea en 1897 y 1898[10] (de hecho, parece haber evidencias de que Yusuf Diya sabía de Herzl por su propia estancia en Viena). Conocía los debates y las opiniones de los diferentes líderes y tendencias sionistas, incluido el llamamiento explícito de Herzl a crear un Estado para los judíos, con el «derecho soberano» a controlar la inmigración. Además, como alcalde de Jerusalén había sido testigo de las fricciones con la población local generadas por los primeros años de actividad protosionista, empezando por la llegada de los primeros colonos judíos europeos a finales de la década de 1870 y comienzos de la de 1880.

Herzl, reconocido como líder del creciente movimiento que él mismo había fundado, había realizado un único viaje a Palestina en 1898, programado para que coincidiera con la visita del káiser alemán Guillermo II. Por entonces ya había empezado a reflexionar sobre algunas de las cuestiones involucradas en la colonización de Palestina, y en 1895 escribía en su diario:

> Debemos expropiar con delicadeza la propiedad privada de las fincas que se nos asignan. Trataremos de animar a la población que carece de dinero a que cruce la frontera,

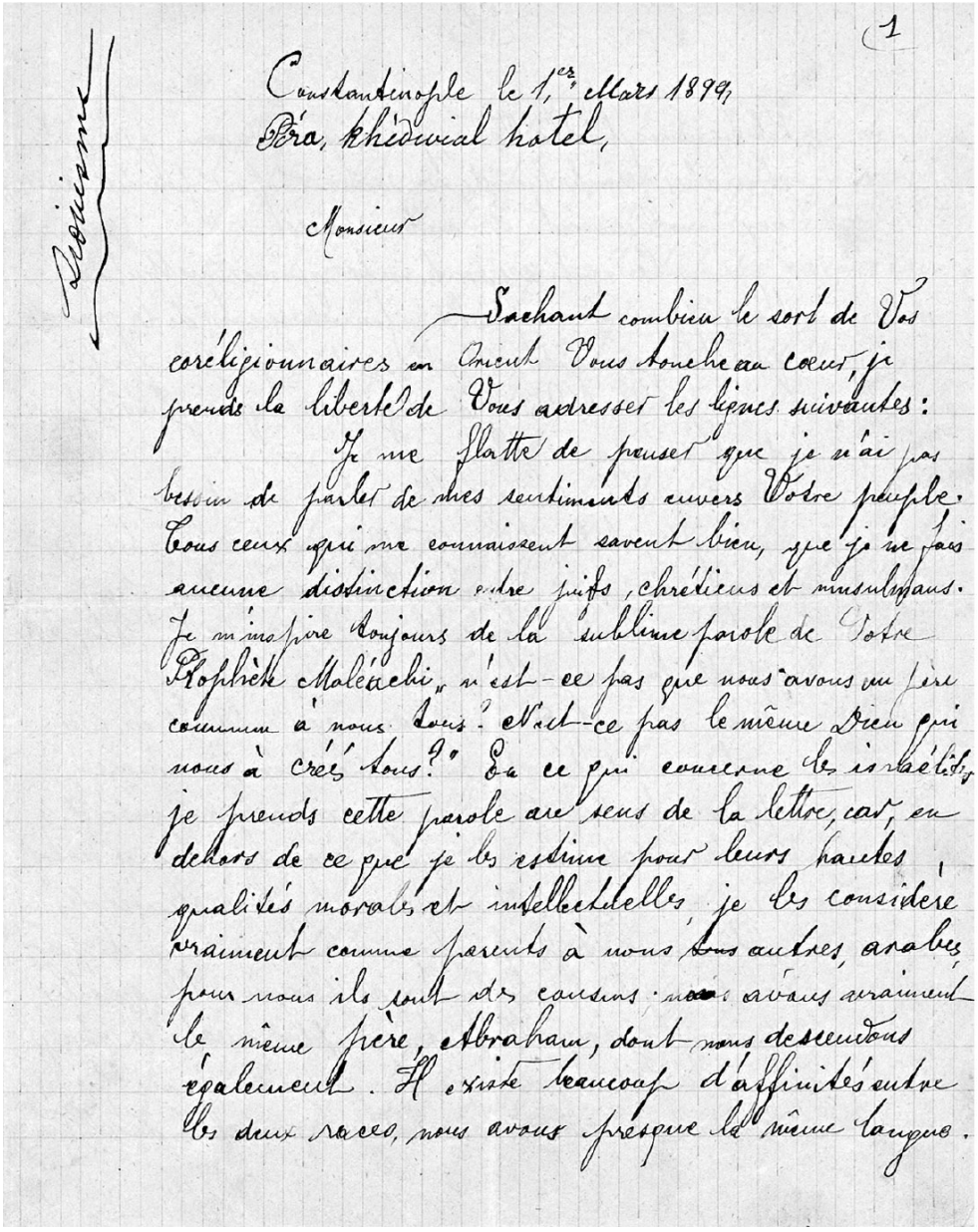
> procurándole trabajo en los países de tránsito, mientras se le niega en nuestro propio país. Los propietarios se pondrán de nuestro lado. Tanto el proceso de expropiación como el desalojo de los pobres deben realizarse de manera discreta y comedida.[11]

Yusuf Diya debía de ser más consciente que la mayoría de sus compatriotas palestinos de las ambiciones del naciente movimiento sionista, así como de su fuerza, sus recursos y su atractivo. Sabía perfectamente que no había forma alguna de conciliar las reivindicaciones del sionismo con respecto a Palestina, y su objetivo explícito de asentar allí el Estado y la soberanía judíos, con los derechos y el bienestar de la población autóctona del país. Cabe presumir que fue por esas razones por las que el 1 de marzo de 1899 Yusuf Diya envió una profética carta de siete páginas al gran rabino francés, Zadoc Kahn, con la intención de que se la transmitiera al fundador del sionismo moderno.

La carta comenzaba expresando la admiración que Yusuf Diya sentía por Herzl, a quien apreciaba «como hombre, como escritor de talento y como auténtico patriota judío», y su respeto por el judaísmo y por los judíos, a quienes denominaba «nuestros primos» en alusión al patriarca Abraham, venerado como ancestro común tanto por los judíos como por los musulmanes.[12] Él entendía las motivaciones del sionismo, al igual que deploraba la persecución de la que eran objeto los judíos en Europa. Teniendo esto en cuenta —escribía—, el sionismo era en principio «natural, hermoso y justo»; y añadía: «¿Quién podría discutir los derechos de los judíos en Palestina? ¡Dios mío, si históricamente es su país!».

A veces se cita esta última frase, aislada del resto de la carta, como muestra de la aceptación entusiasta por parte de Yusuf Diya de la totalidad del programa sionista en Palestina. Sin embargo, a continuación el antiguo alcalde y diputado de Jerusalén pasaba a advertir de los peligros que él preveía que podían derivarse de la implementación del proyecto sionista de crear un Estado judío soberano en Palestina. La idea sionista sembraría la disensión entre los cristianos, musulmanes y judíos palestinos, y asimismo

pondría en peligro el estatus y la seguridad de los que los judíos siempre habían gozado en todos los dominios otomanos. Luego, abordando el que era su propósito principal, Yusuf Diya declaraba en tono grave que, independientemente de los méritos del sionismo, debía «tenerse en cuenta la fuerza brutal de las circunstancias». La más importante de ellas era que «Palestina es parte integrante del Imperio otomano y, lo que resulta más grave, está habitada por otros»: Palestina ya tenía una población autóctona que nunca aceptaría verse reemplazada. Yusuf Diya hablaba «con pleno conocimiento de los hechos», afirmando que era una «absoluta locura» que el sionismo planeara apoderarse de Palestina. «Nada podría ser más justo y equitativo» para «la desdichada nación judía» que encontrar refugio en otra parte. Sin embargo —concluía con una sincera súplica—, «en nombre de Dios, dejemos a Palestina en paz».



Constantinople le 1er Mars 1899
Péra, Khédivial hotel,

Monsieur

Sachant combien le sort de Vos coréligionnaires en Orient Vous touche au coeur, je prends la liberté de Vous adresser les lignes suivantes:

Je me flatte de penser que je n'ai pas besoin de parler de mes sentiments envers Votre peuple. Tous ceux qui me connaissent savent bien, que je ne fais aucune distinction entre juifs, chrétiens et musulmans. Je m'inspire toujours de la sublime parole de Votre Prophète Maléachi „ n'est-ce pas que nous avons un père commun à nous tous? N'est-ce pas le même Dieu qui nous a créé tous?" En ce qui concerne les israélites, je prends cette parole au sens de la lettre, car, en dehors de ce que je les estime pour leurs hautes qualités morales et intellectuelles, je les considère vraiment comme parents à nous tous autres, arabes, pour nous ils sont des cousins. nous avons vraiment le même père, Abraham, dont nous descendons également. Il existe beaucoup d'affinités entre les deux races, nous avons presque la même langue.

Yusuf Diya a Theodor Herzl: Palestina «está habitada por otros» que no aceptarán fácilmente su propio desplazamiento. ARCHIVO CENTRAL SIONISTA

La respuesta de Herzl a Yusuf Diya llegó muy pronto, el 19 de marzo. La carta probablemente constituía la primera réplica de uno de los fundadores del movimiento sionista a una contundente objeción palestina a sus planes embrionarios para dicho país. En ella, Herzl establecía lo que se convertiría en una repetitiva pauta consistente en desdeñar por insignificantes los

intereses y a veces incluso la propia existencia de la población autóctona. El líder sionista se limitaba a ignorar el argumento fundamental de la misiva: que Palestina ya estaba habitada por una población que no aceptaría verse suplantada. Aunque Herzl había viajado en una ocasión a Palestina, en realidad —como la mayoría de los primeros sionistas europeos— no conocía demasiado a la población autóctona ni había tenido mucho contacto con ella. Tampoco abordaba la fundamentada inquietud de Al-Khalidi sobre el peligro que el programa sionista supondría para las grandes comunidades judías consolidadas en todo Oriente Próximo.

Omitiendo el hecho de que el sionismo aspiraba en última instancia a la dominación judía de Palestina, Herzl recurría a una justificación que tradicionalmente ha sido una piedra de toque para los colonialistas en todas las épocas y lugares, y que se convertiría en un argumento básico del movimiento sionista: la inmigración judía beneficiaría a la población autóctona de Palestina. «Será su bienestar, su riqueza individual, lo que acrecentaremos al aportar la nuestra». Luego, repitiendo el mismo lenguaje que ya había utilizado en *Der Judenstaat*, añadía Herzl: «Permitiendo la inmigración a un cierto número de judíos que aporten su inteligencia, su perspicacia financiera y sus medios empresariales al país, nadie puede dudar que el bienestar de todo el país sería el feliz resultado».[13]

Más revelador resulta el hecho de que la carta aborda una consideración que Yusuf Diya ni siquiera había planteado. «Usted ve otra dificultad, Excelencia, en la existencia de la población no judía en Palestina. Pero ¿a quién se le ocurriría echarlos?».[14] Con su tranquilizadora respuesta a la pregunta que Al-Khalidi no había formulado, Herzl alude indirectamente al deseo consignado en su diario de «animar» a la población pobre del país a cruzar «discretamente» sus fronteras.[15] Este escalofriante pasaje pone de manifiesto el hecho de que Herzl era consciente de la importancia de hacer «desaparecer» a la población autóctona de Palestina para que prosperara el sionismo. Además, la carta que contribuyó a redactar en 1901 para la

Compañía de Tierras Judeo-Otomana incluye el mismo planteamiento de trasladar a la población de Palestina a «otras provincias y territorios del Imperio otomano».[16] Aunque en sus escritos Herzl recalcaba que su proyecto se basaba en «la mayor tolerancia», con plenos derechos para todos,[17] en realidad se refería a tolerar únicamente a aquellas minorías que pudieran quedar una vez que el resto hubiera sido trasladado a otra parte.

Herzl subestimaba a su corresponsal. En la carta de Al-Khalidi queda claro que este entendía perfectamente que el problema no era la inmigración de un limitado «número de judíos» a Palestina, sino la transformación de todo el territorio en un Estado judío. Dada la respuesta de Herzl, Yusuf Diya solo podría haber llegado a una de dos conclusiones posibles: o bien el líder sionista pretendía engañarle ocultando los verdaderos objetivos de su movimiento, o bien Herzl simplemente no creía que ni Yusuf Diya ni los árabes de Palestina merecieran que se los tomara en serio.

En cambio, con la arrogante seguridad en sí mismo que tan frecuente resultaba en los europeos del siglo XIX, Herzl ofrecía el absurdo incentivo de que la colonización y, en última instancia, la usurpación de su tierra por unos extraños beneficiarían a los habitantes del país. El pensamiento de Herzl y su respuesta a Yusuf Diya parecían basarse en el supuesto de que, en última instancia, se podría comprar o engañar a los árabes para que ignoraran lo que el movimiento sionista pretendía hacer realmente con Palestina. Esta actitud condescendiente con respecto a la inteligencia de la población árabe de Palestina —por no hablar de sus derechos— sería exhibida una y otra vez por diversos líderes sionistas, británicos, europeos y estadounidenses en las décadas posteriores, y de hecho persiste aún hoy. En cuanto al Estado judío que finalmente crearía el movimiento fundado por Herzl, tal como había previsto Yusuf Diya, en él solo habría sitio para un pueblo, el pueblo judío: a los demás se los «animaría» a marcharse, o, en el mejor de los casos, simplemente se los toleraría.

Tanto la carta de Yusuf Diya como la respuesta de Herzl son bien conocidas por los historiadores de este periodo, pero la mayoría de ellos no parecen haber reflexionado con la suficiente atención sobre el que probablemente fue el primer intercambio de opiniones de cierta relevancia entre una destacada figura palestina y uno de los fundadores del movimiento sionista. No han abordado a fondo la argumentación de Herzl, que expone con bastante claridad la naturaleza esencialmente colonial del secular conflicto que vive Palestina. Ni tampoco han sabido reconocer el alcance de los argumentos de Al-Khalidi, que se han visto plenamente confirmados ya desde 1899.

Una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, se inició el desmantelamiento de la sociedad autóctona palestina mediante la inmigración a gran escala de colonos judíos europeos con el respaldo de las autoridades del recién establecido Mandato británico, que los ayudaron a construir la estructura autónoma de un Estado paralelo sionista. Asimismo, se creó todo un sector económico bajo control judío mediante la exclusión de la mano de obra árabe de las empresas de titularidad judía —bajo el lema *Avoda ivrit*, «mano de obra hebrea»— y la inyección de ingentes cantidades de capital extranjero.[18] Aunque a mediados de la década de 1930 los judíos seguían siendo una minoría de la población, para entonces este sector, en gran parte autónomo, ya superaba al sector de la economía de propiedad árabe.

La población autóctona se vio todavía más reducida por la aplastante represión de la Gran Revuelta árabe de 1936-1939 contra el dominio británico, durante la cual se calcula que murieron, resultaron heridos, fueron encarcelados o se exiliaron entre el 14 % y el 17 % de los varones adultos[19] debido a que los británicos emplearon a cien mil soldados, además de la fuerza aérea, para aplastar la resistencia palestina. Mientras tanto, una oleada masiva de inmigración judía derivada de la persecución del régimen nazi en Alemania elevó la población judía en Palestina de solo

el 18 % del total en 1932 a más del 31 % en 1939. Esto, a su vez, proporcionó la masa crítica demográfica y el personal militar que posibilitarían la limpieza étnica de Palestina en 1948. La expulsión realizada entonces de más de la mitad de la población árabe del país, por parte, primero, de las milicias sionistas y, luego, del Ejército israelí, vino a completar el triunfo militar y político del sionismo.

Esta operación radical de ingeniería social a expensas de la población autóctona constituye el modo de actuar característico de todos los movimientos de colonización poblacionales. En Palestina, fue una condición previa necesaria para transformar la mayor parte de un país abrumadoramente árabe en un Estado predominantemente judío. Tal como se argumentará en el presente volumen, es en estos términos como mejor puede entenderse la historia moderna de Palestina: como una guerra colonial librada por diversas fuerzas contra la población autóctona para obligarla a ceder su tierra natal a otro pueblo en contra de su voluntad.

Aunque esta guerra comparte muchas de las características típicas de otras campañas coloniales, también posee rasgos muy específicos, en cuanto que fue una guerra librada por el movimiento sionista y en nombre del movimiento sionista, que en sí mismo era y sigue siendo un proyecto colonial extremadamente peculiar. Otro factor que viene a complicar esta interpretación es el hecho de que ese conflicto colonial, llevado a cabo con el apoyo masivo de poderes externos, se convirtió con el tiempo en una confrontación nacional entre dos nuevas entidades nacionales, entre dos pueblos. Subyacente a este hecho, y amplificándolo, estaba la profunda implicación que tenía para los judíos, como para muchos cristianos, su conexión bíblica con el territorio histórico de Israel. Dicha implicación, hábilmente imbricada en el sionismo político moderno, se ha convertido en parte integrante de este. Así, lo que inicialmente no era sino un movimiento colonial-nacional de finales del siglo XIX se revistió de un barniz religioso que ejercería un potente atractivo en los protestantes británicos y

estadounidenses, siempre proclives a leer la Biblia, impidiéndoles ver la modernidad del sionismo y su naturaleza colonial: ¿cómo podrían los judíos «colonizar» la tierra donde surgió su religión?

Debido a esta ceguera, hoy el conflicto se presenta, en el mejor de los casos, como un simple, aunque trágico, enfrentamiento nacional entre dos pueblos con derechos sobre una misma tierra, mientras que, en el peor, se describe como el resultado del odio fanático e inveterado de los árabes y musulmanes hacia el pueblo judío en cuanto este simplemente reivindica su derecho inalienable a su patria eterna otorgada por Dios. En realidad no hay ninguna razón que impida que lo que ha sucedido en Palestina desde hace más de un siglo no pueda entenderse *a la vez* como un conflicto colonial y nacional. Pero lo que aquí nos interesa es su naturaleza colonial, dado que este aspecto se ha subestimado en una medida solo equiparable a su importancia a pesar de que los mencionados rasgos típicos de otras campañas coloniales resultan evidentes en toda la moderna historia de Palestina.

Habitualmente, los colonizadores europeos que han pretendido suplantar o dominar a poblaciones autóctonas, ya sea en América, África, Asia o Australasia (o en Irlanda), se han referido siempre a ellas en términos peyorativos. También han afirmado sistemáticamente que la población autóctona saldría ganando como resultado de su gobierno; así, la naturaleza «civilizadora» y «progresista» de sus proyectos coloniales ha servido para justificar cualesquiera atrocidades perpetradas contra las poblaciones autóctonas para lograr sus objetivos. Basta observar la retórica de los administradores franceses en África Septentrional o de los virreyes británicos en la India. En relación con el Raj británico, declaraba lord Curzon: «Sentir que en alguna parte de esos millones [de personas] has dejado un poco de justicia o felicidad o prosperidad, un sentimiento de virilidad o dignidad moral, un manantial de patriotismo, un albor de ilustración intelectual o un despertar del deber allí donde antes no existían

[…] es suficiente, esa es la justificación [de la presencia] del inglés en la India».[20] Merecen destacarse aquí las palabras «allí donde antes no existían». Para Curzon, como para otros de su misma laya colonial, los autóctonos no sabían lo que era mejor para ellos ni podían lograrlo por sí mismos: «No podéis prescindir de nosotros», afirmaba Curzon en otro discurso.[21]

Durante más de un siglo, sus colonizadores se han referido a los palestinos utilizando exactamente el mismo lenguaje empleado para describir a otras poblaciones autóctonas. La retórica condescendiente de Theodor Herzl y otros líderes sionistas no era distinta de la de sus homólogos europeos. El Estado judío —escribía Herzl— formaría «parte de una muralla de defensa de Europa en Asia, un baluarte de la civilización frente a la barbarie».[22] Era este un lenguaje similar al utilizado en la conquista del oeste norteamericano, que terminó en el siglo XIX con la erradicación o el sometimiento de toda la población autóctona del subcontinente. Al igual que en Norteamérica, la colonización de Palestina —como la de Sudáfrica, Australia, Argelia y diversas regiones de África Oriental— estaba destinada a producir una colonia de asentamientos de europeos blancos. El mismo tono que caracteriza tanto la retórica de Curzon como la carta de Herzl se sigue reproduciendo todavía hoy en buena parte del discurso sobre Palestina predominante en Estados Unidos, Europa e Israel.

En sintonía con esta lógica colonial, existe un amplio corpus de bibliografía dedicada a demostrar que, antes del advenimiento de la colonización sionista europea, Palestina era un país estéril, despoblado y atrasado. La Palestina histórica ha sido el objeto de innumerables tropos despectivos en la cultura popular occidental, además de textos desprovistos de todo valor académico de carácter pretendidamente científico y erudito, pero en realidad plagados de errores históricos, tergiversaciones y a veces puro y simple fanatismo. A lo sumo —afirma esta bibliografía—, el país

estaba habitado por una pequeña población de beduinos nómadas desarraigados que no tenían una identidad definida ni el menor apego a la tierra por la que transitaban, básicamente como itinerantes.

El corolario de esta afirmación es que fue solo la labor y el impulso de los nuevos inmigrantes judíos lo que convirtió el país en el floreciente jardín que se supone que es hoy, y que solo ellos se identificaron con la tierra y la amaron, además de tener derecho (divino) a ella. Esta actitud se resume en el lema «Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra» empleado por los partidarios cristianos de una Palestina judía, así como por los primeros sionistas, como Israel Zangwill.[23] Palestina era *terra nullius* para quienes venían a colonizarla, mientras que quienes allí vivían eran seres anónimos y amorfos. Así, la carta de Herzl a Yusuf Diya se refería a los árabes palestinos —que por entonces representaban aproximadamente el 95 % de los habitantes— como la «población no judía» del país.

Básicamente, lo que se afirmaba era que los palestinos no existían, o bien eran insignificantes, o bien no merecían habitar el país que tan tristemente descuidaban. Si no existían, incluso las objeciones palestinas mejor fundamentadas a los planes del movimiento sionista podían simplemente ignorarse. Al igual que Herzl desdeñó la carta de Yusuf Diya al-Khalidi, la mayoría de los planes posteriores relativos a la situación de Palestina exhibirían similar displicencia. La Declaración Balfour de 1917, promulgada por un gabinete británico y por la que Gran Bretaña se comprometía a respaldar la creación de una patria nacional judía, no mencionaba para nada a los palestinos, que por entonces constituían la inmensa mayoría de la población del país, a pesar de que establecía el rumbo de Palestina para todo el siglo siguiente.

La idea de que los palestinos simplemente no existen o, lo que es aún peor, constituyen tan solo una maliciosa invención de quienes quieren mal a Israel, gozó del respaldo de una serie de libros fraudulentos como *From Time Immemorial* (Desde tiempo inmemorial), de Joan Peters, hoy

universalmente considerado por los estudiosos una obra completamente desprovista de mérito alguno (aunque cuando se publicó, en 1984, tuvo una gran acogida, y todavía se imprime y se vende decepcionantemente bien).[24] Esta bibliografía, a la vez seudoeducativa y popular, se basa en gran medida en los relatos de viajeros europeos, en los de los nuevos inmigrantes sionistas o en fuentes oficiales del Mandato británico. Suele ser obra de personas que desconocen completamente la sociedad autóctona y su historia y muestran un absoluto desdén por ella o, lo que es aún peor, que tienen un propósito oculto que depende de su invisibilidad o desaparición. Tales descripciones, que rara vez recurren a fuentes documentales producidas en la propia sociedad palestina, repiten básicamente la perspectiva, la ignorancia y los prejuicios —teñidos de la arrogancia europea— característicos de los foráneos.[25]

El mensaje también goza de una amplia representación en la cultura popular de Israel y Estados Unidos, así como en la vida política y pública de dichos países,[26] amplificado gracias a libros de consumo masivo como la novela *Éxodo*, de Leon Uris, y la oscarizada película a la que dio lugar, obras que han tenido un enorme impacto en toda una generación y que sirven para confirmar e intensificar los prejuicios previamente existentes.[27] Diversas figuras políticas han negado explícitamente la existencia de los palestinos. Por ejemplo, Newt Gingrich, expresidente de la Cámara de Representantes, declaraba: «Creo que se han inventado un pueblo palestino que de hecho es árabe». En marzo de 2015 el gobernador de Arkansas, Mike Huckabee, afirmaba a su regreso de un viaje a Palestina: «En realidad eso de los palestinos no existe».[28] En cierta medida, en todas las administraciones estadounidenses desde Harry Truman ha habido personas involucradas en las políticas relativas a Palestina cuyas opiniones indican que creen que los palestinos, existan o no, son seres inferiores a los israelíes.

Resulta significativo que muchos de los primeros apóstoles del sionismo se sintieran orgullosos de suscribir la naturaleza colonial de su proyecto. El eminente líder sionista revisionista Zeev Jabotinsky, padrino de la corriente política que ha dominado Israel desde 1977 bajo los auspicios de los primeros ministros Menájem Beguín, Isaac Shamir, Ariel Sharón, Ehud Ólmert y Benjamín Netanyahu, se mostraba especialmente claro al respecto. Así, en 1923 escribía: «Cualquier población autóctona del mundo se resiste a los colonos mientras tenga la más mínima esperanza de poder librarse del peligro de ser colonizada. Eso es lo que hacen los árabes en Palestina, y lo que seguirán haciendo mientras les quede una sola chispa de esperanza de que podrán evitar la transformación de "Palestina" en la "Tierra de Israel"». Tal grado de honestidad era infrecuente entre otros destacados sionistas, que, como Herzl, proclamaban la inocente pureza de sus objetivos al tiempo que engañaban a su audiencia occidental, y quizá incluso se engañaban a sí mismos, contando cuentos de hadas sobre sus benévolas intenciones para con los habitantes árabes de Palestina.

Jabotinsky y sus seguidores se contaban entre las pocas personas lo bastante francas para admitir públicamente y sin cortapisas las duras realidades que inevitablemente entraña la implantación de una sociedad de ocupación colonial en el seno de una población preexistente. En concreto, Jabotinsky reconocía que habría que recurrir a la constante amenaza del uso de una fuerza masiva contra la mayoría árabe para implementar el programa sionista; lo que él calificaba como una «muralla de hierro» de bayonetas constituía un imperativo para asegurar el éxito de este. En sus propias palabras: «La colonización sionista […] solo puede avanzar y desarrollarse bajo la protección de un poder que sea independiente de la población autóctona, [situado] tras una muralla de hierro que esta no pueda traspasar». [29] Aquel era todavía el momento álgido del colonialismo, cuando el hecho de que los occidentales les hicieran ese tipo de cosas a las sociedades autóctonas estaba normalizado y se calificaba de «progreso».

También las instituciones sociales y económicas fundadas por los primeros sionistas —las cuales tendrían un papel crucial en el éxito de su proyecto— eran inequívocamente concebidas como coloniales, y calificadas de tales, por todos ellos. La más importante de dichas instituciones fue la Asociación de Colonización Judía (rebautizada en 1924 como Asociación de Colonización Judía de Palestina). Este organismo fue fundado originariamente por un filántropo judeoalemán, el barón Moritz von Hirsch (castellanizado como Mauricio Hirsch), y más tarde se fusionó con una organización similar fundada por el par y financiero británico lord Edmond de Rothschild. Fue la asociación la que proporcionó el ingente apoyo financiero que posibilitaría las masivas adquisiciones de tierras y subvenciones que permitirían a la mayoría de las primeras colonias sionistas de Palestina sobrevivir y prosperar antes y durante el periodo del Mandato.

Como cabría esperar, cuando el colonialismo empezó a oler mal en la era de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, los orígenes y la práctica coloniales del sionismo y del Estado israelí fueron convenientemente encubiertos y olvidados tanto en Israel como en Occidente. De hecho, el sionismo —durante dos décadas el mimado hijastro del colonialismo británico— pasó a redefinirse como un movimiento anticolonial. La ocasión para este espectacular cambio de imagen la proporcionó una campaña de sabotaje y terrorismo desatada contra Gran Bretaña después de que este país limitara drásticamente su apoyo a la inmigración judía con el Libro Blanco de 1939 en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Esta disputa entre los que hasta entonces habían sido aliados (a finales de la década de 1930, Gran Bretaña había armado y entrenado a los colonos judíos a los que permitía la entrada al país para ayudarlos a luchar contra los palestinos) alentó la extravagante idea de que el movimiento sionista era de hecho anticolonial.

No había forma de eludir el hecho de que el sionismo inicialmente se había aferrado con fuerza al Imperio británico para recabar su apoyo y solo había logrado implantarse en Palestina gracias a los incesantes esfuerzos de dicho imperialismo. No podía ser de otro modo, ya que, como subrayaba Jabotinsky, solo los británicos tenían los medios necesarios para librar la guerra colonial que requería sofocar la resistencia de los palestinos a la usurpación de su país. Esa guerra ha continuado desde entonces, en ocasiones librada abiertamente y otras veces de forma encubierta, pero invariablemente con la aprobación tácita o manifiesta, y a menudo con la participación directa, de las principales potencias del momento y el beneplácito de los organismos internacionales que estas dominaban, la Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas.

Hoy, el conflicto engendrado por esta clásica aventura colonial europea decimonónica en una tierra no europea, respaldada desde 1917 por la mayor potencia imperial occidental de su época, rara vez se describe de forma tan directa. De hecho, no es inusual que se denigre a quienes analizan no solo los esfuerzos concretos de asentamiento israelí en Jerusalén, Cisjordania y los Altos del Golán arrebatados a Siria, sino toda la empresa sionista desde la perspectiva de sus orígenes y naturaleza colonialistas. Muchos no pueden aceptar la contradicción inherente a la idea de que, por más que el sionismo sin duda ha logrado crear una floreciente entidad nacional en Israel, sus raíces son las de un proyecto de ocupación colonial (igual a los de otros países modernos, como Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda). Tampoco aceptan el hecho de que no habría tenido éxito de no ser por el apoyo de las grandes potencias imperiales, primero Gran Bretaña y luego Estados Unidos. Así el sionismo pudo ser, y de hecho fue, un movimiento nacional y un movimiento de ocupación colonial al mismo tiempo.

En lugar de realizar aquí un estudio exhaustivo de la historia palestina, he optado por centrarme en seis puntos de inflexión en la lucha por el control del país. Estos seis acontecimientos, que van desde la promulgación de la Declaración Balfour, en 1917 —que decidiría el destino de Palestina—, hasta el asedio de Israel a la Franja de Gaza y sus guerras intermitentes contra la población gazatí a comienzos de la década de 2000, ponen de relieve la naturaleza colonial de la guerra de los cien años librada contra Palestina, así como el indispensable papel que han tenido las potencias externas en su desarrollo.[30] Cuento esta historia, en parte, a través de las experiencias de los palestinos que vivieron la guerra, muchos de ellos miembros de mi propia familia que estuvieron presentes en algunos de los episodios que relato. He incluido mis propios recuerdos de los acontecimientos que yo mismo presencié, además de diversos materiales pertenecientes a mi familia y a otras, y varios relatos en primera persona. Mi propósito ha sido en todo momento mostrar que este conflicto debe contemplarse de manera muy distinta de la mayoría de las visiones predominantes al respecto.

He escrito varios libros y numerosos artículos sobre diferentes aspectos de la historia palestina desde una perspectiva puramente académica.[31] También este libro se sustenta en una base académica e investigativa, pero en este caso va acompañada de una visión en primera persona que generalmente se excluye de la historiografía formal. Aunque, como yo mismo, los miembros de mi familia han estado involucrados durante años en los acontecimientos producidos en Palestina, ya sea como testigos o como participantes directos, nuestras experiencias no son únicas, pese a las ventajas de las que hemos disfrutado debido a nuestro estatus y nuestra clase social. Se podría echar mano de muchas narraciones similares, aunque queda aún por relatar buena parte de la historia tanto desde una perspectiva de base como desde la de otros sectores de la sociedad palestina. Aun así, y pese a las tensiones inherentes al planteamiento aquí adoptado, creo que

este contribuye a dilucidar una perspectiva que está ausente en la forma como se ha narrado la historia de Palestina en la mayor parte de la bibliografía especializada.

Debo añadir que este libro no responde a una «concepción lacrimógena» de los últimos cien años de la historia palestina, por repetir aquí la brillante expresión crítica que formulara el gran historiador Salo Baron refiriéndose a cierta tendencia que mostraban los textos históricos judíos del siglo XIX. [32] Quienes simpatizan con sus opresores han acusado a los palestinos de regodearse en su propia victimización. Sin embargo, es un hecho que, al igual que todas las poblaciones autóctonas que afrontan guerras coloniales, los palestinos han hecho frente a dificultades desalentadoras y a veces insuperables. También es cierto que han sufrido reiteradas derrotas, y que a veces han estado divididos y mal dirigidos. Nada de eso implica que no haya habido ocasiones en las que los palestinos podrían haber superado esas dificultades con éxito u otras en las que podrían haber tomado mejores decisiones.[33] Pero no podemos pasar por alto las formidables fuerzas internacionales e imperiales desplegadas contra ellos —cuya envergadura se ha desdeñado a menudo—, y pese a las cuales han mostrado una extraordinaria resiliencia. Confío en que este libro sea un reflejo de esa capacidad de resiliencia y contribuya a recuperar al menos una parte de todo lo que hasta ahora ha sido borrado de la historia por quienes controlan toda la Palestina histórica y el relato que la rodea.

---

[3] Ambos edificios datan de finales del siglo VII, aunque la Cúpula básicamente ha mantenido su forma original, mientras que la mezquita de Al-Aqsa ha sido reconstruida y ampliada en repetidas ocasiones.

[4] El edificio principal de la biblioteca, conocido como Turbat Baraka Khan, aparece descrito en Michael Hamilton Burgoyne, *Mamluk Jerusalem: An Architectural Study*, Londres: British School of Archaeology in Jerusalem-World of Islam Festival Trust, 1987, pp. 109-116. La estructura contiene las tumbas de Baraka Khan y sus dos hijos. Este fue un caudillo militar del siglo XIII cuya hija se desposó con el gran sultán mameluco Al-Zahir Baibars. Su hijo Said sucedió a Baibars como sultán.

[5] Mi abuelo renovó el edificio utilizando el legado de mi bisabuela, y recopiló los manuscritos y libros que formarían parte de la biblioteca de los fondos de varios de nuestros antepasados, entre los que se incluían colecciones originariamente reunidas en el siglo XVIII y aun antes. El sitio web de la biblioteca contiene la información básica al respecto, además del acceso al catálogo de manuscritos; véase www.khalidilibrary.org.

[6] Las bibliotecas privadas palestinas fueron sistemáticamente saqueadas por equipos especializados que actuaban tras el avance de las fuerzas sionistas cunado estas ocuparon los pueblos y ciudades habitados por árabes, especialmente Jaffa, Haifa y los barrios árabes de Jerusalén Oeste, en la primavera de 1948. Los manuscritos y libros robados fueron depositados en la Biblioteca de la Universidad Hebrea, hoy Biblioteca Nacional de Israel, bajo la clasificación de «PA», o «Propiedad Abandonada», una denominación característicamente orwelliana para definir un proceso de apropiación cultural derivado de la conquista y el despojo; véase Gish Amit, «Salvage or Plunder? Israel's "Collection" of Private Palestinian Libraries in West Jerusalem», *Journal of Palestine Studies*, vol. 40, n.º 4, Londres (2010-2011), pp. 6-25.

[7] La fuente documental más importante sobre Yusuf Diya es la sección que le dedica Alexander Schölch en *Palestine in Transformation, 1856-1882: Studies in Social, Economic, and Political Development*, Washington: Institute for Palestine Studies, 1993, pp. 241-252; dicha sección aparece reproducida en *Jerusalem Quarterly*, vol. 24 (verano de 2005), pp. 65-76. Véase también Malek Sharif, «A Portrait of Syrian Deputies in the Ottoman Parliament», en Christoph Herzog y Malek Sharif (eds.), *The First Ottoman Experiment in Democracy*, Wurzburgo: Nomos, 2010; y R. Khalidi, *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, ed. rev., Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 67-76.

[8] Su papel como defensor de los derechos constitucionales frente al absolutismo del sultán se describe en R. E. Devereux, *The First Ottoman Constitutional Period: A Study of the Midhat Constitution and Parliament*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1963.

[9] Aprovechando su periodo como gobernador del distrito de Bitlis, en el Kurdistán, en el sureste de la actual Turquía, elaboró el que sería el primer diccionario árabe-kurdo, *Al-Hadiya al-Hamidiyya fil-Lugha al-Kurdiyya*. Encontré ejemplares de este libro y de varias de sus otras publicaciones entre el material de la Biblioteca Khalidi. El libro fue publicado en Estambul en 1310 A. H. (1893 A. D.) por el Ministerio de Educación otomano, y desde entonces se ha reeditado varias veces. Aparte del título, que hace referencia al nombre del sultán Abdul Hamid II, la introducción incluye una empalagosa dedicatoria al sultán, un requisito prácticamente obligatorio para garantizar que las obras superaran la censura, especialmente si las autoridades consideraban a su autor potencialmente subversivo.

[10] *Der Judenstaat: Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage*, Leipzig y Viena: M. Breitenstein, 1896. El panfleto tiene ochenta y seis páginas.

[11] Theodor Herzl, *Complete Diaries*, ed. de Raphael Patai, Nueva York: Herzl Press, 1960, pp. 88-89.

[12] Carta de Yusuf Diya Pasha al-Khalidi, Pera, Estambul, al gran rabino Zadoc Kahn, 1 de marzo de 1899, Central Zionist Archives (CZA), H1/197 (Papeles de Herzl), Jerusalén. Recibí una copia digitalizada de este documento por cortesía de Barnett Rubin. La carta, originalmente escrita en francés, se envió desde el Hotel Khedivial, situado en el distrito Pera (actual Beyoğlu) de Estambul.

[13] Carta de Theodor Herzl a Yusuf Diya Pasha al-Khalidi, 19 de marzo de 1899, reproducida en Walid Khalidi (ed.), *From Haven to Conquest: Readings in Zionism and the Palestine Problem*, Beirut: Institute for Palestine Studies, 1971, pp. 91-93.

[14] *Ibid.*

[15] La actitud de Herzl hacia los árabes constituye un tema polémico, aunque no debería serlo. Entre los análisis más certeros y equilibrados se encuentran los de Walid Khalidi, «The Jewish-Ottoman Land Company: Herzl's Blueprint for the Colonization of Palestine», *Journal of Palestine Studies*, vol. 22, n.º 2 (invierno de 1993), pp. 30-47; Derek Penslar, «Herzl and the Palestinian Arabs: Myth and Counter-Myth», *Journal of Israeli History*, vol. 24, n.º 1 (2005), pp. 65-77; y Muhammad Ali Khalidi, «Utopian Zionism or Zionist Proselytism: A Reading of Herzl's *Altneuland*», *Journal of Palestine Studies*, vol. 30, n.º 4 (verano de 2001), pp. 55-67.

[16] El texto del capítulo puede encontrarse en Walid Khalidi, «The Jewish-Ottoman Land Company».

[17] La novela cuasi utópica de Herzl *Altneuland* (Vieja Nueva Tierra), publicada en 1902, describía una futura Palestina dotada de todos esos atractivos rasgos. Véase Muhammad Ali Khalidi, «Utopian Zionism or Zionist Proselytism».

[18] Según el erudito israelí Zeev Sternhell, durante toda la década de 1920 «la afluencia anual de capital judío fue como media un 41,5 % superior al producto interior neto (PIN) judío […] [y] su ratio con respecto al PIN no bajó del 33 % en ninguno de los años previos a la Segunda Guerra Mundial»; véase *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 1998, p. 217. La consecuencia de esta notable afluencia de capital fue que entre 1922 y 1947 la economía judía de Palestina experimentó una tasa de crecimiento del 13,2 % anual; pueden verse más detalles en R. Khalidi, *The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood*, Boston: Beacon Press, 2007, pp. 13-14.

[19] Las cifras relativas a las pérdidas palestinas durante la revuelta se han extrapolado de los datos estadísticos proporcionados por Walid Khalidi (ed.), *From Haven to Conquest*, apéndice 4, pp. 846-849; y Matthew Hughes, *Britain's Pacification of Palestine: The British Army, the Colonial State and the Arab Revolt, 1936–39*, Cambridge: Cambridge University Press, 2019, pp. 377-384.

[20] *Lord Curzon in India: Being a Selection from His Speeches as Viceroy & Governor-General of India, 1898–1905*, Londres: Macmillan, 1906, pp. 589-590.

[21] *Ibid.,* p. 489.

[22] *Der Judenstaat*, trad. al inglés y selección de textos en *The Zionist Idea: A Historical Analysis and Reader*, ed. de Arthur Hertzberg, Nueva York: Atheneum, 1970, p. 222 [en español hay varias

ediciones; una de las más recientes es *El Estado judío*, Zaragoza: Riopiedras, 2004, trad. de Sigisfredo Krebs (*N. del T.*)].

[23] Zangwill, en «The Return to Palestine», *New Liberal Review,* diciembre de 1901, p. 615, escribía que «Palestina es un país sin pueblo; los judíos son un pueblo sin país». Puede verse un ejemplo reciente de la tendenciosa e interminable reutilización de este eslogan en Diana Muir, «A Land Without a People for a People Without a Land», *Middle East Quarterly*, primavera de 2008, pp. 55-62.

[24] Joan Peters, *From Time Immemorial: The Origins of the Arab-Jewish Conflict over Palestine*, Nueva York: HarperCollins, 1984. Norman Finkelstein, Yehoshua Porath y muchos otros eruditos han destripado el libro sin piedad en sendas reseñas donde prácticamente lo han calificado de fraude. El rabino Arthur Hertzberg, que durante un breve periodo fue colega mío en la Universidad de Columbia, me dijo que Peters, que no tenía un conocimiento especialmente preciso de Oriente Próximo, escribió el libro a instancias de una institución israelí de derechas y gracias a los recursos de esta. Básicamente —me explicó—, le proporcionaron documentos que «demostraban» que los palestinos no existían, y la autora se limitó a plasmarlos por escrito. No tengo forma de verificar esta afirmación. Hertzberg murió en 2006 y Peters en 2015.

[25] Este tipo de obras son bastante numerosas. Véase, por ejemplo, Arnold Brumberg, *Zion Before Zionism, 1838–1880*, Syracuse (Nueva York): Syracuse University Press, 1985; o, en una versión superficialmente más sofisticada, el texto característicamente polémico y tendenciosao de Ephraim Karsh *Palestine Betrayed*, New Haven (Connecticut): Yale University Press, 2011. Este libro se enmarca en un nuevo género de «erudición» neoconservadora financiada, entre otros, por Roger Hertog, un multimillonario de extrema derecha especializado en la gestión de fondos de cobertura que es objeto de un generoso agradecimiento en el prefacio del libro de Karsh. Otra de las estrellas de este firmamento neoconservador, Michael Doran, del Hudson Institute —de cuyo patronato forma parte Hertog—, se muestra igualmente generoso en su agradecimiento a Hertog en el prefacio de su propio libro, *Ike's Gamble: America's Rise to Dominance in the Middle East*, Nueva York: Simon and Schuster, 2016.

[26] Las actitudes de la opinión pública estadounidense con respecto a Palestina se han visto influenciadas por el desdén generalizado hacia los árabes y musulmanes difundido por Hollywood y los medios de comunicación de masas, tal como muestra Jack Shaheen en libros como *Reel Bad Arabs: How Hollywood Vilifies a People* (Nueva York: Olive Branch Press, 2001), y otras posturas similares relativas específicamente a Palestina y los palestinos. Noga Kadman, en *Erased from Space and Consciousness: Israel and the Depopulated Palestinian Villages of 1948* (Bloomington: Indiana University Press, 2015), revela, a partir de extensas entrevistas y otras fuentes documentales, que en la mente de muchos israelíes han arraigado profundamente actitudes similares.

[27] M. M. Silver, en *Our Exodus: Leon Uris and the Americanization of Israel's Founding Story* (Detroit: Wayne State University Press, 2010), analiza el impacto del libro y la película en la cultura popular estadounidense. Amy Kaplan sostiene que tanto la novela como el filme desempeñaron un papel crucial en la americanización del sionismo; véase su artículo «Zionism as Anticolonialism: The

Case of *Exodus*», *American Literary History*, vol. 25, n.º 4 (1 de diciembre de 2013), pp. 870-895, y, sobre todo, el cap. 2 de su libro *Our American Israel: The Story of an Entangled Alliance*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2018, pp. 58-93.

[28] Véase Zachary J. Foster, «What's a Palestinian: Uncovering Cultural Complexities», *Foreign Affairs*, 12 de marzo de 2015, http://www.foreignaffairs.com/articles/143249/zachary-j-foster/whats-a-palestinian [en adelante incluimos siempre una versión abreviada de los enlaces para facilitar la consulta al lector, indicando asimismo —como ocurre en este caso— cuando el artículo es de acceso restringido para suscriptores: https://fam.ag/3ama6pG (*N. del T.*)]. Es frecuente encontrar opiniones similares entre los principales benefactores políticos, como el recientemente fallecido multimillonario y magnate de los casinos Sheldon Adelson, el mayor donante individual del Partido Republicano durante varios años consecutivos, que declaraba que «los palestinos son un pueblo inventado». En las llamadas «primarias financieras» de las campañas presidenciales estadounidenses, en las que los candidatos recaudan fondos y recaban apoyos antes de que se inicien las primarias propiamente dichas, era Adelson quien orquestaba el invisible espectáculo de los posibles candidatos republicanos bailando al son que él tocaba. Véase Jason Horowitz, «Republican Contenders Reach Out to Sheldon Adelson, Palms Up», *The New York Times*, 27 de abril de 2015, http://www.nytimes.com/2015/04/27/us/politics/republican-contenders-reach-out-to-sheldon-adelson-palms-up.html [https://nyti.ms/2WSf0Ya; acceso restringido]; y Jonathan Cook, «The Battle Between American-Jewish Political Donors Heats Up», *Al-Araby*, 4 de mayo de 2015, https://english.alaraby.co.uk/analysis/battle-between-american-jewish-political-donors-heats [https://bit.ly/3alLnla]. Adelson, que fue uno de los principales donantes de Trump, obtuvo su recompensa en diciembre de 2017, cuando Estados Unidos reconoció a Jerusalén como capital de Israel y luego trasladó allí su embajada.

[29] Vladímir (luego Zeev) Jabotinsky, «O Zheleznoi Stene» (La muralla de hierro), *Rassvyet*, 4 de noviembre de 1923.

[30] La originaria guerra de los Cien Años, entre la casa de Plantagenet de Inglaterra y la dinastía Valois de Francia, duró de hecho ciento dieciséis, de 1337 a 1453.

[31] Son los siguientes: *Palestinian Identity*; *The Iron Cage*; *Under Siege: PLO Decisionmaking During the 1982 War*, ed. rev., Nueva York: Columbia University Press, 2014; y *Brokers of Deceit: How the US Has Undermined Peace in the Middle East*, Boston: Beacon Press, 2013.

[32] Baron, que entre 1929 y 1963 fue titular de la cátedra Nathan L. Miller de Historia, Literatura e Instituciones Judías en la Universidad de Columbia y es considerado el más destacado historiador judío del siglo XX, fue profesor de mi padre, Ismail Khalidi, que estudió en dicha universidad a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950. Cuatro décadas después, Baron me dijo que recordaba a mi padre y que había sido un buen estudiante, aunque, dada su indefectible cortesía y buen talante, es posible que simplemente tratara de ser amable.

[33] En mi libro *The Iron Cage* exploraba las malas decisiones adoptadas por los líderes del movimiento nacional palestino y las grandes dificultades que han afrontado.

01

La primera declaración de guerra, 1917-1939

«Hay muchos casos en los
que se ha iniciado una guerra
antes de que se declarara».

ARTHUR JAMES BALFOUR[34]

A comienzos del siglo XX, antes de que la colonización sionista tuviera un efecto apreciable en Palestina, se estaban difundiendo nuevas ideas, habían empezado a extenderse la educación y la alfabetización modernas y la integración de la economía del país en el orden capitalista global avanzaba a buen ritmo. La producción para la exportación de cultivos como el trigo y los cítricos, la inversión de capital en la agricultura y la introducción de cultivos comerciales y mano de obra asalariada, un hecho especialmente notable en la rápida expansión de los naranjales, estaban cambiando el rostro de grandes sectores del campo. Esta evolución fue paralela a la acumulación de tierras en régimen de propiedad privada por parte de un número de personas cada vez menor. Grandes extensiones de tierra pasaron a estar en manos de terratenientes absentistas —muchos de los cuales vivían en Beirut o Damasco— a expensas de los campesinos minifundistas. El saneamiento, la salubridad y las tasas de nacidos vivos mejoraban poco a poco, las tasas de mortalidad disminuían y, en consecuencia, la población aumentaba con creciente rapidez. El telégrafo, el barco de vapor, el

ferrocarril, la luz de gas, la electricidad y las carreteras modernas fueron transformando gradualmente las ciudades grandes y pequeñas, e incluso algunas poblaciones rurales, al tiempo que los viajes —tanto dentro de la región como fuera de ella— se hacían más rápidos, baratos, cómodos y seguros.[35]

Mandato británico de Palestina
Plan de Partición, 1947
Estado árabe
Estado judío
Jerusalén, corpus separatum
LÍBANO
SIRIA
Lago Tiberíades
Haifa
Yenín
Naplusa
Tel Aviv
Jaffa
Lydda (Lod)
Jerusalén
Belén
Gaza
Hebrón
Mar Muerto
Beerseba
NAQAB (NÉGUEV)
TRANSJORDANIA
EGIPTO

En la década de 1860, Yusuf Diya al-Khalidi había tenido que viajar a Malta y Estambul para poder adquirir una educación de estilo occidental. En 1914, en cambio, era posible acceder a ese tipo de educación en toda una serie de escuelas y universidades públicas, privadas y religiosas establecidas en Palestina, Beirut, El Cairo y Damasco. Era frecuente que tanto las escuelas misioneras extranjeras —católicas, protestantes y ortodoxas— como las escuelas judías de la Alianza Israelita Universal se guiaran por los métodos de la pedagogía moderna. Debido en parte al temor a que los misioneros extranjeros, aliados con sus todopoderosos patrocinadores, llegaran a dominar la educación de las generaciones más jóvenes, las autoridades otomanas establecieron una creciente red de escuelas públicas que con el tiempo acogerían en Palestina a más alumnos que las escuelas extranjeras. Aunque todavía se estaba muy lejos de lograr el acceso universal a la educación y la alfabetización generalizada de la población, los cambios producidos en el periodo inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial vinieron a ofrecer nuevos horizontes e ideas novedosas a un creciente número de personas.[36] La población árabe se benefició de todo ello.

Socialmente, Palestina todavía era un país de fuerte implantación rural con una estructura predominantemente patriarcal y jerárquica, como de hecho seguiría siendo en gran medida hasta 1948. Estaba dominado por unas limitadas élites urbanas provenientes de unas pocas familias como la mía, que seguían aferrándose a su posición y a sus privilegios a la par que se adaptaban a las nuevas condiciones, mientras sus miembros más jóvenes adquirían una educación moderna y aprendían lenguas extranjeras para mantener su estatus y sus prebendas. Estas élites controlaban la política palestina, si bien el desarrollo de nuevas profesiones, oficios y clases sociales hacía que en aquellos primeros años del siglo XX hubiera más vías de progreso individual y de movilidad ascendente. En las ciudades costeras, como Jaffa y Haifa, que experimentaban un rápido crecimiento, el cambio

fue más visible que en las del interior, más conservadoras, como Jerusalén, Naplusa y Hebrón, en cuanto las primeras presenciaron el surgimiento de una naciente burguesía comercial y una embrionaria clase trabajadora urbana.[37]

Al mismo tiempo, el sentimiento de identidad de gran parte de la población también estaba evolucionando y transformándose. Sin duda los miembros de la generación de mi abuelo se identificaban —y eran identificados por otros— en virtud de su familia, su afiliación religiosa y su ciudad o pueblo de origen. Apreciaban su linaje de venerados ancestros, se mostraban orgullosos de hablar árabe —la lengua del Corán— y se veían a sí mismos como herederos de la cultura árabe. Puede que sintieran lealtad a la dinastía y al Estado otomanos, una lealtad arraigada en la costumbre así como en la percepción de este último como un baluarte que defendía las tierras de los primeros y más grandes imperios musulmanes; tierras codiciadas por la cristiandad desde los tiempos de las Cruzadas; tierras en las que se hallaban las ciudades santas de La Meca, Medina y Jerusalén. Dicha lealtad, no obstante, había empezado a menguar en el siglo XIX a medida que disminuía la base religiosa del Estado, aumentaban las derrotas militares y las pérdidas territoriales otomanas y evolucionaban y se difundían las ideas nacionalistas.

La mayor movilidad y el creciente acceso a la educación vinieron a acelerar estos cambios, y también desempeñaron un importante papel el florecimiento de la prensa y la disponibilidad de libros impresos: así, entre 1908 y 1914 se fundaron en Palestina treinta y dos nuevos periódicos y revistas, y en las décadas de 1920 y 1930 la cifra se incrementaría aún más.[38] Al mismo tiempo surgían diferentes formas de identificación, como la pertenencia a un Estado-nación, e ideas novedosas relativas a la organización social, como la solidaridad de la clase trabajadora y el papel de la mujer en la sociedad, que venían a cuestionar los lazos de afiliación previamente establecidos. Estas nuevas formas de pertenencia, ya fuera a un

grupo nacional, de clase o profesional, se hallaban todavía en ciernes y entrañaban la imbricación de diversos vínculos de lealtad. La carta que Yusuf Diya le escribió a Herzl en 1899, por ejemplo, evoca a un tiempo la afiliación religiosa, la lealtad otomana, el orgullo local jerosolimitano y un claro sentimiento de identificación con Palestina.

En esta primera década del siglo XX, una gran parte de los judíos de Palestina todavía convivían con razonable comodidad con los musulmanes y cristianos que habitaban en las ciudades, además de ser culturalmente bastante similares a ellos. En su mayoría eran ultraortodoxos y no sionistas, mizrajíes (orientales) o sefardíes (descendientes de los judíos expulsados de España), urbanitas de origen mediterráneo o proximooriental que con frecuencia hablaban árabe o turco, aunque solo fuera como segunda o tercera lengua. Pese a las marcadas diferencias religiosas existentes entre ellos y sus vecinos, no eran foráneos, ni europeos ni colonos: eran (así se veían a sí mismos, y así los veían los demás) simplemente judíos que formaban parte de una sociedad autóctona de mayoría musulmana.[39] Además, algunos jóvenes judíos asquenazíes europeos que se establecieron en Palestina en aquella época, incluidos fervientes sionistas como David Ben-Gurión e Itzjak Ben-Zvi (que llegarían a ser respectivamente primer ministro y presidente de Israel), inicialmente trataron de integrarse en la sociedad local al menos en cierta medida. Tanto Ben-Gurión como Ben-Zvi incluso adoptaron la nacionalidad otomana, estudiaron en Estambul y aprendieron árabe y turco.

El hecho de que en la moderna era industrial el ritmo de transformación de los países avanzados de Europa Occidental y Norteamérica fuera mucho más rápido que el del resto del mundo llevó a muchos observadores externos, entre ellos algunos eminentes eruditos, a afirmar erróneamente que las sociedades de Oriente Próximo, incluida Palestina, estaban estancadas y eran inmunes al cambio, o incluso que se hallaban «en declive».[40] Hoy sabemos por numerosos indicadores que no era así en

absoluto: un creciente corpus de trabajos historiográficos sólidamente fundamentados y basados en fuentes documentales otomanas, palestinas, israelíes y occidentales refutan por completo esas falsas ideas.[41] No obstante, las investigaciones recientes sobre la Palestina de los años anteriores a 1948 van mucho más allá de limitarse a abordar los conceptos erróneos y las distorsiones que subyacen a este tipo de pensamiento. Independientemente de lo que a primera vista pudiera parecerles a los foráneos desinformados, resulta obvio que en la primera mitad del siglo XX existía en la Palestina otomana una pujante sociedad árabe que atravesaba una serie de rápidas y aceleradas transiciones, como ocurría en varias otras sociedades de su entorno proximooriental.[42]

Las grandes perturbaciones externas suelen tener potentes efectos en las sociedades, especialmente en su autopercepción. A comienzos del siglo XX el Imperio otomano se fue haciendo cada vez más frágil, con importantes pérdidas territoriales en los Balcanes, Libia y otras regiones. La guerra de Libia en 1911-1912 marcó el inicio de una larga serie de desgarradoras guerras y convulsiones que se prolongarían durante casi una década; le siguieron las guerras de los Balcanes de 1912-1913, y luego la extraordinaria conmoción de la Primera Guerra Mundial, que finalmente llevaría a la desaparición del imperio. Los cuatro años que duró este último conflicto trajeron consigo graves situaciones de escasez, miseria, hambruna, enfermedades, el requisamiento de animales de tiro y el reclutamiento forzoso de la mayoría de los hombres en edad de trabajar, que fueron enviados al frente. Se calcula que entre 1915 y 1918 la Gran Siria, que incluía Palestina y las actuales Jordania, Siria y el Líbano, sufrió medio millón de bajas solo a causa de la hambruna (que se vio exacerbada por una plaga de langostas).[43]

Husayn y Hasan al-Khalidi, reclutas del Ejército otomano. BIBLIOTECA KHALIDI

El hambre y las privaciones generales fueron solo una de las causas del lamentable estado de la población. Dado que la mayoría de los observadores se centraron primordialmente en el espantoso número de bajas producidas en el frente occidental, pocos fueron conscientes de que durante el conflicto fue el Imperio otomano el que sufrió las mayores pérdidas de todas las principales potencias implicadas, con más de tres millones de muertos, el 15 % de su población total. La mayoría de estas bajas fueron civiles, y el mayor grupo de ellas fue el integrado por las víctimas de las masacres perpetradas a instancias de las propias autoridades otomanas en 1915 y 1916: armenios, asirios y otros cristianos.[44] Además, de los 2,8 millones de soldados otomanos originalmente movilizados, se calcula que durante la guerra pudieron morir hasta un total de setecientos cincuenta mil.

[45] La cifra de víctimas árabes fue proporcionalmente elevada, ya que las unidades militares reclutadas en Irak y la Gran Siria tuvieron una destacada participación en campos de batalla tan sangrientos como el frente oriental otomano contra Rusia, así como en Galípoli, el Sinaí, Palestina e Irak. El demógrafo Justin McCarthy estimaba que, tras incrementarse en torno a un 1 % anual hasta 1914, la población de Palestina disminuyó un 6 % durante la guerra.[46]

Las convulsiones de este periodo no perdonaron a las familias acomodadas como la mía. Cuando nació mi padre, Ismail, en 1915, cuatro de sus hermanos adultos, Numan, Hasan, Husayn y Ahmad, habían sido reclutados en el Ejército otomano. Dos de ellos resultaron heridos en combate, pero todos tuvieron la fortuna de sobrevivir. Mi tía Anbara Salam al-Khalidi guardaba terribles recuerdos de hambre y privaciones en las calles de Beirut, donde vivió de joven.[47] Mi tío Husayn al-Khalidi, que sirvió como oficial médico durante la guerra, recordaba escenas igualmente desgarradoras en Jerusalén, donde los cuerpos de docenas de personas que habían muerto de hambre yacían tirados en las calles.[48] Las exacciones de las autoridades otomanas durante la guerra incluyeron el ahorcamiento, por cargos de traición, del prometido de mi tía, Abd al-Ghani al-Uraysi, junto con el de muchos otros patriotas nacionalistas árabes.[49]

En 1917, mi abuelo Hajj Raghib al-Khalidi y mi abuela Amira, conocida entre nosotros como Um Hasan, recibieron, junto con los demás residentes del área de Jaffa, una orden de evacuación de las autoridades otomanas. Para escapar de los crecientes peligros de la guerra, abandonaron su hogar en Tal al-Rish, en las inmediaciones de Jaffa (el trabajo de mi abuelo como juez los había llevado hasta allí desde Jerusalén muchos años antes), con sus cuatro hijos menores, entre ellos mi padre. Durante varios meses la familia buscó refugio en la aldea montañosa de Dayr Ghassaneh —al este de Jaffa— entre los miembros del clan Barghouti, con quienes mantenía una antigua relación.[50] La aldea estaba lo bastante lejos del mar como para

hallarse fuera del alcance de los cañones navales aliados, y lejos de los encarnizados combates que se libraban en la costa mientras las tropas británicas al mando del general *sir* Edmund Allenby avanzaban hacia el norte.

Desde la primavera hasta finales del otoño de 1917, la zona sur del país fue el escenario de una serie de cruentas batallas entre las fuerzas británicas y otomanas, estas últimas respaldadas por tropas alemanas y austriacas. Los combates involucraron guerras de trincheras, incursiones aéreas e intensos bombardeos de artillería terrestre y naval. Las unidades británicas e imperiales lanzaron varias grandes ofensivas que poco a poco fueron haciendo retroceder a los defensores otomanos. En invierno la lucha se extendió al norte de Palestina (Jerusalén, en el centro, cayó en manos de los británicos en diciembre de 1917) y se prolongó hasta principios de 1918. En muchas regiones, el impacto directo de la guerra causó un enorme sufrimiento. Uno de los distritos más afectados fue el que abarcaba la ciudad de Gaza y otras poblaciones cercanas, donde grandes extensiones quedaron reducidas a escombros por los intensos bombardeos británicos primero durante la prolongada guerra de trincheras y luego durante el lento avance aliado a lo largo de la costa mediterránea.

Poco después de que Jaffa cayera en manos de los británicos, en noviembre de 1917, la familia de mi abuelo regresó a su hogar en Tal al-Rish. Otra tía mía, Fatima al-Khalidi Salam, entonces una niña de ocho años, recordaría más tarde que su padre dio la bienvenida a las tropas británicas. «Welcome, welcome», les dijo en su indudablemente imperfecto inglés. Um Hasan, a quien, en lugar de ello, le pareció escuchar que decía «Ya waylkum» —«¡Pobres de vosotros!» en árabe—, temió que hubiera puesto en peligro a la familia mofándose de los soldados extranjeros.[51] Pero independientemente de que Hajj Raghib al-Khalidi acogiera con alegría o lamentara la llegada de los británicos, dos de sus hijos seguían luchando en el otro bando, y otros dos estaban retenidos como prisioneros

de guerra, lo que colocaba a la familia en una peligrosa situación. Dos de mis tíos permanecerían en el Ejército otomano, que resistía a los británicos en el norte de Palestina y Siria, hasta finales de 1918.

Ambos formaban parte del contingente de miles de hombres que al final de la guerra seguían ausentes de sus hogares. Algunos habían emigrado a América para escapar del reclutamiento forzoso, mientras que muchos otros, como el escritor Aref Shehadeh, más tarde conocido como Aref al-Aref, estaban retenidos en campos de prisioneros aliados.[52] Otros se habían refugiado en las montañas para evitar la leva, como Najib Nassar, director del periódico de Haifa *Al-Karmil*, una publicación declaradamente antisionista.[53] También había soldados árabes que habían desertado del Ejército otomano para pasarse al otro bando o que luchaban con las fuerzas de la Rebelión Árabe liderada por el jerife Husayn ibn Ali con el apoyo de Gran Bretaña. Otros más —como Isa al-Isa, director de *Filastin*, que había sido desterrado por las autoridades otomanas debido a su fervorosa independencia, fuertemente influenciada por el nacionalismo árabe— se vieron obligados a abandonar los confines relativamente cosmopolitas de Jaffa para instalarse en diversos pueblecitos en el corazón de la Anatolia rural.[54]

Todas estas profundas conmociones materiales vinieron a intensificar el impacto de los desgarradores cambios políticos de posguerra, que obligaron a la gente a replantearse sentimientos de identidad largamente arraigados. Al final del conflicto, la población de Palestina y de gran parte del mundo árabe se encontró bajo la ocupación de los Ejércitos europeos. Después de cuatrocientos años, se enfrentaban a la desconcertante perspectiva de un gobierno extranjero, acompañada de la rápida desaparición del control otomano, que había sido el único sistema de gobierno que habían conocido durante más de veinte generaciones. Fue en medio de este enorme trauma, en el final de una era y el inicio de otra, con un lúgubre trasfondo de

sufrimiento, pérdida y privaciones, cuando los palestinos tuvieron noticia —aunque de forma fragmentaria— de la Declaración Balfour.

La trascendente declaración realizada en nombre del gabinete británico hace poco más de un siglo (concretamente el 2 de noviembre de 1917) por el entonces ministro de Exteriores Arthur James Balfour —que pasaría a conocerse como Declaración Balfour— constaba de una sola frase:

> El Gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará todo lo posible para facilitar el logro de este objetivo, bien entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina o los derechos y el estatus político de los que disfrutan los judíos en cualquier otro país.

Si antes de la Primera Guerra Mundial muchos palestinos con visión de futuro ya habían empezado a percibir el movimiento sionista como una amenaza, la Declaración Balfour vino a añadir un nuevo y temible elemento de inquietud. En el melifluo y engañoso lenguaje de la diplomacia, la ambigua frase en la que la declaración aprobaba «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» implicaba en la práctica que Gran Bretaña respaldaba el objetivo de Theodor Herzl de dotar a los judíos de su propio Estado, su propia soberanía y el control de la inmigración en toda Palestina.

De manera harto significativa, Balfour no mencionaba a la abrumadora mayoría árabe de la población (en torno al 94 % en aquel momento) excepto cuando aludía de forma indirecta a las «comunidades no judías existentes en Palestina». Es decir, que se definía a estas últimas en términos de lo que *no* eran y, desde luego, no como una nación ni como un pueblo, ya que en la declaración no aparecían para nada los términos *árabe* ni *palestino*. A esta aplastante mayoría de la población solo se le prometían «derechos civiles y religiosos», no derechos políticos o nacionales. En cambio, Balfour sí atribuía derechos nacionales a lo que él denominaba «el

pueblo judío», que en 1917 representaba tan solo una pequeña minoría —un 6 %— de los habitantes del país.

Antes de obtener el respaldo británico, el movimiento sionista había sido un proyecto colonizador en busca del mecenazgo de una gran potencia. Tras fracasar en su intento de encontrar un patrocinador en el Imperio otomano, la Alemania guillermina y otros países, el sucesor de Theodor Herzl, Jaim Weizmann, y sus colegas finalmente lograron su propósito al recurrir durante la guerra al gabinete británico liderado por David Lloyd George, obteniendo así el apoyo de la que era la mayor potencia del momento. Los palestinos se enfrentaban ahora a un adversario mucho más formidable del que habían tenido nunca: mientras las tropas británicas avanzaban hacia el norte y ocupaban su país, aquellas mismas tropas servían a un Gobierno que se había comprometido a implantar un «hogar nacional» en el que la inmigración ilimitada estaba destinada a engendrar una futura mayoría judía.

La cuestión de cuáles fueron las intenciones y objetivos del Gobierno británico en aquel momento ha sido objeto de un extenso análisis a lo largo del siglo pasado.[55] Entre sus numerosas motivaciones se contaban tanto el anhelo filosemita —romántico y de inspiración religiosa— de «devolver» a los hebreos a su patria bíblica como el deseo antisemita de reducir la inmigración judía a Gran Bretaña, todo ello unido a la convicción de que la «comunidad judía del mundo» tenía el poder de mantener a la nueva Rusia revolucionaria luchando en la guerra y de involucrar en ella a Estados Unidos. Aparte de estos motivos, Gran Bretaña deseaba primordialmente el control de Palestina por razones geopolíticas estratégicas anteriores a la Primera Guerra Mundial y que los acontecimientos bélicos no habían hecho sino reforzar.[56] Por muy importantes que pudieran haber sido las otras motivaciones, esta era la principal: el Imperio británico *nunca* actuaba por razones altruistas. Patrocinar el proyecto sionista servía perfectamente a los intereses estratégicos de Gran Bretaña, que asimismo se verían igualmente

favorecidos por toda una serie de aventuras regionales emprendidas durante la guerra. Entre estas últimas se contaban los compromisos asumidos en 1915 y 1916 prometiendo la independencia a los árabes liderados por el jerife Husayn de La Meca (consagrados en la que pasaría a conocerse como Correspondencia Husayn-McMahon) y el acuerdo secreto firmado en 1916 con Francia, el denominado Acuerdo Sykes-Picot, en el que las dos potencias pactaron la partición colonial de los países árabes orientales.[57]

Pero más importante aún que las razones británicas para promulgar la Declaración Balfour es lo que este compromiso supuso en la práctica para los objetivos nítidamente formulados del movimiento sionista: la soberanía y el control absoluto de Palestina. Gracias al apoyo incondicional de Gran Bretaña, de repente dichos objetivos se hicieron plausibles. Algunos destacados políticos británicos extendieron su respaldo al sionismo mucho más allá del texto meticulosamente redactado de la declaración. En una cena celebrada en casa de Balfour en 1922, tres de los estadistas británicos más prominentes de la época —Lloyd George, el propio Balfour y el ministro de las Colonias, Winston Churchill— aseguraron a Weizmann que, con la expresión «hogar nacional judío», se referían «en todo momento a un eventual Estado judío». Lloyd George convenció al líder sionista de que por esa razón Gran Bretaña nunca permitiría un gobierno representativo en Palestina. Y no lo hizo.[58]

Para los sionistas, su empresa gozaba ahora del respaldo de una indispensable «muralla de hierro» (citando de nuevo a Zeev Jabotinksy): la del poderío militar británico. Para los habitantes de Palestina, cuyo futuro venía a decidir en última instancia, la meticulosa y calibrada prosa de Balfour constituía en la práctica un arma que les apuntaba directamente a la cabeza, una declaración de guerra del Imperio británico a la población autóctona. La mayoría afrontaba ahora la perspectiva de verse superada en número por la inmigración judía ilimitada a un país que por entonces era casi íntegramente árabe tanto en su población como en su cultura. Lo

pretendiera o no, la declaración desencadenó el que sería un conflicto colonial en toda regla, un ataque secular al pueblo palestino, destinado a fomentar a sus expensas un «hogar nacional» de carácter exclusivista.

La reacción palestina a la Declaración Balfour tardó en llegar, y en un primer momento fue relativamente silenciosa. La noticia del pronunciamiento británico se difundió en la mayor parte del mundo inmediatamente después de su promulgación. En Palestina, sin embargo, los periódicos estaban cerrados desde el inicio de la guerra, debido tanto a la censura del Gobierno como a la falta de papel derivada del riguroso bloqueo naval aliado de los puertos otomanos. Luego, cuando las tropas británicas ocuparon Jerusalén, en diciembre de 1917, el régimen militar prohibió la publicación de cualquier noticia sobre la declaración.[59] De hecho, las autoridades británicas no permitirían la reapertura de los periódicos palestinos durante casi dos años. Cuando la información sobre la Declaración Balfour llegó finalmente a Palestina, primero se filtró lentamente a través del boca a boca, y luego mediante los ejemplares de periódicos egipcios que los viajeros traían de El Cairo.

La noticia cayó como una bomba en una sociedad postrada y exhausta en aquella última etapa de la guerra, mientras los supervivientes del caos y el desplazamiento derivados del conflicto regresaban poco a poco a sus hogares. Hay evidencias de que estos reaccionaron con conmoción a la noticia. En diciembre de 1918, un grupo de treinta y tres palestinos exiliados (entre ellos Al-Isa) que acababan de viajar de Anatolia a Damasco, donde el acceso a las noticias no estaba restringido, enviaron una primera carta de protesta a la conferencia de paz que se estaba convocando en Versalles y al Ministerio de Exteriores británico. En ella recalcaban: «Este es nuestro país», y expresaban su horror ante la proclamación sionista de que «Palestina se convertiría en un hogar nacional para ellos».[60]

Puede que tales perspectivas les parecieran remotas a muchos palestinos en el momento en que se promulgó la Declaración Balfour, cuando los judíos constituían solo una pequeña minoría de la población. Sin embargo, algunas personas con visión de futuro —como Yusuf Diya al-Khalidi— ya habían percibido desde un primer momento el peligro que entrañaba el sionismo. En 1914, en un sagaz editorial publicado en *Filastin*, Isa al-Isa hablaba de «una nación amenazada con desaparecer por la marea sionista en esta tierra palestina […], una nación cuyo propio ser se ve amenazado con la expulsión de su patria».[61] Quienes sentían inquietud ante la invasión del movimiento sionista no podían menos que alarmarse al comprobar su capacidad de comprar grandes extensiones de tierra fértil, de las que se expulsaba a los campesinos autóctonos, así como su éxito a la hora de incrementar la inmigración judía.

De hecho, entre 1909 y 1914 habían llegado unos cuarenta mil inmigrantes judíos (aunque algunos volvieron a marcharse poco después), y el movimiento sionista había creado dieciocho nuevas colonias (de un total de cincuenta y dos en 1914) en tierras que había comprado principalmente a terratenientes absentistas. La relativamente reciente concentración de la propiedad privada de la tierra facilitó sobremanera aquellas adquisiciones, cuyo impacto en los palestinos resultó especialmente acusado en las comunidades agrícolas de las zonas de intensa colonización sionista: la llanura costera, y los fértiles valles de Jezreel (Marj Ibn Amer) y Jule en el norte. Muchos campesinos de las aldeas vecinas a las nuevas colonias se vieron despojados de sus tierras como resultado de las compraventas, y algunos también sufrieron enfrentamientos armados con las primeras unidades paramilitares formadas por los colonos judíos europeos.[62] Su inquietud era similar a la de los habitantes árabes de las ciudades de Haifa, Jaffa y Jerusalén —los principales centros de población judía, entonces y ahora—, que observaban con creciente preocupación la afluencia de inmigrantes judíos en los años previos a la guerra. Tras la promulgación de

la Declaración Balfour, las desastrosas consecuencias de todo ello para el futuro de Palestina se harían cada vez más evidentes para todos.

Aparte de los cambios demográficos y de otro tipo, la Primera Guerra Mundial y sus secuelas vinieron a acelerar la transformación del sentimiento nacional palestino, que pasó de centrarse en el amor a la patria y la lealtad a la familia y al terruño a adoptar una forma absolutamente moderna de nacionalismo.[63] En un mundo donde el nacionalismo llevaba ya muchas décadas ganando terreno, la Gran Guerra proporcionó un definitivo impulso global a esta tendencia, acrecentada hacia el final del conflicto por Woodrow Wilson en Estados Unidos y Vladímir Lenin en la Rusia soviética, dos figuras que defendieron el principio de autodeterminación nacional, aunque de diferentes maneras y con objetivos distintos.

Cualesquiera que fueran las intenciones de estos dos líderes, el manifiesto respaldo a las aspiraciones nacionales de los pueblos de todo el mundo por parte de dos potencias aparentemente anticoloniales tuvo un impacto enorme. Estaba claro que Wilson no tenía la menor intención de hacer extensible aquel principio a la mayoría de quienes lo interpretaron como una inspiración para sus esperanzas de liberación nacional; de hecho, llegó a confesar que se sentía desconcertado ante la plétora de pueblos (la mayoría de los cuales le resultaban completamente desconocidos) que respondían a su llamamiento en favor de la autodeterminación.[64] Pero, aun así, aquellas esperanzas primero suscitadas y luego defraudadas —por las declaraciones de Wilson en apoyo de la autodeterminación nacional, por la Revolución bolchevique y por la indiferencia mostrada por los Aliados en la Conferencia de Paz de Versalles ante las demandas de independencia de los pueblos colonizados— desencadenaron masivas revueltas revolucionarias anticoloniales en muchos lugares, entre ellos la India, Egipto, China, Corea e Irlanda.[65] También la disolución de los imperios Románov, Habsburgo y

otomano —todos ellos Estados dinásticos transnacionales— se debió en gran medida a la expansión del nacionalismo y a su intensificación durante y después del conflicto.

Es cierto que en Palestina las identidades políticas habían evolucionado ya antes de la guerra, en sintonía con los cambios globales y con la evolución del Estado otomano. Sin embargo, este proceso se había producido con relativa lentitud y dentro de las limitaciones propias de un imperio dinástico, transnacional y religiosamente legitimado. Antes de 1914, el mapa mental de la mayoría de sus súbditos se hallaba condicionado por el propio hecho de haber estado viviendo tanto tiempo bajo el dominio otomano que les resultaba difícil concebir siquiera la posibilidad de regirse por otro sistema político distinto. Al entrar en el mundo de posguerra sufriendo un trauma colectivo, el pueblo de Palestina se enfrentó a una realidad radicalmente nueva: iban a ser gobernados por Gran Bretaña y su patria se había prometido a otros como un «hogar nacional». A ello cabía contraponer sus expectativas sobre la posibilidad de independencia y autodeterminación árabes, prometidas al jerife Husayn por los británicos en 1916; una promesa repetida en múltiples declaraciones públicas desde entonces, entre ellas una declaración anglo-francesa de 1918, antes de que se consagrara en el Pacto de la nueva Sociedad de Naciones en 1919.

La prensa palestina nos proporciona una ventana crucial a través de la que observar la percepción que tenían los palestinos de sí mismos y su interpretación de los acontecimientos en el periodo de entreguerras. Dos periódicos en concreto, el que dirigía Isa al-Isa en Jaffa, *Filastin*, y *Al-Karmil*, publicado en Haifa por Najib Nassar, eran auténticos bastiones del patriotismo local, especialmente críticos con la entente sionista-británica y el peligro que esta entrañaba para la mayoría árabe en Palestina; de hecho, se contaban entre los referentes más influyentes en lo relativo a la idea de identidad palestina. Otros periódicos se hacían eco de los mismos temas y los amplificaban, centrándose en la floreciente y mayoritariamente cerrada

economía judía, así como en las demás instituciones creadas por el proyecto de construcción del Estado sionista y respaldadas por las autoridades británicas.

Tras asistir en 1929 a la ceremonia de inauguración de una nueva línea férrea que conectaba Tel Aviv con los asentamientos judíos y las aldeas árabes del sur, Isa al-Isa publicó un inquietante editorial en *Filastin*. Durante todo el trayecto —escribió—, los colonos judíos se aprovecharon de la presencia de los funcionarios británicos para plantearles nuevas demandas, mientras que a los palestinos no se los veía por ningún lado. «Solo había un fez —declaraba— entre un montón de sombreros». El mensaje era evidente: los *wataniyin* («la gente del país») estaban mal organizados, y en cambio *al-qawm* («esta nación») aprovechaba todas las oportunidades que se le ofrecían. El título del editorial resumía la gravedad de la advertencia de Al-Isa: «Extranjeros en nuestra propia tierra: nuestro letargo y su vivacidad».[66] Otra ventana de este tipo la proporciona el creciente número de memorias publicadas por palestinos. La mayoría de ellas están en árabe y reflejan las inquietudes de sus autores, generalmente de clase media y alta.[67] Resulta más difícil encontrar las opiniones de los segmentos menos acomodados de la sociedad palestina, en cuanto que existe muy poca historia oral de las primeras décadas de dominio británico.[68]

Si bien este tipo de fuentes documentales nos permiten hacernos una idea de la evolución del sentimiento de identidad entre los palestinos —entre otras cosas, observando su creciente uso de los términos *Palestina* y *palestinos*—, resulta difícil identificar los puntos de inflexión en este proceso. Pueden deducirse algunas cosas de la trayectoria personal de mi abuelo, Hajj Raghib, que tuvo una educación religiosa tradicional, trabajó como funcionario religioso y cadí, fue íntimo amigo de Isa al-Isa (quien, por cierto, era el abuelo de mi esposa, Mona) y publicó varios artículos en *Filastin* sobre temas de educación, bibliotecas y cultura.[69] Gracias a los

conocimientos transmitidos en el seno de las familias Khalidi y Al-Isa —una musulmana; la otra griega ortodoxa— sabemos de las frecuentes interacciones sociales que existían entre ambas, en su mayoría en el jardín de la casa de mi abuelo en Tal al-Rish, en las afueras de Jaffa. Cierto relato cuenta que los dos hombres tuvieron que soportar la interminable visita de un aburrido y conservador jeque local antes de poder entregarse de nuevo, tras su partida, al placer, mucho más agradable, de beber en privado.[70] Lo importante aquí es que Hajj Raghib, una figura religiosa, formaba parte de un círculo de destacados defensores laicos de la idea de considerar Palestina la fuente de su propia identidad.

La familia Al-Khalidi, Tal al-Rish, c. 1930. De izquierda a derecha, fila superior: Ismail (padre del autor), Yacoub, Hasan (con Samira en brazos), Husayn (con Leila en brazos), Ghalib; fila central: Anbara, Walid, Um Hasan (abuela del autor), Sulafa, Hajj Raghib

(abuelo), Nashat, Ikram; primera fila: Adel, Hatim, Raghib, Amira, Khalid y Muawiya.
BIBLIOTECA KHALIDI

La historia que revela incluso un examen superficial de la prensa, las memorias y otras fuentes documentales similares generadas por los palestinos choca de lleno con la mitología popular del conflicto, que parte de la premisa de su inexistencia o de su falta de conciencia colectiva. De hecho, con demasiada frecuencia se considera que la identidad y el nacionalismo palestinos no son más que expresiones recientes de una oposición irracional (cuando no fanática) a la autodeterminación nacional judía. Pero, al igual que el sionismo, la identidad palestina surgió como respuesta a numerosos estímulos y casi exactamente al mismo tiempo que el sionismo político moderno; la amenaza del sionismo fue tan solo uno de dichos estímulos, del mismo modo que el antisemitismo, a su vez, fue tan solo uno de los factores que alimentaron el sionismo. Como revelan periódicos como *Filastin* y *Al-Karmil*, esta identidad se basaba en el amor a la patria, el deseo de mejorar la sociedad, el apego religioso a Palestina y la oposición al control europeo. Después de la guerra, la idea de considerar Palestina el locus central de una identidad propia cobró impulso a raíz de la frustración generalizada ante el bloqueo de las aspiraciones árabes en Siria y en otras partes al tiempo que Oriente Próximo se veía asfixiantemente dominado por las potencias coloniales europeas. Esta identidad, pues, es perfectamente comparable con las de los Estados-nación árabes que surgieron aproximadamente al mismo tiempo en Siria, Líbano e Irak.

De hecho, todos los pueblos árabes vecinos desarrollaron identidades nacionales modernas muy similares a la de los palestinos, y lo hicieron sin que les afectara de lleno el auge del colonialismo sionista. Al igual que el sionismo, las identidades nacionales de Palestina y de otras naciones árabes, lejos de ser eternas e inmutables, eran de naturaleza moderna y contingente, un producto de las circunstancias concretas de finales del siglo XIX y

principios del XX. Negar la existencia de una identidad palestina auténtica e independiente está en consonancia con las opiniones colonialistas de Herzl sobre los supuestos beneficios del sionismo para la población autóctona, y constituye un elemento crucial en la eliminación de sus derechos nacionales y de su condición de pueblo derivada de la Declaración Balfour y sus secuelas.

Tan pronto como pudieron hacerlo, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, los palestinos empezaron a organizarse políticamente para oponerse tanto al dominio británico como a la imposición del movimiento sionista como interlocutor privilegiado de los británicos. Los esfuerzos de los palestinos en ese sentido incluyeron la formulación de diversas peticiones a los británicos, a la Conferencia de Paz de París y a la recién creada Sociedad de Naciones. Su iniciativa más notable fue una serie de siete congresos árabes palestinos planificados por una red nacional de sociedades cristianas y musulmanas y celebrados entre 1919 y 1928. Dichos congresos plantearon un invariable conjunto de demandas centradas en la independencia de la Palestina árabe, el rechazo de la Declaración Balfour, el apoyo a un gobierno mayoritario, y el fin de la inmigración judía y las adquisiciones de tierras ilimitadas. De los congresos surgió un ejecutivo árabe que se reunió en repetidas ocasiones con funcionarios británicos en Jerusalén y en Londres, aunque con escaso éxito. De hecho, fue un diálogo de sordos. Los británicos se negaron a reconocer la autoridad representativa de los congresos o de sus líderes e insistieron en que los árabes debían aceptar la Declaración Balfour y los términos del Mandato de ella derivada —justo la antítesis de las principales demandas árabes— como condición previa para el diálogo. Los líderes palestinos seguirían esta infructuosa vía legalista durante más de una década y media.

En contraste con estas iniciativas lideradas por las élites, la insatisfacción popular ante el apoyo británico a las aspiraciones sionistas estalló en

manifestaciones, huelgas y disturbios, con diversos brotes de violencia de intensidad creciente producidos sobre todo en 1920, 1921 y 1929. En todos los casos se trató de estallidos espontáneos, a menudo suscitados por la provocación de grupos sionistas. Los británicos reprimieron las protestas pacíficas con igual dureza que los episodios violentos, pero el descontento popular árabe continuó. A principios de la década de 1930, diversos elementos más jóvenes y cultos de clase media y media baja, impacientes ante la falta de resultados del planteamiento conciliador de las élites, comenzaron a emprender iniciativas más radicales y a organizar grupos de carácter más combativo. Entre dichas iniciativas se contaron la creación de una red de activistas en todo el norte del país por un predicador itinerante de origen sirio y establecido en Haifa, el jeque Iz al-Din al-Qassam (también transcrito como Izzedin al-Qassam), que preparaba clandestinamente un levantamiento armado, y la fundación del Partido Istiqlal (Independencia), cuyo nombre no deja lugar a dudas sobre sus objetivos.

Todos estos esfuerzos se llevaron a cabo inicialmente bajo la sombra de un estricto régimen militar británico que perduró hasta 1920 (de hecho, uno de los congresos se celebró en Damasco porque los británicos habían prohibido toda actividad política palestina), y después bajo el gobierno de una serie de altos comisionados del Mandato británico. El primero de ellos fue *sir* Herbert Samuel, un declarado sionista y exministro del gabinete que sentó las bases gubernamentales de gran parte de lo que vendría después y potenció hábilmente los objetivos sionistas al tiempo que frustraba los de los palestinos.

Los palestinos bien informados sabían lo que los sionistas predicaban tanto a sus seguidores en el extranjero como a los judíos de Palestina: que la inmigración ilimitada engendraría una mayoría judía que a su vez permitiría hacerse con el control del país. Habían estado siguiendo lo que los sionistas hacían y decían a través de la extensa información al respecto publicada en

la prensa árabe desde mucho antes de la guerra.[71] Mientras que Jaim Weizmann, por ejemplo, había advertido a varios árabes prominentes en una cena celebrada en Jerusalén en marzo de 1918 de que debían «tener cuidado con las insinuaciones traicioneras de que los sionistas aspiraban al poder político»,[72] la mayoría sabían que tales afirmaciones eran meramente estratégicas y estaban destinadas a encubrir los verdaderos objetivos de los sionistas. De hecho, los líderes del movimiento sionista tenían muy claro que «bajo ninguna circunstancia debían hablar como si el programa sionista requiriera la expulsión de los árabes, porque eso haría que los judíos perdieran la simpatía del mundo». Sin embargo, eso no engañaba a quienes en Palestina seguían los acontecimientos de cerca.[73]

No obstante, por más que los palestinos que leían la prensa, los miembros de las élites y los habitantes de los pueblos y ciudades que se hallaban en contacto directo con los colonos judíos fueran plenamente conscientes de la amenaza, tal conciencia distaba mucho de ser universal. Y de manera similar, también la evolución de la identidad palestina fue desigual. Mientras que la mayoría de la gente deseaba la independencia de Palestina, algunos abrigaban la esperanza de que esa independencia pudiera lograrse en el marco de un Estado árabe de mayor envergadura. Un periódico publicado brevemente en Jerusalén en 1919 por Aref al-Aref y otra figura política, Muhammad Hasan al-Budayri, proclamaba esta aspiración en el nombre de su propia cabecera: *Suriyya al-Janubiyya*, o Siria Meridional (los británicos no tardarían en cerrar la publicación). En 1918 se había establecido en Damasco un Gobierno liderado por el emir Faysal, hijo del jerife Husayn, y muchos palestinos esperaban que su país se convirtiera en la parte meridional del naciente Estado. Sin embargo, Francia se atribuyó el control de Siria en virtud del Acuerdo Sykes-Picot, y en julio de 1920 las tropas francesas ocuparon el país, poniendo fin así al recién nacido Estado árabe.[74] En la medida en que los demás países árabes sometidos a mandatos u otras formas de control europeo directo o indirecto se veían

abocados a preocuparse estrictamente de sus propios problemas, los palestinos eran cada vez más conscientes de que tendrían que arreglárselas por sí solos. El arabismo y el sentimiento de pertenencia al mundo árabe en general seguían siendo fuertes, pero la identidad palestina se veía constantemente reforzada por el sesgo de Gran Bretaña en favor del floreciente proyecto sionista.

Los cambios acaecidos en otras partes de Oriente Próximo vinieron a azotar una región ya atormentada por una inestabilidad constante. Tras un encarnizado enfrentamiento con las fuerzas de ocupación aliadas, en Anatolia surgió el núcleo de una república turca que vendría a reemplazar al Imperio otomano. Paralelamente, Gran Bretaña, incapaz de imponer un tratado unilateral a Irán, retiró sus fuerzas de ocupación en 1921. Francia consolidó su dominio en Siria y el Líbano tras aplastar al Estado del emir Faysal. Los egipcios que se rebelaron contra el dominio británico en 1919 fueron reprimidos con gran dificultad por la potencia colonial, que finalmente se vio obligada a otorgar al país un simulacro de independencia en 1922. Algo análogo sucedió en Irak, donde en 1920 una revuelta armada generalizada obligó a los británicos a otorgar el autogobierno bajo una monarquía árabe liderada por el propio emir Faysal, ahora con el título de rey. En poco más de una década, tras el final de la Primera Guerra Mundial, los turcos, iraníes, sirios, egipcios e iraquíes lograron un cierto grado de independencia, aunque a veces muy limitada y con severas restricciones. En Palestina, en cambio, los británicos aplicaban un conjunto de normas distinto.

En 1922, la nueva Sociedad de Naciones promulgó su Mandato para Palestina, que oficializaba el gobierno británico del país. En lo que constituía un extraordinario regalo para el movimiento sionista, el Mandato no solo incorporaba palabra por palabra el texto de la Declaración Balfour, sino que además ampliaba de manera sustancial los compromisos de esta

última. El documento se inicia con una referencia al artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones, que establecía que en el caso de «ciertas comunidades […] se puede reconocer provisionalmente su existencia como naciones independientes», para afirmar a continuación el compromiso internacional de respetar las disposiciones de la Declaración Balfour. La clara implicación de esta secuencia es que en Palestina solo había un pueblo cuyos derechos nacionales pudieran reconocerse: el pueblo judío. Esto se hallaba en clara contraposición con todos los demás territorios de Oriente Próximo bajo mandato, donde el artículo 22 del pacto se aplicaba a todo el conjunto de la población y en última instancia estaba destinado a permitir alguna forma de independencia en aquellos países.

En el tercer párrafo del preámbulo del Mandato se menciona al pueblo judío, y solo a este, como el pueblo vinculado históricamente a Palestina. A ojos de los redactores, pues, todo el entorno del país, con sus dos mil años de historia, sus aldeas, santuarios, castillos, mezquitas, iglesias y monumentos cuyos orígenes se remontaban a los tiempos de los otomanos, los mamelucos, los ayubíes, los cruzados, los abasíes, los omeyas, los bizantinos y otros periodos anteriores, no guardaba relación con ningún pueblo, o solo se relacionaba con una serie de amorfos grupos religiosos. Ciertamente, había gente allí, pero no tenían historia ni existencia colectiva y, por lo tanto, se los podía ignorar. Las raíces de lo que el sociólogo israelí Baruch Kimmerling denominara el «politicidio» del pueblo palestino aparecen plenamente manifiestas en el preámbulo del Mandato. La forma más segura de eliminar el derecho de un pueblo a su tierra es negar su conexión histórica con ella.

En ningún lugar de los veintiocho artículos posteriores del Mandato se hace referencia alguna a los palestinos como un pueblo con derechos nacionales o políticos. De hecho, como ocurría en la Declaración Balfour, las palabras *árabe* y *palestino* ni siquiera aparecen. Las únicas garantías previstas para la gran mayoría de la población de Palestina hacían

referencia a los derechos personales y religiosos y a la preservación del *statu quo* de los lugares sagrados. Por otro lado, el Mandato establecía los medios clave para crear y ampliar el hogar nacional para el pueblo judío; un hogar que, según sus redactores, el movimiento sionista no estaba creando, sino «reconstruyendo».

Siete de los veintiocho artículos del Mandato están dedicados a los privilegios y facilidades que habían de otorgarse al movimiento sionista a fin de implementar la política de su hogar nacional (el resto trata de asuntos administrativos y diplomáticos, y el artículo más extenso aborda la cuestión de las «antigüedades», que el texto define como «cualquier construcción o producto de la actividad humana anterior al año 1700 d. C.»). El movimiento sionista, en su encarnación palestina en la Agencia Judía, era explícitamente designado como representante oficial de la población judía del país, a pesar de que, hasta que se produjo la inmigración masiva de sionistas europeos comprometidos con la causa, la comunidad judía estaba integrada principalmente por judíos religiosos o mizrajíes que en su mayor parte no eran sionistas o incluso se oponían al sionismo. Por supuesto, no se designaba a ningún representante oficial de la anónima mayoría árabe.

El artículo 2 del Mandato preveía la existencia de instituciones de autogobierno. Sin embargo, el contexto dejaba claro que esto se refería únicamente al Yishuv, como se denominaba a la población judía de Palestina, mientras que a la mayoría palestina se le negaría sistemáticamente el acceso a tales instituciones (todas las concesiones que se ofrecerían posteriormente en materia de representación, como la propuesta británica de una Agencia Árabe, se condicionarían a la existencia de una representación igualitaria para la pequeña minoría y la gran mayoría de la población, así como a la aceptación palestina de los términos de un Mandato que anulaba explícitamente su propia existencia, en el que sería solo el primero de los muchos círculos viciosos en los que se verían atrapados los palestinos). En ningún momento llegaba a ofrecerse la

creación de instituciones representativas de todo el conjunto de la población, con una base democrática y dotadas de un poder real (de acuerdo con lo que Lloyd George le había garantizado en privado a Weizmann), puesto que, de haberse hecho tal cosa, la mayoría palestina lógicamente habría votado en favor de poner fin a la posición privilegiada del movimiento sionista en su país.

Una de las disposiciones clave del Mandato era el artículo 4, que otorgaba a la Agencia Judía el rango de una entidad cuasi gubernamental al considerarla un «organismo público» con amplios poderes en las esferas económica y social y la capacidad «de colaborar y participar en el desarrollo del país» en su conjunto.

Aparte de convertir a la Agencia Judía en socia del Gobierno mandatario, esta disposición le permitía adquirir estatus diplomático internacional y, por ende, representar oficialmente los intereses sionistas ante la Sociedad de Naciones y en otros foros. El movimiento sionista aprovechó en gran medida esta representación, que normalmente era un atributo exclusivo de la soberanía, para reforzar su posición internacional y actuar como un Estado paralelo. Una vez más, durante los treinta años que duró el Mandato no se otorgaría en ningún momento este tipo de poderes a la mayoría palestina, a pesar de las reiteradas demandas en ese sentido.

El artículo 6 establecía el poder mandatario para facilitar la inmigración judía y alentar el «asentamiento intensivo de judíos en el territorio», una disposición que resultaría crucial, dada la importancia que adquiriría la demografía y el control de la tierra durante el siguiente siglo de lucha entre el sionismo y los palestinos. Esta disposición sentaría las bases de un importante incremento de la población judía y de la adquisición de tierras estratégicamente ubicadas que permitirían el control del eje territorial del país a lo largo de la costa, en la Galilea oriental, y en el extenso y fértil valle de Jezreel (o Marj Ibn Amer), que conectaba ambas zonas.

El artículo 7 preveía la redacción y promulgación de una ley de nacionalidad que facilitara a los judíos la adquisición de la ciudadanía palestina. Esa misma ley se utilizaría luego para negar la nacionalidad a los palestinos que habían emigrado a América durante la era otomana y ahora deseaban regresar a su patria.[75] Así, los inmigrantes judíos, independientemente de su origen, podrían adquirir la nacionalidad palestina, mientras esta se les negaba a los árabes nacidos en Palestina que por la razón que fuera se encontraban en el extranjero cuando los británicos ocuparon el país. Por último, otros artículos posibilitaban que la Agencia Judía asumiera el control de las obras públicas o iniciara otras nuevas, que cada comunidad tuviera escuelas en su propia lengua —lo que en la práctica entregaba a la agencia el control de una gran parte del sistema escolar del Yishuv— y consagraban el hebreo como uno de los idiomas oficiales del país.

En suma: el Mandato permitía en esencia la creación de una administración sionista paralela a la del Gobierno mandatario británico, que asumía la tarea de fomentarla y apoyarla. Ese organismo paralelo estaba destinado a ejercer, para una parte de la población, muchas de las funciones propias de un Estado soberano, como la representación democrática y el control de la educación, la sanidad, las obras públicas y la diplomacia internacional. Para disfrutar de todos los atributos inherentes a la soberanía, a esta entidad le faltaba únicamente la fuerza militar. También eso llegaría con el tiempo.

Para apreciar en su totalidad la fuerza particularmente destructiva que tendría el Mandato para los palestinos, merece la pena volver al artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones y examinar un memorando confidencial redactado por lord Balfour en septiembre de 1919. Con respecto a aquellas zonas que anteriormente habían formado parte del Imperio otomano, el artículo 22 reconocía («provisionalmente») su «existencia como naciones independientes». El trasfondo de este artículo en

relación con Oriente Próximo se remontaba a las repetidas promesas de independencia que los británicos habían hecho a *todos* los árabes de los dominios otomanos durante la Primera Guerra Mundial a cambio de su apoyo para combatir a los turcos, además de la autodeterminación proclamada por Woodrow Wilson. De hecho, todos los demás territorios de Oriente Próximo bajo mandato obtendrían finalmente la independencia (aunque las dos potencias mandatarias, Gran Bretaña y Francia, forzarían las normas para mantener el máximo grado de control sobre dichos países durante el mayor tiempo posible).

Solo a los palestinos se les negaron esas ventajas, mientras la población judía de Palestina, la única beneficiaria del artículo 22 del pacto, se dotaba de instituciones representativas e iniciaba una vía de progreso hacia el autogobierno. Durante décadas, los funcionarios británicos mantendrían —de manera tan falsa como rotunda— la tesis de que Palestina había quedado excluida desde un primer momento de las promesas de independencia árabe realizadas durante la guerra. Sin embargo, cuando se hicieron públicos por primera vez ciertos fragmentos relevantes de la Correspondencia Husayn-McMahon en 1938, el Gobierno británico se vio obligado a admitir que el lenguaje utilizado al respecto resultaba cuando menos ambiguo.[76]

Como hemos visto, uno de los funcionarios más profundamente involucrados en la privación de los derechos de los palestinos fue el ministro de Exteriores británico lord Arthur Balfour. Este último, un sofisticado patricio de carácter retraído, sobrino del antiguo primer ministro conservador lord Salisbury y ex primer ministro él mismo, había ostentado durante cinco años el puesto de secretario colonial en Irlanda, la colonia más antigua del imperio. Allí había llegado a ser una figura muy odiada, hasta el punto de ganarse el apodo de Bloody Balfour, «Balfour el Sangriento».[77] Irónicamente, había sido el Gobierno que él había presidido el que promulgó la Ley de Extranjería de 1905, cuyo principal objetivo era mantener fuera de Gran Bretaña a los judíos desposeídos que huían de los

pogromos zaristas. Aunque era un declarado escéptico, Balfour creía en algunas cosas, y una de ellas era la rectitud moral del sionismo y su utilidad para el Imperio británico, una causa para la que le había reclutado Jaim Weizmann. No obstante, el hecho de albergar esa creencia no le impedía ver con claridad ciertas implicaciones de las acciones de su Gobierno que otros preferían fingir que no existían.

En un memorando confidencial redactado en septiembre de 1919 (que no se daría a conocer hasta su publicación más de tres décadas después en una colección de documentos sobre el periodo de entreguerras),[78] Balfour presentaba al gabinete su análisis de las complicaciones que Gran Bretaña se había creado en Oriente Próximo como resultado de sus contradictorias promesas. Balfour se mostraba especialmente mordaz con respecto a los múltiples y contradictorios compromisos de los Aliados, incluidos los plasmados en la Correspondencia Husayn-McMahon, el Acuerdo Sykes-Picot y el Pacto de la Sociedad de Naciones. Tras resumir la incoherencia de la política británica en Siria y Mesopotamia, evaluaba en términos inequívocos la situación de Palestina:

> La contradicción entre la letra del pacto y la política de los Aliados resulta aún más flagrante en el caso de la «nación independiente» de Palestina que en el de la «nación independiente» de Siria, puesto que en Palestina ni tan siquiera nos proponemos guardar las formas consultando lo que desean los actuales habitantes del país […]. Las cuatro grandes potencias están comprometidas con el sionismo. Y el sionismo, acertado o equivocado, para bien o para mal, está arraigado en tradiciones seculares, necesidades presentes y esperanzas futuras de mucho mayor calado que los deseos y prejuicios de los setecientos mil árabes que hoy habitan esta antigua tierra.
>
> En mi opinión eso es correcto. Lo que nunca he podido entender es cómo puede armonizarse con la declaración, el pacto o las instrucciones de la comisión de investigación.
>
> No creo que el sionismo vaya a perjudicar a los árabes; pero nunca dirán que lo quieren. Sea cual fuere el futuro de Palestina, hoy no es una «nación independiente», ni está siquiera en vías de llegar a serlo. Sea cual fuere el grado de deferencia que deba prestarse a las opiniones de quienes viven allí, si yo lo entiendo bien, las Potencias, en su selección de un mandatario, no se proponen consultarles. En suma: en lo que concierne a Palestina, las Potencias no han hecho

> ninguna exposición de los hechos que no sea manifiestamente incorrecta, ni ninguna declaración política que, al menos en la letra, no hayan tenido siempre la intención de violar.

En este resumen, de una sinceridad brutal, Balfour contraponía las elevadas «tradiciones seculares», «necesidades presentes» y «esperanzas futuras» encarnadas en el sionismo a los meros «deseos y prejuicios» de los árabes de Palestina «que hoy habitan esta antigua tierra», con lo que daba a entender que su población era meramente transitoria. Haciéndose eco de Herzl, afirmaba frívolamente que el sionismo no perjudicaría a los árabes y, sin embargo, no tenía el menor reparo en reconocer la mala fe y el engaño que caracterizaban la política británica y aliada en Palestina. Pero eso daba igual. El resto del memorando no es más que una anodina serie de propuestas acerca de cómo superar los obstáculos creados por aquella maraña de hipocresía y compromisos contradictorios. Los únicos dos elementos constantes en el resumen de Balfour son la preocupación por los intereses imperiales británicos y el compromiso de brindar oportunidades al movimiento sionista. Sus motivaciones coincidían con las de la mayoría de los otros altos funcionarios británicos involucrados en la elaboración de las políticas relacionadas con Palestina; pero ninguno de ellos era tan honesto al hablar de las consecuencias de sus actos.

¿Qué repercusiones tendrían durante el periodo de entreguerras para los árabes de Palestina aquellas contradictorias promesas británicas y aliadas y aquel mandato específicamente adaptado a las necesidades del proyecto sionista? Los británicos trataron a los palestinos con la misma condescendencia despectiva que prodigaban a otros pueblos sojuzgados, desde Hong Kong hasta Jamaica. Sus funcionarios monopolizaron los altos cargos del Gobierno del Mandato a la vez que excluían a los árabes cualificados;[79] censuraron los periódicos, prohibieron las actividades políticas que les perturbaban, y, en general, gestionaron la administración de la forma más mezquina posible en función de sus compromisos. Como

en Egipto y la India, hicieron poco para fomentar la educación, en cuanto que la tradición colonial afirmaba que un exceso de esta última producía «nativos» incapaces de saber cuál era su sitio. Los relatos de primera mano de este periodo están repletos de ejemplos de actitudes racistas de los funcionarios coloniales hacia aquellos a quienes consideraban inferiores, incluso cuando trataban con profesionales cualificados que hablaban un perfecto inglés.

La experiencia palestina fue distinta de la de la mayoría de los otros pueblos colonizados en aquella época en la medida en que el Mandato trajo consigo una afluencia de colonos extranjeros cuya misión era hacerse con el control del país. En el periodo crucial comprendido entre 1917 y 1939, la inmigración judía y el «asentamiento intensivo de judíos en el territorio» decretados por el Mandato avanzaron con rapidez. Las colonias establecidas por el movimiento sionista a lo largo de la costa palestina y en otras regiones fértiles y estratégicas sirvieron para asegurar el control de la base territorial que posibilitaría la dominación (y en última instancia la conquista) del país una vez que el equilibrio demográfico, económico y militar se hubiera desplazado lo suficiente del lado del Yishuv.[80] En poco tiempo se triplicó la proporción que representaba la población judía con respecto al conjunto de la población, pasando de un mínimo de alrededor del 6 % del total al final de la Primera Guerra Mundial a aproximadamente el 18 % en 1926.

Sin embargo, pese a la extraordinaria capacidad del movimiento sionista para movilizar e invertir capital en Palestina (durante la década de 1920, la afluencia de capital a la economía judía —una economía cada vez más aislacionista— superó en un 41,5 % su producto interior neto, lo que representaba un nivel asombroso),[81] entre 1926 y 1932 la proporción correspondiente a la población judía en relación con el total del país dejó de crecer, para estancarse entre el 17 % y el 18,5 %.[82] Parte de aquellos años coincidieron con la depresión global, un periodo en el que el número de

judíos que abandonaron Palestina superó al de los que entraron en el país, al tiempo que la afluencia de capital experimentaba una notable reducción. En aquel momento parecía que el proyecto sionista nunca lograría alcanzar la masa crítica demográfica necesaria para hacer a Palestina «tan judía como inglesa es Inglaterra», en palabras de Weizmann.[83]

Todo cambió en 1933 con el ascenso al poder en Alemania de los nazis, que de inmediato empezaron a perseguir y expulsar a la arraigada comunidad judía del país. Dado que por entonces en Estados Unidos, el Reino Unido y otros países regían leyes de inmigración de carácter discriminatorio, muchos judíos alemanes no tenían adónde ir salvo a Palestina. El auge de Hitler resultaría ser uno de los acontecimientos más importantes de la historia moderna tanto de Palestina como del sionismo. Solo en 1935 llegaron a Palestina más de sesenta mil inmigrantes judíos, una cifra superior a la de toda la población judía del país en 1917. La mayoría de aquellos refugiados, principalmente de Alemania, pero también de otros países vecinos donde la persecución antisemita se estaba intensificando, eran personas cultas y cualificadas. Gracias al Acuerdo de Transferencia alcanzado entre el Gobierno nazi y el movimiento sionista a cambio de que este levantara el boicot judío a Alemania, a los judíos alemanes se les permitió llevar consigo activos por un valor total de cien millones de dólares.[84]

En la década de 1930 la economía judía de Palestina superó por primera vez al sector árabe, mientras que en 1939 la población judía pasaría a representar más del 30 % del total. A la luz de aquel crecimiento económico acelerado y aquella rápida transformación demográfica producidos en el plazo de solo siete años, combinados con una considerable expansión de la capacidad militar del movimiento sionista, se hizo evidente para sus líderes que pronto dispondrían del núcleo demográfico, económico, territorial y militar necesario para lograr el dominio de todo el país, o al menos de la mayor parte de él. Como declararía Ben-Gurión en ese momento, «la

inmigración a un ritmo de sesenta mil [personas] al año implica [la existencia de] un Estado judío en toda Palestina».[85] Muchos palestinos llegaron a una conclusión similar.

Ahora los palestinos se veían abocados a convertirse inexorablemente en extranjeros en su propia tierra, como advirtiera en tono alarmante Isa al-Isa en 1929. Durante los primeros veinte años de ocupación británica, la resistencia cada vez mayor de los palestinos al creciente dominio del movimiento sionista se había expresado en estallidos periódicos de violencia que se producían pese al compromiso adquirido por los líderes palestinos con los británicos de mantener a raya a sus seguidores. En el campo, los ataques esporádicos a judíos, a menudo calificados tanto por los británicos como por los sionistas de actos de «bandidaje», revelaban la ira popular suscitada por las adquisiciones sionistas de tierras, que a menudo se traducían en la expulsión de los campesinos de unas tierras que consideraban suyas y que constituían su fuente de sustento. En las ciudades, las manifestaciones contra el dominio británico y la expansión del Estado paralelo sionista se hicieron más numerosas y combativas a principios de la década de 1930.

Tratando de mantener el control de los acontecimientos, los miembros más notables de las élites organizaron una conferencia panislámica al tiempo que enviaban varias delegaciones a Londres y coordinaban diversas formas de protesta. Sin embargo, aquellos líderes, que en realidad no estaban dispuestos a enfrentarse demasiado abiertamente a los británicos, se resistieron a secundar los llamamientos palestinos en favor de organizar un boicot total a las autoridades británicas y convocar una huelga fiscal: seguían siendo incapaces de ver que su tímido enfoque diplomático no podía convencer a ningún Gobierno británico de que renunciara a su compromiso con el sionismo o aceptara las demandas de los palestinos.

Debido a ello, aquellas iniciativas de las élites no lograron detener la marcha del proyecto sionista ni favorecer en modo alguno la causa

palestina. Sin embargo, en respuesta a la creciente agitación palestina, y especialmente tras los estallidos de disturbios violentos, varios Gobiernos británicos se vieron obligados a reconsiderar sus políticas con respecto a Palestina. El resultado fue una serie de comisiones de investigación y libros blancos: la Comisión Hayward en 1920, el Libro Blanco de Churchill en 1922, la Comisión Shaw en 1929, el Informe Hope-Simpson en 1930, el Libro Blanco de Passfield en 1930, la Comisión Peel en 1937 y la Comisión Woodhead en 1938. Sin embargo, todos estos documentos no hicieron sino recomendar la adopción de medidas de carácter limitado para aplacar a los palestinos (la mayoría de las cuales serían revocadas por el Gobierno de Londres debido a la presión de los sionistas), o bien propusieron líneas de actuación que vinieron a agravar aún más su profundo sentimiento de injusticia. El resultado último sería una explosión de violencia sin precedentes que sacudiría todo el territorio palestino a partir de 1936.

La frustración de la población palestina por la ineficaz actuación de sus líderes durante quince años de congresos, manifestaciones y reuniones inútiles con inflexibles funcionarios británicos llevó finalmente a un masivo levantamiento popular. Comenzó con una huelga general que se prolongaría durante seis meses —una de las más largas de toda la historia colonial—, iniciada espontáneamente en todo el país por grupos de jóvenes militantes de clase media urbana (muchos de ellos, miembros del Partido Istiqlal). La huelga finalmente desembocaría en la Gran Revuelta de 1936-1939, el acontecimiento crucial que marcaría el periodo de entreguerras en Palestina.

En las dos décadas posteriores a 1917 los palestinos no habían podido desarrollar una estructura general que enmarcara su movimiento nacional, como el Wafd en Egipto, el Partido del Congreso en la India o el Sinn Féin en Irlanda. Tampoco contaban con un frente nacional aparentemente sólido como habían logrado hacer otros pueblos que luchaban contra el colonialismo. Sus esfuerzos se veían socavados por la naturaleza jerárquica,

conservadora y fragmentaria de la sociedad y de la política palestinas, una característica de muchos países de la región, y más debilitados aún por la sofisticada política de «divide y vencerás» adoptada por las autoridades mandatarias con la ayuda y la complicidad de la Agencia Judía. Probablemente, esta estrategia colonial alcanzó su máximo nivel de perfección en Palestina después de cientos de años de maduración en Irlanda, la India y Egipto.

Las políticas británicas destinadas a dividir a los palestinos incluían estrategias como asimilar a determinados sectores de sus élites, enfrentar a miembros de una misma familia —como los Husayni— o sacarse de la manga «instituciones tradicionales» para servir a sus propósitos. Fueron ejemplos de este tipo de invenciones británicas la creación del cargo de un gran muftí para toda Palestina (tradicionalmente había cuatro muftíes cuya jurisdicción abarcaba solo Jerusalén, no toda Palestina: uno para cada uno de los ritos, hanafí, shafií, malikí y hanbalí) y de un Consejo Supremo Musulmán encargado de gestionar los asuntos de la comunidad musulmana. Los británicos habían nombrado gran muftí y jefe de dicho consejo a Amin al-Husayni después de que este le prometiera a *sir* Herbert Samuel durante una especie de entrevista de trabajo que mantendría el orden (cosa que hizo durante casi quince años).[86] Su nombramiento sirvió a dos propósitos: el primero era crear una estructura de liderazgo alternativa al ejecutivo árabe nacionalista surgido de los congresos palestinos, encabezado por el primo del muftí, Musa Kazim Pasha al-Husayni, y, de paso, instigar la fricción entre ambos hombres; el segundo era hacer prevalecer la idea de que, aparte del pueblo judío, dotado de sus propios rasgos nacionales, la población árabe de Palestina carecía de naturaleza nacional y se hallaba integrada exclusivamente por comunidades religiosas. Estas medidas pretendían servir de distracción a los palestinos para que no exigieran instituciones democráticas representativas de ámbito nacional, fragmentar el movimiento

nacionalista e impedir así la creación de una única alternativa nacional al Mandato y su carga sionista.[87]

Aunque las tácticas de «divide y vencerás» funcionaron bastante bien hasta mediados de la década de 1930, la huelga general de seis meses producida en 1936 fue un estallido popular y espontáneo emanado de la propia población que pilló por sorpresa no solo a los británicos y los sionistas, sino incluso a los propios líderes palestinos, y obligó a estos últimos a aparcar sus diferencias, al menos en teoría. El resultado fue la creación del Alto Comité Árabe, un organismo que tenía como objetivo liderar y representar a toda la mayoría árabe del país, aunque los británicos nunca llegarían a reconocer su representatividad. El comité estaba integrado exclusivamente por hombres, todos ellos de buena posición y todos ellos miembros de los sectores funcionariales, terratenientes y comerciales de las élites palestinas. El organismo intentó hacerse con el control de la huelga general, pero lamentablemente su logro más importante fue negociar su fin en el otoño de 1936 a instancias de varios gobernantes árabes, que a su vez actuaban básicamente a instancias de sus patronos, los británicos. Dichos gobernantes prometieron a los líderes palestinos que los británicos atenderían sus agravios.

El decepcionante resultado de esta intervención llegaría en julio de 1937, cuando una comisión real dirigida por lord Peel y encargada de investigar el malestar en Palestina propuso la partición del país para crear un pequeño Estado judío en una franja de territorio —de aproximadamente el 17 % del total— de la que serían expulsados más de doscientos mil árabes (una expulsión que se calificaba eufemísticamente de «transferencia»). De acuerdo con este plan, el resto del país permanecería bajo el control británico o bien se entregaría a un gobernante clientelar de Gran Bretaña, el emir Abdullah (o Abdalá) de Transjordania, lo que desde la perspectiva palestina venía a ser prácticamente lo mismo. Una vez más, se trataba a los

palestinos como si no tuvieran su propia existencia nacional ni sus propios derechos colectivos.

La satisfacción por parte de la Comisión Peel de las principales metas sionistas —obtener un Estado propio y expulsar a los palestinos de él (aunque no de toda Palestina)—, junto con el rechazo de la aspiración que más ardientemente deseaban los palestinos —la autodeterminación— empujaron a estos últimos a iniciar una fase mucho más combativa de su revuelta. La insurrección armada que estalló en octubre de 1937 se extendió por todo el país, y solo llegó a controlarse dos años después mediante un uso masivo de la fuerza, justo a tiempo para reubicar a las tropas de élite británicas (por entonces había cien mil soldados en Palestina, uno por cada cuatro varones palestinos adultos) en los frentes de la Segunda Guerra Mundial. La revuelta logró notables éxitos temporales, pero en última instancia sus resultados acabarían debilitando a los palestinos.

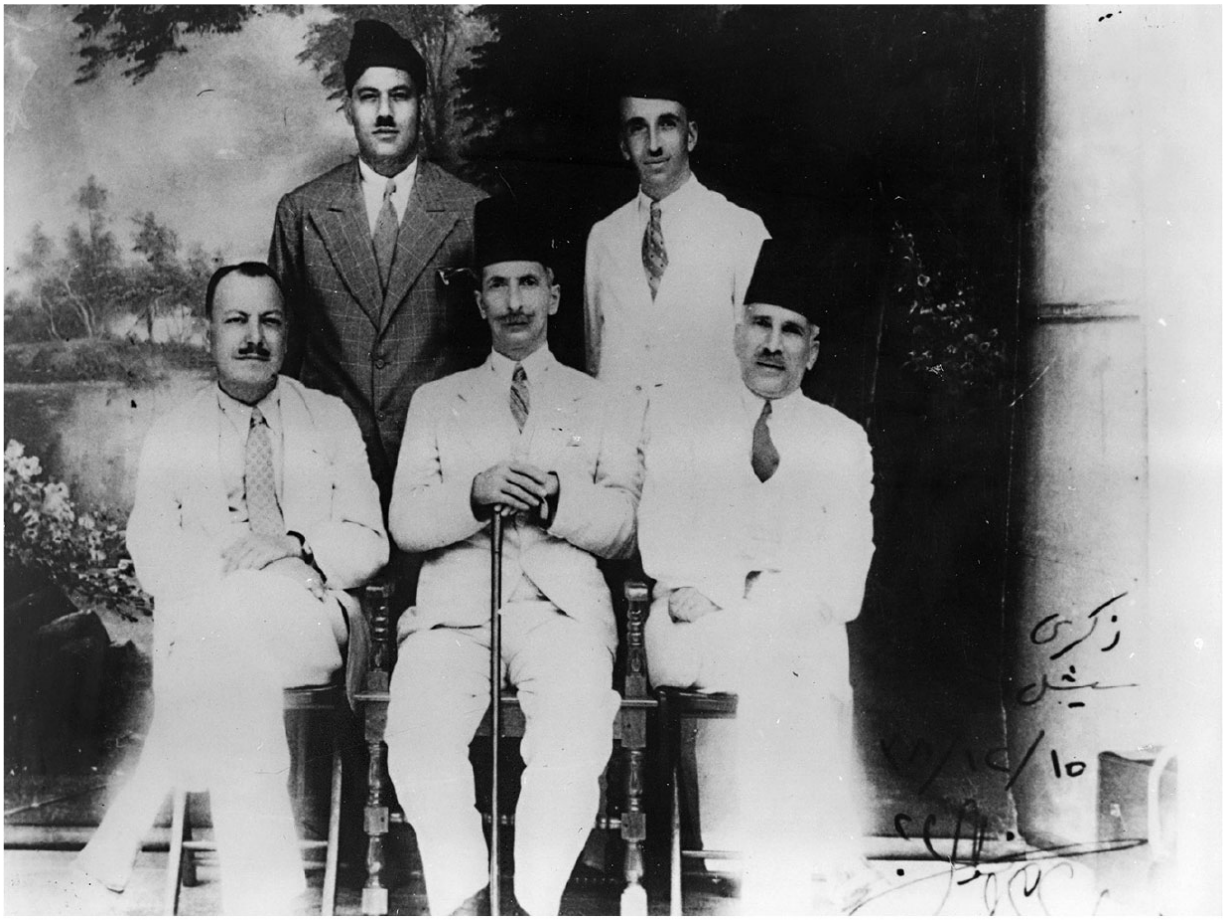
De todos los servicios que Gran Bretaña prestó al movimiento sionista antes de 1939, probablemente el más valioso fue la represión armada de la resistencia palestina plasmada en la revuelta. La sangrienta guerra librada contra la mayoría del país, en la que murieron, resultaron heridos, fueron encarcelados o tuvieron que exiliarse entre el 14 % y el 17 % de los varones árabes adultos de Palestina,[88] vino a ilustrar de manera inequívoca la desnuda verdad proclamada por Jabotinsky acerca de la necesidad de usar la fuerza para que el proyecto sionista pudiera tener éxito. Para sofocar el levantamiento, el Imperio británico desplegó dos divisiones de tropas adicionales, además de varios escuadrones de bombarderos y toda la parafernalia represiva que había perfeccionado durante muchas décadas de guerras coloniales.[89]

El grado de insensibilidad y crueldad utilizadas fue mucho más allá de las ejecuciones sumarias. En 1937, el jeque Farhan al-Saadi, un líder rebelde de ochenta y un años, fue condenado a muerte y ejecutado por la posesión de una sola bala. Según la ley marcial vigente en aquel momento,

bastaba esa única bala para merecer la pena capital, especialmente en el caso de un guerrillero consumado como Al-Saadi.[90] Los tribunales militares dictaron más de un centenar de sentencias de muerte de este tipo tras la celebración de juicios sumarios, pero hubo muchos más palestinos ejecutados en el acto por las tropas británicas.[91] Enfurecidos por las acciones de los rebeldes, que tendían emboscadas a sus convoyes y volaban sus trenes, los británicos optaron por atar a prisioneros palestinos en la parte delantera de sus locomotoras y vehículos blindados para evitar así los ataques rebeldes, una táctica que habían estrenado en su vano intento de aplastar la resistencia de los irlandeses durante su guerra de independencia en 1919-1921.[92] La demolición de las viviendas de los rebeldes encarcelados o ejecutados, o de los presuntos rebeldes o sus familiares, era otra táctica rutinaria que los británicos sacaron del manual que habían desarrollado en Irlanda.[93] Otras dos prácticas imperiales ampliamente empleadas en la represión de los palestinos fueron el encarcelamiento de miles de personas sin juicio y el destierro de los líderes problemáticos.

La explosiva reacción a la propuesta de partición planteada por la Comisión Peel culminó con el asesinato en octubre de 1937 del comisionado de distrito británico para Galilea, el capitán Lewis Andrews. En respuesta a aquel desafío directo al dominio británico, las autoridades del Mandato deportaron prácticamente a todos los líderes nacionalistas palestinos, incluido el alcalde de Jerusalén, mi tío, el doctor Husayn al-Khalidi. Junto con otras cuatro personas (él y otras dos eran miembros del Alto Comité Árabe), fue desterrado a las islas Seychelles, un lugar aislado en el océano Índico que el Imperio británico solía escoger para exiliar a opositores nacionalistas.[94] Los hombres fueron retenidos en un recinto fuertemente vigilado durante dieciséis meses, privados de visitas y de cualquier contacto con el exterior. Entre sus compañeros de prisión en las Seychelles, figuraban líderes políticos de la ciudad yemení de Adén y de Zanzíbar. Otros líderes palestinos fueron exiliados a Kenia o Sudáfrica,

mientras que unos pocos, incluido el muftí, lograron escapar y se dirigieron al Líbano. También hubo otros que fueron confinados, generalmente sin juicio, en más de una docena de lo que los propios británicos calificaban de «campos de concentración», especialmente en la población libanesa de Sarafand. Entre ellos se contaba otro tío mío, Ghalib, que, como su hermano mayor, estaba involucrado en actividades nacionalistas consideradas antibritánicas.



Miembros del Alto Comité Árabe en el exilio en las Seychelles, 1938. El doctor Husayn está sentado a la izquierda. INSTITUTO DE ESTUDIOS PALESTINOS

Justo antes de su detención y exilio, Husayn al-Khalidi, que formó parte del Alto Comité Árabe y fue alcalde electo de Jerusalén durante tres años antes de ser destituido por los británicos, se había reunido con el general de

división *sir* John Dill, el oficial al mando de las fuerzas británicas en Palestina. En sus memorias, mi tío recordaba que en aquella ocasión le dijo al general que la única forma de poner fin a la violencia era satisfacer algunas de las demandas de los palestinos, especialmente la de poner fin a la inmigración judía. ¿Qué consecuencias acarrearía la detención de los líderes árabes?, quiso saber Dill, ya que una destacada figura árabe le había dicho que la medida pondría fin a la revuelta en cuestión de días o semanas. Mi tío le aclaró las cosas: si hacían eso, la revuelta no haría sino intensificarse y extenderse de manera descontrolada. Era la Agencia Judía la que deseaba que se llevaran a cabo las detenciones, y Al-Khalidi sabía que la Oficina Colonial lo estaba considerando; pero resolver la cuestión palestina no sería tan fácil.[95]

Mi tío tenía razón. En los meses posteriores a su exilio y las detenciones masivas de otros palestinos, la revuelta entró en su fase más intensa y las fuerzas británicas perdieron el control de varias zonas urbanas y buena parte del campo, que pasaron a estar dominadas y gobernadas por los rebeldes.[96] Como diría el sucesor de Dill, el teniente general Robert Haining, en agosto de 1938: «La situación era tal que la administración civil del país resultaba, a todos los efectos prácticos, inexistente».[97] En diciembre, Haining informaba a la Oficina de Guerra de que «prácticamente todas las aldeas del país albergan a los rebeldes y los apoyan, y ayudarán a ocultar su identidad a las fuerzas del Gobierno».[98] Hizo falta todo el poderío del Imperio británico —que solo pudo liberarse tras disponer de un mayor número de efectivos a raíz del Acuerdo de Múnich, firmado en septiembre de 1938— y casi un año más de encarnizados combates para sofocar finalmente la revuelta palestina.

Mientras tanto, habían ido surgiendo profundas diferencias entre los palestinos. Algunos, alineados con el emir Abdullah de Jordania, celebraron discretamente la propuesta de partición de la Comisión Peel, en cuanto que esta favorecía la posibilidad de incorporar a Transjordania la parte de

Palestina que no se transformaría en el nuevo Estado judío. La mayoría de los palestinos, sin embargo, se oponían frontalmente a todos los aspectos de la propuesta, tanto la partición de su país como la creación en él de un Estado judío —por pequeño que fuera— y la expulsión de dicho Estado de la mayor parte de su población árabe. Más tarde, cuando la revuelta alcanzó su punto álgido, a finales de 1937 y comienzos de 1938, se produjo un conflicto interno aún más intenso entre los palestinos derivado de la agria división surgida entre los leales al muftí, que no apoyaban ningún tipo de compromiso con los británicos, y sus adversarios, liderados por el exalcalde de Jerusalén Raghib al-Nashashibi, que adoptaban una postura más conciliadora. En opinión de Isa al-Isa, las disputas internas entre los palestinos, que a finales de la década de 1930 produjeron cientos de asesinatos, minaron gravemente su fuerza. Él mismo se vio obligado a exiliarse a Beirut en 1938 después de que su vida se viera amenazada y perdiera todos sus libros y documentos al incendiarse su casa en Ramla. El incendio, que sin duda fue obra de los hombres del muftí, le sumió en una profunda amargura.[99] Si al principio la revuelta «iba dirigida contra los ingleses y los judíos» —escribió—, luego se «transformó en una guerra civil, donde los métodos de terrorismo, pillaje, robo, incendio y asesinato se hicieron moneda corriente».[100]

Pese a todos los sacrificios realizados —que se pueden calibrar por el gran número de palestinos que murieron, resultaron heridos, fueron encarcelados o exiliados— y el éxito momentáneo de la revuelta, las consecuencias de esta para los palestinos fueron casi íntegramente negativas. La salvaje represión británica, la muerte y el destierro de tantos de sus líderes y el conflicto surgido en el seno de sus propias filas dejaron a este pueblo dividido, sin rumbo y con su economía debilitada cuando finalmente fue aplastada la revuelta en el verano de 1939. Esto situó a los palestinos en una posición muy precaria de cara a plantar cara al ahora revigorizado

movimiento sionista, que durante la revuelta había experimentado una notable mejora tras obtener generosas cantidades de armas y recibir un extenso entrenamiento de los británicos para ayudarlos a reprimir la insurrección.[101]

Sin embargo, cuando las nubes de la guerra empezaron a cernerse sobre Europa en 1939, los nuevos y trascendentales retos globales que ahora afrontaba el Imperio británico se combinaron con el impacto de la revuelta árabe para producir un gran cambio en la política de Londres, alejándola del que hasta ese momento había sido un apoyo sin fisuras al sionismo. Aunque los sionistas se habían mostrado encantados con la decisiva represión de la resistencia palestina por parte de Gran Bretaña, este nuevo cambio obligó a sus líderes a afrontar una situación crítica. Mientras Europa se deslizaba inexorablemente hacia otra guerra mundial, los británicos eran conscientes de que —como el anterior— este conflicto se libraría en parte en suelo árabe. De modo que ahora, para favorecer los principales intereses estratégicos imperiales, era forzoso mejorar la imagen de Gran Bretaña y aplacar la furia desatada en los países árabes y el mundo islámico por la contundente represión de la Gran Revuelta, sobre todo porque estas regiones se estaban viendo inundadas de propaganda del Eje en relación con las atrocidades perpetradas por los británicos en Palestina. Un informe redactado en enero de 1939 para el gabinete británico que recomendaba un cambio de rumbo en Palestina subrayaba la importancia de «ganarse la confianza de Egipto y los Estados árabes vecinos».[102] El informe incluía un comentario del ministro para la India, quien declaraba que «el problema de Palestina no es meramente un problema árabe, sino que se está convirtiendo rápidamente en un problema panislámico» y advertía asimismo de que, si no se abordaba apropiadamente la cuestión, «habrá que temer graves conflictos en la India».[103]

Tras el fracaso de una conferencia celebrada en la primavera de 1939 en el Palacio de Saint James, en Londres, en la que participaron representantes

de los palestinos, los sionistas y los Estados árabes, el Gobierno de Neville Chamberlain publicó un Libro Blanco en un intento de apaciguar a la indignada opinión pública palestina, árabe y musulmana india. El documento propugnaba una drástica reducción de los compromisos de Gran Bretaña con el movimiento sionista: proponía establecer límites estrictos a la inmigración judía y a la adquisición de tierras por parte de los judíos (dos de las principales demandas árabes) y prometía la creación de instituciones representativas en el plazo de cinco años y la autodeterminación en diez (que constituían las demandas más importantes). Aunque de hecho se limitó la inmigración, ninguna de las otras disposiciones llegaría a implementarse plenamente.[104] Además, las instituciones representativas y la autodeterminación estaban supeditadas a la aprobación de todas las partes, mientras que la Agencia Judía nunca accedería a un acuerdo que impidiera la creación de un Estado judío. Las actas de la reunión del gabinete celebrada el 23 de febrero de 1939 dejan patente que Gran Bretaña tenía la intención de dejar en suspenso lo esencial de estas dos cruciales concesiones a los palestinos, dado que en la práctica el movimiento sionista iba a tener un poder de veto que sin duda utilizaría.[105]

Puede que los palestinos hubieran obtenido alguna ventaja, aunque nimia, si hubieran aceptado el Libro Blanco de 1939 a pesar de las deficiencias que presentaba desde su perspectiva. Husayn al-Khalidi, por ejemplo, no creía que el Gobierno británico fuera sincero en ninguna de sus promesas[106] y declaraba con acritud que en la conferencia de Saint James —a la que había asistido tras ser invitado expresamente a abandonar su exilio en las Seychelles para hacerlo— supo que Gran Bretaña «nunca pretendió seriamente ni por un momento ser fiel a sus promesas». Desde las primeras sesiones tuvo claro que la conferencia era un medio «de ganar tiempo y de narcotizar a los árabes, ni más ni menos, […] de complacer a los árabes para que detuvieran su revolución» y dar a los británicos el «tiempo [necesario] para recuperar el aliento mientras se acumulaban las nubes de

guerra».[107] Aun así, acabaría mostrándose partidario de dar una respuesta flexible y positiva al Libro Blanco, cosa que harían también otros líderes palestinos como Musa al-Alami y Jamal al-Husayni, primo del muftí.[108] Pero al final el muftí, tras dar a entender inicialmente que se sentía inclinado a aceptar el documento, acabó insistiendo en mostrar un rechazo rotundo, y fue su postura la que prevaleció. Tras la conferencia de Saint James, los británicos volvieron a enviar a Husayn al-Khalidi al exilio, esta vez al Líbano. Cuando este vio cómo había degenerado la revuelta frente a la masiva represión británica y cuán terrible era la situación en Palestina, abogó por detener la resistencia. Pero también en este caso se ignoraron sus opiniones.[109]

De todos modos, ya era demasiado tarde. Al Gobierno de Chamberlain le quedaban solo unos meses cuando publicó el Libro Blanco; poco después Gran Bretaña entró en guerra, y el político que sucedió a Chamberlain como primer ministro, Winston Churchill, probablemente era el más fervientemente sionista de todos los personajes públicos británicos. Y lo que es aún más importante: cuando la Segunda Guerra Mundial se convirtiera en un conflicto auténticamente global con la invasión nazi de la Unión Soviética y la entrada de Estados Unidos en la guerra tras el ataque a Pearl Harbor, no tardaría en surgir un nuevo mundo en el que Gran Bretaña sería, en el mejor de los casos, una potencia de segundo orden. El destino de Palestina dejaría de estar en sus manos. Pero, como señalaba con amargura el doctor Husayn, para entonces Gran Bretaña ya había cumplido con creces sus compromisos con su protegido sionista.

Al examinar los tres volúmenes de sus memorias escritos en Beirut en 1949 (durante uno de los muchos periodos de exilio que tuvo que soportar), se diría que mi tío creía que el principal problema que afrontaron los palestinos durante el Mandato fueron los propios británicos.[110] Deploraba la mala fe y la ineptitud de los líderes de los Estados árabes y criticaba de

forma imparcial y casi siempre equilibrada los fracasos de los líderes palestinos, incluidos en ocasiones los suyos propios. Discernía claramente el impacto del objetivo declarado del movimiento sionista de lograr un dominio completo de Palestina, así como la competencia y la taimada audacia de sus líderes, a muchos de los cuales conocía personalmente. Pero, como la mayoría de los miembros de su clase y de su generación, el doctor Husayn reservaba su auténtica ira para los británicos y su hostilidad hacia los palestinos.

Conocía bien a muchos de los funcionarios británicos, ya que había ejercido como alto oficial médico bajo la administración del Mandato antes de convertirse en alcalde de Jerusalén. Después había tratado con ellos como negociador en la conferencia de Saint James, en 1939, y luego en Jerusalén durante el enfrentamiento de 1947-1948, cuando era uno de los pocos líderes palestinos que permanecían en la ciudad santa (muchos todavía se hallaban en el exilio impuesto por Gran Bretaña). Aparentemente, se llevaba bien con algunos funcionarios británicos, y el inglés que había aprendido en la Escuela anglicana de Saint George en Jerusalén y la Universidad Americana de Beirut le resultó de gran utilidad en su trato con ellos; pero su resentimiento por la hipocresía, la arrogancia y la doblez del funcionariado británico en general no tenía límites.[111] Consideraba a T. E. Lawrence —Lawrence de Arabia— un ejemplo perfecto de la perfidia británica (aunque tenía buen cuidado de contrastar la sincera descripción que este hacía en *Los siete pilares de la sabiduría* de sus engaños y traiciones a los árabes con la honestidad y rectitud de los maestros y misioneros británicos que había conocido en Jerusalén antes de la guerra).[112]

Pero lo que más enfurecía al doctor Husayn era el constante apoyo que los británicos daban a los sionistas. Aunque los funcionarios británicos de Palestina acabaron convenciéndose de la insostenibilidad de los múltiples costes que requería mantener la «muralla de hierro» para proteger el

proyecto sionista (cuyos líderes a menudo ni siquiera agradecían todo lo que se hacía por ellos), Londres revocaba casi de manera invariable todas sus recomendaciones. Al menos hasta 1939, los sionistas estuvieron en condiciones de hacer que sus partidarios —o en ocasiones sus líderes, como el formidable Jaim Weizmann— trabajaran codo con codo con los máximos responsables de las políticas británicas en Whitehall, algunos de los cuales también eran a su vez fervientes sionistas. El doctor Husayn señala cáusticamente que cuando las comisiones oficiales británicas acudían a Palestina para investigar la situación del país en las décadas de 1920 y 1930, cualquier conclusión a la que llegaran que pudiera resultar favorable a los árabes se veía contrarrestada por las presiones sionistas en Londres, donde prevalecía una relación muy estrecha entre los líderes sionistas y varias figuras políticas británicas de alto rango.[113]

Isa al-Isa también escribió sus memorias en su exilio de Beirut poco después de la guerra de 1948. Su visión del periodo de entreguerras difiere en muchos aspectos de la de mi tío. A diferencia del doctor Husayn, Al-Isa había tenido un amargo enfrentamiento con el muftí en relación con el informe de la Comisión Peel en 1937 y había sufrido en persona la consiguiente división de los líderes palestinos. Si en opinión de Al-Isa esta división interna perjudicaba gravemente a los palestinos, no lo hacían menos el atraso en términos de relaciones sociales y la escasa educación que predominaban entre los árabes y, sobre todo, el férreo planteamiento de los sionistas, respaldado por los británicos, de suplantar a la población autóctona, un tema sobre el que llevaba muchas décadas escribiendo en términos siempre elocuentes. Él no sentía el menor afecto por los británicos, como tampoco estos lo sentían por él; pero en su análisis el problema central no eran ellos, sino el sionismo, agravado por la debilidad árabe y palestina. Como no podría ser de otro modo, sus críticas en poesía y prosa a los gobernantes árabes a partir de 1948 resultan especialmente mordaces, y

sus descripciones de dichos gobernantes, en especial del emir Abdullah, están lejos de ser elogiosas.

Para concluir, hay que añadir un par de cosas más sobre la revuelta y su represión por parte de Gran Bretaña. La primera es que ambas demostraron tanto la clarividencia de Zeev Jabotinsky como la percepción errónea de muchos funcionarios británicos. La aventura colonial de los sionistas, que aspiraba a apoderarse del país, tenía que generar forzosamente resistencia. «Si quieres colonizar un territorio en el que ya vive gente —escribía Jabotinsky en 1925—, debes disponer de una guarnición en ese territorio o encontrar un benefactor que te proporcione esa guarnición […]. El sionismo es una empresa colonizadora y, como tal, depende íntegramente de la cuestión de las fuerzas armadas».[114] Al menos en un primer momento, solo las fuerzas armadas proporcionadas por Gran Bretaña pudieron vencer la resistencia natural de los colonizados.

Mucho antes, la Comisión King-Crane, enviada en 1919 por el presidente Woodrow Wilson para averiguar cuáles eran las aspiraciones de los pueblos de la región, había llegado a conclusiones similares a las de Jabotinsky. Informados por los representantes del movimiento sionista de que este «ansiaba la desposesión prácticamente completa de los actuales habitantes no judíos de Palestina» en el proceso de conversión del país en un Estado judío, los comisionados declararon que ninguno de los expertos militares con los que habían consultado «creía que pudiera ponerse en práctica el programa sionista salvo por la fuerza de las armas», y todos consideraban que «harían falta no menos de cincuenta mil soldados» para llevarlo a cabo. Al final, los británicos necesitaron más del doble de ese número de efectivos para imponerse a los palestinos entre 1936 y 1939. En una carta a Wilson que acompañaba a su informe, los comisionados advertían proféticamente que «si el Gobierno estadounidense decidía respaldar el establecimiento de un Estado judío en Palestina, estaría comprometiendo al pueblo estadounidense con el uso de la fuerza en dicha zona, ya que solo

por la fuerza es posible establecer o mantener un Estado judío en Palestina».[115] La comisión predecía así de forma precisa lo que sucedería durante todo el siglo siguiente.

El segundo aspecto que conviene destacar es que tanto la revuelta como su represión, y el consecuente éxito de la implantación del proyecto sionista, fueron un resultado directo e inevitable de las políticas establecidas en la Declaración Balfour, a la vez que representaron la materialización tardía de la declaración de guerra que las palabras de Balfour encarnaban. Este último «no creía que el sionismo fuera a perjudicar a los árabes», y en un primer momento parecía creer asimismo que estos últimos no reaccionarían de forma significativa al hecho de que los sionistas les arrebataran su país. Sin embargo, en palabras de George Orwell, «tarde o temprano una falsa creencia choca contra la cruda realidad, generalmente en el campo de batalla»;[116] y eso fue exactamente lo que sucedió en el campo de batalla durante la Gran Revuelta árabe, con duraderas consecuencias negativas para los palestinos.

A partir de 1917 los palestinos se encontraron atrapados en una triple atadura, una situación que probablemente sea única en la historia de la resistencia a los movimientos de ocupación colonial. A diferencia de la mayoría de los otros pueblos que cayeron bajo el dominio colonial, los palestinos no solo tendrían que lidiar con la potencia colonial en la metrópoli, en este caso Londres, sino también con un singular movimiento de ocupación colonial que, aunque en deuda con Gran Bretaña, era independiente de esta, tenía su propia misión nacional, se amparaba en una seductora justificación bíblica y contaba con un consolidado apoyo y financiación internacional. Según el funcionario británico responsable de «Migración y Estadísticas», el Gobierno británico no era «aquí la potencia colonizadora; la potencia colonizadora es el pueblo judío».[117] Para empeorar las cosas, Gran Bretaña no gobernaba Palestina de forma directa,

sino que lo hacía como potencia mandataria de la Sociedad de Naciones y, en consecuencia, no estaba obligada únicamente por la Declaración Balfour, sino también por el compromiso internacional encarnado en el Mandato de Palestina de 1922.

Una y otra vez, las expresiones de profundo descontento palestino en forma de manifestaciones y disturbios hicieron que los administradores británicos, tanto en Londres como *in situ*, recomendaran adoptar modificaciones en las políticas relativas a Palestina. Sin embargo, Palestina no era una colonia de la Corona ni ninguna otra forma de posesión colonial con respecto a la cual el Gobierno británico tuviera plena libertad de acción. Si en algún momento parecía que la presión palestina podría obligar a Gran Bretaña a violar la letra o el espíritu del Mandato, de inmediato se ejercía una intensa presión contraria en la sede de la Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad, en Ginebra, para recordarle el predominio de sus obligaciones para con los sionistas.[118] Gracias a la fidelidad de los británicos a dichas obligaciones, a finales de la década de 1930 ya era demasiado tarde para revertir la transformación del país o alterar el asimétrico equilibrio de fuerzas que se había establecido entre los dos bandos.

La gran desventaja inicial con la que partieron los palestinos se vio agravada por la enorme inversión de capital y la ardua labor desplegada por la organización sionista, junto con sus sofisticadas maniobras legales, sus intensivas presiones, la eficacia de su propaganda y sus medios militares encubiertos o manifiestos. Las unidades armadas de los colonos judíos se habían ido desarrollando de forma semiclandestina hasta que los británicos permitieron que el movimiento sionista empleara abiertamente formaciones militares para hacer frente a la revuelta árabe. Fue en ese momento cuando la connivencia de la Agencia Judía con las autoridades mandatarias alcanzó su punto álgido. Entre los historiadores más objetivos existe el convencimiento generalizado de que dicha connivencia, respaldada por la

Sociedad de Naciones, vino a socavar gravemente cualquier posibilidad de éxito de la lucha de los palestinos por lograr las instituciones representativas, la autodeterminación y la independencia que consideraban su derecho.[119]

La cuestión de qué podrían haber hecho los palestinos para escapar de esta triple atadura resulta imposible de responder. Hay quien ha argumentado que deberían haber abandonado el enfoque legalista que favorecían sus líderes conservadores, centrado en organizar protestas vacuas y enviar infructuosas delegaciones a Londres para apelar a la buena voluntad y la «imparcialidad» británicas. Lejos de ello —sugiere esta tesis —, deberían haber roto por completo con los británicos, negándose a cooperar con el Mandato (como hizo el Partido del Congreso con el Raj en la India o el Sinn Féin con los británicos en Irlanda), y, si esto no bastaba, deberían haber seguido el camino de sus vecinos árabes y alzarse en armas mucho antes de cuando finalmente decidieron hacerlo.[120] En cualquier caso, tenían muy pocas opciones frente a la poderosa tríada formada por Gran Bretaña, el movimiento sionista y el Mandato de la Sociedad de Naciones. Además, no tenían aliados que pudieran considerarse propiamente tales, excepción hecha del apoyo de la amorfa e incipiente opinión pública árabe, que ya antes de 1914 les mostró un respaldo sin fisuras que iría en aumento conforme avanzara el periodo de entreguerras. Sin embargo, ningún país árabe (excepto Yemen y Arabia Saudí) gozaba de total independencia; de hecho, todos ellos se hallaban aún en gran parte bajo el control de los británicos o los franceses, y ninguno contaba con instituciones plenamente democráticas que le permitieran expresar de forma clara y manifiesta su postura propalestina.

Cuando los británicos se retiraron de Palestina, en 1948, no hubo necesidad de crear el aparato del Estado judío desde cero: dicho aparato llevaba ya décadas funcionando bajo la égida británica. Lo único que faltaba para hacer realidad el sueño profético de Herzl era que el Estado

paralelo ya existente exhibiera su fuerza militar contra los debilitados palestinos al tiempo que obtenía la soberanía oficial, cosa que hizo en mayo de 1948. El destino de Palestina se había decidido ya treinta años antes, pero el desenlace no se produjo hasta que expiró el Mandato, cuando la mayoría árabe del país se vio finalmente desposeída por la fuerza.

---

[34] Esta cita suele atribuirse a Arthur James Balfour, y, desde luego, es su estilo.

[35] Pueden verse más detalles en Roger Owen (ed.), *Studies in the Economic and Social History of Palestine in the 19th and 20th Centuries*, Londres: Macmillan, 1982.

[36] Véase Ben Fortna, *Imperial Classroom: Islam, the State, and Education in the Late Ottoman Empire*, Oxford: Oxford University Press, 2002; y Selçuk Somel, *The Modernization of Public Education in the Ottoman Empire, 1839–1908: Islamization, Autocracy, and Discipline*, Leiden: Brill, 2001. Así, en 1947 casi el 45 % de la población árabe en edad escolar y la gran mayoría de los niños y niñas urbanos estaban escolarizados, una situación netamente favorable en comparación con la de los países árabes vecinos; véase A. L. Tibawi, *Arab Education in Mandatory Palestine: A Study of Three Decades of British Administration*, Londres: Luzac, 1956, tablas, pp. 270-271. La base de estos avances educativos se estableció ya en la era otomana. Véase también R. Khalidi, *The Iron Cage*, pp. 14-16; y Ami Ayalon, *Reading Palestine: Printing and Literacy, 1900–1948*, Austin: University of Texas Press, 2004.

[37] Los contrastes entre las tierras altas y la costa figuran entre los temas que se abordan en Salim Tamari, *Mountain Against the Sea: Essays on Palestinian Society and Culture*, Oakland: University of California Press, 2008. Tamari atribuye esta idea a Albert Hourani; véase la conferencia pronunciada en 1985 por Hourani «Political Society in Lebanon: A Historical Introduction», http://lebanesestudies.com/wp-content/uploads/2012/04/c449fe11.-A-political-society-in-Lebanon-Albert-Hourani-1985.pdf [https://bit.ly/3BKZn4d]. Véase también Sherene Seikaly, *Men of Capital: Scarcity and Economy in Mandate Palestine*, Stanford (California): Stanford University Press, 2016; Abigail Jacobson, *From Empire to Empire: Jerusalem Between Ottoman and British Rule*, Syracuse (Nueva York): Syracuse University Press, 2011; Mahmoud Yazbak, *Haifa in the Late Ottoman Period, 1864–1914: A Muslim Town in Transition*, Leiden, Brill, 1998; y May Seikaly, *Haifa: Transformation of an Arab Society, 1918–1939*, Londres: I.B. Tauris, 1995.

[38] Estos acontecimientos se exploran en detalle en R. Khalidi, *Palestinian Identity*. Véase también Muhammad Muslih, *The Origins of Palestinian Nationalism*, Nueva York: Columbia University Press, 1988; y Ami Ayalon, *Reading Palestine*.

[39] Hoy existe una gran cantidad de estudios que revelan el alto grado de integración de las comunidades mizrají y sefardí en la sociedad palestina, pese a la existencia de fricciones ocasionales y el antisemitismo propagado a menudo por los misioneros cristianos europeos. Véase Menachem

Klein, *Lives in Common: Arabs and Jews in Jerusalem, Jaffa, and Hebron*, Londres: Hurst, 2015; Gershon Shafir, *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict, 1882–1914*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989; Zachary Lockman, *Comrades and Enemies: Arab and Jewish Workers in Palestine, 1906–1948*, Oakland: University of California, 1996; Abigail Jacobson, *From Empire to Empire*. Véase también Gabriel Piterberg, «Israeli Sociology's Young Hegelian: Gershon Shafir and the Settler-Colonial Framework», *Journal of Palestine Studies*, vol. 44, n.º 3 (primavera de 2015), pp. 17-38.

[40] La mejor y más sucinta refutación del que antaño fue el paradigma generalizado del «declive» de las sociedades de Oriente Próximo se halla en Roger Owen, «The Middle East in the Eighteenth Century – An "Islamic" Society in Decline? A Critique of Gibb and Bowen's *Islamic Society and the West*», *Bulletin* (British Society for Middle Eastern Studies), vol. 3, n.º 2 (1976), pp. 110-117.

[41] Por mencionar solo el ámbito de la demografía, la obra de Justin McCarthy *The Population of Palestine: Population Statistics of the Late Ottoman Period and the Mandate* (Nueva York: Columbia University Press, 1990) es un buen ejemplo de un trabajo basado principalmente en fuentes documentales otomanas correspondientes al periodo anterior a 1918, que pone fin al mito de la Palestina vacía y estéril antes de que empezaran a sentirse los efectos «milagrosos» de la colonización sionista.

[42] Entre los trabajos más importantes sobre estas transformaciones producidas en Palestina figuran Alexander Schölch, *Palestine in Transformation, 1856–1882: Studies in Social, Economic, and Political Development*, Washington: Institute for Palestine Studies, 1993, trad. al inglés de William C. Young y Michael C. Gerrity; Beshara Doumani, *Rediscovering Palestine: Merchants and Peasants in Jabal Naplusa, 1700–1900*, Oakland: University of California Press, 1995; y Owen, *Studies in the Economic and Social History of Palestine in the 19th and 20th Centuries*.

[43] Linda Schatkowski Schilcher, «The Famine of 1915–1918 in Greater Syria», en John Spagnolo (ed.), *Problems of the Modern Middle East in Historical Perspective*, Reading (Reino Unido): Ithaca Press, 1912, pp. 234-254. Sobre el traumático y duradero impacto del terrible sufrimiento que soportó la población durante la guerra, véase Samuel Dolbee, «Seferberlik and Bare Feet: Rural Hardship, Citied Dreams, and Social Belonging in 1920s Syria», *Jerusalem Quarterly*, n.º 51 (otoño de 2012), pp. 21-35.

[44] Probablemente perecieron 1,5 millones de armenios en el genocidio iniciado en abril de 1915. Aun sin incluir a estas víctimas, el número de bajas otomanas producidas durante la guerra (1,5 millones) representaba una proporción, en comparación con su población total, que casi duplicaba las de los siguientes países con cifras más altas, Francia y Alemania, con un 4,4 % y un 4,3 % de su población total respectivamente. Otros cálculos elevan el número total de bajas otomanas producidas durante la guerra a 5 millones, aproximadamente el 25 % de la población.

[45] Estas cifras proceden de Edward Erikson, *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in World War I*, Westport (Connecticut): Greenwood Press, 2001, p. 211. Véase también Hikmet Ozdemir, *The Ottoman Army, 1914–1918: Disease and Death on the Battlefield*, Salt Lake City: University of Utah Press, 2008; Kristian Coates Ulrichsen, *The First World War in the Middle East*,

Londres: Hurst, 2014; y Yigit Akin, *When the War Came Home: The Ottomans' Great War and the Devastation of an Empire*, Stanford (California): Stanford University Press, 2018.

[46] McCarthy, *The Population of Palestine*, pp. 25-27. A modo de comparación, McCarthy señala que, pese al elevado número de bajas del conflicto, durante la Primera Guerra Mundial, Francia solo vio reducida su población un 1 %, mientras que Inglaterra y Alemania «no sufrieron ninguna pérdida en su población total».

[47] Anbara Salam Khalidi, *Memoirs of an Early Arab Feminist: The Life and Activism of Anbara Salam Khalidi*, Londres: Pluto Press, 2013, pp. 68-69.

[48] Husayn Fakhri al-Khalidi, *Madaahd al-mujamalat: Mudhakkirat Husayn Fakhri al-Khalidi* (La era de la hipocresía [literalmente, "formalidades"] ha terminado. Memorias de Husayn Fakhri al-Khalidi), Amán: Dar al-Shuruq, 2014, vol. 1, p. 75.

[49] El impacto que tuvo en mi tía la ejecución de su prometido se describe en *Memoirs of an Early Arab Feminist*, pp. 63-67. Abd al-Ghani al-Uraysi fue coeditor del influyente periódico beirutí *Al-Mufid* y un destacado intelectual arabista; los recuerdos de Anbara Salam Khalidi y sus memorias se encontraban entre las principales fuentes documentales de un artículo que escribí sobre él y su periódico: «ʿAbd al-Ghani al-ʾUraisi and *al-Mufid*: The Press and Arab Nationalism Before 1914», en Marwan Buheiri (ed.), *Intellectual Life in the Arab East, 1890–1939*, Beirut: American University of Beirut Press, 1981, pp. 38-61.

[50] Entrevistas, Walid Khalidi, Cambridge (Massachusetts), 12 de octubre de 2014 y 19 de noviembre de 2016. Mi primo hermano Walid, nacido en 1925, oyó de pequeño la historia del desplazamiento de la familia durante la guerra de labios de nuestro abuelo. Algunos detalles se ven confirmados en las memorias de nuestro tío, Husayn Fakhri al-Khalidi, *Madaahd al-mujamalat*, vol. 1, p. 75.

[51] Entrevista con Fatima al-Khalidi Salam, Beirut, 20 de marzo de 1981.

[52] Aref Shehadeh (más conocido como Aref al-Aref) es uno de los tres soldados de Palestina en cuyas desgarradoras memorias de la Primera Guerra Mundial se inspira Salim Tamari en *Year of the Locust: A Soldier's Diary and the Erasure of Palestine's Ottoman Past*, Oakland: University of California Press, 2011.

[53] Véase el imaginativo relato que hace Raja Shehadeh de la odisea de su tío bisabuelo Najib Nassar: *A Rift in Time: Travels with my Ottoman Uncle*, Nueva York: OR Books, 2011. Véase también la novela del propio Nassar donde este narra sus aventuras en un texto medio realidad y medio ficción, y parcialmente autobiográfico: *Riwayat Mufih al-Ghassani* (La historia de Muflih al-Ghassani), Nazaret: Dar al-Sawt, 1981.

[54] Véase Noha Tadros Khalaf, *Les Mémoires de Ïssa al-Ïssa: Journaliste et intellectuel palestinien (1878-1950)*, París: Karthala, 2009, pp. 159-175.

[55] Sobre las motivaciones británicas, véase Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration: The Origins of the Arab-Israeli Conflict*, Londres: Bloomsbury, 2010; Henry Laurens, *La question de Palestine*, vol. 1, *1799-1922: L'invention de la Terre sainte*, París: Fayard, 1999; y James Renton, *The Zionist Masquerade: The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914–1918*, Londres: Palgrave-

Macmillan, 2007. Véase también A. L. Tibawi, *Anglo-Arab Relations and the Question of Palestine, 1914–1921*, Londres: Luzac, 1977, pp. 196-239; Leonard Stein, *The Balfour Declaration*, Londres: Valentine Mitchell, 1961; y Mayir Vereté, «The Balfour Declaration and Its Makers», *Middle Eastern Studies*, vol. 6 (1970), pp. 416-442.

[56] Este es uno de los argumentos centrales de mi libro *British Policy Towards Syria and Palestine, 1906–1914: A Study of the Antecedents of the Husayn-McMahon Correspondence, the Sykes-Picot Agreement, and the Balfour Declaration*, St. Antony's College Middle East Monographs, Reading (Reino Unido): Ithaca Press, 1980.

[57] La declaración de León Trotski, el comisario bolchevique de Asuntos Exteriores, después de abrir los archivos diplomáticos zaristas y revelar los acuerdos secretos anglo-franco-rusos firmados durante la guerra en ese sentido, se reproduce en Jane Degras (ed.), *Soviet Documents on Foreign Policy, 1917–1924*, vol. 1, Oxford: Oxford University Press, 1951.

[58] Así consta en la monumental biografía de Yehuda Reinharz *Chaim Weizmann: The Making of a Statesman*, Oxford: Oxford University Press, 1993, pp. 356-357.

[59] Ronald Storrs, *Orientations*, Londres: Ivor Nicholson y Watson, 1937. Las memorias de Ronald Storrs, el primer gobernador militar británico de Jerusalén, mencionan el estricto control que los británicos ejercían sobre la prensa y sobre todas las formas de actividad política árabe en Palestina: véanse pp. 327 y ss. Storrs había ejercido como censor de la prensa local en su anterior puesto, el de secretario oriental del Alto Comisionado británico en Egipto.

[60] Abd al-Wahhab al-Kayyali, *Wathaiq al-muqawama al-filistiniyya al-arabiyya did al-ihtilal al-britani wal-sihyuniyya 1918-1939* (Documentos de la resistencia árabe palestina frente a la ocupación británica y el sionismo, 1918-1939), Beirut: Instituto de Estudios Palestinos, 1968, pp. 1-3.

[61] Número especial de *Filastin*, 19 de mayo de 1914, p. 1.

[62] Para conocer más detalles sobre estas adquisiciones de tierras y los enfrentamientos armados resultantes, véase R. Khalidi, *Palestinian Identity*, pp. 89-117. Véase también Shafir, *Land, Labor, and the Origins of Israeli-Palestinian Conflict*.

[63] Pueden verse más detalles sobre esta evolución en R. Khalidi, *Palestinian Identity*, especialmente el cap. 7, pp. 145-176.

[64] Debemos esta sorprendente revelación a Margaret Macmillan, *Paris, 1919: Six Months That Changed the World*, Nueva York: Random House, 2002.

[65] Véase Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York: Oxford University Press, 2007. Manela atribuye acertadamente a Wilson un importante papel a la hora de suscitar (aunque de forma involuntaria) el espíritu nacionalista de rebelión contra las potencias coloniales inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, pero no aprecia lo bastante la importancia de la contribución bolchevique a este proceso.

[66] «Ghuraba fi biladina: Ghaflatuna wa yaqthatuhum» (Extranjeros en nuestra propia tierra: nuestro letargo y su vivacidad), *Filastin*, 5 de marzo de 1929, p. 1.

[67] Solo el Instituto de Estudios Palestinos ha publicado un total de nueve memorias autobiográficas y diarios en árabe desde 2005; sus autores y fechas son: Muhammad Abd al-Hadi Sharruf, 2017; Mahmud al-Atrash, 2016; Al-Magribi, 2015; Gabby Baramki, 2015; Hanna Naqqara, 2011; Turjuman y Fasih, 2008; Khalil Sakakini (8 vols.), 2005-2010; Rashid Hajj Ibrahim, 2005; y Wasif Jawhariyya, 2005. El instituto también publicó las memorias de Reja-i Busailah en inglés en 2017. Entre las citadas memorias, las de Sharruf (que era policía), Al-Magribi (sindicalista obrero y comunista), y Turuman y Fasih (dos soldados alistados en el Ejércio otomano en la Primera Guerra Mundial), son representativas de las opiniones de quienes no pertenecían a la élite. Véanse también las importantes memorias de una figura política clave en el periodo del Mandato, Muhammad Izzat Darwaza, *Mudhakkirat, 1887-1984*, Beirut: Dar al-Gharb al-Islami, 1993.

[68] Una de las pocas obras que se basan en narraciones orales sobre la revuelta de 1936-1939 es la de Ted Swedenburg *Memories of Revolt: The 1936–1939 Rebellion and the Palestinian National Past*, Mineápolis: University of Minnesota Press, 1995.

[69] R. Khalidi, *Palestinian Identity*, p. 225; y Noha Khalaf, *Les Mémoires de Îssa al-Îssa*, p. 58. El libro de Khalaf hace referencia a varios artículos de mi abuelo, así como a numerosos artículos y poemas de Al-Isa que reflejan la evolución del sentimiento de identidad palestino.

[70] Tuve ocasión de oír versiones casi idénticas de esta y otras historias de labios de mi tía Fatima (entrevista, Beirut, 20 de marzo de 1981) y del tío de mi esposa, Raja al-Isa, hijo de Isa al-Isa, que también dirigía un periódico (entrevista, Amán, 7 de julio de 1996).

[71] En R. Khalidi, *Palestinian Identity* (cap. 6, pp. 119-144), se analiza el tratamiento del sionismo en la prensa árabe.

[72] Storrs, *Orientations*, p. 341. El propio Storrs se encargó de cubrir el discurso, pronunciado en una cena que ofreció en honor a Weizmann y los miembros de la Comisión Sionista. Entre los asistentes se encontraban tanto el alcalde como el muftí de Jerusalén, además de varias otras destacadas figuras políticas y religiosas palestinas.

[73] Tom Segev, *One Palestine, Complete*, Nueva York: Metropolitan Books, 2000, p. 404.

[74] Una de las grandes ironías de esta y muchas otras conquistas coloniales es la de los cinco regimientos de infantería de la 24.ª División francesa que el 23 de julio de 1920 derrotaron a las fuerzas árabes en la batalla de Maysalun y al día siguiente ocuparon Damasco. Solo uno de ellos era étnicamente francés; del resto, dos eran senegaleses, uno argelino y otro marroquí. Esta táctica tipo «divide y vencerás», basada en utilizar a súbditos coloniales, fue un elemento crucial en la expansión imperial europea, y resultaría igualmente importante en los proyectos coloniales de Irlanda, Norteamérica, la India, África Septentrional y Meridional, Palestina y el resto de Oriente Próximo.

[75] Dos excelentes artículos recientemente publicados en *Journal of Palestine Studies*, vol. 46, n.º 2 (invierno de 2017), abordan este tema: Lauren Banko, «Claiming Identities in Palestine: Migration and Nationality Under the Mandate», pp. 26-43; y Nadim Bawalsa, «Legislating Exclusion: Palestinian Migrants and Interwar Citizenship», pp. 44-59.

[76] George Antonius, en *The Arab Awakening* (Londres: Hamish Hamilton, 1938), fue el primero en revelar los detalles de las promesas de Gran Bretaña a los árabes durante la guerra y en publicar

los documentos en los que se consignaron. Esto, a su vez, obligó al avergonzado Gobierno británico a publicar toda la correspondencia relativa al asunto; véase *Report of a Committee Set Up to Consider Certain Correspondence Between Sir Henry McMahon [His Majesty's High Commissioner in Egypt] and the Sharif of Mecca in 1915 and 1916*, Londres: His Majesty's Stationery Office, 1939 [https://bit.ly/3aKYj4e].

[77] El hecho de que Balfour obtuviera el elevado puesto de secretario colonial para Irlanda, solo superado por el cargo de lord teniente, solía atribuirse a sus vínculos familiares con el primer ministro Robert Cecil, lord Salisbury.

[78] E. L. Woodward y R. Butler (eds.), *Documents on British Foreign Policy, 1919–1939*, First Series, 1919-1929, Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1952, pp. 340-348.

[79] El caso de George Antonius es uno de los numerosos y notorios ejemplos al respecto. Formado en Cambridge, y, sin duda, altamente cualificado, fue ignorado de forma sistemática a la hora de nombrar a altos cargos en la administración del Mandato en favor de otros funcionarios británicos más mediocres: véase Susan Boyle, *Betrayal of Palestine: The Story of George Antonius*, Boulder (Colorado): Westview, 2001; y Sahar Huneidi, *A Broken Trust: Sir Herbert Samuel, Zionism, and the Palestinians*, Londres: I.B. Tauris, 2001, p. 2.

[80] Stein, *The Land Question in Palestine*, pp. 210-211.

[81] Zeev Sternhell, *The Founding Myths of Israel*, p. 217. Según Sternhell, la ratio entre la afluencia de capital y el PIN «no cayó por debajo del 33 % en ninguno de los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial».

[82] Las cifras de población pueden consultarse en W. Khalidi (ed.), *From Haven to Conquest*, apéndice 1, pp. 842-843.

[83] Discurso pronunciado en la Federación Sionista de Inglaterra el 19 de septiembre de 1919, citado en Nur Masalha, *Expulsion of the Palestinians: The Concept of* «*Transfer*» *in Zionist Political Thought, 1882–1948*, Washington: Institute for Palestine Studies, 1992, p. 41.

[84] Edwin Black, *The Transfer Agreement: The Untold Story of the Secret Agreement Between the Third Reich and Jewish Palestine*, Nueva York: Macmillan, 1984.

[85] El texto procede de un pasaje de sus reveladores diarios, citado en Shabtai Teveth, *Ben Gurion and the Palestine Arabs: From Peace to War*, Nueva York: Oxford University Press, 1985, pp. 166-168.

[86] Pueden verse más detalles en R. Khalidi, *The Iron Cage*, pp. 54-62. La «entrevista de trabajo» se describe en pp. 59-60.

[87] Cómo los británicos hicieron tal cosa constituye el tema principal del cap. 2 de *The Iron Cage*, pp. 31-64.

[88] Esta cifra se basa en los datos estadísticos facilitados por W. Khalidi, *From Haven to Conquest*, apéndice 4, pp. 846-849; y Matthew Hughes, *Britain's Pacification of Palestine: The British Army, the Colonial State and the Arab Revolt, 1936–39*, Cambridge: Cambridge University Press, 2019, pp. 377-384.

[89] Para conocer más detalles sobre esta represión, véase Matthew Hughes, «The Banality of Brutality: British Armed Forces and the Repression of the Arab Revolt in Palestine, 1936-39», *English Historical Review*, vol. 124, n.º 507 (abril de 2009), pp. 313-354.

[90] Baruch Kimmerling y Joel S. Migdal, *The Palestinian People: A History*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2003, p. 119.

[91] Puede verse un escalofriante relato de las arbitrarias ejecuciones sumarias de palestinos por parte de unidades mixtas de soldados británicos y milicianos sionistas bajo el mando de Orde Wingate en Segev, *One Palestine, Complete*, pp. 429-432. A Wingate se le describe como un psicópata asesino en el relato de Segev, quien afirma que en privado algunos de sus propios hombres lo consideraban un demente. El Ministerio de Defensa israelí diría más tarde de él: «Las enseñanzas de Orde Charles Wingate, su carácter y liderazgo fueron una piedra angular para muchos de los comandantes de la Haganá, y su influencia es perceptible en la doctrina de combate de la Fuerza de Defensa de Israel».

[92] Segev, *One Palestine, Complete*, pp. 425-426. Muchos veteranos de la campaña irlandesa, incluidos exmiembros de la conocida fuerza Black and Tans, fueron reclutados por las fuerzas de seguridad británicas en Palestina. Véase Richard Cahill, «"Going Berserk": "Black and Tans" in Palestine», *Jerusalem Quarterly*, vol. 38 (verano de 2009), pp. 59-68.

[93] Las memorias de Ernie O'Malley, un alto comandante del IRA durante la guerra de Independencia de Irlanda, publicadas bajo el título de *On Another Man's Wound* (Cork: Mercier Press, 2013), ofrecen un panorama detallado de los brutales medios empleados por los británicos entre 1919 y 1921 en su vano intento de sofocar la revuelta irlandesa, entre los que se incluían el incendio de viviendas, edificios públicos, centrales lecheras y otros recursos económicos vitales en represalia por los ataques a soldados, policías y auxiliares armados británicos.

[94] H. Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1. La parte relativa al exilio en las Seychelles está en pp. 247 y ss.

[95] *Ibid.,* vol. 1, p. 247.

[96] El grado de control ejercido por los rebeldes sobre buena parte de Palestina se evalúa en un excelente artículo de Charles Anderson, «State Formation from Below and the Great Revolt in Palestine», *Journal of Palestine Studies*, vol. 47, n.º 1 (otoño de 2017), pp. 39-55.

[97] Informe del general *sir* Robert Haining, 30 de agosto de 1938, citado en Anne Lesch, *Arab Politics in Palestine, 1917–1939: The Frustration of a National Movement*, Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1979, p. 223.

[98] Archivos Nacionales del Reino Unido, Papeles del Gabinete, CAB 24/282/5, Palestina, 1938, «Allegations against British Troops: Memorandum by the Secretary of State for War», 16 de enero de 1939, p. 2.

[99] El exilio y el incendio de su casa se describen en Khalaf, *Les Mémoires de Ïssa al-Ïssa*, pp. 227-232.

[100] *Ibid.,* p. 230.

[101] Para conocer más detalles con respecto al grado de colaboración entre los británicos y los sionistas durante la revuelta, véase Segev, *One Palestine, Complete*, pp. 381, 426-432.

[102] Archivos Nacionales del Reino Unido, Papeles del Gabinete, CAB 24/283, «Committee on Palestine: Report», 30 de enero de 1939, p. 24.

[103] *Ibid.,* p. 27.

[104] Esta sería la amarga conclusión a la que llegaría el doctor Husayn *a posteriori*, al revisar el historial de promesas británicas incumplidas en sus memorias, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, p. 280.

[105] La reunión del gabinete donde se decidió la postura británica en la Conferencia del Palacio de Saint James se describe en Boyle, *Betrayal of Palestine*, p. 13.

[106] Para conocer más detalles sobre cómo se vieron socavados los cruciales compromisos británicos asumidos en el Libro Blanco, véase R. Khalidi, *The Iron Cage*, pp. 35-36, 114-115.

[107] H. Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, pp. 350-351.

[108] *Ibid.,* pp. 300-305. En el marco del juicioso análisis que realiza de este tema Bayan al-Hout, véase su magistral *Al-Qiadat wal-muassassat al-siyasiyya fi Filastin 1917-1948* (Liderazgos políticos e instituciones en Palestina, 1917-1948) (Beirut: Instituto de Estudios Palestinos, 1981, p. 397), donde la autora llega a la misma conclusión.

[109] H. Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, pp. 352-356.

[110] *Ibid.,* vol. 1, pp. 230 y ss. Esta sección de las memorias, que relata los acuerdos con la Comisión Peel, incluye uno de los muchos ejemplos que proporciona el doctor Husayn sobre el sesgo británico en favor de los sionistas.

[111] También escribió un volumen de memorias en inglés sobre su exilio en las Seychelles, lleno de observaciones críticas sobre los británicos: *Exiled from Jerusalem: The Diaries of Hussein Fakhri al-Khalidi*, Londres: I.B. Tauris, 2020.

[112] H. Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, pp. 110-114.

[113] *Ibid.,* vol. 1, p. 230.

[114] Citado en Masalha, *Expulsion of the Palestinians*, p. 45.

[115] «The King-Crane Commission Report, August 28, 1919», http://www.hri.org/docs/king-crane/syria-recomm.html [https://bit.ly/30m8MBd].

[116] George Orwell, «In Front of Your Nose», *Tribune*, 22 de marzo de 1946, reproducido en *The Collected Essays, Journalism, and Letters of George Orwell*, vol. 4, *In Front of Your Nose, 1945–50*, ed. de Sonia Orwell e Ian Angus, Nueva York: Harcourt Brace, 1968, p. 124.

[117] El funcionario era E. Mills, que dijo estas palabras durante su testimonio secreto ante la Comisión Peel; citado en Leila Parson, «The Secret Testimony to the Peel Commission: A Preliminary Analysis», *Journal of Palestine Studies*, vol. 49, n.º 1 (otoño de 2019).

[118] El mejor estudio sobre la supervisión del Mandato de Palestina por parte de la Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad de Naciones es: Susan Pedersen, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Nueva York: Oxford University Press, 2015.

[119] Segev explora el mito de que durante el periodo del Mandato los británicos fueron proárabes —un mito muy apreciado por la historiografía sionista— en *One Palestine, Complete*.

[120] Abordé esta cuestión con mayor detalle en *The Iron Cage*, pp. 118-123.

02

La segunda declaración de guerra, 1947-1948

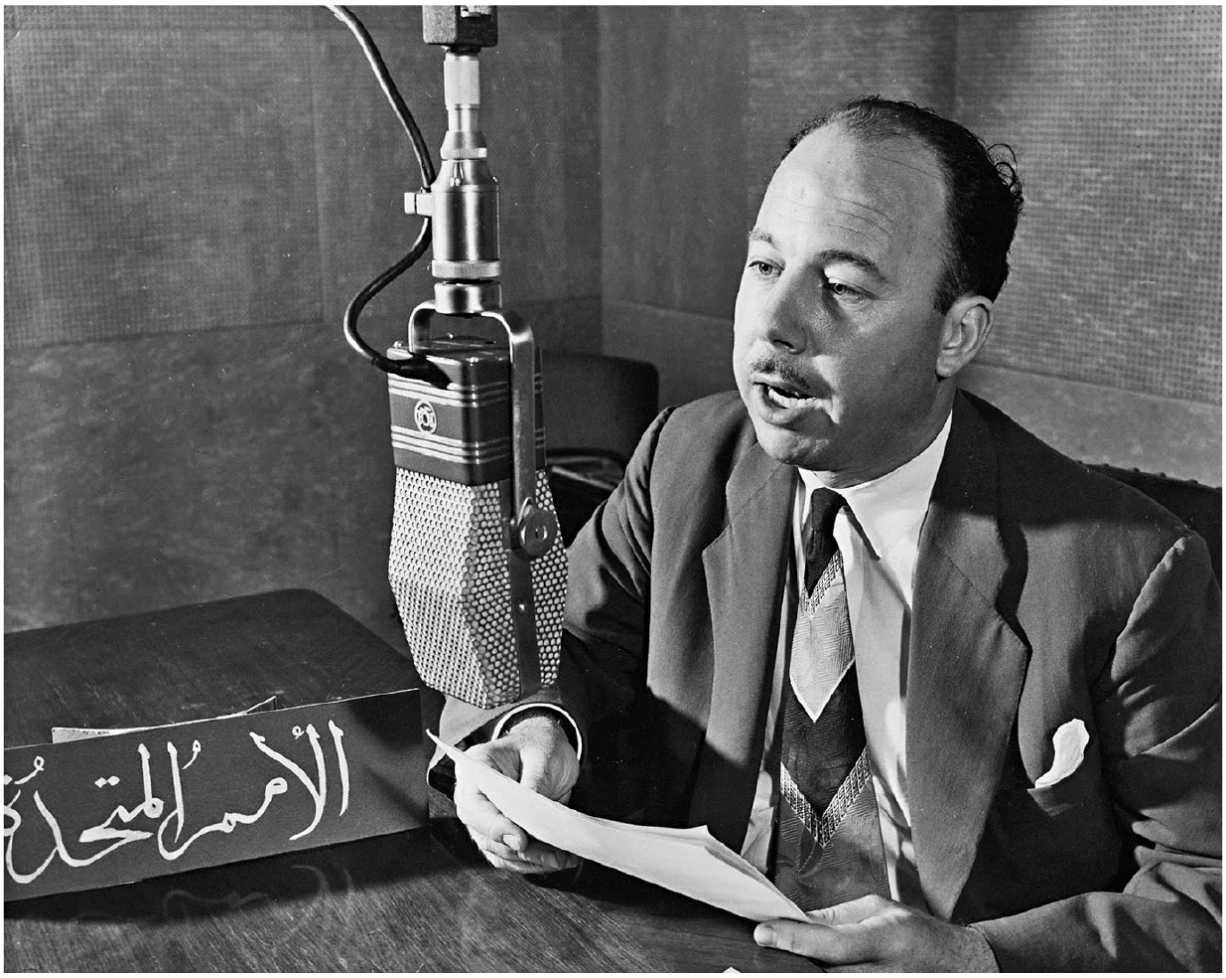
«La partición, tanto en principio como en esencia,
solo puede considerarse una solución antiárabe».

COMISIÓN ESPECIAL DE LAS NACIONES UNIDAS PARA PALESTINA, VOTO PARTICULAR[121]

En 1968, unos meses antes de morir, mi padre, sintiendo que le quedaba poco tiempo, se sentó conmigo en el comedor de nuestra casa y me habló de un mensaje que le habían pedido que transmitiera dos décadas antes. Por entonces yo tenía diecinueve años y estudiaba en la universidad. Me pidió que le escuchara con atención.

En 1947 mi padre, Ismail Raghib al-Khalidi, volvió a Palestina por primera vez tras ocho años de ausencia. Se había marchado en el otoño de 1939 para cursar estudios de posgrado primero en la Universidad de Míchigan y luego en la Universidad de Columbia, en Nueva York, y había permanecido en Estados Unidos durante toda la Segunda Guerra Mundial, trabajando en la Oficina de Información de Guerra como locutor árabe para Oriente Próximo. Durante la guerra, mi abuela, que vivía en Jaffa, se quedaba despierta hasta después de medianoche para sintonizar la radio y escuchar al menor de sus hijos, al que hacía años que no veía.[122] En la época de su viaje de regreso a Palestina, mi padre trabajaba como secretario en el recién creado Instituto Araboamericano (mi madre, de origen libanés,

también trabajaba allí; de hecho, ambos se habían conocido en aquella institución).[123] El instituto había sido fundado por un grupo de destacados araboamericanos bajo la dirección del profesor Philip Hitti, de Princeton, con el propósito de concienciar a la opinión pública estadounidense sobre la situación de Palestina,[124] y un viaje por Oriente Próximo para presentar su trabajo a los líderes de los nuevos Estados árabes independientes había llevado a mi padre a Jerusalén.[125]



Ismail al-Khalidi, retransmitiendo a Oriente Próximo por encargo de las Naciones Unidas.
FAMILIA KHALIDI

Su hermano, el doctor Husayn Fakhri al-Khalidi (el antiguo alcalde de Jerusalén), era veinte años mayor. Dada la avanzada edad del padre y la

preeminencia del doctor Husayn, se había encargado a este último la tutela de Ismail y sus tres hermanos menores, Ghalib, Fatima y Yacoub, de modo que Husayn supervisaba su disciplina, administraba el dinero y gestionaba otros asuntos.[126] Otro hermano mayor, Ahmad, un educador y escritor ampliamente reconocido, además de director del denominado entonces Colegio Árabe Gubernamental de Jerusalén (más tarde Colegio Árabe, una escuela de secundaria creada por la administración del Mandato británico), se encargaba de su educación. Pese a los veinte años que los separaban y la reputación de severidad del doctor Husayn, él y mi padre tenían una relación muy estrecha, como lo demuestra la correspondencia que ambos mantuvieron mientras Husayn estuvo encarcelado por los británicos en las Seychelles. En los diarios que escribió durante su exilio, el doctor Husayn se queja en un momento dado del pésimo inglés de una carta que había recibido de mi padre («su escritura es espantosa»), y expresa su confianza en que sus estudios en la Universidad Americana de Beirut le permitan mejorarlo, como en efecto ocurriría.[127] Las fotos que de él se conservan revelan que el doctor Husayn era un hombre de aspecto digno e imponente, pero a finales de la década de 1940 estaba desmejorado y mucho más delgado que antes de sus casi siete años de prisión y exilio (de hecho, durante su estancia en las Seychelles perdió casi once kilos). Dado que era uno de los pocos líderes árabes que a finales de 1947 todavía permanecían en Jerusalén —en una época de crisis extrema para los palestinos—, estaba sobrecargado de trabajo. Aun así, mandó llamar a su hermano pequeño, y mi padre respondió con presteza.

El doctor Husayn sabía que Ismail iba a Amán a instancias del Instituto Araboamericano para reunirse con el rey Abdullah de Transjordania, y deseaba transmitirle un mensaje personal, pero de carácter oficial. Cuando mi padre oyó su contenido, se puso pálido. En nombre del doctor Husayn y del Alto Comité Árabe del que este era secretario, Ismail debía decirle al monarca que si bien los palestinos apreciaban su oferta de «protección» (él

había utilizado la palabra árabe *wisaya*, literalmente «tutela»), no podían aceptarla. El significado implícito del mensaje era que si los palestinos lograban escapar del yugo británico, no querían caer bajo el de Jordania (que, dada la omnipresente influencia británica en Amán, en la práctica venía a ser lo mismo). Ellos aspiraban a controlar su propio destino.

Mi padre protestó débilmente ante la perspectiva de que transmitir tan desagradable noticia pudiera arruinar el propósito de su visita, que era ganarse el respaldo del monarca a la labor del Instituto Araboamericano. Pero el doctor Husayn le interrumpió. Otros enviados ya le habían transmitido repetidamente el mismo mensaje al rey Abdullah, pero él se había negado a escucharlo; dada la importancia de los lazos familiares, si provenía del propio hermano del doctor Husayn, en esta ocasión se vería obligado a creerlo. Husayn le recalcó secamente a Ismail que hiciera lo que se le pedía, y luego le acompañó hasta la puerta. Mi padre abandonó el despacho apesadumbrado. El respeto hacia su hermano mayor le obligaba a transmitir el mensaje, pero sabía que su visita a Amán no terminaría bien.

El rey Abdullah recibió a su invitado y escuchó cortésmente, aunque sin excesivo interés, la entusiasta explicación de Ismail acerca de la labor que desarrollaba el Instituto Araboamericano para cambiar la opinión pública estadounidense con respecto a Palestina, una opinión que ya entonces era abrumadoramente prosionista y desconocía en gran parte la causa palestina. Durante décadas, el rey había ligado su suerte a la de Gran Bretaña, que subvencionaba su trono, pagaba y equipaba a sus tropas, y comandaba su Legión Árabe. Estados Unidos, en cambio, parecía lejano e insignificante, y el monarca mostraba una manifiesta indiferencia hacia dicho país. Como la mayoría de los gobernantes árabes de la época, era incapaz de apreciar el papel de Estados Unidos en la escena mundial de la posguerra.

Una vez realizada la parte principal de su misión, mi padre transmitió vacilante el mensaje que le había confiado el doctor Husayn. Al oírlo, el rostro del rey mostró ira y sorpresa y el monarca se puso en pie

abruptamente, obligando a hacer lo mismo a todos los presentes en la sala. La audiencia había terminado. Exactamente en aquel momento entró un sirviente, que anunció que la BBC acababa de difundir la noticia de la decisión de la Asamblea General de la ONU en favor de la partición de Palestina. Casualmente, la reunión de mi padre con el rey Abdullah, celebrada el 29 de noviembre de 1947, había coincidido con la histórica votación de la asamblea sobre la Resolución 181, que preveía la partición. Antes de abandonar airadamente la sala, el rey se volvió hacia mi padre y le dijo con frialdad: «Ustedes, los palestinos, han rechazado mi oferta. Se merecen lo que les pase».

Lo que les pasó, obviamente, es de todos conocido. En el verano de 1949 la organización política palestina había sido devastada y la mayor parte de su sociedad, desarraigada. Alrededor del 80 % de la población árabe del territorio convertido tras la guerra en el nuevo Estado de Israel se había visto obligada a abandonar su hogar y había perdido sus tierras y propiedades. Al menos 720.000 del total de 1,3 millones de palestinos que vivían en el país se convirtieron en refugiados. Gracias a esta violenta transformación, Israel controlaba ahora el 78 % del territorio de la antigua Palestina del Mandato británico y gobernaba a los 160.000 árabes palestinos que habían podido quedarse allí, apenas una quinta parte de la población árabe de antes de la guerra. Esta dramática conmoción —que los palestinos denominan Nakba, o «Catástrofe»—, derivada de la derrota de la Gran Revuelta en 1939 y ansiada por el embrionario Estado sionista, también obedecía a otros factores que mi padre me mostró vívidamente en la historia que me explicó, como la injerencia extranjera y las encarnizadas rivalidades entre los propios árabes. Estos problemas, a su vez, se vieron agravados por las insuperables diferencias internas que dividían a los palestinos y que perduraron tras sofocarse la revuelta, así como por la ausencia de instituciones estatales modernas en Palestina. Sin embargo, en última

instancia la Nakba solo fue posible gracias a las enormes transformaciones globales producidas durante la Segunda Guerra Mundial.

El estallido de la guerra en 1939 puso fin a las disputas en torno al Libro Blanco británico y trajo una relativa calma a Palestina tras las conmociones de la revuelta. Sin embargo, durante tres años, hasta las batallas de El Alamein y de Stalingrado, en el otoño de 1942, el peligro de que aparecieran los Panzer nazis procedentes de Libia o a través del Cáucaso estuvo siempre presente. La inmigración judía se redujo de manera significativa como resultado del Libro Blanco y las condiciones de la guerra, mientras que los líderes sionistas, enfurecidos por lo que ellos percibían como el abandono por parte de Whitehall de sus compromisos con el sionismo, trataron astutamente de diseñar un realineamiento diplomático con nuevos patrocinadores en sustitución de Gran Bretaña. En cualquier caso, durante este periodo de calma los sionistas tuvieron la oportunidad de seguir incrementando sus capacidades militares. Gracias a las presiones del movimiento sionista, y con el apoyo del primer ministro Winston Churchill, en 1944 se creó en el Ejército británico la Agrupación de Infantería de la Brigada Judía, que proporcionaría entrenamiento y experiencia de combate a las ya considerables fuerzas militares sionistas, ofreciéndoles así una ventaja que resultaría vital en el futuro conflicto.

En contraste, aunque la expansión económica producida en Palestina durante la guerra permitió cierta recuperación de los daños causados a la economía árabe por la revuelta, los palestinos siguieron estando políticamente fragmentados, con muchos de sus líderes todavía en el exilio o recluidos en Gran Bretaña, y no supieron prepararse lo suficiente para la tormenta que se avecinaba. Más de doce mil árabes palestinos se alistaron como voluntarios en el Ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial (mientras que muchos otros, como mi padre, trabajaron en el frente doméstico realizando diversas labores para los Aliados); pero, a diferencia de los soldados judíos de Palestina, nunca se integraron en una sola unidad,

ni tampoco habría un Estado paralelo palestino que pudiera sacar partido de la experiencia que acumularon.[128]

El final de la guerra mundial trajo consigo una nueva fase del ataque colonial a Palestina, iniciada con la llegada a Oriente Próximo de dos grandes potencias que hasta entonces solo habían desempeñado un papel menor de ámbito regional: Estados Unidos y la Unión Soviética. Estados Unidos, un imperio que nunca había reconocido plenamente su naturaleza colonial y cuyo dominio se había limitado al continente americano y el Pacífico, después de Pearl Harbor se convirtió de repente no solo en una potencia global más, sino, de hecho, en la potencia preponderante. A partir de 1942, los barcos, las tropas y las bases estadounidenses empezaron a llegar a África Septentrional, Irán y Arabia Saudí, y han permanecido en Oriente Próximo desde entonces. Paralelamente, la Unión Soviética, que tras la Revolución bolchevique había adoptado una postura aislacionista —difundiendo su ideología, pero evitando proyectar su fuerza—, gracias a la guerra se había dotado del que era el mayor ejército terrestre del mundo, lo que le permitiría liberar a media Europa de los nazis y actuar de forma cada vez más enérgica en Irán, Turquía y otras regiones de sus confines meridionales.

Bajo el liderazgo de la figura política dominante del Yishuv, David Ben-Gurión, el movimiento sionista supo prever con acierto el cambio que iba a producirse en el equilibrio mundial del poder. El acontecimiento clave en su realineamiento fue la proclamación en 1942, en una importante conferencia celebrada en el Hotel Biltmore de Nueva York, de lo que pasaría a conocerse como el Programa Biltmore.[129] Por primera vez, el movimiento sionista llamaba abiertamente a convertir toda Palestina en un Estado judío; la demanda exacta era que «Palestina se estableciera como una mancomunidad judía». Como en el caso del «hogar nacional», esta expresión no era sino otro circunloquio para referirse, sin nombrarlo directamente, al pleno control judío de la totalidad de Palestina, un país que

en aquel momento contaba con una mayoría árabe de dos tercios de su población.[130] No era casual que este ambicioso programa se anunciara en Estados Unidos, y justamente en Nueva York, entonces, como ahora, la ciudad con mayor población judía del mundo.

En poco tiempo, el movimiento sionista había movilizado a numerosos políticos estadounidenses y buena parte de la opinión pública del país en torno a este objetivo. Ello se debió tanto a las incesantes y eficaces iniciativas de relaciones públicas del movimiento —algo que los palestinos y los nacientes Estados árabes no podían igualar— como al horror generalizado causado por la revelación del asesinato de la mayoría de los judíos europeos a manos de los nazis en el Holocausto.[131] Cuando el presidente Harry Truman respaldó el objetivo de crear un Estado judío en una tierra de mayoría árabe en los años de posguerra, el sionismo, antaño un proyecto colonial respaldado por un Imperio británico en declive, se convirtió en parte integrante de la naciente hegemonía estadounidense en Oriente Próximo.

Después de la guerra, se produjeron dos acontecimientos cruciales en rápida sucesión que simbolizaban los obstáculos que en adelante habrían de afrontar los palestinos. Las relaciones de los palestinos con muchos de los regímenes árabes ya eran tensas debido a que los gobernantes de estos últimos se habían alineado con Gran Bretaña, una postura cuyo origen se remontaba a su intervención para poner fin a la huelga general de 1936 y su participación en la fallida conferencia del Palacio de Saint James en 1939. Las cosas no hicieron sino empeorar en marzo de 1945, cuando, bajo los auspicios de los británicos, seis Estados árabes se unieron para constituir la denominada Liga Árabe. En sus memorias, el doctor Husayn describe la amarga decepción de los palestinos cuando los Estados miembros decidieron eliminar cualquier referencia a Palestina del comunicado inaugural de la Liga y reservarse el control de la elección del representante palestino en la organización.[132]

El primer ministro egipcio bloqueó la asistencia de Musa al-Alami, el emisario palestino, a la conferencia fundacional de la Liga, aunque revocó su decisión de inmediato cuando Al-Alami obtuvo una carta del brigadier Clayton, un oficial de inteligencia británico destinado en El Cairo, en la que autorizaba su participación. Si bien el Protocolo de Alejandría firmado en octubre de 1944 —por el que Egipto, Irak, Siria, Líbano y Transjordania habían acordado originalmente crear la Liga— subrayaba la importancia de la «causa de los árabes de Palestina» a la vez que lamentaba «las desdichas que se han infligido a los judíos de Europa», lo cierto es que dichos Estados apenas eran independientes de sus antiguos amos coloniales.[133] Gran Bretaña en particular ejercía una poderosa influencia en la política exterior de todos ellos, y la hostilidad británica hacia cualquier iniciativa palestina independiente no había disminuido lo más mínimo. Eso implicaba que los palestinos no podían contar con ningún apoyo significativo por parte de aquellos débiles y dependientes regímenes árabes.

Más trascendental en sus consecuencias fue la constitución del denominado Comité Angloamericano de Investigación en 1946, un organismo establecido por los Gobiernos británico y estadounidense para estudiar la acuciante y penosa situación de los supervivientes judíos del Holocausto, cien mil de los cuales estaban confinados en campos de desplazados en Europa. La opción preferida tanto por los estadounidenses como por los sionistas era que a aquellos desafortunados se les concediera la entrada inmediata en Palestina (ni Estados Unidos ni el Reino Unido estaban dispuestos a aceptarlos), negando en la práctica la que había sido la idea central del Libro Blanco de 1939.

El encargado de defender la causa palestina en el comité fue Albert Hourani, quien más tarde se convertiría en el que probablemente sea el más grande historiador del Oriente Próximo moderno. Hourani, junto con otros colegas de la recién creada Oficina Árabe Palestina, había producido una gran cantidad de materiales transmitidos tanto de forma oral como escrita,

[134] pero sin duda la principal iniciativa del grupo fue la encarnada en el propio testimonio de Hourani,[135] donde este ofreció una premonitoria descripción de la devastación que la creación de un Estado judío causaría en la sociedad palestina y del caos que sembraría en todo el mundo árabe. Hourani advirtió a los miembros del comité de que «en los últimos años los responsables sionistas han hablado seriamente de la evacuación de la población árabe, o de parte de ella, a otras zonas del mundo árabe».[136] Poner en práctica el programa sionista —añadió— «entrañaría una terrible injusticia, y solo podría hacerse al precio de terribles represiones y desórdenes, con el riesgo de llevar a la ruina toda la estructura política de Oriente Próximo».[137] Los múltiples golpes militares llevados a cabo por oficiales árabes que habían combatido en Palestina y luego derrocaron diversos regímenes en Siria, Egipto e Irak entre 1949 y 1958, la irrupción de la Unión Soviética en los asuntos de Oriente Próximo a mediados de la década de 1950 y la expulsión de Gran Bretaña de la región constituyen todos ellos elementos que cabe interpretar como réplicas del terremoto que pronosticó Hourani, aunque seguramente en aquel momento debieron de parecer amenazas un tanto exageradas a los doce miembros estadounidenses y británicos del comité que escucharon el testimonio de Hourani.

En lo que constituía un fiel reflejo del nuevo equilibrio de poderes entre Gran Bretaña y Estados Unidos, el comité ignoró tanto los argumentos planteados por los árabes como la opción preferida por el Gobierno británico, que era seguir limitando la inmigración judía a Palestina para evitar suscitar la hostilidad de la mayoría árabe del país y de las poblaciones de los recién independizados Estados árabes. Las conclusiones a las que llegó el comité obedecían fielmente a los deseos de los sionistas y de la administración Truman, incluida la recomendación de admitir a cien mil refugiados judíos en Palestina. Ello implicaba que el Libro Blanco de 1939 era, de hecho, letra muerta, que Gran Bretaña ya no tenía el voto decisivo

en Palestina y que sería Estados Unidos quien se convertiría en el actor externo predominante en el país y, a la larga, en todo Oriente Próximo.

Estos dos acontecimientos revelan claramente el hecho de que en aquella fase avanzada de la lucha por mantener el control de su tierra los palestinos no habían logrado obtener un apoyo significativo de sus aliados árabes ni desarrollar un aparato estatal moderno pese a la intensidad de su sentimiento patriótico y la existencia de un movimiento nacional lo suficientemente fuerte como para haber planteado —ni que fuera brevemente— una amenaza al control británico de Palestina durante la revuelta. Esta carencia implicaba que los palestinos se enfrentaban al potente Estado paralelo de la Agencia Judía sin contar ellos mismos con un sistema estatal centralizado, lo cual resultaría ser una debilidad fatal tanto a escala militar como financiera y diplomática.

A diferencia de la Agencia Judía, a la que el Mandato de la Sociedad de Naciones había dotado de herramientas de gobernanza vitales, los palestinos carecían de Ministerio de Exteriores, de diplomáticos —como atestigua la historia de mi padre— y de cualquier otro organismo gubernamental significativo, por no hablar de una fuerza militar organizada y con una jerarquía centralizada. No tenían ni la capacidad de recaudar la financiación que necesitaban ni el consentimiento internacional para crear instituciones estatales. Cuando los enviados palestinos habían logrado reunirse con funcionarios extranjeros, ya fuera en Londres o en Ginebra, se les había dicho en tono condescendiente que no tenían un estatus oficial y, en consecuencia, sus reuniones debían considerarse más privadas que oficiales.[138] En ese sentido resulta especialmente llamativa la comparación con los irlandeses, el único pueblo que logró liberarse del dominio colonial (al menos en parte) entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial: pese a las divisiones existentes en sus filas, a la larga su asamblea clandestina —la Dáil Éireann—, sus nacientes estructuras de gobierno y sus fuerzas

militares centralizadas se impusieron a los británicos tanto en la lucha como en la administración.[139]

Durante aquellos años críticos que desembocarían en la Nakba, los palestinos permanecerían sumidos en una profunda desorganización en todo lo relativo a la institucionalización del país. La naturaleza rudimentaria de las estructuras organizativas de las que disponían resulta claramente manifiesta en los recuerdos de Yusif Sayigh, que fue el primer director general del recién creado Fondo Nacional Árabe en 1946.[140] El fondo había sido establecido por el Alto Comité Árabe en 1944 para funcionar como tesoro público y como una entidad homóloga al Fondo Nacional Judío, que por entonces tenía ya casi medio siglo de antigüedad. A mediados de la década de 1930, este último recaudaba anualmente tres millones y medio de dólares para la colonización de Palestina solo en Estados Unidos, lo que constituía únicamente parte de una suma mucho mayor que la entidad canalizaba regularmente desde todo el mundo para respaldar el proyecto sionista.[141]

El Fondo Nacional Árabe solo inició su labor de búsqueda y obtención de recursos cuando Sayigh asumió la dirección y desarrolló una estructura acorde con sus iniciativas. Posteriormente, relataría las numerosas dificultades que hubo de afrontar en su trabajo, que afectaron desde la creación de una red de ámbito nacional partiendo de cero hasta la aceptación de donaciones, pasando por las dificultades de desplazarse por las zonas rurales a medida que se deterioraban las condiciones de seguridad en Palestina. A mediados de 1947, en poco más de un año, el fondo había logrado recaudar 176.000 libras palestinas (equivalentes a más de 700.000 dólares de la época), una suma impresionante dada la relativa pobreza de la población. Sin embargo, este logro palidecía en comparación con la enorme capacidad de recaudación del movimiento sionista. Cuando —desoyendo el consejo de Sayigh— un miembro de la junta del fondo árabe, Izzat Tannous, se jactó de la cuantía recaudada ante la prensa, al día siguiente

Sayigh y sus colegas se enteraron de que una rica viuda judía de Sudáfrica había donado un millón de libras palestinas (unos cuatro millones de dólares) al Fondo Nacional Judío.

La descripción que hace Sayigh del Alto Comité Árabe —el organismo de líderes políticos palestinos creado en 1936, disuelto por los británicos en 1937 y reconstituido después de la guerra— no resulta menos dura, ya que lo califica como la viva imagen de la desorganización y las luchas intestinas. Hay que recordar que los británicos habían ilegalizado el comité y sus líderes habían sido encarcelados o desterrados durante la revuelta o bien se habían visto obligados a abandonar el país para eludir una posible detención. Para algunos de ellos, como en el caso del muftí, el exilio sería definitivo, mientras que a otros, como el doctor Al-Husayn, el primo del muftí, Jamal al-Husayni, y Musa al-Alami, solo se les permitiría volver a Palestina muchos años después, tras haber estado exiliados en diferentes países.[142] Sin embargo, su regreso no sirvió para resolver el problema. Sayigh describe la situación que se produjo cuando el Alto Comité Árabe, que carecía de un aparato burocrático propio, se vio abocado de repente a afrontar la abrumadora tarea de documentar la causa palestina ante el Comité Angloamericano de Investigación. Escribe Sayigh:

> En aquel momento, el Alto Comité Árabe se dio cuenta de que no contaba con las dotes intelectuales de sus miembros. De hecho, no contaba con estructura alguna. Cuando Jamal Husseini salía de la oficina por las tardes, cerraba la puerta y se metía la llave en el bolsillo. No había secretaría, de ningún tipo. Solo una o dos personas para hacer café. Ni siquiera una secretaria que tomara notas o mecanografiara. Todo el tinglado estaba así de vacío.[143]

En realidad la situación era aún peor, dadas las rivalidades interárabes que giraban en torno al comité y las profundas diferencias políticas y personales que dividían a sus miembros. Todos esos males también limitaban seriamente el potencial de otra nueva organización formada en los primeros años de posguerra, la Oficina Árabe, a la que el Alto Comité Árabe había encargado la tarea de defender la causa palestina ante el Comité

Angloamericano. Creada como núcleo de un futuro Ministerio de Exteriores palestino y respaldada principalmente por el Gobierno iraquí probritánico liderado por Nuri al-Said, la Oficina Árabe tenía a la vez una misión diplomática e informativa, cuyo objetivo era dar a conocer mejor la causa palestina.

En contraste con la desorganización de los otros organismos mencionados, la Oficina Árabe albergaba a un grupo de hombres extraordinarios y extremadamente motivados (no he visto ninguna mención de que hubiera una sola mujer involucrada en su labor). Entre ellos se contaban: Musa al-Alami, el fundador de la entidad; el destacado educador Darwish al-Miqdadi; el abogado Ahmad Shukeiri, que más tarde se convertiría en el primer presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP); el futuro historiador Albert Hourani y su hermano menor, Cecil; y otros miembros más jóvenes, como el economista Burhan Dajani, el futuro primer ministro jordano Wasfi el-Tell, y mi primo, Walid Khalidi, que también llegaría a convertirse en un académico de renombre. Fue este grupo el que elaboró la defensa de la causa palestina —tremendamente convincente y profética, pero, pese a ello, finalmente ignorada— que Albert Hourani expuso ante el Comité de Investigación.

Gracias a esta abundancia de recursos en materia de talento personal, la Oficina Árabe prometía realizar la función de un servicio diplomático profesional, de tal modo que se obviaría la necesidad de que, por ejemplo, el doctor Husayn tuviera que utilizar a su hermano menor como enviado. Si bien es cierto que los Estados modernos avanzados emplean ocasionalmente a enviados personales para transmitir mensajes de forma paralela a los canales de tipo más convencional, el Mandato británico no había permitido a los palestinos recurrir a tales canales. Este hecho, no obstante, también era en parte consecuencia de la naturaleza fuertemente patriarcal, jerárquica y conflictiva de su política, especialmente antes de la era de los partidos políticos de masas. Sea como fuere, la Oficina Árabe no supo poner

remedio a aquella situación: los recuerdos de Yusuf Sayigh y Walid Khalidi dan fe de los obstáculos que paralizaban constantemente a los palestinos y, en última instancia, acabarían socavando sus intentos de crear órganos competentes que los representaran en la escena internacional. Además, en 1947, Al-Alami y el doctor Husayn, probablemente los dos líderes palestinos más capacitados para tratar asuntos de representación diplomática, habían dejado de ser aliados. Walid Khalidi describe cómo el despotismo de Al-Alami distanció a sus colegas,[144] un hecho del que existen numerosas evidencias en las memorias del doctor Husayn. Y lo que es aún más importante: la proximidad de Al-Alami al probritánico régimen iraquí suscitaba el recelo de muchas figuras palestinas.

El doctor Husayn describe con doloroso detalle todas esas divisiones entre los propios palestinos, exacerbadas por las rivalidades existentes entre los recién independizados Estados árabes. Como él mismo señala, gran parte de la polarización que existía ya antes de la guerra entre partidarios y detractores del muftí, Amin al-Husayni —y cuyo origen era anterior a la revuelta—, se mantendría también en la posguerra. De hecho, dicha polarización incluso se intensificó debido a la incesante oposición de los británicos tanto al muftí como a cualquier entidad política palestina independiente, que temían —probablemente con razón— que podría mostrarse hostil a Gran Bretaña. Esa actitud contraria a buena parte de los líderes palestinos la compartían la mayoría de los Gobiernos árabes, sobre los que el Reino Unido todavía ejercía una gran influencia. Un llamativo ejemplo de dicha influencia son los habilidosos y discretos tejemanejes que realizaron los británicos para controlar la representación palestina en la conferencia fundacional de la Liga Árabe celebrada en marzo de 1945. Musa al-Alami, que asistió a la conferencia en un primer momento, era un abogado capaz —en palabras del doctor Husayn— y defendía la causa palestina con elocuencia, pero también era una persona que gozaba de una gran confianza por parte de los británicos, quienes en 1945-1946 lo

enviaron en diversas misiones diplomáticas en su nombre por toda la región, llegando incluso a proporcionarle un bombardero para viajar a Arabia Saudí, Irak y otros países árabes.[145]

Convencido de que Gran Bretaña, que en realidad no tenía presentes los intereses palestinos, ejercía demasiada influencia en Al-Alami a través de su respaldo a la Oficina Árabe, el doctor Husayn criticó públicamente la actuación de esta última, lo que suponía criticar implícitamente al propio Al-Alami. Cierto día de 1947, Husayn recibió la visita en su oficina de Jerusalén de un coronel de la inteligencia militar británica, quien, tras un rato de conversación sobre temas generales, ensalzó a Al-Alami y la labor de la Oficina Árabe en pro de la causa árabe y de «un mayor entendimiento y cercanía entre los pueblos árabe y británico». El doctor Husayn, cuya hostilidad hacia Gran Bretaña se había intensificado tras la represión de la Gran Revuelta y sus propios años de exilio impuesto por los británicos, se guardó su opinión al respecto, pero la visita le dejó perplejo. Siguió desacreditando públicamente a la Oficina Árabe por su incapacidad para coordinarse con el Alto Comité Árabe, y su visitante militar volvió a presentarse.

Esta vez el coronel permaneció de pie mientras le transmitía su mensaje sin rodeos: «Respetamos al director de las Oficinas Árabes, tenemos plena confianza en él y queremos que usted coopere con él». El doctor Husayn respondió con frialdad: «Su respeto por él y su confianza en él es asunto suyo, no mío. Y mi cooperación o falta de cooperación con él es cosa mía, no suya. Buenos días, coronel». Desde el momento en que Al-Alami fue admitido en la Liga Árabe —señala Husayn con amargura—, «se convirtió en representante del Gobierno británico, no de los árabes de Palestina».[146]

Musa al-Alami también se las había arreglado para ganarse la desconfianza de Amin al-Husayni, el todavía exiliado muftí, quien, después de trasladarse de Alemania a El Cairo en 1946, se había reincorporado de inmediato a la política palestina. Si bien desde su exilio ya no podía

controlar los acontecimientos de Palestina, todavía se le consideraba el líder supremo, y durante un tiempo siguió ejerciendo influencia en el país a pesar del permanente perjuicio que su presencia en la Alemania nazi durante la guerra había infligido a la causa palestina. Inicialmente Al-Alami había parecido una opción aceptable como director de la Oficina Árabe a todas las partes interesadas porque no se había alineado con ninguna facción palestina (también ayudó que su hermana estuviera casada con el primo del muftí, Jamal al-Husayni), pero en 1947 aquella indefinición acabó irritando al muftí, que apreciaba la lealtad por encima de todas las demás virtudes. Yusif Sayigh, cuya labor en el Fondo Nacional Árabe le llevó a reunirse con el muftí en varias ocasiones, mostraba una actitud favorable hacia este, pero a la vez era consciente de las profundas limitaciones de su estilo tradicional de liderazgo:

> La debilidad básica del muftí residía en que creía que el mérito de la causa por la que trabajaba, a saber, crear una Palestina independiente, salvar a Palestina de la usurpación sionista, bastaba por sí solo. Puesto que era una causa justa, no se había dedicado a forjar una fuerza de combate en el sentido moderno […]. Creo que parte de ello se debía a que temía [la existencia de] una gran organización, sentía que no podía controlar una gran organización. Podía controlar un séquito, personas a las que susurraba y que le susurraban a él. Una gran organización tendría que estar relativamente descentralizada, y él perdería el contacto directo. Y quizá tendría que depender de ellos, mientras que ellos dependerían menos de él. Tal vez temía que surgiera algún joven y destacado contendiente que fuera carismático y le arrebatara parte de la lealtad y el apoyo de los que gozaba.[147]

Buena parte de este perspicaz análisis sobre la naturaleza patriarcal del planteamiento del muftí valía también para toda la generación de hombres de su clase, nacidos en los últimos años de la era otomana, que dominaban el liderazgo palestino y, de hecho, la política de la mayoría del mundo árabe. Tanto en Palestina como en otros lugares había una serie de partidos políticos nacientes con una base social diversa, como el Partido Nacional Sirio al que pertenecía Sayigh. Pero, a excepción de Egipto —donde el Wafd, un auténtico partido político de masas, dominaba la política del país

desde 1919—, en ninguna parte estas formaciones habían evolucionado hasta el punto de llegar a eclipsar a la «política de los notables», como la calificara magistralmente Albert Hourani en un famoso ensayo de 1968.[148]

A la larga, la Oficina Árabe, financiada principalmente por el líder iraquí Nuri al-Said y su Gobierno respaldado por Gran Bretaña, acabaría provocando el rechazo de otros Estados árabes, en especial de Egipto y Arabia Saudí, dos países que aspiraban al liderazgo panarabista. Sus líderes, al igual que los de Siria y el Líbano, sospechaban —probablemente con razón— que la creación de la Oficina Árabe era únicamente un vehículo para canalizar las ambiciones regionales de Irak. Otro de tales vehículos era un proyecto de federación entre los países del Creciente Fértil —Irak, Siria, el Líbano, Jordania y Palestina— tras el que los rivales de Nuri al-Said temían que se ocultaba su patrocinador, Gran Bretaña.[149] La oposición de los Estados árabes, expresada a través de la Liga Árabe en El Cairo —una organización que se hallaba a su vez bajo la influencia egipcia—, socavó gravemente la autoridad y la capacidad de la Oficina Árabe, debilitando en última instancia aún más a los palestinos.

Mientras tanto, el rey Abdullah de Transjordania tenía sus propias ambiciones: pretendía obtener el máximo dominio posible sobre Palestina tras haber hecho todo lo que estaba en su mano por entenderse tanto con los sionistas como con sus patrocinadores británicos en lo relativo a sus planes para el país. Como detalla el historiador Avi Shlaim en su obra *Collusion Across the Jordan*, donde analiza esta época, hubo extensos contactos clandestinos entre el rey Abdullah y los líderes de la Agencia Judía (y más tarde primeros ministros israelíes) Moshé Sharett y Golda Meir.[150] Mientras las Naciones Unidas preparaban la partición de Palestina, el monarca se reunió repetidamente en secreto con ambos líderes con la esperanza de llegar a un acuerdo en el que Jordania se anexionara la parte de Palestina que se asignara a su mayoría árabe. El rey les aseguró confiado que los palestinos aceptarían su gobierno.[151] En consecuencia, Abdullah

—a diferencia de Nuri al-Said— no necesitaba ninguna forma de liderazgo palestino independiente ni un organismo como la Oficina Árabe que actuara como su brazo diplomático.

Aparte de la fuerza y el amplio apoyo externo de los que disfrutaban los sionistas, en contraste con la debilidad y la fragmentación del movimiento nacional palestino, los recién independizados Estados árabes —Irak, Transjordania, Egipto, Siria y el Líbano— eran frágiles y adolecían de una rencorosa desunión, y los palestinos tenían que lidiar con sus belicosas ambiciones. En su intento de imponer su tutela a los palestinos, el rey Abdullah competía con el rey Faruq de Egipto y el rey Abdulaziz ibn Saúd de Arabia Saudí. Ocasionalmente, también otros líderes árabes mantuvieron contactos complejos, ambiguos y clandestinos con el movimiento sionista, a menudo en detrimento de los palestinos.

Al mismo tiempo, muchos gobernantes árabes seguían apoyándose en gran medida en sus relaciones personales con diversos asesores británicos poco fiables pese a que el poder de Gran Bretaña estaba menguando. Tanto el rey Abdullah como su hermano, el rey Faysal de Irak, y sus sucesores, así como el rey Abdulaziz ibn Saúd, confiaron en diversos funcionarios británicos, retirados o en activo, cuyas posturas eran ambiguas (uno de ellos era el comandante del Ejército de Abdullah, el teniente general *sir* John Bagot Glubb, conocido como Glubb Pasha). En algunos casos estos monarcas estaban obligados por tratado a contar con dichos asesores, todos los cuales eran leales ante todo a Gran Bretaña, no a los líderes árabes a los que aconsejaban. Lo mismo ocurría con los diplomáticos extranjeros de quienes los líderes árabes aceptaban consejos y a veces órdenes. La residencia del embajador británico en Amán colindaba con el palacio real, lo que hacía que bastara un corto trayecto por el jardín trasero para ofrecer orientación al rey.[152] A veces ese asesoramiento resultaba bastante contundente. En 1942, el embajador *sir* Miles Lampson, descontento con el Gobierno egipcio de la época, ordenó a los tanques británicos que rodearan

el Palacio de Abdín, en El Cairo, entró en los terrenos del palacio en su Rolls-Royce, hizo abrir las puertas de par en par y ordenó al rey Faruq que nombrara primer ministro a una persona designada por Gran Bretaña. Sería ese mismo primer ministro, Mustafa el-Nahhas, el que se negaría a permitir que Musa al-Alami representara a Palestina en la Liga Árabe, pero la inmediata revocación de su decisión por parte de un oficial de la inteligencia británica —como ya hemos señalado antes— demostraría dónde residía el verdadero poder en El Cairo. Por mucho que los líderes árabes desearan exhibir su independencia en los años de posguerra, los Estados pobres y atrasados que dirigían se hallaban enredados en una densa maraña de dependencia basada en la firma de tratados desiguales, la prolongación de la ocupación militar extranjera y el control externo de sus recursos naturales y de otra índole.

En relación con la nueva potencia, Estados Unidos, los líderes árabes —muchos de ellos elegidos por sus señores europeos por su ductilidad— mostraban una debilidad manifiesta combinada con una sorprendente falta de destreza y conciencia global. El rey Abdulaziz de Arabia Saudí, que en 1933 había firmado un acuerdo crucial con varias compañías petroleras estadounidenses en detrimento de los intereses petrolíferos británicos, se reunió con Franklin D. Roosevelt —ya muy debilitado— a bordo de un buque de guerra de Estados Unidos en la primavera de 1945, semanas antes de la muerte del líder estadounidense. El propio presidente estadounidense le tranquilizó prometiéndole que Estados Unidos no haría nada que perjudicara a los árabes de Palestina y que consultaría con el mundo árabe antes de adoptar cualquier medida en el país.[153] El sucesor de Roosevelt, Harry Truman, hizo caso omiso de aquellas promesas, pero, dada la dependencia económica y militar del régimen saudí con respecto a Estados Unidos, el rey se abstuvo de protestar o de ejercer una influencia decisiva en favor de los palestinos. Y lo mismo hicieron los seis hijos que le sucedieron en el trono. Esta dependencia, junto con la ignorancia que

mostrarían una generación tras otra de gobernantes árabes con respecto al funcionamiento del sistema político estadounidense y la política internacional, privaría constantemente al mundo árabe de cualquier posibilidad de resistirse a la influencia estadounidense o de influir a su vez en la política de Estados Unidos.

El movimiento sionista, por el contrario, mostraba una comprensión muy evolucionada de la política global. Complementando sus orígenes europeos, donde había florecido bajo el liderazgo de judíos cultos y asimilados como Theodor Herzl y Jaim Weizmann, el movimiento también se apoyaba en sus profundas raíces y sus amplios contactos en Estados Unidos, establecidos décadas antes del encuentro de mi padre con el rey Abdullah. Tanto David Ben-Gurión como Itzjak Ben-Zvi —que más tarde se convertiría en el segundo presidente de Israel— habían pasado varios años al final de la Primera Guerra Mundial trabajando en pro de la causa sionista en Estados Unidos, donde Golda Meir había vivido desde niña. Mientras tanto, ni uno solo de los líderes palestinos había viajado a dicho país (mi padre fue el primer miembro de su familia en hacerlo). En contraste con el sofisticado conocimiento que exhibían los líderes sionistas de las sociedades europeas y occidentales, en las que la mayoría de ellos o bien habían nacido o bien habían adquirido la ciudadanía, los líderes árabes tenían, como mucho, una limitada comprensión de la política, las sociedades y las culturas de los países europeos, por no hablar de las nacientes superpotencias. La desunión entre los palestinos y los árabes que ponen de manifiesto los relatos de mi padre, el doctor Husayn, Yusif Sayigh y Walid Khalidi, las intrigas y luchas intestinas que describen, se revelarían en última instancia desastrosas no solo para el objetivo de la Oficina Árabe de representar a los palestinos a nivel internacional, sino también para sus perspectivas en el crucial conflicto de 1947-1948. Los palestinos entrarían en esta fatídica contienda extremadamente mal preparados política y militarmente, y con un liderazgo fragmentado y disperso. Y contarían asimismo con muy poco apoyo

externo, salvo el de unos Estados árabes profundamente divididos e inestables, todavía bajo la influencia de las antiguas potencias coloniales, y con poblaciones pobres y en gran parte analfabetas. Esto suponía un marcado contraste con la posición internacional y el robusto y moderno Estado paralelo forjado por el movimiento sionista a lo largo de varias décadas.

Ya desde 1917, el movimiento nacional palestino se había enfrentado al tándem antagónico de Gran Bretaña y su protegido, el proyecto sionista. Pero el Yishuv se había vuelto cada vez más hostil hacia su patrocinador británico tras la aprobación del Libro Blanco de 1939. Esa hostilidad estalló en forma de asesinatos de funcionarios británicos, como el que perpetró en 1944 la denominada Banda de Stern en la persona de lord Moyne, el ministro residente en Egipto. A ello le siguió una campaña sostenida de violencia contra los soldados y los administradores británicos en Palestina, que culminó en 1946 con la voladura del cuartel general británico en el país, el Hotel Rey David, un atentado en el que murieron noventa y una personas. Los británicos pronto se vieron incapaces de enfrentarse a la oposición armada de prácticamente todo el Yishuv, cuyas potentes organizaciones militares y de inteligencia habían reforzado ellos mismos durante la Gran Revuelta y la Segunda Guerra Mundial. Gran Bretaña, que todavía estaba recuperándose de los graves problemas económicos y financieros de posguerra y de la desintegración del centenario Raj indio, finalmente se vio obligada a capitular en Palestina.

En 1947, el Gobierno de Clement Attlee arrojó el problema de Palestina al regazo de las recién constituidas Naciones Unidas, que crearon una Comisión Especial para Palestina (la denominada UNSCOP, por sus siglas en inglés), a la que se encomendó la tarea de formular propuestas sobre el futuro del país. Las potencias dominantes en la ONU eran Estados Unidos y la Unión Soviética, un hecho al que el movimiento sionista había sabido

anticiparse astutamente con sus iniciativas diplomáticas en relación con ambos países, pero que pilló a los árabes en general, y a los palestinos en particular, completamente desprevenidos. El nuevo realineamiento del poder internacional en la posguerra se hizo evidente en la actuación de la UNSCOP y en su opinión mayoritaria en favor de una partición de Palestina que resultaba extremadamente favorable a la minoría judía, a la que se otorgaba más del 56 % del territorio, frente a la proporción, mucho menor, del 17 % que destinaba al Estado judío el Plan de Partición de Peel en 1937. También se puso de manifiesto en las presiones ejercidas en la redacción de la Resolución 181 de la Asamblea General, derivada de la opinión mayoritaria de la UNSCOP.

La aprobación el 29 de noviembre de 1947, en la Asamblea General de la ONU, de la Resolución 181, que abogaba por la división de Palestina en un gran Estado judío y otro árabe más pequeño, con un *corpus separatum* internacional que abarcaba Jerusalén, reflejaba el nuevo equilibrio global del poder. Estados Unidos y la Unión Soviética, que votaron a favor de la resolución, desempeñaron claramente un papel decisivo en el sacrificio de los palestinos en aras de un Estado judío que ocupara su lugar y usurpara el control de la mayor parte de su país. La resolución no fue sino una nueva declaración de guerra que proporcionaba el certificado de nacimiento internacional de un Estado judío en la mayor parte de lo que todavía era un territorio de mayoría árabe, en lo que constituía una flagrante violación del principio de autodeterminación consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. De ello se derivaba, necesaria e inevitablemente, la expulsión del suficiente número de árabes para posibilitar un Estado de mayoría judía. Mientras que Balfour no pensaba que el sionismo fuera a perjudicar a los árabes, resulta dudoso que cuando Truman y Stalin hicieron que se aprobara la Resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ellos o sus asesores tuvieran demasiado en cuenta lo que les sucedería a los palestinos como consecuencia de su voto.

Mientras tanto, la creación de un Estado judío había dejado de ser el objetivo de Gran Bretaña. Enfurecidos por la violenta campaña sionista que los había expulsado de Palestina, y no deseando distanciarse aún más de los súbditos árabes del imperio que todavía les quedaban en Oriente Próximo, los británicos se abstuvieron en la votación de la resolución. Desde que se aprobara el Libro Blanco de 1939, los políticos británicos habían comprendido que los principales intereses de su país en Oriente Próximo residían en los Estados árabes independientes, y no en el proyecto sionista que Gran Bretaña había fomentado durante más de dos décadas.

Con la decisión de partición de la ONU, las estructuras militares y civiles del movimiento sionista se vieron respaldadas por las dos superpotencias nacientes de la posguerra, lo que les permitió aprestarse a asumir el control de la mayor parte de territorio posible. La catástrofe que consecuentemente les sobrevino a los palestinos fue producto, pues, no solo de sus propias debilidades, de las debilidades del mundo árabe en general y de la fortaleza sionista, sino también de acontecimientos tan lejanos como los que se producían en Londres, Washington, Moscú, Nueva York y Amán.

Como un lento y aparentemente interminable choque de trenes, la Nakba se desarrolló a lo largo de un periodo de muchos meses. Su primera fase, desde el 30 de noviembre de 1947 hasta la retirada definitiva de las fuerzas británicas y la creación del Estado de Israel el 15 de mayo de 1948, presenció una serie de sucesivas derrotas de los palestinos —mal armados y poco organizados— y los voluntarios árabes que habían venido a ayudarlos a manos de grupos paramilitares sionistas como la Haganá y el Irgún. Esta primera fase constituyó una encarnizada campaña que culminó en la primavera de 1948 con una ofensiva sionista en todo el país, el llamado Plan Dalet.[154] Dicho plan entrañó la conquista y despoblación, durante el mes de abril y la primera quincena de mayo, de los dos principales centros urbanos árabes, Jaffa y Haifa, junto con los barrios árabes de Jerusalén

Oeste, además de decenas de otras ciudades, pueblos y aldeas palestinas, como Tiberíades (el 18 de abril), Safed (el 10 de mayo) y Beisan (el 11 de mayo). Así pues, la limpieza étnica de Palestina se inició mucho antes de que se proclamara el Estado de Israel el 15 de mayo de 1948.

Jaffa en 1948, vaciada durante el Plan Dalet. UNIVERSIDAD DE BIRZEIT

Jaffa fue sitiada, sometida a un incesante fuego de mortero y hostigada constantemente por francotiradores. Una vez invadida por las fuerzas sionistas, en las primeras semanas de mayo, la mayoría de sus sesenta mil residentes árabes fueron expulsados de forma sistemática. Aunque de hecho Jaffa estaba destinada a formar parte del fallido Estado árabe designado en el Plan de Partición de 1947, ningún actor internacional intentó poner freno a aquella flagrante violación de la resolución de la ONU. Sometidos a bombardeos y ataques similares en barrios de población civil escasamente defendidos, los 60.000 habitantes palestinos de Haifa, los 30.000 que

residían en Jerusalén Oeste, los 12.000 de Safed, los 6.000 de Beisan y los 5.500 de Tiberíades sufrieron la misma suerte. La mayor parte de los habitantes urbanos árabes de Palestina se convirtieron así en refugiados, perdiendo sus hogares y su sustento.

En abril de 1948, cuando la Haganá y otras unidades paramilitares sionistas invadieron los barrios árabes de Jerusalén Oeste, irrumpieron en la oficina principal del Fondo Árabe, situada en el distrito de Katamon, apresando a su director, Yusif Sayigh. Solo unas semanas antes, Sayigh había viajado a Amán para pedir ayuda al rey Abdullah a fin de evitar la inminente caída de los distritos árabes de Jerusalén Oeste, pero durante su visita el cónsul general jordano en Jerusalén le dijo al rey por teléfono, en presencia de Sayigh, que no existía tal peligro, declarando: «¡Majestad! ¿Quién le está contando esas historias de que Jerusalén está a punto de caer en manos de los sionistas? ¡Tonterías!».[155] Debido a ello, Abdullah rechazó la solicitud de Sayigh, y los sionistas invadieron los prósperos barrios árabes de Jerusalén Oeste. Sayigh pasaría el resto de la contienda en un campo de prisioneros de guerra a pesar de que no tenía relación alguna con el Ejército.

Hubo numerosas escenas de huida en poblaciones más pequeñas de muchas zonas del país tras correrse la voz de que se habían producido diversas masacres, como la ocurrida el 9 de abril de 1948 en la aldea de Deir Yassin, cerca de Jerusalén, donde un centenar de habitantes, sesenta y siete de ellos mujeres, niños y ancianos, murieron asesinados cuando la aldea fue atacada por miembros del Irgún y la Haganá.[156] Un día antes, la estratégica aldea de Al-Qastal, situada en las inmediaciones, había caído en manos de las fuerzas sionistas durante una batalla en la que el comandante palestino del área de Jerusalén, Abd al-Qadir al-Husayni, murió capitaneando a sus combatientes.[157] También él acababa de regresar de un infructuoso viaje a una capital árabe, en este caso, Damasco, para pedir armas a un comité de la Liga Árabe. Abd al-Qadir era el más competente y

respetado de los líderes militares palestinos (especialmente después de que muchos otros hubieran sido asesinados, ejecutados o desterrados por los británicos durante la Gran Revuelta). Su muerte supuso un golpe demoledor para el esfuerzo palestino por retener el control de los accesos a Jerusalén, unas áreas que supuestamente habían de formar parte del Estado árabe en virtud del Plan de Partición.

Yusuf Sayigh, a la izquierda, como prisionero de guerra. R. SAYIGH

En esta primera fase de la Nakba anterior al 15 de mayo de 1948, la pauta de limpieza étnica aplicada por los sionistas se tradujo en la expulsión y la aterrorizada huida de unos trescientos mil palestinos en total, junto con la devastación de muchos de los principales centros urbanos económicos, políticos, cívicos y culturales de la mayoría árabe. La segunda fase se inició a partir del 15 de mayo, cuando el nuevo Ejército israelí derrotó a los Ejércitos árabes que se habían unido al conflicto. Al decidir —de forma tardía— intervenir militarmente, los Gobiernos árabes actuaron bajo una intensa presión de su opinión pública, que se sentía profundamente angustiada por la caída una tras otra de las ciudades y aldeas palestinas y la

llegada de oleadas de refugiados desposeídos a las capitales vecinas.[158] Tras la derrota de los Ejércitos árabes, y después de que se produjeran nuevas masacres de civiles, un número aún mayor de palestinos —otros cuatrocientos mil— fueron expulsados o huyeron de sus hogares, escapando a las vecinas Jordania, Siria, Líbano, Cisjordania y Gaza (estas dos últimas zonas constituían el 22 % restante de Palestina que no había sido conquistado por Israel). A ninguno de ellos se le permitiría regresar y la mayoría de sus hogares y aldeas serían destruidos para evitar que lo hicieran.[159] Aún mayor sería el número de palestinos expulsados del nuevo Estado de Israel incluso después de que se firmaran los acuerdos de armisticio en 1949, y son muchos los que se han visto obligados a abandonar el país desde entonces. En este sentido, cabe entender la Nakba como un proceso que sigue vigente.

Entre los desplazados de 1948 se contaban mis abuelos, que tuvieron que abandonar su hogar en Tal al-Rish, donde habían nacido mi padre y la mayoría de sus hermanos. Al principio, mi abuelo, que por entonces tenía ochenta y cinco años y era una persona frágil, se negó obstinadamente a dejar su casa. Cuando sus hijos se llevaron a la mayor parte de la familia a refugiarse en Jerusalén y Naplusa, él permaneció allí solo durante varias semanas. Temiendo por su seguridad, un amigo de la familia de Jaffa se aventuró a acercarse a la casa durante una breve pausa en los combates para llevárselo. Finalmente, mi abuelo accedió de mala gana, lamentando no poder llevarse sus libros consigo. Ni él ni sus hijos volverían a ver nunca su hogar. Las ruinas de la gran casa de piedra de mis abuelos todavía permanecen abandonadas en las afueras de Tel Aviv.[160]

La Nakba representó un hito en la historia de Palestina y de Oriente Próximo. Convirtió la mayor parte de lo que Palestina había sido durante más de un milenio, un país de mayoría árabe, en un nuevo Estado que ahora tenía una sustancial mayoría judía.[161] Esta transformación fue el resultado

de dos procesos: la sistemática limpieza étnica de las áreas de población árabe del país conquistadas durante la guerra y el robo de las tierras y propiedades palestinas que los refugiados dejaron tras de sí junto con gran parte de las pertenecientes a los árabes que permanecieron en Israel. No había ninguna otra forma de lograr una mayoría judía, el objetivo declarado del sionismo político desde sus comienzos, ni habría sido posible dominar el país sin la expoliación de tierras. En la que constituiría una importante y prolongada tercera consecuencia de la Nakba, las víctimas, los cientos de miles de palestinos expulsados de sus hogares, servirían para desestabilizar aún más Siria, el Líbano y Jordania, en particular —países pobres, débiles y recién independizados—, y Oriente Próximo, en general, durante años.

Sin embargo, en un primer momento el rey Abdullah de Transjordania fue uno de los beneficiarios de la guerra. Abdullah —al que alguien calificó, en una memorable frase, como un «halcón en la jaula de un canario»— siempre había querido gobernar un territorio más extenso y con más súbditos que la pequeña y poco poblada Transjordania, que contaba apenas con doscientos mil habitantes cuando accedió al poder en 1921.[162] Desde entonces el monarca había intentado ampliar su territorio empleando diversos medios. La opción más evidente era hacerlo en dirección oeste, hacia Palestina; de ahí las prolongadas negociaciones secretas del rey con los sionistas para llegar a un acuerdo satisfactorio que le diera el control de parte del país. Con el fin de favorecer ese objetivo, Abdullah dio su aprobación en privado a la recomendación de dividir Palestina propuesta por la Comisión Peel en 1937 (fue el único líder árabe que lo hizo), lo que le habría permitido anexionar parte de la sección árabe a Transjordania.

Las ruinas del hogar de la familia Khalidi en Tal al-Rish. FAMILIA KHALIDI

Tanto el monarca como los británicos eran reacios a dejar que los palestinos se beneficiaran de la partición de 1947 o de la guerra que le siguió, y ninguno de ellos quería un Estado árabe independiente en Palestina. Habían llegado a un acuerdo secreto para evitarlo enviando a «la Legión Árabe a través del río Jordán tan pronto como terminara el Mandato para ocupar la parte de Palestina asignada a los árabes».[163] Ese objetivo encajaba con el del movimiento sionista, que a su vez negoció con Abdullah para lograr el mismo fin. Sin embargo, cuando la tenaz pero desorganizada resistencia palestina se vio superada en la primavera de 1948 —en el contexto de la ofensiva sionista a escala nacional— y los Ejércitos árabes

entraron en Palestina, la Legión Árabe, que era el instrumento de las ambiciones expansionistas de Abdullah, pasó a asumir el liderazgo en la oposición a los avances del nuevo Ejército israelí. La legión, fuertemente influenciada por los británicos, había sido armada y entrenada por Gran Bretaña, estaba comandada por oficiales británicos y tenía más experiencia en combate que ningún otro ejército de Oriente Próximo; de modo que logró evitar que Israel conquistara Cisjordania y Jerusalén Este, conservando esta parte del territorio para Abdullah, al tiempo que se le negaba a los palestinos. Como señalaría el historiador Avi Shlaim: «No resulta exagerado decir que [el ministro de Exteriores británico, Ernest Bevin] conspiró directamente con los transjordanos e indirectamente con los judíos para abortar el nacimiento de un Estado árabe palestino».[164]

Tras el conflicto de 1948, el resto de los países árabes recién independizados se enfrentaron a una sombría perspectiva, y no solo por la afluencia de refugiados palestinos. En 1947 habían perdido la batalla por la partición de Palestina en la ONU, y ahora, en 1948, acababan de perder la guerra después de que sus ejércitos fueran derrotados uno a uno por las fuerzas superiores del nuevo Estado israelí. Pese a la opinión ampliamente aceptada de que el Ejército israelí resultaba empequeñecido ante el conjunto de los siete Ejércitos árabes invasores, sabemos que en 1948 Israel superaba a sus adversarios tanto en efectivos como en armamento. En realidad, en 1948 solo había cinco fuerzas militares árabes regulares en el campo de batalla, dado que Arabia Saudí y Yemen no disponían de ejércitos modernos propiamente dichos. Solo cuatro de dichos ejércitos penetraron en el territorio de la Palestina del Mandato (el minúsculo ejército libanés no llegó a cruzar la frontera); y los aliados británicos prohibieron a dos de ellos, la Legión Árabe jordana y las fuerzas iraquíes, violar las fronteras de las áreas asignadas al Estado judío por la partición, imposibilitando así cualquier intento de invasión de Israel.[165]

Así pues, a la hora de afrontar su primera gran prueba en la escena internacional, los Estados árabes se mostraron incapaces de superarla, lo que acarrearía desastrosas consecuencias. Con ello se iniciaron una serie de decisivas derrotas militares a manos de la que pronto se convertiría en una potente maquinaria militar israelí; derrotas que se prolongarían durante la guerra del Líbano en 1982 y que se traducirían en diversas conmociones regionales que vendrían a confirmar íntegramente las sombrías predicciones que hiciera Albert Hourani en 1946. Como resultado, los países árabes, que habían estado luchando por liberarse de las cadenas de la pobreza, la dependencia, la ocupación extranjera y el control indirecto, tendrían ahora que hacer frente a la vez a nuevos y abrumadores desafíos internos y a los problemas causados por su poderoso y agresivo nuevo vecino, Israel.

Por último, la guerra de Palestina vino a confirmar el declive de la presencia de Gran Bretaña en Oriente Próximo y su sustitución por las nacientes superpotencias rivales, Estados Unidos y la Unión Soviética. Pese a su ya tensa rivalidad de posguerra, ambas habían respaldado la partición de Palestina y la creación de un Estado judío, aunque por razones distintas. Una vez creado el Estado de Israel, ambas lo reconocieron y le ofrecieron un apoyo militar crucial que resultaría clave para su victoria. Ninguna de ellas intentó hacer nada para ayudar a la creación del Estado árabe previsto en la resolución de partición, ni actuó para evitar la supresión de dicho Estado a través de la colaboración tácita entre Israel, Jordania y Gran Bretaña.[166]

A pesar de estas similitudes, el apoyo de las dos superpotencias a Israel difirió en sus motivaciones, su duración y su naturaleza. Stalin y sus camaradas en el Gobierno soviético pronto se sintieron frustrados por un Estado que habían supuesto que sería un protegido socialista de la URSS. Esperaban que Israel se alineara plenamente con la Unión Soviética y actuara como un contrapeso progresista a las que Moscú consideraba peones de Gran Bretaña: las monarquías árabes —reaccionarias y alineadas

con los británicos— de Jordania, Irak y Egipto. Pero en 1950, cuando Israel optó por la neutralidad en la guerra de Corea a la vez que se aproximaba a Estados Unidos, se hizo evidente que no sucedería tal cosa. No pasó mucho tiempo antes de que las relaciones entre los dos países se enfriaran de manera considerable. En 1955 la Unión Soviética había establecido estrechos vínculos con varios Estados árabes, mientras que Israel se había alineado en secreto con las antiguas potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, contra uno de los nuevos aliados árabes de la URSS, Egipto. Así pues, la luna de miel soviética con el sionismo e Israel resultaría efímera.

La relación de Israel con Estados Unidos, en cambio, seguiría un rumbo completamente distinto. A diferencia de los dominios de los zares rusos, que constituyeron uno de los grandes crisoles del virulento antisemitismo europeo que había dado origen al sionismo, Estados Unidos siempre se había considerado un tolerante refugio para los judíos perseguidos que huían de Europa Oriental, el 90 % de los cuales emigraron a dicho país. Entre 1880 y 1920, la población judía estadounidense pasó de un cuarto de millón a cuatro millones de personas, y la mayoría de los nuevos inmigrantes procedían de Europa Oriental.[167] El sionismo político moderno arraigó profundamente en territorio estadounidense, tanto en la comunidad judía como entre muchos cristianos. Con el ascenso de Hitler al poder en Alemania, a principios de la década de 1930, el sionismo ganó para su causa a varios sectores influyentes de la opinión pública estadounidense. Luego, las revelaciones sobre los horrores del Holocausto resultarían decisivas para confirmar la validez del llamamiento de los sionistas en favor de la creación de un Estado judío, así como para frustrar y silenciar a sus oponentes, tanto en la comunidad judía como fuera de ella.

Estos cambios de la opinión pública producidos durante y después de la Segunda Guerra Mundial bastaron para alterar los cálculos de muchos políticos estadounidenses. El presidente Truman, que mostraba una predisposición favorable al sionismo por sus amistades personales y la

influencia de sus asesores más cercanos, estaba convencido de que el pleno apoyo a los objetivos del movimiento constituía una necesidad de política interior.[168] En noviembre de 1945, solo nueve meses después de que Roosevelt se reuniera con Ibn Saúd y le prometiera su apoyo, Truman reveló sin tapujos las motivaciones subyacentes a aquel importante cambio de rumbo cuando un grupo de diplomáticos estadounidenses le advirtió proféticamente de que una política abiertamente prosionista perjudicaría los intereses estadounidenses en el mundo árabe: «Lo siento, señores —declaró —, pero debo responder ante cientos de miles de personas que anhelan el éxito del sionismo. Y no tengo a cientos de miles de árabes entre mis electores».[169]

En un primer momento, el Departamento de Estado, el Pentágono y la CIA —es decir, los organismos que se convertirían en el *establishment* permanente del nuevo imperio global estadounidense en materia de política exterior— se opusieron al decidido partidismo de Truman y sus asesores en favor del sionismo y el nuevo Estado de Israel. Pero Truman, que no provenía de una familia notable, no tenía una educación superior (de hecho, sería el último estadounidense que accedería a la presidencia del país sin tener un título universitario) y carecía de experiencia en asuntos internacionales, no se dejó intimidar por las pautas de política exterior que había heredado. En los primeros años de la posguerra, diversas figuras respetadas del ámbito político estadounidense —desde secretarios de Estado como George Marshall o Dean Acheson hasta diplomáticos como George Kennan y otros altos funcionarios de Estado y de otros departamentos— habían argumentado que el apoyo al nuevo Estado judío perjudicaría los intereses estratégicos, económicos y petrolíferos estadounidenses en Oriente Próximo en el contexto de la incipiente Guerra Fría. Sin embargo, en el primer libro que examina meticulosamente los documentos gubernamentales recientemente disponibles de este periodo, la politóloga Irene Gendzier revela que la visión de varios personajes clave de

la burocracia estadounidense cambió en cuestión de meses. Tras las asombrosas victorias militares de Israel, muchos burócratas y oficiales militares —y, con ellos, la industria petrolífera estadounidense— no tardaron en comprender la posible utilidad del Estado judío para los intereses estadounidenses en la región.[170]

Las principales razones que motivaron este cambio fueron de índole económica y estratégica, relacionadas con las consideraciones relativas a la Guerra Fría y los vastos recursos energéticos de Oriente Próximo. Desde una perspectiva militar, el Pentágono pasó a ver a Israel como un aliado potencialmente poderoso. Asimismo, ni los responsables políticos ni las petroleras lo percibían como una amenaza para los intereses petrolíferos de Estados Unidos dada la complacencia saudí en lo referente a Palestina (en el apogeo de la guerra de 1948, mientras las tropas israelíes invadían la mayor parte del país y expulsaban a cientos de miles de palestinos, Marshall encontró motivo para agradecer al rey Ibn Saúd sus «maneras conciliadoras» con respecto a Palestina).[171] Desde entonces, Arabia Saudí nunca se quejaría de la estrecha relación existente entre los estadounidenses y los israelíes; de hecho, la familia real saudí la consideraría plenamente compatible con la íntima conexión que mantenía su propio país con Estados Unidos, y cuyo origen se remontaba al primer acuerdo de exploración y explotación petrolífera, firmado en 1933.[172]

En sus primeras décadas de existencia, sin embargo, Israel no recibió la enorme cantidad de apoyo militar y económico de Estados Unidos que pasaría a hacerse rutinaria desde comienzos de la década de 1970.[173] Asimismo, en la ONU, Estados Unidos a menudo adoptaba posturas que discrepaban abiertamente de las de Israel, incluido su voto en apoyo de las reiteradas condenas de las acciones militares israelíes por parte del Consejo de Seguridad.[174] Durante la administración de Truman y, de hecho, hasta la guerra de 1967, aunque en general se mostrarían favorables al Estado judío y le darían su respaldo, los responsables políticos estadounidenses

otorgarían relativamente poca importancia a Israel por sí mismo. Y, desde Truman en adelante, los líderes estadounidenses todavía otorgarían menos importancia a los palestinos.

Conmocionados, derrotados, dispersos y temporalmente acéfalos, la mayoría de los palestinos apenas eran vagamente conscientes de los cambios globales que habían dejado su patria en ruinas. La generación anterior, que durante décadas había llegado a ver a Gran Bretaña como la principal valedora del sionismo, siguió considerándola, con gran amargura, la causa principal de sus desdichas. Los palestinos también criticaron duramente los fracasos de sus propios líderes y expresaron una profunda indignación por la actuación de los Estados árabes y la incapacidad de sus Ejércitos de preservar más del 22 % de la Palestina árabe.[175] A ello se unía la ira contra los gobernantes árabes por su desunión y, lo que era aún peor, la complicidad de algunos de ellos —en particular, el rey Abdullah de Jordania— con Israel y las grandes potencias. Por ejemplo, Isa al-Isa, escribiendo después de la Nakba desde su exilio en Beirut, espetaba a los gobernantes árabes:

> *¡Oh, reyezuelos de los árabes, por la gracia de Dios,*
> *ya basta de debilidad y luchas internas!*
> *Antaño depositamos nuestras esperanzas en vosotros,*
> *pero todas nuestras esperanzas se vieron frustradas.*[176]

Por estas abundantes razones, en la nueva y desoladora realidad que siguió a la Nakba, más de un millón de palestinos hubieron de enfrentarse a un mundo completamente trastornado. Dondequiera que estuvieran, en Palestina o fuera de ella, experimentaron un profundo desarraigo social. Para la mayoría, eso supuso la indigencia: la pérdida de hogares, puestos de trabajo y comunidades extremadamente consolidadas. Los habitantes de las zonas rurales perdieron sus tierras y sus medios de vida; los de las ciudades, sus propiedades y su capital; y al mismo tiempo la Nakba hizo añicos el

poder de los notables del país junto con su base económica. El ahora desacreditado muftí nunca recuperaría su autoridad de preguerra, como tampoco lo harían otros representantes de su clase. Las revueltas sociales producidas en gran parte del mundo árabe, a menudo provocadas por revoluciones respaldadas por militares, vendrían a reemplazar a los antiguos notables por líderes más jóvenes procedentes de estratos sociales más diversos. La Nakba tendría las mismas consecuencias para los palestinos.

Incluso aquellos que lograron evitar la pobreza quedaron separados del que hasta entonces había sido su lugar en el mundo. Tal fue el caso de mis ancianos abuelos, que se vieron abruptamente desarraigados de su hogar y su rutina cotidiana y perdieron la mayor parte de sus posesiones. Aun así, fueron muy afortunados en comparación con muchos otros. Hasta su muerte, a comienzos de la década de 1950, siempre tuvieron un techo bajo el que guarecerse, aunque se vieron obligados a vivir en varias de las casas de sus hijos, que ahora estaban dispersos en lugares que iban desde Naplusa y Jerusalén, en Cisjordania, hasta Beirut, Amán y Alejandría. Tras su visita en 1947, mi padre y mi madre habían regresado a Nueva York para que el primero continuara sus estudios, pero con la intención de regresar a Palestina cuando terminara. Ninguno de los dos volvería a ver jamás la tierra palestina.

Para todos los palestinos, independientemente de cuáles fueran sus diversas circunstancias, la Nakba constituiría una piedra de toque de su identidad cuyos efectos se prolongarían a lo largo de varias generaciones; marcaría un abrupto trastorno colectivo, un trauma que todos los palestinos comparten de una forma u otra, ya sea personalmente o a través de sus padres o abuelos. A la vez que proporcionaba un nuevo referente de su identidad colectiva, la Nakba dividió familias y comunidades, separando y dispersando a los palestinos en múltiples países y ciudadanías distintas. Incluso quienes aún permanecen en Palestina, refugiados o no, están sujetos a tres regímenes políticos diferentes: Israel, Egipto (para los residentes en la

Franja de Gaza) y Jordania (para los de Cisjordania y Jerusalén Este). Esta situación de dispersión, *shitat* en árabe, ha afligido desde entonces a todo el pueblo palestino. Mi propia familia es un caso típico: tengo primos en Palestina y en media docena de países árabes, y casi los mismos en Europa y Estados Unidos. Cada uno de esos colectivos palestinos distintos afrontaba diversas restricciones de movimiento, poseía varios documentos de identidad o ninguno en absoluto y se veía obligado a actuar en el marco de diferentes condiciones, leyes y lenguas.

La pequeña minoría de palestinos —unos 160.000— que habían logrado evitar la expulsión y permanecían en la parte de Palestina convertida ahora en Israel pasaron a ser ciudadanos del nuevo Estado. El Gobierno israelí, consagrado primordialmente a servir a la mayoría judía del país, veía a esta población remanente con profundo recelo como una potencial quinta columna. Hasta 1966, la mayoría de los palestinos vivirían bajo una estricta ley marcial y gran parte de sus tierras serían confiscadas (junto con las de aquellos que se habían visto obligados a abandonar el país y ahora eran refugiados). Las tierras robadas —en una expropiación que el Estado israelí consideraba legal y que incluía la mayor parte de las zonas cultivables del país— se cederían a asentamientos judíos o a la Autoridad de Tierras de Israel, o bien se pondrían bajo el control del Fondo Nacional Judío, cuyos discriminatorios estatutos prescribían que tales propiedades solo podían utilizarse en beneficio del pueblo judío.[177]

Esta disposición implicaba que los propietarios árabes desposeídos no podían ni recomprar ni arrendar lo que antaño había sido propiedad suya, como tampoco podía hacerlo nadie que no fuera judío. Tales medidas resultarían cruciales para transformar Palestina de un país árabe en un Estado judío, dado que antes de 1948 solo alrededor del 6 % de la tierra palestina había sido de propiedad judía. Los habitantes árabes de Israel, aislados por las restricciones de movimiento de carácter militar, también se vieron separados de otros palestinos y del resto del mundo árabe.

Acostumbrados a constituir una mayoría sustancial en su propio país y su propia área geográfica, de repente tuvieron que aprender a abrirse camino como una despreciada minoría en un entorno hostil, como súbditos de una entidad política judía que jamás se definiría como un Estado integrado por todos sus ciudadanos. En palabras de un estudioso, «en virtud de la autodefinición de Israel como un Estado judío y de las políticas y leyes exclusivistas de dicho Estado, lo que se confirió a los palestinos fue en la práctica una ciudadanía de segunda clase». Aún más significativo resulta el hecho de que el régimen marcial bajo el que vivían los palestinos otorgara al Ejército israelí una autoridad casi ilimitada para controlar hasta el más mínimo detalle de sus vidas.[178]

Los palestinos desplazados que ahora vivían fuera del Estado de Israel —en la práctica, la mayoría del pueblo palestino— eran refugiados (como lo eran algunos de los que permanecieron dentro de sus fronteras). Los que habían huido a Siria, el Líbano y Jordania se convirtieron en un fuerte gravamen para la limitada capacidad de ayuda de dichos países. En un primer momento, la mayor parte de ellos se encontraron viviendo en campos de refugiados gestionados por la Agencia de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA, por sus siglas en inglés). Sin embargo, buena parte de los refugiados que disponían de medios, tenían una buena cualificación laboral o contaban con parientes en los países árabes no se registraron en UNRWA ni en ninguna otra entidad de acogida, mientras que otros finalmente pudieron abandonar los campos e integrarse en ciudades como Damasco, Beirut, Sidón y Amán. Los palestinos que no pasaban por los campos o los abandonaban con relativa rapidez tendían a ser acomodados, cultos y urbanitas. Con el tiempo, otros les siguieron, y una gran mayoría de refugiados y sus descendientes acabarían viviendo fuera de aquellos campamentos.

En Jordania, hogar de 2,2 millones de refugiados registrados en UNRWA —el mayor grupo de ellos—, hoy solo quedan 370.000 viviendo en campamentos, situación que comparten con solo una cuarta parte de los 830.000 inicialmente registrados en Cisjordania. Asimismo, menos de la cuarta parte de los 550.000 refugiados de Siria vivían en campamentos antes de que estallara la guerra civil en dicho país, y en el caso del Líbano la cifra se reduce a menos de la mitad de los 470.000 refugiados palestinos iniciales. La proporción es aproximadamente la misma en el caso de los 1,4 millones de refugiados registrados en el abarrotado territorio de la Franja de Gaza, que estuvo bajo control egipcio hasta 1967. Así pues, aunque actualmente están registrados en UNRWA cinco millones y medio de refugiados palestinos y sus descendientes, la mayoría de ellos —unos cuatro millones—, además de muchos otros que no llegaron a registrarse en el organismo de la ONU, ya no viven en campos de refugiados.

En 1950 el rey Abdullah realizó su aspiración de ampliar su pequeño reino —llamado ahora Jordania, en lugar de Transjordania— mediante la anexión de Cisjordania, una anexión que solo reconocerían sus más estrechos aliados, el Reino Unido y Pakistán. Al mismo tiempo, el rey hizo extensiva la ciudadanía jordana a todos los palestinos que vivían en sus recién ampliados dominios. Esta generosa medida, que afectaba a la abrumadora mayoría de los refugiados palestinos exiliados en el mundo árabe y en Cisjordania, desmiente la reiterada afirmación israelí de que los Estados árabes impidieron la integración de los refugiados, obligándolos a permanecer en campamentos para utilizarlos como una provechosa arma política.

Si bien la vieja élite política y económica palestina había quedado desacreditada, algunos de sus miembros, en especial aquellos que se habían opuesto al muftí —como, por ejemplo, Raghib al-Nashashibi, antiguo alcalde de Jerusalén—, se adaptaron rápidamente a las nuevas circunstancias de la monarquía hachemí. Algunos incluso desempeñaron

cargos en el Gobierno jordano en Amán. Otros palestinos siguieron resentidos y amargados por haber perdido la oportunidad de acceder a la autodeterminación y, lo que es peor, por verse sometidos a su antiguo adversario, el rey Abdullah. Aunque la Legión Árabe de Jordania —con el respaldo de Gran Bretaña— había sido el único ejército que había resistido a las fuerzas de Israel en 1948, evitando que la parte de Palestina que acabó bajo el control israelí fuera aún mayor, el precio de su salvación —el dominio hachemí de Cisjordania y Jerusalén Este— resultaba abusivo. La lealtad de Abdullah a los odiados amos coloniales británicos, su oposición a la independencia palestina y el extendido rumor de sus contactos con los sionistas contaban en su contra. Mi padre, que había experimentado el talante de Abdullah en su propia persona, se negó a aceptar un pasaporte jordano cuando expiró el que en su día le expidiera el Mandato británico. Finalmente, obtendría un pasaporte de Arabia Saudí por intercesión de su hermano, el doctor Husayn, que había conocido al ministro de Exteriores (y futuro rey) de dicho país Faysal ibn Abdulaziz en la conferencia celebrada en el Palacio de Saint James de Londres en 1939.

A la larga, el rey Abdullah acabaría pagando el más alto precio por sus tratos con Israel.[179] En julio de 1951 fue asesinado en la extensa explanada del Haram al-Sharif (Noble Santuario) de Jerusalén cuando salía de la mezquita de Al-Aqsa tras los rezos del viernes.[180] Su asesino, detenido poco después, y rápidamente juzgado y ejecutado, estaba vinculado presuntamente al antiguo muftí de Jerusalén: las oficinas del muftí habían estado durante mucho tiempo en el propio recinto rectangular del Haram o en sus inmediaciones, un espacio primordial en la identidad palestina. En lugar de enterrar al rey asesinado en una cámara contigua al Haram —junto al lugar de reposo de su padre, el jerife Husayn de La Meca —, se decidió enterrarlo en su capital, Amán.

El asesinato enturbió aún más las relaciones entre el régimen jordano y los nacionalistas palestinos, a quienes los gobernantes del recién expandido

reino consideraban irresponsables y peligrosos radicales y elementos de inestabilidad. A partir de entonces, la monarquía empezó a sacar partido de las divisiones existentes entre buena parte de sus súbditos jordanos y los nuevos ciudadanos palestinos del país, que ahora constituían la mayoría de la población. Pese a ello, muchos jordanos comenzaban a ver el régimen hachemí como un antidemocrático y represivo bastión de intereses imperiales, que actuaba como una especie de amistoso colchón que protegía la frontera oriental del Estado judío. Aunque una considerable proporción de palestinos acabaría convirtiéndose en pilares prósperos y fiables de la sociedad jordana, la tensión entre el régimen y sus súbditos palestinos perduraría durante décadas, hasta estallar finalmente en un conflicto armado en 1970.

También los palestinos que se refugiaron en el Líbano se involucraron en la política del país anfitrión, aunque tanto el número de refugiados como su proporción con respecto a la población total fueron mucho menores que en Jordania. Nunca se llegó a considerar la posibilidad de otorgar la ciudadanía libanesa a los palestinos, principalmente musulmanes, puesto que ello habría alterado el precario equilibrio religioso del país, diseñado por las autoridades mandatarias francesas para permitir el dominio de los cristianos maronitas. Con el tiempo, algunos políticos libaneses sunníes, drusos, chiíes y de izquierdas que simpatizaban con su causa llegarían a ver a los palestinos como útiles aliados en sus esfuerzos por remodelar el sistema político-religioso del país. Sin embargo, ningún tipo de compromiso con la causa palestina se haría extensivo a la integración de los palestinos, que por su parte seguían aferrándose a la esperanza de regresar a su patria. Así pues, la oposición al *tawtin*, o reasentamiento permanente en el Líbano, era un artículo de fe tanto para los libaneses como para los palestinos.

Los residentes de los campos de refugiados palestinos se mantuvieron bajo la estrecha vigilancia del Deuxième Bureau, el servicio de inteligencia del Ejército libanés, con estrictas restricciones tanto en lo referente a

contratación laboral como a adquisición de propiedades. Al mismo tiempo, las prestaciones proporcionadas por UNRWA en el Líbano y en otros lugares —en particular, la educación universal y la formación profesional— permitieron a los palestinos convertirse en uno de los pueblos más cultos del mundo árabe. Las competencias así adquiridas facilitarían su emigración, especialmente a los países árabes ricos en petróleo, que necesitaban con urgencia mano de obra cualificada y aptitudes profesionales. Sin embargo, por más que la válvula de escape facilitada por las prestaciones de UNRWA permitiera a muchos jóvenes palestinos abandonar los campos de refugiados, el nacionalismo y el irredentismo se generalizaron entre todas las clases y comunidades. Cuando los palestinos empezaron a superar el impacto de la Nakba y a organizarse políticamente, sus actividades provocaron una mayor polarización de los libaneses en base a criterios políticos y religiosos, lo que a la larga desembocaría en enfrentamientos con las autoridades a finales de la década de 1960.

Un número menor de refugiados palestinos terminaron en Siria, algunos de ellos en campamentos y otros en Damasco y otras ciudades. Aún menor fue el número de palestinos refugiados en Irak, y todavía fueron menos los que buscaron cobijo en Egipto. En estos países, más grandes y homogéneos, los reducidos grupos de refugiados palestinos no tendrían ningún efecto desestabilizador. En Siria se establecieron campos de refugiados, pero los palestinos también gozaron de ciertas ventajas. La residencia siria les aportó numerosos beneficios, como el derecho a la propiedad de la tierra y el acceso a la educación y el empleo públicos, pero se les negó la nacionalidad, el derecho a tener un pasaporte (como en el Líbano, se les expidieron documentos de viaje para refugiados) y el derecho de voto. Así pues, los palestinos de Siria lograron un alto grado de integración social y económica, al tiempo que mantenían su estatus legal de refugiados.

Con el tiempo, a medida que los países del golfo Pérsico, Libia y Argelia desarrollaran sus industrias petrolíferas y lograran retener una mayor

proporción de los ingresos derivados del petróleo y el gas, muchos palestinos se convertirían en residentes de dichos países y pasarían a desempeñar un importante papel en la evolución de sus economías, sus servicios públicos y sus sistemas educativos. Sin embargo, como les ocurre a los personajes de la novela corta *Hombres al sol*, del escritor palestino Ghassan Kanafani, ese no siempre resultaría un camino fácil, ya que a menudo implicaba marginación, aislamiento y —como ocurría a menudo cuando los palestinos intentaban cruzar fronteras con sus papeles de refugiados— incluso tragedia.[181] Vivir en los países del golfo Pérsico no comportaba automáticamente la ciudadanía o la residencia permanente: la posibilidad de que los palestinos pudieran permanecer en dichos lugares dependía de su puesto de trabajo, aunque llevaran allí la mayor parte de sus vidas.

Independientemente del grado de integración de los palestinos, las poblaciones de todos los Estados árabes sentían una marcada y constante inquietud por la cuestión palestina, no solo porque simpatizaban en gran medida con el pueblo palestino, sino también porque la humillante derrota de 1948 les había hecho ser conscientes de su propia debilidad, vulnerabilidad e inestabilidad. De hecho, en sus memorias, *Filosofía de la revolución*, Gamal Abdel Nasser, el líder de la revuelta egipcia de 1952, reflexiona acerca de cómo la idea de derrocar al antiguo régimen ocupaba un lugar preponderante en la mente de los oficiales que lucharon en Palestina en la guerra de 1948: «Luchábamos en Palestina, pero nuestros sueños estaban en Egipto».[182]

Aparte de contribuir a provocar tales trastornos, la derrota militar de 1948 engendró en sus vecinos árabes un profundo temor a Israel, cuyo potente ejército seguía realizando ataques devastadores en el marco de una estrategia de represalias desproporcionadas a las incursiones de los refugiados que tenía por objetivo obligar a los Gobiernos árabes a tomar medidas enérgicas contra el irredentismo palestino.[183] Estos ataques

israelíes eran regularmente objeto de debate en las reuniones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (reuniones a las que mi padre asistió en las décadas de 1950 y 1960 en calidad de miembro de la División de Asuntos Políticos y de Asuntos del Consejo de Seguridad de la ONU), donde a menudo se condenaban las acciones de Israel.[184] Los informes que recibía el consejo de los observadores de la tregua enviados por la ONU eran completamente distintos no solo de las declaraciones del Gobierno israelí, sino también de la sesgada cobertura informativa de los medios estadounidenses.[185]

Esta dinámica inestable a lo largo de sus fronteras dio como resultado una situación peculiar en la que los líderes árabes con frecuencia planteaban la cuestión palestina debido a la presión popular, pero se abstenían de hacer algo al respecto por temor al poderío israelí y a la desaprobación de las grandes potencias. La cuestión palestina se convirtió así en un tema vacío de contenido, explotado a voluntad por políticos oportunistas, cada uno de los cuales intentaba superar al otro a la hora de proclamar su devoción. Los palestinos que presenciaban este juego cínico finalmente comprendieron que si podía hacerse algo por su causa tendrían que hacerlo ellos mismos.

Tras la guerra de 1948, los palestinos se hicieron prácticamente invisibles, apenas se los mencionaba en los medios occidentales y rara vez se les permitía representarse a sí mismos en la escena internacional. Los Gobiernos árabes los invocaban constantemente a ellos y su sagrada causa, pero los propios palestinos apenas desempeñaban un papel independiente. Los Estados árabes presumían de hablar por los palestinos en los foros interárabes, pero, dada la división y la desorganización que reinaban entre ellos y las numerosas distracciones que afrontaban, estaban lejos de hacerlo con una sola voz. Tanto en las Naciones Unidas como en otros foros, la cuestión palestina generalmente se englobaba en el tema, más amplio, del «conflicto árabe-israelí», y eran los Estados árabes los que asumían un

papel preponderante a la hora de abordarlo, representando apenas los intereses palestinos. Inmediatamente después de la Nakba, varios antiguos miembros del Alto Comité Árabe, liderados por Ahmed Hilmi Pasha —entre ellos mi tío Husayn—, intentaron establecer un Gobierno en el exilio para el Estado árabe cuya existencia preveía la resolución de partición. Crearon un Gobierno pan-palestino en Gaza, pero este no logró obtener el apoyo de los principales Estados árabes —en especial Jordania, que una vez más no quiso que los palestinos tuvieran una representación independiente —, y no obtuvo ningún reconocimiento internacional.[186] La iniciativa, pues, se quedó en nada.

El muftí y algunos de los notables siguieron activos, algunos en el exilio, otros en su retiro y otros sirviendo a la monarquía en Amán. Varios de los antiguos líderes participaron en la breve apertura democrática de seis meses de duración que en 1956-1957 representó en Jordania el Gobierno nacionalista de Suleiman al-Nabulsi. Entre dichos líderes se contaba mi tío, el doctor Husayn, que ejerció como ministro de Exteriores en el Gobierno nacionalista y luego como primer ministro durante diez días tras la destitución de Al-Nabulsi y antes de que el rey Huséin nombrara un Gobierno acomodaticio que impuso la ley marcial. Como admitiría un diplomático británico que no se mostraba precisamente muy empático con el proceso, las elecciones de 1956 que llevaron a Al-Nabulsi al poder fueron «las primeras más o menos libres de la historia de Jordania» (y probablemente también las últimas), pero su Gobierno hubo de afrontar la incesante hostilidad tanto de Gran Bretaña como de la monarquía hachemí.[187] Con la excepción de este breve episodio, ninguno de los miembros de la vieja guardia palestina volvió a desempeñar un papel importante en política. Resulta llamativo, asimismo, que, una vez que el liderazgo pasó a una nueva generación de palestinos y a una nueva clase social, casi ninguna de las figuras prominentes provenía de las familias notables que habían dominado la política palestina antes de la Nakba.[188]

Las pocas formaciones políticas que habían surgido en la Palestina del Mandato, como los sindicatos y otras agrupaciones no elitistas como el Partido Istiqlal, quedaron irrevocablemente destruidas por la Nakba. La única excepción fue lo que quedaba del Partido Comunista de Palestina, que antes de 1948 contaba con una mayoría árabe entre sus afiliados, mientras que sus líderes eran sobre todo judíos. Este se transformó en el núcleo del Partido Comunista de Israel, que a partir de la década de 1950 se convertiría en el principal vehículo judeoárabe de las aspiraciones políticas de muchos ciudadanos palestinos del nuevo Estado, en tanto el régimen militar vigente hasta 1966 prohibía las formaciones exclusivamente árabes. No obstante, las actividades del partido se verían limitadas al sistema israelí y durante varias décadas apenas influirían en los palestinos de otros lugares. A partir de 1948 se produjo, pues, una especie de *tabula rasa* política entre los palestinos.

En este vacío político posterior a la Nakba irrumpieron los Estados árabes, muchos de los cuales, como la Jordania del rey Abdullah, ya habían tratado de someter a los palestinos a su control. Sin embargo, dichos países estaban mucho más interesados en sus propias agendas, en evitar conflictos con su poderoso y agresivo vecino israelí y en congraciarse con las grandes potencias que patrocinaban a Israel. De modo que, en lugar de ser aliados de los palestinos en su resistencia a la guerra de baja intensidad que se libraba contra ellos, los Gobiernos árabes se dedicaron a obstaculizar sus esfuerzos y en ocasiones incluso fueron cómplices de sus enemigos. El principal ejemplo de ello fue Jordania, que, tras la anexión de Cisjordania por parte del rey Abdullah, reprimiría con firmeza cualquier expresión de nacionalismo palestino, pero otros Estados árabes también impidieron que los palestinos se organizaran o llevaran a cabo ataques contra Israel.

Espoleado por la falta de voluntad o la incapacidad de los Estados árabes y la comunidad internacional de revertir las desastrosas consecuencias de 1948, el activismo palestino revivió en diversas formas en el sombrío

entorno posterior a la Nakba. Surgieron pequeños grupos que emprendieron una actividad militante encaminada sobre todo a movilizar a los palestinos para recuperar la principal responsabilidad de su propia causa tomando las armas contra Israel. Dichas actividades se iniciaron de manera espontánea y consistieron principalmente en incursiones no coordinadas en comunidades fronterizas israelíes. Habrían de pasar varios años antes de que estas formas tan incipientes de lucha armada clandestina se fusionaran en una tendencia visible y emergieran de la oscuridad con la formación de organizaciones como Fatah en 1959.

Aparte de lidiar con la oposición de Israel a cualquier tentativa palestina de reparar el *statu quo*, los palestinos hubieron de enfrentarse a los Gobiernos árabes anfitriones, en particular los de Jordania, el Líbano y Egipto. Estos países se mostraban extremadamente reacios a tolerar ataques contra su vecino, dada su profunda debilidad militar frente al Estado judío. Incluso cuando lograron consolidarse, los nuevos movimientos palestinos tuvieron que repeler los intentos de algunos Estados árabes de doblegarlos para sus propios fines. La creación en 1964 de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) por parte de la Liga Árabe y a instancias de Egipto fue una respuesta a este floreciente activismo palestino independiente y, de hecho, constituyó el intento más significativo de los Estados árabes de controlarlo.

El Gobierno egipcio reaccionaba en parte a su amarga experiencia en el periodo inmediatamente anterior a la guerra de Suez de 1956. Tras la revolución de 1952, el régimen militar había renunciado a emprender un costoso programa de rearme a pesar de que la derrota de Palestina se había debido en parte a la insuficiencia y obsolescencia del armamento del Ejército egipcio. En su lugar, el régimen se centró en el desarrollo económico y social de la nación, ejemplificado en la electrificación y el riego a gran escala que prometía la construcción de la presa de Asuán, la inversión en industrialización, la difusión y la ampliación de las enseñanzas

primaria, secundaria y superior y la planificación económica dirigida por el Estado. Para llevar a cabo tales iniciativas, Egipto buscó ayuda económica extranjera de todas las fuentes posibles, a la vez que trataba de mantener una postura neutral conforme se desarrollaba la Guerra Fría.[189]

En los primeros años de su régimen, Gamal Abdel Nasser procuró sobre todo no provocar a Israel, el poderoso vecino de Egipto, un esfuerzo que se vio socavado, no obstante, por las agresivas políticas de diversos líderes israelíes, especialmente el primer ministro David Ben-Gurión,[190] y la creciente militancia palestina que surgió en la Franja de Gaza. La numerosa y concentrada población de refugiados de Gaza proporcionaba un caldo de cultivo ideal para el desarrollo de dicha militancia, tal como confirman los relatos de los fundadores del movimiento Fatah allí establecidos, entre ellos Yasir Arafat (Abu Ammar), Salah Khalaf (Abu Iyad) y Khalil al-Wazir (Abu Jihad). Años después, todos ellos hablarían de los obstáculos —detenciones, torturas y hostigamientos— que tras el golpe interpuso la inteligencia egipcia en sus esfuerzos para organizarse contra Israel.[191]

Así se inició una campaña palestina de ataques esporádicos pero a menudo letales contra Israel a pesar de la dura represión del Ejército egipcio y sus servicios de inteligencia, que controlaban estrechamente la Franja de Gaza. Las represalias israelíes por las bajas causadas por los palestinos que se infiltraban a través de sus fronteras, conocidos como *fedayines* (un término que significa «los que se sacrifican»), fueron masivas y desproporcionadas. Aunque la Franja de Gaza se llevó la peor parte de aquellos ataques, ningún país vecino era inmune a ellos. En octubre de 1953, las fuerzas israelíes perpetraron una masacre en la población cisjordana de Qibya tras un ataque de los fedayines en el que habían muerto tres civiles israelíes, una mujer y sus dos hijos, en la ciudad de Yehud. La Unidad 101 de las fuerzas especiales israelíes, bajo el mando de Ariel Sharón, voló cuarenta y cinco viviendas con sus habitantes dentro, matando a sesenta y nueve civiles palestinos.[192] La incursión, condenada por el

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas,[193] se llevó a cabo pese a los incesantes esfuerzos de Jordania (que por entonces controlaba Cisjordania) por impedir la actividad armada palestina, que incluían el encarcelamiento e incluso el asesinato de los posibles infiltrados. Era frecuente que se desplegaran tropas jordanas en emboscadas contra militantes palestinos, y estas tenían órdenes de disparar a cualquiera que intentara entrar en Israel.[194]

En 1954 y 1955 los líderes israelíes estaban divididos con respecto a la política del uso desproporcionado de la fuerza, con el entonces ministro de Defensa, Ben-Gurión, como principal exponente de la postura más belicosa, frente a la más pragmática y matizada del primer ministro Moshé Sharett. Ben-Gurión creía que solo el uso incesante de la fuerza obligaría a los Estados árabes a hacer las paces en los términos que deseaba Israel. En opinión de Sharett, en cambio, este enfoque agresivo provocaba innecesariamente a los árabes y excluía cualquier oportunidad de llegar a soluciones de compromiso[195] (como Ben-Gurión, no obstante, Sharett se mostraba reacio a ceder la más mínima parte del territorio que Israel había ganado en 1948 o a permitir un posible retorno mínimamente significativo de refugiados palestinos a sus hogares). En marzo de 1955, Ben-Gurión propuso lanzar un gran ataque contra Egipto y ocupar la Franja de Gaza.[196] El gabinete israelí rechazó la propuesta, pero solo para aceptarla finalmente en octubre de 1956, cuando Ben-Gurión reemplazó a Sharett como primer ministro y logró hacer prevalecer su belicoso talante. Transmitidas por sus acólitos, como Moshé Dayán, Isaac Rabin y Ariel Sharón, las políticas beligerantes de Ben-Gurión han seguido impregnando las relaciones del Gobierno israelí con sus vecinos desde entonces.

En el periodo previo a la campaña de 1956, Israel llevó a cabo una serie de operaciones militares a gran escala contra diversos puestos del Ejército y la policía egipcios en la Franja de Gaza.[197] Dichas operaciones culminaron con sendos ataques en los que murieron treinta y nueve soldados egipcios

en Rafah en febrero de 1955 y otros setenta y dos en Khan Yunis seis meses después; otras operaciones posteriores se traducirían en la muerte de más soldados, junto con numerosos civiles palestinos.[198] La manifiesta debilidad de su Ejército finalmente obligó a Egipto a abandonar la neutralidad y tratar de comprar armas al Reino Unido y Estados Unidos como primera opción. Al fracasar en su intento, en septiembre de 1955 Egipto llegó a un acuerdo para realizar una masiva compra de armas con un Estado satélite de la URSS, Checoslovaquia. Mientras tanto, incapaz de responder a los ataques israelíes, y avergonzado ante su opinión pública y la del mundo árabe en general, el Gobierno egipcio ordenó a sus servicios de inteligencia militar que ayudaran a los militantes palestinos a los que hasta entonces habían reprimido a organizar operaciones contra Israel. La respuesta a la nueva postura egipcia no se haría esperar y resultaría devastadora. Así, un puñado de sangrientas incursiones llevadas a cabo a comienzos de la década de 1950 por pequeños grupos militantes palestinos —realizadas en contra de los deseos de la mayoría de los Gobiernos árabes — llevaron finalmente a Israel a iniciar la guerra de Suez de octubre de 1956. Pero Israel no actuó solo, y sus socios tenían sus propias razones para atacar a Egipto.

Los imperialistas de la vieja escuela que ocupaban el poder en Gran Bretaña y Francia estaban enfurecidos por la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez, inicialmente una empresa francobritánica, que Egipto había llevado a cabo en represalia por la cancelación por parte del secretario de Estado estadounidense de un préstamo del Banco Mundial destinado a la construcción de la presa de Asuán. Además, Francia quería poner fin al apoyo egipcio a los rebeldes argelinos, a los que El Cairo había ofrecido entrenamiento militar y una plataforma diplomática y de radiodifusión.[199] Paralelamente, en Londres, el Gobierno conservador de Anthony Eden no ocultaba su irritación ante la demanda del nuevo régimen egipcio de que Gran Bretaña pusiera fin a su presencia militar en el país

(que duraba ya setenta y dos años). A los británicos también les enfurecía el apoyo de Egipto a los desafíos nacionalistas a la posición de Gran Bretaña en Irak, el Golfo, Adén y otras partes del mundo árabe. Estos problemas llevaron a ambos países a unirse a Israel en su invasión a gran escala de Egipto en octubre de 1956.[200]

Este segundo gran conflicto árabe-israelí tuvo diversas peculiaridades. A diferencia de las otras guerras convencionales en las que se involucraría Israel en 1948, 1967, 1973 y 1982, que contaron con múltiples protagonistas en el bando árabe, la guerra de Suez se libró contra un solo país árabe. Asimismo, el conflicto estuvo precedido por el llamado Protocolo de Sèvres, un acuerdo secreto entre Israel y las antiguas potencias coloniales, Francia y Gran Bretaña, que se redactó unos días antes de que empezara la guerra. Sèvres marcó el final del distanciamiento entre Gran Bretaña y el movimiento sionista iniciado a raíz del Libro Blanco de 1939. Por último, la guerra trajo consigo un nuevo cambio de alianzas: los patrocinadores de Israel en 1947-1948, Estados Unidos y la Unión Soviética, finalmente se pusieron del lado de Egipto.

Una vez negociado el acuerdo secreto de Sèvres, se lanzó la ofensiva tripartita con el pretexto de que las fuerzas anglofrancesas intervenían únicamente para separar a los combatientes. El Ejército egipcio sufrió una rápida y decisiva derrota. Pese a la inevitable conclusión de una contienda militar entre un poderoso Israel respaldado por dos potencias europeas contra un débil país tercermundista que apenas había asimilado sus nuevas armas soviéticas, los resultados políticos no serían favorables para los agresores. El presidente Dwight Eisenhower se enfureció con Gran Bretaña y Francia por no haber consultado con Washington y por haber llevado a cabo lo que parecía (y de hecho era) una intervención neocolonial justo en el momento en que los tanques de la URSS aplastaban la insurrección húngara de 1956. Los soviéticos se mostraron airados por aquel ataque imperialista contra su nuevo aliado egipcio, pero a la vez se sintieron

aliviados por unos hechos que distraían a la opinión pública de su represión de la revuelta en Budapest.

Actuando de forma sincronizada en Oriente Próximo como ya habían hecho en 1948, y pese a su intensa rivalidad en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos y la Unión Soviética adoptaron una firme postura en contra de la alianza tripartita. Los soviéticos amenazaron con utilizar armas nucleares, mientras Estados Unidos advertía de que recortaría la ayuda económica a sus aliados, y ambos países aprobaron una resolución de la Asamblea General de la ONU que exigía una retirada inmediata de las fuerzas ocupantes (la opción de una resolución del Consejo de Seguridad estaba descartada, dada la certeza del veto anglofrancés). Esta intensa presión de las superpotencias obligó a Israel, Francia y Gran Bretaña a poner fin a la ocupación del territorio egipcio y de la Franja de Gaza. Israel intentó dar largas al asunto, y no retiró sus últimas fuerzas de la península del Sinaí y la Franja de Gaza hasta principios de 1957. Los agresores se habían visto obligados a retroceder, Estados Unidos y la Unión Soviética habían demostrado quién mandaba en Oriente Próximo y Nasser se convirtió en un héroe para todos los árabes; pero se había infligido un enorme sufrimiento a los palestinos que vivían en Gaza, la mayoría de ellos refugiados.

Cuando las tropas de ocupación israelíes barrieron las ciudades de Gaza y los campos de refugiados de Khan Yunis y Rafah, en noviembre de 1956, mataron a más de cuatrocientos cincuenta civiles —todos ellos varones—, la mayoría en ejecuciones sumarias.[201] Según un informe especial del director general de UNRWA, en la primera masacre, perpetrada el 3 de noviembre en Khan Yunis y el campo de refugiados vecino, murieron 275 hombres. Una semana después, el 12 de noviembre, murieron otros ciento once en el campamento de Rafah, y entre el 1 y el 21 de noviembre perecieron otros sesenta y seis.[202] Yo estuve presente en una de las ocasiones en que Muhammad El-Farra, que representaba a Jordania en la

ONU, recordó cómo varios de sus primos que vivían en Khan Yunis habían sido detenidos y ejecutados.[203] La postura israelí, que las muertes de los palestinos eran el resultado de enfrentamientos con tropas que iban en busca de fedayines, quedó decisivamente rebatida en el informe de UNRWA. Los civiles murieron cuando ya había cesado toda resistencia en Gaza, aparentemente como venganza por las incursiones palestinas realizadas en Israel antes de la guerra de Suez. Dado el precedente de 1948 y las masacres de civiles perpetradas en Deir Yassin y al menos otros veinte lugares,[204] así como el elevado número de víctimas civiles producidas en las incursiones de principios de la década de 1950, como la de Qibya, los terribles acontecimientos de la Franja de Gaza no pueden considerarse incidentes aislados: lejos de ello, formaban parte de una pauta de comportamiento característica del Ejército israelí. En cualquier caso, las noticias relativas a las masacres fueron acalladas en Israel y ocultadas por los complacientes medios estadounidenses.

Los acontecimientos de 1956 representarían una de las primeras cuotas del alto precio que la población de Gaza pagaría y sigue pagando en la constante guerra contra los palestinos. El historiador francés Jean-Pierre Filiu relata un total de doce grandes campañas militares israelíes contra Gaza llevadas a cabo desde 1948, algunas de las cuales fueron ocupaciones en toda regla, mientras que otras constituyeron auténticas guerras.[205] Las grandes contiendas libradas entre Israel y los Estados árabes a menudo eclipsaron los ataques a Gaza, dado que los conflictos interestatales que involucraban directamente a las grandes potencias recibían sistemáticamente una mayor atención. No resulta sorprendente que Gaza fuera el objetivo de dichos ataques, ya que constituía el crisol de la resistencia de los palestinos frente a su desposesión a partir de 1948. La mayoría de los líderes fundadores de Fatah y la OLP surgieron de los abarrotados barrios de la estrecha franja costera; fue allí donde el combativo Frente Popular para la Liberación de Palestina obtuvo su más ferviente

apoyo; y más tarde sería asimismo el lugar de origen y el bastión de la Yihad Islámica y de Hamás, los más enérgicos partidarios de la lucha armada contra Israel.

Solo unos años después de la Nakba, la conmoción y la humillación que esta había causado a los palestinos dieron paso al deseo de plantar cara a los poderes que se alineaban contra ellos pese a las formidables dificultades a las que habían de hacer frente. Esto se tradujo en una secuencia de mortíferas incursiones armadas que constituían tanto una respuesta directa a la Nakba como una prolongación de la tensión beligerante anterior a 1948. Dichas incursiones, a su vez, dieron lugar a una serie de desproporcionados ataques de represalia israelíes contra los Estados árabes vecinos, que finalmente desembocarían en la guerra de Suez. La génesis de este conflicto, desencadenado por la resistencia de los palestinos a verse suplantados en su propia tierra, hundía directamente sus raíces en la cuestión palestina. Igual que había ocurrido en la guerra de 1948.

En general, ambos conflictos se conciben casi exclusivamente como una lucha entre el Ejército de Israel y los de sus vecinos árabes. Sin embargo, fue la negativa de los palestinos a aceptar su desposesión la que arrastró a unos Estados árabes que en aquel momento tenían otras preocupaciones —y que ni querían librar una guerra con Israel ni estaban preparados para hacerlo— a una serie de enfrentamientos que no tardarían en descontrolarse. En octubre de 1956, la escalada de enfrentamientos brindó la oportunidad a Israel de lanzar un primer ataque —que de hecho llevaban largo tiempo planificando—, con efectos devastadores. Pese a su manifiesta debilidad, los dispersos y derrotados palestinos, eliminados de la historia por los vencedores de 1948, ignorados o amordazados en gran medida por los Gobiernos árabes y sacrificados en aras de las ambiciones globales de las grandes potencias, lograron alterar en repetidas ocasiones aquel estatus regional que tanto les desfavorecía. En 1956, ello acarreó consecuencias

graves, tanto en Gaza como en otros lugares. Pero aún lo serían más las consecuencias de la siguiente ronda.

---

[121] https://unispal.un.org/DPA/DPR/unispal.nsf/0/07175DE9FA2DE563852568D3006E10F3 [https://bit.ly/3jT2lMZ].

[122] Mi prima Leila, que nació a mediados de la década de 1920, me relató este hecho en un correo electrónico personal el 18 de marzo de 2018, donde recordaba que ella también tenía que quedarse despierta con nuestra abuela para encenderle la radio.

[123] Más tarde mi padre se convertiría en el tesorero de la institución. En una época Habib Katibah también fue el secretario: Hani Bawardi, *The Making of Arab-Americans: From Syrian Nationalism to U.S. Citizenship*, Austin: University of Texas Press, 2014, pp. 239-295.

[124] Para conocer más detalles sobre el instituto, véase *ibid.*

[125] Puede encontrarse un artículo sobre la conclusión del viaje de mi padre en *Filastin*, 24 de enero de 1948: «Tasrih li-Ismail al-Khalidi baad awdatihi li-Amirka» (Declaración de Ismail al-Khalidi tras su regreso a América).

[126] Mi abuelo tuvo un total de nueve hijos: siete niños y dos niñas. Mi padre, nacido en 1915, era el más pequeño.

[127] Encontré algunas cartas del doctor Husayn entre los papeles de mi padre. Mi primo Walid Khalidi explica, en «On Albert Hourani, the Arab Office and the Anglo-American Committee of 1946» (*Journal of Palestine Studies*, vol. 35, n.º 1 [2005-2006], p. 75), que también él mantuvo correspondencia con nuestro tío durante su exilio, y que asimismo le proporcionó varios libros, algo que el doctor Husayn menciona con gratitud en los diarios publicados en inglés de su exilio en las Seychelles, *Exiled from Jerusalem*.

[128] Mustafa Abbasi, «Palestinians Fighting Against Nazis: The Story of Palestinian Volunteers in the Second World War», *War in History* (noviembre de 2017), pp. 1-23, https://www.researchgate.net/publication/321371251_Palestinians_fighting_against_Nazis_The_story_of_Palestinian_volunteers_in_the_Second_World_War [https://bit.ly/3Bwe3TA].

[129] Puede verse el texto (en inglés) de la declaración de Biltmore en http://www.jewishvirtuallibrary.org/the-biltmore-conference-1942 [https://bit.ly/2Zyj8h1].

[130] Denis Charbit, en *Retour à Altneuland: La traversée des utopias sionistes* (París: Éditions de l'Eclat, 2018, pp. 17-18), señala que la creación de un Estado judío siempre ocupó un lugar preponderante en los textos sionistas, empezando por los primeros proyectos utópicos sionistas de finales del siglo XIX, hasta llegar al formulado por Herzl en su libro *Altneuland*.

[131] El libro de Amy Kaplan *Our American Israel* ofrece el que a mi entender es el análisis más profundo y convincente acerca de cómo y por qué este esfuerzo se vio coronado por el éxito. Véase también la magnífica obra de Peter Novick *The Holocaust in American Life*, Nueva York: Houghton Mifflin, 1999.

[132] H. Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, pp. 434-436.

[133] «The Alexandria Protocol; October 7, 1944», *Department of State Bulletin*, vol. XVI, n.º 411 (18 de mayo de 1947), http://avalon.law.yale.edu/20th_century/alex.asp [https://bit.ly/3Esa0tu]. Arabia Saudí y Yemen se incorporaron a la Liga en 1945.

[134] W. Khalidi, «On Albert Hourani», pp. 60-79.

[135] «The Case Against a Jewish State in Palestine: Albert Hourani's Statement to the Anglo-American Committee of Enquiry of 1946», *Journal of Palestine Studies,* vol. 35, n.º 1 (2005-2006), pp. 80-90.

[136] *Ibid.*, p. 86.

[137] *Ibid.*, p. 81.

[138] Pueden verse varios ejemplos del trato dado a las delegaciones de líderes palestinos tanto por parte de *sir* Herbert Samuel, en 1920, como del primer ministro Ramsay MacDonald y el secretario colonial lord Passfield, en 1930, en R. Khalidi, *The Iron Cage*, pp. 41-42. Samuel le dijo al primer grupo de delegados: «Me reúno con ustedes solo a título privado».

[139] O'Malley, en *On Another Man's Wound*, ilustra ampliamente la complejidad de la organización centralizada que los nacionalistas irlandeses desarrollaron entre 1919 y 1921 durante su lucha con los británicos.

[140] Sayigh también denomina Tesoro Nacional Árabe a este organismo. Su descripción, en la que se basa en gran medida este apartado, se publicó en dos partes; véase la primera de ellas: «Desperately Nationalist, Yusif Sayigh, 1944 to 1948», ed. de Rosemary Sayigh, *Jerusalem Quarterly*, 28 (2006), p. 82. Véase también Yusuf Sayigh, *Sira ghayr muktamala* (Autobiografía incompleta), Beirut: Riyad El-Rayyes, 2009, pp. 227-260. Posteriormente, su esposa, la destacada antropóloga Rosemary Sayigh, editaría y publicaría unas extensas memorias basadas en estos materiales, aunque sin incluir algunos de los acontecimientos narrados en la mencionada selección en dos partes: *Yusif Sayigh: Arab Economist and Palestinian Patriot: A Fractured Life Story*, El Cairo: American University of Cairo Press, 2015.

[141] La mitad de esa suma iba destinada a la adquisición de tierras en Palestina: «100 Colonies Founded: Established in Palestine by the Jewish National Fund», *The New York Times*, 17 de abril de 1936, https://www.nytimes.com/1936/04/17/archives/100-colonies-founded-established-in-palestine-by-jewish-national.html [https://nyti.ms/2ZCQH1j; acceso restringido]. En la década de 1990, el Fondo Nacional Judío recaudaba unos treinta millones de dólares anuales en Estados Unidos. Sin embargo, según una investigación interna realizada en 1996, solo alrededor del 20 % de ese dinero iba a parar realmente a Israel; el resto, aparentemente, se gastaba en administración y en actividades de «programación israelí» y «educación sionista» realizadas en el propio territorio estadounidense; véase Cynthia Mann, «JNF: Seeds of Doubt - Report Says Only Fifth of Donations Go to Israel, but No Fraud Is Found», Jewish Telegraphic Agency, *J.*, 26 de octubre de 1996, https://www.jweekly.com/1996/10/26/jnf-seeds-of-doubt-report-says-only-fifth-of-donations-go-to-israel-but-no [https://bit.ly/3mrEFkn].

[142] Mi tío se exilió primero a las Seychelles, y luego a Beirut. Véase H. al-Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, p. 418. Los británicos permitieron que Al-Alami regresara a Palestina cuando lo hizo mi tío, en 1943, pero a Jamal al-Husayni, otro líder clave, no le dejarían volver de su exilio en Rodesia hasta 1946. En 1937, Jamal al-Husayni había eludido su detención a manos de los británicos en Jerusalén, y con el tiempo se había establecido en Bagdad. Tras la reocupación británica de Irak en 1941 —según las memorias de su hija Serene—, él y aquellos de sus camaradas que (a diferencia del muftí) habían «rechazado la posibilidad de ir a Alemania […] decidieron entregarse a los británicos», tras de lo cual fueron arrestados y retenidos en Irán, desde donde más tarde serían trasladados a Rodesia; véase Serene Husseini Shahid, *Jerusalem Memories*, Beirut: Naufal Group, 2000, pp. 126-127.

[143] Sayigh, «Desperately Nationalist», pp. 69-70.

[144] Esto se desprende de su relato en primera persona «On Albert Hourani, the Arab Office and the Anglo-American Committee of 1946».

[145] H. al-Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, p. 432-434. Fue el propio Al-Alami quien refirió los detalles de este viaje al doctor Husayn.

[146] H. al-Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 2, pp. 33-35. Se trataba del coronel Ernest Altounyan, un cirujano británico-sirio-armenio, veterano condecorado de la Primera Guerra Mundial y miembro del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra; su perfil en la web *Plarr's Lives of the Fellows* del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra (http://livesonline.rcseng.ac.uk/biogs/E004837b.htm [https://bit.ly/3jS6wbN]) señala que, durante la Segunda Guerra Mundial, «su función de oficial médico fue una eficaz tapadera para sus actividades como asesor experto en asuntos de Oriente Medio». Altounyan le dijo al doctor Husayn que trabajaba en la inteligencia militar. Curiosamente, ambos eran médicos de formación, pero en aquel momento ambos ejercían una función completamente distinta. El doctor Husayn no menciona nada sobre el historial del coronel, ni explica en qué idioma hablaron; véase H. al-Khalidi, *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 1, p. 431.

[147] Sayigh, «Desperately Nationalist», pp. 69-70.

[148] Albert Hourani, «Ottoman Reform and the Politics of the Notables», en William Polk y Richard Chambers (eds.), *Beginnings of Modernization in the Middle East: The Nineteenth Century*, Chicago; University of Chicago Press, 1968, pp. 41-68. Al escribir sobre los «notables», Hourani sabía de qué hablaba, dado que su labor docente en Beirut, su trabajo para los británicos en El Cairo durante la guerra y su actividad en la Oficina Árabe de Jerusalén le pusieron en estrecho contacto con numerosos exponentes de este grupo durante casi una década.

[149] En *Ibrat Filastin* (La lección de Palestina) (Beirut: Dar al-Kashaf, 1949), Musa al-Alami sugiere que la implementación del plan del Creciente Fértil sería una respuesta adecuada a la pérdida de Palestina, lo que el doctor Husayn interpreta como una explicación del apoyo del Gobierno iraquí a Al-Almi; véase *Mada ahd al-mujamalat*, vol. 2, p. 30.

[150] Estas negociaciones se examinan en detalle en Avi Shlaim, *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Nueva York: Columbia

University Press, 1988.

[151] La confianza del rey se desvanecería de repente a finales de 1947. El relato de mi padre explica por qué.

[152] Walid Khalidi relata cómo descubrió esta «puerta trasera» de palacio, en una visita a Amán realizada a principios de la década de 1950, en una comunicación personal con el autor el 16 de enero de 2016. A veces el «asesoramiento» británico se prestaba a través de intermediarios, como los miembros de la familia real.

[153] Sobre la carta de Roosevelt donde confirma estos compromisos, fechada el 5 de abril de 1945, véase United States Department of State, *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers* [en adelante, abreviado, *FRUS*], *1945. The Near East and Africa*, vol. 8 (1945), http://avalon.law.yale.edu/20th_century/decad161.asp [https://bit.ly/3vXsbV3]. La misiva reafirmaba el compromiso del Gobierno estadounidense con respecto a Palestina de que «no se tome ninguna decisión en relación con la situación básica de ese país sin realizar una consulta exhaustiva tanto a los árabes como a los judíos», y añadía que el presidente no tomaría «ninguna medida, en mi calidad de jefe del Poder Ejecutivo de este Gobierno, que pueda resultar hostil al pueblo árabe». Para conocer más detalles, véase R. Khalidi, *Brokers of Deceit: How the US Has Undermined Peace in the Middle East*, Boston: Beacon Press, 2013, pp. 20-25.

[154] Una vez más, la referencia básica es el extenso trabajo sobre este tema de Walid Khalidi, en particular su innovador artículo «Plan Dalet: Master Plan for the Conquest of Palestine», reed. en *Journal of Palestine Studies*, vol. 18, n.º 1 (otoño de 1988), pp. 4-33. El artículo apareció originalmente en *Middle East Forum* en 1961. Desde entonces otros historiadores han confirmado la mayoría de sus conclusiones básicas, incluso aquellos que discrepan de él en algunos aspectos, como Benny Morris en *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, 2.ª ed., Cambridge: Cambridge University Press, 2004. Véase también Simha Flapan, *The Birth of Israel: Myth and Reality*, Nueva York: Pantheon, 1987; Tom Segev, *1949: The First Israelis*, 2.ª ed., Nueva York: Henry Holt, 1998; e Ilan Pappé, *The Ethnic Cleansing of Palestine*, 2.ª ed., Londres: Oneworld, 2007 [trad. cast.: *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona: Planeta, 2014, trad. de Luis Noriega].

[155] «Desperately Nationalist», p. 82. Las memorias de Sayigh incluyen un relato mucho más completo de sus experiencias en este periodo.Véase Yusuf Sayigh, *Sira ghayr muktamala*, pp. 227-260.

[156] Walid Khalidi, *Dayr Yasin: al-Jumaa, 9/4/1948* (Dayr Yasin: Viernes, 9/4/1948), Beirut: Instituto de Estudios Palestinos, 1999, tabla en p. 127.

[157] Nir Hasson, «A Fight to the Death and Betrayal by the Arab World», *Haaretz*, 5 de enero de 2018, https://www.haaretz.com/middle-east-news/palestinians/.premium.MAGAZINE-the-most-disastrous-24-hours-in-palestinian-history-1.5729436[https://bit.ly/3jOTfAI].

[158] La mejor descripción de la decisión de los Estados árabes de intervenir en Palestina puede encontrarse en Walid Khalidi, «The Arab Perspective», en W. R. Louis y Robert Stookey (eds.), *The End of the Palestine Mandate*, Austin: University of Texas Press, 1986, pp. 104-136.

[159] La suerte de dichas aldeas se describe con detalle en Walid Khalidi (ed.), *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington: Institute for Palestine Studies, 1992.

[160] La casa en ruinas es el tema de un estudio arquitectónico de sesenta y dos páginas escrito en hebreo que relata las diversas fases de su evolución a lo largo del tiempo y publica imágenes de su estado actual. La casa no fue destruida, como la mayoría de las otras viviendas árabes del área convertida en Israel en 1948, debido al venerado lugar que ocupa en la historia sionista. Antes de que mi abuelo la comprara, un grupo de tempranos inmigrantes sionistas liderados por Israel Belkind y su hermano Shimshon —un grupo conocido como los Biluim— alquilaron habitaciones en la casa durante unos meses de 1882 antes de fundar Rishon LeZion, la segunda colonia agrícola sionista de Palestina. Hoy el edificio se conoce como Casa de los Biluim. Agradezco a la doctora Nili Belkind, sobrina nieta de Israel Belkind, que me facilitara esta información y me hablara del estudio arquitectónico de Lihi Davidovich y Tamir Lavi, titulado «Tik Tiud: Bet Antun Ayub - Bet Ha-Biluim» (Archivo documental: La Casa Anton Ayyub-Casa de los Biluim), 2005-2006, que puede encontrarse en el sitio web de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Tel Aviv: http://www.batei-beer.com/aboutus.html [https://bit.ly/3nHhPou].

[161] Una de las mejores descripciones de esta transformación se encuentra en Tom Segev, *1949: The First Israelis*, Nueva York: The Free Press, 1986. Véase también Ibrahim Abu-Lughod, *The Transformation of Palestine*, Evanston (Illinois): Northwestern University Press, 1971.

[162] Así reza el título de uno de los capítulos de la obra de Avi Shlaim *The Politics of Partition: King Abdullah, the Zionists and Palestine, 1921–1951*, Londres: Oxford University Press, p. 18, que a su vez es una versión abreviada de su *Collusion Across the Jordan*.

[163] Mary Wilson expone de forma precisa cómo los británicos y Abdullah planearon hacer esto: *King Abdullah, Britain and the Making of Jordan*, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pp. 166-167 y ss.

[164] Shlaim, *Collusion Across the Jordan*, p. 139. Shlaim explica en detalle los diversos elementos de esta compleja conspiración contra los palestinos.

[165] Los primeros en desbaratar este mito fueron autores israelíes, como, por ejemplo: Flapan, *The Birth of Israel*; Tom Segev, *1949: The First Israelis*; y Avi Shlaim, *The Iron Wall: Israel and the Arab World*; a dichos autores se los calificó de «nuevos» o «revisionistas» porque cuestionaban la arraigada versión oficial de la fundación del Estado judío.

[166] La obra de Avi Shlaim *Collusion Across the Jordan* resulta indispensable para entender cómo ocurrió esto. Véase también Mary Wilson, *King Abdullah, Britain and the Making of Jordan*.

[167] Eli Barnavi, «Jewish Immigration from Eastern Europe», en Eli Barnavi (ed.), *A Historical Atlas of the Jewish People from the Time of the Patriarchs to the Present*, Nueva York: Schocken Books, 1994, http://www.myjewishlearning.com/article/jewish-immigration-from-eastern-europe [https://bit.ly/3GGyLnD].

[168] Existe una gran cantidad de bibliografía sobre el tema de la administración Truman y Palestina. Puede verse un análisis reciente y bastante completo en John Judis, *Genesis: Truman,*

American Jews, and the Origins of the Arab/Israeli Conflict, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2014. Véase también la biografía autorizada de David McCullough *Truman,* Nueva York: Simon and Schuster, 1992.

[169] Coronel William Eddy, *FDR Meets Ibn Saud*, Washington: America-Mideast Educational and Training Services, 1954; reed., Vista (California): Selwa Press, 2005, p. 31.

[170] Irene L. Gendzier, *Dying to Forget: Oil, Power, Palestine, and the Foundations of U.S. Power in the Middle East*, Nueva York: Columbia University Press, 2015.

[171] «Secretary of State to Legation, Jedda, August 17, 1948», *FRUS*, 1948, vol. 2, parte 2, p. 1318.

[172] Para saber más sobre la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudí en esa época, véase R. Khalidi, *Brokers of Deceit*, pp. 20-25.

[173] Entre 1949 y 1971, la cuantía total de la ayuda económica y militar de Estados Unidos a Israel solo superó los cien millones de dólares en cuatro ocasiones. Desde 1974 ha sido de varios miles de millones anuales.

[174] Entre 1953 y 1974, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó al menos veintitrés resoluciones en las que se «condenaban», «deploraban» o «censuraban» las acciones israelíes en la Franja de Gaza, Siria, Jordania, Líbano, Jerusalén y los Territorios Ocupados.

[175] Un temprano y característico ejemplo de las críticas a la actuación de los Estados árabes es el texto de Constantin Zureiq *El significado del desastre*, originalmente escrito en árabe y publicado en inglés como *The Meaning of the Disaster*, Beirut: Khayat's College Book Cooperative, 1956, trad. de Bayly Winder. En el próximo capítulo damos más detalles al respecto.

[176] El poema se reproduce en Yaqub Awadat, *Min alam al-fikr wal-adab fi Filastin* (Principales figuras literarias e intelectuales de Palestina), 2.ª ed., Jerusalén: Dar al-Isra, 1992. Aparte de su connotación despectiva genérica, es probable que aquí el término «reyezuelos» sea una alusión concreta a la baja estatura del rey Abdullah.

[177] Como se menciona textualmente en el sitio web del Fondo Nacional Judío, «Las tierras adquiridas para el asentamiento judío pertenecían al pueblo judío en su conjunto»; https://www.jnf.org/menu-3/our-history# [https://bit.ly/3CzdHgq].

[178] Leena Dallasheh, «Persevering Through Colonial Transition: Nazareth's Palestinian Residents Ater 1948», *Journal of Palestine Studies*, vol. 45, n.º 2 (invierno de 2016), pp. 8-23.

[179] Un libro de memorias publicado en 1959 por uno de los principales oficiales de la Legión Árabe, el coronel Abdullah al-Tal, revelaba detalles de esas relaciones clandestinas (que más tarde examinaría con mayor detalle Avi Shlaim en *Collusion Across the Jordan*): Abdullah al-Tal, *Karithat Filastin: Mudhakkirat Abdullah al-Tal, qaid maarakat al-Quds* (El desastre de Palestina: Memorias de Abdullah al-Tal, comandante en la batalla por Jerusalén), El Cairo: Dar al-Qalam, 1959.

[180] Puede encontrarse una detallada descripción contemporánea del incidente y sus consecuencias en «Assassination of King Abdullah», *The Manchester Guardian* [actualmente *The Guardian*], 21 de julio de 1951, http://www.theguardian.com/theguardian/1951/jul/21/fromthearchive [https://bit.ly/3EGasEO].

[181] La novela de Kanafani, publicada en 1962, se ha traducido a varios idiomas; la versión más reciente en español es *Una trilogía palestina. Hombres en el sol; Lo que os queda; Um Saad*, ed. y trad. de María Rosa de Madariaga, Gijón: Hoja de Lata, 2015. (*N. del T.*).

[182] En inglés puede verse Gamal Abdel Nasser, *Philosophy of the Revolution,* Nueva York: Smith, Keynes and Marshall, 1959, p. 28.

[183] Benny Morris, *Israel's Border Wars: 1949–1956: Arab Infiltration, Israeli Retaliation, and the Countdown to the Suez War*, Oxford: Clarendon Press, 1993.

[184] Entre 1953 y 1968, cuando mi padre trabajaba en la División de Asuntos Políticos y de Asuntos del Consejo de Seguridad (actualmente División de Asuntos Políticos), las acciones de Israel fueron condenadas o censuradas por el consejo en nueve ocasiones.

[185] Confirman este hecho las memorias de varios oficiales militares que actuaron como observadores del acuerdo de armisticio en nombre de la ONU; entre ellos: E. H. Hutchinson, *Violent Truce: Arab-Israeli Conflict 1951–1955,* Nueva York: Devin-Adair, 1956; el teniente general E. L. M. Burns, *Between Arab and Israeli,* Londres: Harrap, 1962; y el general de división Carl von Horn, *Soldiering for Peace,* Nueva York: D. McKay, 1967.

[186] Sobre este episodio, véase Muhammad Khalid Azar, *Hukumat Umum Filastin fi dhikraha al-khamsin* (El Gobierno pan-palestino en su quincuagésimo aniversario), El Cairo: s. e., 1998.

[187] Sobre la visión condescendiente y casi desdeñosa que los diplomáticos británicos adoptaron con respecto al que hasta hoy ha sido el único periodo de democracia en Jordania, véase R. Khalidi, «Perceptions and Reality: The Arab World and the West», en W. Roger Louis (ed.), *A Revolutionary Year: The Middle East in 1958*, Londres: I.B. Tauris, 2002, pp. 197-199. Cuando el Gobierno de mi tío fue destituido por el joven rey Husayn en mayo de 1957, la formidable reina madre, Zayn, ayudó al embajador británico a intimidar a los políticos jordanos para que aceptaran la formación de un Gobierno «civil» que sirviera de tapadera al Gobierno militar que anhelaban tanto Gran Bretaña como los hachemíes, que fue el que se estableció finalmente. La descripción que hizo el embajador de aquella reunión en el palacio real es digna de una novela de Evelyn Waugh: «Los ministros se habían mostrado reacios a asumir las responsabilidades del cargo y le habían preguntado al rey por qué no podía formarse un Gobierno militar […]. La reina madre […] señaló en tono imperioso que un Gobierno militar haría innecesaria cualquier otra forma de gobierno. Finalmente, Su Majestad le dijo a la persona designada por el ministro que no se les permitiría salir del palacio hasta que hubieran prestado juramento, y fue sobre esta base no del todo alentadora como finalmente se formó el nuevo Gobierno»; véase Archivo Público del Reino Unido, comunicación del embajador Charles Johnston al ministro de Exteriores Selwyn Lloyd, n.º 31, 29 de mayo de 1957, F.O. 371/127880.

[188] La única excepción en este periodo fue el difunto Faysal Husayni, cuya preeminencia fue el resultado de su coraje, su perspicacia política, su activismo militante dentro de Fatah y sus repetidas detenciones por parte de Israel. Faysal, con quien trabajé en estrecha colaboración durante las negociaciones palestino-israelíes de Madrid y Washington en 1991-1993, no dudó en enfrentarse a los colonos armados y a las fuerzas de seguridad israelíes que los protegían cuando estos se apoderaban de hogares palestinos en Jerusalén. Su preeminencia en dicha ciudad se debió a estas

cualidades y no a sus vínculos familiares, aunque su padre había sido el apreciado líder militar Abd al-Qadir al-Husayni, que murió en combate en abril de 1948. También estaba emparentado con el muftí y su primo Jamal al-Husayni, y era nieto de Musa Kazim Pasha al-Husayni, un antiguo alcalde de Jerusalén destituido de su cargo por los británicos. Su abuelo había liderado el movimiento nacional palestino hasta su muerte, a los ochenta y cuatro años de edad, en 1934, meses después de que la policía británica lo golpeara con porras durante una manifestación en Jaffa.

[189] La mejor obra sobre este tema es: Salim Yaqub, *Containing Arab Nationalism: The Eisenhower Doctrine and the Middle East*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

[190] Este hecho se analizaba por primera vez en el innovador artículo de Avi Shlaim «Conflicting Approaches to Israel's Relations with the Arabs: Ben Gurion and Sharett, 1953–1956», *Middle East Journal*, vol. 37, n.º 2 (primavera de 1983), pp. 180-201.

[191] A este respecto véase Abu Iyad y Eric Rouleau, *My Home, My Land: A Narrative of the Palestinian Struggle,* Nueva York: Times Books, 1981; y Alan Hart, *Arafat: A Political Biography*, Bloomington: Indiana University Press, 1989.

[192] Véase el relato de un testigo presencial de las secuelas inmediatas del ataque reproducido por el oficial naval estadounidense que estaba al mando de la Comisión Mixta de Armisticio de la ONU que investigó dicho ataque, E. H. Hutchinson, en *Violent Truce*.

[193] Resolución 101 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 24 de noviembre de 1953.

[194] Mi primo Munzer Thabit Khalidi, que fue reclutado por el Ejército jordano y en la década de 1950 sirvió como oficial en una zona fronteriza de Cisjordania, me contó en 1960 que aquellas fueron las órdenes que se dieron a las tropas bajo su mando. Para conocer más detalles sobre los esfuerzos de la Legión Árabe de Jordania para detener la infiltración palestina en este periodo, véanse las memorias de su comandante, John Bagot Glubb, *Soldier with the Arabs*, Londres: Hodder and Stoughton, 1957. La envergadura de tales esfuerzos la confirma el relato del presidente de la Comisión Mixta de Armisticio de la ONU, el comandante E. H. Hutchinson, en *Violent Truce*.

[195] Esto resulta manifiesto en los fragmentos de los diarios de Sharett publicados en Livia Rokach, *Israel's Sacred Terrorism: A Study Based on Moshe Sharett's Personal Diary and Other Documents*, Belmont (Massachusetts): Arab American University Graduates, 1985.

[196] Así lo atestigua Mordechai Bar-On, que en aquel momento era miembro del Estado Mayor israelí, en *The Gates of Gaza: Israel's Road to Suez and Back, 1955–57,* Nueva York: St. Martin's Press, 1994, pp. 72-75. Véase también Benny Morris, *Israel's Border Wars*.

[197] Avi Shlaim, «Conflicting Approaches».

[198] Un relato autorizado de estos acontecimientos son las memorias del teniente general Burns, un oficial canadiense que estuvo al mando de la Organización de Supervisión de la Tregua de la ONU en la línea del armisticio egipcio-israelí entre 1954 y 1956: *Between Arab and Israeli*. Véase también Shlaim, «Conflicting Approaches».

[199] Matthew Connelly, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origin of the Post-Cold War Era,* Nueva York: Oxford University Press, 2002.

[200] Existe una vasta bibliografía sobre la guerra de Suez de 1956. Puede verse una buena colección de ensayos sobre el tema en Roger Louis y Roger Owen (eds.), *Suez 1956: The Crisis and Its Consequences*, Oxford: Clarendon Press, 1989. Véase también Benny Morris, *Israel's Border Wars*.

[201] «Special Report of the Director of the United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East», A/3212/Add.1, 15 de diciembre de 1956, https://unispal.un.org/DPA/DPR/unispal.nsf/0/6558F61D3DB6BD4505256593006B06BE [https://bit.ly/3nSAuxv].

[202] En noviembre de 1956, estas masacres fueron objeto de un debate en la Knéset en el que se utilizó la expresión «asesinato masivo». Puede verse un relato detallado de un soldado israelí que fue testigo de las matanzas en Marek Gefen, «The Strip is Taken», *Al-Hamishmar*, 27 de abril de 1982. Las masacres también constituyen el tema central de Joe Sacco, *Footnotes in Gaza: A Graphic Novel*, Nueva York: Metropolitan Books, 2010.

[203] Más tarde El-Farra hablaría de ello en una entrevista realizada para las Naciones Unidas; véase https://bit.ly/3EJGMXn.

[204] En la segunda edición de su libro *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Benny Morris enumera veinte de tales masacres.

[205] Jean-Pierre Filiu, *Gaza: A History*, Oxford: Oxford University Press, 2014.

03

La tercera declaración de guerra, 1967

«Intentaba ver cómo se hace y deshace un acontecimiento, dado que en última instancia solo existe a través de lo que se dice de él, pues es en puridad fabricado por quienes difunden su notoriedad».

GEORGES DUBY[206]

Una radiante y soleada mañana de principios de junio de 1967 salí de la estación Grand Central de Manhattan en mi trayecto desde nuestro hogar familiar en Mount Vernon al despacho de mi padre en el edificio de las Naciones Unidas. Por entonces se libraba en Oriente Próximo la guerra de los Seis Días, y las noticias que llegaban indicaban que las fuerzas aéreas egipcias, sirias y jordanas habían sido aniquiladas en un primer ataque de Israel. Yo temía la perspectiva de otra arrolladora victoria israelí, pero, pese a mis limitados conocimientos de estrategia militar, sabía que un ejército desplegado en medio del desierto sin cobertura aérea era un objetivo fácil para cualesquiera fuerzas aéreas, especialmente si eran tan potentes como las de Israel.

Al llegar a la calle Cuarenta y Dos observé cierto bullicio. En la acera, varias personas sujetaban las esquinas de una gran sábana llena de monedas y billetes. Otras venían de todas direcciones para aportar más dinero. Me detuve un momento a observar y me di cuenta de que estaban pidiendo aportaciones para el esfuerzo bélico de Israel. Me sorprendió que, mientras

que a mi familia y a muchos otros nos preocupaba el destino de Palestina, hubiera tantos neoyorquinos igualmente preocupados por el posible resultado para Israel. Creían sinceramente que el Estado judío se hallaba en peligro de extinción, como lo creían también muchos israelíes, alarmados por las vacuas amenazas de ciertos líderes árabes.

El presidente Lyndon B. Johnson tenía otra opinión. Cuando, en una reunión celebrada en Washington el 26 de mayo, el ministro de Exteriores israelí, Abba Eban, le dijo a Johnson que Egipto estaba a punto de iniciar un ataque, el presidente le pidió a su secretario de Defensa, Robert McNamara, que aclarara las cosas. McNamara explicó entonces que tres grupos de inteligencia independientes habían estudiado minuciosamente el asunto, «y teníamos buenas razones para creer que no era inminente un ataque». «Toda nuestra gente de inteligencia —añadió Johnson— se muestra unánime» en que si Egipto atacara «ustedes les darían una buena paliza».[207] Como Washington sabía muy bien, en 1967 el Ejército israelí era muy superior a los de todos los países árabes combinados, tal como había ocurrido en cada uno de los demás conflictos producidos entre ellos.

Los documentos del Gobierno estadounidense publicados desde entonces han venido a confirmar aquella evaluación. Las fuentes militares y de inteligencia de Estados Unidos predijeron una aplastante victoria de Israel en cualquier circunstancia, dado el dominio del que gozaban sus fuerzas armadas.[208] Cinco años después de la guerra de 1967, cinco generales israelíes distintos se harían eco de la evaluación estadounidense, declarando en diferentes escenarios que Israel no había afrontado el menor riesgo de aniquilación.[209] Antes al contrario: en 1967 sus fuerzas eran mucho más poderosas que los Ejércitos árabes, y el país nunca había corrido el peligro de perder una guerra, ni siquiera en el caso de que los árabes hubieran atacado primero.[210] Aun así, el mito prevalece: en 1967, un país diminuto y vulnerable afrontaba un constante peligro existencial, y todavía hoy sigue haciéndolo.[211] Esta ficción ha servido para justificar el apoyo generalizado

a las políticas israelíes, por muy extremas que resulten y pese a su repetida refutación incluso por parte de voces israelíes autorizadas.[212]

La guerra se desarrolló en gran medida como habían previsto la CIA y el Pentágono. Un primer ataque relámpago de la fuerza aérea israelí destruyó la mayoría de los aviones de combate egipcios, sirios y jordanos cuando todavía estaban en tierra. Esto brindó a Israel una completa superioridad aérea, que en aquella región desértica y en aquella estación se tradujo en una ventaja absoluta para sus fuerzas terrestres. De ese modo, las columnas blindadas israelíes pudieron conquistar la península del Sinaí y la Franja de Gaza, Cisjordania —incluida la Jerusalén Este árabe— y los Altos del Golán en solo seis días.

Si las razones de la decisiva victoria israelí de junio de 1967 resultan evidentes, no lo son tanto los factores que llevaron a la guerra. Una de las principales causas fue el surgimiento de comandos palestinos de carácter combativo. Recientemente, el Gobierno israelí había empezado a desviar las aguas del río Jordán hacia el centro del país pese a la gran penuria que ello entrañaba para la población árabe y ante la impotencia, aún mayor, de los regímenes árabes. El 1 de enero de 1965, Fatah llevó a cabo una operación de sabotaje de una estación de bombeo situada en la zona central de Israel. Pretendía ser una operación emblemática, la primera de muchas, destinada a mostrar que los palestinos podían actuar de manera eficaz mientras los Gobiernos árabes no podían, avergonzando así a dichos Gobiernos y obligándolos a actuar. Los funcionarios egipcios veían con recelo a Fatah, a la que consideraban un elemento peligroso, que provocaba de forma temeraria a Israel en un momento en el que Egipto se hallaba profundamente involucrado no solo en la consolidación de su propia economía, sino también en una intervención militar ligada a una guerra civil en Yemen.

Aquel periodo representaba el apogeo de lo que el estudioso Malcolm Kerr denominaba «la guerra fría árabe», cuando Egipto encabezaba una

coalición de regímenes nacionalistas árabes radicales opuestos al bloque conservador liderado por Arabia Saudí. El punto álgido de su rivalidad fue Yemen, donde una revolución contra la monarquía producida en 1962 condujo a una guerra civil en la que acabó enredándose buena parte del Ejército egipcio.

Dada la abrumadora superioridad militar de Israel y el hecho de que más de setenta mil efectivos egipcios y gran parte de la fuerza aérea del país estaban empantanados en la guerra civil de Yemen, la provocación de Egipto a Israel en mayo de 1967 —trasladando tropas a la península del Sinaí y solicitando la retirada de las fuerzas de pacificación de la ONU— parece ilógica. Pero Egipto estaba respondiendo a un aumento de las incursiones de la guerrilla palestina en Israel desde las bases proporcionadas por el nuevo régimen sirio radical que había accedido al poder en 1966, y ante lo cual Israel había reaccionado atacando y amenazando a Siria. Los líderes egipcios se sentían obligados a responder a aquel reto para mantener su prestigio en el mundo árabe.[213] Cualesquiera que fueran sus razones, los movimientos de Egipto en el Sinaí constituían una incitación abierta a Israel. Y, asimismo, proporcionaron el *casus belli* que permitiría al Ejército israelí lanzar un primer ataque que de hecho llevaba largo tiempo planificando; un ataque que aplastaría a tres ejércitos árabes y cambiaría la faz de Oriente Próximo.[214]

Todas las mañanas, durante la guerra, yo me dirigía a la sede de la ONU —cambiando de ruta para evitar las recaudaciones de fondos en sábanas— y subía al despacho de mi padre, situado en el piso treinta y cinco, con sus magníficas vistas del East River y de Queens. Mi padre trabajaba en la División de Asuntos Políticos y del Consejo de Seguridad, y una de sus tareas consistía en redactar informes sobre todas las deliberaciones del consejo relativas a Oriente Próximo. De modo que participaba en las reuniones del Consejo de Seguridad cada vez que se hablaba del conflicto

árabe-israelí, lo cual, durante la década y media que trabajó allí (lo haría hasta su muerte, en 1968), supondría aproximadamente la mitad de las sesiones de dicho organismo. En su despacho, yo escuchaba la radio, leía las noticias y, en general, trataba de ser útil hasta que se reunía el consejo. Entonces podía acomodarme en la galería de visitantes mientras mi padre ocupaba su asiento en la última fila, detrás del secretario general adjunto a cargo de su división. Este funcionario en concreto, por algún misterioso acuerdo forjado a comienzos de la Guerra Fría que quizá se remontara a Yalta, siempre era ruso, bielorruso o ucraniano.[215]

El consejo se había reunido en sesión oficial o extraoficial en repetidas ocasiones desde que estallara la crisis en serio el mes anterior. Durante los seis días de la guerra propiamente dicha el consejo celebró once sesiones, muchas de las cuales se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. El ritmo y el volumen de trabajo eran agotadores, y, de hecho, en las fotos tomadas en aquella época mi padre —que, junto con sus colegas, tenía que pasar muchas horas preparando materiales para el consejo y el secretario general, y luego redactando informes de cada sesión— tiene un aspecto ojeroso y demacrado.[216]

El viernes 9 de junio, el quinto día de la guerra, las fuerzas israelíes habían infligido una decisiva derrota a los Ejércitos egipcio y jordano, y habían ocupado la Franja de Gaza, la península del Sinaí, Cisjordania y la Jerusalén Este árabe. A primera hora de la mañana Israel había empezado a invadir los Altos del Golán, derrotando al Ejército sirio, y avanzaba rápidamente por la carretera principal que llevaba a Damasco. Los días 6 y 7 de junio el consejo había aprobado sendas resoluciones ordenando un alto el fuego completo, pero las fuerzas israelíes que entraron en Siria ignoraron las resoluciones pese a que su Gobierno proclamaba en voz alta su adhesión a ellas. Cuando cayó la noche en Oriente Próximo (y empezaba la tarde en Nueva York), las fuerzas israelíes se acercaban a la importante capital provincial de Quneitra, más allá de la cual únicamente la llana meseta del

Haurán se interponía entre sus columnas blindadas y la capital siria, a solo sesenta kilómetros de distancia.

Al iniciarse la sesión del consejo, que empezó a las doce y media de la mañana, la Unión Soviética propuso un borrador de una tercera resolución de alto el fuego, esta vez con carácter más apremiante. En aquel punto, tras la humillante derrota del Ejército egipcio —equipado por los soviéticos— y la toma de los Altos del Golán, la URSS estaba desesperada por proteger a su Estado satélite sirio de nuevos reveses, especialmente de una marcha israelí sobre Damasco. Aquel apremio se reflejó en la creciente irritación de las intervenciones en el debate del representante soviético, el embajador Nikolái Fedorenko. La Resolución 235 del Consejo de Seguridad, aprobada por unanimidad hacia la una y media de la tarde, exigía a todas las partes involucradas en el conflicto «el cese inmediato de las hostilidades». En lo que constituía una medida inusual, también pedía al secretario general de la ONU que dispusiera «el cumplimiento inmediato» del alto el fuego e informara al respecto al consejo «en un plazo máximo de dos horas».[217]

Mientras se desarrollaba la sesión, a lo largo de la tarde, yo no paraba de moverme inquieto de un lado a otro, esperando a que el secretario general confirmara que se había cumplido el alto el fuego, lo que significaría que la lucha había terminado y se había detenido el avance israelí. Pero transcurrían los minutos y seguían llegando noticias señalando que las tropas israelíes se acercaban cada vez más a Damasco. Parecía que el consejo podría estar a punto de tomar alguna medida para hacer cumplir su demanda de un alto el fuego inmediato cuando el representante estadounidense, el embajador Arthur Goldberg, pidió un aplazamiento. Tras un desganado debate, el consejo acordó levantar la sesión durante dos horas y las delegaciones abandonaron lentamente la cámara.

Me apresuré a reunirme con mi padre, esperando que me explicara por qué el consejo había aceptado permitir otras dos horas de retraso. Mi padre me dijo escuetamente que Goldberg quería consultar con su Gobierno. Yo

me mostré incrédulo. ¿Qué consulta hacía falta para imponer un alto el fuego? Con una extraña y amarga sonrisa, mi padre me respondió en árabe con tono cansino: «¿No lo entiendes? Los americanos están dando un poco más de tiempo a los israelíes».

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 1967. Ismail al-Khalidi, que aparece con su pipa en la boca, es el segundo por la derecha de la última fila. FAMILIA KHALADI

Gracias a la maniobra del embajador Goldberg para retrasar unas horas la implementación de la resolución de alto el fuego del 9 de junio, el avance israelí en territorio sirio, lejos de detenerse, se prolongó hasta la tarde del día 10. Para entonces el Consejo de Seguridad había permanecido reunido nueve horas más en un enconado debate que había abarcado otras tres sesiones y se había alargado hasta las primeras horas del día siguiente. Goldberg había seguido repitiendo sus tácticas dilatorias una y otra vez.

Aunque aquel podía parecer un incidente menor, la actuación del embajador presagiaba un importante cambio en las políticas

estadounidenses con respecto a Israel. Lo que habíamos presenciado aquel día era la evidencia de un nuevo eje proximooriental en acción: las puntas de lanza blindadas sobre el terreno eran israelíes, mientras que la cobertura diplomática era estadounidense. Dicho eje sigue vigente aún hoy, más de medio siglo después. El cambio, que llevaba ya un tiempo fraguándose, se debió principalmente a factores globales, en particular el impacto de la Guerra Fría y de la guerra de Vietnam en la región y en la política estadounidense, pero obedecía asimismo a importantes consideraciones personales y políticas de Washington. También las alianzas externas de Israel evolucionaron de forma paralela, en la medida en que el país se alejó decisivamente de sus patrocinadores de la década de 1950 y principios de la de 1960 —Francia y Gran Bretaña (con cuyas armas había librado las guerras de 1956 y 1967)—, para alinearse plenamente con Estados Unidos. Todos estos factores se habían aunado en junio de 1967, antes de que estallara la guerra, cuando el Gobierno israelí buscó y obtuvo el permiso de Washington para lanzar un ataque preventivo contra las fuerzas aéreas de Egipto, Siria y Jordania.

Si la Declaración Balfour y el Mandato británico constituyeron la primera declaración de guerra contra el pueblo palestino por parte de una gran potencia y la resolución de la ONU sobre la partición de Palestina en 1947 representó la segunda, serían las secuelas de la guerra de 1967 las que engendrarían la tercera de tales declaraciones. Dichas secuelas se materializaron en la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, una resolución propuesta por Estados Unidos y aprobada el 22 de noviembre de 1967. En los veinte años transcurridos entre la aprobación de las dos resoluciones mencionadas la política estadounidense en relación con Israel y Palestina no había seguido un rumbo uniforme. En el periodo inmediatamente posterior a la guerra de 1948, las administraciones Truman y Eisenhower habían intentado, con bastante tibieza y sin éxito, persuadir a

Israel de que ofreciera algunas concesiones a sus derrotados adversarios. Sus esfuerzos se centraron en el retorno a sus hogares de los aproximadamente 750.000 refugiados palestinos, cuyas propiedades habían sido confiscadas por Israel, y en la reducción de las extensas fronteras que Israel había logrado gracias a sus victorias en la guerra de 1948. Estas débiles tentativas estadounidenses se quedaron en nada ante la obstinación de David Ben-Gurión, que se negó a hacer la más mínima concesión en ambos aspectos.[218]

Las administraciones Truman, Eisenhower y Kennedy mantuvieron unas estrechas relaciones con Israel, ampliando la ayuda económica al nuevo Estado, aunque sin llegar a considerarlo un elemento primordial en sus políticas regionales ni aprobar tampoco todas sus iniciativas. Eisenhower había forzado la retirada israelí de Gaza y el Sinaí tras la guerra de Suez en 1956, y más tarde Kennedy intentó evitar en vano que Israel construyera armas nucleares.[219] A principios de la década de 1960, Kennedy había pasado a ver el nacionalismo árabe y el Egipto de Nasser como un baluarte frente al comunismo, que constituía la principal preocupación estadounidense en Oriente Próximo. Ello se debía en parte a los acontecimientos producidos en Irak, donde el régimen de Abdul Karim Qasim había obtenido el apoyo tanto del Partido Comunista iraquí como de la URSS, pero afrontaba la enérgica oposición de Egipto y sus aliados nacionalistas.

Con el asesinato de Kennedy y el advenimiento de la administración Johnson, en diciembre de 1963, entraron en juego nuevos elementos. Conforme se intensificaba la guerra en el Sureste Asiático, el Gobierno de Johnson se mostraba cada vez más inclinado a contemplar también otras regiones del mundo en el rígido marco de la Guerra Fría. Debido en parte a este hecho, las relaciones entre Estados Unidos y Egipto se deterioraron notablemente cuando la guerra civil yemení iniciada en 1962 derivó en un importante conflicto regional. La URSS y sus aliados respaldaban al

régimen republicano yemení, que dependía de una gran fuerza expedicionaria egipcia, mientras que Estados Unidos, Gran Bretaña, Israel y sus aliados defendían a los monárquicos apoyados por Arabia Saudí. En 1967 las relaciones entre Estados Unidos y Egipto eran mucho más frías de lo que habían sido con Kennedy, y Oriente Próximo se había escindido en torno a las divisiones de la guerra fría árabe, con Egipto y Arabia Saudí como polos antagónicos. Si bien este conflicto se desarrollaba de forma cada vez más paralela al conjunto de la guerra fría global, tenía sus propias especificidades regionales. Una de ellas era el enfrentamiento ideológico, no entre capitalismo y comunismo, sino entre el autoritario nacionalismo árabe fomentado por Egipto y el islam político, centrado en el wahabismo y la monarquía absoluta, que promovía Arabia Saudí bajo el reinado de Faysal.

La reorganización de las prioridades estadounidenses en Oriente Próximo también se vio influenciada por la antigua y manifiesta simpatía del presidente Johnson hacia Israel: ya en 1956, como líder de la mayoría del Senado, se había mostrado contrario a la presión que ejercía Eisenhower sobre los israelíes para que se retiraran del Sinaí y la Franja de Gaza. Johnson también estaba relativamente poco familiarizado con Oriente Próximo y otras realidades globales. En cambio Kennedy, un adinerado hombre de mundo e hijo de un embajador, había visitado Palestina a principios del verano de 1939, cuando tenía veintidós años y estudiaba en Harvard, y le había enviado una carta a su padre en la que exhibía un conocimiento razonablemente bueno de los hechos y manifestaba una evaluación escéptica de los principales argumentos de ambos bandos del conflicto. Ese escepticismo hacía a Kennedy menos susceptible que la mayoría de los políticos estadounidenses a las presiones ejercidas por los partidarios de Israel.[220]

Lyndon Johnson, por su parte, provenía de un entorno mucho más modesto, y sus principales intereses habían girado en torno a la política

interior. Su marcada afinidad con el sionismo y el Estado israelí se reflejaba en su círculo de amigos íntimos y asesores, que incluía a defensores de Israel como Abe Fortas —a quien nombró juez del Tribunal Supremo—, [221] Arthur Goldberg, McGeorge Bundy, Clark Clifford y los hermanos Eugene y Walter Rostow. Todos ellos eran devotos partidarios del Estado judío cuyas simpatías Kennedy había logrado mantener relativamente controladas.[222] Otros acérrimos defensores de Israel que se hallaban personalmente próximos a Johnson también eran importantes donantes del Partido Demócrata, como Abraham Feinberg y Arthur Krim,[223] además de la esposa de este último, la doctora Mathilde Krim, una renombrada científica que en cierta ocasión había proporcionado clandestinamente armas y explosivos al grupo terrorista que constituía el brazo armado del sionismo revisionista, el Irgún.[224] Aunque Johnson había heredado a la mayoría de los asesores de política exterior de Kennedy, estos habían adquirido ahora una prominencia considerablemente mayor al operar en una administración dirigida por un presidente con menos experiencia y seguridad que Kennedy en los asuntos mundiales. Estos factores políticos y personales se combinarían en los tres años previos a la guerra de 1967 para allanar el camino al posterior cambio en la política estadounidense.

Israel, por su parte, se había sentido herido por la firme oposición estadounidense a su aventura de Suez en 1956. En 1967, cuando se preparaba para lanzar un primer ataque contra las fuerzas aéreas árabes, sus líderes estaban decididos a obtener la aprobación de Estados Unidos —que de hecho obtuvieron— antes de emprender su acción. El 1 de junio de 1967 se celebró una reunión en Washington en la que se produjo una conversación crucial en ese sentido. El general de división Meir Amit, jefe del Mossad —la agencia de inteligencia exterior de Israel—, le dijo al secretario de Defensa McNamara que iba a recomendar a su propio Gobierno que Israel lanzara un ataque y le pidió garantías de que Estados Unidos no reaccionaría de forma negativa. Según Amit, McNamara

respondió: «De acuerdo», dijo que hablaría con el presidente y tan solo preguntó cuánto duraría la guerra y cuántas podrían ser las bajas israelíes.[225] Johnson y McNamara ya habían escuchado de sus asesores militares y de inteligencia que los árabes no iban a atacar y que, en cualquier caso, era probable que Israel obtuviera una victoria aplastante. Ahora el Ejército israelí tenía el respaldo que necesitaba para iniciar un ataque preventivo que de hecho llevaba largo tiempo planificando.[226]

Pero Estados Unidos también facilitó el ataque inicial israelí por otros medios. En una reducida reunión de funcionarios de la ONU y diplomáticos árabes celebrada después de la guerra, el embajador de Jordania, Muhammad El-Farra, les dijo a los asistentes que sentía que en el periodo previo a la guerra había sido víctima de la hipocresía estadounidense.[227] El embajador Goldberg —afirmó— había transmitido a los embajadores árabes que Estados Unidos estaba mediando ante Israel para desactivar la crisis y evitar que atacara, al tiempo que les instaba a aconsejar moderación a sus respectivos Gobiernos. Luego la administración Johnson había dado luz verde a Israel para iniciar su ataque sorpresa —aseguró El-Farra— justo antes de que el vicepresidente egipcio llegara a Washington con el fin de entablar negociaciones para resolver la crisis. En su opinión, se había utilizado a los embajadores árabes para engañar a sus Gobiernos, mientras Israel preparaba su ataque inicial con el beneplácito estadounidense.

No era menos importante el hecho de que, a partir de este cambio en la política estadounidense, ahora Israel podía contar con el presidente Johnson y sus asesores para evitar que se repitieran las presiones que le habían obligado a abandonar los territorios conquistados en 1956. Esto representaba un cambio radical respecto a la postura adoptada por Estados Unidos aquel año en relación con el control israelí del territorio árabe conquistado, y sus consecuencias resultarían desastrosas para los palestinos. El resultado de esta nueva actitud de tolerancia con respecto a las anexiones territoriales israelíes sería la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. El

texto fue redactado en gran parte por el representante permanente británico, lord Caradon, pero en esencia venía a resumir las posturas de Estados Unidos e Israel, al tiempo que reflejaba la debilitada posición de los Estados árabes y su patrocinador soviético tras la aplastante derrota de junio. Aunque la Resolución 242 recalcaba la «inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra», vinculaba cualquier posible retirada israelí a la firma de tratados de paz con los Estados árabes y el establecimiento de fronteras seguras. En la práctica, eso implicaba la posibilidad de condicionar y retrasar cualquier retirada potencial, dada la renuencia de los Estados árabes a entablar negociaciones directas con Israel. De hecho, en el caso de Cisjordania, Jerusalén Este y los Altos del Golán, no se ha producido una retirada completa por parte de Israel desde hace más de medio siglo, y ello a pesar de varias décadas de negociaciones esporádicas tanto directas como indirectas.

Asimismo, al vincular la retirada israelí de los Territorios Ocupados al establecimiento de unas fronteras seguras y reconocidas, la Resolución 242 permitía de hecho la posibilidad de ampliar las fronteras israelíes para cumplir con el requisito de la «seguridad» según lo determinara el propio Estado de Israel, y en lo sucesivo esta superpotencia regional dotada de armas nucleares recurriría a una interpretación extraordinariamente amplia y flexible del término. Por último, el ambiguo lenguaje de la Resolución 242 dejaba otro resquicio abierto para que Israel pudiera conservar en su poder los territorios que acababa de ocupar: el texto original de la resolución, redactado en inglés, hacía referencia literalmente a la retirada «de territorios ocupados» («from territories occupied») en la guerra de 1967 en lugar de especificar «de *los* territorios ocupados» («from *the* territories occupied»). Abba Eban señaló deliberadamente al Consejo de Seguridad que su Gobierno consideraría vinculante el texto original inglés en lugar de la versión francesa, igualmente oficial, cuya redacción («*des* territoires occupés») no permitía tal ambigüedad.[228] En el medio siglo transcurrido

desde entonces, y con la ayuda estadounidense, Israel se ha saltado a la torera la resolución gracias a ese resquicio lingüístico, lo que le ha permitido colonizar los territorios palestinos y sirios ocupados —algunos de los cuales (Jerusalén Este y los Altos del Golán) se ha anexionado oficialmente— y mantener un incesante control militar sobre ellos. Las reiteradas condenas de las Naciones Unidas a tales iniciativas, carentes del apoyo de la más mínima insinuación de posibles sanciones o una auténtica presión sobre Israel, con el tiempo han pasado a convertirse de hecho en su aceptación implícita a escala internacional.

Así pues, Estados Unidos adoptó una postura más inequívocamente favorable a Israel que antes, lo que implicaba el abandono de la apariencia de equilibrio que en ocasiones habían exhibido las administraciones Truman, Eisenhower y Kennedy. Esto marcó el comienzo de lo que se convertiría en el periodo clásico del conflicto árabe-israelí —que se prolongaría hasta el final de la Guerra Fría—, durante el cual Estados Unidos e Israel desarrollarían una peculiar alianza a gran escala (aunque extraoficial) basada esencialmente en el hecho de que en 1967 Israel se había revelado un aliado fiable en la lucha contra los supuestos representantes soviéticos en Oriente Próximo.

Para los palestinos, esta alineación casi sin fisuras representaría otra contundente intervención de una gran potencia en detrimento de sus derechos e intereses y proporcionaría un renovado imprimátur internacional a una nueva fase de su desposesión. Como en 1947, una resolución de las Naciones Unidas comportaba una nueva fórmula legal internacional que perjudicaba a los palestinos y, tal como ocurriera con la Declaración Balfour de 1917, el documento clave no contenía ni una sola mención de Palestina ni de los palestinos.

La Resolución 242 del Consejo de Seguridad trataba todo el asunto como una cuestión interestatal entre los países árabes e Israel, eliminando por completo la presencia de los palestinos. El texto no hace referencia alguna a

estos últimos ni a la mayoría de los elementos de la cuestión palestina original; lejos de ello, contiene apenas una insulsa referencia a «una solución justa al problema de los refugiados». Si no se mencionaba a los palestinos y estos no constituían una parte reconocida en el conflicto, entonces se los podía tratar como una mera molestia o, en el mejor de los casos, como un problema humanitario. De hecho, a partir de 1967 su existencia se reconocería principalmente bajo el rótulo del terrorismo promovido por Israel y finalmente adoptado por Estados Unidos.

Por sus omisiones, la Resolución 242 venía a consagrar un elemento crucial del relato negacionista de Israel: si no había palestinos, el único problema real era que los Estados árabes se negaban a reconocer a Israel y esgrimían un ilusorio «problema palestino» como pretexto para justificar ese rechazo. En la batalla discursiva por Palestina, que el sionismo había dominado desde 1897, la Resolución 242 dio validez a esta brillante invención, asestando un contundente golpe a los palestinos desplazados y ocupados. Solo dos años después, en 1969, la primera ministra israelí Golda Meir declaró —en una frase que se haría célebre— que «eso que llamaban los palestinos no existía […], no existían» y no habían existido nunca.[229] Con ello llevaba al máximo nivel la negación característica de los proyectos de ocupación colonial: las poblaciones autóctonas no eran más que una mentira.

Pero lo que probablemente resulta más importante aún es el hecho de que la Resolución 242 vino a legitimar en la práctica los límites fronterizos establecidos en el armisticio de 1949 (conocidos desde entonces como las fronteras de 1967 o la Línea Verde) como las fronteras *de facto* de Israel, otorgando así su aquiescencia implícita a la conquista israelí de la mayor parte de Palestina en la guerra de 1948. La incapacidad de tener mínimamente en cuenta ninguna de las cuestiones fundamentales cuyo origen se remontaba a 1948 se extendió así a ignorar el derecho de los refugiados palestinos a regresar a sus hogares y obtener una compensación,

lo que constituía un nuevo golpe para sus aspiraciones. Con la Resolución 242, la ONU se distanciaba de su propio compromiso con aquellos derechos, consagrados por la Asamblea General en la Resolución 194 de diciembre de 1948. Una vez más, las grandes potencias trataban con arrogancia a los palestinos, que veían cómo se ignoraban sus derechos y no se los consideraba siquiera dignos de ser mencionados por su nombre en la principal decisión internacional destinada a resolver el conflicto y determinar su destino. Este desaire espoleó aún más al resurgente movimiento nacional palestino a plantear sus argumentos y su causa ante la comunidad internacional.

Gracias en gran parte a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, vino a añadirse una nueva capa de olvido, obliteración y mitificación a la amnesia inducida que oscurecía los orígenes colonialistas del conflicto entre los palestinos y los colonos sionistas. El hecho de que la resolución se centrara exclusivamente en los resultados de la guerra de 1967 posibilitó que se ignorara el hecho de que ni uno solo de los problemas subyacentes derivados de la guerra de 1948 se había resuelto en los diecinueve años transcurridos desde entonces. Junto con la expulsión de los refugiados palestinos, la negativa a permitir su regreso, el robo de sus propiedades y la negación de la autodeterminación palestina, las cuestiones no resueltas incluían el estatus jurídico-legal de Jerusalén y la expansión de Israel más allá de las fronteras establecidas en la partición de 1947. En cuanto a los principales problemas derivados de la usurpación originaria de Palestina, la Resolución 242 ni siquiera los mencionaba, y mucho menos ofrecía soluciones al respecto. A pesar de ello, en lo sucesivo esta se convertiría en el documento de referencia supuestamente destinado a resolver la totalidad del conflicto, teóricamente aceptado por todas las partes aunque guardara silencio en relación con sus aspectos básicos. Dada su perversa génesis, no resulta sorprendente que, en los más de cincuenta años transcurridos desde que se adoptara, la Resolución 242 del Consejo de

Seguridad de la ONU no haya llegado a implementarse, mientras que la esencia de la lucha por Palestina sigue siendo un problema sin abordar.

De hecho, la Resolución 242 no hizo sino agravar el problema. Confinar el conflicto a la dimensión exclusivamente interestatal establecida a partir de 1948 permitió dividir los retos que afrontaba Israel en compartimentos interestatales de naturaleza bilateral, cada uno de los cuales podía abordarse de forma aislada —tal como preferían Israel y Estados Unidos—, ignorando las cuestiones más difíciles e incómodas. En lugar de verse obligado a enfrentarse a una postura árabe (teóricamente) unificada y abordar los asuntos más espinosos relacionados con los palestinos, a Israel ahora solo le quedaba la tarea, mucho más fácil, de tratar los agravios de cada uno de los Estados árabes cuyo territorio había ocupado en un contexto bilateral, al tiempo que dejaba de lado a los palestinos.

En ese esfuerzo de Israel por dividir a sus enemigos y tratar sus problemas con ellos por separado, Estados Unidos resultó de enorme ayuda, en la medida en que utilizó su poder e influencia para aprovecharse de las debilidades y rivalidades de los Estados árabes. También se consideraba que esta estrategia redundaba en interés de los propios estadounidenses. Como era habitual en él, Henry Kissinger lo expresaría de forma sucinta hablando de otra crisis de Oriente Próximo: «El resultado último sería exactamente el que durante todos estos años nos hemos esforzado en evitar: favorecería la unidad árabe».[230] Estados Unidos tenía múltiples razones para evitar dicha unidad, la principal de las cuales era defenderse de las amenazas que ponían en riesgo su dominio regional y, en particular, las frágiles autocracias petroleras del Golfo, con las que mantenía una estrecha colaboración. A raíz de la campaña estadounidense e israelí en favor de los acuerdos bilaterales, Egipto —en la década de 1970— y luego Jordania —en la de 1990— negociarían sendos tratados de paz independientes con Israel, con lo que dichos países quedarían desligados del conflicto, dejando a los israelíes en una posición aún más fuerte para hacer frente a sus enemigos más difíciles:

los sirios, los libaneses y, por supuesto, los palestinos. Sin embargo, para la mayoría de la población del mundo árabe, el crudo contraste existente entre la normalización de las relaciones árabes con Israel y el sufrimiento que la colonización y la ocupación israelíes infligían a los palestinos socavaría indefectiblemente cualquier posible fe en un proceso de paz patrocinado por Estados Unidos.[231]

La Resolución 242 no obligó por sí sola a los Estados árabes a aceptar la bilateralización y la fragmentación del conflicto. También intervinieron otros factores, entre ellos, el impacto de la derrota de Egipto en 1967 y su posterior retirada de Yemen, dos hechos que marcaron el final de las aspiraciones egipcias a asumir la hegemonía regional. La relegación de Egipto a un papel secundario dejaría a su rival Arabia Saudí como el actor dominante en el mundo árabe, una situación que continúa todavía hoy. El fracaso del modelo socialista árabe adoptado por los regímenes nacionalistas autoritarios y la acusada debilidad regional de la URSS también influyeron en su capitulación. En diferentes momentos, y alentados por Estados Unidos, los países árabes caerían conscientemente en la trampa de los acuerdos bilaterales, abandonando en última instancia cualquier apariencia de unidad o siquiera una mínima coordinación. Hasta los propios palestinos, representados por la OLP, seguirían finalmente el camino trazado por la Resolución 242. Solo unos pocos años después de que los Estados árabes aceptaran la resolución y el enfoque bilateral como base para resolver el conflicto, los líderes de la OLP harían lo propio.[232]

Hay, sin embargo, otro aspecto de la historia de lo que sucedió en 1967. Pese a todo el daño que la guerra y la Resolución 242 hicieron a los palestinos, en última instancia ambas actuarían como la chispa que revitalizaría su movimiento nacional, que había experimentado un claro retroceso desde la derrota sufrida en la revuelta de 1936-1939. Obviamente, el proceso de reactivación se había iniciado ya mucho antes de la guerra de 1967 y, de hecho, había contribuido de manera crucial a que dicho conflicto

se precipitara, como había ocurrido también en la guerra de 1956. Pero el año 1967 marcaría un extraordinario resurgimiento tanto de la conciencia nacional palestina como de la resistencia a la negación de la identidad palestina por parte de Israel; una negación posibilitada por la complicidad de buena parte de la comunidad internacional. En palabras de un veterano observador: «Una paradoja primordial de 1967 es que al derrotar a los árabes Israel resucitó a los palestinos».[233]

Tras la guerra de 1967, la resurrección de la idea de Palestina habría de librar una auténtica batalla en la mayor parte del mundo. El año siguiente a la guerra me uní a una pequeña manifestación para protestar por la presencia de Golda Meir, que había sido invitada a dar una conferencia en la Facultad de Derecho de Yale. Meir fue clamorosamente recibida por una numerosa y entusiasta audiencia, mientras que, según recuerdo, nuestra manifestación se limitó a un total de cuatro integrantes: aparte de mí, un amigo estadounidense de origen libanés, un estudiante de posgrado sudanés y otro estadounidense que había vivido en Oriente Próximo. Aquella escena reflejaba de forma bastante precisa el equilibrio entre Israel y Palestina en la opinión pública estadounidense. El relato sionista disfrutaba de un dominio absoluto, mientras que el propio uso de la palabra *Palestina* estaba casi vetado.

En cambio, en Beirut, donde por aquel entonces yo pasaba los veranos con mi madre y mis hermanos, fui testigo de un importante resurgimiento de la capacidad de acción política palestina. Diversos escritores y poetas, tanto integrantes de la diáspora como residentes en territorio palestino —entre ellos Ghassan Kanafani, Mahmud Darwish, Imil Habibi, Fadwa Tuqan y Tawfiq Ziyad, junto con otros destacados artistas e intelectuales comprometidos—, desempeñaron un papel vital en este renacimiento tanto en el ámbito cultural como en el político. Su trabajo contribuyó a reconfigurar el sentimiento de identidad y destino común de los palestinos

que la Nakba y los años estériles que la siguieron habían sometido a una dura prueba. En sus novelas, relatos breves, obras teatrales y poemarios, todos ellos dieron voz a una experiencia nacional compartida de pérdida, exilio y alienación, al tiempo que evidenciaban su tenaz insistencia en la continuidad de la identidad palestina y su inquebrantable firmeza frente a los ingentes obstáculos que afrontaban.

Estas diferentes facetas resultan patentes en una de las más conocidas de aquellas obras, *Said el pesoptimista*, de Imil Habibi, una brillante novela que narra la tragicómica historia de su protagonista, Said, utilizando sus peripecias para retratar la difícil situación de los palestinos y su capacidad de resistencia. El título completo de la obra, *Los extraordinarios hechos que rodearon la desaparición de Said, padre de calamidades, el pesoptimista*, transmite la paradoja crucial de la situación palestina: por un lado el optimismo, la felicidad, expresada en el nombre *Said*, que en árabe significa «feliz»; por otro, el pesimismo, las «calamidades». Ambos se condensan en el término compuesto *pesoptimista*.[234]

Entre las figuras literarias cuyas ideas e imágenes desempeñaron un importante papel en el resurgimiento de la identidad palestina, probablemente Kanafani sea el prosista más prominente, además del más traducido.[235] Las cinco novelas cortas que publicó se hicieron muy populares —en especial *Hombres al sol* (1963) y *Retorno a Haifa* (1969)—, quizá por lo vívidamente que describen los dilemas que afrontaban los palestinos: las tribulaciones del exilio y las penurias de la vida en la Palestina posterior a 1967, ahora ya bajo pleno control israelí. Aquellos relatos alentaban a los palestinos a hacer frente a su terrible situación y a resistir con fuerza a los poderes que los oprimían. *Retorno a Haifa* enfatiza la importancia de la lucha armada, al tiempo que retrata en términos conmovedores a un israelí, superviviente del Holocausto, que vive en la casa de una familia palestina que regresa de visita tras los sucesos de 1967.

Kanafani también fue un prolífico periodista, profundamente involucrado en la denominada «literatura de resistencia» palestina —de hecho, posiblemente fue él quien acuñó el término en una colección que publicó con este título—[236] y políticamente muy activo ya desde su adolescencia. Nacido en Acre, en 1936, él y su familia se vieron obligados a abandonar su casa durante la ofensiva sionista de mayo de 1948 y se establecieron inicialmente en Damasco. Cuando yo lo conocí, en Beirut, Kanafani tenía treinta y tres años y era director de *Al-Hadaf*, el semanario que publicaba el radical Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), del que también era portavoz público. Era un hombre que seducía a los demás no solo con su talento literario, sino también con su notoria inteligencia, su sardónico y autocrítico sentido del humor, su talante agradable y abierto y su viva sonrisa. Gracias a su renombre literario y su activismo militante, fue una figura importante en el resurgimiento del movimiento nacional palestino. Y, por la misma razón, sería uno de los objetivos de los enemigos del FPLP, especialmente del Gobierno israelí y sus servicios de inteligencia.

En julio de 1972, Kanafani fue asesinado con un coche bomba por el Mossad, junto con su sobrina, Lamis Najm, de diecisiete años.[237] Su impresionante funeral, al que asistí personalmente, atrajo a la que probablemente era una multitud de cientos de miles de personas que lloraban su muerte. Aquel sería solo el primero de los numerosos funerales de líderes y militantes palestinos a los que habría de asistir durante mis quince años en Beirut.[238]

Funeral de Ghassan Kanafani, asesinado por el Mossad en un atentado con coche bomba, Beirut, julio de 1972. WATTAN

La reconfiguración y el resurgimiento de la identidad palestina que Kanafani, Darwish, Ziyad, Tuqan, Habibi y otros contribuyeron a poner en marcha con su producción literaria fue de la mano del surgimiento de nuevos movimientos políticos y grupos armados. A partir de 1948 Palestina había desaparecido del mapa, con la mayor parte del país absorbida por Israel y el resto bajo el control de Jordania y Egipto. Los palestinos apenas tenían voz, ni ciudadanía, ni más defensores que los belicosos y egoístas Estados árabes. La aspiración más profunda del movimiento sionista había sido transformar Palestina en Israel y reemplazar a la población autóctona por inmigrantes judíos. Tras los acontecimientos de 1948, parecía que, de hecho, los palestinos hubieran desaparecido en buena medida, tanto física como conceptualmente.

Pero, obviamente, después de 1948 los palestinos no desaparecieron en absoluto. Paradójicamente, el trauma colectivo de la Nakba había cimentado y reforzado su identidad, y los pequeños e irredentistas grupos militantes surgidos en la década de 1950 tuvieron un impacto significativo en Oriente Próximo y contribuyeron a desencadenar las guerras de 1956 y 1967. Estos grupos fueron fundados por jóvenes radicales de clase media y media baja, muchos de los cuales se consideraban herederos del jeque Iz al-Din al-Qassam, cuya muerte en combate frente a los británicos había sido uno de los factores que habían propiciado la revuelta de 1936 y al que seguía venerándose como símbolo de una heroica militancia armada. Después de 1956 siguieron trabajando para reinstaurar a los palestinos como una fuerza regional y representar sus derechos e intereses, y en la década de 1960 sus esfuerzos culminaron en dos grandes tendencias: una estaba liderada por el Movimiento Nacionalista Árabe, una organización panarabista fundada en gran parte por palestinos, que en 1967 dio lugar al FPLP, de orientación marxista; la otra la encabezaba un grupo creado oficialmente en Kuwait en 1959, que en 1965 se dio a conocer públicamente como Fatah. Los orígenes de ambas organizaciones se remontan a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, cuando sus primeros líderes eran todavía estudiantes universitarios o acababan de graduarse.

El fundador del Movimiento Nacionalista Árabe (MNA) fue George Habash, un médico formado en la Universidad Americana de Beirut que en su juventud había experimentado personalmente la Nakba en Lydda, una ciudad que a partir de 1948 fue despoblada, repoblada con inmigrantes judíos y rebautizada como Lod. Habash fundó el MNA junto con un grupo de otros jóvenes árabes y palestinos, la mayoría de ellos profesionales de clase media como él y su más estrecho colaborador, Wadi Haddad, también médico y formado en la misma universidad. Habash y sus colegas abogaban por la unidad árabe en torno a la cuestión palestina como el único medio de

revertir las consecuencias de la Nakba. Cuando el Egipto de Nasser se convirtió en el abanderado del nacionalismo árabe a mediados de la década de 1950, se generó una estrecha sintonía entre el MNA y el régimen egipcio. El movimiento se beneficiaría enormemente de esta alianza, convirtiéndose en una fuerza política panarabista que se implantaría en varios países, desde Libia y Yemen hasta Kuwait, Irak, Siria y el Líbano. También la política exterior egipcia se beneficiaría de su conexión con la extensa red de jóvenes militantes del MNA.[239]

La visión que Habash, Haddad y sus camaradas tenían de Palestina como el tema central del mundo árabe la habían aprendido en gran medida en la Universidad Americana de Beirut del historiador e intelectual Constantin Zureiq, a través de una organización estudiantil, Al-Urwa al-Wuthqa, de la que Zureiq era mentor y a la que también estuvo afiliado mi padre.[240] Este influyente profesor de Historia, nacido en Siria y formado en Princeton, hizo mucho por difundir las ideas del nacionalismo árabe y el carácter esencial de la cuestión palestina entre sus alumnos en las clases que impartía en Beirut y en todo el mundo árabe a través de sus escritos. Su breve obra *El significado del desastre* —escrita mientras todavía duraba la guerra— constituía uno de los primeros análisis de la derrota de 1948, y en ella aparecía el que probablemente era el primer uso del término *nakba* en este contexto.[241] En dicha obra, Zureiq argumentaba en favor de una rigurosa e introspectiva autocrítica de las debilidades y fracasos árabes, así como de la coordinación y la unidad árabes como el único medio de superar las consecuencias del desastre de 1948. Mi padre estudió con Zureiq en la Universidad Americana de Beirut a finales de la década de 1930 y se vio enormemente influenciado por él; de hecho, su biblioteca contaba con varios de los libros históricos y políticos de Zureiq, algunos de ellos dedicados por el autor. Cuando conocí a Zureiq a principios de la década de 1970 —en el Instituto de Estudios Palestinos de Beirut, del que era cofundador—, nos instó a mí y a otros jóvenes historiadores asociados al

instituto a centrar nuestros esfuerzos en el futuro: con ello parecía dar a entender que este era más importante que la historia, de la que ya habían escrito él y su generación.

Frente al notable incremento del sentimiento nacionalista militante, espoleado por la primera operación militar de Fatah (realizada en enero de 1965), y ante la necesidad de no perder una de sus principales bases de apoyo, el MNA se vio obligado a distanciarse de su nacionalismo panarabista y centrarse más en Palestina. La derrota de Egipto y Siria en 1967 vino a dar la puntilla a su dependencia de los regímenes árabes para resolver la cuestión palestina.[242] El resultado fue la fundación del Frente Popular para la Liberación de Palestina por parte de Habash y sus colegas en 1967. Aunque no era el grupo palestino mayoritario, el FPLP no tardaría en convertirse en el más dinámico, una posición que mantendría durante varios años. En ese breve periodo el grupo llevaría a cabo múltiples secuestros de aviones, todos ellos planeados por Wadi Haddad, como la mayoría de lo que denominaba sus «operaciones exteriores», que buena parte del mundo consideraría meros atentados terroristas.

Gran parte del prestigio del que gozaba el grupo entre los palestinos se debía a la imagen y la integridad de Habash, a quien respetaban incluso sus propios rivales políticos. Se le conocía como *al-Hakim*, «el Doctor», y ciertamente lo era; pero el término árabe también se utiliza para referirse a alguien que es sabio, y en su caso se aplicaba en ambas acepciones. Era asimismo un orador fascinante, sobre todo en pequeños grupos, donde su enfoque elocuente e intelectual y su accesible y agradable afecto ejercían un mayor impacto. Hablaba con voz suave pero con firmeza, sin el menor rastro de demagogia. Como yo mismo tuve ocasión de presenciar en el sur del Líbano a principios de la década de 1970, Habash podía mantener absorta a su audiencia durante horas pese a la complejidad de sus ideas. Gracias a su afinidad marxista-leninista, el FPLP era especialmente popular entre los estudiantes, las personas cultas, la clase media y especialmente

quienes se sentían atraídos por la política de izquierdas. También tenía fieles seguidores en los campos de refugiados, donde su mensaje radical hallaba una fuerte resonancia entre los palestinos que más habían sufrido.

Fatah, en cambio, tenía un enfoque político decididamente no ideológico en comparación con el FPLP y otros grupos palestinos abiertamente de izquierdas. En el momento de su fundación, Fatah representaba una reacción no solo a la orientación nacionalista árabe de los grupos como el MNA y el Partido Baaz, sino también a los grupos comunistas, de izquierdas e islamistas, como los Hermanos Musulmanes, que abogaban por el cambio social como paso previo para poder abordar otros problemas, en particular el de Palestina. La postura de Fatah en favor de una acción directa e inmediata por parte de los palestinos, así como su carácter no ideológico de «partido escoba» serían dos de los factores que pronto le permitirían convertirse en la facción política más numerosa. Aunque hay algunos detalles confusos, sabemos que Fatah fue fundada en Kuwait en 1959 por un grupo de ingenieros, maestros y otros profesionales palestinos liderados por Yasir Arafat. El núcleo del grupo se había formado anteriormente en la Franja de Gaza y en las universidades de El Cairo, donde había competido con el MNA por el liderazgo de la Unión de Estudiantes Palestinos.

Salah Khalaf —Abu Iyad— me contó en cierta ocasión una historia emblemática sobre Arafat y la política universitaria en El Cairo. Ante el riesgo de perder unas elecciones estudiantiles al día siguiente ante el MNA, Arafat explicó que tenía una idea y se llevó a Khalaf a ver a un conocido que trabajaba en el Ministerio del Interior egipcio. Estuvieron con él tomando té y café y charlando un rato, hasta que el hombre tuvo que salir por un momento de su despacho; en ese instante Arafat se puso en pie de un salto, se situó tras el escritorio del funcionario, hizo algo subrepticio y regresó a su asiento. Cuando volvió el hombre, los dos se despidieron. Al salir, Khalaf objetó que no habían mencionado ni una sola vez el tema de

las inminentes elecciones. Pero Arafat le dijo que se fuera a casa: el problema estaba resuelto. Al día siguiente, Khalaf se dirigió cabizbajo a la sede de la unión para esperar allí a que finalizaran las elecciones, pero encontró en la puerta un aviso aparentemente oficial, con el sello del Ministerio del Interior egipcio, en el que se ordenaba el aplazamiento de los comicios. Aquello había sido obra de Arafat, que aprovechó el retraso —según me contó Khalaf— para inscribir como votantes a una serie de palestinos que estudiaban en la Universidad de Al-Azhar, muchos de los cuales eran invidentes, y a los que ninguna de las otras facciones rivales había pedido el voto. Cuando finalmente se celebraron las elecciones, todo ellos votaron en bloque por la lista de Fatah, asegurando así su victoria.

El principal foco de atención de Fatah —de hecho el único— era la causa palestina. Para promover ese objetivo, la organización abogaba en favor de una campaña de acción armada directa contra Israel, que inició el 1 de enero de 1965 con la ya mencionada operación de sabotaje a la estación de bombeo en la zona central de Israel. Como gran parte de lo que haría Fatah en esta época, el ataque fue más simbólico que efectivo. Pese a ello, los funcionarios egipcios consideraban que la organización actuaba de forma peligrosamente temeraria en un momento en el que Egipto no podía tolerar ese tipo de provocaciones a través de sus fronteras. Mientras que el MNA y otros grupos se excusaban por la inacción de los regímenes nacionalistas con los que estaban asociados, Fatah trataba deliberadamente de poner en evidencia a los Estados árabes por su incapacidad de asumir un auténtico compromiso con Palestina. Esta postura enfurecía a aquellos regímenes (sobre todo porque la ardiente retórica de Fatah no iba acompañada de una acción armada demasiado eficaz), pero era bien recibida por la mayoría de los palestinos, que se sentían frustrados por la falta de compromiso de los Estados árabes. También resultaba atractiva para muchos ciudadanos árabes, que apoyaban a los palestinos y compartían sus frustraciones.

Este llamamiento a la opinión pública de los regímenes árabes ignorando a sus líderes y empleando la acción directa contra Israel constituyó uno de los grandes secretos del éxito inicial de los grupos de resistencia palestinos, especialmente de Fatah. Estos apelaban al sentimiento generalizado entre los árabes de que en Palestina se había cometido una injusticia y sus Gobiernos no estaban haciendo nada sustancial al respecto. En los años en los que ese llamamiento resultó eficaz, durante las décadas de 1960 y 1970, el apoyo a la resistencia palestina por parte de un amplio sector de la opinión pública sirvió para contener incluso a los Gobiernos árabes antidemocráticos. Sin embargo, esa contención tenía unos estrictos límites, que se alcanzarían cuando la militancia palestina empezara a amenazar el *statu quo* interno de los Estados árabes o suscitara la reacción de Israel.

Mientras tanto, los pequeños grupos militantes se iban haciendo cada vez más fuertes, evidenciando que se estaba produciendo un renacimiento a gran escala del movimiento nacional palestino. A mediados de la década de 1960 este movimiento coalescente amenazaba con arrebatar la iniciativa a los Estados árabes en el conflicto con Israel, y de hecho contribuyó a precipitar los acontecimientos que desembocarían en la guerra de 1967. Pese a toda su retórica, la mayoría de los Estados árabes (con la única excepción de Siria, que se hallaba ahora bajo el régimen ultrarradical que ocupó el poder entre 1966 y 1970) estaban centrados en otros temas y se mostraban bastante reacios a poner en cuestión un *statu quo* que favorecía claramente a Israel, cuyo manifiesto poderío militar contemplaban con inquietud. Mientras que en Occidente Israel todavía conservaba su imagen de víctima asediada por la hostilidad de los regímenes árabes, esta imagen distaba mucho de cómo se percibía al país en el mundo árabe, que, por el contrario, veía sus decisivas victorias militares y su posible posesión de armas nucleares como evidencias de una fuerza arrolladora.

A fin de asimilar y controlar la creciente oleada de fervor nacionalista palestino, en 1964 la Liga Árabe, bajo el liderazgo de Egipto, fundó la

Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Inicialmente, la organización pretendía ser una subsidiaria estrictamente controlada de la política exterior egipcia que canalizara y gestionara el entusiasmo palestino por socavar a Israel, pero este intento de mantener a los palestinos bajo la tutela árabe no tardaría en quedarse en agua de borrajas. Inmediatamente después de la guerra de 1967, los grupos de resistencia palestina más combativos se hicieron con el control de la OLP, marginando a sus líderes más proclives a Egipto. Como jefe de Fatah —el más numeroso de dichos grupos—, Arafat no tardó en convertirse en el presidente del Comité Ejecutivo de la OLP, cargo que mantendría, entre otros, hasta su muerte, en 2004.

En lo sucesivo, los Estados árabes se verían obligados a contar con un actor político palestino independiente ubicado mayoritariamente en los países limítrofes con Israel; una situación que ya se había revelado problemática para dichos Estados y que a la larga se traduciría en una importante vulnerabilidad para el movimiento palestino. El auge de este actor independiente vendría a complicar aún más la situación estratégica de los Estados fronterizos con Israel, en especial Egipto y Siria, al tiempo que constituía un grave problema interno para Jordania y el Líbano, dos países que albergaban sendas poblaciones de refugiados palestinos tan numerosas como inquietas.

Para Israel, el resurgimiento del movimiento nacional palestino como una fuerza a tener en cuenta en Oriente Próximo y, cada vez más, en la escena mundial constituía una enorme ironía, en cuanto que su victoria de 1967 no había hecho sino contribuir a incrementar la beligerancia de la resistencia palestina. Esto representaba un cambio radical en comparación con el que había sido uno de los grandes éxitos israelíes del periodo 1948-1967: el hecho de que en aquellos años la propia cuestión de la nacionalidad palestina casi hubiera quedado eclipsada por completo en ambos ámbitos geográficos. El retorno de los palestinos, cuya desaparición habría

significado una decisiva victoria para el proyecto sionista, fue un hecho extremadamente desagradable para los líderes israelíes; tan desagradable como lo sería el regreso de cualquier población autóctona para cualquier iniciativa de ocupación colonial que creyera haberse librado de ella. La reconfortante idea de que «los viejos morirán y los jóvenes olvidarán» —una observación atribuida a David Ben-Gurión, es probable que erróneamente— expresa una de las más profundas aspiraciones de los líderes israelíes a partir de 1948. No sería así.

Si bien el resurgimiento palestino apenas suponía una mínima amenaza —por no decir ninguna— para Israel en términos estratégicos (por más que los ataques de los grupos militantes generaran serios problemas de seguridad), a nivel discursivo planteaba un reto completamente distinto; un reto de naturaleza existencial. El éxito definitivo del proyecto sionista, tal como lo definían sus más acérrimos partidarios, dependía en gran medida de la plena sustitución de Palestina por Israel. Para ellos, si existía Palestina, no podía existir Israel. En consecuencia, ahora Israel se veía obligado a centrar su poderosa maquinaria propagandística en un nuevo objetivo, y ello sin dejar de contrarrestar a la vez los esfuerzos de los Estados árabes. Dado que, desde la perspectiva sionista, el nombre de Palestina y la mera existencia de los palestinos constituían una amenaza letal para Israel, la tarea consistía en vincular estos dos términos de manera indeleble —en el caso de que se mencionaran en absoluto— al odio y el terrorismo antes que a una causa olvidada pero justa. Durante muchos años este tema constituiría el núcleo de una ofensiva de relaciones públicas que obtendría un notable éxito, especialmente en Estados Unidos.

Por último, el resurgimiento de la cuestión palestina vino a plantear un problema a la diplomacia estadounidense, que con la Resolución 242 de la ONU había optado por ignorarla y actuar como si los palestinos no existieran. Durante una década, a partir de entonces, Estados Unidos se esforzaría por mantener la cabeza escondida en la arena, incluso cuando

gran parte de la comunidad internacional empezó a otorgar cierto grado de reconocimiento al movimiento palestino. La postura de Estados Unidos, que se hallaba en sintonía con las declaradas preferencias israelíes, fue posible gracias a la escasa visibilidad que los palestinos habían dado a su propia causa en la escena estadounidense y a la debilidad del sentimiento propalestino en la opinión pública de dicho país. Al mismo tiempo, las diversas administraciones estadounidenses, desde Nixon en adelante, también apoyaron por distintos medios, de forma manifiesta o encubierta, las acciones militares dirigidas contra la OLP por parte de Israel, Jordania, Siria y diversas facciones libanesas.

Al lograr imponer su presencia en el mapa de Oriente Próximo pese a todos los esfuerzos de Israel, Estados Unidos y numerosos Gobiernos árabes, los palestinos consiguieron recuperar algo que durante mucho tiempo se les había negado, lo que Edward Said denominaba el «permiso para narrar»; esto es, el derecho a contar por sí mismos su propia historia, arrebatando el control sobre esta no solo al omnipresente relato de Israel en Occidente —en el que los palestinos apenas figuraban salvo como villanos (como, por ejemplo, en *Éxodo*)—, sino asimismo a los Gobiernos árabes. Durante muchos años, los Estados árabes habían asumido la versión palestina de la historia como propia, relatándola insulsamente como un conflicto entre Israel y ellos mismos en torno a una cuestión de fronteras y refugiados.[243]

Un aspecto de la rápida mejora de la suerte de su movimiento nacional que en general se ha pasado por alto es la eficacia de la estrategia de comunicación de los palestinos tanto en los países árabes como en el mundo en desarrollo y, en menor medida, en Europa y Occidente. En las Naciones Unidas, donde en la década de 1960 los países del tercer mundo tenían una presencia mucho mayor, esto se tradujo en un entorno más favorable a la causa palestina. Gracias a ello, empezó a reducirse la histórica brecha entre el éxito de los sionistas a la hora de modelar la opinión pública mundial y la

ineptitud palestina en ese mismo ámbito, debido en parte al aumento del número de palestinos inmersos en la cultura occidental o con experiencia en otras partes del mundo.

En el mundo árabe, el movimiento recibió un tremendo impulso en marzo de 1968, nueve meses después de la guerra, en una pequeña población jordana llamada Karameh (cuyo nombre árabe significa casualmente «dignidad»). En la que sería la mayor operación militar israelí desde la guerra, unos quince mil soldados con carros blindados, artillería y apoyo aéreo cruzaron el río Jordán para erradicar una concentración de combatientes palestinos que se habían establecido en Karameh y sus alrededores. Pero, de manera inesperada, los atacantes se toparon con una feroz resistencia por parte del ejército jordano y la OLP, que infligieron entre cien y doscientas bajas al aparentemente invencible ejército israelí y lo obligaron a retirarse dejando atrás varios tanques, vehículos de transporte blindados y otros equipos dañados.

A raíz de la desastrosa guerra producida apenas un año antes, este enfrentamiento relativamente menor, en el que los israelíes parecieron abandonar el campo de batalla en desbandada, electrizó al mundo árabe y revolucionó la imagen de los palestinos. Aunque fueron la artillería y los tanques jordanos, posicionados en las colinas que dominan el valle del Jordán, los que sin duda causaron un mayor daño a las fuerzas israelíes, casi toda la gloria de aquel episodio se la llevarían los palestinos que lucharon en la propia Karameh. La batalla de Karameh resultaría ser una bendición para la propaganda del movimiento de resistencia palestino, que publicitó con gran eficacia el enfrentamiento como una batalla por la dignidad árabe, humillada hasta entonces por los fracasos de los regímenes del mundo árabe. Como resultado, la resistencia palestina se vería encumbrada en toda la región.

La ironía de esta publicidad era que ni siquiera en su momento de mayor esplendor la OLP llegó a plantear ningún tipo de desafío militar a las

fuerzas israelíes, que derrotaron a los ejércitos árabes en el campo de batalla en todas y cada una de las guerras convencionales que libraron contra ellos. Por más que las fuerzas de la OLP lograran defenderse con éxito, como en Karameh, rara vez serían capaces de enfrentarse cara a cara durante mucho tiempo al que a fin de cuentas no dejaba de ser uno de los ejércitos más curtidos y mejor entrenados y equipados del mundo. Además, desde el comienzo de la lucha armada palestina en la década de 1960 hasta que, más tarde, la OLP renunciara a ella, la organización jamás logró desarrollar una estrategia guerrillera fructífera que pudiera contrarrestar la superioridad de las fuerzas convencionales de Israel o las limitaciones inherentes al hecho de tener su base en países árabes vulnerables a la presión militar israelí.

De hecho, el mayor éxito de la OLP en su apogeo a finales de la década de 1960 y durante la de 1970 se produjo en el ámbito de la diplomacia, pese a la negativa de Estados Unidos a relacionarse con los palestinos. Este logro fue visible no solo en el mundo árabe y el Bloque del Este, que desde finales de la década de 1960 proporcionaron un apoyo limitado a la OLP, sino también en buena parte del tercer mundo, en muchos países de Europa Occidental e incluso en la ONU, a pesar de la Resolución 242. Ahora, en la Asamblea General, la OLP podía reunir mayorías inmunes al veto que ejercía Estados Unidos en el Consejo de Seguridad. Tanto allí como en otros ámbitos la organización logró un alto nivel de reconocimiento diplomático, llegando incluso a obtener cierto éxito a la hora de aislar a Israel. En 1974 la Liga Árabe reconoció a la OLP como única representante legítima del pueblo palestino, al mismo tiempo que se abrían misiones de la organización en más de cien países. La invitación a Yasir Arafat para hablar ante la Asamblea General de la ONU, ese mismo año, constituiría el mayor éxito diplomático de la historia palestina tras muchas décadas de falta de reconocimiento por parte de la Sociedad de Naciones, la ONU y las grandes potencias.

Existen diferentes razones que explican estos limitados triunfos. En aquella época hubo varios destacados movimientos de liberación nacional en Argelia, África Meridional y el Sureste Asiático que obtuvieron apoyo en Occidente, en parte entre los jóvenes. El atractivo de la postura anticolonial y revolucionario-tercermundista de la OLP también halló resonancia en China, la Unión Soviética y sus satélites, los países del tercer mundo y sus representantes en la ONU.[244] En la mayoría de los países recién independizados de Asia y África se veía a los palestinos como otro pueblo que luchaba contra un proyecto de ocupación colonial respaldado por las potencias occidentales, y que, por tanto, merecía las simpatías de quienes acababan de liberarse del yugo colonial. En aquel momento, en el apogeo de la guerra de Vietnam, estas cuestiones ejercían un gran atractivo entre los jóvenes desencantados de Europa y Estados Unidos. Por último, la OLP también logró movilizar hasta cierto punto a los integrantes de la diáspora árabe y palestina en el continente americano, que se convertirían en defensores de la causa nacional.

Sin embargo, todas estas iniciativas toparon con serias limitaciones. Una de ellas fue la incapacidad de la OLP para dedicar suficiente energía, talento y recursos a la diplomacia y la información, pese a los avances logrados en estas áreas. La organización tampoco se esforzó lo bastante en comprender que los colectivos a los que debía dirigir sus esfuerzos se hallaban principalmente en Estados Unidos e Israel. Aquí la OLP terminó fracasando a la hora de superar la eficacia del relato rival generado por Israel y sus partidarios, que equiparaba *palestino* con *terrorista*.[245] La incapacidad de la OLP para entender la importancia de estos dos escenarios vitales empezaba por sus propios líderes. En Estados Unidos, toda una serie de respetados intelectuales de origen palestino —en particular Edward Said, Ibrahim Abu-Lughod, Walid Khalidi, Hisham Sharabi, Fouad Moughrabi y Samih Farsoun— intentaron repetidamente convencer a los líderes palestinos de que necesitaban tener en cuenta a la opinión pública

estadounidense y dedicarle los suficientes recursos y energías; pero fue en vano.

En una reunión celebrada en 1984 en Amán, el Consejo Nacional Palestino (CNP) —el órgano rector de la OLP, un grupo con sede en Estados Unidos en el que yo mismo participé— se esforzó en intentar convencer de ello a Yasir Arafat. Él acepto reunirse con nosotros y escuchó cortésmente hasta que, después de que hubieran transcurrido solo un par de minutos, entró un asistente y le susurró algo al oído. Entonces nos sacaron apresuradamente de allí mientras Arafat recibía a un tal Abu Abbas, líder del Frente para la Liberación de Palestina, una minúscula e insignificante facción que causó un gran daño a la causa palestina, pero que de hecho estaba a sueldo de Irak. Nuestra audiencia había finalizado, y con ello se evaporó la oportunidad de que aquel grupo de palestino-estadounidenses pudiéramos defender la importancia de ganarse a la opinión pública de Estados Unidos. En la equivocada lista de prioridades de los líderes de la OLP, los ejercicios de equilibrismo entre los Estados árabes en los que tanto descollaba Arafat eran más apremiantes que promover la causa palestina entre la opinión pública de la superpotencia mundial dominante.

A pesar de estas deficiencias, después de 1967 la causa palestina obtuvo algunos avances en Estados Unidos. Ello se debió en gran medida a los esfuerzos del mencionado grupo de intelectuales de origen palestino, que con gran eficacia lograron presentar el relato palestino en los campus universitarios, los medios alternativos y otros sectores de la opinión pública. Edward Said, en particular, ejerció una influencia descomunal, defendiendo elocuentemente la causa palestina de formas que los estadounidenses no habían oído nunca hasta entonces. Aunque ni él ni sus colegas palestino-estadounidenses pudieron lograr grandes avances en los principales medios de comunicación de Estados Unidos, que en general seguirían repitiendo el guion israelí, de hecho sentaron las bases que

posibilitarían una mayor comprensión de la perspectiva palestina en los años venideros.

Mientras la OLP parecía sumar una victoria diplomática y propagandística tras otra a partir de 1967, sus éxitos no se verían libres de oposición, y cada uno de ellos provocaría una feroz reacción antagónica de sus numerosos enemigos. La ya mencionada incursión de Israel en Karameh fue justamente una de sus primeras tentativas de contrarrestar el creciente estatus internacional de la OLP; otra fue un devastador ataque producido en el aeropuerto de Beirut en 1968. En 1970, los secuestros de aviones del FPLP y los excesos palestinos en Jordania precipitaron una desastrosa confrontación con el régimen hachemí que el movimiento de resistencia no estaba en condiciones de ganar. Enfrentado a una fuerza superior, y tras haber perdido parte de la simpatía popular de la que gozaba, aquel mismo año el movimiento fue expulsado de Amán en el que pasaría a conocerse como Septiembre Negro, y luego obligado a abandonar completamente Jordania en la primavera de 1971. Una de las víctimas de la debacle de Jordania fue el aura de fructífero dinamismo que algunos componentes del movimiento, en particular el FPLP, habían logrado mantener hasta aquel momento. Esta misma secuencia, en la que el movimiento de resistencia provocaba temerariamente a sus enemigos, suscitaba el rechazo del país anfitrión y finalmente era expulsado de este, se repetiría once años después en Beirut.

Mientras tanto, Israel seguiría llevando a cabo ataques de castigo contra Siria y el Líbano, países desde los que los palestinos continuaban organizando operaciones militares. Entre ellos se contaron una gran incursión terrestre en el sur del Líbano en 1972; el bombardeo aéreo en 1974 del campo de refugiados palestinos de Nabatiya, en el Líbano, que quedó completamente arrasado y no llegaría a reconstruirse nunca, y una invasión que desembocaría en la ocupación a largo plazo de varias áreas del sur del Líbano en 1978. Todas estas medidas contra la OLP se beneficiaron

de un apoyo sustancial por parte de Estados Unidos: tanto el Ejército israelí como el jordano recibieron suministros de armas estadounidenses, y ambos países gozaron del pleno respaldo diplomático de Estados Unidos.

Pero Estados Unidos también reaccionó de otras formas ante el incremento de la visibilidad de la OLP y lo que parecía ser la existencia de un bloque árabe unificado. Frente al apoyo de la URSS a la OLP y el bloque árabe, el presidente Nixon y su asesor de seguridad nacional —y más tarde secretario de Estado— Henry Kissinger hicieron grandes esfuerzos para debilitar los vínculos de la Unión Soviética con los que consideraban sus satélites árabes en Oriente Próximo. El eje central de esta estrategia tan característica de la Guerra Fría fue el intento de distanciar a Egipto de la URSS, alinearlo con Estados Unidos e inducirlo a aceptar un acuerdo de paz independiente con Israel. Cuando esta iniciativa de inspiración estadounidense finalmente cuajó a finales de la década de 1970, durante la administración Carter, tuvo el efecto de dividir al (teóricamente) unificado frente árabe y dejar a los palestinos y a otros actores árabes en una posición mucho más débil frente a Israel. En todo este proceso, Estados Unidos se atuvo a los criterios establecidos en la Resolución 242 de las Naciones Unidas, que excluían a los palestinos de cualquier participación en las potenciales negociaciones de cara a un acuerdo. Los responsables políticos estadounidenses se guiaron por su hostilidad a la OLP debido a su activismo y su alineación con la URSS, pero también por la intensa oposición de Israel a discutir cualquier aspecto relacionado con la cuestión palestina.

En lo sucesivo, la OLP se vería atrapada en un dilema: ¿cómo podría lograr las aspiraciones nacionales palestinas mediante la participación en un acuerdo de paz en Oriente Próximo cuando los términos internacionalmente reconocidos para tal acuerdo —esto es, la Resolución 242— negaban precisamente esas mismas aspiraciones? Era un dilema notoriamente similar al planteado por la Declaración Balfour y el Mandato de Palestina: a

fin de que se reconociera su existencia, los palestinos debían aceptar una fórmula internacional diseñada justamente para negarla.

Los pequeños grupos militantes que relanzaron el movimiento nacional palestino durante la década de 1950 y comienzos de la de 1960 planteaban unos objetivos muy sencillos para su lucha. Para ellos, Palestina había sido durante largo tiempo una tierra árabe con una mayoría árabe. A su población se le habían arrebatado injustamente sus hogares, sus posesiones, su patria y su derecho de autodeterminación. El principal objetivo de aquellos grupos era el retorno del pueblo palestino a su tierra natal, la restauración de sus derechos y la expulsión de quienes consideraban unos usurpadores. El término *retorno* era aquí fundamental, como seguiría siéndolo para los palestinos desde entonces. La mayoría de ellos no tenían en absoluto la percepción de que ahora hubiera en Palestina dos pueblos distintos, cada uno de ellos con sus propios derechos nacionales; para ellos los israelíes eran meros colonos, inmigrantes extranjeros en su país. Esta postura era un reflejo exacto de la de la mayoría de los israelíes, para quienes solo había un pueblo con derechos nacionales en Eretz Yisrael, la Tierra de Israel, y era el pueblo judío, mientras que los árabes no eran más que intrusos temporales. En la visión palestina, Israel era un proyecto de ocupación colonial que Occidente había ayudado a crear y al que había dado su apoyo (lo cual era cierto en gran medida), mientras que los judíos israelíes únicamente eran parte de un grupo religioso, no un pueblo ni una nación (lo que, en este caso, la exitosa creación de un poderoso Estado-nación con una fuerte identidad nacional demostraba que resultaba ser falso). En aquel momento los palestinos todavía no habían asimilado la realidad de una nueva entidad nacional en Palestina, en parte porque había ocurrido a sus expensas y con un ruinoso coste para ellos.

La culminación de este pensamiento sobre los objetivos de la lucha palestina se plasmó en la Carta Nacional (*Al-mithaq al-watani*) adoptada

por la OLP en 1964. La carta declaraba que Palestina era un país árabe donde los derechos nacionales pertenecían solo a quienes residían allí antes de 1917 y sus descendientes. Este grupo incluía a los judíos que en aquella fecha vivían en Palestina, pero no a los que habían inmigrado tras la Declaración Balfour, a los que, en consecuencia, se obligaría a marcharse. Desde esta perspectiva, la liberación implicaba revertir todo lo que había ocurrido en Palestina desde la Declaración Balfour, el Mandato británico, la partición del país y la Nakba. Implicaba retroceder en el tiempo y reconvertir Palestina de nuevo en un país árabe. Aunque las ideas que encarnaba la carta reflejaban el sentimiento que en aquel momento compartían buena parte de los palestinos, probablemente la mayoría de ellos, se trataba de un documento adoptado por un organismo creado por la Liga Árabe y que, por lo tanto, ni habían elegido los propios palestinos ni de hecho los representaba.

Estos objetivos cambiarían rápidamente con la evolución de las circunstancias y las transformaciones que experimentaría la política palestina a partir de 1964. Cuando Fatah y los otros grupos de resistencia se hicieron con el control de la OLP, en 1968, el movimiento nacional formuló un nuevo objetivo, pasando a defender la idea de Palestina como un solo Estado democrático para todos sus ciudadanos, tanto árabes como judíos (algunas versiones hacían referencia a un Estado democrático laico). Esta nueva concepción pretendía desbancar los objetivos establecidos en la Carta Nacional, admitiendo ahora que los judíos israelíes habían adquirido el derecho a vivir en Palestina y no se los podía obligar a marcharse. El cambio también tenía por objeto renovar la imagen de la OLP y ganarse a los israelíes, que la Carta Nacional de 1964 trataba como si no existieran. La declaración de que tanto los árabes como los judíos que vivían en Palestina tenían derecho a ser ciudadanos iguales del país representaba una evolución importante en la ideología del movimiento. Sin embargo, la propuesta del Estado democrático único no reconocía a los israelíes como

un pueblo con derechos nacionales, ni aceptaba la legitimidad del Estado de Israel ni del sionismo.

Con el tiempo, este nuevo objetivo llegaría a ser ampliamente aceptado por los palestinos y se encarnaría en sucesivas declaraciones autorizadas de la política de la OLP plasmadas en sendas resoluciones del Consejo Nacional Palestino. Y al final terminaría reemplazando por completo a la carta, que de ese modo quedaría obsoleta. Pese a ello, estos importantes cambios serían tercamente ignorados por los adversarios de la OLP, que durante décadas continuarían machacando con las disposiciones originales de la carta. Por otra parte, el cambio de planteamiento no suscitó demasiado entusiasmo entre la mayoría de los israelíes, ni tampoco logró convencer a muchos en Occidente. Una vez más, la incapacidad de los líderes de la OLP para comprender la importancia de estos colectivos, y su falta de predisposición a dedicar suficientes recursos a explicarles el significado de aquella evolución a fin de ganárselos, acabó condenando al fracaso cualquier intento de convencer a otros de la validez de sus objetivos.

Y lo que es aún más importante: lograr un objetivo de tal magnitud requeriría la disolución de Israel y su sustitución por un nuevo Estado de Palestina. Eso implicaría anular lo que desde 1947 se había convertido en un consenso generalizado internacional en torno a la existencia de Israel como Estado judío, tal como especificaba el texto de la Resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Solo un cambio revolucionario en el equilibrio de fuerzas tanto dentro de Israel como a escala global podría lograr tal fin, algo que los palestinos difícilmente podrían conseguir o siquiera intentar por sí solos. Y en ese aspecto no podían contar con sus hermanos de los regímenes árabes. Los Estados árabes radicales, como Siria, Irak y Libia, seguían haciendo grandes proclamas en lo referente a la causa palestina, pero su retórica era vacua. Lo que en realidad hacían esos Estados era sabotear a la OLP patrocinando grupos terroristas de carácter nihilista, como la organización Abu Nidal, que

mataba a israelíes y judíos de forma indiscriminada y asesinó a numerosos líderes de la OLP. En cuanto al resto de los principales Estados árabes, Egipto y Jordania, con el apoyo de Arabia Saudí, aceptaron la Resolución 242 en 1970, mientras que Siria hizo lo propio en 1973. Esta importante novedad (de la que los israelíes no acusarían recibo) equivalía al reconocimiento *de facto* de Israel por parte de dichos Estados, al menos con las fronteras del armisticio de 1949. La disonancia entre este cambio radical por parte de varios importantes Estados árabes y la postura que mantenía la OLP tendría graves consecuencias para los palestinos.

Los cambios producidos en las circunstancias regionales llevaron a muchos líderes de la OLP a contemplar una nueva modificación de sus objetivos. Fueron varios los factores que influyeron en ello: la incapacidad de la OLP para mantener una guerrilla eficaz contra Israel tras la pérdida de sus bases en Jordania; la creciente aceptación por parte de los Estados árabes de que el conflicto con Israel no era un conflicto existencial, sino una simple confrontación entre Estados por una cuestión de fronteras; y la presión ejercida sobre la OLP, tanto en el mundo árabe como en el ámbito internacional, para que se conformara con unos objetivos más limitados. En la cumbre de la Liga Árabe celebrada en Jartum en 1967, esta organización había declarado que no habría paz, ni reconocimiento del Estado israelí ni negociaciones con Israel (los «tres noes» que tanto repetiría la propaganda israelí). A la hora de la verdad, Egipto y Jordania aceptaron negociar con Israel con la mediación del enviado especial de las Naciones Unidas Gunnar Jarring y, más tarde, del secretario de Estado estadounidense William Rogers. Pese a lo que se dijera en la cumbre de Jartum, al aceptar la Resolución 242, el más poderoso de los países árabes limítrofes con Israel admitía ya de entrada que su vecino tenía derecho a gozar de unas fronteras seguras e internacionalmente reconocidas. A los Estados árabes e Israel solo les quedaba la tarea de negociar esas fronteras y los demás términos de un acuerdo. Las enérgicas medidas que emprendió Jordania contra los

palestinos en septiembre de 1970, aunque provocadas por los secuestros de aviones del FPLP, pretendían, entre otras cosas, castigarlos por no aceptar las nuevas limitaciones que exigían los objetivos de los principales Estados árabes.

A comienzos de la década de 1970, los miembros de la OLP respondieron a todas esas presiones, en particular a la insistencia de la Unión Soviética, lanzando la idea de la creación de un Estado palestino que conviviría con Israel, lo que en la práctica resucitaba la denominada «solución de dos Estados». Este planteamiento gozaba del apoyo sobre todo del Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP, que se había escindido del FPLP en 1969), junto con el de otros grupos respaldados por Siria, y había sido discretamente alentado por los líderes de Fatah. Aunque inicialmente había habido cierta resistencia a la solución de dos Estados por parte del FPLP y de algunos cuadros de Fatah, con el tiempo se hizo evidente que Arafat la respaldaba, al igual que otros líderes. Esto marcaría el comienzo de un prolongado y lento proceso de alejamiento del objetivo maximalista del Estado democrático, con sus implicaciones revolucionarias, para acercarse al objetivo, aparentemente más pragmático, de la existencia de un Estado palestino junto al israelí, que se lograría mediante negociaciones basadas en la Resolución 242.

El camino hasta adoptar este cambio de postura radical no fue fácil para la OLP. Solo después de que el movimiento nacional palestino sufriera algunos de los reveses más severos infligidos desde la Nakba, la organización llegó a aceptar el planteamiento de los dos Estados basado en la Resolución 242. Dichos reveses se produjeron en rápida sucesión durante la guerra civil libanesa. Si bien esta se inició oficialmente en abril de 1975, para los palestinos comenzó de hecho dos años antes, el 10 de abril de 1973, con el asesinato de tres líderes de la OLP en sus residencias en la zona occidental de Beirut a manos de sendos comandos israelíes dirigidos

por Ehud Barak (más tarde, primer ministro de Israel).[246] La multitud de palestinos y libaneses que asistieron a los funerales de los políticos asesinados —el poeta y portavoz de la OLP Kamal Nasser y los líderes de Fatah Kamal Adwan y Abu Youssef Najjar— fue inmensa. Mientras caminaba junto a aquella masa de dolientes, no me sorprendió ver que era aún más numerosa que la que había acompañado los restos mortales de Ghassan Kanafani.

Estos cuatro hombres se contaban entre las decenas de líderes y cuadros palestinos que cayeron víctimas de los escuadrones de asesinato del Mossad. Es cierto que también hubo grupos presuntamente palestinos que asesinaron a otras figuras de la política palestina, entre ellas, tres miembros del Comité Central de Fatah y los embajadores de la OLP en Londres y ante la Internacional Socialista. Pero estos grupos actuaban como agentes de los tres regímenes árabes dictatoriales —los de Háfez al-Ásad en Siria, Sadam Huseín en Irak y Muamar el Gadafi en Libia—, que proclamaban ostentosamente su apoyo a la causa palestina a la vez que infligían un duro trato a la OLP. Estos tres regímenes patrocinaron en diferentes momentos a los pistoleros de la organización Abu Nidal, responsable de la mayoría de estos asesinatos, y de otros grupúsculos disidentes.

Si bien el impacto de estos asesinatos perpetrados por Israel y las potencias árabes hostiles revela conjuntamente la extraordinaria dificultad del camino recorrido por el movimiento nacional palestino, existe una importante diferencia entre ellos. Los Estados árabes que utilizaban tales medios pretendían doblegar a la OLP a su propia voluntad, empleando la fuerza bruta si hacía falta, como cuando en 1976 el régimen de Al-Ásad envió tropas para enfrentarse a la organización en el Líbano. Sin embargo, actuaban basándose en una fría y calculada razón de Estado; no querían destruir a la OLP ni extinguir la causa palestina. El caso de Israel era completamente distinto, por cuanto su objetivo había sido en todo momento justamente ese. Su arraigada política de liquidar a los líderes palestinos,

heredada del movimiento sionista en la última etapa del Mandato británico, aspiraba a eliminar demográfica, ideológica y políticamente la realidad palestina. En consecuencia, los asesinatos constituían un elemento crucial en las ambiciones israelíes de transformar todo el país, desde el río hasta el mar, de tal modo que pasara de ser un Estado árabe a convertirse en uno judío. Por utilizar una vez más el término popularizado por Baruch Kimmerling, era un ejemplo de *politicidio* en su forma más literal.

Como prueba del alcance de esta campaña de liquidaciones, hoy disponemos de dos nuevas fuentes documentales relacionadas con estos hechos, una de ellas basada en material clasificado militar y de inteligencia israelí. Entre muchas otras novedades, esta última contiene una serie de sensacionales revelaciones sobre repetidos intentos de asesinar a Yasir Arafat.[247] El pretexto de que este tipo de asesinatos pretendían asestar un golpe al «terrorismo» sencillamente no cuela cuando el objetivo es el líder de un movimiento nacional, a menos que el propósito sea destruir dicho movimiento. Los líderes de otros movimientos anticolonialistas eran sistemáticamente vilipendiados por sus amos coloniales en parecidos términos —tildándolos de terroristas, bandidos y asesinos—, ya fueran irlandeses, indios, kenianos o argelinos. De manera similar, la anatematización israelí de la OLP como «terrorista» servía como justificación para su erradicación. Las declaraciones que hizo en privado el ministro de Defensa israelí Ariel Sharón en 1982 sobre la presencia de «terroristas» palestinos en Beirut no podrían ser más claras al respecto.[248]

La justificación de los asesinatos como un mecanismo de protección necesario frente a los terroristas —que te matarían si no los matabas a ellos antes— parece igualmente vacía de contenido si se tiene en cuenta el hecho de que muchas de las personas asesinadas (como, por ejemplo, Ghassan Kanafani y Kamal Nasser o representantes de la OLP en el extranjero como Mahmoud Hamshari y Wael Zuaytir) eran intelectuales defensores de la causa palestina, no combatientes militares. Sus iniciativas artísticas se

hallaban vinculadas a sus actividades políticas, al tiempo que las complementaban: Kanafani era un novelista y pintor de talento; Nasser era poeta; Zuaytir, escritor y traductor en ciernes. No se trataba en absoluto de «terroristas», sino de las voces más prominentes del movimiento nacional palestino; voces que Israel estaba decidido a acallar.

En el Líbano, a los asesinatos de Nasser, Adwan y Najjar producidos en abril de 1973 los siguió, un mes después, un enfrentamiento armado con el ejército libanés durante el cual la fuerza aérea bombardeó los campos de refugiados palestinos de Sabra y Shatila, situados en la periferia sur de Beirut. A lo largo de toda la guerra civil libanesa, que se prolongaría hasta 1990, los campos de refugiados y centros de población palestinos constituirían un objetivo frecuente: serían sitiados, devastados o bien escenario de matanzas y expulsiones forzosas. Tel al-Zaatar, Karantina, Dbaye, Jisr al-Basha, Ain al-Hilwa, Sabra y Shatila…, los palestinos sufrieron tales atrocidades en todos estos lugares. La guerra también trajo horribles masacres de cristianos libaneses a manos de diversas facciones de la OLP y sus aliados libaneses, entre las que destaca la perpetrada en Damour en enero de 1976, donde cientos de cristianos fueron asesinados y la ciudad fue saqueada y expoliada.

Tel al-Zaatar era el mayor, el más pobre y el más aislado de los campos de refugiados palestinos del área de Beirut, con una población de unos veinte mil palestinos y probablemente alrededor de diez mil libaneses empobrecidos, principalmente chiíes del sur del país. Estaba ubicado en el barrio de Dikwaneh, en la parte oriental de Beirut, una zona habitada principalmente por maronitas libaneses que simpatizaban con el Partido de las Falanges Libanesas, de ideología derechista y antipalestina. En los años previos a la guerra civil yo vivía en Beirut con mi esposa, Mona, primero trabajando en mi tesis doctoral y luego dando clase en la Universidad Libanesa y la Universidad Americana. Junto con un grupo de amigos —palestinos estudiantes de posgrado y residentes de Tel al-Zaatar—,

habíamos abierto el primer jardín de infancia del campo, que contaba con el respaldo de Jamiyat Inaash al-Mukhayam, una organización benéfica palestino-libanesa.

Las relaciones entre los habitantes del campo y los residentes de las zonas circundantes se fueron haciendo cada vez más tensas a medida que se deterioraba la situación en el Líbano, y en mayo de 1973 resultaba evidente que Tel al-Zaatar y los cercanos campos de refugiados de Dbaye y Jisr al-Basha, al igual que la comunidad palestina del área de Karantina, se hallaban en territorio decididamente hostil, entre otras cosas, porque a los vecinos les molestaba sobremanera la presencia de milicianos palestinos fuertemente armados en los campamentos. En aquellas peligrosas circunstancias, a todos nos preocupaba la seguridad de los niños pequeños que asistían al jardín de infancia, de modo que excavamos un refugio bajo el centro. Varios otros grupos, y a la larga la propia OLP, también construyeron refugios, que salvarían muchas vidas cuando en 1975 estallara la guerra en todo su apogeo.

Un domingo de abril de aquel año, Mona y yo estábamos almorzando en Tel al-Zaatar, en casa de los padres de nuestro amigo Qasim, cuando nos enteramos de que se había producido un incidente en la carretera que llevaba al campamento, que discurría a través del barrio de mayoría maronita de Ain al-Rummaneh. Nos aconsejaron que nos fuéramos de inmediato de allí. Mientras volvíamos a Beirut Oeste en nuestro viejo Volkswagen Escarabajo, vimos un minibús detenido en mitad de la carretera en una posición extraña. En su camino de regreso a Tel al-Zaatar había sufrido una emboscada a manos de milicianos falangistas, que habían matado a sus veintisiete pasajeros. Luego se supo que aquel era un acto de represalia de los falangistas por un tiroteo producido en una iglesia maronita cercana en el que había estado presente su líder, Pierre Gemayel. [249] Así estalló en el Líbano una guerra civil que se prolongaría durante quince años.

Jamás regresaríamos a Tel al-Zaatar. Tras verse asediado por las que pasarían a autodenominarse Fuerzas Libanesas —lideradas por el hijo de Pierre Gemayel, Bashir—, en agosto de 1976 el campo fue invadido y toda su población, expulsada. Se calcula que murieron unas dos mil personas en la que probablemente fue la mayor masacre producida a lo largo de la guerra. Algunos murieron durante el asedio; otros cuando huían del campo y otros en los puestos de control de las Fuerzas Libanesas, donde, tras detener a los palestinos, se los llevaba a otro lugar para matarlos. Dos de las maestras de nuestro jardín de infancia murieron de ese modo, al igual que Jihad, la sobrina de once años de Qasim, que fue secuestrada y asesinada en un control de carretera junto con su madre.

Las Fuerzas Libanesas perpetraron la masacre de Tel al-Zaatar con el apoyo encubierto de Israel. Años después, en 1982, al verse cuestionado en el Parlamento por varios líderes del Partido Laborista, Ariel Sharón justificaría su postura en relación con las célebres masacres de Sabra y Shatila, producidas en septiembre de aquel año (en las que murieron más de mil civiles), aduciendo el anterior apoyo del Gobierno israelí a las Falanges Libanesas cuando en 1976 se perpetró la matanza de Tel al-Zaatar.[250] En una reunión secreta de la Comisión de Defensa y Asuntos Exteriores de la Knéset, Sharón reveló que varios oficiales de la inteligencia militar israelí, que estaban presentes cuando tuvo lugar la masacre de Tel al-Zaatar, informaron de que las Falanges mataban a la gente «con las armas que nosotros les proporcionamos y las fuerzas que les ayudamos a construir».[251] Luego, Sharón le dijo a Shimon Peres, el líder del Partido Laborista, que por entonces estaba en la oposición, pero que había ostentado el poder en 1976:

> Ustedes y nosotros actuamos de acuerdo con los mismos principios morales […]. Los falangistas asesinaron en Shatila y los falangistas asesinaron en Tel Zaatar. El vínculo es de naturaleza moral: debemos involucrarnos con los falangistas o no. Ustedes los apoyaron, y siguieron haciéndolo después de Tel Zaatar.[252]

Aunque es probable que los oficiales militares y de inteligencia israelíes no estuvieran dentro de los campamentos —como declaró Sharón a la comisión de la Knéset—, sin duda estaban presentes en los puestos de mando desde los que se dirigieron ambas operaciones. Según Hassan Sabri al-Kholi, el horrorizado mediador de la Liga Árabe en el Líbano, que estuvo en el centro de operaciones de las Fuerzas Libanesas e intentó detener la masacre de 1976 sobre la marcha, en aquel momento también estaban allí varios oficiales israelíes y dos miembros del personal de enlace sirio, el coronel Ali Madani y el coronel Muhammad Kholi.[253] Pocas imágenes resultan tan emblemáticas de las dificultades que hubieron de afrontar los palestinos durante la guerra libanesa que la de los oficiales israelíes y sirios —que debían su coexistencia en el Líbano a la mediación de Henry Kissinger con el propósito de «romperle la columna» a la OLP—[254] observando cómo los comandantes de las Fuerzas Libanesas dirigían una matanza en un campo de refugiados palestinos. Pero, como diría el propio Kissinger en otro contexto, «no hay que confundir la acción encubierta con la labor misionera».[255]

La guerra del Líbano tuvo múltiples protagonistas, libaneses o no, cada uno de los cuales aspiraba a sus propios fines; pero para un buen número la OLP constituiría uno de sus principales objetivos. En el caso de los libaneses que se oponían a la organización, la mayoría de ellos cristianos maronitas, la resistencia a la presencia armada palestina se planteó en nombre del nacionalismo y la independencia libaneses. Dado que la mayoría de los refugiados palestinos en el Líbano eran musulmanes sunníes y dado que la OLP —declaradamente laica— estaba aliada con grupos izquierdistas y musulmanes libaneses, los maronitas temían una posible alteración del sistema político-religioso del país, que el Mandato francés había amañado en beneficio suyo a principios de la década de 1920.

Para Siria, el Líbano constituía un punto estratégico vital que aspiraba a dominar, un potencial foco de vulnerabilidad en el conflicto con Israel y el

escenario de su lucha con la OLP por el liderazgo del frente árabe antiisraelí. Estas cuestiones se harían más cruciales para Damasco en la medida en que Egipto se decantaba inexorablemente en favor de un acuerdo de paz independiente con Israel y se convertía de hecho en el Estado satélite de Estados Unidos que ha sido desde entonces. Mientras perdía a su aliado egipcio, Siria necesitaba encontrar un nuevo contrapeso frente a Israel, y probablemente la dominación del Líbano, Jordania y los palestinos parecía la única opción viable. La ilimitada desconfianza existente entre Arafat y el presidente sirio Háfez al-Ásad no hizo sino exacerbar esta situación, como lo hizo el hecho de que la OLP respaldara a las formaciones izquierdistas libanesas, que gracias a ello pudieron adoptar una mayor independencia de Damasco.

Para el Gobierno israelí, la implicación directa e indirecta en la guerra del Líbano representaba una buena oportunidad para adquirir vínculos clientelares con determinados sectores libaneses, desarrollar una nueva esfera de influencia y debilitar a Siria y sus aliados. Y lo que es aún más importante: la guerra también le permitía tomar represalias contra los ataques esporádicos contra israelíes que llevaba a cabo la OLP, socavando así a la organización y quizá incluso paralizándola. Al mismo tiempo, esto también neutralizaría la amenaza que representaba el nacionalismo palestino para el control permanente israelí de los Territorios Ocupados, donde varios millones más de palestinos descontentos se veían sometidos al dominio de Israel desde 1967. Los ataques que la OLP lanzaba desde el Líbano, y que en ocasiones tenían como objetivo a civiles, supondrían para los diferentes Gobiernos israelíes la única provocación que necesitaban para justificar las intervenciones contra su vecino del norte. Los métodos empleados por Israel en dichas intervenciones irían desde el apoyo directo en forma de armas y entrenamiento a los enemigos de la OLP, especialmente las Fuerzas Libanesas (que, según una fuente oficial israelí, recibieron equipamiento por valor de 118,5 millones de dólares y

entrenamiento para 1.300 milicianos),[256] hasta una serie de asesinatos y atentados con coches bomba que mataron tanto a líderes palestinos como a incontables civiles. Varios miembros de alto rango del Ejército y la inteligencia israelíes revelarían detalles de algunas de esas operaciones en un libro en el que el capítulo sobre el Líbano lleva por título «Una jauría de perros salvajes».[257] La expresión hace referencia al modo como los agentes israelíes describían a sus aliados de las Fuerzas Libanesas, a los que recurrieron para llevar a cabo un buen número de las más espantosas de aquellas mortíferas operaciones.

Estados Unidos respaldó los objetivos de Israel en el Líbano primero durante los mandatos de Nixon, Ford y Kissinger y, más tarde, de Carter, Vance y Brzezinski, como lo haría asimismo durante la administración de Reagan. La política estadounidense en Oriente Próximo tenía dos objetivos prioritarios: ganarse al más importante de los Estados árabes, Egipto, alejándolo de la órbita de la Unión Soviética e impidiendo al mismo tiempo que el conflicto de Oriente Próximo complicara la distensión con la URSS. Esto requería convencer a Egipto de que reconociera a Israel. Una absoluta sintonía de Egipto con Estados Unidos permitiría a los líderes estadounidenses afirmar que habían ganado la Guerra Fría en Oriente Próximo mientras establecían la *Pax americana* en la región. Dada la magnitud e importancia que tenían para Washington estos objetivos estratégicos, la oposición de la OLP constituía un obstáculo relativamente menor, y lo cierto es que en Oriente Próximo había numerosos actores que estaban encantados de ayudar a Estados Unidos actuando contra la organización.

Con la aprobación explícita de Estados Unidos, uno de dichos actores, Siria, lanzó un ataque militar directo contra la OLP en territorio libanés en 1976, cuando ya se había iniciado la guerra civil en el Líbano. Mientras Washington y Siria trabajaban para alcanzar un entendimiento sobre aquella intervención, Kissinger dejó claro cuáles eran los objetivos de Estados

Unidos: «Podríamos dejar que los sirios actúen y le rompan la columna a la OLP». Aquella era —declaró— «una oportunidad estratégica que vamos a desaprovechar».[258] Al final Estados Unidos no desaprovechó la oportunidad, y las tropas sirias libraron varias batallas campales con comandos palestinos en Sidón, las montañas del Shouf y otros lugares. Esta intervención siria solo fue posible gracias a que Kissinger persuadió a Israel de que no se opusiera a ella mediante un acuerdo tácito sobre determinadas «líneas rojas» que establecían límites geográficos al avance sirio.[259]

La participación estadounidense en actividades hostiles contra los palestinos venía de mucho antes de que el país diera su visto bueno a la intervención siria de 1976. Henry Kissinger no tenía sitio para la OLP ni para la resolución del problema palestino en su plan para Oriente Próximo, basado en los criterios de la Guerra Fría. Para él, los palestinos —aliados con los soviéticos y los regímenes árabes «radicales»— eran en el peor de los casos un obstáculo que debía eliminarse, y en el mejor, un problema que debía ignorarse. A fin de impulsar los objetivos de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría y su resuelta determinación de alcanzarlos, Kissinger desempeñó un papel crucial en la negociación de tres importantes acuerdos de retirada de tropas entre Israel, Egipto y Siria tras la guerra de 1973, que serían precursores de un tratado de paz bilateral egipcio-israelí. Para lograr sus fines, el secretario de Estado estadounidense solo tenía que contener la cuestión palestina, evitar que interfiriera en su diplomacia y hacerla manejable, si era necesario, mediante el uso de la fuerza ejercida a través de terceras partes.

Fue justamente eso lo que ocurrió en Jordania desde finales de la década de 1960 hasta 1971 y, más tarde, en el Líbano, entre principios y mediados de la década de 1970, cuando la OLP se opuso a la deriva de Egipto —alentada por Estados Unidos— hacia un acuerdo directo con Israel. En ambos casos, Kissinger se confabuló con los aliados locales de Estados

Unidos para aplastar al movimiento palestino; tras ellos, en la sombra, a veces asumiendo incluso una responsabilidad indirecta, se hallaba el Gobierno estadounidense.

Sin embargo, Kissinger admitiría en sus memorias que, «al fin y al cabo, el origen de la crisis era la suerte» de los palestinos, y, tal como puede atestiguar cualquiera que haya seguido su larga trayectoria profesional, siempre ha sido un pragmático.[260] Incluso cuando estaba negociando los términos de la intervención militar siria contra los palestinos en 1975, Kissinger también autorizó el inicio de conversaciones secretas e indirectas con la OLP. Los contactos habían de ser necesariamente clandestinos debido a una promesa que el secretario de Estado estadounidense había hecho en un memorando de acuerdo secreto entre Estados Unidos e Israel en septiembre del mismo año. Según aquel compromiso, Estados Unidos prometía no «reconocer a la Organización para la Liberación de Palestina ni negociar con ella» hasta que la OLP reconociera el «derecho a existir» de Israel, abjurara del uso de la fuerza (calificado de terrorismo) y aceptara las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (la segunda de ellas, aprobada en 1973, reafirmaba los postulados de la Resolución 242 y abogaba en favor del inicio de «negociaciones […] entre las partes afectadas bajo los auspicios apropiados», es decir, la celebración de una conferencia de paz multilateral, que posteriormente se convocaría en Ginebra).[261]

A pesar de esta promesa clandestina a Israel, poco después Kissinger le pidió al presidente Gerald Ford que aprobara que Estados Unidos entablara contactos con la OLP, argumentando: «No habría ningún cambio en nuestra postura con respecto a la OLP en la cuestión de Oriente Medio, pero no hemos adquirido ningún compromiso con Israel que nos impida hablar con la OLP exclusivamente sobre la situación del Líbano».[262] Aparentemente, el propósito de los contactos era garantizar la seguridad de la embajada de Estados Unidos en Beirut y de los ciudadanos estadounidenses durante la

guerra civil libanesa, cosa que la OLP se comprometió a hacer. Desde entonces, y durante varios años, existiría una amplia coordinación entre el personal de inteligencia de las dos partes en torno a dicha seguridad, que se encargaría de proporcionar la OLP. Cuando se conoció este acuerdo, la respuesta de Israel fue tremendamente crítica, pero el Gobierno estadounidense se apresuró a reafirmar su carácter restringido. Aun así, los contactos entre Estados Unidos y la OLP no tardarían en extenderse mucho más allá de los limitados objetivos originales para pasar a abarcar el conjunto de la situación política del Líbano. En 1977, el embajador de Estados Unidos en Beirut, Richard Parker, recibió el encargo de mantener contactos en relación con varios temas políticos a través de diversos intermediarios afiliados a la OLP, entre ellos, un profesor de la Universidad Americana de Beirut y un destacado empresario palestino.

Sin duda, pese a las justificaciones de Kissinger, las conversaciones de Estados Unidos con la OLP violaban los términos del memorando de acuerdo con Israel firmado en 1975.[263] Cuando el Gobierno israelí descubrió lo que estaba ocurriendo, reaccionó de forma contundente a lo que concebía como una traición. En enero de 1979, un grupo de agentes israelíes asesinaron en Beirut a Abu Hassan Salameh, la figura clave de la OLP en los contactos con Estados Unidos, haciendo estallar su coche con una «enorme explosión» que provocó una «bola de fuego». Salameh había sido el jefe de la Fuerza 17, el servicio de seguridad personal de Yasir Arafat, e Israel afirmó que había estado implicado en el atentado perpetrado en 1972 contra los atletas israelíes que participaban en los Juegos Olímpicos de Múnich. Sin embargo, cierta versión de los hechos basada en entrevistas con oficiales de inteligencia israelíes involucrados en la operación afirma que «a la larga el Mossad llegó a la conclusión de que "cortar ese canal era importante […] para dar a entender a los estadounidenses que esa no era forma de comportarse con los amigos"». [264] El asesinato no puso fin a los contactos, pero a partir de entonces estos

se rodearían de un secretismo aún mayor, puesto que tanto Estados Unidos como la OLP captaron la contundente indirecta israelí.

En 1978, John Gunther Dean, sucesor de Parker como embajador en el Líbano, recibió la orden de proseguir con los canales de comunicación abiertos, que se ampliaron para incluir las primeras interacciones directas entre funcionarios estadounidenses y de la OLP, además de abordar un abanico aún más amplio de cuestiones políticas, entre las que figuraban los términos para la aceptación de la Resolución 242 por parte de la OLP y el reconocimiento de la organización por parte de Estados Unidos, la inclusión de la OLP en las negociaciones de paz, la revolución islámica iraní y la liberación de los rehenes estadounidenses retenidos en Teherán. Durante al menos cuatro años Estados Unidos siguió negociando clandestinamente con la OLP a pesar de sus compromisos con Israel.

El propio Dean sería objeto de un intento de asesinato en 1980. Aunque se atribuyó la responsabilidad del atentado un grupo autodenominado Frente para Liberar al Líbano de los Extranjeros, posteriormente, en varias entrevistas con fuentes de la inteligencia israelí, se identificaría a este grupo como una operación controlada por Israel.[265] Dean siempre sostendría que Israel estaba detrás de la tentativa de homicidio, y esta prueba, junto con el asesinato por parte de Israel de varios palestinos involucrados también en contactos con Estados Unidos, parece confirmar su afirmación.[266]

Parte de la correspondencia que Dean mantuvo con el Departamento de Estado estadounidense en 1979, a la que el primero me proporcionó acceso, ilustra el alcance de los contactos entre Estados Unidos y la OLP en diversos aspectos que no se ven plenamente reflejados en la fuente documental oficial del Departamento de Estado, *Relaciones exteriores de los Estados Unidos*.[267] Dicha correspondencia incluye, por ejemplo, extensas conversaciones sobre los esfuerzos de la OLP para liberar a los rehenes estadounidenses retenidos en la embajada de Estados Unidos en Teherán (algunos de los cuales parece ser que fueron liberados, al menos en

parte, gracias a la intercesión palestina ante el régimen revolucionario iraní). Aunque los contactos se iniciaron a través de intermediarios, a la larga desembocaron en diversos encuentros directos que reunieron a Dean con varios miembros de la OLP, entre otros el brigadier Saad Sayel (Abu al-Walid), antiguo oficial del Ejército jordano y luego jefe del Estado Mayor y el militar de mayor rango de la organización.[268] También este último sería asesinado más tarde, quizá por agentes sirios o posiblemente israelíes.

El tono de la correspondencia no era menos importante que su extensión y alcance. Los intermediarios palestinos involucrados hablaron extensamente con Dean y uno de sus colegas sobre los términos de la aceptación de la Resolución 242 por parte de la OLP (la organización estaba dispuesta a hacerlo, aunque con algunas reservas) y acerca de cómo eso podría dar lugar a contactos oficiales y abiertos entre Estados Unidos y Palestina. Sin embargo, nunca se llegaría a un acuerdo en este tema. Los palestinos involucrados transmitieron repetidamente el deseo de la OLP de que Washington reconociera sus esfuerzos en nombre de los intereses estadounidenses, pero Dean solo recibió autorización para expresar la gratitud de su Gobierno por las garantías de seguridad proporcionadas a las instituciones estadounidenses. Estados Unidos nunca llegaría a ofrecer la recompensa política por tales servicios que aparentemente esperaban los líderes palestinos.

En octubre de 1977, mientras se llevaban a cabo los contactos de Estados Unidos con la OLP en Beirut, la administración del presidente Jimmy Carter, que intentaba celebrar una conferencia de paz multilateral sobre Oriente Próximo en Ginebra, hizo público un comunicado conjunto con la URSS. El comunicado resultaba novedoso por cuanto hacía referencia a la participación de representantes de todas las partes involucradas en el conflicto, incluidos «los del pueblo palestino». Unas declaraciones que había hecho Carter unos meses antes, abogando en favor de una patria para

los palestinos, señalaban ya un cambio de tono en Washington. Sin embargo, bajo las presiones del recién elegido Gobierno del Likud en Israel, liderado por Menájem Beguín, y del presidente egipcio Anwar el-Sadat, la administración estadounidense no tardaría en abandonar su postura favorable a un acuerdo integral y a la inclusión de los palestinos en las negociaciones,[269] optando en su lugar por el proceso bilateral de Camp David, que desembocaría en el tratado de paz independiente egipcio-israelí de 1979.

Este proceso fue diseñado específicamente por Beguín para inmovilizar a la OLP, permitir la colonización sin trabas de los Territorios Ocupados en 1967 y dejar el problema de Palestina en el limbo, donde permanecería durante más de una década. Aunque Sadat y los funcionarios estadounidenses protestaron débilmente por el hecho de que se marginara la cuestión palestina, cuya importancia había subrayado Carter ya al inicio de su presidencia, al final terminaron cediendo. Para Sadat, el tratado restituía a Egipto la península del Sinaí. Para Beguín, la paz bilateral con Egipto reforzaba el control israelí sobre el resto de los Territorios Ocupados y eliminaba de forma permanente a Egipto del conflicto árabe-israelí. Para Estados Unidos, el tratado venía a completar el alejamiento de Egipto del bando soviético y su acercamiento al estadounidense, desactivando los aspectos más peligrosos del conflicto de las superpotencias en Oriente Próximo.

Dada la vital importancia de estos objetivos nacionales para las tres partes implicadas, a Beguín se le permitió dictar los términos en lo relativo a Palestina tanto en Camp David como en el tratado de paz de 1979.[270] Todo esto resultó manifiesto para los líderes de la OLP, y las siguientes fases de su interacción indirecta con el Gobierno estadounidense reflejarían su creciente amargura al comprobar que su cooperación en el Líbano, lejos de verse recompensada, se correspondía de hecho con un mayor aislamiento de la organización por parte de Estados Unidos y su aliado israelí.

Aunque durante la administración de Carter Estados Unidos había estado cerca de apoyar los derechos nacionales de los palestinos y su participación en las negociaciones, ahora las dos partes se hallaban más distanciadas que nunca. Camp David y el tratado de paz egipcio-israelí marcaron un cambio de postura de Estados Unidos en el que el país pasó a alinearse con la expresión más extrema de la negación israelí de los derechos palestinos, un cambio de postura que se consolidaría en la administración de Ronald Reagan. Por su parte, Beguín y sus sucesores en el Likud —Isaac Shamir, Ariel Sharón y luego Benjamín Netanyahu— se opondrían implacablemente a la idea de un Estado palestino, así como a la soberanía o al control palestinos de los territorios ocupados de Cisjordania y Jerusalén Este. Como herederos ideológicos de Zeev Jabotinsky, creían que toda Palestina pertenecía exclusivamente al pueblo judío y que no existía nada parecido a un pueblo palestino con derechos nacionales. A lo sumo, podía concederse autonomía a los «árabes locales», pero esa autonomía se aplicaría solo a las personas, no al territorio. Su objetivo explícito era transformar la totalidad de Palestina en la Tierra de Israel.

Mediante el tratado con Egipto, Beguín se aseguró de que nada interfiriera en la materialización de la visión del Likud. Los fundamentos que él estableció astutamente, adoptados por Estados Unidos, sentarían las bases de todo lo que vendría después.[271] Las futuras negociaciones se limitarían a abordar los términos del autogobierno durante un periodo transitorio indefinidamente prorrogable y excluirían cualquier discusión relativa a la soberanía, la creación de un Estado palestino, Jerusalén, la suerte de los refugiados y la jurisdicción sobre la tierra, el agua y el aire de Palestina. Mientras tanto, Israel se propuso reforzar su colonización de los Territorios Ocupados. Pese a las ocasionales y dóciles protestas estadounidenses y egipcias, las condiciones impuestas por Beguín establecieron el límite de lo que se permitiría negociar a los palestinos.

A raíz del tratado de paz de 1979, la situación empeoraría aún más para los palestinos. La guerra del Líbano se prolongaría en el tiempo, destruyendo gran parte del país, agotando a su población y debilitando a la OLP. En diferentes etapas, la organización habría de enfrentarse a los ejércitos israelí, sirio y libanés, así como a las milicias libanesas, a las que apoyaban de manera encubierta diversos Estados, principalmente Israel, Estados Unidos, Irán y Arabia Saudí. Sin embargo, después de todo esto, y pese a la incursión israelí —la Operación Litani— que en 1978 dejaría toda una franja de la región meridional del Líbano bajo el control de una milicia subordinada a Israel, el Ejército del Sur del Líbano, la OLP se mantendría en pie. De hecho, seguiría siendo la fuerza más poderosa en amplias zonas del Líbano, en concreto aquellas que no habían caído en manos de ejércitos extranjeros o milicias subordinadas, como Beirut Oeste, Trípoli, Sidón, las montañas del Shouf y buena parte del sur del país. Haría falta una nueva campaña militar para desalojar a la OLP, y en 1982 el secretario de Estado estadounidense, general Alexander Haig, aceptaría los planes de Ariel Sharón para erradicar a la organización y, con ella, el nacionalismo palestino.

---

[206] *Le dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214*, París: Gallimard, 1973, p. 10. La cita original en francés reza: «Je tachai de voir comment un événement se fait et se defait puisque, en fin de compte, il n'existe que par ce qu'on en dit, puisqu'il est à proprement parler fabriqué par ceux qui en répandent la renommée».

[207] Lyndon Johnson, *The Vantage Point: Perspectives of the Presidency,* Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1971, p. 293.

[208] El Ejército estadounidense y la CIA estimaban que Israel derrotaría fácilmente a todos los Ejércitos árabes combinados incluso si estos atacaban primero. Véase Departamento de Estado de Estados Unidos, *Foreign Relations, 1964–1968, Volume XIX, Arab-Israeli Crisis and War, 1967* [en adelante, abreviado, *Foreign Relations*, 1967], https://2001-2009.state.gov/r/pa/ho/frus/johnsonlb/xix/28054.htm [https://bit.ly/3Dt0eXU]. En una reunión con el presidente Johnson y sus principales asesores celebrada el 26 de mayo de 1967, el presidente del Estado Mayor Conjunto, general Earl Wheeler, declaraba: «Las disposiciones de la RAU [República Árabe Unida] son defensivas y no parecen preparatorias de una invasión de Israel […]. Sin embargo,

concluía que Israel debería poder resistir o emprender [sic] una agresión y que a largo plazo Israel prevalecería […]. Creía que los israelíes ganarían la superioridad aérea. La RAU perdería muchos aviones. La filosofía militar de Israel se basa en obtener una sorpresa táctica atacando primero los aeródromos» («Memorandum for the Record», Documento 72). La CIA era de la misma opinión. Cierto «Memorando de inteligencia preparado por la Agencia Central de Inteligencia» concluía: «Es casi seguro que Israel podría alcanzar la superioridad aérea sobre la península del Sinaí en veinticuatro horas después de tomar la iniciativa o en dos o tres días si la RAU atacara primero […]. Calculamos que un ataque con fuerzas blindadas podría traspasar la doble línea de defensa de la RAU en el Sinaí en unos días» (Documento 76). Pese a ello, la idea de que Israel era más débil que los árabes y estaba al borde de la aniquilación ha llegado a ser una de las falsedades más descaradas en relación con el conflicto.

[209] Los generales —cuatro de ellos generales de división en 1967— eran Ezer Weizman (comandante de la fuerza aérea en 1967 y luego presidente de Israel, además de sobrino de Jaim Weizmann), Jaim Herzog (jefe de inteligencia militar hasta 1962 y luego también presidente de Israel), Jaim Bar-Lev (subjefe del Estado Mayor en 1967 y más tarde jefe del Estado Mayor), Mattityahu Peled (miembro del Estado Mayor de la Defensa en 1967) y Yeshayahu Gavish (jefe del Comando Sur en 1967); véase Amnon Kapeliouk, «Israël était-il réellement menacé d'extermination?», *Le Monde*, 3 de junio de 1972. Véase también Joseph Ryan, «The Myth of Annihilation and the Six-Day War» (*Worldview*, septiembre de 1973, pp. 38-42), que sintetiza la «guerra de los generales» librada contra esta falsedad concreta: https://carnegiecouncil-media.storage.googleapis.com/files/v16_i009_a009.pdf [https://bit.ly/3wWqd7B].

[210] Se ha afirmado falsamente que el 27 de mayo de 1967 Egipto estaba a punto de lanzar un ataque aéreo sorpresa contra las bases aéreas israelíes, y solo se vio disuadido de ello por los esfuerzos de Estados Unidos y la Unión Soviética; véase William Quandt, *Peace Process*, Washington: Brookings Institution, 1993, p. 512, n. 38. El Ejército israelí aparentemente creía en esa posibilidad, pero, si bien existía un plan de contingencia egipcio con el nombre en clave *Fajr* (Amanecer), los líderes de Egipto —fuertemente desincentivados en ese sentido tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética— nunca contemplaron seriamente ponerlo en práctica; véase Avi Shlaim, «Israel: Poor Little Samson», en Roger Louis y Avi Shlaim (eds.), *The 1967 Arab-Israeli War*, Nueva York: Cambridge University Press, 2012, p. 30. Una delegación egipcia de alto nivel estaba en aquel momento en Moscú, y sus interlocutores soviéticos —entre los que se contaban el primer ministro Alekséi Kosyguin, el ministro de Defensa Andréi Grechko y el ministro de Exteriores Andréi Gromiko— recomendaron encarecidamente moderación a los egipcios; pueden verse diversos detalles del caso —basados en una entrevista con el ministro de Defensa egipcio, Shams Badran, los relatos de varios otros participantes y las actas de las reuniones celebradas— en Hassan Elbahtimy, «Did the Soviet Union Deliberately Instigate the 1967 War?», Wilson Center History and Public Policy Blog (la conclusión del autor en respuesta a la pregunta que plantea el título, «¿Instigó deliberadamente la Unión Soviética la guerra de 1967?», es negativa),

https://www.wilsoncenter.org/blog-post/did-the-soviet-union-deliberately-instigate-the-1967-war-the-middle-east [https://bit.ly/3HzThae].

Puede verse una exposición más completa de las fuentes documentales y las conclusiones del autor en Hassan Elbahtimy, «Allies at Arm's Length: Redefining Soviet Egyptian Relations in the 1967 Arab-Israeli War», *Journal of Strategic Studies*, febrero de 2018, https://doi.org/10.1080/01402390.2018.1438893 [https://bit.ly/3wTqRTz]. Véase también Hassan Elbahtimy, «Missing the Mark: Dimona and Egypt's Slide into the 1967 Arab-Israeli War», *Nonproliferation Review*, vol. 25, n.os 5-6 (2018), pp. 385-397, https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/10736700.2018.1559482 [https://bit.ly/3qRRN5f].

[211] Una de las primeras personas que originariamente difundieron este mito —y quizá la más influyente— fue el ministro de Exteriores israelí Abba Eban. En una de sus célebres frases ingeniosas, el 8 de junio de 1967 declaró ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que, si bien muchos dudaban de las «perspectivas de seguridad y supervivencia de Israel […], el hecho es que resulta que estamos menos dispuestos a cooperar en el plan de nuestra extinción de lo que probablemente esperaban algunos»; Actas Oficiales del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sesión 1.351 de junio de 1967, S/PV.1351. Pueden verse más detalles sobre la refutación de este mito y su persistencia en Joseph Ryan, «The Myth of Annihilation and the Six-Day War», pp. 38-42.

[212] Recientemente, el secretario de Estado estadounidense Mike Pompeo volvió a invocar el mito de que en 1967 Israel estaba al borde del exterminio para justificar el reconocimiento por parte de la administración Trump de la soberanía israelí sobre los Altos del Golán, declarando: «Es una situación increíble y única. Israel libraba una batalla defensiva para salvar a su nación, y no puede ser que una resolución de la ONU sea un pacto suicida». David Halbinger e Isabel Kershner, «Netanyahu Says Golan Heights Move "Proves You Can" Keep Occupied Territory», *The New York Times*, 26 de marzo de 2019, https://www.nytimes.com/2019/03/26/world/middleeast/golan-heights-israel-netanyahu.html [https://nyti.ms/3HAmIbQ; acceso restringido].

[213] Puede verse una síntesis de estos temas en el artículo de Elbahtimy «Allies at Arm's Length», y en Eugene Rogan y Tewfik Aclimandos, «The Yemen War and Egypt's War Preparedness», en W. Roger Louis y Avi Shlaim (eds.), *The 1967 Arab-Israeli War: Origins and Consequences*, Cambridge: Cambridge University Press, 2012. Véase también Jesse Ferris, *Nasser's Gamble: How Intervention in Yemen Caused the Six-Day War and the Decline of Egyptian Power*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2012.

[214] Michael Oren, en *Six Days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East* (Oxford: Oxford University Press, 2002), señala que los ataques aéreos sorpresa habían sido «largamente planeados» (p. 202), y que desde hacía tiempo existían una serie de planes de contingencia para atacar y ocupar los Altos del Golán sirios (p. 154), Cisjordania y Jerusalén Este (p. 155) y la península del Sinaí (p. 153).

[215] Los tiempos han cambiado en la ONU: hoy la división se llama de Asuntos Políticos, y generalmente está dirigida por un estadounidense.

[216] Puede verse a mi padre levantándose brevemente en la última fila en torno a la mesa del consejo justo cuando se aprueba la resolución (presumiblemente para confirmar el recuento de votos) en un clip de un noticiario cinematográfico sobre la votación del alto el fuego, el 9 de junio, incrustado en el artículo sobre la guerra de los Seis Días publicado en la versión inglesa de Wikipedia: http://en.wikipedia.org/wiki/Six-Day_War.

[217] Actas Oficiales del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sesión 1.352 de junio de 1967, S/PV.1352.

[218] Véase Itamar Rabinovich, *The Road Not Taken: Early Arab-Israeli Negotiations,* Nueva York: Oxford University Press, 1991; y Shlaim, *The Iron Wall*.

[219] Francia había proporcionado en secreto a Israel la tecnología necesaria para fabricar armas nucleares, mientras que el Gobierno israelí engañaba sistemáticamente a los estadounidenses con respecto a la naturaleza de su programa nuclear. Hay un informe elaborado en 1987 por el Departamento de Defensa estadounidense, y desclasificado por orden judicial en 2015, que aborda la cuestión del nivel técnico del desarrollo de armas nucleares en Israel; véase https://bit.ly/30Alaxw. La mejor descripción del engaño de Israel a Estados Unidos con respecto a su programa nuclear se halla en Avner Cohen, *Israel and the Bomb*, Nueva York: Columbia University Press, 1999. Véase también el trabajo de Cohen sobre las armas nucleares israelíes en el marco del Proyecto de Historia Internacional sobre Proliferación Nuclear del Centro Internacional para Académicos Woodrow Wilson.

[220] Biblioteca y Museo Presidencial de John F. Kennedy, http://www.jfklibrary.org/Asset-Viewer/Archives/JFKPOF-135-001.aspx [https://bit.ly/3HvOUN7]. En su carta, el futuro presidente de Estados Unidos predecía nueve años antes de los hechos que el resultado del conflicto sería a la larga la partición de Palestina.

[221] La biógrafa de Fortas, Laura Kalman, lo describía como un «judío que se preocupaba más por Israel que por el judaísmo»; véase *Abe Fortas: A Biography,* New Haven: Yale University Press, 1990.

[222] Pueden encontrarse referencias sobre Bundy y los demás en: https://moderate.wordpress.com/2007/06/22/lyndon-johnson-was-first-to-align-us-policy-with-israel%E2%80%99s-policies [https://bit.ly/3FjfzuO].

[223] Feinberg fue presidente del American Bank and Trust Company y un importante donante del Partido Demócrata. Krim fue presidente de United Artists y del Comité Nacional de Finanzas del mismo partido.

[224] Sobre Mathilde Krim, véase Deirdre Carmody, «Painful Political Lessons for AIDS Crusader», *The New York Times*, 30 de enero de 1991, http://www.nytimes.com/1990/01/30/nyregion/painful-political-lesson-for-aids-crusader.html [https://nyti.ms/3FtDJme; acceso restringido]; Philip Weiss, «The Not-so-Secret Life of Mathilde Krim», *Mondoweiss*, 26 de enero de 2018, http://mondoweiss.net/2018/01/secret-life-mathilde [https://bit.ly/3Hx31Su]; y el artículo de Grace Halsell, que en 1967 trabajaba en la Casa Blanca como redactora del equipo presidencial, «How LBJ's Vietnam War Paralyzed His Mideast

Policymakers», *Washington Report on Middle East Affairs*, 20 de junio de 1993, p. 20, http://www.wrmea.org/1993-june/how-lbj-s-vietnam-war-paralyzed-his-mideast-policymakers.html [https://bit.ly/3FmD1Hm].

[225] El acta oficial estadounidense de la reunión se halla en *Foreign Relations*, 1967, documento 124, «Memorandum for the Record, June 1, 1967, Conversation between Major General Meir Amit and Secretary McNamara», https://2001-2009.state.gov/r/pa/ho/frus/johnsonlb/xix/28055.htm [https://bit.ly/30GI9HF]. Sobre la versión de Amit, véase Richard Parker (ed.), *The Six-Day War: A Retrospective*, Gainesville: University Press of Florida, 1996, p. 139. La versión oficial estadounidense es más vaga que la de Amit, y señala únicamente que el general declaró que «considera que se requieren medidas extremas de inmediato», y que McNamara «le preguntó al general Amit cuántas bajas pensaba que sufriría en un ataque en el Sinaí», y le prometió que «transmitiría las opiniones de Amit al presidente». Aunque tanto los documentos oficiales estadounidenses como las versiones que Amit y otros proporcionan de esta reunión hace largo tiempo que están a disposición de la opinión pública, persiste la creencia, manifiestamente falsa, de que Estados Unidos no dio luz verde a Israel para atacar. Véase, por ejemplo, la detallada pero sesgada descripción de Michael Oren en *Six Days of War*, pp. 146-147. Mucho mejores en este aspecto de la guerra de 1967 (como en casi todos los demás) son los trabajos de Tom Segev, *1967: Israel, the War, and the Year That Transformed the Middle East,* Nueva York: Metropolitan, 2007, pp. 329-334; y Guy Laron, *The Six-Day War: The Breaking of the Middle East,* New Haven: Yale University Press, 2017, pp. 278-280, 283-284.

[226] Oren, *Six Days of War*, pp. 153-155, 202.

[227] Yo estuve presente en aquella reunión, a la que me llevó mi padre. Más tarde, El-Farra hablaría oficialmente sobre esta connivencia de Estados Unidos con Israel en una entrevista: https://bit.ly/3EJGMXn.

[228] Actas Oficiales del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sesión 1.382 de noviembre de 1967, S/PV.1382, https://bit.ly/30CDQg5.

[229] *Sunday Times*, 15 de junio de 1969.

[230] Esto ocurrió durante una fase inestable de la guerra civil libanesa. Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1969-1976, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute*, «Memorandum of Conversation», 24 de marzo de 1976, Washington: US Government Printing Office, 2012, p. 967.

[231] Según un sondeo realizado en 2018 por el Centro Árabe de Investigación y Estudios Políticos, cada año, desde 2011, más del 84 % de los encuestados en un total de once países árabes se oponían al reconocimiento de Israel, y la principal razón que daban para justificar su oposición era la ocupación de tierras palestinas. En 2017 y 2018 la cifra ascendió al 87 %, con solo un 8 % a favor de reconocer a Israel. Para las tres cuartas partes de los encuestados ese año, Palestina era una causa árabe, mientras que el 82 % consideraban a Israel la principal amenaza extranjera para la región. La visión negativa de la política estadounidense pasó del 49 % en 2014 al 79 % en 2017 y 2018. Véase «The 2017–2018 Arab Opinion Index: Main Results in Brief», Washington: Arab Center, 2018, https://bit.ly/3oETUqi.

[232] Ya en 1977, Estados Unidos intentó convencer a la OLP de que aceptara la Resolución 242 a través de contactos indirectos con la organización. Véase Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1977-1980, vol. VIII, *Arab-Israeli Dispute*, enero de 1977-agosto de 1978, «Telegram from the Department of State to the Embassy in Lebanon», Washington, 17 de agosto de 1977, p. 477, http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80v08/d93 [https://bit.ly/3FpHUQb].

[233] Ahmad Samih Khalidi, «Ripples of the 1967 War», *Cairo Review of Global Affairs,* 20 (2017), p. 8.

[234] El título árabe es *Al-Wqai al-ghariba fi ikhtifa Said abi Nahs, al-mutashail*. El libro se publicó inicialmente en Haifa en 1974, se reeditó de inmediato en Beirut y ha seguido publicándose desde entonces. Más tarde sería objeto de una popular adaptación teatral en forma de monólogo por parte del destacado actor palestino Muhammad Bakri, cuya interpretación pude ver en persona en el teatro Al-Qsaba de Jerusalén en la década de 1990.

[235] El mejor análisis de los escritos de Kanafani se encuentra en las secciones dedicadas a él en las obras de Bashir Abu Manneh, *The Palestinian Novel: From 1948 to the Present*, Cambridge: Cambridge University Press, 2016, pp. 71-95; y Barbara Harlow, *After Lives: Legacies of Revolutionary Writing*, Chicago: Haymarket, 1996.

[236] Sobre todo *Al-Aab al-filastini al-muqawim tahta al-ihtilal, 1948-1968* (Literatura de resistencia palestina bajo la ocupación, 1948-1968), 3.ª ed., Beirut: Instituto de Estudios Palestinos, 2012.

[237] Los servicios de seguridad israelíes no suelen atribuirse la autoría de tales asesinatos. Sin embargo, según un extenso libro de setecientas páginas basado en entrevistas con centenares de altos funcionarios de inteligencia y una extensa documentación escrito por Ronen Bergman, *Rise and Kill First: The Secret History of Israel's Targeted Assassinations* (Nueva York: Random House, 2018, p. 656), Kanafani fue asesinado por el Mossad. El libro, repleto de detalles, constituye una descripción autorizada de una persona estrechamente relacionada con el entorno de la inteligencia sobre la eliminación de cientos de líderes y militantes palestinos por parte de Israel a lo largo de varias generaciones. No obstante, el texto queda seriamente deslucido por su tono de absoluta admiración por quienes planearon y llevaron a cabo los asesinatos y su aceptación sin cortapisas de la irreflexiva lógica eliminacionista «de suma cero» que se desprende de su título, «Álzate y mata primero. La historia secreta de los asesinatos selectivos de Israel», que se inspira a su vez en un mandato talmúdico: «Si alguien viene a matarte, álzate y mátale primero». El título, desde luego, resulta revelador: sugiere que los asesinatos de líderes palestinos por parte de Israel están justificados porque, de no ser por tales «asesinatos selectivos», ellos habrían matado a israelíes. Puede verse una evaluación crítica, aunque positiva, del libro en la reseña de Paul Aaron «How Israel Assassinates Its "Enemies": Ronen Bergman Counts the Ways», *Journal of Palestine Studies*, vol. 47, n.º 3 (primavera de 2018), pp. 103-105.

[238] Kanafani sería perseguido incluso después de muerto. El Teatro Público de Nueva York encargó una adaptación teatral en inglés de *Retorno a Haifa*, pero esta no llegaría a realizarse: los

miembros de la junta directiva se opusieron a la puesta en escena de la obra de un autor al que se había calificado de terrorista.

[239] El mejor estudio sobre el MNA es el de Walid Kazziha, *Revolutionary Transformation in the Arab World: Habash and His Comrades from Nationalism to Marxism*, Londres: Charles Knight, 1975.

[240] Para conocer más detalles, véanse las memorias de Amjad Ghanma, *Jamiyat al-Urwa al-Wuthqa: Nashatuha wa-nashatatuha* (La Sociedad Al-Urwa al-Wuthqa: sus orígenes y sus actividades), Beirut: Riad El-Rayyes, 2002. En la página 124 de la obra el autor reproduce una fotografía del «Comité Administrativo» del grupo en 1937-1938, en la que aparece mi padre, junto con Zureiq y el presidente de la Universidad Americana de Beirut, Bayard Dodge, sentados en primera fila. El nombre del grupo se hace eco del de la famosa publicación nacionalista panislámica dirigida en París por Jamal al-Din al-Afghani y Muhammad Abduh a principios de la década de 1880, que a su vez tomaba su nombre de una expresión del Corán que suele traducirse como «el lazo indisoluble» o «el asidero irrompible» (2, 256).

[241] *Mana al-nakba* (El significado del desastre), Beirut: Dar al-Ilm lil-Milayin, 1948. Esta breve obra ha sido reeditada en repetidas ocasiones, la más reciente en 2009 por parte del Instituto de Estudios Palestinos, junto con otros textos contemporáneos inspirados en las lecciones de la derrota de 1948, escritos por Musa al-Alami (*Ibrat Filastin* [La lección de Palestina]), Qadri Touqan (*Bad al-nakba* [Después del desastre]) y George Hanna (*Tariq al-khalas* [El camino a la salvación]).

[242] Puede verse un análisis de cómo la derrota de 1967 afectó al nacionalismo árabe y al resurgimiento del movimiento nacional palestino en mi artículo «The 1967 War and the Demise of Arab Nationalism: Chronicle of a Death Foretold», en Louis y Shlaim (eds.), *The 1967 Arab-Israeli War*, pp. 264-284.

[243] La obra de referencia estándar sobre el movimiento de resistencia palestina es Yezid Sayigh, *Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement, 1949–1993*, Oxford: Oxford University Press, 1997. Dos excelentes historias generales sobre el conflicto son: Charles D. Smith, *Palestine and the Arab-Israeli Conflict: A History with Documents*, 9.ª ed., Nueva York: Bedford-St Martin's, 2016; y James Gelvin, *The Israel-Palestine Conflict: One Hundred Years of War*, 3.ª ed., Cambridge: Cambridge University Press, 2014. Véase también Baruch Kimmerling y Joel Migdal, *Palestinians: The Making of a People,* Nueva York: The Free Press, 1993; y William Quandt, Fuad Jabber y Ann Lesch, *The Politics of Palestinian Nationalism*, Oakland: University of California Press, 1973.

[244] Puede verse un excelente estudio sobre este tema en Paul Chamberlin, *The Global Offensive: The United States, the Palestine Liberation Organization, and the Making of the Post-Cold War Order*, Oxford: Oxford University Press, 2012.

[245] El análisis más sofisticado acerca de cómo Israel logró que su discurso acabara siendo hegemónico en Estados Unidos se halla en Kaplan, *Our American Israel*, y Novick, *The Holocaust in American Life*.

[246] Bergman, en su ya mencionada *Rise and Kill First* (pp. 162-174), proporciona una descripción detallada de esta operación, en la que Barak se vistió de mujer.

[247] En *Rise and Kill First* (pp. 117-118, 248-261), Bergman incluye numerosos ejemplos de intentos de asesinato de Arafat. Puede verse un análisis de esta estrategia de asesinatos, y un antídoto del enfoque exculpatorio de Bergman, en la ya mencionada reseña de Paul Aaron «How Israel Assassinates Its "Enemies"», y sus dos artículos «The Idolatry of Force: How Israel Embraced Targeted Killing» y «The Idolatry of Force (Part II): Militarism in Israel's Garrison State», *Journal of Palestine Studies*, vol. 46, n.º 4 (verano de 2017), pp. 75-99, y vol. 48, n.º 2 (invierno de 2019), pp. 58-77.

[248] Buena parte del material de este capítulo y del siguiente se basa en traducciones al inglés de diversos documentos procedentes de los anexos secretos de la comisión Kahan de investigación sobre las masacres de Sabra y Shatila en 1982. En lo sucesivo los citaré como PK (Papeles Kahan) I a VI. Los documentos están disponibles en el sitio web del Instituto de Estudios Palestinos: https://bit.ly/3cssfDk. William Quandt, profesor emérito de la Universidad de Virginia y destacado miembro del Consejo de Seguridad Nacional durante la administración del presidente Jimmy Carter, entregó copias escaneadas de estos documentos al Instituto de Estudios Palestinos. En el curso de una demanda por difamación presentada contra la revista *Time* por Ariel Sharón, Quandt actuó como asesor de los abogados defensores de *Time*, y el bufete que representaba a la revista le hizo llegar los documentos en forma de fragmentos traducidos del hebreo original. Diversos expertos familiarizados con este tipo de documentos han atestiguado que, en efecto, estos integran el grueso de los anexos inéditos del Informe Kahan.

En PK IV, «Reunión entre Sharón y Bashir Gemayel» (Beirut, 8 de julio de 1982, doc. 5, pp. 229 y ss.), donde Gemayel pregunta si Israel tendría alguna objeción a que demoliera los campos de refugiados palestinos del sur del Líbano para que los refugiados no pudieran permanecer allí, Sharón responde: «Eso no es asunto nuestro: nosotros no queremos ocuparnos de los asuntos internos del Líbano». Sin embargo, durante una reunión entre Sharón y Pierre y Bashir Gemayel celebrada el 21 de agosto de 1982 (PK V, pp. 2-9), este último les dijo a ambos: «Antes se ha planteado una pregunta: ¿qué pasaría con los campos palestinos una vez que se retiraran los terroristas? […] Tenéis que actuar […] para que no haya terroristas, tenéis que limpiar los campos». Puede verse más información sobre la lógica eliminacionista compartida por Sharón, Gemayel y sus lugartenientes en el próximo capítulo del presente volumen.

[249] Pierre Gemayel había fundado el partido después de visitar la Alemania nazi durante los Juegos Olímpicos de 1936, en los que participó como portero de la selección libanesa de fútbol.

[250] *Jerusalem Post*, 15 de octubre de 1982. Zeev Schiff y Ehud Yaari, en *Israel's Lebanon War* (Nueva York: Simon and Schuster, 1983, p. 20), señalan que el coronel Binyamin Ben-Eliezer, alto funcionario de enlace israelí con las Fuerzas Libanesas y más tarde ministro de Defensa y viceprimer ministro de Israel, estuvo presente en el puesto de mando desde donde las Fuerzas Libanesas dirigieron el asedio de Tel al-Zaatar en julio, semanas antes de que cayera el campo. Schiff y Yaari describen la intensa colaboración que reinaba entre el Ejército y los servicios de inteligencia israelíes

y las Fuerzas Libanesas tanto en este periodo como en otros posteriores, como también hace Bergman en *Rise and Kill First*.

[251] PK III, actas de la reunión de la Comisión de Defensa y Asuntos Exteriores de la Knéset, 24 de septiembre de 1982, pp. 224-225.

[252] *Ibid*., pp. 225-226.

[253] El 13 de agosto de 1976, WAFA —la agencia de noticias palestina— identificó al alto oficial de inteligencia militar sirio en el Líbano, el coronel Ali Madani, como uno de los presentes en el puesto de mando de las Fuerzas Libanesas, con la misión de «supervisar» la operación contra el campo; en las ediciones del 13 de agosto de 1976 de *Al-Nhar* y *Al-Sfir* puede leerse la noticia de la conferencia de prensa celebrada el día antes por Hassan Sabri al-Kholi. Helena Cobban, que cubrió la guerra como reportera del *Christian Science Monitor* y fue testigo de la caída del campo, afirma que otros periodistas occidentales también vieron al coronel Madani en el puesto de mando de las Fuerzas Libanesas; véase *The Palestinian Liberation Organization*, Cambridge: Cambridge University Press, 1984, p. 281, n. 35. Otras versiones identifican también como uno de los presentes a su subordinado, el coronel Muhammad Kholi.

[254] Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1969-1976, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute*, «Minutes of Washington Special Actions Group Meeting», Washington, 24 de marzo de 1976, p. 963.

[255] Kissinger hizo esta declaración —en la que hacía referencia al abandono de los kurdos iraquíes por parte de Estados Unidos— ante la Comisión Permanente de Inteligencia de la Cámara de Representantes, dirigida por el congresista Otis Pike, en 1975.

[256] PK, I, p. 18. Este es un documento aparentemente preparado para la comisión Kahan por el Ministerio de Defensa en respuesta a las acusaciones contra Sharón. En la página 48 de dicho documento se cita a este último declarando que «unos ciento treinta falangistas» recibieron entrenamiento en Israel, pero Sharón da la misma cifra con respecto a la ayuda militar.

[257] Bergman, *Rise and Kill First*, pp. 225-261.

[258] Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1969-1976, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute*, «Minutes of Washington Special Actions Group Meeting», Washington, 24 de marzo de 1976, p. 963.

[259] *Ibid.*

[260] Henry Kissinger, *Years of Renewal*, Nueva York: Touchstone, 1999, p. 351.

[261] En un primer momento, este memorando solo apareció publicado en Meron Medzini (ed.), *Israel's Foreign Relations: Selected Documents, 1974–1977*, vol. 3, Jerusalén: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982, pp. 281-290. Veinte años después, el Gobierno estadounidense lo haría público a su vez en Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1969-1976, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute*, «Memorandum of Agreement between the Governments of Israel and the United States». Una carta secreta de la misma fecha del presidente Ford al primer ministro israelí Isaac Rabin consagraba otro compromiso crucial por el que Estados Unidos se comprometía a que, en cualesquiera negociaciones de paz que se celebraran, «haría todo lo posible por coordinar sus propuestas con Israel a fin de abstenerse de formular propuestas que Israel considerara insatisfactorias» (pp. 838-840).

[262] Adam Howard (ed.), *FRUS*, 1969-1976, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute*, «Minutes of National Security Council Meeting», Washington, 7 de abril de 1976, p. 1017.

[263] *Ibid.,* pp. 831-832. Véase también Patrick Seale, *Asad: The Struggle for the Middle East*, Oakland: University of California Press, 1989, pp. 278-284.

[264] La descripción de esta operación que hace Bergman en *Rise and Kill First* (pp. 214-224) contiene varios errores, como la afirmación de que en 1978 un agente encubierto israelí utilizó como tapadera un trabajo en una ONG «en un refugio en el campo de refugiados de Tel al-Zaatar»: el campo había sido destruido dos años antes. Es posible que la ONG mencionada fuera Bayt Atfal al-Sumud, un orfanato para niños que habían sobrevivido a la masacre del campo.

[265] Bergman, *Rise and Kill First*, pp. 242-243 y ss. Sobre el «Frente para Liberar al Líbano de los Extranjeros», que hoy sabemos que no era más que una tapadera de los servicios de seguridad israelíes, véase Remi Brulin, «The Remarkable Disappearing Act of Israel's Car-Bombing Campaign in Lebanon», *Mondoweiss*, 7 de mayo de 2018, https://mondoweiss.net/2018/05/remarkable-disappearing-terrorism [https://bit.ly/3Ftefpf].

[266] Para conocer más detalles sobre las acusaciones de Dean, véase Philip Weiss, «New Book Gives Credence to US Ambassador's Claim That Israel Tried to Assassinate Him in 1980», *Mondoweiss*, 23 de agosto de 2018, https://mondoweiss.net/2018/08/credence-ambassadors-assassinate [https://bit.ly/30HUGKX].

[267] El difunto embajador Dean tuvo la amabilidad de proporcionarme una serie de documentos que abarcan todo su periodo de servicio en la embajada estadounidense en Beirut, desde finales de 1978 hasta 1981. Los que hacen referencia a la OLP datan principalmente de 1979. Asimismo, en Wikileaks hay al menos media docena de cables clasificados que tratan de los contactos realizados por Parker y Dean con uno de aquellos intermediarios, mi primo Walid Khalidi; véase, por ejemplo, https://search.wikileaks.org/?s=1&q=khalidi&sort=0 [https://bit.ly/3Fq1WKg].

[268] El embajador Dean proporcionó copias de estos documentos al Instituto de Estudios Palestinos, donde están a disposición de los investigadores para su consulta.

[269] «Telegram from Secretary of State Vance's Delegation to Certain Diplomatic Posts», 1 de octubre de 1977, *FRUS*, 1977-1980, *Arab-Israeli Dispute*, vol. 8, pp. 634-636.

[270] El trabajo definitivo sobre este tema es el de Seth Anziska, *Preventing Palestine: A Political History from Camp David to Oslo*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2018.

[271] El ya mencionado trabajo de Anziska, *Preventing Palestine*, constituye el análisis más riguroso de la actuación de Beguín, basado en un estudio exhaustivo de documentos israelíes y estadounidenses no revelados hasta ese momento, y acerca de cómo con ello sentó las bases de las negociaciones posteriores, incluyendo Madrid, Washington y Oslo en la década de 1990.

04

La cuarta declaración de guerra, 1982

«Queda prohibido atacar o bombardear ciudades, pueblos, casas o edificios que no están defendidos».

Artículo 25 de la Convención de La Haya, 29 de julio de 1899[272]

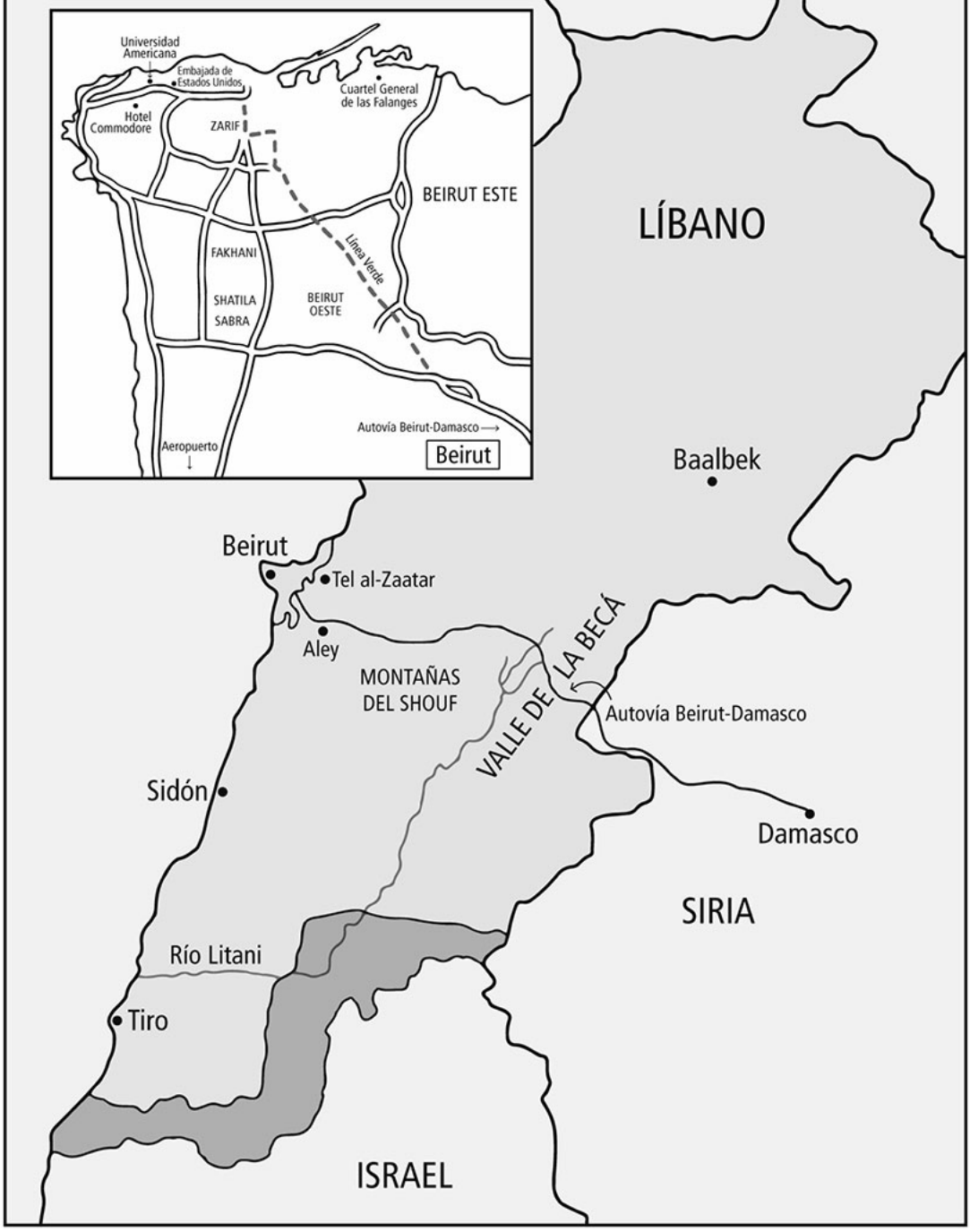
«Os da miedo decirles a nuestros lectores y a quienes podrían quejarse a vosotros que los israelíes son capaces de bombardear indiscriminadamente una ciudad entera».

THOMAS FRIEDMAN, jefe de la oficina de *The New York Times* en Beirut, a sus editores[273]

En 1982 los beirutíes llevaban vividos muchos años de guerra. Estaban acostumbrados al ruido de las explosiones y habían aprendido por experiencia a diferenciar entre ellas. El 4 de junio de ese año, viernes, yo me encontraba en una reunión del comité de admisiones de la Universidad Americana de Beirut, donde daba clases desde hacía seis años. Parecía un fin de semana rutinario. De repente escuchamos el ruido atronador de lo que debían de ser varias bombas de una tonelada estallando a lo lejos. No tardamos en ser conscientes de la gravedad de lo que estaba ocurriendo y la reunión se disolvió de inmediato. Aquel bombardeo aéreo era la andanada inicial de la invasión del Líbano que Israel emprendió en 1982 y que tenía por objetivo a la OLP. Todos en el país llevaban largo tiempo esperándolo, y la mayoría de la población lo temía.

Líbano, 1982

Área ocupada por Israel y el Ejército del Sur del Líbano, 1928-2000



Nuestras dos hijas —Lamya, que entonces tenía cinco años y medio, y Dima, que estaba a punto de cumplir los tres— se encontraban una en el jardín de infancia y la otra en la guardería, situadas en ubicaciones distintas. Con el rugido de fondo de los aviones de combate supersónicos lanzándose en picado para atacar (uno de los ruidos más aterradores del mundo), corrí a mi coche para ir a recoger a las niñas. Ese día todo el mundo conducía con el despreocupado abandono que reinaba cada vez que se reanudaban los enfrentamientos en Beirut, es decir, de manera solo un poco más imprudente de lo habitual.

Mi esposa, Mona, que por entonces se hallaba en su cuarto mes de embarazo, estaba en su puesto de trabajo en la WAFA (la Agencia de Noticias de Palestina, adscrita a la OLP), donde era la redactora jefe del boletín que la agencia publicaba en inglés. Por lo que yo podía ver, las colosales explosiones que sacudían la capital libanesa parecían provenir del bullicioso distrito de Fakhani, en Beirut Este, a unos tres kilómetros de distancia. La oficina de la WAFA estaba ubicada allí, junto a los campos de refugiados de Sabra y Shatila, al igual que la mayoría de las oficinas de información y políticas de la OLP. Las noticias de la radio no tardaron en confirmar que ese era el foco de las explosiones.

El sistema telefónico de Beirut, que normalmente no era muy fiable, y menos aún después de siete años de guerra, estaba tan sobrecargado que no podía comunicarme con Mona. No tenía forma de llegar a ella, y tampoco tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Confiaba en que se hubiera refugiado en el sótano del destartalado edificio de la WAFA. Por fortuna, la Universidad Americana de Beirut estaba cerca de las escuelas de las niñas, ya que a Mona y a mí siempre nos inquietaba la idea de no poder llegar rápidamente a ellas cada vez que se reanudaban esporádicamente los combates. En los primeros años de la guerra intermitente del Líbano nunca habíamos temido por nosotros mismos, pero desde el momento en que las niñas habían empezado a ir a la escuela la preocupación era constante.

Nuestras hijas, y más tarde nuestro hijo varón, nacieron en Beirut en plena guerra, y por el mero hecho de tener unos padres políticamente activos (como la inmensa mayoría de los aproximadamente trescientos mil palestinos que por entonces vivían en el Líbano) el Gobierno israelí, y algunos otros, los consideraban terroristas, al igual que a Mona y a mí. Ahora, para mi desmayo, quienes más predispuestos se mostraban a colocarnos esa etiqueta eran justamente los que se disponían a invadir la ciudad. Aunque en el momento de recoger a las niñas en la escuela aquel casi parecía un viernes normal en Beirut, incluyendo las estremecedoras explosiones a lo lejos, yo sabía que nuestras vidas no serían normales durante bastante tiempo. Pronto tuve a las niñas a salvo en casa, y mi madre y yo intentamos calmar lo mejor que pudimos la angustia que les producía el incesante ruido atronador del exterior.

Cuando Mona llegó finalmente a casa, supe que, pese al intenso bombardeo aéreo, había decidido no seguir el consejo de bajar al refugio del sótano. Por sus muchos años de experiencia de guerra, sabía que un ataque prolongado (como era el caso) implicaba que podía quedar atrapada allí y separada de las niñas durante muchas horas. De modo que, en lugar de ello, salió de la oficina y fue directamente a casa. Con todo el mundo en la calle corriendo de un lado a otro para huir del bombardeo, y sin coches ni taxis a la vista, también ella se puso a correr. Cuando llevaba alrededor de un kilómetro y medio, y casi sin aliento, en las inmediaciones de la sede de la Unesco encontró un taxi dispuesto a detenerse y transportarla a salvo el resto del camino. Aquella experiencia no tuvo ningún efecto aparente en la salud del bebé que estaba esperando, nuestro hijo Ismail, que nació unos meses después, aunque es cierto que durante mucho tiempo mostró una extremada sensibilidad a los ruidos fuertes.

Aquel viernes los aviones de combate israelíes bombardearon y arrasaron decenas de edificios, incluido un estadio deportivo situado cerca del barrio de Fakhani, so pretexto de que albergaban oficinas e instalaciones de la

OLP. El intenso bombardeo de objetivos en Beirut y el sur del Líbano, que se prolongó hasta el día siguiente, fue el preludio de una masiva ofensiva terrestre que se inició el 6 de junio, y que finalmente desembocaría en la ocupación israelí de una gran parte del Líbano. La ofensiva culminó con un asedio de Beirut que duró siete semanas y que finalmente terminó el 12 de agosto con un alto el fuego. Durante el asedio se arrasaron bloques de pisos enteros y se devastaron grandes áreas en la mitad occidental de la ciudad, ya seriamente dañada. Casi cincuenta mil personas murieron o resultaron heridas en Beirut y el resto del Líbano, y el asedio a la ciudad constituyó el ataque más grave de un ejército regular a una capital árabe desde la Segunda Guerra Mundial, un hito que solo igualaría la ocupación estadounidense de Bagdad en 2003.

Distrito de Fakhani, Beirut Oeste, junio de 1982. Aquí estaba ubicada la Agencia de Noticias de Palestina (WAFA), así como la mayoría de las oficinas políticas y de información de la OLP. FOUAD EL KOURY

La invasión del Líbano en 1982 marcó un punto de inflexión en el conflicto entre Israel y los palestinos, por cuanto fue la primera gran guerra, desde el 15 de mayo de 1948, que involucró mayoritariamente a estos últimos en lugar de a los ejércitos de los Estados árabes. Los fedayines palestinos se habían enfrentado a las tropas israelíes en combate ya desde mediados de la década de 1960, primero en la población jordana de Karameh, luego en el sur del Líbano a finales de la década de 1960 y durante la de 1970 —especialmente en la Operación Litani de 1978— y, más tarde, en un furioso intercambio de fuego producido en la frontera libanesa-israelí en el verano de 1981. Sin embargo, pese a los repetidos intentos de desarraigar a la OLP, la organización se había forjado tal posición de fuerza en el Líbano, tanto a nivel político como militar, que las operaciones relativamente limitadas de esa naturaleza solo habían tenido un mínimo impacto.

La invasión de 1982 fue completamente distinta tanto en sus objetivos como en su escala y duración, el gran número de bajas producidas y su impacto a largo plazo. La guerra de Israel contra el Líbano tenía múltiples objetivos, pero lo que la diferenció fue el hecho de que atacara primordialmente a los palestinos y tuviera como principal objetivo cambiar la situación en Palestina. Aunque el plan general de la guerra contó con la aprobación del primer ministro Menájem Beguín y el gabinete israelí, el verdadero artífice de la invasión, el ministro de Defensa Ariel Sharón, mantuvo un constante secretismo en lo referente tanto a sus objetivos reales como a sus planes operativos. Aunque Sharón quería expulsar a la OLP y a las fuerzas sirias del Líbano y crear un Gobierno aliado acomodaticio en Beirut a fin de modificar las circunstancias del país, en realidad su principal objetivo era la propia Palestina. Desde la perspectiva de los defensores del Gran Israel, como Sharón, Beguín e Isaac Shamir, destruir militarmente a la OLP y eliminar su poder en el Líbano también pondría fin a la fuerza del nacionalismo palestino en los territorios ocupados de Gaza, Cisjordania y

Jerusalén Este. Gracias a ello, estas áreas resultarían mucho más fáciles de controlar para Israel, que, en última instancia, podría anexionárselas. En una sesión secreta de una comisión de la Knéset celebrada al comienzo de la guerra, Mordechai Gur, antiguo jefe del Estado Mayor israelí, resumía así con aprobación el propósito de la guerra: «[En] los Territorios Ocupados, a fin de cuentas la idea era limitar la influencia de los líderes [de la OLP] para proporcionarnos mayor libertad de acción».[274]

En envergadura, la invasión israelí del Líbano involucró el equivalente a ocho divisiones (más de 120.000 efectivos, gran parte de ellos reservistas), lo que representaba la mayor movilización del país desde la guerra de 1973.[275] En las primeras semanas del conflicto, esta enorme fuerza participó en batallas esporádicas pero encarnizadas con unos pocos miles de combatientes palestinos y libaneses en el sur del Líbano, y en un feroz combate con dos divisiones de blindados e infantería sirios en el valle de la Becá y las montañas de los distritos de Shouf y Metn, al este de Beirut. El 26 de junio Siria aceptó un alto el fuego (que excluía explícitamente a la OLP), tras de lo cual se mantendría al margen durante todo el resto de la guerra. El posterior asedio de Beirut comportaría bombardeos aéreos y de artillería de la ciudad, además de enfrentamientos terrestres esporádicos únicamente con las fuerzas de la OLP y sus aliados libaneses.

Durante las diez semanas de lucha transcurridas desde principios de junio hasta mediados de agosto de 1982, y según las estadísticas oficiales libanesas, murieron más de diecinueve mil palestinos y libaneses, en su mayoría civiles, y más de treinta mil resultaron heridos.[276] El campo de refugiados palestinos de Ain al-Hilwa, un enclave estratégicamente situado en las inmediaciones de Sidón y el mayor campo del Líbano, con más de cuarenta mil residentes, quedó casi completamente destruido después de que su población presentara una feroz resistencia al avance israelí. En septiembre corrieron una suerte similar los campos gemelos de Sabra y Shatila, en la periferia de Beirut, que fueron escenario de una infame y

espantosa masacre después de que supuestamente hubieran terminado los combates. Beirut y muchas otras áreas del sur del Líbano y las montañas del Shouf sufrieron graves daños, al tiempo que las fuerzas israelíes cortaban periódicamente el suministro de agua, electricidad, alimentos y combustible a la sitiada zona occidental de la capital libanesa mientras la sometían a bombardeos intermitentes —aunque en ocasiones muy intensos— desde tierra, mar y aire. El número oficial de bajas militares israelíes de las diez semanas de guerra y asedio ascendió a más de 2.700, con 364 soldados muertos y casi 2.400 heridos.[277] La invasión del Líbano y la posterior ocupación de la zona sur del país —que se prolongaría hasta 2000— comportaron la que sería la tercera cifra más alta de bajas militares de Israel en las seis grandes guerras que ha librado el país en sus más de setenta años de historia.[278]

Durante las diez semanas que duraron los bombardeos y el asedio de Beirut Oeste, mi familia (Mona; nuestras dos hijas; mi madre, Selwa; mi hermano menor, Raja) y yo permanecimos juntos en nuestro piso en el barrio residencial de Zarif, en la misma zona oeste de Beirut. El frente de batalla había llegado peligrosamente cerca de la casa de mi madre en el barrio de Haret Hreik, en la periferia sur de la ciudad, lo que los obligó a ella y a mi hermano a mudarse con nosotros. Cuando pudimos ir a ver su piso, una vez finalizados los combates, descubrimos que la cocina había sufrido el impacto directo de un proyectil de artillería israelí.

Mantenernos juntos implicaba que cada uno de los miembros de la familia sabía en todo momento dónde estaban los demás, y podíamos ayudarnos mutuamente a mantener alta la moral pese a las muchas privaciones del asedio —entre ellas, cuidar a dos niñas pequeñas encerradas en casa, hacer frente a la grave escasez de agua, electricidad y alimentos frescos y aguantar el hedor de la basura quemada—, que tuvimos que soportar junto con otros cientos de miles de residentes de Beirut Oeste. Ya

habíamos sufrido años de guerra civil y resistido intensos bombardeos e incluso incursiones aéreas israelíes; pero aquel asedio, con su elevado volumen de fuego de artillería israelí lanzado desde tierra y mar, junto con un implacable bombardeo aéreo, era mucho más intenso y feroz.

Durante aquella crisis existencial para la causa palestina, en la que a muchos de nosotros nos pareció que la vida y la muerte pendían de un hilo, actué como una fuente extraoficial para varios periodistas occidentales, con algunos de los cuales había trabado amistad con los años. Libre de la obligación de presentar la versión oficial de la OLP, pero todavía en estrecho contacto con mis colegas de la WAFA, donde antaño había trabajado, pude proporcionar mi propia evaluación sincera de los acontecimientos. Mientras tanto, Mona siguió dirigiendo el boletín de noticias en inglés de la agencia de noticias, aunque, dado su embarazo, ahora resultaba demasiado peligroso para ella acudir a su antigua oficina en el barrio de Fakhani y tenía que trabajar desde casa.[279]

Fue una suerte para la defensa de la perspectiva palestina que Beirut siempre hubiera sido el centro neurálgico del periodismo (así como del espionaje) de buena parte de Oriente Próximo, con la mayoría de los periodistas ubicados justamente en la zona oeste de la ciudad. Entre ellos se contaban veteranos corresponsales de guerra que habían cubierto los conflictos árabe-israelí y libanés durante muchos años, y en su mayor parte eran inmunes a la propaganda descarada, ya fuera el mensaje nada sutil de la OLP, la dura retórica de la coalición maronita Frente Libanés, las fanfarronadas de rigor del régimen sirio o la hábil y tortuosa *hasbará* que tan bien había llegado a dominar Israel. Su presencia en Beirut posibilitó que los medios internacionales pudieran cubrir convenientemente el desarrollo de la guerra.

El autor, a la derecha, ayudando en una conferencia de prensa en el Hotel Commodore de Beirut. ABDALLAH EL BINNI / AL-JAZEERA

El mes de julio anterior, durante dos semanas, Israel y la OLP se habían enzarzado en un intenso intercambio de fuego a través de la frontera en el que la aviación y la artillería israelíes habían machacado el sur del Líbano mientras las unidades de cohetes y artillería de la OLP atacaban objetivos en todo el norte de Israel.[280] Debido a ello, un gran número de civiles libaneses y palestinos se vieron obligados a abandonar sus casas, mientras que los israelíes de Galilea tuvieron que confinarse en refugios o marcharse. Esta encarnizada lucha culminó en un alto el fuego —negociado el 25 de julio de 1981 por el enviado presidencial estadounidense, el embajador Philip Habib— que, sorprendentemente, se respetaría durante los diez meses siguientes sin apenas violaciones.[281] Pese a ello, estaba claro que el Gobierno de Beguín y Ariel Sharón no estaba satisfecho con ese resultado.

Tanto los líderes libaneses y palestinos como los medios de comunicación y otras instancias habían recibido diversas advertencias relativas a los preparativos de guerra israelíes. Una de tales advertencias llegó en la primavera de 1982, en una sesión informativa para investigadores celebrada en el Instituto de Estudios Palestinos a la que asistí personalmente. El encargado de transmitirla fue el doctor Yevgueni Primakov, que por entonces era director del Instituto Oriental soviético y se decía que también un alto oficial de la KGB. Primakov fue contundente: Israel no tardaría en atacar el Líbano, Estados Unidos le daría su pleno apoyo y la URSS no tenía capacidad para impedir el ataque ni proteger a sus aliados libaneses y palestinos. Moscú —declaró— tendría dificultades para evitar que la guerra se extendiera a Siria o para preservar a su principal aliado regional, el régimen sirio. Nos informaron de que les había dicho prácticamente lo mismo a los líderes de la OLP.[282]

De modo que ninguno de nosotros debería haberse sorprendido cuando se inició la guerra con el bombardeo de Beirut el 4 de junio de 1982, aunque el alcance y la envergadura de lo que siguió a continuación fue mucho mayor de lo que yo y otros esperábamos. En cambio, Yasir Arafat y otros líderes de la OLP eran conscientes desde hacía tiempo de que, cuando estallara la guerra, Sharón llevaría a su ejército hasta Beirut. Era evidente que se habían estado preparando para tal eventualidad, almacenando municiones y suministros, trasladando oficinas y archivos y acondicionando refugios y centros de mando de respaldo.[283] El 6 de junio, las inmensas columnas blindadas de Israel, a veces precedidas de desembarcos anfibios y aterrizajes de helicópteros para desplegar comandos, iniciaron su avance hacia el norte, desplazándose rápidamente más allá de Sidón y a lo largo de la costa en dirección a Beirut. Otras unidades blindadas israelíes avanzaron simultáneamente a través de las montañas del Shouf, en el centro del país, mientras otras se abrían paso por el valle de la Becá en dirección este. La fuerza invasora, integrada por ocho divisiones, disfrutaba de una

superioridad absoluta en todos los frentes tanto en número de efectivos como en equipamiento, además de un pleno dominio del aire y del mar. Por más que la dificultad del terreno o la densa urbanización de determinadas áreas, combinadas con una decidida resistencia, pudieran obstaculizar brevemente tan poderosa ofensiva, probablemente solo un enorme número de bajas israelíes la habría ralentizado, si no detenido.

El 13 de junio, las tropas israelíes llegaron a la encrucijada estratégica de Khaldeh, en la carretera costera situada justo al sur de Beirut, donde los combatientes palestinos, libaneses y sirios se vieron finalmente superados. [284] Los tanques y la artillería israelíes no tardaron en aparecer en las inmediaciones del palacio presidencial, en el distrito de Baabda, y en otros barrios de la zona oriental de la capital. Beirut Oeste ya había sido rodeada y estaba a punto de iniciarse el asedio. Tras la ofensiva israelí que expulsó a las fuerzas sirias de las poblaciones de las montañas que dominaban Beirut y desembocó en un alto el fuego acordado únicamente con ellas, la OLP se quedó prácticamente sola en el campo de batalla con sus aliados del Movimiento Nacional Libanés. El asedio se intensificaba, las fuerzas israelíes bombardeaban Beirut Oeste aparentemente a voluntad y no había perspectivas de aliviar la situación ni de obtener un apoyo significativo de ninguna parte.

De vez en cuando, los bombardeos y el fuego de artillería israelíes apuntaban a objetivos minuciosamente seleccionados, a veces basándose en una información de inteligencia muy precisa. Sin embargo, con demasiada frecuencia ocurría justo lo contrario. Decenas de bloques de entre ocho y doce pisos de altura quedaron destruidos en diversos ataques aéreos realizados en toda la parte occidental de la ciudad, especialmente en el distrito universitario árabe de Fakhani, alcanzando numerosas oficinas vacías de la OLP, así como viviendas residenciales. Muchos de los edificios demolidos, allí y en otros lugares —como, por ejemplo, en el barrio costero

de Raouché, donde el piso de mi primo Walid quedó destruido por un proyectil de artillería—, no tenían ninguna utilidad militar plausible.

Aunque sus editores en *The New York Times* eliminaron el problemático término de su artículo, en un momento dado el periodista Thomas Friedman calificó el bombardeo israelí de «indiscriminado».[285] Se refería en concreto a los bombardeos esporádicos con fuego de artillería de determinadas zonas, como las inmediaciones del Hotel Commodore, donde se alojaban tanto él como la mayoría del resto de los periodistas, y que sin duda no contenía absolutamente nada que fuera de interés militar.[286] El único objetivo posible de tal bombardeo generalizado era aterrorizar a la población de Beirut y volverla en contra de la OLP.

Pese a esta tormenta de fuego, y aun con la exhaustiva capacidad de vigilancia aérea de Israel y sus cientos de agentes y espías desplegados en el Líbano[287] (la guerra tuvo lugar antes de que llegara la era del dron de reconocimiento), no fue alcanzado ni uno solo de los varios puestos de mando y de control subterráneos de la OLP que estaban en activo, ni tampoco sus múltiples centros de comunicaciones. Ni un solo líder de la OLP pereció en los ataques, aunque murieron muchos civiles debido a que la fuerza aérea israelí erró en sus objetivos. Esto no deja de resultar sorprendente, habida cuenta de los enormes esfuerzos que hizo Israel para liquidarlos.[288] Era evidente que a los líderes israelíes no les preocupaba matar a civiles en el intento: después de que un ataque aéreo realizado en julio de 1981 destruyera un edificio en Beirut con un gran número de víctimas civiles, la oficina de Beguín declaró que «Israel ya no se abstenía de atacar objetivos guerrilleros en áreas civiles».[289] El propio Arafat era uno de los principales objetivos. En una carta enviada el 5 de agosto a Ronald Reagan, Beguín escribía que «en estos momentos» se sentía como si él y su «valeroso Ejército» se enfrentaran a «Berlín, donde, entre civiles inocentes, Hitler y sus secuaces se ocultaban en un búnker profundamente enterrado bajo la superficie».[290] Beguín solía trazar ese tipo de

paralelismos entre Arafat y Hitler: si Arafat era otro Hitler, matarlo sin duda resulta permisible y justificado, costara lo que costara en vidas civiles.[291]

Uno de los presuntos espías más famosos de Israel, conocido entre los beirutíes como Abu Rish («Padre de la Pluma», debido a que a veces llevaba una pluma en la gorra), acostumbraba a plantarse frente al bloque de pisos de mi suegra en el distrito de Manara, en Beirut Oeste, y a veces incluso en su propia portería. Su excéntrico aspecto resultaba familiar tanto para los transeúntes como para mis propias hijas, que lo veían desde el balcón y aún lo recuerdan más de treinta y cinco años después.[292] Algunos beirutíes asegurarían haberlo visto más tarde guiando a tropas israelíes, aunque puede que esto fuera una leyenda urbana.

En una entrevista que mantuvimos en Túnez dos años después de la guerra, el jefe de inteligencia de la OLP, Abu Iyad (Salah Khalaf), me ayudó a entender la posible razón por la que Israel no logró alcanzar algunos de sus objetivos previstos pese a sus cacareados servicios de inteligencia. Durante el asedio, la OLP había logrado obtener un suministro constante de combustible, alimentos y municiones transfiriéndolos a través de las líneas controladas por una sección del Frente Libanés, una coalición mayoritariamente maronita que estaba aliada con Israel. Se trataba de una simple cuestión de dinero —me dijo con su voz ronca y cavernosa de fumador— y del uso sistemático de agentes dobles, cuya utilización también podría haber tenido algo que ver con la alta tasa de supervivencia de los líderes de la OLP. «Pero nunca puedes fiarte de un agente doble —añadió—. Cualquiera al que se haya podido comprar puede volver a venderse». En una cruel ironía, resultaría ser un agente doble al que se había vuelto a reclutar quien asesinaría a Abu Iyad en Túnez en 1991.[293]

Hacia el final del asedio, el 6 de agosto, yo me hallaba cerca de un bloque de pisos de ocho plantas a medio terminar situado a unas pocas manzanas de donde vivíamos cuando este resultó demolido por una bomba inteligente.[294] Me había detenido un momento para dejar a un amigo en su

coche, estacionado no lejos del edificio. Casi había llegado a casa cuando los aviones se lanzaron en picado y escuché una gran explosión detrás de mí. Más tarde pude ver que todo el edificio había quedado arrasado, reducido a un montón de escombros humeantes. Según parece, Arafat acababa de visitar la estructura, que había acogido a numerosos refugiados palestinos de Sabra y Shatila. Murieron al menos cien personas, probablemente más, la mayoría de ellas mujeres y niños.[295] Unos días más tarde mi amigo me contó que inmediatamente después del ataque aéreo, justo cuando se subía a su coche, conmocionado pero ileso, estalló un coche bomba en las inmediaciones, presumiblemente destinado a matar a los miembros de los equipos de rescate que ayudaban a las familias que intentaban encontrar a sus seres queridos entre los escombros. Un oficial del Mossad declararía que la lógica de tales coches bomba —una de las armas preferidas de las fuerzas israelíes que asediaron Beirut, y uno de sus más aterradores instrumentos de muerte y destrucción— era solo «matar por matar».[296]

Zarif, Beirut Oeste, 6 de agosto de 1982: «Escuché una gran explosión detrás de mí. Más tarde pude ver que todo el edificio había quedado arrasado, reducido a un montón de escombros humeantes». FOUAD EL-KOURY

Esta guerra sucia se prolongó hasta que la OLP se vio obligada a acceder a abandonar Beirut debido a la intensa presión de Israel, Estados Unidos y sus aliados libaneses, y en ausencia de un apoyo mínimamente significativo por parte de ningún Gobierno árabe.[297] Las negociaciones sobre la retirada se llevaron a cabo principalmente mediante conversaciones del embajador Habib con intermediarios libaneses, pero también involucraron a Francia y a algunos Gobiernos árabes, especialmente Arabia Saudí y Siria. Hasta el último momento, y a pesar de que se produjeron algunos cambios en los actores y en la actitud estadounidense hacia Israel, Estados Unidos mantuvo su compromiso de alcanzar el que para Israel constituía el principal objetivo de la guerra: la derrota de la OLP y su expulsión de Beirut.

Israel exigía la retirada total y prácticamente incondicional de la OLP de la ciudad, un objetivo que Estados Unidos respaldaba plenamente. Empleando argumentos característicos de la Guerra Fría que sabían que hallarían eco en Washington, Beguín y Sharón habían convencido desde el principio al presidente Reagan y a su administración de que la OLP era un grupo terrorista alineado con el malvado imperio soviético y que su eliminación redundaría en interés tanto de Estados Unidos como de Israel. Toda la actividad diplomática estadounidense desarrollada durante la guerra se basó en esa convicción compartida. En consecuencia, la OLP no solo hubo de enfrentarse a la feroz presión militar de Israel, sino también a la incesante coacción diplomática de su aliado estadounidense. Dicha coacción fue tan intensa como constante y vino acompañada de una serie de campañas israelíes y estadounidenses de desinformación y engaño sobre el curso de las negociaciones, diseñadas para minar la moral palestina y libanesa y precipitar una rendición rápida.

Al mismo tiempo, Estados Unidos también proporcionó un indispensable apoyo material a su aliado en forma de 1.400 millones de dólares anuales en ayuda militar tanto en 1981 como en 1982. Esta suma sirvió para pagar la gran cantidad de sistemas de armamento y municiones estadounidenses desplegados por Israel en el Líbano, desde cazabombarderos F-16 hasta vehículos blindados de transporte de tropas M-113, artillería de 155 y 175 milímetros, misiles aire-tierra y bombas de racimo.

Aparte de la actuación sincronizada de Israel y Estados Unidos, uno de los aspectos secundarios más ruines y vergonzosos de la guerra fue la capitulación de los principales regímenes árabes ante la presión estadounidense. Sus Gobiernos proclamaban a voz en grito su respaldo a la causa palestina, pero no hicieron nada para apoyar a la OLP cuando se quedó sola —con la única excepción de sus aliados libaneses— frente al ataque militar de Israel y mientras se sitiaba, bombardeaba y ocupaba una capital árabe. Se limitaron a plantear objeciones meramente formales a

Estados Unidos por refrendar las demandas israelíes de expulsar a la OLP de Beirut. Los ministros de Exteriores de la Liga Árabe, reunidos el 13 de julio para preparar la cumbre árabe que había de celebrarse más tarde aquel mismo año, no propusieron ninguna acción en respuesta a la guerra, que por entonces hacía ya más de cinco semanas que había estallado. Lejos de ello, los Estados árabes mostraron tan solo una dócil aquiescencia.

Esto fue especialmente manifiesto en Siria y Arabia Saudí, los dos países elegidos por la Liga para representar la postura árabe en una misión enviada a Washington en el verano de 1982. La oposición gubernamental árabe que pudiera haber a la guerra se vendió barata: bastaron las débiles promesas estadounidenses de poner en marcha una nueva iniciativa diplomática entre Estados Unidos y Oriente Próximo, que finalmente se daría a conocer el 1 de septiembre y pasaría a conocerse más tarde como el Plan Reagan. Dicha iniciativa había de poner límite a los asentamientos israelíes y crear una autoridad palestina autónoma en Gaza y Cisjordania, pero descartaba la existencia de un Estado palestino soberano en esos territorios. El Plan Reagan, que Estados Unidos nunca defendería de forma contundente y que sería torpedeado sin el menor esfuerzo por el Gobierno de Beguín, finalmente se quedaría en nada.

Entre la opinión pública árabe, en cambio, la invasión del Líbano y el asedio de Beirut —cuyas fascinantes imágenes fueron ampliamente televisadas— provocaron intensa conmoción e ira. Pese a ello, en ninguna parte llegó a generarse la suficiente presión popular sobre los represivos y antidemocráticos Gobiernos árabes para forzar el final del asedio israelí a la que a fin de cuentas era una capital árabe o asegurar mejores condiciones para la retirada de la OLP. Apenas hubo manifestaciones masivas ni un malestar popular patente en la mayoría de las ciudades árabes, sometidas todas ellas a una fuerte vigilancia. Irónicamente, la que probablemente fue la manifestación más numerosa suscitada por la guerra en todo Oriente

Próximo tuvo lugar en Tel Aviv, en protesta por las masacres de Sabra y Shatila.

Puede que fueran los israelíes quienes libraron la guerra y sufrieron las bajas, pero, una vez más, los palestinos descubrieron que desde un primer momento el enemigo al que se enfrentaban en el campo de batalla gozaba del respaldo de una gran potencia. La decisión de invadir el Líbano la tomó el Gobierno de Israel, pero la invasión no podría haberse llevado a cabo sin el consentimiento explícito del secretario de Estado estadounidense, Alexander Haig, o sin el apoyo diplomático y militar de Estados Unidos, combinado con la absoluta pasividad de los Gobiernos árabes. El visto bueno que Haig le dio a Israel para lo que supuestamente era «una operación limitada» resultó de lo más prometedor. El 25 de mayo, diez días antes de que se iniciara la ofensiva, Sharón se reunió con Haig en Washington y le expuso su ambicioso plan de batalla con todo lujo de detalles. De hecho, Sharón mostró a Haig una visión mucho más detallada de la que luego presentaría al gabinete israelí. El único reparo que puso Haig fue que «tiene que haber una provocación reconocible» que pudiera «entenderse a nivel internacional».[298] Poco después, el intento de asesinato del embajador israelí en Londres, Shlomo Argov (que en realidad fue obra del grupo Abu Nidal, contrario a la OLP), proporcionaría justamente aquel tipo de provocación.[299]

Sharón le explicó a Haig que las fuerzas israelíes erradicarían la presencia de la OLP en el Líbano, incluida la totalidad de sus «organizaciones terroristas», estructuras militares y centros de mando políticos, todo ello ubicado en Beirut (este elemento del plan, por sí solo, bastaba para desmentir la alusión de Sharón a una «operación limitada»). Como una «consecuencia derivada» de ello, Israel también expulsaría a Siria del Líbano —aunque Sharón insistió hipócritamente en que no «deseaba la guerra con Siria»— e instauraría un Gobierno títere libanés. Su exposición fue inequívoca, como lo fue «el visto bueno de Haig a una

operación limitada», en palabras del diplomático estadounidense que consignó este hecho como resultado de la reunión.[300]

Aunque la OLP sabía que podía esperar poco apoyo de los regímenes árabes que ostentaban el poder en 1982, anteriormente la organización había contado con la solidaridad del pueblo libanés. Sin embargo, el comportamiento torpe y a veces arrogante de la organización en la década y media anterior había erosionado seriamente el apoyo popular a la causa palestina en general y a la presencia palestina en el Líbano en particular. En un incidente característico producido en las inmediaciones del Instituto de Estudios Palestinos, ubicado en el elegante vecindario beirutí de Verdún, los escoltas que protegían a un líder de alto rango de la OLP, el coronel Abu Zaim —que a su vez no era precisamente un dechado de virtudes—, mataron a tiros a una joven pareja libanesa que se desplazaba en su automóvil a altas horas de la noche por no detenerse en un puesto de control montado a toda prisa cerca de su apartamento.[301] Dada la indisciplina que reinaba en la OLP, no se castigó a nadie por aquellas muertes. Este tipo de actos imperdonables resultaban demasiado frecuentes.

Las operaciones palestinas en el Líbano se hallaban supuestamente restringidas a los límites de un marco formal —el Acuerdo de El Cairo, adoptado en 1969— que había otorgado a la OLP el control de los campos de refugiados palestinos y libertad de acción en buena parte del sur del Líbano. Pero la organización, fuertemente armada, se había convertido en una fuerza cada vez más dominante y autoritaria en muchas zonas del país. Los libaneses de a pie se sentían agraviados por el hecho de que aquella opresiva presencia palestina no había hecho sino intensificarse a medida que se prolongaba la larga guerra civil. A la larga, la creación de lo que venía a ser una especie de mini-Estado de la OLP en su país no podría sostenerse, en cuanto resultaba intolerable para muchos libaneses. También había un profundo resentimiento por los devastadores ataques israelíes

contra civiles libaneses provocados por las acciones militares palestinas. Los ataques de la OLP en Israel a menudo iban dirigidos a objetivos civiles y hacían manifiestamente poco por promover la causa nacional palestina, si es que de hecho no la perjudicaban. De manera inevitable, todos estos factores volvieron a importantes sectores de la población libanesa en contra de la OLP. La incapacidad de percibir la intensa hostilidad suscitada por su propia mala conducta y su deficiente estrategia sería uno de los defectos más graves de la OLP en ese periodo.

De ahí que, cuando llegó el momento de la verdad en 1982, de repente la OLP se encontrara privada del apoyo de muchos de sus aliados tradicionales, entre los que cabe destacar tres grupos clave: el movimiento Amal —alineado con Siria y liderado por Nabih Berri— y sus numerosas bases chiíes en el sur del Líbano y el valle de la Becá (aunque los jóvenes milicianos de Amal lucharon valientemente junto a la OLP en muchas zonas); el feudo druso estratégicamente ubicado de Walid Jumblatt, en las montañas del Shouf, en la región suroriental de Beirut; y las poblaciones urbanas sunníes de Beirut, Trípoli y Sidón. El respaldo de los líderes políticos sunníes había sido crucial a la hora de defender la presencia política y militar palestina en el Líbano desde la década de 1960.[302]

No resulta difícil entender el razonamiento de aquellos líderes y de las comunidades a las que representaban. Los habitantes del sur del Líbano, la mayoría de ellos chiíes, habían sufrido más que ningún otro sector de la población por las acciones de la OLP. Aparte de los propios abusos y transgresiones de la organización contra la población del sur, su mera presencia los había expuesto a los ataques israelíes, lo que había obligado a muchos a abandonar repetidamente sus pueblos y ciudades. Todos sabían que Israel castigaba intencionadamente a civiles para volverlos en contra de los palestinos, pero, a pesar de ello, el resultado era que había una profunda amargura contra la OLP.

Walid Jumblatt, cuyo razonamiento era similar, explicaría más tarde que no había tenido más remedio que ceder ante la fuerza arrolladora del avance israelí en la región drusa del Shouf. Posiblemente creyera que las garantías que habían dado los oficiales drusos del Ejército israelí otorgarían cierta protección a su comunidad. Pero acabaría lamentando su decisión cuando, a finales de junio de 1982, los servicios militares y de seguridad israelíes respaldaron la penetración de milicias maronitas —indisciplinadas y vengativas— en zonas de mayoría drusa como Aley y Beit al-Din, donde siguieron cometiendo el tipo de atrocidades por las que ya eran conocidas. [303]

Para los sunníes, en particular los de Beirut Oeste, el bombardeo y el asedio de la capital libanesa marcaron el fin de su firme apoyo a la OLP, a la que habían considerado un aliado vital contra la dominación del Estado libanés por parte de los maronitas y la potencia armada de sus milicias. Puede que algunos de ellos se sintieran espoleados por los llamamientos palestinos a convertir Beirut en una nueva Stalingrado u otra Verdún, pero a la mayoría les horrorizaba la perspectiva de que la ciudad fuera devastada por la artillería y las incursiones aéreas israelíes. Desafiar a Israel estaba muy bien, pero no a costa de la destrucción de sus hogares y propiedades, máxime si podía evitarse. Esto suponía un cambio crucial: sin el apoyo de la población mayoritariamente sunní de Beirut, junto con sus numerosos residentes chiíes, la prolongada resistencia de la OLP a la ofensiva israelí resultaría en última instancia inútil.

Estos cálculos se tradujeron en una severa erosión del ya debilitado apoyo a la OLP, que disminuyó aún más durante los primeros días de combates, cuando se invadió el sur del país y la región del Shouf, Beirut fue bombardeada y sitiada, Siria abandonó la guerra y Philip Habib transmitió las inflexibles demandas de Israel con respecto a la evacuación inmediata e incondicional de la OLP. Pese a ello, cuando habían transcurrido unas semanas más de guerra, los líderes de las tres comunidades musulmanas

libanesas modificaron significativamente su postura y adoptaron una actitud más favorable a la OLP. Este cambio se produjo después de que la organización accediera a retirarse de Beirut a cambio de obtener sólidas garantías para la protección de los civiles que dejaría atrás.

El 8 de julio, la OLP presentó su Plan de Once Puntos para la retirada de sus fuerzas de Beirut. Dicho plan abogaba por el establecimiento de una zona de protección entre las fuerzas israelíes y Beirut Oeste, junto con una retirada limitada del ejército israelí, el despliegue permanente de fuerzas internacionales y la aplicación de mecanismos de salvaguardia internacionales para las poblaciones palestinas (y libanesas), que se quedarían prácticamente indefensas una vez que se hubieran marchado los combatientes de la OLP.[304] Basándose en este plan, los líderes musulmanes libaneses se convencieron de que la OLP era sincera en su voluntad de marcharse para salvar la ciudad. Además, se sentían profundamente desconcertados por las crecientes evidencias del manifiesto respaldo israelí a las Fuerzas Libanesas de mayoría maronita, en la medida en que este ponía de relieve la vulnerabilidad de sus comunidades en el contexto del Líbano posterior a la OLP, dominado por Israel y sus belicosos aliados.

Estas preocupaciones se habían visto reforzadas por la llegada de las milicias de las Fuerzas Libanesas al Shouf a finales de junio, y las matanzas, secuestros y asesinatos generalizados que estas perpetraron allí y en las áreas del sur del país bajo el control israelí.[305] En aquel punto, tras siete años de guerra civil, este tipo de carnicerías de naturaleza sectaria se habían convertido en un lugar común, mientras que las fuerzas de la OLP habían actuado como las principales defensoras de los musulmanes y los izquierdistas del país. Así pues, los líderes sunníes, chiíes y drusos redoblaron su respaldo a las demandas que planteaba la OLP en su Plan de Once Puntos.

Hay un hilo conductor en relación con la responsabilidad estadounidense que es necesario seguir para entender lo que ocurrió después. Lo que vendría a continuación no fue solo el resultado de las decisiones de Sharón, Beguín y otros líderes israelíes, ni de las acciones de las milicias libanesas aliadas de Israel. También fue responsabilidad directa de la administración Reagan, que, bajo las presiones de Israel, se negó obstinadamente a aceptar la necesidad de adoptar cualquier tipo de salvaguardias formales para los civiles, rechazó la provisión de garantías internacionales y bloqueó el despliegue a largo plazo de fuerzas internacionales que podrían haber protegido a los no combatientes. En cambio, con miras a asegurar la evacuación de la OLP, Philip Habib, actuando a través de intermediarios libaneses, hizo a los palestinos una serie de solemnes y rotundas promesas por escrito de que se protegería a los civiles de los campos de refugiados y los barrios de Beirut Oeste. Los memorandos en cuestión, mecanografiados en papel normal sin membrete, firmas ni identificación alguna, fueron transmitidos a la OLP por el primer ministro libanés Shafik al-Wazzan y luego incorporados a los archivos del Gobierno libanés. El primero de los memorandos, fechado el 4 de agosto, mencionaba «garantías de Estados Unidos en relación con la seguridad de […] los campos». El segundo, fechado dos días después, rezaba: «Reafirmamos asimismo las garantías de Estados Unidos con respecto a la seguridad y la protección […] para los campos de Beirut».[306] Una nota estadounidense del 18 de agosto al ministro de Exteriores libanés consagraba aquellas mismas promesas, declarando:

> Los palestinos no combatientes respetuosos con la ley que permanezcan en Beirut, incluidas las familias de los que se han marchado, estarán autorizados a vivir en paz y seguridad. Los Gobiernos libanés y estadounidense proporcionarán garantías de seguridad adecuadas […] basándose en las garantías recibidas del Gobierno de Israel y de los líderes de ciertos grupos libaneses con los que este ha estado en contacto[307].

La OLP asumió que aquellas garantías constituían compromisos vinculantes, y solo basándose en ellas aceptó abandonar Beirut.

El 12 de agosto, tras unas negociaciones épicas, se acordaron los términos definitivos para la salida de la OLP. Las conversaciones tuvieron lugar mientras Israel llevaba a cabo, por segundo día consecutivo, los que serían los bombardeos y ataques terrestres más intensos de todo el asedio. Solo ese día —más de un mes después de que la OLP hubiera aceptado de entrada abandonar Beirut—, las incursiones aéreas y el fuego de artillería causaron más de quinientas bajas. El ataque fue tan implacable que hasta el propio Ronald Reagan se sintió impulsado a exigir a Beguín que detuviera la matanza.[308] El diario de Reagan deja constancia de que este llamó al primer ministro israelí durante la feroz ofensiva, añadiendo: «Yo estaba enfadado; le dije que tenía que parar o toda nuestra relación futura estaría en peligro. Utilicé deliberadamente la palabra *holocausto* y le dije que el símbolo de su guerra empezaba a ser la imagen de un bebé de siete meses al que le habían volado los brazos».[309] Aquella contundente llamada telefónica hizo que el Gobierno de Beguín detuviera su lluvia de fuego casi de inmediato, pero Israel se negó a ceder en el tema crucial de la protección internacional de la población civil palestina como contrapartida a la evacuación de la OLP.

La salida de Beirut de miles de militantes y combatientes de la OLP entre el 21 de agosto y el 1 de septiembre vino acompañada de una gran oleada de emoción en Beirut Oeste. Llorando, cantando y gritando, la multitud se alineó en los márgenes de las rutas de evacuación mientras los convoyes de camiones llevaban a los militantes palestinos al puerto, presenciando cómo la OLP se veía obligada a evacuar la capital libanesa y sus líderes, cuadros y combatientes se dirigían a un destino desconocido. Terminarían desperdigándose por tierra y mar en media docena de países árabes.

Aquellos hombres y mujeres que marchaban a un exilio incierto, algunos por segunda o tercera vez en sus vidas, eran considerados héroes por

muchos beirutíes por haber resistido durante diez semanas —sin ningún apoyo externo digno de tal nombre— frente al ejército más poderoso de Oriente Próximo. En el momento en que sus convoyes atravesaban Beirut, nadie sabía que una decisión estadounidense repentina y unilateral, adoptada bajo la presión israelí, implicaba que las fuerzas internacionales que supervisaban la evacuación —tropas estadounidenses, francesas e italianas— iban a retirarse tan pronto como zarpara el último barco. La obstinación israelí y la aquiescencia estadounidense habían dejado desprotegida a la población civil.

En el barrio beirutí del Zarif, donde nosotros vivíamos, solo unos pocos edificios habían sufrido daños graves, de modo que logramos sobrevivir al asedio de Beirut físicamente ilesos (aunque a mí me preocupaba el efecto duradero que la guerra podría tener en nuestras dos hijas pequeñas).[310] Una vez que las fuerzas de la OLP se hubieron marchado y se levantó el asedio, la vida empezó a volver poco a poco a la normalidad a pesar de que las tropas israelíes todavía rodeaban Beirut Oeste y la tensión seguía siendo muy alta. Aquella aparente normalidad terminaría muy pronto, y descubriríamos que las garantías ofrecidas a la OLP no valían ni el vulgar papel en el que estaban escritas.

El 14 de septiembre, el presidente electo Bashir Gemayel, comandante de las Fuerzas Libanesas y líder de las Falanges, murió asesinado en una enorme explosión provocada por una bomba que destruyó una de las sedes falangistas. Aquel fue el detonante para que las fuerzas israelíes entraran y ocuparan de inmediato la parte occidental de la ciudad —pese a las promesas formuladas a Estados Unidos de que no lo harían—, donde anteriormente la OLP tenía su sede y donde todavía se encontraban sus aliados del Movimiento Nacional Libanés. Al día siguiente, cuando las tropas israelíes irrumpieron en Beirut Oeste y dominaron rápidamente la dispersa e intermitente resistencia de los combatientes del movimiento, mi familia y yo empezamos a temer por nuestra seguridad, como hicieron otros

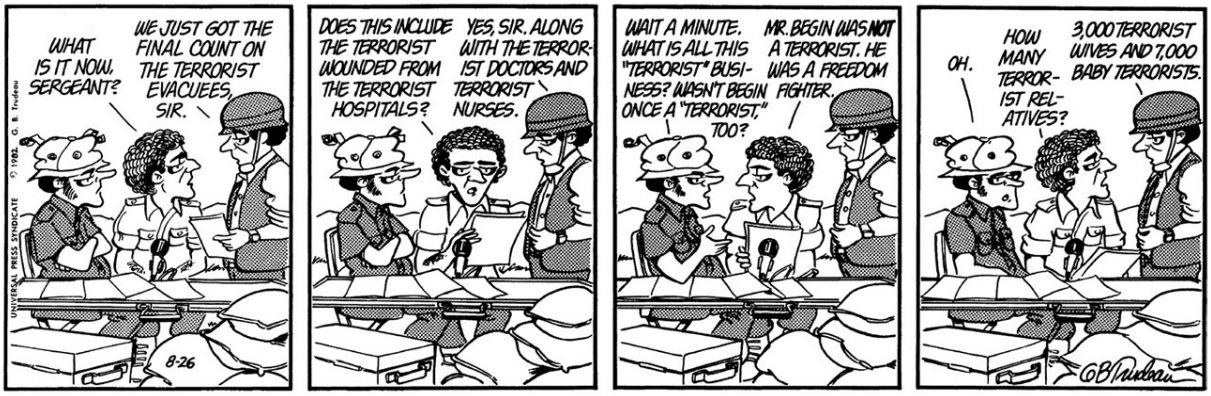
palestinos con conexiones con la OLP, es decir, casi todos los palestinos del Líbano. Estos incluían no solo a los refugiados registrados y nacidos en el Líbano, sino también a personas con ciudadanía extranjera, permisos de trabajo y residencia legal, como nosotros mismos.

Lo que teníamos más presente en nuestra mente era la masacre falangista perpetrada en 1976 en el campo de refugiados de Tel al-Zaatar, donde habían muerto asesinados dos mil civiles palestinos. A la luz de la alianza entre Israel y las Fuerzas Libanesas, la OLP había mencionado específicamente Tel al-Zaatar tanto en su Plan de Once Puntos como durante las negociaciones relativas a su evacuación. Obviamente, nuestros temores se veían agravados por los asesinatos perpetrados por las fuerzas libanesas en las áreas recién ocupadas por Israel y por la calificación de terrorista que Israel asignaba a la OLP, sin diferenciar entre militantes y civiles.

La mañana siguiente del asesinato de Gemayel, en medio del estruendo de la artillería pesada, pudimos oír a través de las ventanas abiertas de nuestro piso el rugido de los motores diésel y el ruido metálico de las orugas de los tanques acercándose cada vez más. Todo aquel estrépito lo producían las columnas blindadas israelíes que avanzaban hacia Beirut Oeste. Sabíamos que teníamos que ponernos a salvo lo antes posible. Tuve la suerte de poder comunicarme con Malcolm Kerr, rector de la Universidad Americana de Beirut y un buen amigo mío, que de inmediato nos ofreció refugio en uno de los apartamentos destinados al personal docente, que estaba vacío.[311] Mona, mi madre, mi hermano y yo cogimos a nuestras hijas, cargamos algunas cosas empaquetadas a toda prisa en dos coches y salimos disparados hacia la universidad justo antes de que las tropas israelíes llegaran a sus puertas.

Al día siguiente, 16 de septiembre, yo estaba sentado con Kerr y varios de mis colegas de la universidad en la galería de su residencia cuando uno de los guardias de la universidad vino corriendo hacia nosotros sin aliento

para avisarle de que los oficiales israelíes que mandaban una columna de blindados exigían entrar en el campus y registrarlo en busca de terroristas. Kerr corrió hacia la entrada de la universidad, donde, según nos explicaría más tarde, rechazó las demandas de los oficiales. «En el campus de la Universidad Americana de Beirut no hay terroristas —les dijo—. Si están buscando terroristas, busquen en su propio ejército a los que han destruido Beirut».



Esta caricatura de la serie Doonesbury, publicada por el dibujante estadounidense Garry Trudeau, ironizaba sobre la generosa visión del Gobierno israelí a la hora de definir quién podría ser un terrorista. La referencia a los «7.000 niños terroristas» siempre me ha hecho pensar en mis dos hijas pequeñas. GARRY TRUDEAU

Gracias al coraje de Malcolm Kerr, estuvimos temporalmente a salvo en uno de los apartamentos para el profesorado de la Universidad, pero pronto supimos de otras personas que en aquel momento corrían un peligro mortal. La misma noche del 16 de septiembre Raja y yo presenciamos perplejos una escena surrealista: bengalas israelíes flotando en la oscuridad en absoluto silencio, una tras otra, sobre el extremo sur de Beirut, durante lo que pareció una eternidad. Al ver descender las bengalas, nos quedamos desconcertados: normalmente los ejércitos las utilizan para iluminar el campo de batalla, pero el alto el fuego se había firmado un mes antes, todos los combatientes palestinos se habían marchado hacía semanas y el día anterior había cesado hasta el más mínimo indicio de resistencia libanesa a

la irrupción de las tropas israelíes en Beirut Oeste. No escuchábamos ni explosiones ni disparos. La ciudad estaba tranquila y atemorizada.

La noche siguiente, dos periodistas estadounidenses de *The Washington Post*, Loren Jenkins y Jonathan Randal, quienes se contaban entre los primeros occidentales que habían entrado en los campos de refugiados de Sabra y Shatila, vinieron a explicarnos conmocionados lo que habían visto allí.[312] Habían ido en compañía de Ryan Crocker, que sería el primer diplomático estadounidense en redactar un informe sobre lo que presenciaron los tres: la horrible evidencia de una masacre. Según descubrimos, la noche anterior las bengalas disparadas por el ejército israelí habían iluminado los campos para que las milicias de las fuerzas libanesas —a las que había enviado allí a «hacer limpieza»— pudieran masacrar a civiles indefensos. Entre el 16 y la mañana del 18 de septiembre, los milicianos mataron a más de mil trescientos hombres, mujeres y niños palestinos y libaneses.[313]

Las bengalas que tanto nos habían desconcertado a mi hermano y a mí se describen desde una perspectiva muy distinta en *Vals con Bashir*, una película dirigida por el cineasta Ari Folman, que también es coautor de la novela gráfica del mismo título. En el momento de la masacre, Folman —que durante el asedio de Beirut era soldado en el Ejército israelí— estaba apostado en un tejado con una de las unidades que lanzaban las bengalas.[314] En la película, el cineasta hace referencia a una serie de círculos concéntricos de responsabilidad por el asesinato masivo que se vio facilitado con aquel acto, sugiriendo que quienes integraban los círculos externos también eran responsables. En su opinión, «los asesinos y los círculos que los rodeaban eran lo mismo».[315]

Esta afirmación vale tanto para la guerra en su conjunto como para la masacre de Sabra y Shatila. Una comisión de investigación creada posteriormente y presidida por Isaac Kahan, magistrado del Tribunal Supremo de Israel, estableció la responsabilidad directa e indirecta de

Beguín, Sharón y varios altos mandos del Ejército israelí en las masacres.[316] La mayoría de las personas señaladas perdieron su puesto a consecuencia tanto de la investigación como del rechazo generalizado que suscitó la matanza en Israel. Sin embargo, diversos documentos publicados por los Archivos del Estado de Israel en 2012[317] y los anexos secretos inéditos de la comisión Kahan[318] revelan la existencia de más pruebas condenatorias de la culpabilidad de estas personas, que en realidad fue mucho mayor de lo que establecía el informe original de 1983. Los documentos revelan que hubo una decisión consciente y largamente meditada por parte de Sharón y otros de enviar a consumados sicarios falangistas a los campos de refugiados palestinos con el objetivo de masacrar y ahuyentar a sus residentes. También ponen de relieve cómo los diplomáticos estadounidenses se vieron repetidamente intimidados por sus interlocutores israelíes y fueron incapaces de detener la matanza que el Gobierno de Estados Unidos había prometido evitar.

Según revelan estos documentos, una vez que todo el contingente militar de la OLP hubo abandonado Beirut a finales de agosto de 1982, Beguín, Shamir, Sharón y otros funcionarios israelíes afirmaron falsamente que todavía permanecían en la ciudad unos dos mil combatientes palestinos equipados con armamento pesado, violando así los acuerdos de evacuación.[319] Shamir hizo aquella afirmación en una reunión que mantuvo con un diplomático estadounidense el 17 de septiembre,[320] a pesar de que el Gobierno de Estados Unidos sabía perfectamente que no era cierta; el propio Sharón había asegurado al gabinete israelí el día anterior que «se había expulsado de Beirut a quince mil terroristas armados».[321] Además, la inteligencia militar israelí sabía sin lugar a dudas que esa cifra incluía todas y cada una de las unidades militares regulares de la OLP en Beirut.

Por desgracia, los diplomáticos estadounidenses no cuestionaron la falsedad de las cifras proporcionadas por los líderes israelíes. De hecho, los documentos mencionados revelan que a los funcionarios de Estados Unidos

les resultaba bastante difícil plantar cara a los israelíes por cualquier asunto relacionado con su ocupación de Beirut Oeste. Cuando Moshe Arens, el embajador israelí en Washington, se vio obligado a escuchar una serie de contundentes puntos de discusión que le leyó en voz alta el secretario de Estado, George Shultz (que por entonces había reemplazado a Haig), en los que se acusaba a Israel de «engaño» y se exigía la retirada inmediata de las tropas israelíes de Beirut Oeste, Arens respondió con desdén. «No creo que sepáis lo que estáis haciendo», le espetó al subsecretario de Estado, Lawrence Eagleburger, además de calificar las afirmaciones estadounidenses de «invención» y tildarlas de «completamente falsas». Eagleburger dio a entender que el Departamento de Estado podría hacer pública una declaración calificando la ocupación israelí de Beirut Oeste de «contraria a las garantías» que había dado Israel, momento en el que intervino el lugarteniente de Arens, Benjamín Netanyahu (que por entonces tenía treinta y tres años): «Le sugiero que borre eso —dijo—. De lo contrario, no nos dará otra opción que defender nuestra credibilidad dejando las cosas claras. Terminará habiendo una guerra abierta entre nosotros». Luego, tras escuchar un aparte de Netanyahu en hebreo, Arens añadió: «Creo que eso es cierto».[322] Raras veces en la historia un diplomático subalterno de un país pequeño le ha hablado así a un alto representante de una superpotencia y además ha recibido apoyo al hacerlo.

El 17 de septiembre, mientras continuaban las masacres que nos describían Loren Jenkins y Jon Randal, Washington dio instrucciones al ayudante de Philip Habib, el embajador Morris Draper, de que presionara a Shamir y Sharón para que se comprometieran a abandonar Beirut Oeste. En un gesto característico, Sharón respondió intensificando la ofensiva. «Hay miles de terroristas en Beirut —le aseguró a Draper en una reunión con funcionarios israelíes—. ¿Les interesa que se queden allí?». Draper no puso objeciones a aquella falsa afirmación, pero luego el exasperado enviado estadounidense les dijo a los funcionarios allí reunidos: «Nosotros no

creíamos que debieran entrar [en Beirut Oeste]. Tendrían que haberse quedado fuera»; a lo que Sharón replicó secamente: «No creían o sí creían. Cuando se trata de nuestra seguridad, nunca hemos preguntado. Ni preguntaremos. Cuando está en juego la existencia y la seguridad, es responsabilidad nuestra, y nunca dejaremos que nadie decida por nosotros». Más tarde, cuando Draper cuestionó levemente otra afirmación de Sharón relativa a los «terroristas», el ministro de Defensa israelí respondió con contundencia: «Vamos a matarlos. No se quedarán ahí. Ustedes no van a salvarlos. No van a salvar a esos grupos del terrorismo internacional [sic]». [323]

Sharón no podría haber sido más terriblemente explícito. Sin que Draper ni el Gobierno estadounidense lo supieran, en aquel mismo momento las milicias de las Fuerzas Libanesas que Sharón había enviado a los campos de refugiados estaban perpetrando los asesinatos de los que él hablaba; solo que mataban a ancianos, mujeres y niños desarmados, no a presuntos terroristas. Aunque no fueran las fuerzas de Sharón las que llevaron a cabo materialmente la matanza, habían dotado a las Fuerzas Libanesas de armamento por valor de 118,5 millones de dólares, las habían entrenado, las habían enviado a hacer el trabajo y habían iluminado los campos y facilitado su sangrienta tarea con bengalas.

Que la decisión de Sharón de utilizar de ese modo a las Fuerzas Libanesas fue consciente y deliberada es un hecho que resulta manifiesto en decenas de páginas en los anexos secretos del informe de la comisión Kahan. Tanto Sharón como el jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente general Rafael Eitan; el jefe de la inteligencia militar, general de división Yehoshua Saguy; el jefe del Mossad, Isaac Yoi, y el lugarteniente y sucesor de este último, Nahum Admoni, conocían perfectamente todos ellos las atrocidades que ya habían perpetrado antes las Fuerzas Libanesas en la guerra civil.[324] También sabían de las mortíferas intenciones de Bashir Gemayel y sus partidarios en relación con los palestinos.[325] Aunque las

personas señaladas negaron enérgicamente que conocieran esos hechos a la comisión Kahan, las pruebas que esta recabó y mantuvo en secreto resultan claramente condenatorias y, de hecho, fundamentaron las conclusiones de la comisión. Aun así, las matanzas de Sabra y Shatila no fueron únicamente resultado de la sed de venganza de las milicias de las Fuerzas Libanesas, ni siquiera de la premeditación de los mencionados mandos israelíes. Al igual que la propia guerra, aquellas muertes también fueron responsabilidad directa del Gobierno estadounidense.

A la hora de planificar la invasión del Líbano, los líderes israelíes se habían mostrado especialmente cautelosos ante la posibilidad de repetir el fiasco de 1956, cuando su país había atacado a Egipto sin la aprobación de Estados Unidos y se había visto obligado a dar marcha atrás. Habiendo aprendido de aquella amarga experiencia, en 1967 Israel solo fue a la guerra después de obtener el respaldo de su aliado estadounidense. Ahora, en 1982, el inicio de aquella «guerra favorita», como la denominaban muchos analistas israelíes, dependió por completo del visto bueno de Alexander Haig, un aspecto confirmado por varios periodistas israelíes bien informados poco después del conflicto.[326] Los novedosos detalles, más exhaustivos, revelados en varios documentos anteriormente no disponibles, respaldan claramente este argumento: Sharón le explicó a Haig exactamente lo que estaba a punto de hacer con todo lujo de detalles, y este le dio su apoyo, lo que equivalía a una nueva declaración de guerra de Estados Unidos contra los palestinos. Aun después de la protesta pública por la muerte de tantos civiles libaneses y palestinos, aun después de las imágenes televisadas del bombardeo de Beirut, aun después de la masacre de Sabra y Shatila, el apoyo estadounidense se mantuvo inalterable.

Basándonos en lo que Ari Folman denominaba los círculos externos de responsabilidad, la culpabilidad de Estados Unidos por la invasión de Israel se extiende incluso más allá del visto bueno de Haig: Estados Unidos suministró los mortíferos sistemas de armamento que causaron la muerte de

miles de civiles y que, como es obvio, no se utilizaron de acuerdo con los fines exclusivamente defensivos exigidos por la ley estadounidense. Sharón advirtió de manera explícita a los funcionarios estadounidenses de que eso iba a suceder. Según recordaría posteriormente Draper, después de que él y Habib se reunieran con Sharón en diciembre de 1981, informó a Washington de que en el ataque planeado por Israel «íbamos a ver municiones de fabricación estadounidense lanzadas desde aviones de combate de fabricación estadounidense sobre el Líbano, y se iba a matar a civiles».[327] Por otra parte, el alto mando y los servicios de inteligencia israelíes no eran los únicos que estaban al tanto de las tendencias asesinas de las Fuerzas Libanesas en relación con los civiles palestinos: sus homólogos estadounidenses estaban igualmente informados sobre el sangriento historial de dichas fuerzas.

Teniendo en cuenta este hecho, el respaldo estadounidense a Israel y la tolerancia frente a sus acciones, el suministro por parte de Estados Unidos de armas y municiones para su uso contra civiles, la coacción de este país a la OLP para que abandonara Beirut y su negativa a tratar directamente con ella y, finalmente, sus inútiles garantías de protección, la invasión de 1982 debe verse en realidad como un esfuerzo militar conjunto israelí-estadounidense, su primera guerra dirigida específicamente contra los palestinos. Estados Unidos ocupaba así una posición similar a la de Gran Bretaña en la década de 1930, ayudando a reprimir a los palestinos mediante la fuerza en aras de los propósitos sionistas. Sin embargo, en la década de 1930 mandaban los británicos, mientras que en 1982 fue Israel el que llevó la voz cantante, desplegó su poderío y perpetró las matanzas, mientras Estados Unidos desempeñaba un papel indispensable pero secundario.

Después de lo que supimos sobre la masacre de Sabra y Shatila, concluimos que no era seguro para nosotros quedarnos en Beirut, especialmente con

nuestras dos hijas pequeñas y con Mona a punto de tener un tercero. Nuestros amigos periodistas nos pusieron en contacto con Ryan Crocker, el funcionario político de mayor rango y el único diplomático estadounidense que todavía permanecía en la embajada, en Beirut Oeste.[328] Crocker no solo se ofreció a organizar nuestra evacuación como ciudadanos estadounidenses, sino que también nos escoltaría fuera de la Beirut ocupada por Israel en un vehículo blindado de la embajada. No obstante —nos dijo —, solo podía llevarnos hasta las líneas sirio-israelíes, entre Bhamdoun y Sofar —en las montañas libanesas—, debido a las noticias sobre la presencia de la guardia revolucionaria iraní en el territorio controlado por Siria. Cuando le expliqué que teníamos que llegar un poco más lejos, hasta la cercana Shtaura —en el valle de la Becá—, desde donde podríamos tomar un taxi hasta Damasco, accedió a hacerlo. Y cumplió su palabra. El 21 de septiembre, el día en que Amin Gemayel fue elegido presidente del Líbano en sustitución de su hermano asesinado, salimos de Beirut junto con Crocker y un chófer, atravesamos las líneas del Ejército israelí y las Fuerzas Libanesas, llegamos a Shtaura y seguimos hasta Damasco en taxi.

Sin embargo, una vez allí, en lugar de llevarnos a nuestro hotel, el taxista nos condujo a una de las numerosas oficinas de los servicios de inteligencia sirios, donde Mona —ahora embarazada de siete meses—, mi hermano y yo fuimos retenidos durante varias horas, durante las que nos sometieron a varios interrogatorios por separado que incluían preguntas tan perspicaces como: «¿Ha visto soldados israelíes en Beirut?». Por fortuna, el aparato de seguridad sirio no interrogó a mi madre de sesenta y siete años ni a nuestras dos hijas pequeñas, y finalmente nos dejó en libertad, tras de lo cual nos dirigimos a nuestro hotel y, más tarde, abandonamos Damasco lo más rápido que pudimos.[329] Cogimos un vuelo a Túnez, donde nos reunimos con algunos de nuestros amigos palestinos de Beirut que habían sido evacuados allí. Fue en Túnez donde empecé a desarrollar las ideas que con el tiempo se plasmarían en mi libro sobre las decisiones adoptadas por la

OLP durante la guerra de 1982, *Under siege*, e inicié las conversaciones con algunos de los líderes de la organización a quienes más tarde entrevistaría para el libro. Luego nos dirigimos a El Cairo, donde Mona y yo teníamos familia y donde descubrimos hasta qué punto la guerra había afectado a las niñas: se quedaron aterrorizadas al escuchar el estruendo de los tranvías en una calle adyacente, creyendo que se trataba de tanques israelíes.

En cuanto el ejército israelí se retiró de Beirut Oeste y se reabrió el aeropuerto, regresamos a la ciudad. Mona insistió en que el nacimiento de nuestro tercer hijo estuviera asistido por el mismo obstetra que había asistido en el parto de nuestras dos hijas (y cuyo padre había asistido en el de la propia Mona más de treinta años antes). Nuestro hijo Ismail nació en noviembre de 1982,[330] y yo volví a ejercer la docencia en la Universidad Americana de Beirut y reanudé mi trabajo en el Instituto de Estudios Palestinos. Después de unos meses tensos marcados por el atentado suicida contra la embajada de Estados Unidos en la primavera de 1983, volvimos a abandonar Beirut iniciando lo que esperábamos que iba a ser solo un año de ausencia. Pero la guerra civil libanesa estalló de nuevo con toda su fuerza, y ya nunca regresaríamos a nuestro hogar en Beirut.[331]

El impacto político de la guerra de 1982 fue enorme. Provocó importantes cambios regionales que aún hoy siguen afectando a todo Oriente Próximo. Entre sus resultados más duraderos e importantes se cuentan el auge de Hezbolá en el Líbano y la intensificación y prolongación de la guerra civil libanesa, que se convertiría en un conflicto regional aún más complejo. La invasión de 1982 trajo consigo varios hechos novedosos: fue la primera intervención militar directa de Estados Unidos en Oriente Próximo desde que el país enviara brevemente tropas al Líbano en 1958, y fue asimismo el primer y único intento de Israel de cambiar un régimen por la fuerza en el mundo árabe. Estos hechos engendraron una antipatía aún mayor hacia Israel y Estados Unidos entre muchos libaneses, palestinos y otros árabes,

exacerbando todavía más el conflicto árabe-israelí. Y todo ello fueron consecuencias emanadas directamente de las decisiones adoptadas por los responsables políticos israelíes y estadounidenses al iniciar la guerra de 1982.

La guerra también provocó reacciones intensas, incluido un rechazo generalizado de sus resultados en importantes sectores de la sociedad israelí, lo que se traduciría en el rápido crecimiento del movimiento Paz Ahora, que se había fundado en 1978. También suscitó las que serían las primeras percepciones negativas de Israel de cierta trascendencia y continuidad en Estados Unidos y en Europa desde 1948.[332] Durante muchas semanas, los medios de comunicación internacionales difundieron ampliamente imágenes perturbadoras del intenso sufrimiento de la población civil en la Beirut sitiada y bombardeada, la primera y única capital árabe atacada y luego ocupada de ese modo por Israel. Ni toda la sofisticada propaganda de Israel y sus partidarios logró borrar aquellas indelebles escenas, y, como resultado, la reputación de Israel en el mundo quedó seriamente empañada. La imagen absolutamente positiva que Israel había cultivado con frecuencia en Occidente se vio dañada de forma apreciable, al menos por un tiempo.

Los palestinos, por su parte, se ganaron una considerable simpatía internacional como resultado del asedio. En lo que constituía otro hecho novedoso, por primera vez pudieron despojarse, al menos parcialmente, de la etiqueta de terroristas que la propaganda israelí les había asignado con tanto éxito, y aparecieron ante muchos como David enfrentándose al gigantesco Goliat del Ejército israelí. Pero, a pesar de esta limitada mejora de su imagen internacional, no lograron obtener suficiente apoyo ni de los Estados árabes, ni de la URSS ni de otros actores para contrarrestar el denodado respaldo de la administración Reagan al principal objetivo bélico israelí de desalojar a la OLP del Líbano.

Con la evacuación de la OLP de Beirut, la causa palestina parecía haberse debilitado seriamente, y Sharón parecía haber logrado todos sus grandes objetivos. Sin embargo, el paradójico resultado de estos acontecimientos fue desplazar gradualmente el centro de gravedad del movimiento nacional palestino lejos de los países árabes vecinos, donde se había relanzado en las décadas de 1950 y 1960, para llevarlo de vuelta al territorio palestino. Sería aquí donde cinco años después, en diciembre de 1987, estallaría la Primera Intifada, cuyos resultados conmocionarían a la opinión pública no solo de Israel, sino del mundo entero. Como hiciera la Nakba décadas antes, esta dolorosa derrota generó una forma de resistencia nueva y distinta de los palestinos a la guerra que se libraba contra ellos en múltiples frentes. Sharón y Beguín habían iniciado la invasión para derrotar a la OLP y desmoralizar a los palestinos, dejando así las manos libres a Israel para anexionarse los Territorios Ocupados; pero el resultado último sería, en cambio, espolear su resistencia y reubicarla dentro de la propia Palestina.

Con respecto a los actores que desempeñaron un papel clave en los acontecimientos del verano de 1982, posteriormente la duda y el arrepentimiento parecerían dominar los recuerdos de muchos de ellos. En sendas entrevistas realizadas conmigo en 1983 y 1984, tanto Morris Draper como Robert Dillon —el embajador estadounidense en el Líbano en el momento de la invasión— me expresaron un profundo remordimiento por su papel en las negociaciones con la OLP. Ambos tenían la amarga sensación de haber sido engañados por Sharón y Beguín, quienes, según me dijeron, habían dado a Estados Unidos garantías explícitas de que las fuerzas israelíes no entrarían en Beirut Oeste. Philip Habib no tuvo pelos en la lengua, afirmando que su Gobierno había sido engañado no solo por Israel, sino también por su propio secretario de Estado: «Haig mentía. Sharón mentía», me dijo.[333] Los documentos israelíes recientemente revelados confirman que en la primavera y el verano de 1982, en Beirut,

Washington y Jerusalén, hubo de hecho una buena dosis de engaño, y quizá aún más de autoengaño.

Los altos diplomáticos franceses que participaron en las negociaciones sobre la evacuación de la OLP del Líbano y a quienes entrevisté posteriormente me expresaron su pesar por no haber logrado un acuerdo mejor; sentían amargura por no haber podido obtener garantías de seguridad internacionales para la población civil palestina ni el despliegue a largo plazo de fuerzas multinacionales para proteger a dicha población. Lamentaban la gestión unilateral de las negociaciones por parte de Estados Unidos y sus esfuerzos para restringir la participación de representantes internacionales. En su momento habían advertido proféticamente, en repetidas ocasiones, que el rumbo que llevaba Estados Unidos conduciría a un desenlace trágico, pero al final el Gobierno francés no hizo nada para evitarlo.

En cuanto a la OLP, sus líderes se mostraron irritados por la traición de Estados Unidos, que no había sabido proteger los campos. Expresaron su pesar, e incluso un sentimiento de culpa, por no haber logrado que se garantizara de forma inquebrantable la seguridad de aquellos a quienes dejaron atrás. Abu Iyad, quien durante todo el asedio había abogado en favor de adoptar una posición negociadora más dura, acusó explícitamente a los líderes de la organización de haber fallado a su propia gente, una opinión compartida por muchos palestinos. Otros tenían opiniones similares. Aparte de expresar un profundo pesar por el resultado del conflicto, Abu Jihad (Khalil al-Wazir) se mostró reservado y taciturno. Como cabría esperar, Arafat fue el menos autocrítico.[334]

En el caso de Estados Unidos, se puede afirmar que su insistencia en monopolizar la diplomacia de Oriente Próximo y su apoyo a las ambiciones de Israel no redundaron precisamente en interés de los estadounidenses, algo que revelarían con claridad meridiana los acontecimientos posteriores, entre ellos los atentados suicidas contra la embajada de Estados Unidos en

Beirut, el cuartel de los marines estadounidenses y el de las tropas francesas, que habían regresado a la ciudad en una misión vagamente definida poco después de la masacre de Sabra y Shatila. En el plazo de unos meses, el acorazado *New Jersey* estaba disparando proyectiles del tamaño de un Volkswagen Escarabajo en dirección a las montañas del Shouf, donde las milicias drusas (apoyadas por Siria) luchaban contra las fuerzas libanesas (apoyadas por Israel),[335] y Estados Unidos se veía envuelto en una guerra abierta que pocos de sus ciudadanos, incluidos muchos de los directamente involucrados, acababan de entender del todo.

Hezbolá, surgida de la vorágine libanesa, se convertiría en un enemigo mortal de Estados Unidos e Israel. Al examinar el auge de la organización, pocos han señalado el hecho de que muchos de los jóvenes que fundaron el movimiento y llevaron a cabo sus mortíferos ataques contra objetivos estadounidenses e israelíes habían luchado junto a la OLP en 1982. Ellos se habían quedado cuando se marcharon los combatientes de la OLP y habían visto masacrar a cientos de sus correligionarios chiíes junto a los palestinos en Sabra y Shatila. Las personas que perecieron en el atentado contra la embajada de Estados Unidos, los marines que murieron en sus cuarteles y los muchos otros estadounidenses que serían secuestrados o asesinados en Beirut —entre ellos Malcolm Kerr y varios de mis colegas y amigos de la Universidad Americana de Beirut—, buena parte de ellos víctimas de los grupos que luego se integrarían en Hezbolá, pagaron el precio de lo que se percibía como la connivencia de su país con el ocupante israelí.

Entre los mencionados círculos de responsabilidad de Folman, con toda probabilidad fueron los libaneses directa e indirectamente responsables de las matanzas quienes terminaron pagando el precio más alto. Bashir Gemayel y su lugarteniente Elie Hobeika murieron asesinados, al igual que varios otros, mientras que Samir Geagea, principal líder de las Fuerzas Libanesas (y más tarde presidente del partido político en el que estas se convirtieron), pasó once años en prisión por los crímenes cometidos durante

la guerra libanesa, aunque no por ningún hecho relacionado con la invasión de 1982. De los líderes de la OLP que adoptaron las fatídicas decisiones que desembocaron en la tragedia de Sabra y Shatila, Abu Jihad y Abu Iyad serían ambos asesinados, el primero, a manos de Israel, y el segundo, probablemente por un agente iraquí, mientras que Arafat moriría tras quedar sitiado por las tropas israelíes en su cuartel general de Ramala.[336] A ninguno de ellos se le consideró nunca responsable de los resultados de la guerra de 1982.

La mayoría de los responsables involucrados en las decisiones adoptadas por Israel, entre ellos, Beguín, Sharón y varios generales de alto rango, hubieron de afrontar la humillación o la pérdida de su cargo como resultado del informe de la comisión Kahan y la condena de las matanzas entre la propia población israelí. Sin embargo, ninguno de ellos sufriría castigos penales ni ninguna otra sanción grave. De hecho, el jefe del Mando Norte israelí, el general de división Amir Drori —que fue quien dirigió las fuerzas de invasión—, completó su periodo de mandato, tras de lo cual pidió una excedencia de un año y se fue a estudiar a Washington. Por su parte, Shamir y Sharón, al igual que Netanyahu, llegarían a ser primeros ministros de Israel.

En cambio, a ninguno de los funcionarios estadounidenses involucrados se le exigiría jamás responsabilidad alguna por ninguno de sus actos, ya fuera en relación con su connivencia con Israel a la hora de iniciar y librar la guerra de 1982 o con respecto al incumplimiento de las promesas estadounidenses de garantizar la seguridad de los civiles palestinos. Muchos de ellos —como Reagan, Haig y Habib— han fallecido. Hasta el momento, ninguno ha sido juzgado.

---

[272] «Convención II de La Haya de 1899 relativa a las leyes y usos de la guerra terrestre y reglamento anexo», https://bit.ly/3Cvzip2.

[273] Citado en Alexander Cockburn, «A Word Not Fit to Print», *Village Voice*, 22 de septiembre de 1982.

[274] PK III, p. 196. Gur se dirigía a Sharón durante una sesión de la Comisión de Defensa y Asuntos Exteriores de la Knéset celebrada el 10 de junio de 1982.

[275] Jaim Herzog, en *The Arab-Israeli Wars: War and Peace in the Middle East from the War of Independence Through Lebanon* (ed. rev., Nueva York: Random House, 1985, p. 344), da la cifra de ocho divisiones. Herzog era un general de división retirado, antiguo jefe de la inteligencia militar y más tarde presidente de Israel. Otras fuentes israelíes autorizadas han sugerido que a la larga acabaron participando hasta nueve divisiones en la fuerza de invasión.

[276] Eso afirma el informe oficial de los Servicios Generales de Seguridad libaneses (*Dairat al-Amn al-Am*), que declaraba que el 84 % de las víctimas de Beirut eran civiles; véase *The Washington Post*, 2 de diciembre de 1982. Dadas las circunstancias de la guerra, es comprensible que estas cifras no sean del todo exactas.

[277] El 14 de agosto de 1982, la Agencia de Noticias de Palestina (WAFA) informaba de que las necrológicas publicadas en la prensa israelí de los soldados muertos en el Líbano durante las diez semanas de combates ascendían a cuatrocientas cincuenta y tres. Esta discrepancia puede deberse a que los militares israelíes solo publicaban las cifras relativas a los fallecidos en combate, excluyendo así a los que morían más tarde a causa de sus heridas o perecían en el frente debido a otras circunstancias; citado en *Under Siege*, pp. 199-200, n. 4.

[278] *The Jerusalem Post*, 10 de octubre de 1983. El propio Sharón mencionó la cifra de 2.500 bajas israelíes a Pierre y Bashir Gemayel el 21 de agosto de 1982; PK IV, p. 5. Las bajas militares israelíes producidas desde junio de 1982 hasta la retirada parcial de junio de 1985 fueron más de cuatro mil quinientas. Por otra parte, más de quinientos soldados israelíes perecerían entre 1985 y el final de la ocupación del sur del Líbano, en mayo de 2000, lo que suma un total de más de ochocientos muertos entre 1982 y 2000. La guerra y la ocupación del Líbano produjeron, pues, la que sería la tercera mayor cifra de bajas militares israelíes después de las guerras de 1948 y 1973, y por delante de los conflictos de 1956 y 1967 y de la guerra de desgaste de 1968-1970 en el canal de Suez.

[279] Probablemente debido a mi anterior función en la WAFA, donde había ayudado a Mona a crear el nuevo servicio de información en inglés, algunos periodistas que ignoraban las normas básicas en cuyo contexto hablé con ellos durante la guerra me calificarían erróneamente de «director de la WAFA» o de «portavoz de la OLP», cuando de hecho no era ninguna de las dos cosas (Thomas Friedman, «Palestinians Say Invaders Are Seeking to Destroy P.L.O. and Idea of a State», *The New York Times*, 9 de junio de 1982). Sin duda, la primera denominación habría sorprendido al verdadero director de la WAFA, Ziyad Abd al-Fattah, así como a Ahmad Abd al-Rahman y Mahmud al-Labadi, los auténticos portavoces oficiales de la OLP, el primero, para los medios de comunicación árabes, y el segundo, para la prensa extranjera. Como jefe de la sección de Información Exterior de la OLP, Al-Labadi era el único responsable de tratar con los periodistas extranjeros. Estos tres funcionarios estaban obligados a atenerse a la postura de la OLP, cosa que no ocurría en mi caso. Cuando yo

hablaba con periodistas occidentales, no lo hacía a título oficial, sino de forma anónima, como «una fuente palestina bien informada». Casi todos los periodistas respetaban esta convención.

[280] David Shipler, «Cease-Fire in Border Fighting Declared by Israel and PLO», *The New York Times*, 25 de julio de 1981, https://www.nytimes.com/1981/07/25/world/cease-fire-border-fighting-declared-israel-plo-us-sees-hope-for-wider-peace.html [https://nyti.ms/32xjohL; acceso restringido].

[281] Conocí fugazmente a Habib cuando yo era adolescente, estando en Seúl en compañía de mi padre, que entre 1962 y 1965 ocupó el máximo puesto civil de la ONU en Corea del Sur, donde Habib era un alto diplomático en la embajada de Estados Unidos. Él y su esposa habían trabado cierta relación con mis padres, y mi madre y la señora Habib solían jugar juntas al *bridge* en nuestra casa. Con el tiempo, me beneficiaría de aquella relación cuando Habib aceptó que le entrevistara para el libro que estaba escribiendo sobre la OLP durante la guerra del Líbano: *Under Siege: PLO Decisionmaking During the 1982 War*.

[282] No era esta la primera vez que me reunía con Primakov, y, como siempre, me impresionó su conocimiento de la política de Oriente Medio, su inteligencia y su franqueza. Tras la disolución de la URSS, Primakov se convertiría en el primer jefe del servicio de inteligencia de Rusia, luego en ministro de Exteriores y finalmente en primer ministro. Cuando ostentaba este último cargo, nos ayudó a un colega austriaco y a mí a llegar a un acuerdo con los archivos estatales rusos para hacer públicos diversos documentos diplomáticos soviéticos relativos a Oriente Próximo entre las décadas de 1940 y 1980. El proyecto fue abortado cuando el presidente Borís Yeltsin destituyó a Primakov en 1999. Su descripción de la guerra de 1982 puede encontrarse en *Russia and the Arabs: Behind the Scenes in the Middle East from the Cold War to the Present*, Nueva York: Basic Books, 2009, pp. 199-205.

[283] En diversas entrevistas realizadas posteriormente en Túnez, tanto Abu Iyad como Abu Jihad me confirmarían que los dirigentes de la OLP sabían desde hacía tiempo que la guerra se avecinaba y se habían preparado en consecuencia; véase *Under Siege*, p. 198, n. 21.

[284] Al parecer, a Arafat no le sorprendió. En un discurso pronunciado en marzo de 1982 había predicho que la OLP y sus aliados tendrían que luchar en Khaldeh; véase *Under Siege*, p. 198, n. 20. El comandante de sector de la OLP allí destacado, el coronel Abdullah Siyam, murió el 12 de junio en esta batalla; fue el oficial de la OLP de mayor rango que pereció en la guerra. Dos días antes, el que sería el oficial israelí de mayor rango caído en combate, el general de división Yukutiel Adam, antiguo subjefe del Estado Mayor y director designado del Mossad, había muerto a manos de combatientes palestinos en la costa de Damour, una zona que se creía pacificada; véase *Under Siege*, pp. 80-81.

[285] Este dato lo reveló Alexander Cockburn en «A Word Not Fit to Print», *Village Voice*, 22 de septiembre de 1982.

[286] La mayoría de los periodistas occidentales se habían trasladado al Commodore desde el legendario hotel Saint George, situado a orillas del mar, en la Corniche, que fue saqueado e incendiado en 1975. El Saint George había servido durante mucho tiempo como cuartel general para periodistas y diplomáticos extranjeros, además de espías, traficantes de armas y otros tipos menos

honestos. Aunque más modesto que el lujoso Saint George, y sin sus espectaculares vistas al mar, el Commodore tenía la inestimable virtud de estar relativamente lejos de la mayoría de los frentes de batalla de la guerra civil. Said Abu Rish, en *The St. George Hotel Bar* (Londres: Bloomsbury, 1989), narra algunas de las intrigas que tuvieron lugar allí, señalando que algunos célebres agentes de inteligencia como Kim Philby y Miles Copeland eran clientes habituales del hotel.

[287] Zeev Schiff y Ehud Yaari, en *Israel's Lebanon War* (Nueva York: Simon and Schuster, 1983), revelan con cierto grado de detalle el alcance de la red de espionaje israelí en el Líbano, al igual que hace Bergman en *Rise and Kill First*.

[288] Bergman, en *Rise and Kill First*, sostiene que los esfuerzos concertados para matar a todos los líderes de la OLP se remontan como mínimo a 1981; véanse pp. 244-247.

[289] «Reported Dead, 550 Injured as Israelis Bomb PLO Targets», *The New York Times*, 18 de julio de 1981, https://www.nytimes.com/1981/07/18/world/123-reported-dead-550-injured-israelis-bomb-plo-targets-un-council-meets-beirut.html [https://nyti.ms/3xtGZLA; acceso restringido].

[290] «Begin Compares Arafat to Hitler», United Press International (UPI), 5 de agosto de 1982, http://www.upi.com/Archives/1982/08/05/Begin-compares-Arafat-to-Hitler/2671397368000 [https://bit.ly/3cYXl5q].

[291] Bergman, en *Rise and Kill First*, señala que las tentativas israelíes de asesinar a Arafat se iniciaron ya en 1967; véanse pp. 117-118. En las pp. 248-261 incluye asimismo la descripción de múltiples intentos de asesinato realizados durante la guerra de 1982.

[292] Entrevista con la doctora Lamya Khalidi, Niza, 1 de junio de 2018. Entre las pp. 264-265 de Bergman, *Rise and Kill First*, se incluye una foto del comandante de un escuadrón de asesinos israelí «disfrazado de mendigo» y sentado en una calle de una ciudad árabe no identificada, probablemente Beirut.

[293] Este doble agente había sido infiltrado por los servicios de Abu Iyad en la facción anti-OLP Abu Nidal, que tenía su base en Libia, con el objetivo de socavar dicho grupo, una operación que tuvo bastante éxito. Posteriormente fue contratado como chófer por uno de los principales lugartenientes de Abu Iyad, Abu al-Hol (Hail Abd al-Hamid). Pero resultó que el agente había sido sobornado (presumiblemente por el régimen iraquí, que apoyaba al grupo Abu Nidal y estaba furioso porque Abu Iyad se había opuesto abiertamente a su invasión de Kuwait) y mató a Abu Iyad, a Abu al-Hol y a uno de sus ayudantes el 14 de enero de 1991, dos días antes de la ofensiva estadounidense para expulsar a las fuerzas iraquíes de Kuwait.

[294] Posiblemente sea este mismo bombardeo el que describe Bergman en *Rise and Kill First*, p. 256: «Una vez [el escuadrón de asesinos] incluso llegó a escuchar al propio Arafat al teléfono y envió un par de cazabombarderos que arrasaron el edificio, pero Arafat se había marchado "apenas treinta segundos antes", según Dayan [el comandante de la unidad]». Es posible que se trate del mismo ataque mencionado en las pp. 258 y 259 de la obra, erróneamente datado el 5 de agosto, y del que se afirma —también erróneamente— que iba dirigido contra «el bloque de oficinas de Sanai, en Beirut Oeste, donde se suponía que Arafat iba a asistir a una reunión». Según Bergman, el jefe del Estado Mayor Rafael Eitan participó personalmente en aquel bombardeo.

[295] *Under Siege*, p. 97. El periodista de *Newsweek* Tony Clifton estuvo en el escenario, al igual que John Bulloch, del *Daily Telegraph*. Clifton ofrece una desgarradora descripción del día después, y afirma que la cifra de muertos pudo llegar a doscientos sesenta; véase Tony Clifton y Catherine Leroy, *God Cried*, Londres: Quartet Books, 1983, pp. 45-46. Véase también John Bulloch, *Final Conflict: The War in Lebanon*, Londres: Century, 1983, pp. 132-133.

[296] Para conocer más detalles, véase *Under Siege*, pp. 88 y 202, n. 39. Véase también Bergman, *Rise and Kill First*, pp. 242-243, donde el autor da detalles sobre el uso de coches bomba en el Líbano por parte de los servicios de inteligencia israelíes.

[297] En *Under Siege*, explico cómo la OLP llegó a adoptar la decisión de evacuar Beirut. Escribí el libro basándome en el acceso a los archivos de la OLP, que por entonces se encontraban en Túnez (el 1 de octubre de 1985 Israel bombardearía los archivos y otras oficinas de la OLP, matando a uno de los archiveros que me habían ayudado), junto con las diversas entrevistas que hice a los principales participantes estadounidenses, franceses y palestinos en las negociaciones.

[298] Anziska, *Preventing Palestine*, p. 201.

[299] Los palestinos siempre sospecharon que el grupo Abu Nidal, que en distintos momentos actuó como tapadera para las agencias de inteligencia libias, iraquíes y sirias, también había sido infiltrado por el Mossad israelí. Bergman, en *Rise and Kill First*, afirma que, según sus fuentes israelíes, «la inteligencia británica tenía a un agente doble en la célula de Abu Nidal» que perpetró el atentado contra Argov (p. 249). Aunque Bergman sostiene que hay agentes dobles israelíes en prácticamente todos los grupos considerados hostiles a Israel, pese a los espectaculares atentados del grupo Abu Nidal contra objetivos israelíes y judíos, su libro no hace mención alguna de la posibilidad de que también hubiera agentes dobles israelíes en este grupo, ni de hecho asigna siquiera una entrada propia al grupo en el índice alfabético de la obra.

[300] Anziska, *Preventing Palestine*, pp. 201-202.

[301] En febrero de 1977 mi madre recibió un disparo, aunque tuvo la suerte de resultar solo levemente herida, cuando pasó por otro puesto de control similar, en este caso gestionado por tropas sirias.

[302] Entre ellos se contaban políticos como Rashid Karami, Saeb Salam y Selim al-Hoss, que habían sido primeros ministros del Líbano bajo una fórmula que se remontaba a la independencia del país en 1943, y que tradicionalmente eran favorables a la presencia política y militar palestina, principalmente sunní, en el Líbano.

[303] *Under Siege*, pp. 65, 88 y 201, n. 16. Múltiples documentos de los anexos secretos de los papeles de la comisión Kahan relativos a la investigación de la masacre de Sabra y Shatila hacen referencia a las matanzas de drusos por parte de las fuerzas libanesas en el Shouf: PK I, p. 5; PK II, pp. 107-108; PK III, p. 192; PK IV, pp. 254, 265, 296; PK V, pp. 56, 58; PK VI, p. 78. Pueden consultarse en: https://bit.ly/3cssfDk.

[304] Puede consultarse el texto del Plan de Once Puntos en *Under Siege*, pp. 183-184.

[305] Aparte de las matanzas perpetradas en el Shouf a finales de junio y principios de julio, los documentos de los anexos secretos de la comisión Kahan informan de otras atrocidades: la

desaparición y presunto asesinato de mil doscientas personas en Beirut a manos de grupos controlados por Elie Hobeika, jefe de inteligencia de las Fuerzas Libanesas (PK II, p. 1, y PK V, p. 58), y un informe del Mossad que hace referencia a quinientas personas «liquidadas» en los controles de carretera de dicha organización el 23 de junio (PK II, p. 3, y PK VI, p. 56). Véase: https://bit.ly/3cssfDk.

[306] *Under Siege*, p. 171, donde se citan los documentos originales que se conservaban en los archivos de la OLP.

[307] Toda la correspondencia entre Estados Unidos y el Líbano se recoge en *Department of State Bulletin*, vol. 82, n.º 2.066 (septiembre de 1982), pp. 2-5.

[308] Los informes de la policía libanesa mencionaban que aquel día hubo «al menos ciento veintiocho muertos» y más de cuatrocientos heridos: *Under Siege*, p. 204, n. 67, donde se cita una noticia de Associated Press publicada en *The New York Times* el 13 de agosto de 1982.

[309] Entrada de diario correspondiente al 12 de agosto de 1982, en Ronald Reagan, *The Reagan Diaries*, ed. de Douglas Brinkley, Nueva York: HarperCollins, 2007, p. 98.

[310] Durante algún tiempo también siguieron asustándose cada vez que oían un avión o un helicóptero volando por encima de ellas.

[311] El propio Malcolm Kerr sería asesinado al salir de su oficina solo dieciséis meses después, al igual que varios de mis colegas de la Universidad Americana de Beirut.

[312] Más tarde Jenkins compartiría el Premio Pulitzer con Thomas Friedman, de *The New York Times*, por su reportaje sobre la masacre de Sabra y Shatila.

[313] El análisis más completo sobre el número de víctimas de la masacre, basado en extensas entrevistas y minuciosas investigaciones, es el de la distinguida historiadora palestina Bayan Nuwayhed al-Hout, quien en *Sabra and Shatila: September 1982* (Ann Arbor: Pluto, 2004), establecía un mínimo de alrededor de mil cuatrocientos muertos. Sin embargo, señalaba que, dado que hubo muchas víctimas secuestradas de las que no volvió a saberse nada, sin duda la cifra real era mayor y resulta imposible determinarla.

[314] La novela gráfica es de Ari Folman y David Polonsky (Nueva York: Metropolitan Books, 2009 [trad. cast.: Barcelona: Salamandra, 2009]). Según el relato que hace Folman en *Vals con Bashir*, su unidad disparó las bengalas, creando «un cielo brillantemente iluminado que ayudó a otros a matar» (p. 107). Aunque ni la novela ni la película escatiman los detalles a la hora de describir la atrocidad que constituye el núcleo de toda la historia, ambas se centran sobre todo en la posterior angustia psicológica de los israelíes que permitieron a los asesinos hacer su trabajo, antes que en el sufrimiento de las víctimas anónimas, del que solo se habla al final. En esto presenta una semejanza más que pasajera con un característico género literario-televisivo israelí conocido como «disparar y llorar».

[315] Al final, el amigo de Folman le suelta el rollo con un poquito de psicología popular. Le dice que el problema estaba en su percepción» como joven de diecinueve años e hijo de supervivientes del Holocausto, que no había diferencia alguna entre los que perpetraron la masacre y los israelíes de los

círculos que los rodeaban, y añade: «Te sentías culpable […]. En contra de tu voluntad, te pusieron en el papel de un nazi […]. Disparaste las bengalas. Pero no llevaste a cabo la masacre».

[316] El texto del informe de la comisión Kahan puede consultarse en http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/History/kahan.html [https://bit.ly/30Zn9MM]. Por otra parte, puede leerse una crítica mordaz de los numerosos defectos y omisiones del informe en Noam Chomsky, *Fateful Triangle: The United States, Israel, and the Palestinians*, 2.ª ed., Cambridge (Massachusetts): South End Press, 1999, pp. 397-410.

[317] *The New York Times* subió a la red los documentos publicados por los Archivos del Estado de Israel en 2012, en el trigésimo aniversario de la masacre de Sabra y Shatila, junto con un artículo de opinión sobre el tema de Seth Anziska, que fue quien descubrió los documentos en los archivos: «A Preventable Massacre», *The New York Times*, 16 de septiembre de 2012, http://www.nytimes.com/2012/09/17/opinion/a-preventable-massacre.html?ref=opinion [https://nyti.ms/3rexYVD; acceso restringido]. Los documentos pueden consultarse en línea en: «Declassified Documents Shed Light on a 1982 Massacre», *The New York Times*, 16 de septiembre de 2012, http://www.nytimes.com/interactive/2012/09/16/opinion/20120916_lebanondoc.html?ref=opinion [https://nyti.ms/3rj6UEO; acceso restringido].

[318] Como ya hemos señalado antes, las traducciones al inglés de los anexos secretos del informe —citados aquí como PK (Papeles Kahan) I a VI— están disponibles en el sitio web del Instituto de Estudios Palestinos, en: https://bit.ly/3cssfDk.

[319] Ya el 19 de julio, Sharón le dijo a Habib que los informes de los servicios de inteligencia israelíes indicaban que la OLP planeaba dejar «núcleos de infraestructura terrorista» en el Líbano, y que «esta es la idea que se esconde tras la exigencia de que la FML [Fuerza Multilateral] proteja los campos de refugiados»; véase PK III, p. 163. Dado que eso no era cierto, o bien Sharón estaba muy mal informado, o bien preparaba ya un pretexto para su planificada actuación contra la presencia palestina remanente en el Líbano tras la salida de la OLP.

[320] «Declassified Documents Shed Light on a 1982 Massacre», *The New York Times*, 16 de septiembre de 2012.

[321] PK IV, p. 273. En aquella reunión del gabinete, Sharón también informó de que Israel había enviado a las fuerzas libanesas a Sabra.

[322] «Declassified Documents Shed Light on a 1982 Massacre». Véase también Anziska, *Preventing Palestine*, pp. 217-218.

[323] «Declassified Documents Shed Light on a 1982 Massacre». En una reunión del gabinete israelí celebrada el 16 de septiembre de 1982, Sharón informó sobre una conversación anterior con Draper, a quien acusó de mostrar una «extraordinaria insolencia» por contradecirle; véase PK IV, p. 274.

[324] PK III, pp. 222-226. Como señalábamos en el capítulo 3, Sharón habló detalladamente sobre Tel al-Zaatar en una reunión a puerta cerrada de la Comisión de Defensa y Asuntos Exteriores de la Knéset celebrada el 24 de septiembre de 1982, y en la propia Knéset en octubre de 1982. Según un informe del Mossad fechado el 23 de junio de 1982, Bashir Gemayel declaró a los representantes del

servicio de inteligencia israelí, en una reunión a la que asistieron seis de sus principales asesores, que para tratar con los chiíes «es posible que necesiten varios Deir Yassin». En relación con el hecho de que en la invasión de 1982 los israelíes ya estaban al tanto de las anteriores masacres perpetradas por las fuerzas libanesas, véanse las notas 32 y 34 de este mismo capítulo.

[325] El 8 de julio de 1982, Bashir Gemayel le preguntó a Sharón si se opondría a que las fuerzas libanesas utilizaran excavadoras para demoler los campos palestinos del sur del Líbano. Como ya hemos mencionado anteriormente, Sharón le respondió: «Eso no es asunto nuestro: nosotros no queremos ocuparnos de los asuntos internos del Líbano» (PK IV, p. 230). En una reunión con el general de división Saguy celebrada el 23 de julio de 1982, Bashir Gemayel afirmó que había que tratar el «problema demográfico» palestino, y que si se destruían los campos de refugiados palestinos del sur del Líbano a la mayoría de los libaneses no les importaría (PK VI, p. 244). En otra reunión, celebrada el 1 de agosto de 1982, el general Saguy declaró que «ha llegado el momento de que los hombres de Bashir preparen un plan para hacer frente a los palestinos» (PK VI, p. 243). El 21 de agosto, en respuesta a una pregunta de Sharón sobre lo que planeaban hacer las Fuerzas Libanesas con los campos de refugiados palestinos, Bashir Gemayel declaró: «Planeamos hacer un zoológico de verdad» (PK V, p. 8). Un testigo que declaró ante la comisión Kahan, el teniente coronel Harnof, explicó que los dirigentes de las Fuerzas Libanesas habían dicho que «Sabra se convertiría en un zoológico y Shatila, en el aparcamiento de Beirut», señalando que ya habían perpetrado matanzas de palestinos en el sur (PK VI, p. 78). El director del Mossad (desde septiembre de 1982), Nahum Admoni, declaró a la comisión que Bashir Gemayel «estaba preocupado por el equilibrio demográfico del Líbano […]. Cuando hablaba de cambio demográfico, siempre quería decir asesinato y eliminación» (PK VI, p. 80). El que fuera director del Mossad hasta septiembre de 1982, Isaac Hoi, dijo que los dirigentes de las Fuerzas Libanesas «hablan de resolver el problema palestino haciendo un gesto con la mano cuyo significado es la eliminación física» (PK VI, p. 81).

[326] El libro ya mencionado de Zeev Schiff y Ehud Yaari, dos expertos y respetados periodistas israelíes (*Israel's Lebanon War*), está repleto de ejemplos tanto de las decisiones cruciales adoptadas por instancias israelíes como del apoyo de la diplomacia estadounidense, muchos de los cuales se han visto confirmados por documentos oficiales recientemente desclasificados por ambas partes. Véase también el artículo de Schiff, «The Green Light», *Foreign Policy*, vol. 50 (primavera de 1983), pp. 73-85.

[327] Anziska, *Preventing Palestine*, pp. 200-201, donde cita el informe de Morris Draper «Marines in Lebanon, A Ten Year Retrospective: Lessons Learned», Quantico (Virginia), 1992, reproducido por cortesía de Jon Randal.

[328] A lo largo de una distinguida carrera diplomática, Ryan Crocker fue embajador en seis países, en muchos casos en puestos muy complicados, como Bagdad y Kabul.

[329] Ese no sería mi último roce con la inteligencia siria. Una traducción al árabe de *Under Siege*, que incluía una descripción crítica del papel del régimen de Al-Ásad en la guerra de 1982, se vio frustrada unos años después por el temor del editor libanés a los amenazadores servicios de inteligencia sirios, que por entonces dominaban Beirut. Finalmente pude publicarlo por entregas —

también en árabe— en la prensa kuwaití. A la larga, el Instituto de Estudios Palestinos publicaría asimismo la versión árabe en 2018. Aunque por entonces no pudo publicarse en dicha lengua en Beirut, en 1988 Marachot, la editorial del Ministerio de Defensa israelí, publicó una traducción al hebreo de la obra, aunque añadiendo alguna que otra nota crítica marginal en tono sarcástico.

[330] La Universidad Americana de Beirut tardaría casi ocho meses en conseguirle un permiso de residencia, cuando no debería haber necesitado más de un par de semanas: así funcionaba la Sûreté Générale del nuevo régimen instaurado por Sharón. Sobre la naturaleza de la elección de Amin Gemayel, véase Bergman, *Rise and Kill First* (p. 673, n. 262), donde se detalla cómo el personal militar y de seguridad israelí «escoltó» a los diputados libaneses a los comicios, y a veces ayudó a «persuadirlos».

[331] Antes de abandonar Beirut, me reuní con el gran estadista libanés Saeb Salam —emparentado con nosotros por múltiples matrimonios—, para entrevistarle acerca de su papel en la guerra de 1982. Respondió a mis preguntas, pero me pidió que no le incluyera en el libro. Justo antes de separarnos, me habló de su visita a Bashir Gemayel días antes de su asesinato, que había sido motivo de numerosas especulaciones. Aquella reunión cara a cara siguió a un enconado encuentro secreto entre Gemayel y Beguín en el que el primero rechazó la exigencia del segundo de firmar inmediatamente un tratado de paz con Israel. En Schiff y Yaari, *Israel's Lebanon War*, pueden leerse los detalles, algunos de los cuales me los confirmó el propio Schiff en una entrevista realizada en Washington el 30 de enero de 1984. El joven presidente electo —ahora fallecido— le había dicho entonces: «Ya sabe usted, Saeb Bey [*bey* es un título honorífico otomano adquirido por su padre], que muchos de mis principales lugartenientes han sido entrenados en Israel. No tengo nada claro cuáles de ellos son leales a Israel y cuáles a mí». Aunque sus relaciones con Beguín se habían agriado antes de su muerte, Gemayel tenía muchos enemigos. La persona que colocó los explosivos que lo mataron era supuestamente un izquierdista libanés que trabajaba con la inteligencia siria. Las transcripciones del interrogatorio de uno de los presuntos asesinos, Habib al-Shartouni, pueden encontrarse en árabe en el sitio web del periódico falangista *al-ʿAmal*: la parte 1, en https://www.lebanese-forces.com/2019/09/04/bachir-gemayel-chartouni [https://bit.ly/3D0QanU]; la parte 2, en https://www.lebanese-forces.com/2019/09/02/bachir-gemayel-36 [https://bit.ly/317WlJS]; y la parte 3, en https://www.lebanese-forces.com/2019/09/04/bachir-gemayel-37 [https://bit.ly/3cWEckE].

[332] Esta es una de las conclusiones a las que llega Amy Kaplan en su análisis del apoyo de Estados Unidos a Israel en *Our American Israel* (pp. 136-177), en el capítulo titulado «Not the Israel We Have Seen in the Past» (No es el Israel que hemos visto en el pasado), aunque la autora concluye que con el tiempo los partidarios de Israel consiguieron restaurar su imagen.

[333] Entrevistas con Morris Draper, Robert Dillon y Philip Habib, Washington, 14 de diciembre, 6 de diciembre y 3 de diciembre de 1984. Se trata de entrevistas para mi libro *Under Siege*, cuya idea surgió durante la guerra, cuando estaba leyendo el relato de Ibn Jaldún sobre un encuentro con Timur [Tamerlán] durante el asedio de este a Damasco en 1400 y me encontré por casualidad con un amigo, el doctor Sami Musallam. Como yo, Sami trabajaba a tiempo parcial en el Instituto de Estudios Palestinos, y también estaba a cargo de los archivos de la oficina del presidente de la OLP. Le dije

que, aunque ciertamente yo no era Ibn Jaldún, después de la guerra me gustaría tener acceso a los archivos para escribir un relato documental sobre lo que habíamos presenciado durante el asedio. Sami me respondió que, si sobrevivíamos, y si él conseguía sacar los archivos de Beirut (cosa que hizo), me conseguiría el permiso de Arafat (cosa que también hizo).

[334] Entrevisté a Arafat, Abu Iyad, Abu Jihad, Mahmud Abás (Abu Mazen), Khalid y Hani al-Hassan y Faruq al-Qaddumi (Abu Lutf), además de otros representantes de la OLP, en Túnez, en marzo, agosto y diciembre de 1984.

[335] El bombardeo masivo de las milicias drusas del Shouf desde aquel enorme buque de guerra de la Segunda Guerra Mundial llevó a algunos libaneses ingeniosos a apodarlo el *Nerzi*, un juego de palabras entre el nombre del barco y el término «druso» en árabe.

[336] Bergman, en *Rise and Kill First* (pp. 560-563), insinúa con cierta cautela, pero de forma detallada, que Arafat fue envenenado por agentes israelíes.

05

La quinta declaración de guerra, 1987-1995

«Donde lo arrasan todo, dicen que hacen la paz».

TÁCITO[337]

La revuelta palestina, o *intifada*, que estalló en diciembre de 1987 fue un ejemplo perfecto de lo que se conoce como la ley de las consecuencias imprevistas.[338] Ariel Sharón y Menájem Beguín habían llevado a cabo la invasión del Líbano para sofocar el poder de la OLP y, por ende, poner fin a la oposición nacionalista palestina en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania de cara a su anexión por parte de Israel. Esto completaría la tarea colonial del sionismo histórico, creando un Estado judío en toda Palestina. La guerra de 1982 logró debilitar a la OLP, pero la paradójica consecuencia de ello sería el fortalecimiento del movimiento nacional palestino en la propia Palestina, desplazando así el foco de acción del exterior al interior del país. Después de dos décadas de ocupación relativamente manejable, Beguín y Sharón, dos fervientes partidarios del ideal del Gran Israel, habían provocado inadvertidamente que la resistencia al proceso de colonización alcanzara un nuevo nivel. Desde entonces, la oposición a la usurpación de tierras y al dominio militar de Israel ha estallado en repetidas ocasiones y en diferentes formas dentro del territorio palestino.

La Primera Intifada —como pasaría a conocerse— estalló de forma espontánea en todos los Territorios Ocupados después de que un vehículo del Ejército israelí arremetiera contra un camión en el campo de refugiados de Jabaliya, en la Franja de Gaza, matando a cuatro palestinos. Si bien la revuelta se extendió con gran rapidez, el crisol fue Gaza, que seguiría siendo en todo momento la zona más difícil de controlar para Israel. La intifada generó asimismo una amplia capacidad de organización local en las aldeas, pueblos, ciudades y campos de refugiados, e incluso llegó a estar dirigida por un Mando Nacional Unificado de carácter secreto. Debido a ello, las flexibles redes de base clandestinas formadas durante la intifada se revelarían imposibles de reprimir para las autoridades militares de ocupación.

Después de una escalada de disturbios que se prolongó durante un mes, en enero de 1988 el ministro de Defensa israelí, Isaac Rabin, ordenó a las fuerzas de seguridad que emplearan «la fuerza, la potencia y las palizas».[339] Su política de «mano de hierro» se llevó a cabo mediante la práctica literal de romperles los brazos y las piernas y abrirles el cráneo a los manifestantes, además de golpear a cualesquiera otros que despertaran la ira de los soldados. En poco tiempo, las imágenes televisadas de soldados israelíes fuertemente armados maltratando con brutalidad a manifestantes palestinos adolescentes generaron un importante rechazo mediático tanto en Estados Unidos como en otros lugares, mostrando el verdadero rostro de Israel como despiadada potencia ocupante. Solo cinco años después de la cobertura mediática del asedio y el bombardeo de Beirut, aquella publicidad vino a asestar un nuevo golpe a la imagen de un país que dependía en gran medida de la complacencia de la opinión pública estadounidense.

Pese al impacto perjudicial de la guerra de 1982 en el estatus de Israel, las hábiles campañas de relaciones públicas del país habían logrado volver a anestesiar a buena parte de la opinión pública estadounidense.[340] Pero, a diferencia de las imágenes televisadas de los bombardeos aéreos y de

artillería del Líbano, que se extinguieron al cabo de diez semanas, la violencia de la intifada se prolongaría, año tras año y con la misma brutalidad, desde diciembre de 1987 hasta el segundo semestre de 1993, y solo disminuiría levemente durante la guerra del Golfo y la conferencia de paz organizada por Estados Unidos en Madrid en octubre de 1991. Durante este tiempo, la revuelta produjo impresionantes escenas de batallas callejeras entre jóvenes manifestantes palestinos y soldados israelíes, apoyados por tanques y transportes blindados. La imagen que llegaría a convertirse en el símbolo de este periodo era la de un niño palestino de corta edad arrojando una piedra a un enorme tanque israelí.

Hay una máxima periodística que reza «Si hay sangre, es noticia», y en este caso los televidentes se sintieron sin duda absorbidos por las repetidas escenas de violencia desgarradora que daban al traste con la imagen de Israel como víctima perpetua, presentándolo, en cambio, como un Goliat enfrentado al David palestino. Esto representaría un constante perjuicio para Israel, no solo con respecto a la presión que suponía para sus fuerzas de seguridad, sino también —lo que probablemente resulte más importante — en lo relativo a su reputación en el extranjero, que en algunos aspectos constituía su activo más vital. Incluso Rabin, el máximo responsable del Ejército, era consciente de la importancia de este factor político. Una halagadora entrevista que le hizo *The New York Times* empezaba afirmando que «el ministro de Defensa Isaac Rabin admitía hoy que hasta ahora los alborotadores palestinos han ganado la batalla de las relaciones públicas contra Israel en la prensa mundial, y subrayaba que el Ejército se enfrenta a un hecho nuevo y complejo: una revuelta generalizada nacida de décadas de frustraciones palestinas».[341]

Cuando estalló la Primera Intifada, la ocupación de Gaza y Cisjordania llevaba ya dos décadas de existencia. Aprovechando una situación de relativa calma, inmediatamente después de la guerra de 1967 Israel inició la colonización de los Territorios Ocupados, donde llegaría a crear más de

doscientos asentamientos, desde ciudades de cincuenta mil habitantes hasta improvisados conjuntos de estructuras prefabricadas que albergaban a unas pocas docenas de colonos. Durante años, los expertos israelíes habían asegurado a sus líderes y a la opinión pública que los palestinos que vivían bajo lo que ellos denominaban «una ocupación progresista» estaban contentos y plenamente controlados. El estallido de una resistencia popular generalizada vino a contradecir esta idea. Es cierto que algunos palestinos, intimidados por el poderío israelí y por las expulsiones masivas que afectaron a más de 250.000 de ellos tras la guerra de 1967,[342] inicialmente parecieron aceptar el nuevo orden que se les impuso. También es cierto que la renta de Gaza y Cisjordania aumentó de manera significativa cuando se permitió que decenas de miles de palestinos pudieran ir a trabajar a Israel.

En 1976, sin embargo, el distanciamiento entre Israel y los palestinos se había intensificado. Cualquier expresión de nacionalismo palestino —enarbolar la bandera, exhibir los colores de Palestina, organizar sindicatos, expresar públicamente el apoyo a la OLP o a cualquier otra organización de resistencia— era severamente reprimida con multas, palizas y penas de cárcel. Además, las detenciones y el encarcelamiento solían llevar aparejada la tortura de los detenidos. Protestar contra la ocupación públicamente o por escrito podía llevar al mismo resultado o incluso a la deportación. Los tipos de resistencia más activos, especialmente los que involucraban violencia, suscitaban represalias colectivas, demoliciones de viviendas, encarcelamientos sin juicio al amparo de una «detención administrativa» que podía prolongarse durante años, e incluso asesinatos extrajudiciales. Ese año los candidatos a la alcaldía respaldados por la OLP ganaron las elecciones municipales en Naplusa, Ramala, Hebrón y Al-Bireh, entre otras ciudades, pero en 1980 varios de ellos serían acusados de incitación y deportados, mientras que en la primavera de 1982 otros serían destituidos por las autoridades militares de ocupación, lo que provocó un malestar generalizado. Esto se llevó a cabo en el periodo inmediatamente anterior a

la invasión del Líbano en el marco de la exhaustiva campaña de Ariel Sharón para erradicar a la OLP.

Un aspecto de dicha campaña fue el intento de crear grupos colaboracionistas locales, conocidos como «asociaciones rurales», un proyecto que no llegaría a cuajar debido al rechazo generalizado de los palestinos a cooperar con la ocupación tras la destitución de los alcaldes. El instrumento elegido por Sharón para aplicar esta política fue un supuesto arabista israelí, Menájem Milson, profesor de árabe y coronel de la reserva del Ejército de Israel.[343] No era inusual que alguien ostentara simultáneamente este tipo de cargos: la mayoría de los principales académicos israelíes especialistas en Oriente Próximo eran también oficiales de la reserva de la inteligencia militar o de otras secciones de los servicios de seguridad, y se dedicaban, pues, a espiar y oprimir a las mismas personas que estudiaban el resto del tiempo.[344]

Mientras tanto, una nueva generación de palestinos había alcanzado la mayoría de edad sin haber conocido más que la ocupación militar, y eran cualquier cosa menos sumisos. Aquellos jóvenes manifestaban públicamente su apoyo a la OLP en Jerusalén Este, Cisjordania y la Franja de Gaza, pese al riesgo que entrañaba hacerlo. De modo que los años que precedieron a la intifada se caracterizaron por las frecuentes manifestaciones masivas de jóvenes palestinos, más intrépidos que sus mayores, y la consiguiente intensificación de la represión de las fuerzas de seguridad israelíes, cuyos responsables parecían ignorar por completo el efecto acumulativo de la brutalidad que ordenaban aplicar.

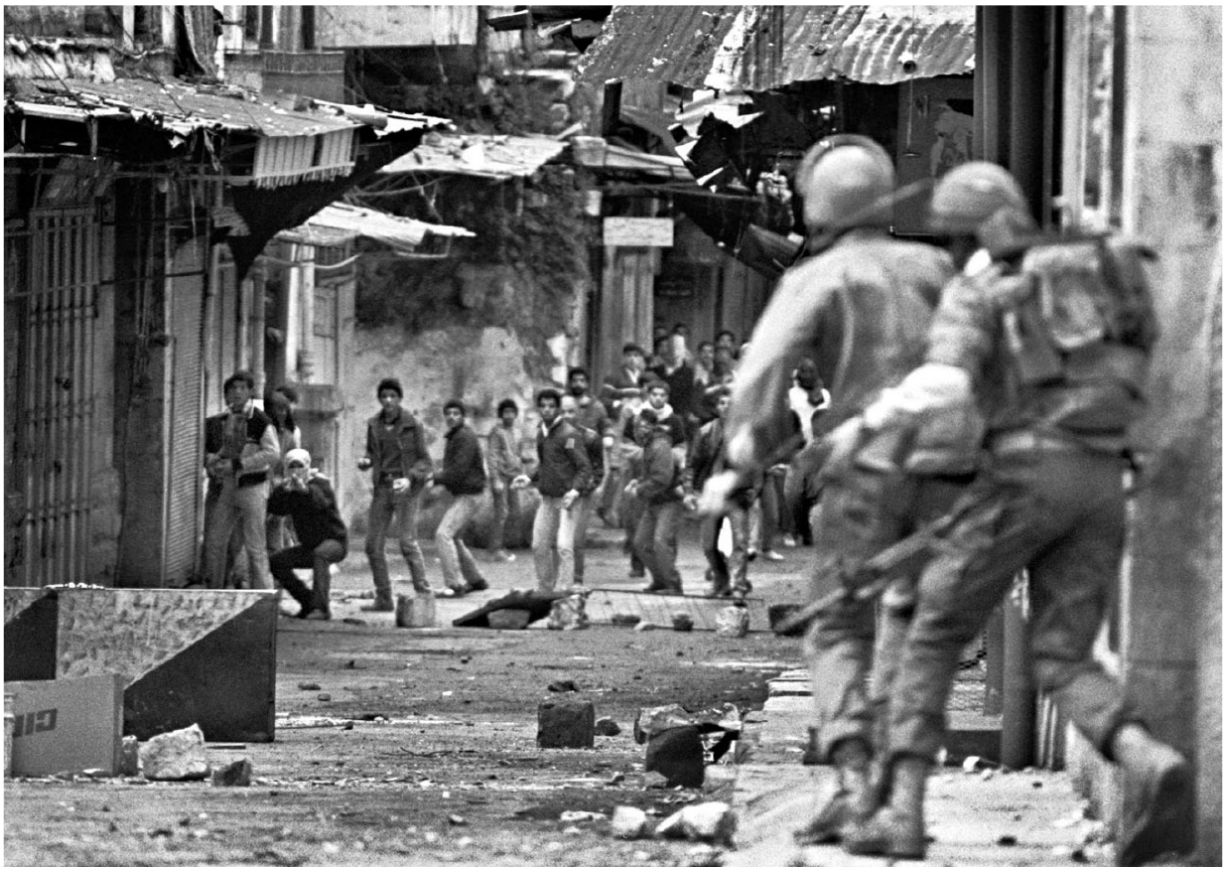
Teniendo en cuenta todos los signos de creciente malestar, la revuelta no debería haber pillado por sorpresa a las autoridades israelíes. Sin embargo, su respuesta fue burda, torpe y desproporcionada. La sistemática brutalidad de los soldados —la mayoría de ellos, jóvenes reclutas— hacia la población que tenían la tarea de controlar no era solo el resultado de la frustración, ni siquiera del miedo. El propio Rabin marcó la pauta con sus órdenes de

«romper huesos», pero la violencia excesiva también era fruto de un constante adoctrinamiento social antipalestino basado en la idea dogmática de que Israel se vería desbordado por los árabes si sus fuerzas de seguridad no se lo impedían por la fuerza, en cuanto que su supuesta hostilidad irracional hacia los judíos era incontrolable de cualquier otro modo.[345]

La intifada debía de llevar casi un año y medio gestándose cuando volví a Palestina por primera vez desde 1966, mientras Cisjordania se hallaba todavía bajo el dominio jordano.[346] Durante una visita a Naplusa en compañía de algunos colegas de la Universidad de Chicago, una tarde, después de salir de casa de mi primo Ziyad, nos encontramos en las sinuosas calles de la Ciudad Vieja atrapados en un enfrentamiento entre jóvenes manifestantes y las tropas israelíes que los perseguían disparando balas de goma y gases lacrimógenos. Los soldados no detuvieron a ninguno de los manifestantes, pero finalmente lograron dispersarlos. En aquel momento resultaba evidente que en ese tipo de disturbios urbanos, comparables al juego del gato y el ratón, las fuerzas de Israel no podían lograr una victoria duradera. Los jóvenes manifestantes podían reaparecer en cualquier momento en algún otro lugar del laberinto de estrechos callejones. Obviamente, los soldados podían limitarse a dispararles y matarlos, y el hecho es que eso sucedía con demasiada frecuencia. Desde el inicio de la Primera Intifada hasta finales de 1996 —un periodo de nueve años, incluidos los seis que duró la Intifada en sí—, las tropas israelíes y los colonos armados mataron a 1.422 palestinos, lo que representa casi uno cada dos días. De ellos, 294 —más del 20 %— eran menores de dieciséis años. En el mismo periodo murieron a manos de palestinos un total de 175 israelíes, 86 de ellos, miembros de las fuerzas de seguridad.[347] Esta proporción de bajas de ocho a uno era un rasgo habitual, aunque no se mencionara para nada en la cobertura informativa de buena parte de los medios estadounidenses.

En otra ocasión, yo iba conduciendo por las calles de Gaza para ver a mi prima Huda, esposa del doctor Haydar Abd al-Shafi, responsable de la Media Luna Roja Palestina en Gaza. Mientras avanzábamos lentamente en medio de un atasco, nuestro automóvil pasó junto a una patrulla israelí fuertemente armada, un grupo de soldados en sus *jeeps* con las armas en posición de disparo. Se les notaba inquietos y nerviosos, y en sus rostros pude ver una expresión que ya había observado en los soldados israelíes que en 1982 habían ocupado Beirut: tenían miedo. Sus vehículos transitaban a paso de tortuga por zonas urbanas densamente pobladas donde toda la comunidad detestaba la ocupación que ellos imponían y encarnaban. Los soldados de un ejército regular, por muy armados que estén, nunca se sienten seguros en tales circunstancias.

Rabin y otros eran conscientes de los problemas intrínsecos que yo pude observar en las calles de Gaza y de Naplusa. Según Itamar Rabinovich —biógrafo, estrecho colaborador y compañero de tenis de Rabin—, a raíz de la Primera Intifada el veterano general había comprendido que hacía falta una solución política.[348] Pese a ello, siguió aferrándose al efecto disuasorio de la brutalidad. «El uso de la fuerza, incluidas las palizas —afirmaba Rabin—, sin duda ha tenido el efecto que deseábamos: acrecentar el miedo de la población a las Fuerzas de Defensa de Israel».[349] Quizá fuera así, pero aquella brutalidad no puso fin a la revuelta.



Casba de Naplusa, Primera Intifada, 1988. En ese tipo de disturbios urbanos, comparables al juego del gato y el ratón, las fuerzas de Israel no podían lograr una victoria duradera.
LUCIAN PERKINS

La intifada fue una campaña de resistencia espontánea surgida desde abajo, nacida de una acumulación de frustraciones e inicialmente sin conexión con quienes ejercían oficialmente el liderazgo político palestino. Como ocurriera en la revuelta de 1936-1939, la duración y el amplio apoyo que suscitó la intifada hicieron patente el amplio respaldo popular del que gozaba. También fue un acontecimiento flexible e innovador, y posibilitó el surgimiento de un liderazgo coordinado sin dejar de estar impulsado y controlado a escala local. Entre sus activistas se contaban hombres y mujeres, profesionales y empresarios de élite, agricultores, aldeanos, pobres urbanos, estudiantes, pequeños comerciantes y miembros de prácticamente todos los sectores de la sociedad. Las mujeres desempeñaron un papel

esencial, asumiendo cada vez más puestos de responsabilidad a medida que muchos de los hombres eran encarcelados y movilizando a segmentos de la población que a menudo quedaban al margen de la política convencional, dominada por los hombres.[350]

Además de las manifestaciones, la intifada empleó una serie de tácticas que iban desde las huelgas, los boicots y el impago de impuestos hasta otras ingeniosas formas de desobediencia civil. En ocasiones las protestas desembocaron en incidentes violentos, a veces provocados por los soldados al infligir numerosas bajas por el uso de munición real y balas de goma contra manifestantes desarmados o jóvenes que lanzaban piedras. Sin embargo, en su mayor parte la revuelta tuvo un carácter no violento y los manifestantes se abstuvieron de recurrir a las armas, un factor que resultaría de crucial importancia porque ayudó a movilizar a otros sectores de la sociedad además de los jóvenes que protestaban en las calles, al tiempo que hacía patente el hecho de que era la totalidad de la sociedad palestina bajo ocupación la que se oponía al *statu quo* y apoyaba la intifada.

La Primera Intifada constituyó un notable ejemplo de resistencia popular contra la opresión y puede considerarse la primera victoria rotunda para los palestinos en la larga guerra colonial iniciada en 1917. A diferencia de la revuelta de 1936-1939, lejos de exacerbar las divisiones internas palestinas, la intifada estuvo impulsada por una amplia visión estratégica y un liderazgo unificado.[351] Su efecto unificador y su éxito a la hora de evitar en gran medida el uso de armas de fuego y explosivos —a diferencia del movimiento de resistencia palestino de las décadas de 1960 y 1970— contribuyeron a que su llamamiento tuviera una gran resonancia a nivel internacional, generando un profundo y duradero impacto positivo tanto en la opinión pública israelí como en el resto del mundo.

Esto no fue un hecho casual: la intifada tenía como objetivo explícito no solo movilizar a los palestinos y a los árabes en su conjunto, sino también moldear la percepción que el mundo en general, e Israel en particular, tenía

de Palestina. Que este era un objetivo clave resulta patente en muchas de las tácticas empleadas, así como en las sofisticadas y eficaces estrategias de comunicación de quienes supieron explicar lo que significaba la intifada a la opinión pública internacional. Entre ellos se contaron diversos activistas e intelectuales elocuentes y cosmopolitas afincados en el territorio palestino —como Hanan Ashrawi, Haydar Abd al-Shafi, Raja Shehadeh, Eyad al-Sarraj, Ghassan al-Khatib, Zahira Kamal, Mustafa Barghouti, Rita Giacaman, Raji Sourani y muchos otros—, pero también otros que vivían fuera de Palestina —como Edward Said e Ibrahim Abu-Lughod— y ejercieron una influencia similar. A comienzos de la década de 1990, aquella postura palestina unificada había logrado dejar claro al mundo que la ocupación resultaba insostenible, al menos tal como había funcionado en sus dos primeras décadas de existencia.

Pese a todos los logros de la Primera Intifada, su éxito, junto con el surgimiento de un eficaz liderazgo local con portavoces tan carismáticos como elocuentes, entrañaba en sí mismo un peligro oculto: un movimiento de base que desplaza a las élites políticas establecidas constituye un desafío para su poder. Tras la derrota de la OLP en el Líbano, en 1982, la organización había quedado atrapada en un estéril y debilitante exilio en Túnez y otras capitales árabes, desde donde había concentrado todas sus energías en su intento, inicialmente infructuoso, de ganarse la aceptación de Estados Unidos como interlocutora y la aceptación de Israel como integrante de un potencial acuerdo. El estallido de la revuelta popular pilló por sorpresa a la organización, pero esta no tardó mucho en intentar asimilarla y sacar provecho de ella.

Dado que la mayoría de quienes se habían alzado en los Territorios Ocupados veían a la OLP como su representante legítima y a sus líderes como la encarnación del nacionalismo palestino, al principio esto apenas planteó problemas. La población de los Territorios Ocupados, que había

observado desde la distancia los sacrificios de los militantes de la OLP en Jordania durante el Septiembre Negro y en el Líbano durante la guerra civil y la invasión israelí, sintió que ahora llevaba parte de la carga nacional sobre sus hombros. Le enorgullecía que fueran los propios palestinos sometidos a la ocupación quienes lideraran la lucha por la liberación.

El problema en esta evolución de los acontecimientos fue la estrechez de miras y la limitada visión estratégica de los líderes de la OLP en Túnez. Muchos de ellos no entendían plenamente la naturaleza del régimen de ocupación ni la compleja situación social y política de los palestinos de Gaza y Cisjordania tras dos décadas de control israelí. De hecho, la mayoría de aquellos líderes no habían estado en Palestina desde 1967 o antes. Su conocimiento de la sociedad y la política israelíes era mucho más limitado que el de los palestinos que habían vivido bajo el dominio israelí y habían podido observarlo de cerca, muchos de los cuales habían aprendido hebreo en su puesto de trabajo en Israel o mientras cumplían condena en cárceles israelíes (una quinta parte de la población palestina ocupada había pasado por dichas cárceles). La consecuencia de ello fue una gestión cada vez más intrusiva de la intifada por control remoto desde Túnez en tanto la OLP llegaba a dominar lo que inicialmente había sido un movimiento de resistencia popular. La organización pasó a promulgar directivas y a gestionar las cosas desde lejos, a menudo ignorando las opiniones y preferencias de quienes habían iniciado la revuelta y la habían liderado con éxito.

Este problema se agudizó considerablemente tras el asesinato de Abu Jihad a manos de Israel en abril de 1988, unos cuatro meses después de que se iniciara la intifada. Abu Jihad, el lugarteniente más próximo a Arafat, había sido una figura destacada en Fatah desde el principio, y en la organización había estado a cargo durante mucho tiempo de la sección relativa a los Territorios Ocupados, o, como se denominaba concretamente su departamento, *Al-Qitaa al-Gharbi*, el Sector Occidental

(presumiblemente para ocultar su auténtico propósito). Abu Jihad tenía sus defectos, pero era un observador atento de la situación de Palestina y tenía un profundo conocimiento de los palestinos e israelíes que vivían allí. Su asesinato, que fue el resultado de la creciente frustración de los líderes israelíes por su propia incapacidad para dominar la intifada, privó a la OLP de una de sus figuras clave, cuya función no resultaba fácil de reemplazar.[352] La muerte de Abu Jihad se enmarcó en la política israelí de liquidación sistemática de los principales líderes palestinos, especialmente los más eficaces; una política que se extendería a lo largo de varias décadas.[353]

La pérdida de Abu Jihad y la falta de pericia de la OLP en Túnez no fueron las únicas razones de los problemas de la organización a la hora de lidiar con la intifada. Tras la guerra de 1982, Fatah había logrado capear un importante motín patrocinado por Siria entre los cuadros que aún le quedaban en el norte y en el este del Líbano (donde habían permanecido después de 1982) y en la propia Siria. El motín, dirigido por dos altos mandos militares, el coronel Abu Musa y el coronel Abu Khalid al-Amleh, fue el mayor desafío interno al que hubieron de hacer frente los líderes de Fatah desde que se fundara la organización, y constituyó un elemento más en la ofensiva —en su mayor parte encubierta— emprendida por los regímenes árabes, en este caso Siria, contra el movimiento nacional palestino.[354]

El motín de Fatah fue amargo y costoso e intensificó la preocupación de Arafat y sus camaradas por la aparición de potenciales rivales, especialmente si se hallaban bajo la influencia de regímenes hostiles. Dicha preocupación no era infundada, dados los esfuerzos de los adversarios del movimiento para crear alternativas, como las asociaciones rurales en los Territorios Ocupados. En particular, Hamás, fundada en 1987 (e inicialmente apoyada discretamente por Israel con el objetivo de debilitar a la OLP),[355] ya estaba empezando a convertirse en un formidable rival. Aquella sensación de alarma ante la posibilidad de verse desplazada fue la

raíz del recelo de la OLP, no exento de envidia, hacia los líderes locales de la intifada, especialmente en la medida en que aumentaban sus seguidores en Palestina y los medios de comunicación globales empezaban a valorarlos de forma positiva. El resentimiento de Arafat se fue convirtiendo en un problema creciente conforme avanzaba la intifada y cuando el premio largamente anhelado por la OLP —un lugar en la mesa de negociaciones internacionales como representante legítima del pueblo palestino— parecía estar a su alcance.

Además de tener un escaso conocimiento de la realidad de los Territorios Ocupados e Israel, los líderes de la OLP nunca habían llegado a entender del todo a Estados Unidos. Aun después de 1982, siguieron estando mal informados sobre el país y sus políticas, con la excepción de algunas figuras de segundo rango, como Nabil Shaath y Elias Shoufani, que se habían educado en Estados Unidos, pero no podían influir en Arafat ni sus socios. [356] Algunos líderes de alto rango de la OLP, como Faruq al-Qaddumi (Abu Lutf), jefe del Departamento Político de la organización (a efectos prácticos, ministro de Exteriores), asistían cada otoño a las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, pero legalmente tenían sus movimientos restringidos a un radio de unos cuarenta kilómetros en torno a Columbus Circle. En cualquier caso, la mayoría de ellos permanecían en sus hoteles de lujo el tiempo que duraba su visita. Alguna que otra vez se aventuraban a ver a diplomáticos árabes o a hablar con grupos de residentes palestinos, pero hacían pocas apariciones públicas y no se relacionaban con grupos estadounidenses ni con los medios de comunicación neoyorquinos. Y, desde luego, en ningún momento emprendieron el tipo de exhaustivas campañas diplomáticas y de relaciones públicas que llevaban a cabo los funcionarios israelíes, que estaban omnipresentes tanto en la televisión como en todas las sesiones que

afectaban a Oriente Próximo, y especialmente cuando se celebraban las reuniones anuales de la Asamblea General.

La incapacidad de sacar partido de la presencia palestina en la ONU equivalía a ignorar deliberadamente al pueblo, las élites y los medios de comunicación de la mayor potencia de la tierra y el puntal que sostenía a Israel, un enfoque cuyo origen se remontaba a 1948 y aún más atrás. Como yo mismo pude comprobar en 1984, Arafat daba más importancia a reunirse con el líder de una facción menor de la OLP vinculada a Irak que a escuchar consejos expertos acerca de cómo influir en la opinión pública estadounidense. Y la situación no había mejorado desde entonces. Una visión simplista de las estructuras de gobierno y los mecanismos de adopción de decisiones en Washington llevó a la OLP a depositar todas sus esperanzas en obtener el reconocimiento del Gobierno estadounidense como interlocutora palestina legítima, creyendo que seguramente ello vendría acompañado de los buenos oficios estadounidenses de cara a lograr un acuerdo justo con los israelíes. Esta actitud era un remanente de la ingenua creencia de las generaciones anteriores de líderes palestinos (compartida por numerosos gobernantes árabes todavía hoy) de que apelar personalmente a tal o cual secretario o primer ministro colonial británico, o a tal o cual secretario de Estado o presidente estadounidense, podría resolver el problema. Esta visión ilusoria del papel del elemento personal en las relaciones de poder probablemente se basaba en la experiencia de lidiar con dictadores todopoderosos y volubles y monarcas absolutos en el mundo árabe.

También había sido moldeada en parte por la experiencia de los propios monarcas árabes, para quienes el secretario de Estado estadounidense George Shultz (que había dirigido Bechtel, un importante contratista en el Golfo) y más tarde el presidente George Bush padre y su secretario de Estado, James Baker (dos texanos anteriormente vinculados a la industria petrolífera), mostraban una actitud «proárabe». En realidad, como la

mayoría de los responsables políticos estadounidenses desde Roosevelt, estos hombres estuvieron estrechamente vinculados a las petromonarquías árabes, pero eso no supuso que mostraran simpatía por los árabes en general ni por los palestinos en particular, como tampoco que adoptaran una actitud crítica hacia Israel.

Estos errores de interpretación fueron la causa de la incapacidad de la OLP de intentar llegar seriamente a la opinión pública estadounidense y de participar en las negociaciones de paz hasta finales de la década de 1980. Sin embargo, en 1988, impulsada por el impacto internacional de la intifada, la organización redobló sus esfuerzos, que culminarían en la Declaración de Independencia de Palestina adoptada en una reunión del Consejo Nacional Palestino celebrada en Argel el 15 de noviembre de ese año. Redactado en gran parte por Mahmud Darwish, con ayuda de Edward Said y del respetado intelectual Shafiq al-Hout, el documento abandonaba oficialmente la reivindicación de la OLP de la totalidad del territorio palestino, aceptando los principios de la partición, una solución de dos Estados y la resolución pacífica del conflicto. Un comunicado político adjunto aceptaba las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU como base para la celebración de una conferencia de paz.

Estos eran cambios políticos de calado para la OLP, la culminación de su evolución hacia la aceptación de Israel y la defensa de la coexistencia de un Estado palestino, iniciada a comienzos de la década de 1970, por más que dichos cambios no fueran reconocidos por sus adversarios israelíes. Pero todavía estaba por llegar un cambio más significativo: el 14 de diciembre de ese año, Arafat aceptó las condiciones de Estados Unidos para entablar un diálogo bilateral. En su declaración, aceptaba explícitamente las Resoluciones 242 y 338, reconocía el derecho de Israel a existir en condiciones de paz y seguridad y renunciaba al terrorismo.[357] Esta capitulación ante las condiciones estadounidenses finalmente traería a la OLP la tan ansiada oportunidad con Washington, pero tampoco movería a

los israelíes a aceptar negociar con la organización ni desembocaría en negociaciones de paz, al menos durante otros tres años.

Las razones de ello eran bastante simples. Aparte de los otros supuestos erróneos de la OLP con respecto a Estados Unidos, sus líderes no supieron evaluar la poca importancia que daba el Gobierno estadounidense —por no hablar directamente de desdén— a sus intereses y objetivos (algo que resulta difícil de entender a la luz de la dolorosa traición de las promesas estadounidenses de salvaguardar los campos de refugiados de Beirut en 1982). Pero más importante aún fue su incapacidad de comprender hasta qué punto las políticas de Estados Unidos e Israel se hallaban íntimamente vinculadas. Los compromisos secretos establecidos por Kissinger en 1975 ataban de pies y manos a los responsables políticos estadounidenses en todo lo relativo a la cuestión palestina. Puede que en un primer momento la OLP no supiera que en la práctica Israel se había asegurado el poder de veto sobre la postura estadounidense en cualesquiera conversaciones de paz,[358] pero lo cierto es que había habido un buen número de filtraciones creíbles sobre aquellos acuerdos secretos en la prensa y en otros lugares (principalmente, por parte de los israelíes, que comprensiblemente estaban ansiosos por hacerlos públicos).[359] También se habían producido algunos incidentes embarazosos, como cuando Andrew Young, el embajador estadounidense ante la ONU, se vio obligado a dimitir tras reunirse con un representante de la OLP.

Los términos generales de los compromisos de Estados Unidos con Israel deberían haber estado claros para cualquier observador bien informado. Cosa que, obviamente, no eran Arafat ni sus camaradas. La intifada les había hecho un regalo de inestimable valor, una reserva de capital moral y político. La revuelta popular había revelado los límites de la ocupación militar, había dañado el estatus internacional de Israel y mejorado el de los palestinos. Pese a la eficacia mostrada por la OLP en sus primeras décadas de existencia de cara a volver a situar a Palestina en el mapa del mundo,

cabe argumentar que la intifada tuvo un efecto más positivo en la opinión mundial que todos los esfuerzos de la organización, generalmente ineficaces, en el ámbito de la lucha armada. Así lo confirmaría el entonces director del Mossad, Nahum Admoni, al declarar: «La intifada nos causó mucho más perjuicio político, más daño a nuestra imagen, que todo lo que la OLP había logrado hacer a lo largo de su existencia».[360] Negociar con este novedoso e importante activo permitió a los líderes de la OLP abandonar oficialmente su estrategia de librar una lucha armada desde bases externas a Palestina; una estrategia que en cualquier caso era cada vez más difícil a partir de 1982, y que en sus manos nunca había tenido muchas posibilidades de éxito, si no resultaba directamente perjudicial para la causa palestina.

Aun antes de 1982, muchos en la OLP eran conscientes de que había llegado el momento de poner fin a la lucha armada. Cuando todavía estaban en el Líbano, sus líderes habían encargado al distinguido intelectual pakistaní Eqbal Ahmad, amigo íntimo de Edward Said y también amigo mío, que evaluara su estrategia militar. Ahmad había colaborado con el Frente de Liberación Nacional de Argelia a comienzos de la década de 1960, había conocido a Frantz Fanon y era un renombrado pensador en el ámbito del anticolonialismo tercermundista. Tras visitar las bases de la OLP en el sur del Líbano, hizo una evaluación crítica que dejó desconcertados a los mismos que le habían pedido consejo. Aunque en principio era un comprometido partidario de la lucha armada contra los regímenes coloniales, como el de Argelia, Ahmad criticaba con contundencia la forma ineficaz y a menudo contraproducente en la que la OLP aplicaba esa estrategia.

Pero aún cuestionaba más seriamente, por motivos políticos antes que morales o legales, si la lucha armada constituía la línea de acción apropiada contra el adversario concreto de la OLP, Israel. Ahmad sostenía que, dado el curso de la historia judía, especialmente en el siglo XX, el uso de la fuerza

no hacía sino reforzar la percepción victimista preexistente y generalizada entre los israelíes, al tiempo que unificaba a la sociedad israelí, fortalecía las tendencias más militantes del sionismo y fomentaba el apoyo de actores externos.[361] Esta era una situación distinta de la de Argelia, donde el uso de la violencia por parte del FLN (incluida la estrategia de «usar las cestas de sus mujeres para llevar las bombas que tantas vidas inocentes se han cobrado», según las acusatorias palabras de un periodista francés en la película de Gillo Pontecorvo *La batalla de Argel*, estrenada en 1966) a la larga había logrado dividir a la sociedad francesa y erosionar su apoyo al proyecto colonial. La crítica de Ahmad era profunda y devastadora y no fue bien recibida por los líderes de la OLP, que seguían proclamando públicamente su devoción por la lucha armada aun cuando en la práctica se estaban distanciando de ella. Aparte de su perspicaz comprensión de la profunda conexión entre el sionismo y la larga historia de persecución de los judíos en Europa, el análisis de Ahmad percibía inteligentemente la naturaleza única del proyecto colonial israelí.[362]

El carácter mayoritariamente no violento de la intifada en Palestina permitió a Arafat tomar en consideración —aunque de forma algo tardía— la opinión de Ahmad y, al mismo tiempo, responder positivamente a una de las principales condiciones estadounidenses para el diálogo: renunciar a la resistencia armada, que tanto Estados Unidos como Israel etiquetaban como terrorismo. Sin embargo, los resultados de la ingenuidad de la OLP en relación con Estados Unidos pronto se hicieron evidentes. En sí mismos, obtener el reconocimiento del Gobierno estadounidense y lograr un asiento en la mesa de negociaciones eran objetivos irreprochables. Todos los movimientos anticoloniales, ya fuera en Argelia, Vietnam o Sudáfrica, aspiraban a que sus enemigos aceptaran su legitimidad y negociaran con ellos un resultado honroso del conflicto. En todos esos casos, no obstante, un resultado honroso implicaba poner fin a la ocupación y la colonización y, en condiciones ideales, alcanzar una reconciliación pacífica basada en la

justicia. Tal era el objetivo primordial de las negociaciones que perseguían otros movimientos de liberación. Sin embargo, lejos de utilizar el éxito de la intifada para luchar por establecer un foro basado en este tipo de fines liberadores, la OLP se dejó arrastrar a un proceso explícitamente diseñado por Israel, con la aquiescencia de Estados Unidos, para prolongar su ocupación y su colonización, no para ponerles fin.

La OLP buscaba desesperadamente ser admitida en unas supuestas negociaciones de paz cuyos estrechos parámetros en realidad estaban restringidos desde un primer momento por la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en diversos aspectos que resultaban enormemente desfavorables para los palestinos. La Resolución 242, por ejemplo, no hace mención alguna a la cuestión palestina, ni al Estado árabe especificado en 1947 en la Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU, ni al retorno de los refugiados que dictaminaba la Resolución 194 de la propia Asamblea en 1948. Con su referencia cuidadosamente redactada a una retirada de «territorios ocupados» en 1967 (en lugar de «*los* territorios ocupados», como veíamos anteriormente), en la práctica la Resolución 242 brindaba a Israel la oportunidad de ampliar aún más sus fronteras anteriores a 1967. Fueran conscientes de ello o no, al aceptar la Resolución 242 como base para cualquier negociación, Arafat y sus camaradas se habían impuesto una tarea imposible.

Tampoco supieron percibir la necesidad de seguir presionando a los adversarios: con el final de la lucha armada y el declive de la intifada a comienzos de la década de 1990, esta opción empezó a hacerse cada vez más imposible. Cuando finalmente se iniciaron las conversaciones, en Madrid en el otoño de 1991, la OLP trató de poner fin a la intifada (no lo logró, pero esta se apagaría por sí sola unos años después), como si el comienzo de las negociaciones fuera el final del proceso y no el principio. Aparte del hecho de que Estados Unidos nunca podría ser un intermediario honesto, dados los compromisos que había adquirido, Israel también tenía

sus propias posiciones independientes, y, en consecuencia, cualquier concesión que hiciera la OLP a Estados Unidos no necesariamente vinculaba a Israel ni hacía que se mostrara más dispuesto a tratar con la organización. De hecho, cuando en la última etapa de la administración Reagan Estados Unidos iniciara finalmente el diálogo con la OLP tras la declaración de esta última en 1988, Israel adoptaría una postura aún más intransigente.

Por otra parte, la OLP no parecía captar plenamente la importancia del acuerdo firmado en 1978 en Camp David y el posterior tratado de paz egipcio-israelí de 1979, donde Menájem Beguín había forjado un ruinoso acuerdo en torno a Palestina con Anwar el-Sadat y Jimmy Carter. Además, el declive de la Unión Soviética supuso que la OLP perdiera un patrocinador —por más que intermitente e incoherente— que había brindado apoyo militar y diplomático a la organización y había defendido su inclusión en las negociaciones en términos mucho menos onerosos que los exigidos por Estados Unidos e Israel.[363] A finales de 1991, sin embargo, la URSS había desaparecido y Estados Unidos quedaba como único garante y patrocinador internacional de cualquier proceso de negociación palestino-israelí.

Otro duro golpe para el estatus internacional de la OLP fue el grave error de cálculo cometido por Yasir Arafat y la mayoría de sus camaradas en relación con la guerra del Golfo de 1990-1991. Casi inmediatamente después de la invasión y ocupación de Kuwait por parte de Irak en agosto de 1990, los Estados del Golfo, junto con prácticamente todas las demás potencias árabes importantes —incluidos Egipto y Siria—, se unieron a la coalición internacional liderada por Estados Unidos para revertir por la fuerza la grave violación perpetrada por Sadam Huseín de la soberanía de otro Estado miembro de la Liga Árabe. Esto se hallaba en sintonía con la constante tendencia de los Estados poscoloniales de Asia, África y Oriente Próximo a favorecer la preservación de las fronteras coloniales y los

Estados que habían surgido en su seno. Pero en lugar de apoyar claramente a Kuwait frente a Irak, Arafat trató de adoptar una postura «neutral» y se ofreció a mediar entre las dos partes. Su propuesta fue ignorada por todos los interesados, al igual que los intentos de mediación de otros actores más poderosos, como la URSS, que envió a Bagdad, sin éxito, a su principal representante diplomático en Oriente Próximo.[364]

Hay múltiples razones que explican la extraña decisión de la OLP de apoyar en la práctica a Irak, una medida que convirtió a la organización en un paria ante los Estados del Golfo de cuyo apoyo financiero dependía, además de perjudicarla de otras innumerables formas. La primera de dichas razones fue la arraigada y feroz antipatía de Arafat hacia el autoritario régimen sirio de Háfez al-Ásad (una antipatía que se veía correspondida con creces) y su búsqueda refleja de un contrapeso. Uno de los eslóganes característicos de Arafat, «*Al-qarar al-Filastini al-mustaqill*» —«La decisión palestina independiente»—, solía esgrimirse precisamente en respuesta a los intentos sirios de coaccionar, limitar y dominar a la OLP. Aunque en una época Egipto había servido para equilibrar las presiones ejercidas por el régimen de Al-Ásad, tras el acuerdo de paz bilateral de Sadat con Israel ya no podía desempeñar esa función, de modo que el otro único contrapeso plausible había pasado a ser necesariamente el rival de Siria, Irak. Tras la apostasía de Sadat, la OLP se había hecho cada vez más dependiente del patrocinio político, militar y financiero iraquí, especialmente después de que el régimen sirio tratara de socavar el liderazgo de Arafat moviendo los hilos de la rebelión fratricida que estalló contra él en 1982.

Esa dependencia sometió a Arafat y la OLP a una intensa presión para adaptarse a las políticas iraquíes, que venían dictadas por los caprichos de Sadam Huseín, un déspota prepotente además de ignorante, veleidoso y brutal. A fin de mantener a raya a la OLP, el régimen iraquí la castigaba con frecuencia. Entre las numerosas herramientas que utilizaba para tal

propósito, Bagdad tenía a su disposición a varios grupos disidentes teóricamente palestinos, como la red terrorista de Abu Nidal, el Frente por la Liberación Árabe —de ideología baazista— y el Frente para la Liberación de Palestina, liderado por Abu Abbas. Todos estos grupúsculos carecían de una auténtica base popular y en esencia eran una extensión de los temibles servicios de inteligencia iraquíes (aunque, como hemos visto, a veces los regímenes libio y sirio también recurrían clandestinamente a los sicarios de Abu Nidal y había asimismo otros servicios de inteligencia profundamente infiltrados en el grupo). Cualquiera de ellos podía llevar a cabo operaciones diseñadas para socavar a la OLP o atacar a sus líderes a fin de obligarla a realinearse de nuevo con el régimen iraquí. De hecho, durante un tiempo los pistoleros de Abu Nidal asesinaron a casi tantos enviados y líderes de la OLP en Europa como el Mossad. Estos grupos tapadera de diversos regímenes árabes también se especializaron en llevar a cabo espectaculares operaciones terroristas contra civiles israelíes y judíos, como las masacres que perpetró el grupo Abu Nidal en los aeropuertos de Viena y Roma en 1985 y su sangriento asalto a una sinagoga de Estambul en 1986, o el atentado que llevó a cabo en 1985 el Frente para la Liberación de Palestina contra el transatlántico *Achille Lauro*.

Aparte de su dependencia de Irak, Arafat y otros también sobrestimaron enormemente las capacidades militares iraquíes en 1990-1991. Tenían una idea exagerada de la capacidad de Irak para resistir el ataque de la coalición liderada por Estados Unidos, claramente inminente tras la invasión de Kuwait. Esta delirante visión (que contradecía el hecho de que Irak no había podido derrotar a Irán en ocho años de guerra) estaba muy extendida en varias partes del mundo árabe. En los meses previos al inicio de la inevitable contraofensiva liderada por el Ejército estadounidense, varias personas por lo demás inteligentes y bien informadas en Palestina, el Líbano y Jordania expresaron en voz alta su certeza de que no llegaría a haber guerra, pero que, en caso de haberla, prevalecería Irak. En cierta

medida, en ese aspecto Arafat se dejó llevar por la creencia popular, dado que había grandes sectores de la opinión pública árabe que compartían esa misma fantasía. Muchos apoyaron la usurpación territorial de Sadam Huseín como un golpe nacionalista contra unas «fronteras colonialmente impuestas» (como si la mayoría de las fronteras y Estados del Oriente árabe no hubieran sido impuestos también por regímenes coloniales). Quienes así se engañaban veían a Sadam, pues, como un gran héroe árabe, un nuevo Saladino (el Saladino histórico era originario de Tikrit, la ciudad natal de Huseín) que sin duda podría derrotar a Estados Unidos y sus aliados.

La única excepción a ese necio consenso reinante entre los líderes de la OLP era su jefe de inteligencia, Abu Iyad, uno de los dirigentes más sólidos y brillantes de la organización. Consciente de que el rumbo elegido por la OLP conduciría al desastre, Iyad luchó ferozmente contra la decisión de respaldar a Irak, lo que le llevó a mantener tempestuosas discusiones con Arafat. Además de las razones obvias que sustentaban su postura, le preocupaba salvaguardar a la próspera comunidad palestina establecida en Kuwait, integrada por varios cientos de miles de personas. Tanto Iyad como Arafat habían vivido y trabajado en Kuwait durante años, y él mantenía estrechos vínculos con aquella comunidad, que proporcionaba una de las bases populares y financieras más sólidas de la OLP en todo el mundo. Además, el propio Kuwait se mostraba favorable a la OLP y era el único país árabe donde los palestinos tenían relativa libertad de expresión. Gestionaban sus propias escuelas y podían organizarse para ayudar a la OLP siempre que tuvieran la precaución de no interferir en la política kuwaití. Abu Iyad argumentaba que el hecho de que Arafat no se opusiera a la invasión suicida de Kuwait por parte de Sadam no solo debilitaría a la OLP, sino que además condenaría a los palestinos que vivían allí a la destrucción de su comunidad y a un nuevo desplazamiento forzoso.

Todo se desarrolló exactamente tal como predijo Abu Iyad, pero este acabaría pagando su temeridad (supuestamente, había llegado a criticar

incluso a Sadam Huseín en persona):[365] moriría asesinado en Túnez el 14 de enero de 1991, tres días antes de que se iniciara la ofensiva liderada por Estados Unidos. El sicario que lo mató trabajaba para la red Abu Nidal (y, por extensión, indudablemente, para Irak), un grupo al que durante el mandato de Abu Iyad los servicios de inteligencia de la OLP habían perseguido durante años. La desaparición de Abu Iyad, que se produjo tres años después de la muerte de Abu Jihad, no dejó a nadie en la cúpula de Fatah con la suficiente estatura política o voluntad para enfrentarse a Arafat, una situación que no haría sino aumentar la inclinación de este último a la prepotencia.

Las consecuencias de la imprudente decisión de Arafat no tardarían en llegar, empezando por el trágico desarraigo de cientos de miles de palestinos de Kuwait tras la liberación del país. Los Estados del Golfo interrumpieron cualquier apoyo financiero a la OLP, que se vio condenada al ostracismo en muchos países árabes, incluidos algunos de los que habían aceptado albergar a sus cuadros tras la evacuación de Beirut en 1982. Así, tras la guerra del Golfo de 1990-1991 la OLP se encontró más sola y sin amigos que probablemente en ninguna otra etapa de su historia. Los icebergs en los que flotaban Arafat y sus camaradas se derretían, pues, a gran velocidad, y ellos estaban desesperados por saltar a tierra firme.

Esta crisis coincidió con un momento de triunfalismo estadounidense tras la victoria en Irak y el fin de la Unión Soviética. En el discurso sobre el estado de la Unión pronunciado por George Bush padre en enero de 1991, el presidente estadounidense elogió el «nuevo orden mundial» y el «próximo siglo americano». La administración Bush estaba decidida a aprovechar la oportunidad que le había dado la locura de Sadam para definir y configurar ese nuevo orden mundial, que en su opinión requería una solución al conflicto árabe-israelí. Los diplomáticos israelíes y estadounidenses sabían que la posición negociadora de la OLP se había visto seriamente debilitada, y fue en ese contexto en el que el secretario de

Estado James Baker empezó a planificar la celebración de una conferencia de paz en Madrid, en octubre de 1991, con la esperanza de reactivar las conversaciones directas entre árabes e israelíes y determinar el futuro de Palestina. Cuando a Arafat y sus camaradas finalmente se les ofreció un asiento secundario en la mesa de negociaciones, se hallaban bajo tanta presión y estaban tan ansiosos por dejar sus precarias posiciones en Túnez y en otros lugares que fueron incapaces de evaluar su enorme desventaja. Los reveses que vendrían después, en las negociaciones de Madrid, Washington, Oslo y posteriores, tendrían sus raíces en gran medida en el colosal error de cálculo de la OLP con respecto a Kuwait.

En el verano de 1991, mientras llevaba a cabo una investigación en Jerusalén, hice una visita informal a Faysal Husayni, un pariente mío por matrimonio que, hasta su prematura muerte en Kuwait, era el líder palestino más importante en Jerusalén y también una destacada figura en Fatah. Había ido a consultarle sobre un problema menor que había surgido entre algunos de mis primos (tengo una familia numerosa y ocasionalmente problemática en Jerusalén). Faysal me preguntó inesperadamente si aceptaría actuar como asesor de la delegación palestina en una conferencia de paz que iba a convocar Estados Unidos. Yo sabía que el propio Husayni, Hanan Ashrawi, Haydar Abd al-Shafi y otros estaban en conversaciones con James Baker en nombre de la OLP para establecer las normas básicas de la conferencia y determinar la formación de la delegación. También sabía que Isaac Shamir, el primer ministro de Israel, se oponía de manera implacable a la participación de la OLP en cualquier negociación, así como a la creación de un Estado palestino, por lo que confiaba en que la conferencia nunca se llevara a cabo. Así pues, accedí a la petición de Faysal sin pensarlo demasiado, le agradecí su consejo sobre nuestro problema familiar y me despedí de él.

Unos meses después, a finales de octubre de 1991, me encontré en Madrid, consciente de que no había tenido en cuenta ni la tenacidad de Baker ni la desesperación de los líderes de la OLP en Túnez. Al comienzo de la conferencia, el solemne discurso del jefe de la delegación palestina, Abd al-Shafi, y las eficaces apariciones en los medios de Ashrawi dieron a muchos palestinos la impresión de que su causa finalmente estaba ganando terreno y los sacrificios de la intifada no habían sido en vano. Había, sin embargo, varios nubarrones que se cernían sobre la conferencia y seguirían haciéndolo sobre todas las posteriores negociaciones bilaterales con los israelíes en Madrid y luego en Washington. La OLP, a través de Baker, había aceptado la condición de Shamir de que no habría una representación palestina independiente en una conferencia que tenía como objetivo determinar el destino de Palestina. De modo que me asignaron como asesor a una delegación conjunta jordano-palestina.

Por supuesto, impedir a los palestinos desempeñar un papel independiente en las decisiones relativas a sus vidas no era nada nuevo (aunque finalmente se permitiría a la delegación palestina desligarse de la de Jordania). Pero el veto de Israel se extendió a la propia elección de los representantes palestinos, y los israelíes bloquearon la participación de cualquier persona vinculada a la OLP, o procedente de Jerusalén, o de la diáspora (lo que redujo drásticamente el abanico de delegados disponibles). Gracias a la intervención de Baker, a los líderes excluidos de ese modo —como Husayni, Ashrawi y Sari Nuseibeh—, así como a los asesores y expertos jurídicos y diplomáticos —como Raja Shehadeh, Camille Mansour y yo mismo—, se les permitió unirse a la delegación, pero se les prohibió participar en las conversaciones oficiales con los israelíes. La humillación inherente a un procedimiento por el que Israel decretaba con quién y de qué forma negociaría no había disuadido a la OLP. Pero aquella humillación no sería la última.

Aparte de dictar quién podía hablar, el Gobierno de Shamir determinó también de qué podía hablarse. Las limitaciones relativas a Palestina en las que había insistido Beguín en los Acuerdos de Camp David y el tratado de paz de 1979 con Egipto se impondrían de nuevo en los tres días que duró la conferencia de Madrid y en los muchos meses posteriores de discusiones en Washington: para los palestinos, lo único que estaba sobre la mesa era cierto grado de autonomía, ya fuera bajo el rótulo de una «autonomía» oficial o de un «autogobierno interino»; pero todos los elementos esenciales —la autodeterminación palestina, la soberanía, el retorno de los refugiados, el fin de la ocupación y la colonización, el estatus de Jerusalén, el futuro de los asentamientos judíos y el control de los derechos sobre la tierra y el agua— fueron excluidos. En teoría estos temas quedaban aplazados, supuestamente durante cuatro años, pero en realidad para un futuro que nunca llegaría: las legendarias conversaciones sobre el «estatuto definitivo» que se suponía que debían completarse en 1997 (un plazo que posteriormente se ampliaría a 1999 en los Acuerdos de Oslo) no se concluirían jamás. Mientras tanto, durante una fase transitoria que supuestamente debía durar solo hasta entonces, a Israel se le permitía hacer exactamente lo que le diera la gana en todos esos ámbitos. Así, durante toda la década de 1990, los negociadores palestinos en Madrid y en otros lugares actuaron bajo unas reglas impuestas que restringían la discusión a los términos de su actual colonización y ocupación. Puede que los patrocinadores de la conferencia de Madrid los tentaran con la perspectiva de una futura salida de aquella fase provisional, pero hoy, más de un cuarto de siglo después, los palestinos de los Territorios Ocupados siguen viviendo todavía en ese mismo estado transitorio.

Aparentemente, Estados Unidos copatrocinaba la conferencia junto con la Unión Soviética, que estaba a punto de desaparecer y cuyo respaldo era meramente nominal; en realidad, eran Baker y Bush quienes tomaban todas las decisiones. Las reglas básicas de Washington se plasmaron en una carta

de invitación minuciosamente redactada y enviada a todas las partes, lo que incluía las delegaciones de Siria, Líbano y Jordania.[366] En un compromiso solemne consagrado en dicha carta de invitación, Estados Unidos prometía «actuar como un intermediario honesto para tratar de resolver el conflicto árabe-israelí» de forma «integral».[367] También se entregaron detalladas cartas de garantía estadounidenses a cada una de las delegaciones. En la que iba dirigida a los palestinos, Estados Unidos se comprometía a «alentar a todas las partes a evitar actos unilaterales que pudieran exacerbar las tensiones locales, dificultar las negociaciones o impedir su resultado final», y subrayaba que «ninguna de las partes debe adoptar medidas unilaterales que aspiren a predeterminar cuestiones que solo pueden resolverse mediante las negociaciones».[368] Pero Estados Unidos nunca cumpliría tales compromisos, puesto que no podría evitar una serie interminable de medidas unilaterales israelíes, que irían desde la expansión de los asentamientos y el cierre de Jerusalén a los habitantes de Gaza y Cisjordania hasta la edificación de una enorme red de muros, barreras de seguridad y puestos de control.

Cuando llegaron a Madrid, ninguno de los otros miembros de la delegación palestina conocía el compromiso explícito adquirido por Gerald Ford con Rabin en 1975 de evitar presentar cualquier propuesta de paz que desaprobara Israel; tampoco yo.[369] Todos éramos conscientes del contenido de los Acuerdos de Camp David de 1978, de la inclinación de Estados Unidos en favor de Israel y de la parcialidad de muchos diplomáticos estadounidenses, pero ignorábamos hasta qué punto Kissinger había atado a sus sucesores a las condiciones de Israel. Si yo hubiera sabido hasta qué punto estaba trucada la baraja y de qué modo Estados Unidos estaba obligado por un compromiso formal —lo que significaba que en la práctica Israel determinaba tanto su propia posición como la de su patrocinador—, probablemente no habría ido a Madrid ni habría pasado gran parte de los dos años siguientes participando en las conversaciones

celebradas en Washington. Pero aun en el caso de que lo hubiera sabido y hubiera podido compartir ese conocimiento con el resto de la delegación (cuyos miembros eran todos de los Territorios Ocupados y carecían de experiencia diplomática, pero a la larga demostrarían ser formidables negociadores), lo cierto es que tampoco habría supuesto una gran diferencia.

Y ello porque todas las decisiones importantes por parte palestina las adoptaron los líderes de la OLP en Túnez. Tan desesperados estaban por que se los incorporara al proceso de negociación y por escapar de su aislamiento que, aunque hubieran sabido hasta qué punto Estados Unidos estaba obligado a seguir los dictados israelíes, creo que probablemente habrían cometido los mismos errores que terminaron cometiendo en las conversaciones. Con escasos aliados a escala regional o global, sin apenas capacidad para presionar a Israel y con una limitada comprensión de la naturaleza de la ocupación o de las oscuras cuestiones jurídico-legales implicadas, básicamente habían optado por poner todos los huevos en la cesta de un Gobierno estadounidense que en realidad se veía obligado a expresar solo los puntos de vista previamente aprobados por Israel. Y lo que era aún más importante: carecían de la paciencia necesaria para manejar los puntillosos detalles jurídico-legales que requerían unas negociaciones con experimentados diplomáticos israelíes, o para elaborar una estrategia a largo plazo que pudiera desgastar la terquedad de Israel en cuestiones clave relativas al control del territorio, la expansión de los asentamientos y el estatus de Jerusalén.

Al reunir a todas las partes, la conferencia de Madrid cumplió su función de iniciar un proceso de negociación integral. Este tomaría luego varios caminos distintos. Los tres Estados árabes —Siria, el Líbano y Jordania— procedieron a iniciar conversaciones bilaterales con Israel con la intención de firmar sendos tratados de paz definitivos. Por su parte, la vía palestina, desvinculada de la de Jordania, se traduciría en una decena de rondas de

conversaciones con representantes israelíes, prolongadas a lo largo de un año y medio y celebradas en la sede del Departamento de Estado estadounidense, en Washington. Dichas conversaciones estarían en todo momento estrictamente restringidas a la cuestión de una posible autonomía limitada en Gaza y Cisjordania. Entre los numerosos obstáculos que impidieron que en Washington se hicieran progresos —la deficiente orientación de las conversaciones adoptada por la OLP, el engañoso papel de Estados Unidos y la obstinación de Israel en todo lo relativo a los derechos de los palestinos— se contaba también el hecho de que, mientras los negociadores palestinos y sus asesores adquirían gradualmente cierta pericia jurídico-legal y diplomática, los líderes de Túnez eran incapaces de entender la crucial importancia que esta tenía en el proceso.

Este hecho resultaba aún más importante habida cuenta del distorsionado papel que desempeñaron buena parte de los estadounidenses involucrados en las conversaciones. Varios de ellos se mostraron reacios a presionar a los israelíes en ninguna cuestión importante, como la expansión de los asentamientos o el estatus de Jerusalén durante el periodo transitorio o el alcance de la jurisdicción que debían tener los palestinos sobre las áreas y poblaciones que pasarían a ser oficialmente autónomas. Cualquiera que fuera el tema que se planteara, los representantes estadounidenses consideraron que la postura israelí, tal como ellos la entendían, marcaba el límite de lo que resultaba factible o de lo que podía discutirse. Nosotros sabíamos que estaban estrechamente coordinados con sus colegas israelíes, y que algunos de ellos llevaban al extremo el compromiso formal (aunque secreto) de Estados Unidos con Israel. Más tarde, el negociador estadounidense Aaron David Miller utilizaría con pesar la expresión «abogado de Israel» para calificar su propia postura y la de muchos de sus compañeros.[370] El término fue acuñado —acertadamente— por Henry Kissinger, que sabía bastante sobre la defensa estadounidense de la política israelí.[371]

Muy diferente en este aspecto de cualquiera de sus subordinados era James Baker, un hombre con un instinto político de extraordinaria finura y un claro dominio de las diversas formas de desplegar el poder. Él y Bush entendían el beneficio que podía reportarle a Estados Unidos una resolución integral del conflicto árabe-israelí en la era posterior a la Guerra Fría e intuían que, para lograr un acuerdo duradero, habría que presionar a Israel. Baker también tenía las suficientes agallas, y una relación lo bastante cercana con el presidente, para ignorar las limitaciones a la libertad de acción estadounidense que había negociado Kissinger en 1975, o, al menos, para interpretar esas limitaciones sin un rigor excesivo en función de lo que consideraran que redundaba en el interés nacional de Estados Unidos. De hecho, ya habían actuado así para poner en marcha las negociaciones. Cuando Shamir bloqueó el intento inicial de la administración estadounidense de patrocinar una conferencia, Baker no temió enfrentarse públicamente al Gobierno de Shamir declarando: «Cuando se tomen en serio la paz, llámennos», y facilitando a continuación el número de teléfono de la Casa Blanca.[372] Baker presionó incansablemente para conseguir la participación palestina en Madrid pese a la obstinada oposición de Shamir. Aquellos de nosotros que conocimos a Baker tuvimos la sensación de que entendía el calvario de los palestinos bajo la ocupación y nuestra frustración por las absurdas restricciones impuestas por el Gobierno de Shamir. Esa comprensión era en parte el resultado de sus prolongadas conversaciones con Husayni, Ashrawi, Abd al-Shafi y sus colegas durante las reuniones preparatorias de la conferencia.

Pero Baker no pudo, o no quiso, hacer más. Una de las cosas más importantes que no hizo fue contener las acciones israelíes que alteraron sistemáticamente el *statu quo* de Palestina mientras se desarrollaban las negociaciones. Dichas acciones incluyeron la prolongación de la construcción de asentamientos y la prohibición de entrar en Jerusalén a los residentes del resto de los Territorios Ocupados. Ambas constituían graves

violaciones de los compromisos estadounidenses consagrados en la carta de garantías de Baker. Desde la perspectiva palestina, con aquellas acciones Israel se estaba comiendo preventivamente el pastel que se suponía que habían de dividirse las dos partes, al tiempo que explotaba la prohibición que impedía a los delegados palestinos hablar sobre las cuestiones relativas al estatuto definitivo. Aunque el obstruccionismo de Shamir y el ritmo incesante de la colonización de Cisjordania llevó a la administración Bush a perder la paciencia hasta el punto de retener 10.000 millones de dólares en garantías de préstamos que Israel necesitaba para el reasentamiento de judíos rusos, la medida apenas tuvo efecto —si es que tuvo alguno— en el Gobierno israelí.[373] Washington tampoco iba a pasar de ahí.

En cualquier caso, Baker se fue del Departamento de Estado diez meses después de Madrid, reclutado en agosto de 1992 para dirigir la fallida campaña presidencial de Bush. Desde ese momento tomaron el relevo los funcionarios subalternos que habían estado bajo el férreo control de Baker mientras era secretario de Estado, pero estos no tenían su estatura política, su acerada voluntad a la hora de tratar con Israel, su imparcialidad ni su visión. Esta situación se prolongó durante los pocos meses restantes de la administración Bush, y luego empeoró con Bill Clinton —que ganó las elecciones en noviembre de ese año— y sus dos mediocres secretarios de Estado, Warren Christopher y Madeleine Albright. Nadie en la cúpula de la nueva administración tenía la misma visión del proceso, de Israel o de la cuestión palestina que tenían Bush y Baker, y todos estaban fuertemente influenciados por los funcionarios que habían heredado de la administración Bush, en especial Dennis Ross.

Muchos de los miembros de este grupo de expertos (como el propio Bill Clinton) sentían una marcada afinidad personal con el sionismo laborista y una profunda admiración por Rabin, que en junio de 1992 se convirtió en primer ministro de Israel. Se habían labrado su reputación y habían hecho carrera trabajando en el supuesto proceso de paz, que se había ido alargando

interminablemente desde la cumbre de Camp David en 1978. El auge de aquellos profesionales especializados en el proceso de paz marcó la desaparición de toda una generación de los llamados «arabistas» en el Departamento de Estado y otros sectores del Gobierno estadounidense. Estos últimos eran principalmente veteranos de un prolongado servicio público en Oriente Próximo, con amplias aptitudes idiomáticas, que aportaban a su labor un profundo conocimiento de la región y de la posición de Estados Unidos en ella. A menudo eran vilipendiados por los agentes de prensa de una serie de grupos de presión, como el Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelí (AIPAC, por sus siglas en inglés), que los acusaban de ser antiisraelíes. Eso no era cierto; lo que ocurría era simplemente que no suscribían la perspectiva «israelocéntrica» que sí adoptarían, en cambio, la mayoría de quienes luego los sucederían.[374]

Sus sucesores eran hombres —todos eran varones— que habían estado consagrados a este tema de forma casi exclusiva, de modo que para ellos la máxima de Disraeli «Oriente es una carrera» se convirtió en «El proceso de paz es una carrera». En general, poseían formación académica (Dennis Ross, Martin Indyk, Daniel Kurtzer y Miller tenían todos ellos doctorados), [375] pero carecían de la experiencia propia de haber trabajado en Oriente Próximo durante años y no sentían ninguna simpatía especial por la región o sus gentes, con la sola excepción de Israel. Más tarde algunos de ellos serían embajadores de Estados Unidos —Kurtzer, en Egipto e Israel; Indyk, en Israel—, mientras que otros asumirían puestos como el de subsecretario de Estado para Oriente Próximo, jefe de planificación política en el Departamento de Estado o miembro del Consejo de Seguridad Nacional.

El decano de estos profesionales del proceso de paz y, con mucho, el más partidista de todos ellos era Dennis Ross. Como dijo de él un alto funcionario del Departamento de Estado: «El vicio de Ross es consultar previamente a los israelíes».[376] Otro se mostraba aún más mordaz: Ross —aseguró— era propenso a hacer «capitulaciones preventivas sobre líneas

rojas», refiriéndose concretamente a las líneas rojas que establecía Israel.[377] Durante las varias décadas en las que trabajó en este asunto, el profundo y permanente compromiso de Ross con Israel se fue haciendo cada vez más patente, especialmente después de que dejara definitivamente la administración pública en 2011 (había estado compatibilizando su trabajo en el sector público y privado de forma intermitente desde mediados de la década de 1970). A partir de ese momento se dedicó —si no oficialmente, sí en la práctica— a actuar como lobista en favor de Israel, tanto en calidad de director del Instituto de Planificación Política del Pueblo Judío (un organismo fundado y financiado por la Agencia Judía) como en la de miembro distinguido del Instituto de Washington para la Política de Oriente Próximo (entidad respaldada por el AIPAC), del que fue cofundador junto con Martin Indyk. Este último también había trabajado anteriormente para el AIPAC y se convirtió en una figura clave en las negociaciones durante la administración de Clinton (que en 1993 se las arregló para que a Indyk, de origen australiano, se le concediera la nacionalidad estadounidense en un tiempo récord a fin de que pudiera ocupar un cargo en el Gobierno).[378]

La abierta parcialidad de Dennis Ross y de algunos de sus colegas se hizo patente en todas nuestras interacciones. Su rasgo clave era que aceptaban las posturas públicamente declaradas de Israel como límite de lo que resultaba admisible en el marco de la política estadounidense. Para Ross, como para otros, esta perspectiva hundía sus raíces en sus propias creencias fundamentales. De hecho, Ross llevó su parcialidad en favor de Israel aún más lejos, realizando sus propias evaluaciones de lo que él consideraba que Israel no iba a aceptar y, por lo tanto, Estados Unidos no podía tolerar. Dichas evaluaciones a menudo resultaban erróneas. Así, juzgó, por ejemplo, que el reconocimiento de la OLP y su participación en las negociaciones eran inaceptables para Israel, pero Rabin finalmente aceptó esos términos. En un momento en el que en Washington se produjo una situación de estancamiento, la parte estadounidense, que se había negado rotundamente

a plantear sus propias ideas, aceptó ofrecer lo que denominó una «propuesta puente». Presentado con orgullo por Ross, ese puente hacia ninguna parte resultaría ser aún menos posibilista que la última postura planteada extraoficialmente por los propios israelíes.[379] El sesgo de Ross también se hizo manifiesto en otro momento de las conversaciones, cuando le oí personalmente amenazar con que, si la delegación palestina no aceptaba cierta cuestión polémica en la que insistía Israel, Washington haría que sus «amigos del Golfo» los presionaran.

Los obstáculos que planteó Israel fueron de naturaleza completamente distinta. Mientras Shamir fue primer ministro del país, hubo constantes disputas en torno al procedimiento y un doloroso diálogo de sordos en relación con las cuestiones de fondo. En concreto, Israel se adhería al planteamiento de Beguín —formulado en Camp David en 1978— de otorgar autonomía a la población, pero no al territorio. Esto se hallaba en consonancia con la opinión de la derecha israelí —y, de hecho, el núcleo de la doctrina sionista— de que solo un único pueblo, el pueblo judío, tenía el derecho legítimo a la existencia y la soberanía en la totalidad del territorio, que ellos denominaban Eretz Yisrael, la Tierra de Israel, no de Palestina. Los palestinos eran, en el mejor de los casos, meros intrusos. En la práctica, eso supondría que cuando los palestinos abogaran en favor de una amplia jurisdicción legal y territorial para su futura autoridad autónoma, se toparían con el firme rechazo de los negociadores israelíes. De manera similar, Israel se negaría en redondo a limitar la actividad de los asentamientos. Esto no tenía nada de sorprendente. Se dice que Shamir declaró que habría prolongado las conversaciones durante diez años para poder «incrementar enormemente el número de colonos judíos en el territorio ocupado por Israel».[380]

Después de que una coalición liderada por los laboristas reemplazara al Gobierno de Shamir, Rabin, convertido ahora en primer ministro, vaciló entre priorizar la vía siria o la palestina. Como buen estratega, era

consciente de que una de las ventajas de llegar a un acuerdo con Siria era que ello situaría a los palestinos en una posición más débil, lo que facilitaría cualquier negociación. Rabin también consideraba que un acuerdo en el frente sirio resultaría estratégicamente más significativo, relativamente sencillo y más fácilmente alcanzable. Probablemente acertaba en el último supuesto, y, de hecho, él y Háfez al-Ásad estuvieron a punto de llegar a un acuerdo.[381]

Como prueba de la seriedad de sus intenciones con respecto a Siria, Rabin designó a Itamar Rabinovich principal negociador en las conversaciones con dicho país (además de nombrarlo embajador de Israel en Estados Unidos). Rabinovich, coronel de la reserva del Ejército israelí —donde había sido un alto funcionario de inteligencia— y destacado académico con un amplio conocimiento de Siria, constituía la opción ideal para el puesto. Su nombramiento posibilitó lo que él mismo describiría como «ciertos progresos» con los sirios, aunque al final las dos partes no lograrían ponerse de acuerdo, alejadas sobre todo por una discrepancia en torno a la disposición de unos pocos kilómetros cuadrados de territorio estratégicamente situados en la orilla oriental del mar de Galilea. Este problema —bastante simple, pero de cierta importancia— se vio considerablemente agravado por la intensa oposición de varios sectores del Gobierno israelí (y de sus más fervientes partidarios en Estados Unidos) a cualquier posible retirada de los Altos del Golán, un paso que Rabin estaba dispuesto a considerar. Casualmente, en mitad de las negociaciones asistí a una charla de Rabinovich en Chicago donde este no pudo convencer de ningún modo a los partidarios más acérrimos de Israel allí presentes de que un acuerdo con Siria era a la vez factible y deseable. Aquella oposición irracional —le dije a Rabinovich— era algo que había suscitado el propio Israel por haber anatematizado previamente a Siria; la misma Siria con la que ahora él y Rabin estaban convencidos de que Israel podía llegar a un acuerdo.

En contraste con su enfoque relativamente flexible en relación con Siria y su elección de un enviado de lo más apropiado para negociar con dicho país, Rabin apenas cambió el planteamiento básico de Israel en la mesa de negociaciones en lo referente a los palestinos. Mantuvo en su puesto al jefe de la delegación israelí, Elyakim Rubinstein, diplomático experimentado y más tarde magistrado del Tribunal Supremo, que se mostraba duro como una roca en su relación con nosotros. Es cierto que hubo algunos cambios en la postura de Israel —en torno a las elecciones palestinas, la contigüidad de Gaza y Cisjordania y algunos otros asuntos—, pero el elemento central de la carpeta de Rubinstein siguió estando limitado única y exclusivamente a la forma más estrictamente restringida de autonomía. Hubo una palpable decepción en la delegación palestina, al igual que en Túnez, cuando comprendimos que el cambio de gobierno de Israel no anunciaba un cambio sustancial de perspectiva. Pero no deberíamos habernos sorprendido. En un discurso pronunciado en 1989, Rabin había dejado claro su compromiso con el planteamiento adoptado por Beguín en Camp David, que incluía la autonomía, pero no un Estado independiente para los palestinos.[382] Seis años después, en octubre de 1995 —menos de un mes antes de morir asesinado—, Rabin declaró ante la Knéset que cualquier «entidad» palestina que pudiera crearse sería en cualquier caso «menos que un Estado».[383]

Pese a las desalentadoras señales percibidas en Washington en enero de 1992, mientras Shamir todavía era primer ministro, la delegación palestina presentó el esbozo de una propuesta para la creación de una Autoridad Palestina Autónoma Provisional, que preveíamos que sería el trampolín que finalmente podría conducirnos a un Estado propio. En marzo se presentó una versión mejorada y más elaborada. Su idea básica era la creación de una entidad gubernamental palestina, cuya autoridad habría de derivarse de unos comicios en los que participaría toda la población, incluidos los

residentes palestinos de Gaza, Cisjordania y Jerusalén, los desplazados de estas áreas en 1967 y los deportados desde entonces por Israel. Después de las elecciones, el Gobierno militar israelí y su burocracia de ocupación —la denominada eufemísticamente Administración civil— transferirían todos sus poderes a la nueva autoridad, tras de lo cual los organismos israelíes se retirarían. La autoridad tendría plena jurisdicción (aunque no soberanía ni control absoluto en materia de seguridad) sobre el aire, la tierra y el agua de la totalidad de los Territorios Ocupados, incluidos los asentamientos (aunque no los colonos), y sobre todos sus habitantes palestinos. Cuando esta autoridad adquiriera plena vigencia, Israel se vería obligado a paralizar la actividad de los asentamientos y retirar a sus tropas «a puntos de redespliegue situados a lo largo de las fronteras de los territorios palestinos ocupados».[384]

Aunque la propuesta de Autoridad Provisional representaba un auténtico esfuerzo para concebir un proceso de transición de la ocupación a la independencia, en última instancia fue también un vano intento de romper las limitaciones que constreñían las negociaciones y las restringidas formas de autonomía que Israel estaba dispuesto a tolerar. Básicamente, estas últimas reservaban a Israel todos los poderes relativos a la seguridad, la tierra, el agua, el espacio aéreo, los registros de población, los desplazamientos, los asentamientos y la mayoría de las otras cuestiones importantes. Hay muchas razones que explican el fracaso de la propuesta de Autoridad Provisional, pero la principal era la propia doctrina que fundamentaba el desplazamiento de los palestinos; a saber: el dogma sionista del derecho exclusivo de los judíos a disponer de la totalidad del territorio palestino. La jurisdicción, tal como estaba ampliamente concebida en la propuesta de Autoridad Provisional, contradecía ese dogma básico del que emanaba todo lo demás; se acercaba demasiado al tabú de la soberanía para resultar aceptable para Rubinstein y sus jefes políticos, se llamaran Shamir o Rabin.

Túnez, por su parte, constituía otro obstáculo en el camino. Aunque los líderes de la OLP habían aprobado la propuesta, yo percibía una clara falta de entusiasmo por los conceptos que esta encarnaba. No hacían nada para promoverla en el ámbito internacional, en el mundo árabe ni en Israel, a pesar de que ello podría haberle dado cierto ímpetu. Quizá sabían que el Gobierno israelí nunca iba a aceptarla y estaban demasiado ansiosos por lograr un acuerdo aceptable, fuera el que fuese. O puede que su tibia respuesta se debiera a que sentían celos de una delegación que había sido capaz de producir un plan complejo y minuciosamente elaborado en lugar de limitarse a reaccionar a lo que fuera que le plantearan sus adversarios, como había hecho la OLP desde el inicio del proceso y todavía sigue haciendo a día de hoy.

Este problema se vio exacerbado por las profundas tensiones existentes entre la sede de la OLP en Túnez y los palestinos de los Territorios Ocupados —muchos de ellos, líderes veteranos de la intifada— que integraban oficialmente la delegación. Todos éramos conscientes de dichas tensiones, y en ocasiones las veíamos estallar en forma de abierta disputa. Muchos de nosotros estuvimos presentes en la *suite* del hotel donde se alojaba Faysal Husayni en Washington durante las furiosas conversaciones telefónicas que tuvieron lugar entre él y Arafat. También los israelíes eran conscientes de las tensiones, que estaban encantados de poder explotar. En 1993 cambiaron repentinamente las directrices y permitieron la participación directa de Husayni, Ashrawi y otros (incluyéndonos a nosotros, los asesores), quienes hasta el momento habían sido excluidos de las negociaciones oficiales. Puede que esto pareciera una magnánima concesión, pero, como Rabin le dijo a Clinton en una reunión, su propósito no era otro que sembrar la discordia entre los palestinos con la esperanza de que «un líder local pudiera plantar cara a Arafat».[385] Estas tácticas de «divide y vencerás», que Rabin ya había empleado cuando era ministro de Defensa, constituyen un procedimiento estándar para cualquier gobernante

colonial. Pero el caso es que al final no hicieron falta. Tras rechazar nuestra propuesta de Autoridad Provisional, la delegación de Washington no recibió ninguna contrapropuesta seria de los israelíes que pudiera cambiar de manera significativa el *statu quo* colonial de Palestina. En consecuencia, las conversaciones de Washington resultaron infructuosas.

Haydar Abd al-Shafi, Hanan Ashrawi (oculta por una cámara) y Faysal Husayni, rodeados de prensa en la Conferencia de Paz de Madrid, 1991. El autor aparece al fondo, en el centro, mirando hacia la derecha. AGENCE FRANCE-PRESSE

Finalmente, cambiaría un elemento fundamental en la postura israelí, aunque durante nuestra época en Washington solo tuvimos un leve indicio de ese cambio. Tras más de un año y medio de estancamiento y frustración, supimos que había tenido lugar una importante negociación secreta entre la OLP e Israel. Cierto día de junio de 1993, durante la última ronda de conversaciones con los israelíes en Washington, a Ashrawi y a mí nos

encargaron que redactáramos un documento durante la noche que al día siguiente había de servir de base para una sesión informativa en la que íbamos a poner al corriente de aquella negociación a los diplomáticos que representaban a los patrocinadores estadounidenses. Cuando escuché lo que se suponía que teníamos que decirles, me quedé perplejo. Nos enteramos de que la OLP e Israel habían llegado a un acuerdo confidencial por el que se permitiría a los cuadros y fuerzas de la organización —«incluidos posiblemente oficiales del Ejército de Liberación de Palestina»— entrar en los Territorios Ocupados para asumir las funciones propias de unas fuerzas de seguridad. Para quienes teníamos que redactar el informe, aquella fue una auténtica revelación. De ser cierto, implicaba que la OLP e Israel habían llevado a cabo negociaciones directas y encubiertas (ya había habido rumores en ese sentido) y que ya habían llegado a un acuerdo provisional sobre el tema capital tanto para Rabin como para Arafat: la seguridad.

Más tarde supimos que aquel avance era el resultado de la apertura de una vía de negociación no revelada a la opinión pública que era completamente independiente de las conversaciones secretas de Oslo y que nunca ha sido objeto del mismo grado de celebridad. Esta era solo una de las numerosas vías cuya exploración autorizó Rabin mientras mantenía la existencia de cada una de ellas oculta a quienes participaban en las demás. [386] Los principales protagonistas de las negociaciones paralelas de Oslo, el ministro de Exteriores israelí Shimon Peres y el político palestino Ahmed Qurei (Abu Alaa), tenían una bien merecida fama de ser proclives al autobombo, de modo que cabía esperar que se aseguraran de que su relato borrara cualquier otro, que fue exactamente lo que sucedió.[387] En cambio, Rabin y Arafat utilizaron a intermediarios confidenciales para llegar a un discreto acuerdo sobre el tema clave de la seguridad, que constituía un requisito previo esencial y la base para el éxito del más conocido y exhaustivo Proceso de Oslo, que se desarrollaba de manera simultánea.

Estas conversaciones sobre seguridad se llevaron a cabo completamente al margen del foco de atención, en un lugar que todavía se mantiene en secreto y a través de enviados discretos, y todavía hoy es poco lo que se sabe de ellas. La delegación israelí la encabezaba un antiguo jefe de la inteligencia militar que también había sido el primer coordinador de las relaciones con los palestinos bajo la ocupación, el general de división (ya retirado) Shlomo Gazit. Parecía que Rabin solo confiaba plenamente en los oficiales de alto rango en activo, reservistas o retirados, como Gazit y Rabinovich.[388] Arafat tenía la misma inclinación, de manera que el homólogo de Gazit en representación de la OLP era Nizar Ammar, un oficial de alto rango de los servicios de inteligencia del difunto Abu Iyad que más tarde sería comandante de las fuerzas de seguridad de la Autoridad Palestina.[389] Estaba claro que Arafat había autorizado la información que Hanan, mis colegas y yo estábamos a punto de divulgar. Lo supe porque, incrédulos ante la idea de que los israelíes hubieran considerado siquiera la posibilidad de aceptar unos términos tan extensos, enviamos un borrador a Túnez donde se matizaba un poco lo que nos habían encargado que dijéramos. De inmediato recibimos una serie de correcciones, en la inconfundible caligrafía de Arafat, que devolvían toda su fuerza a la redacción del texto.

El 23 de junio de 1993 transmitimos la información a Dan Kurtzer y Aaron David Miller, y también ellos se mostraron incrédulos, a pesar de que no estábamos autorizados a declarar explícitamente que existiera un acuerdo oficial (lo cual era cierto: en el mejor de los casos se trataba de un entendimiento extraoficial, por más que significativo). Hanan Ashrawi explicó que, para garantizar la seguridad, los palestinos necesitaban «acudir a recursos externos», como, por ejemplo, «oficiales del Ejército de Liberación de Palestina» con experiencia relevante. Yo añadí que los «gestores de la seguridad israelíes» entendían que tales individuos constituían una necesidad. Uno de los diplomáticos estadounidenses dedujo

de inmediato que podía «haber pasado algo en las comunicaciones entre israelíes y palestinos», pero dudaba que tal arreglo funcionara «a no ser que ustedes hayan llegado a un entendimiento con los israelíes». Traté de tranquilizarlos, diciendo: «No creemos que tengamos problemas para coincidir en esto» con Israel. «Bueno, por primera vez nos quedamos sin palabras», dijo Kurtzer, mientras Miller añadía: «Esta presentación de seguridad parece cosa de otro mundo».[390]

Aquellos hábiles diplomáticos estadounidenses sin duda sabían que se habían establecido canales de comunicación encubiertos entre las dos partes, pero les resultaba difícil imaginar que la OLP e Israel hubieran podido ponerse de acuerdo en algo tan radical. Es posible que también se sintieran disgustados, ya que aquella información contradecía todo lo que ellos y Dennis Ross creían y les habían dicho siempre a sus superiores en el Departamento de Estado y la Casa Blanca: los israelíes nunca tratarían directamente con la OLP, y mucho menos permitirían a las fuerzas del Ejército de Liberación de Palestina entrar en los Territorios Ocupados para hacerse cargo de la seguridad. Pero, fuera cual fuese su reacción, el asunto ya no dependía de los estadounidenses.

Este importante cambio fue resultado de la lección que había aprendido Rabin de la intifada: que Israel ya no podía controlar los Territorios Ocupados únicamente mediante el uso de la fuerza. Debido a ello, ahora el primer ministro estaba dispuesto a hacer algunas cosas de manera distinta de Beguín y Shamir mientras proseguía la ocupación militar y la colonización de lo que quedaba de Palestina (de hecho, durante el gobierno de Rabin se redujo el gasto destinado a los asentamientos, pero la actividad relacionada con estos últimos aumentó en términos generales). Con este propósito, Rabin autorizó el contacto directo con la OLP, aunque siguió aferrándose a la restringida opción de la autonomía limitada. Estos contactos clandestinos llevarían a Rabin a aceptar finalmente el retorno a Palestina de la mayoría de los líderes y cuadros de la OLP en el contexto

del reconocimiento mutuo entre las dos partes, que a su vez sería la base de la Declaración de Principios entre Israel y la OLP firmada en los jardines de la Casa Blanca en septiembre de 1993. Mediante este acuerdo, Israel reconocía a la OLP como representante del pueblo palestino, al tiempo que la organización reconocía al Estado de Israel.

Por más que al admitir oficialmente la existencia del pueblo palestino, aceptar a la OLP como su representante y entablar negociaciones con ella, obteniendo a cambio el reconocimiento del Estado de Israel, Rabin hizo algo que ningún otro líder israelí había hecho hasta entonces, lo cierto es que este intercambio no fue ni simétrico ni recíproco. Israel no reconocía la existencia de un Estado palestino ni se comprometía siquiera a permitir la futura creación de uno. Esta resultaba ser una transacción peculiar, en la que un movimiento de liberación nacional obtenía el reconocimiento oficial de sus opresores, sin lograr en absoluto dicha liberación, a cambio de su propio reconocimiento del Estado que había colonizado su patria y continuaba ocupándola. Se trataba de hecho de un clamoroso error histórico, que tendría graves consecuencias para el pueblo palestino.

En junio de 1993, tres meses antes de la ceremonia de firma del acuerdo en los jardines de la Casa Blanca, las conversaciones de Washington ya no constituían el principal foco de negociación entre la OLP e Israel. La más importante de las diversas líneas de comunicación de naturaleza directa y encubierta que se habían abierto entre las dos partes se hallaba ahora en Oslo. Ambas partes deseaban escapar de la atención tanto de nuestros anfitriones estadounidenses como de los medios de comunicación, pero esta era solo una de las razones secundarias del cambio. Una vez que Rabin y Arafat hubieron descubierto que era posible llegar a un acuerdo directo, asignaron a varios emisarios para explorar más a fondo aquellas posibilidades. Así, las conversaciones de Oslo fueron autorizadas por los dos líderes, pero serían Shimon Peres —por la parte israelí— y Mahmud

Abás (Abu Mazen) —por la palestina— quienes se encargarían de supervisar su desarrollo.

Fue allí donde se elaboró la Declaración de Principios, que pasaría a denominarse Oslo I, y donde se cerraron los detalles del acuerdo entre las dos partes. El problema del acuerdo fue precisamente que, como suele decirse, el diablo está en los detalles, y la delegación que la OLP envió a Oslo no era muy ducha en ese aspecto. De hecho, sus integrantes carecían de los conocimientos lingüísticos, jurídico-legales o de otro tipo necesarios para comprender exactamente lo que hacían los israelíes. Tras las rondas iniciales de discusiones exploratorias, dirigidas en el lado israelí por dos intelectuales académicos, los palestinos se encontraron frente a un formidable equipo de expertos negociadores israelíes que incluía a figuras con una vasta experiencia jurídico-legal internacional, como Joel Singer (otro antiguo coronel del Ejército israelí).

El responsable de reunir a aquel equipo fue Shimon Peres, que no estaba más dispuesto a ver a los palestinos como iguales o a aceptar un Estado y una soberanía palestina de lo que podían estarlo Rabin o Shamir. Los enviados palestinos a Oslo simplemente jugaban en otra liga: carecían de recursos y de capacitación, ninguno de ellos había estado en la Palestina ocupada desde hacía décadas y, además, no habían estudiado ni asimilado los resultados de nuestras diez rondas de negociaciones con Israel. El deterioro de la situación de la población palestina en los Territorios Ocupados producido después de Oslo, a partir de mediados de la década de 1990, ha sido en gran medida un resultado del hecho de haber elegido a unos enviados que actuaron torpemente en Oslo, así como de la predisposición de Arafat y sus camaradas a firmar los deficientes acuerdos que aquellos diseñaron.[391]

La primera vez que leímos el texto de lo acordado en Oslo, aquellos de nosotros que teníamos a nuestras espaldas veintiún meses de experiencia en Madrid y Washington comprendimos de inmediato que los negociadores

palestinos no habían sabido entender a qué se refería exactamente Israel cuando hablaba de autonomía. Lo que habían firmado era solo una forma de autogobierno muy restringida en un fragmento de los Territorios Ocupados, y además sin el control de la tierra, el agua, las fronteras ni muchas otras cosas. En estos acuerdos y los que posteriormente se basarían en ellos —que se mantienen vigentes hasta el día de hoy con algunas modificaciones menores—, Israel retendría para sí todas esas prerrogativas, que de hecho equivalen a un control prácticamente completo sobre la tierra y sobre la población, junto con la mayoría de los atributos de la soberanía. Eso era exactamente lo que nuestra propuesta de Autoridad Provisional había tratado de evitar al atribuir una sólida jurisdicción sobre la población y la tierra a una autoridad palestina autónoma y electa. Como consecuencia de su incapacidad para ver la importancia de estos activos vitales, los negociadores palestinos enviados a Oslo habían caído en todas las trampas que nosotros habíamos logrado evitar. En la práctica, terminaron aceptando una versión apenas modificada del plan de autonomía de Beguín, al que habían seguido aferrándose tanto el Gobierno de Shamir como el de Rabin.

Tras el rechazo de Israel a la propuesta de Autoridad Provisional, nuestra delegación se había negado a aceptar la autonomía en las condiciones planteadas por Beguín. Los delegados de los Territorios Ocupados sabían lo que implicaría en la práctica el tipo de autonomía israelí, como lo sabían también los asesores de la delegación, quienes o bien vivían en Palestina o habían pasado mucho tiempo allí. Dada la negativa de los Gobiernos de Shamir y Rabin a aceptar la paralización permanente de los asentamientos o a poner fin al gobierno militar, sabíamos que únicamente estaban ofreciendo cambios superficiales con la intención de mantener el *statu quo* de la ocupación en un futuro indefinido. Esa es la razón por la que nosotros nos mantuvimos firmes en Washington y por la que la OLP debería haber ordenado a sus enviados en Oslo que se opusieran rotundamente a un acuerdo planteado en los términos de Beguín, lo que Edward Said calificaba

acertadamente como «un instrumento de rendición palestina, un Versalles palestino».[392]

Personalmente, estoy convencido de que rechazar la limitada oferta planteada por Israel en Washington y Oslo habría sido la opción correcta. Si la OLP hubiera adoptado una postura más dura, el resultado no habría sido peor que la pérdida de tierras, recursos y libertad de movimiento que los palestinos han sufrido desde 1993. Al fin y al cabo, la falta de acuerdo siempre habría sido mejor que el acuerdo que surgió de Oslo. La ocupación habría continuado, como ha ocurrido de todos modos, pero sin el barniz del autogobierno palestino, sin aliviar a Israel de la carga financiera derivada de gobernar y administrar a una población de millones de personas y sin que hubiera una «coordinación de seguridad» —el peor resultado de Oslo— en virtud de la cual la Autoridad Palestina ayuda a Israel a vigilar a los palestinos descontentos que viven bajo su régimen militar mientras los colonizadores israelíes se apropian gradualmente de sus tierras.

También existe la remota posibilidad de que se hubiera podido obligar a Rabin a conceder mejores condiciones. Es imposible saber si esos términos hipotéticos podrían haber conducido a la creación de un Estado palestino auténticamente soberano. Sin embargo, el caso es que justo en el momento en que la OLP se sentía obligada a conseguir un acuerdo, también Rabin necesitaba uno, especialmente después de que la vía siria se estancara. Según Itamar Rabinovich, en agosto de 1993 Rabin «se sentía presionado» para emprender una iniciativa drástica, dado el punto muerto al que se había llegado con Siria y los palestinos tras un año de negociaciones y la inestabilidad del Gobierno de coalición que lideraba el primer ministro.[393] Esa iniciativa podría haber desembocado en un acuerdo más favorable para los palestinos.

Sin embargo, ese resultado no parece probable, por cuanto Rabin demostraría verse constreñido por sus propios prejuicios y limitaciones: en concreto, una arraigada preocupación por la seguridad —un término que en

el léxico israelí tiene una connotación radical de dominio y control absolutos del adversario— y un profundo desdén por el nacionalismo palestino en general y la OLP en particular, a la que había combatido durante gran parte de su trayectoria profesional; ese desdén resultaría patente en el rostro de Rabin cuando le estrechó la mano a Arafat en Washington en septiembre de 1993. Por otra parte, también debía tener en cuenta la feroz oposición a cualquier acuerdo genuino que pudiera forjarse con los palestinos por parte de los fervientes partidarios religioso-nacionalistas de la Gran Tierra de Israel. Hacía bien Rabin en temer a ese poderoso grupo: uno de sus seguidores, Yigal Amir, pondría fin a su vida en 1995, y desde entonces este sector ha dominado la política israelí.

Yasir Arafat regresó a Palestina en julio de 1994, y poco después fui a hacerle una visita en su nuevo cuartel general, unas instalaciones con vistas al mar en Gaza. Estaba exultante de hallarse de nuevo en su patria después de casi treinta años de ausencia y de haber podido escapar de la jaula dorada que había sido su periodo en Túnez. No parecía darse cuenta de que en realidad no había hecho sino pasar de una jaula a otra. Yo había ido a expresarle mi profunda inquietud por el deterioro de la situación en la Jerusalén Este árabe, donde había estado viviendo un tiempo. Israel había cerrado la ciudad a los palestinos del resto de los Territorios Ocupados y había empezado a erigir una serie de muros y enormes puestos de control fortificados para regular la entrada.

Había muchas señales preocupantes de que las cosas estaban empeorando para la población palestina de Jerusalén, donde las restricciones draconianas a la entrada de gazatíes y cisjordanos estaban estrangulando la economía de la parte árabe de la ciudad, al tiempo que se aceleraba la incautación de tierras, las demoliciones de viviendas y el exilio de los jerosolimitanos que Israel juzgaba arbitrariamente que habían perdido su residencia. Arafat no hizo caso de mis preocupaciones, y no tardé en darme cuenta de que mi

visita era una pérdida de tiempo. El líder palestino todavía flotaba en la cresta de una ola de euforia, disfrutando del homenaje de las varias delegaciones que acudían de toda Palestina a rendirle pleitesía. No estaba de humor para oír malas noticias, y en todo caso —me señaló con aire despreocupado— cualquier posible problema pronto se resolvería. Recibí exactamente el mismo tipo de desaire cuando más tarde, ese mismo día, le expresé inquietudes similares a Abu Mazen, también recién llegado a Gaza.

Para mí resultaba evidente que Arafat y Abu Mazen daban por supuesto, con un espíritu manifiestamente optimista, que lo que sus enviados no habían podido conseguir para los palestinos en Oslo lograrían arrancárselo a Israel en otras negociaciones posteriores. Cabe suponer que Arafat confiaba en su legendaria capacidad de manipulación, a la que había recurrido durante décadas a la hora de tratar con los regímenes árabes hasta agotar finalmente la paciencia de muchos de sus monarcas y dictadores. Pero los israelíes no eran en absoluto susceptibles a los tejemanejes por los que Arafat era famoso. Se mantendrían firmemente en sus trece, y los acuerdos posteriores resultarían ser tan poco imparciales como Oslo I.

El Acuerdo Provisional sobre Cisjordania y la Franja de Gaza —más conocido como Oslo II—, firmado por las dos partes en 1995, vendría a completar la destructiva tarea de Oslo I. Trinchó ambas regiones en un infame mosaico de áreas —A, B y C— con más del 60 % del territorio —el Área C— bajo un pleno, directo e ilimitado control israelí. A la Autoridad Palestina se le otorgaba el control administrativo y de seguridad del 18 % del territorio, que constituía el Área A, y únicamente el control administrativo del 22 %, que integraba el Área B, mientras que Israel seguía estando a cargo de la seguridad de esta última. Juntas, las áreas A y B comprendían el 40 % del territorio, pero albergaban alrededor del 87 % de la población palestina. El Área C incluía casi todos los asentamientos judíos salvo uno. Israel también mantenía plenos poderes para entrar y salir de cualquier parte de Palestina y conservaba el control exclusivo de los

registros de población (lo que implicaba que decidía quién tenía derecho de residencia y quién podía vivir dónde). Con ello, la construcción de asentamientos podría continuar a buen ritmo, Jerusalén se desgarraría aún más de Cisjordania y se incrementaría la prohibición de entrar en Israel para los palestinos de los Territorios Ocupados. Con el tiempo, montones de puestos de control militares y cientos de kilómetros de muros y vallas electrificadas dividirían Cisjordania en una serie de islotes aislados, al tiempo que llenaban de cicatrices el paisaje.

Pronto resultaría imposible hacer algo que muchos palestinos y yo habíamos hecho regularmente y sin dificultad alguna: viajar en coche a Ramala desde Jerusalén en menos de media hora o desplazarnos rápidamente entre Gaza y Cisjordania. Nunca olvidaré al solitario soldado israelí, inclinado hacia atrás en su silla con el arma en el regazo, que, la primera vez que regresé a la Franja de Gaza tras los Acuerdos de Oslo, nos hizo señas con gesto indolente para que siguiéramos adelante al pasar por el destartalado puesto de control que marcaba la entrada a dicho territorio. Con los nuevos muros y puestos de control y la necesidad de disponer de permisos israelíes —por otra parte, difíciles de obtener— para poder cruzarlos; con el bloqueo israelí de la libre circulación entre Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, y con la prohibición del uso de determinadas carreteras para los palestinos, se iniciaba la que sería una progresiva constricción de la vida palestina, especialmente para los gazatíes. Mientras tanto, Arafat y sus camaradas en la cúpula de la OLP, que cruzaban sin problema todos los puestos de control con sus pases VIP, parecían ignorar el creciente confinamiento de los palestinos normales y corrientes, o si lo sabían, parecía traerlos sin cuidado.

La mayoría de los miembros de la OLP no tardaron en trasladarse desde Túnez y otros lugares a los Territorios Ocupados, donde pasaron a desempeñar diversos puestos —generalmente los más altos— en las fuerzas de seguridad y las instituciones de la Autoridad Palestina. Supuestamente,

la Autoridad se había establecido como un órgano provisional encargado de gestionar la autonomía de los Territorios Ocupados, y con el objetivo de verse reemplazada al cabo de unos años por una forma de gobierno permanente tras las negociaciones sobre el estatuto definitivo, cosa que de hecho no ha sucedido nunca. La OLP llevó a cabo plenamente su reubicación como si la liberación ya se hubiera producido, en lugar de mantener fuera de Palestina una parte del aparato de la organización —si no la mayoría— hasta que el resultado de los Acuerdos de Oslo estuviera claro. Solo el Departamento Político —su Ministerio de Exteriores— y algunas otras oficinas permanecieron en Túnez o en otros países. A nivel humano, era fácil simpatizar con el deseo de volver a casa después de un prolongado exilio, además del deseo de escapar de las incómodas capitales árabes a las que la OLP se había visto consignada desde 1982. También tenía sentido que los miembros de la organización vivieran entre la que constituía su base política popular, el sector ubicado en territorio palestino, después de haberse visto aislados de la mayoría de las comunidades palestinas.

Pero trasladar a la mayor parte de la OLP a unos territorios que todavía seguían ocupados entrañaba un peligro oculto. Arafat y sus camaradas se habían metido de hecho en una jaula, poniéndose a merced de un régimen militar que permanecía intacto y prácticamente sin cambios. En la que constituía una siniestra señal, Israel trató de impedir que parte del personal de la OLP viviera en Jerusalén o actuara allí. Pero lo peor estaba aún por llegar. En 2002, en el apogeo de la intensa violencia de la Segunda Intifada, las tropas israelíes irrumpieron en las oficinas de la Autoridad Palestina en Ramala y otras partes del Área A. También cerraron la Casa de Oriente, que durante largo tiempo había sido el centro de la actividad política palestina en Jerusalén y la sede de los equipos que negociaban con Israel; el centro sigue cerrado aún hoy.[394] Israel también tenía la capacidad de restringir o prohibir cualquier actividad, viaje o reunión de palestinos, y de hecho utilizaría ese poder a discreción contra los líderes de la Autoridad Palestina.

En la práctica, la OLP se había metido en la boca del león, y las mandíbulas no tardarían en cerrarse de golpe sobre ella. En septiembre de 2002 el ejército israelí pondría sitio a la Muqataa, el cuartel general de Arafat en Ramala, convirtiendo así de hecho en prisionero al líder palestino durante los dos años siguientes, hasta poco antes de su muerte.

En el cuarto de siglo transcurrido desde los Acuerdos de Oslo, con frecuencia se ha descrito falsamente la situación en Palestina e Israel como un choque entre dos elementos casi equiparables: el Estado de Israel y el cuasi Estado de la Autoridad Palestina. Esta descripción enmascara la desigualdad inherente a una realidad colonial que se mantiene inalterable. La Autoridad Palestina no tiene soberanía, jurisdicción ni autoridad salvo la que le permite Israel, que incluso controla una parte importante de sus ingresos en forma de derechos de aduana y algunos impuestos. Su función principal, a la que dedica una gran parte de su presupuesto, es la seguridad, pero no la de su pueblo: tiene el mandato, dictado por Estados Unidos e Israel, de velar por la seguridad de los colonos y las fuerzas de ocupación israelíes contra la resistencia, violenta o no, de otros palestinos. Desde 1967 solo ha habido una autoridad estatal en todo el territorio de la Palestina mandataria: la de Israel. La creación de la Autoridad Palestina no hizo nada para cambiar esa realidad, limitándose a recolocar las tumbonas en la cubierta del *Titanic* palestino, al tiempo que proporcionaba un escudo indispensable a la colonización y la ocupación israelíes. Frente al coloso que representa el Estado de Israel se encuentra un pueblo colonizado al que se le niega la igualdad de derechos en general y la capacidad de ejercer su derecho concreto a la autodeterminación nacional, una situación que se ha mantenido constante desde que el propio concepto de autodeterminación se afianzara en todo el globo tras la Primera Guerra Mundial.

La Intifada había hecho que Rabin y los responsables de la seguridad israelí fueran conscientes de que la ocupación —con las tropas israelíes vigilando centros palestinos densamente poblados cuyos habitantes bullían

de ira— requería modificaciones. El resultado de esta toma de conciencia, el marco de referencia de Oslo, se diseñó para preservar aquellos elementos de la ocupación que resultaban ventajosos para Israel —los privilegios y prerrogativas de los que disfrutaban el Estado y los colonos israelíes—, a la vez que Israel se deshacía de una serie de responsabilidades onerosas y al mismo tiempo evitaba la posibilidad de que Palestina gozara de un auténtico Estado, con unas genuinas autodeterminación y soberanía. Oslo I fue la primera de este tipo de modificaciones, junto con otras que se añadirían en años posteriores, todas ellas destinadas a mantener la disparidad del poder, independientemente de quién fuera el primer ministro de Israel en cada momento.

Oslo I también trajo consigo la que sería la modificación de mayor calado: la decisión de reclutar a la OLP como subcontratista para la ocupación; tal era el significado real del acuerdo de seguridad que Rabin forjó con Arafat y del que mis colegas y yo informamos a los diplomáticos estadounidenses en junio de 1993. El elemento clave fue siempre la seguridad para Israel, su ocupación y sus colonos, mientras que Israel se deshacía del coste y la responsabilidad que entrañaba subyugar a la población palestina. Por decirlo en términos más sencillos, como hizo públicamente uno de los colaboradores de Rabin, el general de división Shlomo Gazit, en 1994: «Yasir Arafat tiene dos opciones. Puede ser un Lahd o un super-Lahd».[395] Gazit se refería a Antoine Lahd, el líder del Ejército del Sur del Líbano, una milicia armada, financiada y controlada por Israel que entre 1978 y 2000 asumió la tarea de ayudar a mantener la ocupación israelí en la región meridional de dicho país. Con este comentario revelador, Gazit confirmaba cuál era el verdadero objetivo de lo que él y su jefe, Rabin, habían establecido con Oslo.

El sistema creado en Oslo y en Washington no fue solo una iniciativa de Israel. Como en 1967 y 1982, Israel contó con la colaboración de su indispensable patrocinador, Estados Unidos. A los palestinos no habría

podido ponérseles la camisa de fuerza de Oslo sin la connivencia estadounidense. Desde la firma en 1978 de los Acuerdos de Camp David en adelante, el principal responsable de imponer la arquitectura de las negociaciones —con su tortuosa e infinitamente flexible etapa provisional y el constante aplazamiento de la creación de un Estado palestino— no fue Israel, por más que el marco de referencia hubiera sido ideado por Beguín y proseguido por sus herederos en los dos bloques políticos israelíes, el Likud y los laboristas. Fue Estados Unidos el que aportó el músculo que subyacía a la insistencia en que para los palestinos esta era la única vía de negociación posible, que conducía a un único resultado posible. Estados Unidos no era solo un cómplice: era el socio de Israel en esta empresa.

Esa sociedad ha implicado mucho más que la mera aquiescencia o consentimiento de todas las administraciones estadounidenses desde Carter hasta hoy. Ha contado asimismo con el apoyo estadounidense a nivel político, diplomático, militar y jurídico-legal (las cuantiosas sumas de dinero en ayuda, préstamos y donaciones caritativas libres de impuestos aportadas para respaldar los asentamientos y la creciente absorción de los barrios árabes de Jerusalén, y el copioso suministro de armas que se cuentan entre las más avanzadas del mundo) para favorecer la colonización israelí de la totalidad de Palestina. En la práctica, los Acuerdos de Oslo vinieron a constituir una nueva declaración de guerra estadounidense-israelí internacionalmente sancionada contra los palestinos en apoyo del proyecto secular del movimiento sionista. Pero a diferencia de 1947 y 1967, esta vez los líderes palestinos se dejaron arrastrar a una posición de complicidad con sus adversarios.

---

[337] Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*, https://bit.ly/3rgf2WO.

[338] En este capítulo se hace referencia sobre todo a la Primera Intifada, la revuelta no armada y mayoritariamente no violenta que se mantuvo plenamente activa desde 1987 hasta 1993, y que conviene distinguir de la segunda: a diferencia de la primera, esta última, iniciada en 2000, finalmente se convertiría en un levantamiento armado que incluiría el uso de terroristas suicidas por

parte de los palestinos y el empleo de tanques, helicópteros y otras armas pesadas por parte de las fuerzas de ocupación israelíes.

[339] Francis X. Clines, «Talk with Rabin: Roots of the Conflict», *The New York Times*, 5 de febrero de 1988, http://www.nytimes.com/1988/02/05/world/talk-with-rabin-roots-of-the-conflict.html [https://nyti.ms/3F220jz; acceso restringido].

[340] Puede verse un excelente análisis del impacto de la intifada en la opinión pública estadounidense con respecto a Israel en Kaplan, *Our American Israel*, capítulo 4.

[341] Francis X. Clines, «Talk with Rabin: Roots of the Conflict».

[342] David McDowall, *Palestine and Israel: The Uprising and Beyond,* Londres: I.B. Tauris, 1989, p. 84.

[343] Puede verse una mordaz descripción de Milson y su papel en Flora Lewis, «Foreign Afairs: How to Grow Horns», *The New York Times*, 29 de abril de 1982, https://www.nytimes.com/1982/04/29/opinion/foreign-affairs-how-to-grow-horns.html [https://nyti.ms/3dU6zR9; acceso restringido].

[344] Este ejemplo concreto del viejo fenómeno orientalista de los expertos que estudian a los pueblos que oprimen se analiza en Gil Eyal, *The Disenchantment of the Orient*, Stanford (California): Stanford University Press, 2006.

[345] «Colonel Says Rabin Ordered Breaking of Palestinians' Bones», Reuters, citado en *Los Angeles Times*, 22 de junio de 1990, https://www.latimes.com/archives/la-xpm-1990-06-22-mn-431-story.html [https://lat.ms/3DZzQVc]. En su biografía de Rabin, *Yitzhak Rabin: Soldier, Leader, Statesman* (New Haven [Connecticut]: Yale University Press, 2017, pp. 156-157), Itamar Rabinovich niega la veracidad de esa cita, aunque admite que Rabin «fue claramente el autor de una política que pretendía derrotar la intifada mediante el uso de la fuerza».

[346] En un viaje que realicé dos años después gracias a una beca Fulbright, en un primer momento se me negó la entrada a Israel. Tras estar retenido muchas horas, finalmente se me permitió entrar gracias a la intercesión del cónsul general de Estados Unidos en Tel Aviv, que había sido alertado de mi llegada por el Departamento de Estado.

[347] Estas cifras, recabadas por la ONG israelí pro derechos humanos B'Tselem, incluyen a los palestinos e israelíes que murieron tanto en los Territorios Ocupados como en Israel, véase: http://www.btselem.org/statistics/first_intifada_tables [https://bit.ly/3GL6606].

[348] Rabinovich, *Yitzhak Rabin*, pp. 157-158.

[349] Jonathan Broder, «Iron-fist Policy Splits Israelis», *Chicago Tribune*, 26 de enero de 1988, https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-1988-01-27-8803270825-story.html [https://bit.ly/3ma5ZDr].

[350] El premiado documental de Julia Bacha *Naila and the Uprising* (estrenado en 2017) ofrece un exhaustivo retrato del papel esencial de las mujeres en la intifada; véase https://www.justvision.org/nailaandtheuprising [https://bit.ly/3q0VjrS]. Véase también el filme de Amer Shomali *The Wanted 18* (2014), tráiler en https://www.youtube.com/watch?v=ekhTuZpMw54 [https://bit.ly/3sakta6].

[351] Como hemos visto, pese a las divisiones que engendró, la revuelta comportó amplias transformaciones sociales y políticas antes de ser aplastada por cien mil soldados británicos, respaldados por tropas auxiliares sionistas y por el uso intensivo de la aviación. Véase el extraordinario artículo de Charles Anderson «State Formation from Below».

[352] Bergman, en *Rise and Kill First* (pp. 311-333), afirma que el papel de Abu Jihad en la intifada fue la principal razón de su asesinato, señalando (p. 323) que más tarde algunos altos cargos israelíes reconocerían que «el asesinato no logró su objetivo» de enfriar la intifada y que, por estas y otras razones, llegarían a la conclusión de que había sido un error.

[353] En *ibid.*, pp. 316-317, Bergman explica que quienes planificaron la operación para matar a Abu Jihad decidieron deliberadamente renunciar a asesinar a Mahmud Abás [Abu Mazen], cuya residencia estaba cerca de la de aquel. Muchos palestinos han sospechado durante largo tiempo que solo aquellas personas que los servicios de seguridad israelíes consideraban destacados defensores de la causa palestina eran potenciales objetivos de asesinato, lo que implicaba que los demás no merecían el esfuerzo de matarlos.

[354] Se puede deducir la virulencia de la rivalidad entre Siria y la OLP por la afirmación que hace Bergman en *ibid.*, p. 304, de que había agentes encubiertos de la inteligencia israelí que, haciéndose pasar por palestinos disidentes, transmitían información en secreto sobre operativos de la OLP al puesto de la inteligencia siria en Chipre. Gracias a ello, los servicios de seguridad sirios «se deshicieron de unas ciento cincuenta personas de la OLP», que fueron asesinadas a su llegada al Líbano.

[355] Para conocer más detalles, véase Richard Sale, «Israel Gave Major Aid to Hamas», United Press International (UPI), 24 de febrero de 2001, https://bit.ly/3E0zUE5; y Shaul Mishal y Avraham Sela, *The Palestinian Hamas: Vision, Violence, and Coexistence,* Nueva York: Columbia University Press, 2000. Estos autores israelíes, muy bien conectados, dejan claro que el objetivo del *establishment* de seguridad israelí al fomentar el surgimiento de un rival islamista de la OLP no era otro que dividir las filas palestinas.

[356] Tras la guerra de 1982, Shoufani se unió a los rebeldes de Fatah que, con el apoyo de Siria, se oponían al liderazgo de Arafat.

[357] «419. Statement by Yasser Arafat, 14 December 1988», Ministerio de Exteriores de Israel, Documentos Históricos, vols. 9-10, 1984-1988, http://mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFADocuments/Yearbook7/Pages/419%20Statement%20by%20Yasser%20Arafat-%2014%20December%201988.aspx [https://bit.ly/3DXTPU4].

[358] *FRUS*, vol. XXVI, *Arab-Israeli Dispute, 1974–1976*, Washington: US Government Printing Office, 2012, pp. 838-840, 831-832, https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v26 [https://bit.ly/3oXUlNz].

[359] Aunque, como veíamos en el capítulo 4, la carta de Ford a Rabin fue publicada por el Ministerio de Exteriores israelí ya en 1982 en la serie documental *Israel's Foreign Relations: Selected Documents*, y posteriormente pasó a estar disponible en línea en el sitio web del ministerio, en ningún momento aparece mencionada en las voluminosas memorias de Kissinger, y el Gobierno

estadounidense no la publicaría hasta 2012 —treinta años después— en la ya mencionada serie *Foreign Relations of the United States*.

[360] Bergman, *Rise and Kill First*, p. 311.

[361] Supe de este consejo, plasmado en un memorando cuyo texto no he podido encontrar, tanto por el propio Ahmad como por otros. Algunos de estos temas pueden encontrarse en los textos publicados en Carollee Bengelsdorf, Margaret Cerullo y Yogesh Chandrani (eds.), *The Selected Writings of Eqbal Ahmad*, Nueva York: Columbia University Press, 2006, pp. 77-78, 296-297.

[362] En una carta dirigida a un «camarada» (el nombre del destinatario está tachado) el 17 de septiembre de 1982, Ahmad daría más tarde el mismo consejo a la OLP: mientras que en el Líbano hacía un llamamiento en favor de la «resistencia clandestina armada» contra las fuerzas de ocupación israelíes, en la Palestina ocupada abogaba, en cambio, por una «organización *militante* y *creativa* de *lucha política no violenta*» (la cursiva es mía; obra en mi poder una copia de la carta por cortesía de Nubar Hovsepian). Véase también el análisis que hace Ahmad en esos mismos términos en «Pioneering in the Nuclear Age: An Essay on Israel and the Palestinians», en *The Selected Writings of Eqbal Ahmad*, pp. 298-317.

[363] Esto fue así a pesar de que en 1947 Moscú había sido uno de los artífices de la partición y de la consiguiente creación de Israel, cuya existencia apoyó sistemáticamente desde entonces, y había respaldado asimismo la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, que consagraba las victorias de Israel tanto en 1948 como en 1967. Al principio los soviéticos recelaban del «aventurerismo» de la OLP y de su potencial de arrastrar a sus satélites egipcio y sirio, y a la propia URSS, a un conflicto que no deseaban.

[364] Puede verse la descripción que hace Primakov de su intento de evitar una guerra (y salvar a uno de los últimos satélites soviéticos de la locura de su líder) en *Missions à Bagdad: Histoire d'une négociation secrète*, París: Seuil, 1991. Inmediatamente después Primakov se convertiría en jefe de la dirección de operaciones exteriores del KGB, y, tras la disolución de la URSS, sería jefe de la inteligencia exterior rusa, ministro de Exteriores y primer ministro.

[365] Elizabeth Thompson, *Justice Interrupted: The Struggle for Constitutional Government in the Middle East*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2013, p. 249.

[366] El texto de la «Invitación estadounidense-soviética a la Conferencia de Paz para Oriente Medio en Madrid, 18 de octubre de 1991», se encuentra en William Quandt, *Peace Process: American Diplomacy and the Arab-Israeli Conflict Since 1967*, 3.ª ed., Washington: Brookings Institution Press, 2005, apéndice N, https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/Appendix-N.pdf [https://brook.gs/3IRC9gu]. Con respecto a la carta de garantías a los palestinos, véase *ibid.*, apéndice M, https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/Appendix-M.pdf [https://brook.gs/323FsAF].

[367] *Ibid.*, apéndice N.

[368] La carta de garantías a los palestinos estaba fechada el 18 octubre de 1991; véase *ibid.*, apéndice M.

[369] Como ya hemos mencionado antes (y en el capítulo 4), el Gobierno estadounidense no haría pública la carta hasta su inclusión en la serie documental *Foreign Relations of the United States* en 2012. Sin embargo, Israel ya la había publicado en la serie de su propio Ministerio de Exteriores veinte años atrás, en 1982, mucho antes de Madrid.

[370] Aaron David Miller, «Israel's Lawyer», *The Washington Post*, 23 de mayo de 2005, http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2005/05/22/AR2005052200883.html [https://wapo.st/3s4RVih].

[371] Aaron David Miller, *The Much Too Promised Land,* Nueva York: Bantam, 2008, p. 80.

[372] «"When You're Serious, Call Us"», *Newsweek*, 24 de junio de 1990, http://www.newsweek.com/when-youre-serious-call-us-206208 [https://bit.ly/33yKupm].

[373] John Goshko, «Baker Bars Israeli Loan Aid Unless Settlements Are Halted», *The Washington Post*, 25 de febrero de 1992, https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1992/02/25/baker-bars-israeli-loan-aid-unless-settlements-are-halted/e7311eea-e6d3-493b-8880-a3b98e0830a1 [https://wapo.st/3m4vRk8].

[374] Un texto clave en la campaña que se libró contra ellos fue el libro de Robert Kaplan *Arabists: Romance of an American Elite*, Nueva York: Free Press, 1995, basado en una serie de artículos dispersos que aparecieron en *The Atlantic*. Otra crítica mordaz tanto de la diplomacia estadounidense como de los estudios académicos sobre Oriente Próximo es la obra de Martin Kramer *Ivory Towers on Sand: The Failure of Middle Eastern Studies in America*, Washington: Washington Institute for Near East Policy, 2001. Kramer, discípulo de Bernard Lewis, forma parte de una larga lista de detractores de extrema derecha de las políticas occidentales en Oriente Próximo por considerarlas insuficientemente proisraelíes y antiárabes, una lista cuyo origen se remonta al académico británico nacido en Bagdad Elie Kedourie.

[375] Los dos primeros se doctoraron en Relaciones Internacionales (y, por lo tanto, no eran en absoluto expertos en Oriente Próximo), mientras que Kurtzer y Miller sí se doctoraron en Estudios de Oriente Próximo.

[376] Roger Cohen, «The Making of an Iran Policy», *The New York Times Magazine*, 30 de julio de 2009, https://www.nytimes.com/2009/08/02/magazine/02Iran-t.html [https://nyti.ms/31SuKx7; acceso restringido].

[377] Peter Beinart, «Obama Betrayed Ideals on Israel», *Newsweek*, 12 de marzo de 2012, http://www.newsweek.com/peter-beinart-obama-betrayed-ideals-israel-63673 [https://bit.ly/3q2nsyy].

[378] Más tarde Indyk fue embajador de Estados Unidos en Tel Aviv, donde, pese a ser un veterano defensor de los intereses israelíes en Washington, sería tildado de excesivamente blando, como le sucedió también a su colega Dan Kurtzer cuando ocupó el mismo puesto. Ninguno de los dos se libró de los constantes y vulgares improperios de la extrema derecha israelí, a pesar de que ambos eran judíos.

[379] R. Khalidi, *Brokers of Deceit*, p. 56.

[380] Clyde Haberman, «Shamir Is Said to Admit Plan to Stall Talks "For 10 Years"», *The New York Times*, 27 de junio de 1992, https://www.nytimes.com/1992/06/27/world/shamir-is-said-to-

admit-plan-to-stall-talks-for-10-years.html [https://nyti.ms/3yt24GF; acceso restringido].

[381] Este hecho lo confirma Itamar Rabinovich, biógrafo y estrecho colaborador de Rabin, que además fue el principal negociador israelí con Siria; véase *Yitzhak Rabin*, pp. 177-185, 193-199.

[382] *Ibid.*, p. 165.

[383] *Ibid.*, pp. 212-214.

[384] «Outline of the Palestinian Interim Self-Governing Authority (PISGA)» presentado el 14 de enero de 1992, http://www.palestine-studies.org/sites/default/files/uploads/images/PISGA%20Jan%2014%2C%201992%20%20p%201%2C2.pdf [https://bit.ly/3dZoVju]. El 2 de marzo de 1992 se presentó una versión más detallada del plan a la parte israelí: «Palestinian Interim Selfgovernment Arrangements: Expanded Outline of Model of Palestinian Interim Selfgovernment Authority: Preliminary Measures and Modalities for Elections», https://oldwebsite.palestine-studies.org/sites/default/files/uploads/files/Final%20outline%20PISGA%20elections%202%20Mar_%2092.pdf [https://bit.ly/3E387CN].

[385] Rabinovich, *Yitzhak Rabin*, p. 183.

[386] En *ibid.,* pp. 189-191, Rabinovich cita otros dos «canales alternativos a Oslo» y a Washington que Rabin ordenó abrir, pero no menciona este.

[387] Dado que ninguno de los dos era especialmente modesto, tanto Peres como Abu Alaa escribieron extensamente —este último incluso de forma exhaustiva— sobre su papel en Oslo: Abu Alaa [Ahmed Qurei], *Al-Riwaya al-filistiniyya al-kamila lil-mufawadat: Min Oslo ila kharitat al-tariq* (La versión íntegra palestina de las negociaciones: de Oslo a la Hoja de Ruta), vols. 1-4, Beirut: Instituto de Estudios Palestinos, 2005-2014; Shimon Peres, *Battling for Peace: A Memoir,* Nueva York: Random House, 1995.

[388] Según Rabinovich (en *Yitzhak Rabin*, p. 187), «Rabin confiaba en antiguos oficiales de las Fuerzas de Defensa de Israel», entre ellos él mismo.

[389] Puede buscarse en vano en las biografías de estos dos hombres (y en el caso de Ammar, fallecido en 2010, en su obituario) la más mínima mención a su papel en la consecución de un acuerdo de seguridad palestino-israelí.

[390] «Draft Minutes: Meeting with the Americans», 23 de junio de 1993, https://oldwebsite.palestine-studies.org/sites/default/files/uploads/files/Minutes%20Kurtzer%2C%20Miller%20meeting%2023%20June%2093.pdf [https://bit.ly/3q25so2].

[391] Existen numerosos y detallados análisis de las razones de los fracasos de los Acuerdos de Oslo y sus secuelas realizados por algunos de quienes participaron en las negociaciones palestino-israelí-estadounidenses, entre ellos Abu Alaa, Shimon Peres, Yossi Beilin, Dennis Ross, Daniel Kurtzer, Aaron David Miller, Camille Mansour, Hanan Ashrawi y Ghassan al-Khatib, además de mi *Brokers of Deceit*.

[392] «The Morning After», *London Review of Books,* vol. 15, n.º 20 (21 de octubre de 1993), https://www.lrb.co.uk/v15/n20/edward-said/the-morning-after [https://bit.ly/3pXUpw8]. Este

artículo, profundamente escéptico, se escribió en un momento de euforia casi universal en torno a la ceremonia de firma de los Acuerdos de Oslo en 1993, en los jardines de la Casa Blanca. Said fue profético en numerosos aspectos, preguntándose: «¿Significa esto, de manera inquietante, que la etapa transitoria puede ser la definitiva?». En el momento de redactar estas líneas estamos a punto de entrar en el vigésimo séptimo año de esa supuesta etapa transitoria.

[393] Rabinovich, *Yitzhak Rabin*, p. 193.

[394] Algunos de los documentos incautados, que incluían materiales de la década de 1930 conservados en los archivos históricos de la Sociedad de Estudios Árabes (como los papeles de Musa al-Alami, que yo mismo pude examinar allí a principios de la década de 1990), se hallan ahora en los Archivos del Estado de Israel bajo el epígrafe «PA», Propiedad Abandonada. Se encuentran junto a los materiales robados en 1982 del Centro de Investigación de la OLP en Beirut y los libros incautados en diversos hogares árabes en un saqueo organizado con anterioridad en 1948. Este continuo proceso de expolio de bienes culturales e intelectuales palestinos constituye una forma de «memoricidio», una parte integral de la campaña israelí de «politicidio» contra los palestinos, por recurrir de nuevo al acertado uso que Baruch Kimmerling da a este último término.

[395] Yo estaba presente cuando Gazit dijo esto en respuesta a una pregunta de un miembro del público durante una mesa redonda celebrada en el Amherst College el 4 de marzo de 1994.

06

La sexta declaración de guerra, 2000-2014

«Este al que nos hemos visto sometidos es un colonialismo único donde nosotros no les somos de utilidad alguna. Para ellos, el mejor palestino es el que está muerto o se ha largado. No es que quieran explotarnos ni que necesiten retenernos ahí como subclase al estilo de Argelia o Sudáfrica».

EDWARD SAID[396]

Para la mayoría de los palestinos, la profunda decepción derivada de los Acuerdos de Oslo llegó no mucho después de la ceremonia de la firma en 1993 en los jardines de la Casa Blanca. Originalmente, la perspectiva del fin de la ocupación militar y la usurpación de tierras para construir asentamientos israelíes se había recibido con euforia, y muchas personas creían que aquello era el comienzo de un camino que finalmente conduciría a la creación de un Estado. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, se fue acrecentando la evidencia de que, pese a los términos de Oslo —o más bien gracias a ellos— la colonización de Palestina continuaba a buen ritmo e Israel no estaba más cerca de permitir la creación de un Estado palestino independiente.

De hecho, las condiciones empeoraron en gran medida para todo el mundo salvo un número muy reducido de individuos cuyos intereses económicos o personales estaban vinculados a la Autoridad Palestina y disfrutaban de unas relaciones normalizadas con Israel. Todos los demás

veían cómo constantemente se les negaba el permiso para viajar y trasladar mercancías de un lugar a otro mientras se creaba un laberíntico sistema de licencias, puestos de control, muros y vallas. En el marco de una deliberada política israelí de «separación», Gaza quedó aislada de Cisjordania, que a su vez quedó aislada de Jerusalén; los puestos de trabajo en Israel no se restituyeron; proliferaron los asentamientos y las carreteras exclusivas para colonos entre ellos, fragmentando Cisjordania con efectos devastadores. Entre 1993 y 2004 el PIB per cápita disminuyó, pese a las promesas de una inminente prosperidad.[397]

A unos pocos privilegiados —figuras influyentes de la OLP o la Autoridad Palestina— se les otorgaron pases VIP que les permitían atravesar sin problema los puestos de control israelíes. Todos los demás perdieron la capacidad de moverse libremente por Palestina. Hasta 1991, un gran número de palestinos había estado trabajando en Israel sin ningún impedimento y sin necesidad de disponer de ningún permiso especial; se podía viajar en un automóvil con matrícula de Gaza o de Cisjordania a cualquier parte de Israel y de los Territorios Ocupados. Pero ahora las expectativas de recuperar esa libertad se vieron rápidamente sofocadas. La mayoría de la población no podía obtener permisos para viajar, y en la práctica se veía confinada a Cisjordania o la Franja de Gaza, con la posibilidad de circular únicamente por carreteras secundarias salpicadas de puestos de control y específicamente destinadas a la población autóctona, mientras los colonos se desplazaban por encima de ellos a través de una magnífica red de autovías y pasos elevados construidos para su uso exclusivo.

Donde más estricto resultó este confinamiento derivado de Oslo fue en la Franja de Gaza. En las décadas posteriores a 1993, Gaza fue quedando gradualmente aislada del resto del mundo, rodeada por las tropas israelíes en tierra y por la marina israelí en el mar.[398] Para entrar y salir se requerían permisos que rara vez se concedían, y solo era posible hacerlo a

través de enormes puestos de control fortificados que parecían corrales humanos, mientras que los frecuentes y arbitrarios cierres de fronteras israelíes interrumpían con frecuencia el flujo de entrada y salida de mercancías en la Franja. Las consecuencias económicas de lo que en la práctica no fue sino un asedio de Gaza resultarían especialmente dañinas. La mayoría de los gazatíes dependían de su trabajo en Israel o de la exportación de mercancías; dadas las estrictas restricciones para hacer ambas cosas, la vida económica sufriría un lento estrangulamiento.[399]

En Jerusalén, el mayor y más importante centro urbano de la Palestina árabe, las barreras colocadas en las entradas a los barrios palestinos de Jerusalén Este impedían la libre circulación entre la ciudad y la Cisjordania interior, de la que la primera dependía económica, cultural y políticamente. Sus mercados, escuelas, empresas, instituciones culturales y prácticas profesionales habían florecido sobre todo gracias a una clientela que abarcaba todo el conjunto de los Territorios Ocupados, además de los palestinos de Israel y los turistas extranjeros. De repente, los palestinos de Gaza y Cisjordania se veían obligados a obtener permisos que para la mayoría de ellos resultaban inalcanzables. Y aun en el caso de que lograran obtenerlos, les aguardaban humillaciones rutinarias y horas de cola para cruzar los puestos de control israelíes que controlaban los desplazamientos de Cisjordania a Jerusalén. El impacto de este aislamiento de Jerusalén en la economía de la ciudad sería devastador. Según un informe elaborado por la Unión Europea en 2018, la contribución de la Jerusalén Este árabe al PIB palestino se había reducido del 15 % en 1993 al 7 % en el año analizado. El informe señalaba que, «debido a su aislamiento físico y la estricta política de permisos israelí, la ciudad ha dejado de ser en gran medida el centro económico, urbano y comercial que era antaño».[400]

Este empeoramiento de la situación de los palestinos apenas hallaría eco en los principales medios de comunicación, y, de hecho, se produciría una gran sorpresa en los círculos internacionales cuando la población palestina,

todavía bajo la ocupación, expresara su amargo sentimiento de traición en las masivas manifestaciones realizadas en septiembre de 2000. El persistente y nebuloso resplandor de Oslo había cegado a la mayoría de los observadores, ya fuera en Israel, Estados Unidos o Europa, y especialmente en los círculos sionistas liberales. El mito del carácter benéfico de Oslo seguiría impidiendo un análisis lúcido aun después del estallido de la violencia en 2000.[401]

Pero para el nuevo y vigoroso rival de la OLP, Hamás, la evidencia de que Oslo no era lo que sus defensores palestinos habían hecho creer no hacía sino reforzar sus argumentos. Fundada al inicio de la Primera Intifada, en diciembre de 1987, la organización había crecido con rapidez, capitalizando las corrientes de descontento popular con la OLP que habían ido surgiendo por diversas razones. Durante la intifada, Hamás había insistido en mantener un perfil independiente, negándose a unirse al Mando Nacional Unificado. Se promocionaba como una alternativa islamista más combativa a la OLP, denunciando el abandono de la lucha armada y el giro en favor de la diplomacia adoptado en 1988 en la Declaración de Independencia del Consejo Nacional Palestino. Solo el uso de la fuerza podía conducir a la liberación de Palestina, argumentaba Hamás, reafirmando su reivindicación de la totalidad del territorio palestino, y no solo de las áreas ocupadas por Israel en 1967.[402]

Hamás fue un producto de la rama palestina de los Hermanos Musulmanes, un movimiento fundado en Egipto en 1928 inicialmente con propósitos reformistas, pero que luego optó por la violencia en las décadas de 1940 y 1950 y no se reconcilió con el régimen egipcio hasta el mandato de Sadat, en la de 1970. Hamás surgió en Gaza de la mano de un grupo de militantes de los Hermanos Musulmanes que juzgaban que la hermandad había adoptado una postura demasiado acomodaticia con respecto al ocupante israelí a cambio de un trato indulgente. De hecho, en las dos primeras décadas de ocupación, mientras las autoridades militares reprimían

severamente a todos los demás grupos políticos, sociales, culturales, profesionales y académicos palestinos, permitieron que la hermandad actuara libremente. Dada su utilidad para la ocupación, en cuanto que dividía al movimiento nacional palestino, la indulgencia israelí con respecto a la hermandad se hizo extensiva a Hamás, pese a su intransigente programa antisemita y su compromiso con la violencia.[403]

Sin embargo, esta no era la principal razón de su éxito. El auge de Hamás se enmarcaba en una tendencia regional que venía a dar respuesta a lo que muchos percibían como la quiebra de las ideologías nacionalistas laicas que habían dominado la política de Oriente Próximo durante la mayor parte del siglo XX. Después de que la OLP se alejara de la lucha armada para emprender un camino diplomático supuestamente destinado a la creación de un Estado palestino, pero que en realidad no había logrado resultados, muchos palestinos creían que la organización había perdido el rumbo; Hamás creció gracias a ello, a pesar de sus posiciones sociales extremadamente conservadoras y el difuso proyecto de futuro que propugnaba.

Hamás experimentó una momentánea fase de desconcierto ante la oleada de satisfacción popular suscitada cuando se convocó la conferencia de paz de Madrid con la participación palestina, aunque bajo las condiciones impuestas por Israel. No obstante, durante las negociaciones de Washington la organización siguió criticando el propio hecho de que se negociara con Israel y mantuvo sus esfuerzos para mantener viva la intifada. La firma de los Acuerdos de Oslo tuvo un efecto similar, incrementando las expectativas palestinas al tiempo que debilitaba temporalmente a Hamás. Pero dado que el prestigio de la OLP estaba vinculado a los resultados de sus acuerdos con Israel, la decepción popular generalizada que siguió a la implementación de los Acuerdos de Oslo dejaría a Hamás en una posición ventajosa que le permitiría asimismo acentuar sus críticas a la OLP y a la recién constituida Autoridad Palestina.

Los palestinos sufrieron una nueva decepción al comprobar que el periodo transitorio de cinco años especificado en los acuerdos seguía en plena vigencia mucho después de su supuesta fecha de caducidad. Esto supuso un nuevo revés para la estrategia de negociación de Arafat, junto con la constatación de que el inicio —y no digamos la finalización— de las negociaciones sobre el estatuto definitivo, que debía haber tenido lugar en 1999, se posponía indefinidamente. Otro contratiempo para la OLP fue el fracaso en 2000 del último intento desesperado de acuerdo entre Arafat y el primer ministro israelí Ehud Barak, en una cumbre celebrada en Camp David. Convocada por el presidente Clinton cuando prácticamente estaba haciendo las maletas en los últimos meses de su segundo mandato, cuando el Gobierno de Barak había perdido su mayoría en la Knéset y cuando la popularidad de Arafat se hallaba en franco retroceso, la cumbre se llevó a cabo sin la preparación adecuada. No hubo ningún preacuerdo entre las dos partes, como es habitual en las reuniones en la cumbre, y Arafat se vio obligado a asistir a su pesar, pues temía tener que cargar con la culpa de un eventual fracaso.

Camp David terminó en desastre: Barak eludió reunirse con Arafat para tratar ningún tema mínimamente significativo y en su lugar presentaría una propuesta secreta a través de los estadounidenses, al tiempo que rechazaba cualquier modificación. Con aquel extraordinario procedimiento, en la práctica Estados Unidos respaldaba oficialmente la postura israelí. La inalterable propuesta de Barak —que nunca llegaría a hacerse pública y solo podría reconstruirse *a posteriori* con los testimonios de quienes participaron en las conversaciones— resultaba inaceptable para los palestinos en varios elementos cruciales, como el permanente control israelí del valle del Jordán y el espacio aéreo de Palestina —y, por ende, del acceso al mundo exterior (lo que implicaba que el proyectado «Estado» palestino no sería verdaderamente soberano)—, el mantenimiento del control de Israel sobre los recursos hídricos de Cisjordania y su anexión de diversas

áreas que habrían dejado esta última fragmentada en varios bloques aislados. No resulta sorprendente que las mayores diferencias entre las dos partes se produjeran en torno al estatus de Jerusalén. Israel exigía la soberanía exclusiva sobre la ciudad, incluido todo el Haram al-Sharif y la mayor parte del resto de la Ciudad Vieja, una exigencia que desempeñó un papel clave en la ruptura final de las conversaciones.[404]

En lo sucesivo, Clinton procedería a culpar a Arafat del fracaso de la cumbre por más que anteriormente se hubiera comprometido a no hacerlo. Aun antes de que terminaran las conversaciones, Barak empezó a hablar ante la prensa del obstruccionismo de Arafat, y no tardó en proclamar que en realidad los palestinos no deseaban la paz. A la larga esa estrategia resultaría contraproducente, en cuanto que Barak quedaría como un necio por haber asistido a una cumbre que, si su evaluación de Arafat y de la OLP era correcta, estaba condenada al fracaso. Pero también ponía en cuestión todo el enfoque adoptado por Rabin, Peres, el propio Barak y el Partido Laborista israelí. El beneficiario inmediato de los errores tácticos de Barak fue Ariel Sharón, que ahora lideraba el Likud y podía atribuirse el mérito de la coherencia: él siempre había dicho que no era posible ningún acuerdo con los palestinos y se había opuesto encarnizadamente a los Acuerdos de Oslo. En el lado palestino, llovieron las recriminaciones después de que este último intento de salvamento desesperado confirmara que Israel no estaba dispuesto a aceptar nada que se pareciera a una plena soberanía palestina; que, en consecuencia, el proceso de Oslo nunca produciría una resolución que satisficiera mínimamente las demandas palestinas y que se mantendría el penoso *statu quo*. Todo esto fortalecería a Hamás y conduciría a una polarización sin precedentes en la organización política palestina, creando un abismo en la población. En ese momento Hamás se convirtió en la amenaza más seria surgida desde mediados de la década de 1960 a la hegemonía de Fatah en el seno de la OLP y al monopolio que esta última ostentaba sobre la política palestina.

El empeoramiento de la situación para los palestinos después de Oslo, el desvanecimiento de la perspectiva de la creación de un Estado propio y la intensa rivalidad entre la OLP y Hamás se combinaron para producir el material inflamable que estallaría en la Segunda Intifada, en septiembre de 2000. Solo hacía falta una chispa para prenderlo. Una provocadora visita de Ariel Sharón al Haram al-Sharif, rodeado de centenares de miembros de su personal de seguridad, proporcionó esa chispa. El Haram al-Sharif —el Noble Santuario, también conocido como la Explanada de las Mezquitas y, entre los judíos, como el Monte del Templo— era un foco de pasiones nacionalistas y religiosas para los dos bandos al menos desde los sangrientos sucesos de 1929, cuando una manifestación de alborotadores sionistas de ideología extremista y revisionista ante el adyacente Muro de las Lamentaciones desató varias jornadas de violencia en todo el país, con cientos de víctimas en ambos lados.[405] Las inquietudes palestinas no harían sino aumentar inmediatamente después de la conquista israelí de la parte oriental de la ciudad en 1967, cuando las autoridades de ocupación demolieron un barrio entero contiguo al Haram, Haret al-Maghariba —el barrio magrebí—, junto con sus mezquitas, santuarios, tiendas y viviendas, para crear una gran explanada contigua al Muro de las Lamentaciones. Muchos de los edificios destruidos la noche del 10 al 11 de junio por las excavadoras israelíes eran *waqfs* (donaciones religiosas), como la madrasa de Al-Afdaliyya, fundada en 1190 por el gobernante ayubí Al-Malik al-Afdal, hijo de Saladino;[406] otro, destruido dos años después, fue la antigua Zawiyya al-Fakhriyya,[407] una antigua logia sufí inmediatamente adyacente al Haram.

Con la ciudad cerrada ahora a los palestinos de Gaza y Cisjordania y la constante expansión de los colonos israelíes en Jerusalén Este, los jerosolimitanos temían que estuvieran a punto de verse reemplazados. En 1999, un año antes, Israel había abierto un túnel que discurría por debajo de buena parte de la Ciudad Vieja y por un trazado contiguo al Haram,

causando daños a las propiedades situadas encima en el Barrio Musulmán y provocando manifestaciones generalizadas. La visita de Sharón, que se produjo poco después de la fallida cumbre de Camp David, no podría haber llegado en peor momento. Sharón, que estaba haciendo campaña para suceder a Barak como primer ministro, echó leña al fuego al declarar que «el Monte del Templo está en nuestras manos y permanecerá en nuestras manos».[408] Dado el historial de oportunismo y temeridad del líder israelí, parece claro que tenía la deliberada intención de explotar la inestabilidad del contexto para posicionarse mejor de cara a ganar las siguientes elecciones, cosa que, en efecto, lograría hacer unos meses después.

El resultado de su provocación fue el que se convertiría en el peor recrudecimiento de la violencia en los Territorios Ocupados desde 1967; una violencia que a continuación se extendería al propio Israel a través de una oleada de mortíferos atentados suicidas. El incremento del nivel de derramamiento de sangre resulta impresionante. Durante los más de ocho años que duró la Primera Intifada murieron unas 1.600 personas, una media de 177 cada año (el 12 % de ellas, israelíes), y en los cuatro años más tranquilos que siguieron después murieron 90 personas, unas 20 al año (el 22 %, israelíes). En cambio, los ocho años de la Segunda Intifada dejaron alrededor de 6.600 muertos, una media de 825 por año, unos 1.100 de ellos israelíes (poco menos del 17 %), más 4.916 palestinos que murieron a manos de las fuerzas de seguridad y colonos israelíes (más de 600 palestinos murieron a manos de otros palestinos). La mayoría de los israelíes que perecieron en este último periodo eran civiles asesinados por terroristas suicidas palestinos dentro de Israel, mientras que otros 332, algo menos de un tercio del total, eran miembros de las fuerzas de seguridad. Este asombroso aumento del número de muertos durante la Segunda Intifada nos da una idea de la tremenda escalada de violencia que trajo consigo.[409]

Si bien la rivalidad entre Hamás y la OLP tuvo un papel en esta escalada, el uso masivo de munición real contra manifestantes desarmados por parte de las fuerzas israelíes ya desde un primer momento (solo en «los primeros días» de la revuelta llegaron a disparar 1,3 millones de balas)[410] fue un factor crucial que causó un espantoso número de víctimas. Este caos finalmente hizo que algunos palestinos —muchos de ellos, miembros de las fuerzas de seguridad de la Autoridad Palestina— utilizaran armas y explosivos. Varios observadores sagaces fueron de la opinión de que las fuerzas armadas israelíes estaban más que preparadas para la escalada y podrían haber tenido la intención deliberada de desencadenar justamente aquella secuencia de acontecimientos.[411] Como cabía esperar, Israel recurrió al uso de armamento pesado, incluidos helicópteros, tanques y artillería, lo que provocó aún más bajas palestinas.

Hamás y sus socios menores de la Yihad Islámica respondieron entonces organizando amplios atentados con terroristas suicidas, que principalmente atacaban objetivos civiles vulnerables —autobuses, cafeterías y centros comerciales— dentro de Israel. Esta táctica implicaba llevar la violencia, que hasta entonces se había concentrado en gran medida en los Territorios Ocupados, al propio suelo enemigo y era una táctica contra la que Israel inicialmente no tenía defensa. A partir de finales de 2001, y con una frecuencia cada vez mayor, también Fatah adoptó esta línea de acción, generando una mortífera competencia. A ello le siguió un endiablado incremento de los atentados suicidas, provocados en parte por la rivalidad entre las dos facciones. Según un estudio de los primeros años de la Segunda Intifada, algo menos del 40 % de los atentados suicidas con bombas fueron perpetrados por Hamás; casi el 26 % se debieron a su aliada, la Yihad Islámica; más del 26 % fueron obra de Fatah, y el resto fueron perpetrados por otros grupos afines a esta última en el seno de la OLP.[412]

La OLP había renunciado a la violencia en 1988, pero en vista de que las tropas israelíes disparaban contra un gran número de manifestantes y

Hamás respondía con atentados suicidas, aumentó la presión sobre Fatah para que actuara, y la escalada se hizo inevitable. Tras la matanza en 1994 de veintinueve palestinos a manos de un colono armado en la mezquita Ibrahimi de Hebrón, entre ese año y 2000 tanto Hamás como la Yihad Islámica ya habían empezado a utilizar a terroristas suicidas en territorio israelí en el marco de su campaña contra los Acuerdos de Oslo, matando a 171 israelíes en un total de 27 atentados. Sin embargo, hacia el final de ese periodo la feroz represión ejercida por los servicios de seguridad de la Autoridad Palestina había logrado contener en gran medida aquellos ataques. Los líderes de la OLP presionaban para poner fin a toda costa a los atentados con el propósito de mantener vivo el renqueante proceso de Oslo. Para ello, el aparato de seguridad de la Autoridad Palestina —formado en buena parte por militantes de Fatah que habían cumplido condena en cárceles israelíes— utilizó la tortura con los sospechosos de Hamás con la misma libertad con la que los interrogadores israelíes la habían utilizado con ellos. Tales experiencias engendrarían un profundo odio fratricida entre ambas facciones, que estallaría en la escisión abierta entre la OLP y Hamás desde mediados de la década de 2000.

En marcado contraste con la primera, la Segunda Intifada constituiría un importante revés para el movimiento nacional palestino y tendría consecuencias graves y perjudiciales para los Territorios Ocupados. En 2002, causando una destrucción generalizada con su armamento pesado, el Ejército israelí volvió a ocupar las limitadas áreas, principalmente pueblos y ciudades, que habían sido evacuadas en el marco de los Acuerdos de Oslo. Ese mismo año, las tropas israelíes impusieron su asedio al cuartel general de Yasir Arafat en Ramala, donde el líder palestino cayó mortalmente enfermo. Tras haber evitado reunirme con él a raíz de mi decepcionante encuentro en Gaza en 1994, mi amigo Sari Nusseibeh me animó a ir a ver al anciano enfermo, y durante el asedio fui a visitarle en dos ocasiones, en las que lo encontré muy disminuido física y mentalmente.[413] Aquella dura

forma de tratar al líder histórico del pueblo palestino resultaba degradante, que era exactamente lo que pretendía Ariel Sharón. Y también venía a confirmar el grave error que había cometido la OLP al trasladar a casi todos sus líderes a los Territorios Ocupados, donde eran vulnerables a ese tipo de humillaciones.

Tras el colapso de la cumbre de Camp David, la reocupación israelí de las ciudades y pueblos de Gaza y Cisjordania hizo añicos cualquier pretensión que aún pudiera subsistir de que los palestinos tenían o iban a adquirir algo parecido a la soberanía o a una autoridad real sobre alguna parte de su tierra. Este hecho vino a exacerbar las diferencias políticas existentes entre los palestinos, además de poner de manifiesto la ausencia de una estrategia alternativa viable, revelando el fracaso tanto de la vía diplomática de la OLP como de la violencia armada de Hamás y otros. Estos hechos demostraron que Oslo había fracasado, que el uso de armas de fuego y atentados suicidas había fracasado y que, pese a todas las bajas infligidas a la población civil israelí, los mayores perdedores en todos los sentidos eran los palestinos.

Otra consecuencia de la terrible violencia de la Segunda Intifada fue que dio al traste con la imagen positiva de los palestinos que se había ido afianzando desde 1982 y también gracias a la Primera Intifada y las negociaciones de paz. Con la difusión en los medios de comunicación de todo el mundo de las horribles escenas de recurrentes atentados suicidas (y en tanto esa cobertura informativa eclipsaba asimismo a la de la violencia, mucho mayor, perpetrada contra los palestinos), dejó de verse a los israelíes como opresores, recuperando el papel, más familiar, de víctimas de torturadores irracionales y fanáticos. El potente impacto negativo de la Segunda Intifada para los palestinos y el efecto de los atentados suicidas en la opinión pública y la política israelíes ciertamente vinieron a corroborar la crítica mordaz del uso de la violencia por parte de los palestinos que, como hemos visto, había formulado Eqbal Ahmad en la década de 1980.

Indudablemente, tales consideraciones estaban lejos de las mentes de los hombres (y algunas mujeres) que planearon y llevaron a cabo los atentados suicidas. Se puede especular acerca de qué pretendían lograr, aun mostrando cuán erróneos eran sus objetivos. Incluso si se acepta su propio relato, que considera los atentados suicidas una represalia por el uso indiscriminado de munición real contra manifestantes desarmados por parte de Israel en las primeras semanas de la Segunda Intifada, además de los ataques contra civiles palestinos y los asesinatos cometidos en Gaza, esto plantea la cuestión de si los atentados pretendían lograr algo más que una ciega venganza. También omite el hecho de que Hamás y la Yihad Islámica, responsables de las dos terceras partes de los atentados suicidas perpetrados durante la intifada, ya habían llevado a cabo más de veinte ataques de ese tipo en la década de 1990, antes de la visita de Sharón al Haram. Cabría argumentar que los atentados estaban destinados a desalentar a Israel, pero eso resulta ridículo habida cuenta de la arraigada doctrina del Ejército israelí de que, independientemente del coste que ello lleve aparejado, debe obtener ventaja en cualquier enfrentamiento y establecer su capacidad indiscutible no solo para disuadir a sus enemigos, sino para aplastarlos.[414] Y justamente eso fue lo que hizo Sharón durante la Segunda Intifada, poniendo en práctica fielmente esta doctrina, como había hecho Rabin antes que él durante la primera, aunque en el caso anterior con un gran coste político, como reconocería el propio Rabin.

No menos ridícula resulta la idea de que tales ataques contra civiles eran martillazos que podrían conducir a la disolución de la sociedad israelí. Esta teoría se basa en un análisis generalizado, pero tremendamente erróneo, que considera a Israel una entidad política profundamente dividida y «artificial», lo cual supone ignorar el éxito manifiesto de los esfuerzos del sionismo por construir una nación a lo largo de más de un siglo, así como el grado de cohesión de la sociedad israelí pese a sus numerosas divisiones internas. Pero el factor más importante que se hallaba ausente en

cualesquiera que fueran los cálculos que hacían quienes planeaban los atentados era el hecho de que cuanto más se prolongaban los ataques, más se agrupaba la opinión pública israelí en torno a la postura intransigente de Sharón. En la práctica los atentados suicidas sirvieron para unir y fortalecer al adversario, al tiempo que debilitaban y dividían a la parte palestina. Según revelan varias encuestas, todas ellas fiables, al final de la Segunda Intifada la mayoría de los palestinos se mostraban contrarios a esta táctica. [415] Así, aparte de plantear graves problemas jurídico-legales y morales y de despojar a los palestinos de la imagen positiva que habían logrado tener en los medios, a nivel estratégico los atentados resultaron enormemente contraproducentes. Sea cual sea el grado de culpabilidad que se atribuya a Hamás y a la Yihad Islámica por los atentados suicidas que condujeron a este fracaso, parte de la culpa deben compartirla asimismo los líderes de la OLP que finalmente optaron por seguir su ejemplo.

Yasir Arafat murió en noviembre de 2004 en un hospital de París en circunstancias que aún hoy siguen siendo turbias. Mahmud Abás (Abu Mazen) lo reemplazó como líder de la OLP y de Fatah, y en enero de 2005 fue elegido presidente de la Autoridad Palestina por un periodo de cuatro años. Desde entonces no han vuelto a celebrarse nuevas elecciones presidenciales, por lo que Abás ha seguido gobernando sin un mandato democrático expreso desde 2009 en adelante. La muerte de Arafat marcó el final de una era, un periodo de medio siglo que se inició a comienzos de la década de 1950 con los primeros indicios del resurgimiento de un movimiento nacional y terminó con la peor situación para los palestinos desde 1948. Durante la década y media siguiente, Abás presidió impotente un grave deterioro del ya debilitado estado del movimiento nacional, una intensificación de los conflictos internos entre los propios palestinos, una sustancial expansión de la colonización sionista de lo que quedaba de

Palestina y una serie de guerras israelíes contra una Franja de Gaza cada vez más asediada.

Abás, uno de los pocos miembros supervivientes de la vieja guardia del Comité Central de Fatah que durante largo tiempo había dominado la OLP, no era ni carismático ni elocuente; no era famoso por su valentía personal ni se le consideraba un hombre del pueblo. En general, era uno de los menos impresionantes de la primera generación de líderes prominentes de Fatah. Aunque algunos de los miembros de este grupo fallecieron por causas naturales, muchos de ellos —Abu Iyad, Abu Jihad, Saad Sayel (Abu al-Walid), Majid Abu Sharar, Abu Yusuf Najjar, Kamal Adwan, Hayel Abd al-Hamid (Abu al-Hol) y Abu Hassan Salameh— habían muerto a manos de asesinos del Mossad o de grupos respaldados por los regímenes sirio, iraquí y libio. Junto con Ghassan Kanafani y Kamal Nasser, todos ellos se contaban entre los mejores y más eficaces líderes y portavoces del movimiento, y su pérdida dejó a los palestinos con una organización menos dinámica y más débil. Las matanzas sistemáticas perpetradas por Israel bajo el rótulo de «asesinatos selectivos» se prolongarían durante la Segunda Intifada y los años de Abás, en los que también murieron asesinados varios líderes de Fatah, el FPLP, Hamás y la Yihad Islámica. El hecho de que tras algunos de estos asesinatos subyacían consideraciones políticas, antes que de índole militar o de seguridad, se hizo patente, entre otros, en el caso de Ismail Abu Shanab, uno de los líderes de Hamás que se oponían con más fuerza a los atentados suicidas.[416]

En este periodo, la guerra constante que se libraba en Gaza —con importantes ofensivas terrestres israelíes en 2008-2009, 2012 y 2014— se combinaría con incursiones militares israelíes regulares en diversas áreas palestinas de Cisjordania y Jerusalén Este, que comportaron detenciones y asesinatos, la demolición de viviendas y la represión de la población, todo ello con la silenciosa connivencia de la Autoridad Palestina liderada por Fatah en Ramala. Estos hechos vendrían a confirmar que la Autoridad

Palestina era un organismo sin soberanía y sin ninguna autoridad real excepto la que le permitía Israel, por cuanto colaboró en sofocar las protestas en Cisjordania mientras Israel machacaba Gaza.

Hamás y la Yihad Islámica habían boicoteado las elecciones presidenciales de 2005, tal como habían hecho con las anteriores elecciones de la Autoridad Palestina, en consonancia con su rechazo del proceso de Oslo y de la Autoridad y la Asamblea Legislativa palestinas que habían surgido de él. Poco después, sin embargo, Hamás dio un sorprendente giro de ciento ochenta grados y decidió presentar su propia lista de candidatos en las elecciones parlamentarias de enero de 2006. En su campaña, la organización minimizó el mensaje islamista socialmente conservador que había sido su rasgo distintivo, así como su defensa de la resistencia armada frente a Israel, pasando a hacer hincapié en la reforma y el cambio, que eran justamente los dos términos que daban nombre a su lista electoral. Este cambio de postura tendría una gran trascendencia. Al presentar candidatos a la Asamblea, Hamás no solo aceptaba la legitimidad de la Autoridad Palestina, sino también, por extensión, la del proceso de negociación de la que esta emanaba y la solución de dos Estados a la que supuestamente había de conducir dicho proceso. Además, con ello Hamás también asumía la posibilidad de ganar las elecciones, lo que la llevaría a compartir la responsabilidad de gobernar la Autoridad Palestina junto con Abás. Las principales obligaciones de la Autoridad Palestina, a ojos de sus patrocinadores israelíes, estadounidenses y europeos, eran la prevención de la violencia contra los israelíes y la cooperación con Israel en materia de seguridad. Pero Hamás no admitió en ningún momento que aquel cambio significara realmente lo que parecía significar o que contradijera el compromiso con la resistencia armada que era su razón de ser y del que derivaba su nombre (Hamás es un acrónimo de Movimiento de Resistencia Islámica).

Auja, Cisjordania, en el Área C: los cimientos de la casa de Raja Khalidi, hermano del autor, demolidos por el Ejército israelí. RAJA KHALIDI

Contra todo pronóstico, incluido el suyo propio, Hamás ganó las elecciones por un amplio margen: obtuvo 74 escaños frente a los 45 que consiguió Fatah en una Asamblea de 132 miembros (aunque, debido a las peculiaridades del sistema electoral, lo hizo solo con el 44 % de los votos frente al 41 % de Fatah). Las encuestas realizadas a pie de urna tras la votación mostraron que el resultado le debió más al gran deseo de cambio de los votantes en los Territorios Ocupados que al atractivo de un Gobierno islamista o una mayor resistencia armada a Israel.[417] Incluso en algunos barrios de mayoría cristiana el voto se decantó claramente en favor de Hamás, lo que evidencia el hecho de que muchos votantes simplemente querían echar a los gobernantes de Fatah, cuya estrategia había fracasado y a los que además consideraban corruptos e incapaces de responder a las demandas populares.

Con el control de la Asamblea Legislativa en manos de Hamás, el conflicto entre Fatah y esta última se intensificó. Como reconocerían diversas figuras políticas palestinas, la división entre los dos movimientos resultaba potencialmente desastrosa para la causa palestina; un sentimiento que también se veía fuertemente respaldado por la opinión pública. En mayo de 2006, los cinco líderes de los principales grupos palestinos detenidos en cárceles israelíes —Fatah, Hamás, la Yihad Islámica, el FPLP y el FDLP— hicieron público el que pasaría a conocerse como el Documento de los Presos (oficialmente Documento de Reconciliación Nacional, un texto que merecería ser más divulgado), donde se pedía el fin de la ruptura entre las diversas facciones sobre la base de un nuevo programa cuya piedra angular era la solución de dos Estados. El documento constituyó un acontecimiento importante,[418] una clara afirmación de los deseos de las bases, sobre todo de los dos grandes grupos, cuyos elementos más respetados (los que no habían sido asesinados) se hallaban recluidos en cárceles israelíes. En la sociedad palestina se tiene en muy alta estima a los presos, y desde que se iniciara la ocupación Israel ha encarcelado a más de cuatrocientos mil palestinos.

Debido a esta presión surgida desde abajo, Hamás y Fatah intentaron repetidamente formar un Gobierno de coalición integrado por miembros de ambos partidos. Pero sus esfuerzos tropezaron con la feroz oposición de Israel y de Estados Unidos, que rechazaban a Hamás como parte de un Gobierno de la Autoridad Palestina, insistiendo en la condición del reconocimiento explícito de Israel —en lugar de la forma implícita encarnada en el Documento—, entre varias condiciones más. De ese modo, Hamás se veía arrastrada ahora a participar en el mismo baile interminable de concesiones que la OLP había tenido que soportar durante décadas, ya se le exigiera que enmendara sus estatutos, que aceptara la Resolución 242 de la ONU, que renunciara al terrorismo o que aceptara la existencia de Israel, todo para obtener la legitimación por parte de quienes imponían las

condiciones. Todas esas demandas, se plantearan a la OLP en la década de 1970 o a Hamás en la de 2000, se formularían sin ofrecer a cambio ningún tipo de compensación por parte del poder que había expulsado a gran parte del pueblo palestino, bloqueado su retorno, ocupado su territorio mediante la fuerza y la intimidación colectiva e impedido su autodeterminación.

Mientras Israel vetaba la inclusión de Hamás en un posible Gobierno de coalición de la Autoridad Palestina, Estados Unidos boicoteaba a la organización. El Congreso ejerció el poder del dinero para evitar que hubiera fondos estadounidenses que cayeran en manos de Hamás o de cualquier organismo de la Autoridad Palestina del que formara parte. Las entidades que proporcionaban ayuda financiera a los palestinos, como la Fundación Ford, obligaron a diversas ONG a superar una serie de obstáculos legalmente impuestos para garantizar que no se destinara ninguna clase de apoyo a ningún proyecto que estuviera siquiera remotamente relacionado con Hamás. Incluso se requirieron los servicios de Abraham Foxman, presidente de la Liga Antidifamación —una organización ferozmente proisraelí—, para investigar a los palestinos destinatarios de la generosidad de Ford. El resultado fue el que cabía prever: en la práctica Ford dejó de financiar a las ONG palestinas, lo que servía exactamente a los fines de Israel.

Al mismo tiempo, en el marco de la denominada Ley Patriota aprobada en Estados Unidos en 2001, el «apoyo material al terrorismo» se definía en términos tan amplios en el caso palestino que casi cualquier contacto con una organización asociada a un grupo que estuviera incluido en la lista negra —como Hamás y el FPLP— podía considerarse un grave acto delictivo que acarreaba duras sanciones. La anatematización de la OLP en los decenios transcurridos desde la década de 1960 se repetiría ahora con Hamás. Sin embargo, pese a los atentados suicidas, pese al hecho de elegir como objetivos a civiles en flagrante violación del derecho internacional y pese al crudo antisemitismo de sus estatutos, el historial de Hamás palidecía

ante el enorme número de víctimas civiles palestinas infligidas por Israel y sus elaboradas estructuras de discriminación jurídico-legal y dominio militar. Aun así, fue a Hamás a la que se etiquetó de organización terrorista, y el peso de la ley estadounidense se aplicó solo al lado palestino del conflicto.

A la luz de esta implacable campaña, el fracaso de los intentos de formar un Gobierno de coalición de compromiso, pese a la demanda popular de reconciliación nacional palestina, no tuvo nada de sorprendente. La presión ejercida por las fuentes financieras árabes y occidentales sobre Fatah para que esta le diera la espalda a Hamás resultó excesiva para la vieja guardia de la organización integrada ahora en la Autoridad Palestina, que no quería renunciar a su poder ni a los considerables beneficios materiales de los que disfrutaba en la burbuja dorada de Ramala. Prefirió, pues, una ruinosa escisión de la política palestina a resistir contra un enemigo mucho más fuerte y arriesgarse a perder sus privilegios. Lo que resulta sorprendente, en cambio, fue el fallido intento de las fuerzas de seguridad de la Franja de Gaza —entrenadas por Estados Unidos y controladas por Fatah— de derrocar a Hamás por la fuerza bajo las órdenes de su comandante Muhammad Dahlan. En 2007, Hamás lanzó un contragolpe, superando rápidamente a las fuerzas de Dahlan en la encarnizada lucha que se desarrolló a continuación. El gran abismo abierto entre las dos facciones, cuyo origen se remontaba a la represión sufrida por Hamás principalmente a manos de Fatah a mediados de la década de 1990, se ensanchó aún más por la sangre copiosamente derramada por ambas en la Franja de Gaza. Hamás procedió entonces a establecer su propia Autoridad Palestina en Gaza, reduciendo con ello la jurisdicción de la Autoridad de Ramala, que se extendería ahora a menos del 20 % de Cisjordania, el área en la que el Ejército israelí le permitía operar. De manera completamente absurda, ahora los palestinos sometidos a la ocupación no tenían una autoridad prácticamente impotente, sino dos.

Con el control de la Franja de Gaza en manos de Hamás, Israel impuso un asedio en toda regla. La entrada de bienes en la Franja se redujo al mínimo; las exportaciones regulares se detuvieron por completo; se cortaron los suministros de combustible, y solo raras veces se permitía la entrada o salida de personas de Gaza. En la práctica, Gaza se convirtió en una cárcel a cielo abierto, donde en 2018 al menos el 53 % de sus alrededor de dos millones de residentes palestinos vivían en la pobreza,[419] mientras que el paro alcanzaba la asombrosa cifra del 52 %, con tasas mucho más altas en el caso de los jóvenes y las mujeres.[420] Así, lo que había empezado con la negativa internacional a reconocer la victoria electoral de Hamás había conducido a una desastrosa ruptura de Palestina y al bloqueo de Gaza. Esta secuencia de acontecimientos equivalía a una nueva declaración de guerra contra los palestinos, además de proporcionar la indispensable cobertura internacional para la guerra abierta que iba a venir.

Israel supo explotar la profunda división entre los palestinos y el aislamiento de Gaza para lanzar tres brutales ataques aéreos y terrestres sobre la Franja que se iniciaron en 2008 y se prolongaron en 2012 y 2014, dejando grandes sectores de sus ciudades y campos de refugiados en ruinas y abocados a lidiar con los apagones intermitentes y la contaminación hídrica.[421] Algunos barrios gazatíes como Shujaiyya y varias zonas de la ciudad de Rafah sufrieron un extraordinario nivel de destrucción. Si bien las cifras de bajas cuentan solo una parte de la historia, resultan contundentes. En estos tres grandes ataques perecieron un total de 3.804 palestinos, de los que casi un millar eran menores, mientras que el número de muertos israelíes fue de 87, la mayoría de ellos militares involucrados en las operaciones ofensivas. Esta desequilibrada proporción de bajas —aproximadamente de 43 a 1— resulta reveladora, como lo es el hecho de que la mayoría de los israelíes muertos fueran soldados, mientras que la mayoría de los palestinos eran civiles.[422]

Sin embargo, esa información se hallaba mayoritariamente ausente de la cobertura de los principales medios de comunicación estadounidenses, que se centraron sobre todo en el lanzamiento de cohetes contra objetivos civiles israelíes por parte de Hamás y la Yihad Islámica. Es cierto que el uso de estas armas obligó a la población israelí del sur del país a pasar largos periodos de tiempo en refugios antiaéreos. Sin embargo, gracias al excelente sistema de alerta anticipada de Israel, sus capacidades antimisiles de última generación —suministradas por Estados Unidos— y su red de refugios, los cohetes rara vez resultaban letales. En 2014, los cuatro mil cohetes que —según Israel— se lanzaron desde la Franja de Gaza mataron a cinco civiles israelíes —uno de ellos, un beduino de la región del Naqab (Néguev)— y a un trabajador agrícola tailandés, lo que arroja un total de seis muertes de civiles.[423] Estos datos no mitigan la violación de las leyes de la guerra perpetrada por Hamás al utilizar ese tipo de armas tan imprecisas para realizar ataques indiscriminados en áreas civiles. Pero el número de víctimas cuenta una historia muy distinta de la que se desprende del hecho de que los medios de comunicación se centraran casi de manera exclusiva en el lanzamiento de cohetes de Hamás. Dicha cobertura mediática logró ocultar la naturaleza extremadamente desproporcionada de este desigual conflicto: uno de los Ejércitos más poderosos del planeta utilizaba todo su poderío contra un área sitiada de trescientos sesenta kilómetros cuadrados, que se cuenta entre los enclaves más poblados del mundo y cuya población no tenía forma alguna de escapar de la lluvia de fuego y acero.

Los detalles concretos del ataque de 2014 ponen de relieve este aspecto: durante un periodo de cincuenta y un días, en julio y agosto de 2014, la fuerza aérea israelí lanzó más de seis mil ataques aéreos, mientras el ejército y la marina disparaban alrededor de cincuenta mil proyectiles de artillería y de tanque. En conjunto, se calcula que utilizaron un total de veintiún kilotones (veintiuna mil toneladas, o veintiún millones de

kilogramos) de explosivos de alta potencia. El ataque aéreo involucró el uso de armas que iban desde drones armados y helicópteros estadounidenses Apache equipados con misiles Hellfire hasta cazabombarderos F-15 y F-16, también de fabricación estadounidense, cargados con bombas de una tonelada. Según el comandante de la fuerza aérea israelí, se realizaron varios centenares de ataques contra objetivos de Gaza con estas avanzadas aeronaves, la mayoría de ellos, empleando las potentes bombas mencionadas.[424] La explosión de una bomba de una tonelada produce un cráter de aproximadamente quince metros de diámetro y once de profundidad y proyecta fragmentos letales a un radio de casi medio kilómetro. Una o dos de esas bombas pueden destruir por completo un edificio de varios pisos, y, de hecho, hacia la conclusión de la campaña aérea israelí, a finales de agosto, muchos de ellos quedaron arrasados en la ciudad de Gaza.[425] No existe un registro público donde se especifique exactamente cuántos de estos monstruos se lanzaron sobre la Franja, o si se llegaron a utilizar municiones aún más pesadas.

Shujaiyya, Gaza, julio de 2014. Un general estadounidense retirado calificaría el bombardeo israelí de «absolutamente desproporcionado». EPA / OLIVER WEIKEN

Además del bombardeo aéreo, y según un informe elaborado por el mando logístico israelí a mediados de agosto de 2014, mucho antes de que se estableciera el alto el fuego definitivo el 26 del mismo mes, se dispararon 49.000 proyectiles de artillería y de tanque contra la Franja de Gaza,[426] la mayoría de ellos, empleando el obús autopropulsado M109A5 de 155 milímetros de fabricación estadounidense. Sus proyectiles de cuarenta y cinco kilogramos generan una zona letal de unos cincuenta metros de radio e infligen bajas dentro de un diámetro de doscientos metros. Israel posee un total de 600 de estas piezas de artillería, junto con otras 175 del cañón estadounidense M107 de 175 milímetros, de mayor alcance, que dispara proyectiles aún más pesados que superan los 65 kilogramos. Bastará un ejemplo del uso de estas armas letales en el campo de batalla por parte de Israel para revelar la naturaleza enormemente desproporcionada de la guerra librada en Gaza.

Los días 19 y 20 de julio de 2014, varios elementos de las brigadas de infantería de élite Golani y Guivati, junto con brigadas de paracaidistas, lanzaron un ataque a lo largo de tres ejes en el distrito gazatí de Shujaiyya. La brigada Golani, en concreto, hubo de hacer frente a una feroz e inesperada resistencia que causó la muerte de trece soldados israelíes y dejó alrededor de un centenar de heridos. Según fuentes militares estadounidenses, 11 batallones de artillería israelíes, que emplearon al menos 258 de los mencionados cañones de 155 y 175 milímetros, lanzaron más de 7.000 proyectiles solo sobre este barrio a lo largo de 24 horas, concentrando en un periodo de 7 horas el lanzamiento de 4.800 proyectiles. Un alto oficial del Pentágono «con acceso a las sesiones informativas diarias» celebradas durante el ataque calificaría de «masivo» y «letal» aquel nivel de potencia de fuego, señalando que el Ejército estadounidense

normalmente solo utilizaría una cantidad tan «enorme» de fuego de artillería en apoyo de dos divisiones completas integradas por cuarenta mil soldados (probablemente, diez veces el tamaño de la fuerza israelí involucrada en Shujaiyya). Otro alto oficial estadounidense, un excomandante de artillería, estimaba que el Ejército estadounidense solo emplearía tal cantidad de armas para apoyar a todo un cuerpo de ejército integrado por varias divisiones. Asimismo, un general estadounidense retirado describiría el bombardeo israelí, utilizado para machacar un solo barrio de Gaza durante más de veinticuatro horas, y acompañado de fuego de tanques y ataques aéreos, como «absolutamente desproporcionado».[427]

Las piezas de artillería que se utilizaron en este ataque están diseñadas para disparar proyectiles con un área letal de amplio alcance contra fortificaciones, vehículos blindados y tropas atrincheradas protegidas por chalecos antibalas y cascos. Aunque pueden lanzar munición guiada de precisión, al desplegarse contra un barrio densamente poblado como Shujaiyya, resultaban intrínsecamente imprecisas. Y cualquier ataque aéreo que arroje bombas de una tonelada en áreas urbanizadas, como Shujaiyya, Beit Hanoun, Khan Yunis y Rafah, causará necesaria e inevitablemente numerosas bajas civiles y enormes daños.[428] No puede ser de otro modo.

Esto resulta especialmente cierto en un lugar tan superpoblado como la Franja de Gaza, donde la gente no tiene a dónde huir ni siquiera si se le avisa con anticipación de que sus hogares están a punto de ser destruidos. Aparte de las terribles heridas que infligen en la carne humana, los bombardeos aéreos y el fuego de artillería a esta escala causan una inimaginable destrucción de las propiedades. En el ataque de 2014, más de dieciséis mil edificios quedaron inhabitables, incluidos barrios enteros. Un total de 277 escuelas de la ONU y del Gobierno, 17 hospitales y clínicas y las 6 universidades de Gaza resultaron dañadas, al igual que otros 40.000 edificios. Probablemente unos 450.000 gazatíes, alrededor de una cuarta

parte de la población, se vieron obligados a abandonar sus hogares, y tras el ataque muchos de ellos ya no tendrían siquiera un hogar al que volver.

No se trataba aquí de sucesos fortuitos, ni de los lamentables daños colaterales que a menudo se producen en una guerra. Las armas elegidas eran letales, destinadas a su uso en un campo de batalla abierto, no en un entorno urbano densamente poblado. Además, la escala de la ofensiva de 2014 se hallaba plenamente en consonancia con la doctrina militar israelí. El asesinato o la mutilación de aproximadamente trece mil personas, la mayoría de ellas civiles, junto con la destrucción de las casas y propiedades de cientos de miles, fue un acto intencionado, fruto de una estrategia explícita adoptada por el Ejército israelí al menos desde 2006, cuando empleó las mismas tácticas en el Líbano. La doctrina Dahiya, como se la conoce, lleva el nombre de un barrio de la zona sur de Beirut —Al-Dahiya — que fue destruido por la fuerza aérea israelí utilizando bombas de una tonelada y otros armamentos. Esta estrategia sería claramente expuesta en 2008 por el general de división israelí Gadi Eizenkot, a la sazón responsable del Mando Norte (y más tarde jefe del Estado Mayor):

> Lo que sucedió en el barrio de Dahiya […] sucederá en todas y cada una de las aldeas desde las que se dispara a Israel […]. Aplicaremos a ello una fuerza desproporcionada y causaremos un gran daño y destrucción. Desde nuestra perspectiva no son aldeas civiles, sino bases militares […]. Esto no es una recomendación. Es un plan. Y ha sido aprobado.[429]

Esta fue precisamente la idea subyacente al ataque de 2014, el tercer ataque israelí contra Gaza en un periodo de seis años, según diversos corresponsales militares y analistas de seguridad israelíes.[430] Aun así, ni en las declaraciones de los políticos estadounidenses ni en las noticias sobre la guerra publicadas en la mayoría de los principales medios de comunicación de Estados Unidos se mencionaría apenas la doctrina Dahiya, aunque ello no se debía tanto a la existencia de un planteamiento estratégico como a un proyecto de castigo colectivo que podía entrañar crímenes de guerra.

Hay varias razones que explican el silencio de Washington y de los medios. La Ley de Control de la Exportación de Armas aprobada en 1976 especifica que las armas proporcionadas por Estados Unidos deben usarse «en legítima defensa».[431] Dado este requisito, la argumentación esgrimida por los funcionarios estadounidenses —empezando por el propio presidente del país—, en la que se calificaba de defensivas las operaciones israelíes en Gaza, probablemente emanara de un asesoramiento legal encaminado a evitar la posibilidad de que se exigieran responsabilidades y se enjuiciara por crímenes de guerra a dichos funcionarios junto con los oficiales israelíes que dieron las órdenes y los soldados que lanzaron las bombas. Por su parte, los medios de comunicación estadounidenses también mencionan solo raras veces esta importante consideración jurídica, posiblemente por una cuestión de parcialidad o para proteger a los políticos que de otro modo se verían implicados, o para evitar los ataques a los medios que generalmente surgen en Estados Unidos incluso ante la más leve crítica a Israel.

Queda por ver la cuestión de la proporcionalidad, que resulta fundamental para determinar si ciertas acciones bélicas alcanzan o no el nivel de crímenes de guerra. Las propias palabras de Eizenkot y la actuación de las fuerzas bajo su mando en 2006 y, posteriormente, los ataques contra Gaza parecen establecer claramente la existencia de una pauta de desproporcionalidad intencionada por parte de Israel; un hecho que se ve corroborado por el uso israelí de un armamento concebido para campo abierto en áreas urbanas densamente pobladas, y la enorme desproporción existente en la potencia de fuego empleada por cada bando.

¿Fueron también Hamás y la Yihad Islámica responsables de posibles crímenes de guerra al atacar a la población civil? Dejando aparte la distinción crucial entre la fuerza empleada por un ejército de ocupación y la utilizada por diversos grupos radicados entre la población ocupada, todos los combatientes están obligados a obedecer las leyes de la guerra y otras

disposiciones del derecho internacional. Por letales que pudieran ser los cohetes lanzados contra el sur de Israel, pocos de ellos contaban con sistemas de guiado sofisticados y ninguno encajaba en la definición de munición guiada de precisión. En consecuencia, su uso fue generalmente indiscriminado y podría considerarse que en una gran proporción de casos sus objetivos eran civiles.

Sin embargo, ninguno de los cohetes llevaba una ojiva del tamaño ni la letalidad de los más de 49.000 proyectiles de tanque y de artillería disparados por Israel en 2014. Los cohetes Grad o Katiusha de 122 milímetros de fabricación soviética habitualmente usados por Hamás y sus aliados normalmente llevaban una ojiva de veinte o treinta kilogramos (frente a los proyectiles de 155 milímetros y 45 kilogramos del Ejército israelí), aunque muchos de ellos iban equipados con ojivas de menor tamaño para maximizar su alcance, mientras que la mayoría de los cohetes Qassam de fabricación casera utilizados tenían ojivas considerablemente más pequeñas. En conjunto, los cuatro mil Qassam, Katiusha, Grad y otros cohetes que se dispararon desde la Franja de Gaza y llegaron a Israel (muchos eran tan poco precisos y estaban tan mal fabricados que se quedaron cortos y aterrizaron en la propia Franja) probablemente tenían en total menos potencia explosiva que una docena de bombas de una tonelada.

Si bien la lluvia de misiles lanzados por Hamás y sus aliados indudablemente tuvo un potente efecto psicológico en la población civil que se hallaba dentro de su alcance (paradójicamente, el efecto se ve acentuado por su imprecisión), no se trataba de armas terriblemente potentes. Aun así, las muertes de varias docenas de civiles en Israel en el periodo de 2008 a 2014 muy probablemente alcanzan el nivel de crímenes de guerra. Pero ¿qué ocurre entonces con la muerte, solo en 2014, de al menos dos mil civiles gazatíes que no participaban en los combates, entre ellos, unas mil trescientas mujeres, niños y ancianos? Varios años después de la última de estas guerras contra Gaza, resulta evidente que los responsables, protegidos

por sus patrocinadores estadounidenses, probablemente gozarán de impunidad por sus acciones.

Aun así, hubo algunos sectores que tomaron nota de esa salvaje desproporcionalidad. Aunque el apoyo incondicional a Israel se consolidó en ciertos grupos como resultado de la cobertura que dieron los principales medios de comunicación al bombardeo de 2014 —como los cristianos evangélicos y los miembros más viejos, ricos y conservadores de la comunidad judía—, las críticas públicas a dicho país se acrecentaron entre los individuos más jóvenes y progresistas, los miembros de las minorías, los cultos protestantes liberales y algunos judíos reformistas, conservadores y sin afiliación política. En 2016, este cambio de postura (y el endurecimiento paralelo de la opinión en apoyo de Israel entre otros grupos) alcanzaría cifras sorprendentes.

Una encuesta publicada por la Institución Brookings en diciembre de ese año mostraba que el 60 % de los demócratas y el 46 % de todos los estadounidenses respaldaban las sanciones a Israel por la construcción de asentamientos judíos ilegales en Cisjordania. La mayoría de los demócratas (el 55 %) creían que Israel ejercía demasiada influencia en la política estadounidense en general, así como en las políticas concretas del país, y constituía un lastre desde un punto de vista estratégico.[432] Una encuesta realizada también en 2016 por el Centro de Investigaciones Pew revelaba que la proporción de estadounidenses nacidos a partir de 1980 y de demócratas en general que simpatizaban con los palestinos iba en aumento en comparación con los que simpatizan con Israel.[433] Otra encuesta publicada por la misma institución en enero de 2018 mostraba que esta tendencia se estaba acelerando: los demócratas se sentían inclinados a apoyar a los palestinos casi en la misma proporción que a Israel, mientras que en el sector de los demócratas liberales el número de los que simpatizaban con los palestinos era el doble del de los que simpatizaban con los israelíes.[434] Una nueva encuesta del Centro Pew publicada en abril

de 2019 revelaba que la profunda división existente en la sociedad estadounidense entre los partidarios de Israel y los de Palestina se acentuaba aún más. Cuando se les preguntaba si estaban a favor del pueblo palestino por encima del israelí, o eran del parecer contrario, o favorecían a ambos por igual, el 58 % de los demócratas se mostraban favorables a ambos pueblos o a los palestinos, mientras que el 76 % de los republicanos eran favorables a ambos pueblos o a los israelíes. Paralelamente, el 61 % de los republicanos tenían una opinión favorable del Gobierno israelí, pero la proporción se reducía a solo el 26 % en el caso de los demócratas.[435] En conjunto, eran cifras inéditas.

Así pues, las guerras de Gaza, junto con la guerra de 1982 en el Líbano y la Primera Intifada, constituirían uno de los puntos de inflexión cruciales que marcarían el proceso de cambio experimentado en la percepción estadounidense de los palestinos y de Israel. No es que haya sido un proceso uniformemente ascendente, sino que se ha caracterizado más bien por tener altibajos debido al impacto de los atentados suicidas durante la Segunda Intifada y, sobre todo, al hecho de que el incesante proselitismo de Israel no ha perdido eficacia. Pero ha surgido de forma sistemática una inconfundible oleada de sentimiento crítico cada vez que una secuencia de imágenes terribles y la realidad subyacente han traspasado la densa pantalla defensiva meticulosamente erigida para proteger el comportamiento de Israel y ocultar dicha realidad.

Pese al lento pero constante cambio producido en la opinión pública estadounidense en relación con Palestina e Israel en los últimos años, no parece que haya habido muchos cambios en la formulación de las políticas de Estados Unidos al respecto, en la promulgación de nuevas leyes o en el discurso político en general. Una de las razones de ello ha sido el hecho de que el Partido Republicano haya controlado de forma ininterrumpida la Casa Blanca —salvo un periodo de ocho años— desde 2000, el Senado

desde 2010, la Cámara de Representantes entre 2014 y 2018, y todos los poderes del Estado entre 2016 y 2018. Las bases del partido, especialmente los cristianos evangélicos —su principal núcleo de votantes en muchas zonas, mayoritariamente varones de edad avanzada, blancos y conservadores—, han apoyado fervientemente las políticas israelíes más rigurosas. Por su parte, la mayoría de los funcionarios electos republicanos han reflejado fielmente el fervor de esas bases, así como el de los donantes conservadores del partido, muchos de ellos, como Sheldon Adelson y Paul Singer (que en conjunto donaron más de cien millones de dólares a los republicanos durante el ciclo electoral de 2016), vigorosamente comprometidos con la adopción de un planteamiento aún más duro en favor de Israel. Asimismo, la islamofobia, la xenofobia y la agresiva visión del papel de Estados Unidos en el mundo que caracterizan a una buena parte de las bases republicanas y de los líderes del partido han estado en sintonía con los valores del hasta hace poco primer ministro israelí Benjamín Netanyahu y su Gobierno derechista. Este hecho quedó ampliamente de manifiesto en la entusiasta acogida que tuvo Netanyahu cuando habló en dos sesiones conjuntas del Congreso estadounidense, en 2011 y 2015, en ambas ocasiones con una mayoría republicana en la institución. Solo Winston Churchill, que se dirigió al Congreso en 1941, 1943 y 1952, había tenido el honor de pronunciar más de un discurso ante la asamblea.

La situación del Partido Demócrata en relación con Israel y Palestina ha sido más compleja y contradictoria. El cambio producido en buena parte de las bases del partido ha sido especialmente notable en sus sectores más jóvenes, minoritarios y más liberales (que representan el futuro de la formación), pero no se ha visto reflejado en las opiniones de los líderes del partido ni de la mayoría de sus funcionarios electos y principales donantes (que representan el pasado). La dinámica subyacente ha sido generacional, racial y de clase, pero también se ha visto influenciada por los grandes

donantes del partido y poderosos grupos de presión, como el ya mencionado AIPAC.

Las encuestas revelan que las opiniones sobre Palestina e Israel a menudo se hallan estrechamente correlacionadas con la edad: las personas mayores tienden a ser más conservadoras y convencionales, y en 2019 la dirección del Partido Demócrata incluía a Nancy Pelosi (de setenta y ocho años), Charles Schumer (de sesenta y ocho) y una maquinaria dominada por los Clinton (ambos de setenta y pocos). Además, todos ellos son ricos, especialmente Pelosi, que se cuenta entre los miembros más acaudalados del Congreso (se le calcula un patrimonio neto, junto con su esposo, de más de cien millones de dólares). Dado que la incesante recaudación de fondos constituye la principal preocupación de los políticos estadounidenses, y a raíz del giro a la derecha de los demócratas a finales de la década de 1980, el partido se ha vuelto más proclive a las clases adineradas, ante las que a su vez ha incrementado su atractivo. Como resultado, las opiniones de los donantes han adquirido mayor importancia para los líderes y los políticos electos del partido que las de sus propias bases o sus votantes. Y muchos de los principales donantes del partido, como el magnate de los medios Haim Saban y otros relacionados con los sectores de la alta tecnología, el entretenimiento y las finanzas, han mantenido su inquebrantable compromiso con Israel independientemente de los excesos que pudiera cometer.

Los demócratas estadounidenses se han estado debatiendo, pues, entre la tendencia de sus líderes de mayor edad y muchos grandes donantes a apoyar cualquier acción del Gobierno israelí y la creciente presión de las bases del partido en favor de un cambio. Esto se haría evidente en la postura poco convencional adoptada por el candidato presidencial Bernie Sanders en relación con Israel y Palestina durante las primarias demócratas de 2016, así como en las discrepancias en torno al programa del partido surgidas en la convención celebrada ese mismo año. La división también se pondría de

manifiesto en la lucha por el liderazgo demócrata que siguió a las elecciones de 2016, donde el candidato favorito, el congresista Keith Ellison, fue objeto de una serie de calumnias e insinuaciones debido en parte a su postura inequívoca sobre Palestina. Otro ejemplo de que los intentos de modificar la línea del Partido Demócrata en relación con Palestina apenas han tenido efectos concretos es el apoyo de ambos partidos a la ayuda militar anual proporcionada a Israel por valor de más de 4.000 millones de dólares, y a una oleada de leyes que perjudicaban a los palestinos. Sin embargo, es posible discernir un pequeño cambio en el Congreso en la forma de un proyecto de ley presentado conjuntamente por una treintena de miembros de la Cámara en noviembre de 2017, y reintroducido en abril de 2019 bajo el epígrafe de «H.R. 2407», que tiene por objetivo garantizar que la ayuda estadounidense no respalde el maltrato y el encarcelamiento de niños palestinos por parte de las fuerzas de seguridad israelíes, dado que desde el año 2000 las fuerzas de ocupación han detenido a un total de diez mil de ellos.[436]

Aunque estas realidades políticas pueden resultar reveladoras, especialmente en lo que respecta a la legislación y la retórica política, apenas esclarecen lo relativo a la formulación de las políticas concretas. Tradicionalmente, el poder ejecutivo goza de un amplio margen de maniobra en la configuración de la política exterior estadounidense. No se ve necesariamente sometido a las mismas restricciones del Congreso, cuyos miembros están condicionados por el ciclo electoral y la consiguiente recaudación de fondos que este requiere. De hecho, en repetidas ocasiones los presidentes estadounidenses han actuado con plena libertad prescindiendo de las objeciones de Israel y sus partidarios cuando consideraban que estaban en juego intereses básicos y vitales de Estados Unidos. Se podría afirmar falsamente que la influencia de Israel y sus partidarios en la política relativa a Oriente Próximo tiene siempre un papel primordial, pero esto *solo* es cierto cuando los responsables políticos juzgan

que los intereses estratégicos vitales de Estados Unidos no se ven comprometidos y cuando las consideraciones de política interior revisten especial importancia, como ocurre, por ejemplo, en un año de elecciones presidenciales.

Hay innumerables ejemplos de situaciones en las que Estados Unidos ha ignorado la fuerte resistencia israelí en aras de los que se consideraban los intereses prioritarios de Washington. Por ejemplo, durante la guerra de Suez, en 1956, Estados Unidos se opuso a la agresión contra Egipto por considerarla contraria a sus intereses en el contexto de la Guerra Fría; al final de la guerra de desgaste librada en 1968-1970 también en torno al canal de Suez, los estadounidenses impusieron un alto el fuego que supuso una desventaja estratégica para Israel con el fin de evitar una confrontación con la Unión Soviética; y entre 1973 y 1975, Kissinger impuso la firma de tres acuerdos de desmovilización que exigían sendas retiradas militares israelíes ignorando las furiosas objeciones de Israel. Es cierto que en última instancia la mayoría de estas acciones también servirían a los intereses a largo plazo de Israel pese a la estrechez de miras de sus líderes. Otros ejemplos van desde las lucrativas ventas de armas avanzadas a Arabia Saudí prescindiendo de la vehemente oposición de Israel y su grupo de presión en Washington hasta el acuerdo nuclear con Irán negociado por el presidente Barack Obama frente a la hostilidad de Netanyahu y sus partidarios en el Congreso. El hecho es que siempre que se ha considerado que están en juego intereses vitales de Estados Unidos en Washington, los presidentes estadounidenses han actuado sin vacilar en beneficio de dichos intereses, prestando solo una limitada atención a las inquietudes de Israel.

Sin embargo, cuando se trata de Palestina y de lograr la paz entre palestinos e israelíes, lo que necesariamente implica concesiones por parte de estos últimos, nunca parece haber grandes intereses estratégicos o económicos estadounidenses en juego, ni medios para contrarrestar la constante oposición de Israel y sus partidarios, que inevitablemente siempre

es mayor en este tema que en cualquier otro.[437] En general, los presidentes estadounidenses, desde Truman hasta Trump, se han mostrado reacios a entrar en esta vorágine de antagonismo y, en consecuencia, han permitido a Israel dictar el ritmo de los acontecimientos e incluso determinar la postura de Estados Unidos en las cuestiones relacionadas con Palestina y los palestinos.

Cabría argumentar que esta actitud permisiva de Estados Unidos en relación con el comportamiento de Israel —en ocasiones enmascarada por una oposición meramente retórica a determinadas medidas concretas, que rara vez ha alterado la situación sobre el terreno— pone en riesgo los intereses estadounidenses en Oriente Próximo, habida cuenta del amplio respaldo a los palestinos que predomina en las poblaciones del mundo árabe.[438] Pero Oriente Próximo se ha regido durante años por la que ha sido la mayor concentración de regímenes autocráticos de cualquier región del mundo. Además, Estados Unidos nunca ha apoyado el progreso de la democracia en Oriente Próximo de manera sostenida, y ha preferido lidiar, en cambio, con las dictaduras y monarquías absolutas que controlan la mayoría de los países árabes. Estos regímenes antidemocráticos han estado históricamente subordinados a Estados Unidos y han sido valiosos clientes de sus industrias de defensa, aeroespacial, petrolera, bancaria e inmobiliaria. En general, han actuado en desacuerdo con su propia opinión pública propalestina, inmunizando así a Washington ante cualquier posible reacción adversa por su apoyo a la ocupación y colonización de Palestina por parte de Israel.

El país clave en este sentido ha sido Arabia Saudí, que desde 1948 ha abogado públicamente en favor de la causa palestina, a menudo brindando apoyo financiero a la OLP, al tiempo que hacía poco o nada por presionar a Estados Unidos para que modificara sus políticas favorables a Israel. La pasividad de la monarquía saudí se remonta como mínimo a agosto de 1948, cuando el secretario de Estado estadounidense George Marshall

agradeció al rey Abdulaziz ibn Saúd la «actitud conciliadora» del reino en relación con Palestina. Esto ocurría en el apogeo de la guerra de 1948, después de que las tropas israelíes hubieran invadido casi todo el país y expulsado a gran parte de la población palestina.[439] Arabia Saudí ha adquirido un papel mucho más influyente en la región desde la derrota de Egipto en 1967 y la avalancha de dinero del petróleo a las arcas del reino producida a partir de 1973, pero, por lo demás, poco ha cambiado en su actitud de aquiescencia hacia Israel en las décadas transcurridas.

Esta dinámica resultaría especialmente visible durante la administración de George Bush hijo, cuando tanto los «arabistas» que todavía permanecían en activo como los nuevos especialistas en el proceso de paz se vieron marginados en gran medida a la hora de formular las políticas relativas a Oriente Próximo. Bush, Cheney y Rumsfeld optaron, en cambio, por confiar en un cuadro de halcones neoconservadores fervientemente proisraelíes como Paul Wolfowitz, Richard Perle, Douglas Feith y Lewis *Scooter* Libby, muchos de ellos recuperados de la administración Reagan. Estos excluyeron sistemáticamente a quienes mejor conocían la región de cualquier participación en decisiones clave, ya fuera en relación con Palestina, la desastrosa guerra que desencadenaron en Irak o la llamada «guerra contra el terror», que se libró casi en su totalidad en Oriente Próximo y otras áreas del mundo musulmán. En Washington, el Gobierno de Sharón se las arregló astutamente para vender su campaña contra la violenta Segunda Intifada palestina como parte integrante de la mencionada guerra contra el terror, y a sí mismo como un aliado vital, al tiempo que proporcionaba de manera interesada buena parte de la endeble justificación intelectual de esta cruzada ideológica. A cambio, en 2004 Bush aceptó la inclusión dentro de las fronteras de Israel de diversos bloques de asentamientos —«importantes centros de población israelíes ya existentes»— en el contexto de un último acuerdo de paz.[440] Bush

también respaldó la repentina decisión adoptada por Sharón en 2005 de llevar a cabo una retirada unilateral de las tropas y los colonos israelíes de la Franja de Gaza. Israel adoptó la medida sin coordinarse con los palestinos, al tiempo que mantenía el control de los movimientos de entrada y salida de la Franja, que permanecía sitiada y pronto caería en manos de Hamás. Esto sentaría las bases para la siguiente ronda de las guerras de Gaza.

El presidente que ocupaba la Casa Blanca durante los tres ataques de Israel a Gaza, Barack Obama, siguió la pauta de sus predecesores. Su elección había suscitado esperanza en muchas almas confiadas que creían que un presidente estadounidense cuyo segundo nombre era Hussein, que se había fotografiado con Edward Said y había declarado un «nuevo comienzo» para Estados Unidos en el mundo musulmán —además de ser mi vecino y colega en la Universidad de Chicago— seguramente trataría a Palestina de manera distinta. Esas esperanzas partían del supuesto de que los presidentes estadounidenses gozan de una ilimitada libertad de actuación. Pero, pese al considerable margen de maniobra del que en efecto dispone el ejecutivo, persiste el férreo poder de la burocracia permanente, de la homogénea camarilla de expertos que circulan dentro y fuera del Gobierno, del Congreso, y de toda una serie de factores estructurales y políticos.

También está la fuerza del pensamiento convencional sobre Israel y Palestina, arraigado en los liderazgos de ambos partidos políticos y en los principales medios de comunicación, además del formidable poder del grupo de presión israelí y del hecho de que en la política estadounidense no existe ninguna fuerza capaz de contrarrestarlo de manera eficaz. Cualquier posible apariencia de un grupo de presión árabe nunca ha pasado de ser una colección de costosas agencias de relaciones públicas, bufetes de abogados, consultores y cabilderos generosamente remunerados para proteger los intereses de las élites corruptas y cleptocráticas que desgobiernan la

mayoría de los países árabes. Casi todos estos gobernantes dictatoriales están en deuda con Estados Unidos y son valiosos clientes de los sectores de defensa, aeroespacial, petrolero, bancario e inmobiliario estadounidenses, todos los cuales tienen una gran influencia en Washington. Estas poderosas fuerzas también ejercen presión en favor de los cleptócratas árabes, aunque no de «los árabes», si con ello entendemos las poblaciones de dichos países.

Sin embargo, otra señal esperanzadora fue el hecho de que Obama nombrara ya en enero de 2009 a George Mitchell como enviado especial para forjar la paz en Oriente Próximo, con el encargo de iniciar negociaciones directas entre israelíes y palestinos en aras de un acuerdo definitivo. Mitchell era un negociador al estilo de Cyrus Vance y James Baker: un hombre de Washington experimentado y de mentalidad independiente, que en esa etapa tardía de su trayectoria política no debía nada a Israel ni a su grupo de presión. Había sido gobernador de Maine y líder de la mayoría del Senado; como enviado especial del presidente Bill Clinton, había negociado con éxito el Acuerdo de Viernes Santo de Irlanda del Norte en 1998, invitando a participar al IRA en las negociaciones e involucrándolo en la resolución del conflicto. A diferencia de los especialistas en el proceso de paz de la era Clinton, Mitchell no aceptó las posiciones de Israel como límite de la política estadounidense y se esforzó por abordar frontalmente los aspectos más espinosos de las negociaciones: la paralización de los asentamientos judíos, el futuro de Jerusalén y el retorno de los refugiados palestinos. Inspirándose en su éxito con el IRA en Irlanda, propuso involucrar a Hamás en el proceso de negociación, algo que consideraba crucial para lograr una solución integral, aunque en última instancia no lo conseguiría, en gran medida debido a la oposición israelí. Mitchell, además, sufriría una desventaja concreta: sus iniciativas se verían socavadas desde dentro de la propia administración Obama. La figura clave

del sabotaje de la misión de Mitchell no fue otra que el inefable Dennis Ross.

Ross estuvo fuera del Gobierno durante la administración de George Bush hijo, pero en 2008 había hecho campaña en Florida y en otros lugares en favor de Obama, defendiéndolo de las acusaciones republicanas de no apoyar lo suficiente a Israel. Debido a ello, el recién elegido presidente estaba en deuda con él. Como una pequeña concesión a quienes se sentían descontentos con el nombramiento de Mitchell (además de su predisposición a tratar con Hamás, Mitchell era de ascendencia parcialmente libanesa, lo que le convertía en el primer alto funcionario estadounidense de origen libanés involucrado en Oriente Próximo desde Philip Habib), se reclutó a Ross como asesor especial de la secretaria de Estado Hillary Clinton. Aunque se suponía que debía centrar sus esfuerzos en el Golfo, Ross pronto empezó a involucrarse en las negociaciones entre palestinos e israelíes, donde estos últimos lo consideraban uno de sus interlocutores preferidos. Cuando la interferencia de Ross en los esfuerzos de Mitchell se hizo intolerable —en repetidas ocasiones actuó a espaldas del enviado especial, estableciendo canales de negociación secretos con los israelíes—, dejó su puesto en el Departamento de Estado, pero aterrizó de pie con un nuevo puesto en el Consejo de Seguridad Nacional, donde estaba aún más cerca del presidente. Desde allí siguió interfiriendo en el trabajo de Mitchell, forjando acuerdos paralelos con el Gobierno de Netanyahu, mientras la Autoridad Palestina rechazaba cualquier contacto con él debido a su abierta proclividad a Israel.

Fue una lucha desigual: Mitchell contra el grupo de presión israelí, el Congreso y Netanyahu, mientras Ross contaba en todo momento con el apoyo de sus patrocinadores para actuar a espaldas del exsenador. De ese modo Israel, en lugar de tener que enfrentarse a un único representante del Gobierno estadounidense decidido a obtener concesiones de ambas partes, pudo utilizar al dócil y siempre complaciente Ross en contra de Mitchell.

En tal situación, Israel pudo limitarse simplemente a mantenerse en sus trece, de manera que no fue posible hacer ningún progreso de cara a lograr un acuerdo. Al final, quienes asestaron el golpe de gracia a Mitchell fueron sus antiguos colegas del Congreso, que decretaron que involucrar a Hamás en el proceso de negociación resultaba inaceptable y violaba las leyes estadounidenses.[441] Había ganado Israel. Se mantenía el *statu quo*, los palestinos seguían divididos e Israel no se vería obligado a hablar con Hamás o siquiera a negociar en serio, y todo ello sin tener que esforzarse demasiado: Ross y el Congreso estadounidense le habían hecho el trabajo.

Aunque Obama había declarado que la cuestión palestina era una prioridad para su administración, su respuesta a las guerras contra Gaza resultó un indicador más real de su compromiso. La primera de las que se libraron durante su mandato se inició tras su elección, pero antes de su investidura. En ningún momento, ni entonces ni después, el presidente intentaría alterar el falso relato según el cual lo que estaba ocurriendo en la Franja de Gaza durante aquellos feroces ataques era una respuesta justa al lanzamiento de cohetes terroristas contra objetivos civiles israelíes. En ningún momento su administración interrumpiría el suministro de armas estadounidenses, que se utilizaron para matar a unos tres mil civiles palestinos y mutilar a muchos más. De hecho, las entregas se aceleraron cuando Israel lo consideró necesario. Y en ningún momento Obama se enfrentaría de manera decisiva a Israel por su asedio a la Franja de Gaza.

Debido a sus primeras insinuaciones de un posible cambio en el sesgo de Washington hasta entonces favorable a Israel, Obama fue objeto de un profundo odio por parte de los líderes derechistas israelíes y sus partidarios estadounidenses (y él correspondió plenamente a ese sentimiento), pero el hecho es que al final no cambió nada en Palestina. Pese a los infructuosos intentos de resolver el conflicto por parte del secretario de Estado de Obama, John Kerry, la única huella que dejaría su administración sería la Resolución 2334 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —

aprobada por catorce votos a favor y uno en contra, con la abstención de Estados Unidos—, que calificaba los asentamientos israelíes de Cisjordania y Jerusalén Este como una «flagrante violación» del derecho internacional sin «ninguna validez legal». Aprobada en diciembre de 2016, cuando Obama se hallaba ya en la recta final de su mandato, la resolución no preveía sanciones ni medidas coercitivas contra Israel. Al igual que otras poses meramente retóricas adoptadas por Estados Unidos, la resolución resultaría completamente ineficaz y no tendría absolutamente ningún efecto práctico en la situación real. Obama tuvo la mala fortuna de que, apenas unos meses después de su toma de posesión, Netanyahu —cuyas relaciones con el presidente estadounidense pasarían de glaciales a pésimas— asumió un segundo mandato y siguió desarrollando estrechos vínculos con la oposición republicana al mandatario demócrata. Por estas y muchas otras razones, cuando Obama dejó la Casa Blanca, en 2017, seguía intacto el *statu quo* colonial de ocupación militar y expansión de los asentamientos judíos en Palestina, mientras que la situación para los palestinos era incluso peor que cuando había asumido el cargo, ocho años antes.

La lección es obvia. Si Obama hubiera considerado realmente que la cuestión de la paz entre palestinos e israelíes era una prioridad —tan importante, por ejemplo, como el acuerdo nuclear con Irán—, podría haberse esforzado en impulsarla frente a la oposición del Congreso y los esfuerzos del AIPAC y el Gobierno israelí, y quizá habría tenido éxito. En nombre de un asunto de máxima trascendencia, la guerra y la paz con Irán, Obama fue capaz de plantar cara e ignorar al grupo de presión israelí y sus patrocinadores. Sin embargo, aparentemente el presidente juzgaba que salir del punto muerto en el que se hallaba estancada Palestina no representaba un interés estratégico estadounidense lo suficientemente vital para que él comprometiera su prestigio, su poder y su capital político. Debido a ello, la iniciativa de Mitchell se desvaneció discretamente en 2011, al igual que los esfuerzos de Kerry en 2016, y con ellos, la perspectiva de llevar a cabo

negociaciones entre Israel y los palestinos sobre una base completamente nueva.

Cuando se cumplía el centenario de la guerra contra Palestina, la metrópoli estadounidense, el irremplazable fundamento de la libertad de acción de Israel, estaba tan comprometida con el proyecto colonial sionista como lo había estado lord Balfour cien años antes. El segundo siglo de guerra se caracterizaría por un nuevo enfoque, aún más destructivo, de la cuestión palestina, en el que Estados Unidos se coordinaría estrechamente con Israel y sus nuevos amigos en las monarquías absolutas del Golfo.

---

[396] David Barsamian, *The Pen and the Sword: Conversations with Edward Said*, Monroe (Maine): Common Courage Press, 1994 [trad. cast.: Edward W. Said, *La pluma y la espada. Conversaciones con David Barsamian*, Ciudad de México: Siglo XXI, 2000, trad. de Bertha Ruiz de la Concha].

[397] El PIB per cápita palestino se mantuvo en torno a los 1.380 dólares entre 1995 y 2000; entre 2000 y 2004 se redujo en más de 340 dólares, y todavía descendió más en los años siguientes; véase Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), «Informe sobre la asistencia de la UNCTAD al pueblo palestino», TD/B/52/2, 21 de julio de 2005, https://bit.ly/3EYdg0w, tablas 1 y 6.

[398] Ben White señala que el aislamiento de la Franja de Gaza se inició en realidad con las restricciones a la circulación de los gazatíes en el territorio israelí mediante la implantación de nuevas tarjetas magnéticas en 1989, diecisiete años antes de que Hamás asumiera el poder; véase «Gaza: Isolation and Control», *Al Jazeera News*, 10 de junio de 2019, https://www.aljazeera.com/news/2019/06/gaza-isolation-control190608081601522.html [https://bit.ly/327863r].

[399] Existe una gran cantidad de estudios sobre la situación de Gaza, entre los que cabe mencionar los trabajos de Sara Roy *The Gaza Strip: The Political Economy of De-Development*, Washington: Institute for Palestine Studies, 1994, y *Hamas and Civil Society in Gaza: Engaging the Islamist Social Sector*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2011; así como el libro de Jean-Pierre Filiu *Gaza: A History*, Oxford: Oxford University Press, 2014.

[400] Piotr Smolar, «Les diplomates européens soulignent la dégradation de la situation à Jérusalem», *Le Monde*, 2 de febrero de 2018, p. 3, http://www.lemonde.fr/proche-orient/article/2018/01/31/a-rebours-des-etats-unis-les-diplomates-europeens-soulignent-ladegradation-de-la-situation-a-jerusalem_5250032_3218.html [https://bit.ly/3pSBVNC].

[401] Prueba de ello es la entusiasta acogida que tuvo en Nueva York el mediocre melodrama *Oslo* —con sus caricaturas rayanas en el racismo de los negociadores palestinos e israelíes y el hagiográfico retrato de Peres—, que en 2017 ganó un Premio Tony a la mejor obra teatral y no tardaría en disfrutar de un gran éxito de taquilla en el londinense West End.

[402] Aunque la bibliografía sobre Hamás es muy amplia, cabe destacar las siguientes obras: Tareq Baconi, *Hamas Contained: The Rise and Pacification of Palestinian Resistance*, Stanford (California): Stanford University Press, 2018; Sara Roy, *Hamas and Civil Society in Gaza*; Ziad Abu-Amr, *Islamic Fundamentalism in the West Bank and Gaza: Muslim Brotherhood and Islamic Jihad*, Indianápolis: Indiana University Press, 1994; Khaled Hroub, *Hamas: Political Thought and Practice*, Washington: Institute for Palestine Studies, 2002; Mishal y Sela, *The Palestinian Hamas*; y Azzam Tamimi, *Hamas: A History from Within*, Northampton (Massachusetts): Olive Branch Press, 2007.

[403] Puede verse un buen resumen del apoyo de Israel a Hamás en Mehdi Hassan, «Blowback: How Israel Went from Helping Create Hamas to Bombing It», *Intercept*, 19 de febrero de 2018, https://theintercept.com/2018/02/19/hamas-israel-palestine-conflict [https://bit.ly/3dVWCTi]. Véanse también las fuentes citadas en la nota 19 del capítulo anterior.

[404] Existe una extensa bibliografía sobre la cumbre de Camp David, gran parte de ella frívola o interesada, especialmente la obra de uno de sus principales artífices, Dennis Ross, *The Missing Peace: The Inside Story of the Fight for Middle East Peace,* Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2004. El mejor libro sobre el tema es el de Clayton Swisher, *The Truth About Camp David: The Untold Story About the Collapse of the Middle East Peace Process,* Nueva York: Nation Books, 2004.

[405] Para conocer más detalles, véase Rana Barakat, «The Jerusalem Fellah: Popular Politics in Mandate-Era Palestine», *Journal of Palestine Studies*, vol. 46, n.º 1 (otoño de 2016), pp. 7-19; y «Criminals or Martyrs? British Colonial Legacy in Palestine and the Criminalization of Resistance», *Omran*, 6 (noviembre de 2013), https://omran.dohainstitute.org/en/issue006/Pages/art03.aspx [https://bit.ly/31UzGl6]. Véase también Hillel Cohen, *1929: Year Zero of the Arab-Israeli Conflict*, Boston: Brandeis University Press, 2015.

[406] Puede verse una lista de los santuarios religiosos y mezquitas musulmanes destruidos en el contexto de la creación de la plaza del Muro de las Lamentaciones en R. Khalidi, «The Future of Arab Jerusalem», *British Journal of Middle East Studies*, vol. 19, n.º 2 (otoño de 1993), pp. 139-140. El análisis más detallado de la creación, historia y destrucción de Haret al-Maghariba es el de Vincent Lemire *Au pied du mur: Histoire du quartier mahgrébin de Jerusalem (1187-1967)*, en curso de publicación. La información arquitectónica y arqueológica, así como las ilustraciones de muchos de los lugares destruidos, puede encontrarse en Michael Hamilton Burgoyne, *Mamluk Jerusalem: An Architectural Study*, Londres: World of Islam Festival Trust, 1987.

[407] La Zawiyya se había convertido en la residencia de la familia Abu al-Saúd, que era tradicionalmente su administradora; véase Yitzhak Reiter, *Islamic Endowments in Jerusalem Under British Mandate*, Londres: Cass, 1996, p. 136. Fue aquí donde en 1929 nació Yasir Arafat —cuya madre era una Abu Saúd—, según me explicó mi prima Raqiyya Khalidi (conocida entre nosotros

como Um Kamil), que había ido en compañía de su madre a visitar a sus vecinos, la familia Abu Saúd, para felicitarles por la llegada del recién nacido; entrevista personal, Jerusalén, 26 de julio de 1993.

[408] Suzanne Goldenberg, «Rioting as Sharon Visits Islam Holy Site», *The Guardian*, 29 de septiembre de 2000, https://www.theguardian.com/world/2000/sep/29/israel [https://bit.ly/3dUmdMv].

[409] Todas las cifras proceden de las tablas publicadas por el indispensable B'Tselem, el Centro de Información Israelí pro Derechos Humanos en los Territorios Ocupados: https://www.btselem.org/statistics.

[410] Reuven Pedatzur, «One Million Bullets», *Haaretz*, 29 de junio de 2004, https://www.haaretz.com/1.4744778.

[411] *Ibid.* Según el análisis de Pedatzur, el alto mando israelí había decidido de antemano este arrollador uso de la fuerza para que la derrota final de los palestinos quedara «grabada a fuego en su conciencia».

[412] Efraim Benmelech y Claude Berrebi, «Human Capital and the Productivity of Suicide Bombers», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 21, n.º 3 (verano de 2007), pp. 223-238.

[413] Tuve la impresión de que su declive mental se había iniciado antes, y podía remontarse al aterrizaje forzoso del avión que lo transportaba en el desierto libio en 1992, un accidente en el que perecieron varios de los que iban a bordo y él resultó herido; véase Youssef Ibrahim, «Arafat Is Found Safe in Libyan Desert After Crash», *The New York Times*, 9 de abril de 1992, http://www.nytimes.com/1992/04/09/world/arafat-is-found-safe-in-libyan-desert-after-crash.html [https://nyti.ms/3q4dw7I; acceso restringido].

[414] Pedatzur analiza a fondo esta doctrina en «One Million Bullets».

[415] La encuesta más fiable y coherente de las realizadas en las últimas décadas es la llevada a cabo por el Centro de Medios y Comunicaciones de Jerusalén. Según su sondeo n.º 52, publicado en diciembre de 2004, «la mayoría de los palestinos se oponen a las operaciones militares contra objetivos israelíes como respuesta apropiada dadas las condiciones políticas actuales»; véase http://www.jmcc.org/documentsandmaps.aspx?id=448 [https://bit.ly/3s7aFO8].

[416] Nicholas Pelham y Max Rodenbeck, «Which Way for Hamas?», *The New York Review of Books*, 5 de noviembre de 2009, https://www.nybooks.com/articles/2009/11/05/which-way-for-hamas [https://bit.ly/3q44YO7].

[417] Así lo demuestran claramente los sondeos realizados tras las elecciones tanto por el reputado Centro Palestino de Investigación de Políticas y Encuestas (http://www.pcpsr.org/en/node/478 [https://bit.ly/3IUujms]) como por la empresa privada Near East Consulting (http://www.neareastconsulting.com/plc2006/blmain.html [https://bit.ly/3IWCM8u]).

[418] Aquí puede consultarse una traducción de la versión final revisada, aceptada por todas las facciones palestinas y fechada el 17 de julio de 2006: https://bit.ly/3q4slao.

[419] La cifra corresponde a junio de 2018 y procede de https://www.ochaopt.org/content/53-cent-palestinians-gaza-live-poverty-despite-humanitarian-assistance [https://bit.ly/3pYRq6J].

[420] El dato procede de la ONG israelí Gisha (https://gisha.org/updates/9840 [https://bit.ly/3m9bGS4]). En cambio, las estimaciones de la publicación anual *CIA World Factbook* para 2016 y 2017 son inferiores (véase https://www.cia.gov/the-world-factbook/countries/gaza-strip [https://bit.ly/323olPB]).

[421] Dos excelentes libros sobre las guerras de Gaza son Norman Finkelstein, *Gaza: An Inquest into Its Martyrdom*, Oakland: University of California Press, 2018; y Noam Chomsky e Ilan Pappé, *Gaza in Crisis: Reflections on the US-Israeli War on the Palestinians*, Chicago: Haymarket Books, 2013.

[422] Estas cifras proceden del sitio web de B'Tselem, el Centro de Información Israelí pro Derechos Humanos en los Territorios Ocupados; véase https://www.btselem.org/statistics.

[423] «50 Days: More Than 500 Children: Facts and Figures on Fatalities in Gaza, Summer 2014», B'Tselem, https://www.btselem.org/2014_gaza_conflict/en/il [https://bit.ly/33trs3z].

[424] Barbara Opall-Rome, «Gaza War Leaned Heavily on F-16 Close-Air Support», *Defense News*, 15 de septiembre de 2014, http://www.imra.org.il/story.php3?id=64924 [https://bit.ly/3q8gJn4].

[425] Jodi Rudoren y Fares Akram, «Lost Homes and Dreams at Tower Israel Leveled», *The New York Times*, 15 de septiembre de 2014.

[426] «Protective Edge, in Numbers», Ynet News (*Yedioth Ahronoth*), 14 de agosto de 2014, http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4558916,00.html [https://bit.ly/3mbV8sG].

[427] Mark Perry, «Why Israel's Bombardment of Gaza Neighborhood Let US Officers "Stunned"», *AlJazeera America*, 27 de agosto de 2014, http://america.aljazeera.com/articles/2014/8/26/israel-bombing-stunsusofficers.html [https://bit.ly/3q4wJ9m].

[428] En su artículo «Why It's Hard to Believe Israel's Claim That It Did Its Best to Minimize Civilian Casualties» (*The World Post*, 21 de agosto de 2014), Idan Barir, antiguo comandante de tripulación del cuerpo de artillería israelí, señala que «lo cierto es que los proyectiles de artillería no pueden dirigirse con precisión y no están diseñados para alcanzar objetivos concretos. Un proyectil estándar de cuarenta kilos no es más que una granada de fragmentación de gran tamaño. Cuando explota, está diseñado para matar a cualquiera que se encuentre en un radio de cincuenta metros y herir a cualquiera que se halle en un radio de cien»; y añade que «el uso de fuego de artillería por parte de Israel es un mortífero juego de ruleta rusa. En lo que respecta a esta potencia de fuego, las estadísticas implican que en las zonas densamente pobladas como Gaza también se alcanzará inevitablemente a civiles»; véase http://www.huffingtonpost.com/idan-barir/israel-gaza-civilian-deaths_b_5673023.html [https://bit.ly/3yv4u7y].

[429] «Israel Warns Hizbullah War Would Invite Destruction», Ynet News (*Yedioth Ahronoth*), 3 de octubre de 2008, http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-3604893,00.html [https://bit.ly/3dZtudY]. Véase también Yaron London, «The Dahiya Strategy», Ynet News (*Yedioth Ahronoth*), 6 de octubre de 2008, http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-3605863,00.html [https://bit.ly/3p2og7A].

[430] Por ejemplo, Amos Harel, «A Real War Is Under Way in Gaza», *Haaretz*, 26 de julio de 2014, http://www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/.premium-1.607279 [https://bit.ly/3yyuPBZ; acceso restringido].

[431] «22 USC 2754: Purposes for which military sales or leases by the United States are authorized; report to Congress», https://uscode.house.gov/view.xhtml?req=(title:22%20section:2754%20edition:prelim) [https://bit.ly/3dZlmtH].

[432] Shibley Telhami, «American Attitudes on the Israeli-Palestinian Conflict», Brookings, 2 de diciembre de 2016, https://www.brookings.edu/research/american-attitudes-on-the-israeli-palestinian-conflict [https://brook.gs/3dWAZSH].

[433] «Views of Israel and Palestinians», Pew Research Center, 5 de mayo de 2016, http://www.people-press.org/2016/05/05/5-views-of-israel-and-palestinians [https://pewrsr.ch/3e02QBD].

[434] «Republicans and Democrats Grow Even Further Apart in Views of Israel, Palestinians», Pew Research Center, 23 de enero de 2018, https://www.pewresearch.org/politics/2018/01/23/republicans-and-democrats-grow-even-further-apart-in-views-of-israel-palestinians [https://pewrsr.ch/3DZFVkw].

[435] Carroll Doherty, «A New Perspective on Americans' Views of Israelis and Palestinians», Pew Research Center, 24 de abril de 2019, https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/04/24/a-new-perspective-on-americans-views-of-israelis-and-palestinians [https://pewrsr.ch/3F1IfIR].

[436] La principal promotora del proyecto de ley fue la congresista Betty McCollum (del Partido Demócrata-Agrario-Laborista de Minesota); véase https://mccollum.house.gov/media/press-releases/mccollum-introduces-legislation-promote-human-rights-palestinian-children [https://bit.ly/3oZx9ys].

[437] Este tipo de situaciones se describen de forma precisa en John Mearsheimer y Steven Walt, *The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2007 [trad. cast.: *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*, Madrid: Taurus, 2007].

[438] Esto queda patente en el ya mencionado sondeo realizado en 2017-2018 por el Centro Árabe de Investigación y Estudios Políticos a más de dieciocho mil encuestados en once países árabes; véase https://www.dohainstitute.org/en/News/Pages/ACRPS-Releases-Arab-Index-2017-2018.aspx [https://bit.ly/3F5Tm3M].

[439] «Secretary of State to Legation, Jedda, August 17, 1948», *FRUS*, 1948, vol. 2, parte 2, p. 1318. Para conocer más detalles acerca de cómo el régimen saudí sirvió a Washington con respecto a Palestina, véase R. Khalidi, *Brokers of Deceit*, pp. XXIV-XXVII.

[440] Así constaba en una carta de Bush a Sharón entregada el 14 de abril de 2004 durante una reunión celebrada en Washington; véase https://mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/peace/mfadocuments/pages/exchange%20of%20letters%20sharon-bush%2014-apr-2004.aspx [https://bit.ly/3GSDqCr].

[441] Entrevistas con dos altos cargos directamente implicados en el asunto que prefirieron mantener el anonimato, 1 de febrero de 2010 y 11 de enero de 2011.

Conclusión

Un siglo de guerra contra los palestinos

En 1917, Arthur James Balfour declaró que en Palestina el Gobierno británico no tenía «siquiera la intención de pasar por el formulismo de consultar los deseos de los actuales habitantes del país». Las grandes potencias —siguió diciendo— estaban comprometidas con el sionismo, «y el sionismo, sea acertado o equivocado, bueno o malo, está arraigado en tradiciones seculares, en necesidades presentes, en esperanzas futuras, de una importancia mucho más profunda que los deseos y prejuicios de los setecientos mil árabes que hoy habitan esa antigua tierra».[442] Cien años después, Donald Trump reconocía a Jerusalén como capital de Israel, afirmando: «Hemos dejado a Jerusalén fuera de discusión, así que no tenemos que volver a hablar de ello». Asimismo, el presidente estadounidense le dijo a Benjamín Netanyahu: «Has ganado un punto, y cederás algunos puntos más adelante en la negociación, si es que alguna vez se lleva a cabo. Aunque no sé si alguna vez se llevará a cabo».[443] De ese modo se despojó de un plumazo a los palestinos del que constituía el elemento central de su historia, su identidad, su cultura y su religión sin llegar a aparentar siquiera que se consultaban sus deseos.

En el siglo transcurrido entre ambos acontecimientos, las grandes potencias han intentado repetidamente actuar contra los palestinos, ignorarlos, hablar en su nombre, pasar por encima de ellos o fingir que no existían. Sin embargo, pese a tener tanto en contra, los palestinos han demostrado una obstinada capacidad para resistir todos esos intentos de eliminarlos políticamente y esparcirlos a los cuatro vientos. De hecho, trascurridos más de ciento veinte años desde la celebración del primer congreso sionista en Basilea, y más de setenta de la creación del Estado de Israel, se suponía que el pueblo palestino, que no estuvo representado en ninguna de esas dos ocasiones, ya no debía contar con ningún tipo de presencia nacional. En su lugar, debía alzarse supuestamente un Estado judío libre de cualquier oposición de la sociedad autóctona a la que en teoría debía suplantar. Sin embargo, pese a todo su poderío, sus armas nucleares y su alianza con Estados Unidos, hoy el Estado judío no es menos cuestionado a escala mundial de lo que ha sido en cualquier momento del pasado. La resistencia de los palestinos, su perseverancia y su constante desafío a las ambiciones de Israel se cuentan entre los fenómenos más sorprendentes de la época actual.

Durante décadas, Estados Unidos ha adoptado una actitud ambivalente, defendiendo de boquilla la existencia de los palestinos al tiempo que intentaba borrarlos del mapa de Oriente Próximo. La disposición que preveía la creación de un Estado árabe en la resolución de partición de 1947 (por más que nunca llegara a implementarse), la mención que hiciera Jimmy Carter de una «patria» palestina y el apoyo teórico al proyecto de un Estado palestino desde la administración Clinton a la de Obama constituyen todos ellos ejemplos de esa defensa de boquilla. Mucho más numerosos son los casos de exclusión y ninguneo de los palestinos por parte de Estados Unidos: el respaldo de Lyndon Johnson a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU; la marginación de la OLP y la guerra encubierta contra ella en la época de Kissinger, en las décadas de 1960 y 1970; los

acuerdos de Camp David de 1978; el visto bueno de la administración Reagan a la guerra de 1982 en el Líbano, o la falta de voluntad de los diversos presidentes estadounidenses, desde Johnson hasta Obama, para poner fin a la usurpación y la colonización israelí del territorio palestino.

Independientemente de su ambivalencia, Estados Unidos, la gran potencia imperial de la época, como Gran Bretaña antes que ella, brindó su pleno respaldo al movimiento sionista y al Estado de Israel. Pero en Palestina han estado intentando hacer algo imposible: imponer una realidad colonial en una era poscolonial. Eqbal Ahmad lo resumía así: «Agosto de 1947 marcó el comienzo de la descolonización, el momento en el que terminó el dominio británico en la India. Fue en aquellos días de esperanza y plenitud cuando se produjo la colonización de Palestina. Así, en los albores de la descolonización volvimos a la forma más primigenia e intensa de amenaza colonial […], el colonialismo de ocupación exclusivista».[444] En otras circunstancias, o en otra época, el reemplazo de la población autóctona podría haber sido un objetivo factible, habida cuenta especialmente del profundo y arraigado vínculo religioso que tienen los judíos con la tierra en cuestión: por ejemplo, si estuviéramos en el siglo XVIII o XIX, si los palestinos fueran tan pocos como los colonos sionistas o se hubieran visto tan absolutamente diezmados como los pueblos indígenas de Australasia y Norteamérica. Pero la longevidad de la resistencia de los palestinos a su desposesión revela que el movimiento sionista, en palabras del difunto historiador Tony Judt, «llegó demasiado tarde», en cuanto «importó un proyecto separatista característico de finales del siglo XIX en un mundo que ha seguido avanzando».[445]

Con la creación del Estado de Israel, el sionismo logró dar forma a un potente movimiento nacional y posibilitar el surgimiento de un nuevo y floreciente pueblo en Palestina. Pero no pudo suplantar por completo a la población originaria del país, que es justamente lo que habría hecho falta para el triunfo final del sionismo. Históricamente, todos los enfrentamientos

entre la ocupación colonial y las poblaciones autóctonas solo han terminado de una de estas tres formas: con la eliminación o el pleno sometimiento de la población autóctona, como en Norteamérica; con la derrota y expulsión del colonizador, como en Argelia, un caso extremadamente raro; o con el abandono de la supremacía colonial en el contexto de la negociación y la reconciliación, como en Sudáfrica, Zimbabue e Irlanda.

Todavía existe la posibilidad de que Israel intente repetir las expulsiones de 1948 y 1967 y deshacerse de algunos más o de todos los palestinos que permanecen tenazmente en su tierra natal. Ya se han producido otros traslados forzosos de población con criterios étnicos o religiosos en el vecino Irak tras su invasión por Estados Unidos y en Siria desde que el país se sumiera en la guerra y el caos. En 2017 el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados informaba de que el número de refugiados y desplazados en todo el mundo había alcanzado la cifra récord de 68 millones de personas. Con este horrible telón de fondo regional y planetario, que apenas suscita inquietud en el ámbito internacional, no parece que haya muchos elementos que puedan impedir a Israel llevar a cabo ese tipo de acción. Sin embargo, la encarnizada lucha que emprenderían los palestinos contra su expulsión, la intensa atención internacional que suscitaría el conflicto y la creciente difusión del relato palestino mitigan esa perspectiva.

Dada la meridiana claridad de lo que implica la limpieza étnica en un contexto colonial (a diferencia de las circunstancias de una confusa guerra a la vez civil y vicaria interrelacionada con una amplia intervención extranjera, como ha ocurrido en Siria e Irak), probablemente Israel no lo tendría tan fácil para desencadenar una nueva oleada de expulsiones como en el pasado. Aun en el caso de que se emprendiera al amparo de una gran guerra regional, una medida así podría causar un daño irreparable al apoyo de Occidente a Israel, del que este último depende. Sin embargo, existe el creciente temor de que en los últimos años la expulsión se haya convertido

en una perspectiva más probable que en ningún otro momento desde 1948, puesto que los nacionalistas y colonos de marcada tendencia religiosa han pasado a dominar los sucesivos Gobiernos israelíes, se formulan planes de anexión explícitos para Cisjordania y los principales parlamentarios israelíes abogan por la expulsión de toda la población palestina o parte de ella. Actualmente, las políticas punitivas israelíes aspiran a forzar al mayor número posible de palestinos a abandonar el país, al mismo tiempo que desalojan a algunos de ellos de sus hogares y aldeas en Cisjordania y el Néguev, en el propio territorio de Israel, mediante la demolición de viviendas, la venta fraudulenta de propiedades, la recalificación y muchos otros métodos. Solo un paso separa estas tácticas de ingeniería demográfica de probada eficacia de una repetición de la limpieza étnica en toda regla realizada en 1948 y 1967. Aun así, hasta ahora parece poco probable que Israel dé ese paso.

Si la erradicación de la población autóctona no constituye un resultado probable en Palestina, ¿qué hay de la opción de desmantelar la supremacía del colonizador para posibilitar una auténtica reconciliación? La ventaja de la que ha disfrutado Israel para mantener su proyecto reside en el hecho de que en Palestina la naturaleza básicamente colonial del enfrentamiento ha pasado inadvertida a ojos de la mayoría de los estadounidenses, así como de muchos europeos. Israel les parece un Estado-nación tan normal como cualquier otro, enfrentado a la hostilidad irracional de unos musulmanes intransigentes y a menudo antisemitas (que es como muchos ven a los palestinos, incluso a los cristianos que viven entre ellos). La difusión de esta imagen constituye uno de los mayores logros del sionismo y resulta vital para su supervivencia. Como decía Edward Said, el sionismo triunfó, en parte, porque «ganó la batalla política en torno a Palestina en el ámbito internacional en el que las ideas, la representación, la retórica y las imágenes estaban en juego».[446] Esto sigue siendo cierto en gran medida aún hoy. Desmantelar esa falacia y evidenciar la auténtica naturaleza del

conflicto es un paso necesario si se pretende que los palestinos y los israelíes realicen la transición a un futuro poscolonial en el que un pueblo no utilice el apoyo externo para oprimir y suplantar al otro.

Diversas encuestas recientes han puesto de manifiesto los cambios que han empezado a producirse entre algunos sectores de la opinión pública estadounidense. Si bien dichos cambios pueden alentar a quienes defienden la libertad palestina, en realidad no reflejan la postura de la mayoría de la población de Estados Unidos. Y tampoco implican necesariamente que se haya tomado conciencia de la dinámica colonial que subyace al conflicto. Además, la opinión pública puede cambiar de nuevo. Los últimos acontecimientos producidos en Palestina han inclinado ligeramente la balanza de la simpatía a favor de los palestinos, pero otros acontecimientos podrían hacer que se inclinara en la dirección opuesta, como sucedió durante la Segunda Intifada. Se han hecho esfuerzos generosamente financiados para propiciar justamente ese tipo de cambio, en especial difamando de forma sistemática a quienes se han mostrado críticos con Israel tildándolos de «antisemitas»,[447] mientras que los intentos contrarios de reforzar esa tendencia positiva resultan comparativamente insignificantes.

La experiencia de las últimas décadas revela que ha habido tres enfoques eficaces a la hora de ampliar el conocimiento de la realidad palestina. El primero de ellos se basa en la fértil comparación del caso palestino con otras experiencias de ocupación colonial, como las de los amerindios, los sudafricanos o los irlandeses. El segundo, relacionado con el anterior, implica centrarse en el tremendo desequilibrio de poder que existe entre Israel y los palestinos, un rasgo característico de todas las relaciones coloniales. El tercero, y probablemente el más importante, consiste en poner de relieve el problema de la desigualdad.

Establecer la naturaleza colonial del conflicto ha resultado en este caso extremadamente difícil dada la dimensión bíblica del sionismo, que presenta a los recién llegados como la auténtica población autóctona y como los propietarios históricos de la tierra que han colonizado. Bajo esta luz, la población original de Palestina aparece como un elemento ajeno al resurgimiento, tras el Holocausto, de un Estado-nación judío que hunde sus raíces nada menos que en el reino de David y de Salomón: en este noble y elevado escenario los palestinos no son más que unos indeseables intrusos. Poner en cuestión este mito épico es una tarea que resulta especialmente difícil en un país como Estados Unidos, empapado de un protestantismo evangélico que lo hace especialmente susceptible a tan evocador atractivo bíblico y también orgulloso de su pasado colonial. Hay que señalar que en Estados Unidos el término *colonial* tiene connotaciones profundamente distintas de las que lleva aparejadas en las antiguas metrópolis imperiales europeas y los países que antaño formaron parte de sus imperios.

De manera similar, en la historia estadounidense los términos *colono* y *pionero* tienen connotaciones netamente positivas, emanadas del relato heroico de la conquista del Oeste a expensas de su población autóctona proyectado en el cine, la literatura y la televisión. De hecho, existen asombrosos paralelismos entre los relatos sobre la resistencia de los amerindios frente a la desposesión y la de los palestinos. Ambos grupos se presentan como atrasados e incivilizados; como un obstáculo violento, sanguinario e irracional al progreso y la modernidad. Aunque muchos estadounidenses han empezado a cuestionar este hilo argumental de su discurso nacional, la sociedad israelí y sus partidarios todavía celebran su versión fundacional y, de hecho, dependen de ella. Además, las comparaciones entre la experiencia de Palestina y las de los amerindios o los afroamericanos no están exentas de tensiones en la medida en que Estados Unidos aún tiene que aceptar plenamente esos oscuros capítulos de su pasado o abordar sus efectos tóxicos en el presente. Todavía queda un

largo camino por recorrer para transformar la conciencia de los estadounidenses en relación con la historia de su propia nación, y no digamos ya de la de Palestina e Israel, donde Estados Unidos ha desempeñado un importante papel.

La segunda vía para cambiar las actuales percepciones del conflicto —poner de relieve el gran desequilibrio existente entre los palestinos y los poderes desplegados contra ellos— implica demostrar que el movimiento sionista casi siempre ha actuado de forma ofensiva —y no defensiva— en su esfuerzo por llegar a dominar un territorio árabe. Presentar esta realidad de forma inversa ha sido fundamental para obtener la ventaja discursiva lograda por el sionismo, en la que Israel es David frente al Goliat árabe o musulmán. Una ficción más reciente presenta el conflicto como una disputa entre dos pueblos, o incluso entre dos Estados, en una lucha igualada en la que a veces se afirma que a ambas partes les asiste la razón. Pero aun en este caso la versión aceptada es que Israel ha deseado constantemente la paz, que los palestinos han rechazado sistemáticamente («No hay interlocutor para la paz», reza el tópico, que deja a los israelíes, las víctimas, con la necesidad de defenderse frente al terrorismo injustificable y el lanzamiento de cohetes). En realidad, primero el movimiento sionista y luego el Estado de Israel siempre han contado con grandes batallones de su lado, ya fuera gracias al Ejército británico antes de 1939, al apoyo estadounidense y soviético en 1947-1948, a Francia y Gran Bretaña en las décadas de 1950 y 1960 o a la situación vigente desde la década de 1970, donde, además de obtener un apoyo ilimitado de Estados Unidos, el poderío armado de Israel eclipsa no solo al de los palestinos, sino, de hecho, al de todos los países árabes juntos.

Es la cuestión de la desigualdad la que resulta más prometedora de cara a ampliar el conocimiento de la realidad palestina. También es la más importante, en cuanto que fue esencial para la creación de un Estado judío en una tierra mayoritariamente árabe, y resulta vital para mantener el

dominio de dicho Estado. Si la desigualdad puede desempeñar un papel tan crucial, no es solo porque sea anatema para las sociedades igualitarias y democráticas en las que el proyecto sionista ha recabado principalmente su apoyo, sino porque la igualdad de derechos es clave para lograr una resolución justa y duradera de todo el problema.

Dentro del territorio israelí, ciertos derechos importantes están reservados exclusivamente a los ciudadanos judíos, mientras que se niegan al 20 % de sus ciudadanos, que son palestinos. Obviamente, los cinco millones de palestinos que viven bajo un régimen militar israelí en los Territorios Ocupados no tienen ningún derecho en absoluto, mientras que en los mismos territorios más de medio millón de colonos israelíes disfrutan de plenos derechos. Esta discriminación étnica sistémica ha sido siempre una faceta central del sionismo, que por definición tenía como objetivo crear una sociedad y una entidad política judía con derechos nacionales exclusivos en una tierra de mayoría árabe. A pesar de que en 1948 la Declaración de Independencia de Israel garantizaba «la completa igualdad de derechos políticos y sociales a todos sus habitantes sin diferencia de credo, raza o sexo»,[448] en los años posteriores se aprobaron e implementaron docenas de leyes cruciales basadas en la desigualdad de derechos. Dichas leyes restringían severamente o prohibían por completo el acceso de los árabes a la propiedad de la tierra y su residencia en comunidades judías; oficializaban la confiscación de propiedades privadas y colectivas (*waqf*) de personas no judías; impedían que la mayoría de los palestinos autóctonos convertidos en refugiados regresaran a sus hogares mientras otorgaban derechos de ciudadanía a los inmigrantes judíos, y limitaban el acceso de los palestinos a muchos otros beneficios.

Este importante problema es aún más grave hoy en día, cuando la población árabe total de Palestina e Israel desde el río Jordán hasta el mar es igual o quizá incluso algo mayor que la población judía. La idea de que la desigualdad constituye la principal cuestión moral planteada por el

sionismo, y que afecta de raíz a la legitimidad de toda la empresa sionista, es una opinión que comparten algunos distinguidos israelíes. Imaginando a los futuros estudiosos volviendo la vista atrás dentro de cien años, el historiador Zeev Sternhell se preguntaba: «¿En qué momento exacto los israelíes comprendieron que su crueldad hacia los no judíos en el contexto de su control en los Territorios Ocupados, su determinación de romper las esperanzas de independencia de los palestinos o su negativa a ofrecer asilo a los refugiados africanos empezaban a socavar la legitimidad moral de su existencia nacional?».[449]

Durante décadas, los sionistas insistieron, a menudo haciendo referencia a la declaración de independencia del Estado, en que Israel podía ser y era a la vez «judío y democrático». A medida que las contradicciones inherentes a esta formulación se hicieron cada vez más manifiestas, algunos líderes israelíes admitieron (de hecho, incluso declararon con orgullo) que, si se veían obligados a elegir, sería el elemento judío el que tendría prioridad. En julio de 2018, la Knéset consagró esta opción en el derecho constitucional, adoptando la llamada Ley Fundamental de Israel como Estado-nación del pueblo judío, que institucionalizaba la desigualdad jurídica entre los ciudadanos israelíes al arrogar el derecho de autodeterminación nacional exclusivamente al pueblo judío —degradando así el estatus del árabe— y declarar el asentamiento judío un «valor nacional» con precedencia sobre otras necesidades.[450] La exministra de Justicia Ayelet Shaked, que se contaba entre los partidarios más acérrimos de la supremacía judía y entre los promotores de la ley, había argumentado sin rodeos en ese sentido unos meses antes de que se votara, declarando: «Hay lugares donde se debe mantener el carácter del Estado de Israel como un Estado judío, y esto a veces se produce a expensas de la igualdad».[451] Y añadía: «Israel […] no es un Estado de todas sus naciones. Es decir, igualdad de derechos para todos los ciudadanos, pero no igualdad de derechos nacionales».

La cuestión de hacia dónde conduce esta ideología quedaría de manifiesto en las palabras no menos contundentes de Miki Zohar, miembro del Likud y parlamentario de la Knéset. El palestino —declaraba— «no tiene derecho a la autodeterminación porque no es el propietario de la tierra. Lo quiero como residente por una cuestión de honestidad personal, puesto que nació aquí, vive aquí, y nunca le pediría que se fuera. Pero, lamento decirlo, adolecen de un importante defecto: no nacieron judíos».[452] Esta conexión entre el derecho exclusivo a la tierra y la condición de pueblo resulta crucial para cierto nacionalismo centroeuropeo de tipo *Blut und Boden* (Sangre y Tierra), que es justamente el contexto en el que surgió el sionismo. Comentando un primer borrador de la ley del Estado-nación judío, Sternhell, cuya especialidad académica es el fascismo europeo, señalaba que las ideas constitucionales subyacentes a dicha ley van en la línea de las de Charles Maurras, el antisemita y neofascista francés de la década de 1930, o de los modernos nacionalistas polacos y húngaros y los «chovinistas europeos más intransigentes». En cambio —añadía—, están completamente reñidas con las ideas liberales de la Revolución francesa y de la estadounidense.[453]

Al abrazar esta esencia antiliberal y discriminatoria, el sionismo moderno se sitúa en una posición cada vez más contraria a los ideales en los que se basan las democracias occidentales, especialmente el de la igualdad. Para los países como Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia o Alemania, que aprecian estos valores —por más que a menudo los honren solo quebrantándolos—, y que actualmente se ven amenazados por potentes tendencias populistas y autoritarias derechistas antiliberales, este debería ser un asunto serio, sobre todo teniendo en cuenta que Israel todavía depende de su apoyo.

Por último, erradicar la desigualdad sistémica inherente al sionismo resulta esencial para crear un futuro mejor para ambos pueblos, palestinos e israelíes. Cualquier fórmula propuesta como resolución del conflicto

fracasará necesaria e inevitablemente si no se basa plenamente en el principio de igualdad. La igualdad absoluta en materia de derechos humanos, personales, civiles, políticos y nacionales debe consagrarse en cualquier proyecto futuro que se pretenda que en última instancia acaben aceptando ambas sociedades. Esta puede parecer una recomendación altisonante, pero ninguna otra abordará el núcleo del problema ni será sostenible y duradera.

Esto nos deja con la espinosa cuestión de cómo alejar a los israelíes de su apego a la desigualdad, que a menudo se oficializa y se justifica por una necesidad de seguridad. Esta presunta necesidad está arraigada en gran medida en una historia real de inseguridad y persecución, pero, en respuesta a este trauma del pasado, se ha educado a las actuales generaciones en un dogma reflejo de nacionalismo agresivo cuyo tenaz predominio será difícil de romper. Así, los ciudadanos judíos de la que resulta ser una superpotencia regional que intimida a sus vecinos (y ha bombardeado impunemente las capitales de siete de ellos)[454] sufren de una profunda inseguridad arraigada en parte en esa historia, y quizá también en una velada inquietud ante la posibilidad de que la realidad colonial en la que viven, tan cuidadosamente construida y justificada, podría desmoronarse de repente. El síndrome que impulsa este imperativo de dominio y discriminación probablemente solo pueda abordarse por parte de aquellos miembros de la propia sociedad israelí (o personas cercanas a ella) que sean a la vez conscientes de la sombría naturaleza del rumbo actual del país y capaces de cuestionar la distorsión de la historia, la ética y el judaísmo que entraña esta ideología. Esta es sin duda la principal y más urgente tarea de quienes, entre los israelíes y sus partidarios, desean cambiar la dinámica de injusticia y desigualdad.

También los palestinos deben alejarse de otro pernicioso error, que hunde sus raíces en la naturaleza colonial de su relación con el sionismo y en la negación de este de la existencia del pueblo palestino: el de creer que los

israelíes judíos no son un pueblo «real» y no tienen derechos nacionales. Si bien es cierto que el sionismo ha transmutado la religión judía y la condición histórica de los judíos como pueblo en algo completamente distinto —un nacionalismo moderno—, eso no elimina el hecho de que actualmente los judíos israelíes se consideran un pueblo con un sentimiento de pertenencia *nacional* a Palestina, a lo que para ellos es la Tierra de Israel, independientemente de cómo se haya producido esa transmutación. También los actuales palestinos se consideran un pueblo con vínculos *nacionales* con la que de hecho es su patria ancestral, por razones tan arbitrarias y coyunturales como las que guiaron al sionismo o tan arbitrarias como cualquiera de las razones que llevaron al surgimiento de montones de movimientos nacionales modernos. Esta conclusión sobre el carácter de constructo de todas las entidades nacionales, que enfurece a los apóstoles del nacionalismo, resulta evidente para quienes han estudiado su génesis en un sinnúmero de circunstancias distintas.[455]

La ironía es que, como todos los pueblos, los palestinos presuponen que su nacionalismo es puro e históricamente enraizado mientras niegan la misma condición al de los judíos israelíes. Obviamente, existe una diferencia entre ambos: la mayoría de los palestinos descienden de personas que han vivido en lo que de forma natural consideran su país durante largo tiempo; durante muchos siglos, si no milenios. En cambio la mayoría de los judíos israelíes vinieron de Europa y de los países árabes en fechas relativamente recientes en el marco de un proceso colonial sancionado y mediado por las grandes potencias. Los primeros son autóctonos; los segundos son colonos o descendientes de colonos, aunque hoy en día muchos de ellos llevan allí varias generaciones y tienen una antigua y profundamente sentida conexión religiosa con el país, por más que completamente distinta del arraigo secular de los palestinos autóctonos. Dado que este es un conflicto colonial, esa diferencia reviste una enorme importancia. Sin embargo, nadie negaría hoy que en Estados fundados por

colonos como Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda o Australia existen entidades nacionales plenamente desarrolladas por más que se originaran en guerras coloniales de exterminio. Además, para quienes se sienten embriagados de nacionalismo, estas distinciones entre colonos y pueblos autóctonos carecen de importancia. En palabras del antropólogo Ernest Gellner: «Las naciones como forma natural de origen divino de clasificar a los hombres, como destino político intrínseco […] son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas preexistentes y las convierte en naciones, otras veces las inventa, y a menudo arrasa las culturas preexistentes: *eso* es una realidad».[456]

Aunque es forzoso reconocer la naturaleza fundamentalmente colonial de la relación entre palestinos e israelíes, hoy hay dos pueblos en Palestina, independientemente de cómo hayan llegado a existir, y no puede resolverse el conflicto entre ambos mientras cada uno de ellos niegue la existencia nacional del otro. Su aceptación mutua solo puede basarse en la plena igualdad de derechos, incluidos los derechos nacionales, y pese a las cruciales diferencias históricas que existen entre ambos. No es posible ninguna otra solución que resulte sostenible a largo plazo, salvo la opción impensable del exterminio o la expulsión de un pueblo por parte del otro. Superar la resistencia de quienes se benefician del *statu quo* a fin de garantizar la igualdad de derechos para todos en este pequeño país situado entre el río Jordán y el mar: eso dará la medida del ingenio político de todas las partes involucradas. Asimismo, reducir el amplio y constante apoyo externo a un *statu quo* que resulta discriminatorio y profundamente desigual serviría sin duda para allanar el camino.

El hecho es, no obstante, que la guerra contra Palestina ha superado los cien años de existencia con los palestinos obligados a hacer frente a circunstancias probablemente más desalentadoras de las que ha tenido que afrontar en ningún otro momento desde 1917. Tras ser elegido, Donald

Trump empezó a trabajar en pos de lo que él llamaba «el acuerdo del siglo», supuestamente encaminado a lograr una resolución concluyente del conflicto. El acuerdo implicó echar por la borda décadas de políticas estadounidenses consolidadas, subcontratar la planificación estratégica a Israel y llenar de desprecio a los palestinos. En unas declaraciones que no hacían presagiar nada bueno, el embajador de Trump en Israel, David Friedman (su abogado especializado en quiebras y, durante largo tiempo, uno de los financieros del movimiento de los colonos judíos), habló de una «supuesta ocupación» y exigió que el Departamento de Estado dejara de utilizar este último término. Asimismo, afirmó en una entrevista que Israel tenía «derecho» a anexionarse al menos «parte de Cisjordania, pero probablemente toda ella».[457] Jason Greenblatt, durante más de dos años enviado estadounidense para las negociaciones entre Israel y Palestina (y, anteriormente, abogado de Trump en asuntos inmobiliarios y también donante de las causas de la derecha israelí), declaró que los asentamientos de Cisjordania «no son un obstáculo para la paz», rechazó asimismo el uso del término *ocupación* en una reunión con representantes de la Unión Europea[458] y mostró su respaldo a las opiniones de Friedman sobre la anexión.

La nueva administración se apresuró a anunciar a bombo y platillo la adopción de un enfoque «centrípeto» en el que tres de las monarquías árabes sunníes del Golfo —Arabia Saudí, los Emiratos y Baréin (a menudo descritas falsamente como representantes de los árabes sunníes)— se unieron en una alianza *de facto* con Israel para plantar cara a Irán. El subproducto de esta configuración fue que estos y otros regímenes árabes aliados de Estados Unidos se vieron alentados a intimidar a los palestinos para que aceptaran posturas maximalistas israelíes que serían —y parecían destinadas a ser— fatales para su causa. Esta iniciativa se coordinó estrechamente con dichos regímenes a través de la mediación del insólito enviado presidencial Jared Kushner, yerno de Trump, también él un

magnate inmobiliario y un ferviente extremista sionista cuya familia había donado dinero asimismo para asentamientos judíos.

En connivencia con sus socios del Golfo, en una conferencia celebrada en junio de 2019 en Baréin y en otros lugares, Kushner, Greenblatt y Friedman impulsaron públicamente lo que en esencia venía a ser una iniciativa de desarrollo económico para Cisjordania y la Franja de Gaza destinada a funcionar en el marco existente de un control israelí prácticamente completo. Kushner puso en duda la viabilidad de una autonomía palestina independiente, declarando que «habrá que ver» y echando mano del clásico léxico colonialista para añadir: «La esperanza es que con el tiempo puedan llegar a ser capaces de gobernar». Lo único que merecían los palestinos, en opinión de Kushner, era «la oportunidad de vivir una vida mejor […], la oportunidad de pagar su hipoteca».[459] Con su solución básicamente económica, esta troika exhibía una extraordinaria ignorancia de la realidad, refrendada por un sólido consenso de expertos, de que el principal factor que ha estrangulado la economía palestina ha sido justamente la sistemática injerencia de la ocupación militar israelí que su plan pretendía mantener. La administración Trump no hizo sino exacerbar este estrangulamiento económico al recortar la ayuda estadounidense a la Autoridad Palestina y a UNRWA, mientras seguía respaldando el bloqueo israelí de Gaza con la ayuda de Egipto, pese a sus desastrosos efectos para 1,8 millones de personas.

Al parecer, el aspecto político crucial del «acuerdo del siglo» de Trump formaba parte del esbozo de una propuesta estadounidense-israelí que se quiso forzar a aceptar a la Autoridad Palestina. Supuestamente implicaba la creación de una entidad no contigua y no soberana sin que se eliminara ninguno de los asentamientos israelíes ilegales existentes, que serían reconocidos, «legalizados» y anexionados a Israel. Esta entidad permanecería bajo el control absoluto de la seguridad israelí (¡que supuestamente tendrían que pagar los propios palestinos!) y, por lo tanto,

sería un Estado solo de nombre. No tendría soberanía ni control sobre Jerusalén y su territorio estaría integrado por la Franja de Gaza y las decenas de fragmentos dispares que constituyen las Áreas A y B —en total, menos del 40 % de Cisjordania—, con la posibilidad de incluir tal vez algunas partes del Área C, pero solo en virtud de futuras negociaciones.[460]

Un hecho íntegramente vinculado a este planeamiento fue el reconocimiento por parte de Trump de la capitalidad israelí de Jerusalén en diciembre de 2017 y el posterior traslado de la embajada estadounidense a dicha ciudad. Esta medida marcó un alejamiento radical de la que durante más de setenta años había sido la política de Estados Unidos desde la Resolución 181 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en virtud de la cual el estatus de la Ciudad Santa permanecería en suspenso a la espera de una resolución final de la cuestión palestina que habrían de acordar ambas partes conjuntamente. A esta afrenta le siguió luego una nueva proclamación de Trump en la que reconocía la soberanía israelí de los Altos del Golán —que Israel ya se había anexionado *de facto* en 1981 —, lo que constituía otro cambio radical en la política estadounidense.

Con ambos pronunciamientos, la administración Trump zanjaba dos importantes cuestiones de manera unilateral, pese a que Israel está obligado por tratado a negociar con los palestinos al menos una de ellas: la de Jerusalén. Además de revertir varias décadas de política estadounidense, el equipo de Trump desdeñaba todo un corpus de derecho y consenso internacional, las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU, la opinión pública mundial y, por supuesto, los derechos de los palestinos. Trump aceptaba plenamente la postura de Israel sobre la cuestión vital de Jerusalén, y lo hacía sin exigir ninguna contrapartida a los israelíes y sin tener en cuenta para nada las demandas de Palestina de que la ciudad se reconociera como su propia capital. Y lo que no es menos importante: con ello, Trump respaldaba de manera implícita la generosa definición israelí de una «Jerusalén unificada», que incluía las amplias zonas árabes, en la

ciudad y sus alrededores, de las que Israel se había apropiado desde 1967. Si bien la administración Trump manifestó que aún quedaban por negociar las fronteras vigentes, en la práctica su proclamación implicaba que de hecho no había nada que negociar.

Mediante estas y otras acciones, la Casa Blanca venía a corroborar implícitamente los contornos de la propuesta estadounidense-israelí: evitaba respaldar de manera explícita una solución de dos Estados; ponía fin a la existencia de la misión palestina en Washington y del consulado estadounidense en Jerusalén Este que había servido como embajada extraoficial para los palestinos, y afirmaba que, contrariamente a la situación de todos los demás refugiados desde la Segunda Guerra Mundial, los descendientes de los palestinos declarados refugiados en 1948 no tenían tal condición. Por último, al respaldar la anexión israelí de Jerusalén y los Altos del Golán, Trump sentaba las bases para la futura anexión de cualquier parte de la Cisjordania ocupada que Israel decidiera engullir.

A cambio de este drástico menoscabo de sus derechos, a los palestinos se les ofrecería dinero, recaudado en las monarquías del Golfo. La oferta se formalizó en una conferencia celebrada en junio de 2019 en Baréin, a la que la Autoridad Palestina se negó a asistir. La propuesta de Kushner de sobornar a la oposición palestina —que rechazaba un plan que obviaba un acuerdo político negociado— no era más que una versión recalentada de otros planes similares para favorecer la «paz económica» en lugar de los derechos promocionados por diversos líderes israelíes, desde Shimon Peres hasta Netanyahu. Para este último, como para los partidarios ultranacionalistas de los colonos extremistas, añadir un edulcorante económico a la amarga píldora que los palestinos estaban destinados a tragar se había convertido en un aspecto esencial de su enfoque explícitamente anexionista.

De hecho, lo más llamativo de la nueva política de la Casa Blanca con respecto a Oriente Próximo era que en la práctica se había externalizado a

Netanyahu y sus aliados tanto en Israel como en Estados Unidos. De hecho, sus iniciativas parecen haber venido envasadas directamente del almacén de ideas de la derecha israelí: trasladar la embajada de Estados Unidos a Jerusalén, reconocer la anexión del Golán, prescindir alegremente de la cuestión de los refugiados palestinos, tratar de liquidar a UNRWA y retirarse del acuerdo nuclear con Irán de la era Obama. Apenas quedaban ya unos pocos elementos en la lista de deseos de Netanyahu: la anexión de gran parte de Cisjordania, el rechazo oficial de Estados Unidos a la idea de un Estado soberano palestino, la creación de un Gobierno palestino colaboracionista y totalmente desprovisto de poder real…, en suma, todo el paquete destinado a coaccionar a los palestinos para aceptar que son un pueblo derrotado.

Nada de esto era totalmente nuevo dado el comportamiento de Estados Unidos en el pasado. Pero la gente de Trump abandonó incluso la vieja y manida apariencia de imparcialidad que había caracterizado hasta entonces la actuación del Gobierno estadounidense. Con este plan, Estados Unidos dejaba de ser el «abogado de Israel» para convertirse en portavoz del Gobierno más extremista de la historia israelí, proponiendo negociar directamente con los palestinos en nombre de Israel con la grata ayuda de sus aliados árabes más cercanos. Quizá la Casa Blanca estuviera tramando algo más: generar proyectos de propuestas tan insultantemente proisraelíes que resultaran inaceptables incluso para los palestinos más dóciles. Con esta táctica, el Gobierno israelí podría retratar a los palestinos como recalcitrantes refractarios y seguir evitando las negociaciones mientras se mantenía el *statu quo* de la anexión progresiva, la expansión de la colonización y la discriminación legal. En cualquier caso, el resultado sería el mismo: se notificaba a los palestinos que la perspectiva de un futuro independiente en su patria se había cerrado y que la empresa colonial israelí tenía las manos libres para modelar Palestina como quisiera.

Esta es una conclusión que la mayor parte del mundo rechaza, y que sin duda encontrará resistencia tanto a escala local como global. También choca frontalmente con todos los principios de libertad, justicia e igualdad que se supone que defiende Estados Unidos. Una resolución impuesta estrictamente en los rigurosos términos de Israel comportará inevitablemente más conflicto e inseguridad para todos los involucrados. Para los palestinos, sin embargo, también brinda oportunidades.

Las estrategias empleadas hasta ahora por las dos principales facciones políticas palestinas, Fatah y Hamás, no han servido de nada, como demuestra la aceleración del control israelí sobre todo el territorio palestino. Ni la estrategia que ha caracterizado la era Abás —la dependencia de la mediación estadounidense en una serie de negociaciones infructuosas en el contexto del recurso exclusivo a una diplomacia por lo demás débil— ni, por otro lado, la teórica estrategia de resistencia armada de Hamás han hecho nada para favorecer los objetivos nacionales palestinos en las últimas décadas. Tampoco pueden esperar mucho los palestinos de regímenes árabes como los de Egipto y Jordania, que hoy no se avergüenzan de firmar acuerdos masivos de suministro de gas con Israel, o de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, que han comprado armas y sistemas de seguridad israelíes a través de tapaderas estadounidenses que apenas disimulan levemente su origen.[461] Tomar conciencia de todo esto y actuar en consecuencia exige a los palestinos una minuciosa revaluación de sus métodos independientemente de cómo definan sus objetivos nacionales: o bien el final de la ocupación y la reversión de la colonización del territorio palestino; o bien la creación de un Estado palestino en el 22 % restante de la Palestina mandataria, con la Jerusalén Este árabe como capital; o bien el retorno a su patria ancestral de esa mitad del pueblo palestino que actualmente vive en el exilio; o bien la creación de un Estado binacional

democrático y soberano en toda Palestina con los mismos derechos para todos; o bien alguna combinación o permutación de estas opciones.

Como la parte más débil del conflicto, el bando palestino no puede permitirse el lujo de seguir dividido. Pero antes de que pueda lograrse la unidad es necesaria una redefinición de objetivos basada en un nuevo consenso nacional. Un elemento que pone seriamente en tela de juicio tanto a Fatah como a Hamás es la constatación de que en las últimas décadas diversas iniciativas de la sociedad civil como el movimiento Boicot, Desinversiones y Sanciones (o Movimiento BDS) y el activismo estudiantil han hecho más para favorecer la causa palestina que todos los esfuerzos emprendidos por estas dos grandes facciones. Una reconciliación repararía al menos parte del daño causado por su escisión, pero la reconciliación entre dos movimientos políticos ideológicamente en bancarrota, por importante que pueda ser, no brindará la novedosa y dinámica estrategia necesaria para sacar a la causa palestina de su actual estado de estancamiento y repliegue.

Uno de los cambios esenciales que se requieren implica reconocer que la estrategia diplomática adoptada por la OLP desde la década de 1980 estaba fatalmente lastrada en cuanto Estados Unidos no es, ni puede ser, un mediador, un intermediario o una parte neutral. Durante largo tiempo, los estadounidenses se han opuesto a las aspiraciones nacionales palestinas y se han comprometido formalmente a apoyar las posiciones del Gobierno israelí con respecto a Palestina. El movimiento nacional palestino debe ser consciente de la auténtica naturaleza de la postura estadounidense y emprender una labor política e informativa de base específicamente destinada a defender su causa en Estados Unidos, como ha hecho el movimiento sionista durante más de un siglo. Esta tarea no tiene por qué requerir necesariamente varias generaciones, dados los importantes cambios que ya se han producido en determinados sectores clave de la opinión pública. Hay mucha base sobre la que construir.

Sin embargo, no parece que los escindidos líderes palestinos actuales comprendan mejor el funcionamiento de la sociedad y la política estadounidenses que sus predecesores. No tienen ni idea de cómo ganarse a la opinión pública estadounidense ni han hecho ningún intento serio de conectar con ella. Esta ignorancia de la compleja naturaleza del sistema político de Estados Unidos ha impedido la formulación de un programa sostenido para llegar a elementos de la sociedad civil potencialmente receptivos. En cambio, pese a la posición dominante de la que disfrutan en Estados Unidos, Israel y sus partidarios siguen gastando cuantiosos recursos para promover su causa en el ámbito público. Aunque el esfuerzo por apoyar la causa de los derechos de los palestinos está escasamente financiado y ha consistido únicamente en iniciativas de diversos elementos de la sociedad civil, ha logrado éxitos notables en diversos ámbitos, entre los que cabe destacar el artístico (especialmente, el cine y el teatro); el jurídico-legal, donde los defensores de la libertad de expresión y la Primera Enmienda se han convertido en vitales aliados frente a los constantes ataques contra los partidarios del BDS; diversas áreas del mundo académico, en especial los estudios sobre la interacción entre Estados Unidos y Oriente Próximo; algunos sindicatos e iglesias, y ciertos sectores clave de las bases del Partido Demócrata.

Es necesario realizar una labor similar en Europa, Rusia, India, China, Brasil y los Estados no alineados. En los últimos años Israel ha hecho progresos de cara a ganarse a las élites y la opinión pública de dichos países, mientras que muchos de ellos, especialmente China y la India, están adoptando un papel más activo en Oriente Próximo.[462] Aunque la mayoría de los Estados árabes están controlados por regímenes antidemocráticos subordinados a Estados Unidos y deseosos de obtener la aprobación israelí, la opinión pública árabe sigue siendo extremadamente sensible al atractivo de la causa palestina. Así, en un sondeo realizado en 2016 en una docena de países árabes, el 75 % de los encuestados consideraban que la causa

palestina constituía un motivo de interés para todos los árabes, mientras que el 86 % desaprobaban el reconocimiento árabe de Israel debido a sus políticas antipalestinas.[463] Los palestinos deben resucitar la antigua estrategia de la OLP consistente en saltarse a los líderes de los regímenes insensibles para apelar directamente a la simpatía de la opinión pública árabe.

Lo más importante es que, en caso de que resulte factible entablar negociaciones a partir de un consenso palestino, cualquier postura diplomática futura debe pasar por rechazar la fórmula provisional de Oslo y actuar sobre una base completamente distinta. Es necesario llevar a cabo una intensiva campaña diplomática y de relaciones públicas a escala global para exigir el patrocinio internacional y rechazar que Estados Unidos sea el único que controle el proceso (una demanda que ya ha planteado, siquiera débilmente, la Autoridad Palestina). Aparte de esto, de cara a las negociaciones, los palestinos deberían tratar a Estados Unidos como una extensión de Israel: como superpotencia, el país estaría necesariamente representado en cualquier conversación, pero debería considerársele una parte contraria, e incluso sentarla con Israel en el lado opuesto de la mesa, lo que sería representativo de su posición real al menos desde 1967.

En unas potenciales nuevas negociaciones habría que reabrir todas aquellas cuestiones cruciales provocadas por la guerra de 1948 que en 1967 se saldaron a favor de Israel mediante la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: las fronteras de la partición establecidas en 1947 por la Resolución 181 de la Asamblea General y su propuesta de *corpus separatum* para Jerusalén; el regreso y la indemnización de los refugiados, y la cuestión de los derechos políticos, nacionales y civiles de los palestinos en el territorio de Israel. Tales conversaciones deberían hacer especial hincapié en la plena igualdad de trato para ambos pueblos y fundamentarse en la Convención de La Haya, el Cuarto Convenio de Ginebra, la Carta de las Naciones Unidas (con su énfasis en la

autodeterminación nacional) y todo el conjunto de las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad y la Asamblea General de la ONU, no solo aquellas escrupulosamente elegidas por Estados Unidos para favorecer a Israel.

No parece probable que la administración estadounidense y, aún menos, el Gobierno israelí acepten esos términos, de modo que por el momento serían requisitos previos inasumibles para las negociaciones. Pero precisamente ahí está la gracia. Su objetivo es cambiar las reglas del juego para alejarse de las fórmulas concebidas específicamente para favorecer a Israel. Seguir negociando sobre bases tan extremadamente deficientes como las actuales solo serviría para afianzar un *statu quo* que desemboca en la absorción final de Palestina en la Gran Tierra de Israel. Si se emprendiera una iniciativa diplomática y de relaciones públicas seria y sostenida por parte palestina en defensa de los nuevos términos destinados a lograr una paz justa y equitativa, muchos países se avendrían a considerarlos. Incluso puede que estuvieran dispuestos a cuestionar el medio siglo de monopolio estadounidense sobre todas las negociaciones de paz, un monopolio que en realidad ha resultado crucial para impedir la paz en Palestina.[464]

Un elemento olvidado pero esencial de la agenda política palestina es la labor que debe realizarse en el propio Israel, en especial la de convencer a los israelíes de que existe una alternativa a la actual opresión de los palestinos. Se trata de un proceso a largo plazo que no puede descartarse por considerarlo una forma de «normalizar» las relaciones con Israel: ni los argelinos ni los vietnamitas tuvieron la estrechez de miras de negarse a sí mismos la oportunidad de convencer a la opinión pública nacional de su opresor de la justicia de su causa, y dichos esfuerzos contribuyeron considerablemente a su victoria. Tampoco los palestinos deberían hacerlo.

El pueblo palestino, cuya resistencia al colonialismo ha entrañado una ardua batalla, no debe esperar resultados inmediatos. Ha demostrado una paciencia, una perseverancia y una firmeza inusuales en la defensa de sus

derechos, lo que constituye la principal razón por la que su causa sigue viva. Ahora resulta esencial que todos los elementos de la sociedad palestina adopten una estrategia meditada a largo plazo, lo que implica reconsiderar mucho de lo que se ha hecho en el pasado, entender cómo otros movimientos de liberación lograron alterar un equilibrio de fuerzas desfavorable e intentar ganarse a todos los aliados posibles en su lucha.

Dado que actualmente el mundo árabe se halla en un estado de confusión mayor que en ningún otro momento desde el final de la Primera Guerra Mundial y que el movimiento nacional palestino parece haber perdido el norte, podría parecer que esto representa una oportunidad para que Israel y Estados Unidos se confabulen con sus autocráticos socios árabes para enterrar la cuestión palestina, librarse de los palestinos y declarar la victoria. Probablemente las cosas no son tan sencillas. Está la cuestión nada trivial de la opinión pública árabe, a la que puede engañarse algunas veces, pero no siempre, y que se manifiesta enarbolando banderas palestinas cada vez que las corrientes democráticas se alzan contra la autocracia, como ocurrió en El Cairo en 2011 y en Argel en la primavera de 2019. La hegemonía regional de Israel depende en gran medida de la permanencia en el poder de regímenes árabes antidemocráticos que repriman ese sentimiento. Por muy remota que pueda parecer hoy, la auténtica democracia en el mundo árabe constituiría una grave amenaza para el dominio regional y la libertad de acción de Israel.

No menos importante es la resistencia popular que cabe esperar que sigan ofreciendo los palestinos independientemente del mezquino acuerdo al que sus desacreditados líderes caigan en el error de dar su aprobación. Aunque Israel es la potencia hegemónica nuclear de Oriente Próximo, su dominio no es incontestable en la región, como tampoco lo es la legitimidad de los regímenes árabes antidemocráticos que de manera creciente se están convirtiendo en sus satélites. Por último, Estados Unidos, pese a todo su

poder, ha desempeñado un papel secundario —a veces ninguno en absoluto — en las crisis en Siria, Yemen, Libia y otros países de la región. Tampoco mantendrá necesariamente el cuasi monopolio de la cuestión palestina, y, de hecho, de todo Oriente Próximo, del que ha disfrutado durante tanto tiempo.

La configuración del poder global ha cambiado y seguirá haciéndolo. En función de sus crecientes necesidades energéticas, China y la India tendrán más que decir sobre Oriente Próximo en el nuevo siglo que en el anterior. Al estar geográficamente más cerca de la región, Europa y Rusia también se han visto más afectadas por su inestabilidad que Estados Unidos, y cabe esperar que desempeñen un papel más relevante. Asimismo, lo más probable es que Estados Unidos no siga teniendo la libertad de maniobra que antaño tuvo Gran Bretaña. Quizá tales cambios permitan a los palestinos, junto con los israelíes y otros pueblos de todo el mundo que desean paz, estabilidad y justicia en Palestina, trazar una trayectoria distinta de la de la opresión de un pueblo por parte de otro. Solo una vía basada en la igualdad y la justicia podrá concluir la guerra de los cien años contra Palestina con una paz duradera, que traiga consigo la liberación que el pueblo palestino merece.

---

[442] «Memorandum by Mr. Balfour (Paris) respecting Syria, Palestine, and Mesopotamia», 11 de agosto de 1919, en E. L. Woodward y Rohan Butler (eds.), *Documents on British Foreign Policy, 1919–1939*, Londres: HM Stationery Office, 1952, pp. 340-348, https://bit.ly/3e3JwDj (acceso restringido).

[443] «Full text: Trump and Netanyahu remarks in Davos», 25 de enero de 2018, https://bit.ly/325ydIb.

[444] C. Bengelsdorf *et al*. (eds.), *The Selected Writings of Eqbal Ahmad*, p. 301.

[445] El artículo de Judt, «Israel: The Alternative» (*The New York Review of Books*, 23 de octubre de 2003), muy polémico en su momento, hoy probablemente causaría menos perturbaciones, aunque en la atmósfera actual su crítica al sionismo podría atraer muy bien absurdas acusaciones de antisemitismo.

[446] «Introducción» a Edward Said y Christopher Hitchens (eds.), *Blaming the Victims: Spurious Scholarship and the Palestinian Question*, Nueva York: Verso, 1988, p. 1.

[447] Esos esfuerzos internacionales, estrechamente coordinados por el Ministerio de Asuntos Estratégicos israelí, se centran especialmente en etiquetar de «antisemita» al movimiento Boicot, Desinversiones y Sanciones (o Movimiento BDS). En *Journal of Palestine Studies* han aparecido varios artículos al respecto: Shir Hever, «BDS Suppression Attempts in Germany Backfire», vol. 48, n.º 3 (primavera de 2019), pp. 86-96; Barry Trachtenberg y Kyle Stanton, «Shifting Sands: Zionism and US Jewry», vol. 48, n.º 2 (invierno de 2019), pp. 79-87; Dominique Vidal, «Conflating Anti-Zionism with Anti-Semitism: France in the Crosshairs», vol. 48, n.º 1 (otoño de 2018), pp. 119-130; Moshe Machover, «An Immoral Dilemma: The Trap of Zionist Propaganda», vol. 47, n.º 4 (verano de 2018), pp. 69-78.

[448] «The Declaration of the Establishment of the State of Israel», 14 de mayo de 1948, https://www.mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/peace/guide/pages/declaration%20of%20establishment%20of%20state%20of%20israel.aspx [https://bit.ly/3sbPv1a; puede verse una traducción del documento al español en «Declaración de Independencia de Israel», https://bit.ly/326efxf].

[449] Zeev Sternhell, «En Israël pousse un racisme proche du nazisme à ses débuts», *Le Monde*, 20 de febrero de 2018, p. 22.

[450] Puede verse un lúcido análisis de la ley en Hassan Jabareen y Suhad Bishara, «The Jewish Nation-State Law: Antecedents and Constitutional Implications», *Journal of Palestine Studies*, vol. 48, n.º 2 (invierno de 2019), pp. 46-55. En las pp. 44-45 se reproduce el texto de la ley, mientras que en las pp. 56-57 se aborda la cuestión del requerimiento planteado al Tribunal Supremo israelí sobre su contenido por parte de Adalah, el Centro Jurídico para los Derechos de la Minoría Árabe en Israel.

[451] Revital Hovel, «Justice Minister: Israel Must Keep Jewish Majority Even at the Expense of Human Rights», *Haaretz*, 13 de febrero de 2018, https://www.haaretz.com/israel-news/justice-minister-israel-s-jewish-majority-trumps-than-human-rights1.5811106 [https://bit.ly/3mw53tl].

[452] *Ibid.* Véase también Ravit Hecht, «The Lawmaker Who Thinks Israel Is Deceiving the Palestinians: "No One Is Going to Give Them a State"», *Haaretz Weekend*, 28 de octubre de 2017, https://www.haaretz.com/israel-news/.premium.MAGAZINE-the-lawmaker-who-thinks-israel-is-deceiving-the-palestinians-1.5460676 [https://bit.ly/3IYSwIu].

[453] Sternhell, «En Israël pousse un racisme proche du nazisme à ses débuts».

[454] Los aviones israelíes han bombardeado en diferentes momentos Túnez, El Cairo, Jartum, Amán, Beirut, Damasco y Bagdad, en varios casos de forma repetida, y en algunos en fecha reciente.

[455] Este es uno de los principales argumentos de mi libro *Palestinian Identity*, en sintonía con las tesis expuestas por algunos de los más reputados autores que han escrito sobre la cuestión del nacionalismo, como Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y Ernest Gellner.

[456] Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1983, pp. 48-49 [trad. cast.: *Naciones y nacionalismos*, Madrid: Alianza, 2008, trad. de Javier Setó Melis].

[457] Peter Beaumont, «Trump's Ambassador to Israel Refers to "Alleged Occupation" of Palestinian Territories», *The Guardian*, 1 de septiembre de 2017, https://www.theguardian.com/us-news/2017/sep/01/trump-ambassador-israel-david-friedman-alleged-occupation-palestinian-

territories [https://bit.ly/3ywhji5]; Nathan Guttman, «US Ambassador to Israel Asked State Department to Stop Using the Word "Occupation"», *The Forward*, 26 de diciembre de 2017, https://forward.com/fast-forward/390857/us-ambassador-to-israel-asked-state-dept-to-stop-using-the-word-occupation [https://bit.ly/3p0o8W0]; David Halbfinger, «US Ambassador Says Israel Has Right to Annex Parts of West Bank», *The New York Times*, 8 de junio de 2019, https://www.nytimes.com/2019/06/08/world/middleeast/israel-west-bank-david-friedman.html [https://nyti.ms/3F2C87n; acceso restringido].

[458] Ruth Eglash, «Top Trump Adviser Says Settlements Are Not an Obstacle to Peace», *The Washington Post*, 10 de noviembre de 2017, https://www.washingtonpost.com/world/middle_east/top-trump-adviser-says-israeli-settlements-are-not-an-obstacle-to-peace/2016/11/10/8837b472-5c81-49a3-947c-ba6a47c4bc2f_story.html [https://wapo.st/3E2e7Mb]; Piotr Smolar, «Washington ouvrira son ambassade à Jerusalem en mai», *Le Monde*, 25-26 de febrero de 2018, p. 4.

[459] Jonathan Swan, «Kushner, For First Time, Claims He Never Discussed Security Clearance with Trump», *Axios*, 3 de junio de 2019, https://www.axios.com/jared-kushner-security-clearance-donald-trump-f7706db1-a978-42ec-90db-c2787f19cef3.html [https://bit.ly/3E2eG8L].

[460] «Palestine Chief Negotiator Reveals Details of Trump Peace Plan», *Middle East Monitor*, 22 de enero de 2018, https://www.middleeastmonitor.com/20180122-palestine-chief-negotiator-reveals-details-of-trump-peace-plan [https://bit.ly/3E32yof].

[461] Jonathan Ferziger y Peter Waldman, «How Do Israel's Tech Firms Do Business in Saudi Arabia? Very Quietly», *Bloomberg Businessweek*, 2 de febrero de 2017, https://www.bloomberg.com/news/features/2017-02-02/how-do-israel-s-tech-firmsdo-business-in-saudi-arabia-very-quietly [https://bloom.bg/3oZExKg].

[462] Julien Boissou, «Analyse: L'Inde s'implante au Moyen-Orient», *Le Monde*, 27 de febrero de 2018, p. 21.

[463] «2016 Arab Opinion Index: Executive Summary», Arab Center Washington DC, 12 de abril de 2017, http://arabcenterdc.org/survey/arab-opinion-index-2016 [https://bit.ly/3p22a4W].

[464] Esta es la tesis básica de mi libro *Brokers of Deceit*.

Agradecimientos

Tengo una deuda, consciente o inconsciente, con las numerosas personas a través de cuyas experiencias he tratado de contar la historia de este siglo de guerra contra Palestina. Leer o escuchar sus palabras fue lo que me llevó a escribir el libro de este modo. En él he intentado dar expresión a voces que en gran parte han pasado desapercibidas en la confusa disonancia que envuelve a la cuestión palestina.

En otro libro anterior expresé mi agradecimiento a mis tres tías, Anbara Salam al-Khalidi, Fatima al-Khalidi Salam y Wahidi al-Khalidi, por brindarme una serie de vívidas imágenes extraídas de sus recuerdos de las primeras décadas del siglo XX. Cuando trabajaba en este libro, sentí un gran pesar por no poder consultar ya a ninguna de ellas, como tampoco a mi madre, Selwa Jeha al-Khalidi, ni a mi padre, Ismail Raghib al-Khalidi, sobre los acontecimientos que vivieron. Sin embargo, en todo momento los he tenido en mente mientras lo escribía; incluso cuando no los cito directamente, todos ellos están presentes en sus páginas. Cada uno a su manera me enseñó algo sobre el pasado y acerca de cómo este forma parte del presente. Entre aquellos a quienes sí he tenido la fortuna de poder consultar, y de cuyo saber he podido beneficiarme, se cuentan mi primo el profesor Walid Ahmad Samih Khalidi, a cuya prodigiosa memoria he recurrido en repetidas ocasiones al reflexionar sobre el tema (y en cuya erudición pionera me he inspirado a lo largo de todo el libro); mi prima

Leila Husayn al-Khalidi al-Husayni, y varios amigos, colegas y camaradas de los días de Beirut, demasiado numerosos para nombrarlos a todos.

Tengo una deuda que jamás podré pagar con las numerosas personas con las que he tratado del contenido de este libro o que me han inspirado a la hora de escribirlo. Mi hijo Ismail fue el primero que me convenció de que el proyecto merecía la pena y contribuyó asimismo a darle forma desde un primer momento. Probablemente, el libro no existiría si no fuera por sus aportaciones iniciales. Durante años, antes de empezar a redactar el texto, Nawaf Salam me instó constantemente a escribir una historia de Palestina que resultara accesible a los lectores poco informados. Espero que el presente volumen cumpla con sus expectativas.

Mientras trabajaba en este proyecto, consulté a numerosos colegas y amigos que me brindaron una ayuda inestimable; algunos de ellos leyeron diversas secciones del libro, y todos merecen mi especial agradecimiento. Entre ellos se cuentan Bashir Abu-Manneh, Suad Amiri, Seth Anziska, Qais al-Awqati, Remi Brulin, Musa Budeiri, Leena Dallasheh, Sheila Fitzpatrick, Samer Ghaddar, Magda Ghanma, Amira Hass, Nubar Hovsepian, Rafiq Husayni, Amy Kaplan, Ahmad Khalidi, Hasan Khalidi, Raja Khalidi, Barnett Rubin, Stuart Schaar, May Seikaly, Avi Shlaim, Ramzi Tadros, Salim Tamari, Naomi Wallace, John Whitbeck y Susan Ziadeh. También debo dar las gracias a quienes me ayudaron en mi investigación. Entre ellos se cuentan Jeanette Seraphim —bibliotecaria del Instituto de Estudios Palestinos—, Yasmeen Abdel Majeed, la doctora Nili Belkind, Linda Butler, Leshasharee Amore Carter, Andrew Victor Hinton, Sean McManus, Patricia Morel, Khadr Salameh, Malek Sharif y Yair Svorai.

He presentado varias partes de este libro en conferencias celebradas en diversos lugares en cuatro continentes, donde me he beneficiado enormemente de los comentarios e ideas del público asistente. Entre dichos lugares cabe mencionar el Centro de Oriente Medio de la Universidad Duke, el Centro de Estudios Palestinos de la Escuela de Estudios Orientales

y Africanos, la Universidad Brown, la Universidad de Yale, el Centro Kevorkian de Oriente Medio de la Universidad de Nueva York, la Universidad de Princeton, el Centro de Estudios Árabes de la Universidad de Chile, el Instituto Issam Fares de Políticas Públicas de la Universidad Americana de Beirut, la Academia Diplomática de Viena, el Centro Global Columbia de Amán, el Club Harvard de Nueva York y el Comité de las Naciones Unidas para el Ejercicio de los Derechos Inalienables del Pueblo Palestino.

Vaya mi más profundo agradecimiento a todos aquellos que leyeron íntegramente el manuscrito, especialmente a Tarif Khalidi, que examinó minuciosamente el texto recurriendo a sus vastos conocimientos y, gracias a ello, me salvó de numerosos errores. Al contribuir a mejorar el libro, Tarif hizo una vez más lo que ha venido haciendo durante muchas décadas: proporcionarme invariablemente buenos consejos. Mi viejo amigo Jim Chandler volvió a emplear su sagacidad para mejorar mi prosa y afinar mis argumentos. Mi crítica más severa, mi esposa Mona, no solo toleró mis numerosas y prolongadas ausencias y mis frecuentes distracciones con una paciencia ejemplar mientras yo me dedicaba a investigar y a escribir el libro, sino que también empleó sus inigualables dotes de editora para clarificar mi escritura y limitar mi propensión a las repeticiones. Nuestras dos hijas, Lamya y Dima Khalidi, añadieron su agudo sentido crítico al de su madre, al igual que su hermano Ismail, sazonándolo con su habitual desenfado.

Mi agente, George Lucas, fue de inestimable ayuda no solo por contribuir a dar al proyecto su actual forma ya en una fase inicial, sino también por presentarme a Sara Bershtel y Riva Hocherman, de Metropolitan Books. Riva hizo mucho más de lo que normalmente hace un buen editor: como ha hecho con tantos otros, compartió conmigo su incomparable pericia, al tiempo que contribuyó a dar al libro su actual aspecto, reestructurándolo y

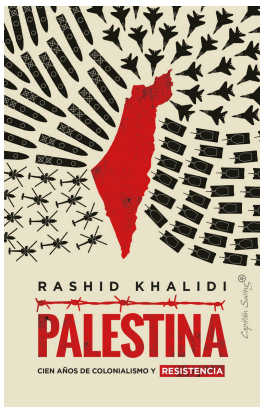
mejorándolo inmensamente. He contraído con ella una gran deuda de gratitud.

Finalmente, aunque no podría haber escrito el libro sin todo este inestimable apoyo, ni que decir tiene que soy el único y exclusivo responsable de su contenido.

Índice

Portada
Palestina. Cien años de colonialismo y resistencia
Prólogo a la edición española
Nota sobre la transcripción de los nombres árabes y hebreos
Introducción
01. La primera declaración de guerra, 1917-1939
02. La segunda declaración de guerra, 1947-1948
03. La tercera declaración de guerra, 1967
04. La cuarta declaración de guerra, 1982
05. La quinta declaración de guerra, 1987-1995
06. La sexta declaración de guerra, 2000-2014
Conclusión. Un siglo de guerra contra los palestinos
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rashid Khalidi
Créditos

Palestina
Cien años de colonialismo y resistencia



Una historia de referencia sobre los cien años de guerra contra los palestinos de la mano del principal historiador estadounidense de Oriente Medio, contada a través de acontecimientos cruciales y de la historia familiar

En 1899, Yusuf Diya al-Khalidi, alcalde de Jerusalén, alarmado por el llamamiento sionista a crear un hogar nacional judío en Palestina, escribió una carta dirigida a Theodore Herzl: el país tenía un pueblo indígena que no aceptaría fácilmente su propio desplazamiento. Advirtió de los peligros que se avecinaban y terminó su nota diciendo: «en nombre de Dios, que se deje a Palestina en paz». Así, Rashid Khalidi, tataranieto de al-Khalidi, comienza esta amplia historia, el primer relato general del conflicto contado desde una perspectiva explícitamente palestina.

Basándose en una gran cantidad de material de archivo sin explotar y en los informes de generaciones de miembros de la familia -alcaldes, jueces, eruditos, diplomáticos y periodistas-, «La Guerra de los Cien Años en Palestina» pone en entredicho las interpretaciones aceptadas del conflicto, que tienden, en el mejor de los casos, a describir un trágico enfrentamiento entre dos pueblos que reclaman el mismo territorio. En su lugar, Khalidi traza cien años de guerra colonial contra los palestinos, librada primero por el movimiento sionista y luego por Israel, pero respaldada por Gran Bretaña y Estados Unidos, las grandes potencias de la época. Destaca los episodios clave de esta campaña colonial, desde la Declaración Balfour de 1917 hasta

la destrucción de Palestina en 1948, desde la invasión israelí del Líbano en 1982 hasta el interminable e inútil proceso de paz.

Original, autorizada e importante, «La guerra de los cien años en Palestina» no es una crónica de victimismo, ni blanquea los errores de los dirigentes palestinos ni niega la aparición de movimientos nacionales en ambos bandos. Al reevaluar las fuerzas desplegadas contra los palestinos, ofrece una nueva y esclarecedora visión de un conflicto que continúa hasta nuestros días.

Rashid Khalidi. Historiador y escritor estadounidense de origen palestino y libanés, especialista en Oriente Medio. Es titular de la cátedra Edward Said de Estudios Árabes de la Universidad de Columbia y fue asesor de la delegación palestina en las negociaciones de paz de Madrid y de Washington entre 1991 y 1993. Fue presidente de la Middle East Studies Association, y es redactor jefe de la revista *Journal of Palestine Studies*. Desde los años 1960 hasta 1983 vivió principalmente en Beirut, donde nacieron sus hijos y donde enseñaba en diversas universidades.

Título original: *The Hundred Years' War on Palestine: A History of Settler Colonialism and Resistance, 1917–2017*

© Del libro: Rashid Khalidi
© De la traducción: Francisco J. Ramos Mena
Edición en ebook: febrero de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126130-5-6

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.